

NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 2

EL MUNDO EN LA ÉPOCA MODERNA
SIGLOS XVII-XVIII

SIGLO XVII

SIGLO XVIII

SIGLO XIX





NUEVA
HISTORIA
UNIVERSAL 2

EL MUNDO EN LA ÉPOCA MODERNA
SIGLOS XVII-XVIII



Constantino Torres Fumero y Sergio Guerra Vilaboy
Coordinadores de la obra

Constantino Torres Fumero
Director del volumen

Colectivo de autores de la obra

DrC. Lilián Moreira de Lima
Profesora Titular de Historia Universal

DrC. Constantino Torres Fumero
Profesor Titular de Historiografía General

DrC. Evelio Díaz Lezcano
Profesor Titular de Historia
Contemporánea

DrC. Sergio Guerra Vilaboy
Profesor Titular de Historia
de América

DrC. Reinaldo Sánchez Porro
Profesor Titular de Historia de África
y Medio Oriente

Mta. María del C. Maseda Urra
Profesora Auxiliar de Historia
de África

DrC. María Teresa Montes de Oca
Profesora Titular de Historia de Asia

NUEVA
HISTORIA
UNIVERSAL 2

EL MUNDO EN LA ÉPOCA MODERNA
SIGLOS XVII-XVIII



IMAGEN **IC** CONTEMPORANEA

LA HABANA, 2021

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Director:

Eduardo Torres-Cuevas

Subdirectora:

Yasmín Ydoy Ortiz

Director artístico:

Luis Alfredo Gutiérrez Eiró

Administradora Editorial:

Yarianny Ortiz Silot

Editor consultante:

Luis M. de las Traviesas Moreno

Responsables de la edición:

Gladys Alonso González

Luis M. de las Traviesas Moreno

Diseño, emplane, digitalización de imágenes
y realización de mapas:

Luis Alfredo Gutiérrez Eiró

Todos los derechos reservados.

© Sobre la presente edición digital en PDF:
Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2021

ISBN 978-959-293-056-8 Obra completa
ISBN 978-959-293-058-2 Tomo II

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA
Centro Interdisciplinario Casa de Altos
Estudios Don Fernando Ortiz,
Universidad de La Habana, L y 27,
Vedado, La Habana, CP 10400, Cuba.
email: yariortiz@ffh.uh.cu
yasminortiz@ach.ohc.cu

Índice

Introducción. El mundo en la época moderna. SIGLOS XVII-XVIII	IX
EL MUNDO ENTRE LOS SIGLOS XVII-XVIII	1
Absolutismo e Ilustración en Europa	3
EL ABSOLUTISMO	3
LA ILUSTRACIÓN	9
EL ABSOLUTISMO EN FRANCIA	16
INGLATERRA DURANTE EL PERÍODO DE LAS MONARQUÍAS ABSOLUTAS	33
ABSOLUTISMO EN ESPAÑA	35
Inicio de la Casa de Austria	36
Los Borbones en el trono español	43
EL ABSOLUTISMO EN PRUSIA	48
EL ABSOLUTISMO EN RUSIA	50
América en la etapa del colonialismo europeo	53
INICIOS DE LA DECADENCIA DEL IMPERIO COLONIAL ESPAÑOL	56
MENTALIDAD Y VIDA COTIDIANA	58
LA COLONIZACIÓN DE NORTEAMÉRICA	60
MENTALIDAD Y VIDA COTIDIANA	65
Hispanoamérica en el siglo XVIII	69
AUGE DE LA MINERÍA EN BRASIL	73
SURGIMIENTO DE UNA CONCIENCIA “PROTONACIONAL”: LOS CRIOLLOS	74
África. Establecimiento de factorías y significación de la trata de esclavos	78
LA TRATA	79
Colonias y factorías en Asia	85
LA INDIA BAJO EL IMPERIO MOGOL	87
CHINA Y LA DOMINACIÓN MANCHÚ: LA DINASTÍA QING	90
PARTICULARIDADES DEL FEUDALISMO JAPONÉS. EL SHOGUNATO TOKUGAWA	95
REVOLUCIONES BURGUESAS	103
Las revoluciones burguesas	105
LA REVOLUCIÓN EN LOS PAÍSES BAJOS	106
LA REVOLUCIÓN BURGUESA INGLESA	110
El Protectorado	118
LA INDEPENDENCIA DE LAS TRECE COLONIAS INGLÉSAS DE NORTEAMÉRICA (1775-1783)	124

LA REVOLUCIÓN FRANCESA DE 1789	134
La toma de la Bastilla	140
El ascenso de los girondinos	149
Los jacobinos en el poder	153
La asonada contrarrevolucionaria del 9 de Thermidor	159
Bonaparte en Egipto	162
Napoleón Bonaparte y el golpe de Estado del 18 Brumario	163
La dictadura napoleónica. Del Consulado al Imperio	164
La ocupación de España y la resistencia popular	171
Rusia, otro objetivo de Napoleón	173
Napoleón Bonaparte	176
El saldo de la Revolución francesa	178
EL CONGRESO DE VIENA	179
Principales acuerdos del Congreso de Viena	181
LIBERALISMO, NACIONALISMO Y EL PROBLEMA COLONIAL	185
Liberalismo, nacionalismo y la oleada liberal de 1830	187
EL LIBERALISMO	187
EL ROMANTICISMO	189
EL NACIONALISMO	193
LA OLEADA REVOLUCIONARIA DE 1830	195
Francia: la restauración y la revolución de 1830	195
Los acontecimientos de 1831 y el brote revolucionario de la oposición	198
Particularidad del liberalismo en España	199
El trienio liberal	201
LAS REVOLUCIONES DE 1830 EN OTROS TERRITORIOS DE EUROPA	207
Independencia de Grecia	207
La insurrección en Polonia	209
Bélgica conquista la independencia	210
El movimiento nacionalista italiano	212
Los movimientos del 30 en Alemania	212
ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA COTIDIANA HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XIX	213
El movimiento emancipador en América Latina	222
LA REVOLUCIÓN HAITIANA (1790-1804)	223
INICIOS DE LAS GUERRAS EMANCIPADORAS EN HISPANOAMÉRICA (1808-1815)	227
Primera Revolución mexicana	229
La lucha liberadora en Venezuela	232
La sublevación en Nueva Granada y sus complejidades	234
El movimiento insurreccional en Río de la Plata	239
La independencia de Hispanoamérica y Brasil (1816-1825)	245
La campaña liberadora de San Martín	246
La ofensiva final de Bolívar	248
La independencia de México y Centroamérica	254

Las luchas emancipadoras. Mentalidad y vida cotidiana	255
El mundo islámico y Turquía	257
TURQUÍA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX	257
EL EGIPTO DE MOHAMED ALÍ	260
LA OCUPACIÓN FRANCESA DE ARGELIA	265
AVANCES Y RETROCESOS DE PERSIA, EL OTRO ISLAM	269
SURGIMIENTO DE AFGANISTÁN	272
África: del fin de la trata a los inicios de la ocupación territorial	273
INICIO DEL CONFLICTO ANGLO-BOER EN SUDÁFRICA	279
Asia: desde fines del siglo XVIII y principios del XIX	285
INICIO DEL IMPERIO COLONIAL EN LA INDIA	286
PENETRACIÓN COLONIAL EN CHINA	288
LAS PARTICULARIDADES DEL CASO JAPONÉS	292

Introducción

El mundo en la época moderna. Siglo XVII-XVIII

Este tomo segundo que presentamos a los lectores se corresponde con la etapa de la historia de la humanidad comprendida entre los siglos XVII y XVIII, período que la historiografía ha denominado por tradición como Historia Moderna, la cual está muy ligada al desarrollo del capitalismo. Aunque este término puede cuestionarse, pues en cierta forma conlleva un enfoque eurocentrista, que no toma en consideración los diferentes ritmos del desarrollo de la humanidad en otras partes del planeta, hemos decidido mantenerla en este texto por ser una de las clasificaciones más aceptadas y conocidas, incluso por la historiografía marxista. No obstante, debemos advertir sobre las particularidades del desarrollo histórico de otras regiones, que pueden no estar en consonancia con las características de esta etapa “moderna” de la historia de la humanidad.

El capitalismo como sistema no es una noción abstracta, sino una realidad histórica. Sus orígenes se insertan en el proceso de crisis del sistema feudal, en los siglos que precedieron a la reforma religiosa. Su antecedente fue la etapa del capital usurario y el capital mercantil, cuando se inició el proceso de la acumulación originaria del capital. En el siglo XVI, el capital mercantil manufacturero fue afianzándose y constituyó la primera etapa del capitalismo.

La mayoría de los historiadores, tomando como patrón Europa, coinciden en determinar que la época moderna es la etapa del desarrollo del capitalismo; pero no existe acuerdo en establecer cuándo comenzó ni cuándo finalizó. Unos estiman que su inicio data de 1453 con la caída de Constantinopla en manos de los turcos otomanos; para otros, la fecha fue 1492 con el viaje de Cristóbal Colón a América, periodización aceptada por el conocido pensador egipcio Samir Amin. Pues, a partir de esa fecha, los europeos empezaron en forma efectiva su conquista del planeta, militar, económica, política, ideológica, cultural y —en cierta medida— étnica. Incluso, algunos historiadores aclaran que el mundo moderno es también el del capitalismo, al representar un sistema económico y social nuevo, que no tardaría en imponerse en forma universal.

El surgimiento del Estado absolutista deviene otro hito que se toma en cuenta en esa periodización y no faltan quienes lo relacionen con aspectos espirituales e ideológicos. Sin embargo, ninguna fecha o hecho histórico es válido para determinar lo que constituyó una evolución o desarrollo de las relaciones económicas en la transición de los siglos XIV a la primera mitad del XVII. Por ello no puede establecerse una fecha exacta, pues se trata de un proceso que duró alrededor de al menos tres siglos.

Lo cierto es que el capitalismo y la época moderna fueron forjándose a lo largo de un complejo camino que debe estudiarse en toda su dimensión, desde su génesis, aunque, en verdad, a partir del siglo XVII resulta más evidente su impulso y presencia en distintas vertientes de la sociedad; en particular, en Inglaterra.

En la concepción del gran economista inglés Adam Smith (1723-1790), el capitalismo se origina y funciona por la expansión de los negocios y el comercio, mediante mecanismos de mercado. El capitalismo en la versión de esta escuela se estructura

en la esfera de la circulación. Ni él ni sus seguidores toman en cuenta la producción como verdadera fuente generadora de riqueza, y aún menos el papel del hombre en la producción de plusvalía. Por su parte, Max Weber (1864-1920), economista y sociólogo alemán, interrelaciona el capitalismo con la reforma religiosa, la cual considera el móvil directo del desarrollo capitalista. Según él, bajo la ética protestante (calvinista), el capitalismo surgió como freno y moderación al impulso irracional de ganancia y dinero, y promovió la búsqueda del provecho renovado por medio de la iniciativa capitalista racional. Según el mismo Weber, las ideas religiosas y filosóficas del Oriente impidieron el desarrollo capitalista en esa zona. Para el también sociólogo y economista alemán Werner Sombart (1863-1941), la base del capitalismo era una unidad particular del espíritu de empresa o aventura y del aliento burgués de cálculo y racionalidad. Estimaba que la religión fue responsable del desarrollo capitalista. El catolicismo porque ya no tenía ese gran peso y el judaísmo porque influía aún. Pero sin espíritu capitalista —decía— el oro y la plata hubieran seguido derroteros bien distintos.

Las teorías de Weber y Sombart se mueven en el ámbito del espíritu y del pensamiento. Ambas corrientes se oponen a los criterios materialistas expuestos por Carlos Marx, que explican la complejidad del proceso a partir de la producción. El origen del capitalismo se debe a condiciones objetivas, a realidades de una nueva sociedad y no a un espíritu o a una ideología determinada.

El historiador inglés Christopher Hill precisa que, aunque la mayoría de los historiadores aceptan la conexión entre el protestantismo y el capitalismo, difieren con relación al tipo de conexión existente. Su criterio es que los hombres no se volvieron capitalistas porque eran protestantes ni protestantes porque eran capitalistas. En una sociedad que iba tornándose capitalista, el protestantismo facilitó el triunfo de nuevos valores. A través de la actitud teológica central, insistencia en que el creyente debía mirar dentro de sí y en el individualismo, el protestantismo dio su gran contribución al capitalismo.

El capitalismo no constituye un fenómeno inmutable, sino que su dinámica interna lo ha conducido a periódicas transformaciones. Desde el siglo xv hasta fines del xvii, se caracterizó por el desarrollo del capital comercial manufacturero, singularizado por el desarrollo de las compañías comerciales, el mercantilismo y la intervención estatal.

La historia moderna, en particular la etapa que se aborda en estas páginas, fue sustituyendo paulatinamente al mundo feudal; a su vez puede definirse a partir de diferentes planos. En lo económico, está relacionada con las transformaciones acaecidas en las relaciones de propiedad y producción que superan la etapa feudal; la preponderancia del capital mercantil manufacturero; la política mercantilista y el inicio del sistema colonial. En lo social se asiste a los intentos por transitar de la sociedad estamental a una sociedad de clases y la pujanza de la burguesía en la esfera económica. Desde el punto de vista político es la época de las monarquías absolutas que se afianzan en el siglo xvii —ya se venían gestando desde el xv y el xvi—. En Europa, desde fines del siglo xvii al xviii, tuvo lugar el desarrollo del capital industrial; por eso, Carlos Marx señaló que la verdadera era del capitalismo data del siglo xviii, con la Revolución industrial.

Es la etapa en que en el mundo europeo, en la medida en que avanza el desarrollo capitalista, están teniendo lugar, en las distintas naciones, complejos y disímiles procesos, desde las primeras manifestaciones de monarquías absolutas, pasando por el desarrollo de un pensamiento ilustrado al surgimiento de las revoluciones burguesas. Fue un período de rivalidades, guerras y alianzas entre las monarquías. Ocurrió la expansión napoleónica por distintos territorios con sus consecuencias en el plano económico, político y cultural. Tuvo lugar el desarrollo de un pensamiento liberal y

nacionalista que influiría en los movimientos revolucionarios y de cambios en Europa y otros continentes desde fines del siglo XVIII y durante el transcurso del XIX. Todo lo cual repercutió en la cultura y la vida cotidiana.

Esos procesos europeos y el desarrollo capitalista en esa área del mundo, tuvieron sus efectos en otros territorios donde venían ocurriendo diversos cambios internos que dieron paso a la decadencia del imperio colonial español en América y a la formación de una conciencia protonacional que a la larga conduciría a las luchas emancipadoras. También es la etapa de la colonización en Norteamérica que pronto llevaría a conflictos entre la metrópoli y los territorios sometidos para desembocar en la independencia de las Trece Colonias.

Las necesidades de acumulación de capitales, de materias primas y de la expansión comercial del capitalismo europeo, repercutieron no sólo en los territorios americanos, sino también en África con el incremento de la trata de esclavos y el posterior inicio de su abolición legal en 1807. Así como, con el primer asentamiento de colonos y campesinos de origen holandés en El Cabo, Sudáfrica, en 1652. Coincidentemente, en el continente se inician algunas anexiones territoriales por los Estados europeos, la presencia de exploradores, misioneros y comerciantes, y el paulatino interés por otras mercancías. Durante esos años se originaron las grandes transformaciones en las políticas económicas y sociales aplicadas por las administraciones coloniales en África.

Mientras, en Asia, es un período en que los medios, formas y objetivos de las empresas europeas varían y se perfeccionan con el propósito de establecer su dominio colonial. Internamente, en esas milenarias civilizaciones con larga tradición cultural, se estaban desarrollando procesos de índole político y social con notables declives económicos, que las debilitaron y colocaron a merced de las apetencias colonialistas.

En esta etapa, el mundo islámico presentaba una situación particular. El Imperio turco, núcleo de la mayoritaria variante sunni, le impuso por siglos fronteras a Europa por el Oriente, conformando un poderoso Estado tricontinental que, conjuntamente con Persia, renacida como centro de la Chia, y con la India mogol, registraron un interesante clímax de poder estatal en sus zonas respectivas hasta que el creciente poderío económico y político de Occidente revirtió esa situación hacia la decadencia. La expedición de Napoleón devino un primer intento de dominio en ese Egipto que reaccionó luego bajo el proyecto revitalizador de Mohamed Alí para el conjunto otomano, alternativa fallida por la presión concertada de las potencias. La ocupación francesa de Argelia, el enclave británico en Adén y los avances zaristas en el Cáucaso, fueron recortando el mapa regional por la fuerza, constituyendo las avanzadas de las que irradiaría la dominación colonial. Este proceso se dio a costa de Turquía y Persia, las grandes unidades flanqueadas en sus respectivos extremos por otros dos Estados: Marruecos al Occidente y al Oriente el Afganistán moderno, surgido de viejas raíces entre los avances y retrocesos de los persas.

Para el presente tomo hemos tomado como referente la anterior periodización, pero insistimos que no en todos los países ni regiones se dio este proceso con la misma regularidad. Si bien el título de este libro hace referencia a los siglos XVII-XVIII, ésta es una división convencional, pues atendiendo a la organización por problemas y regiones seguidas en este texto, ha resultado necesario, en algunos casos o aspectos, remontarse a épocas anteriores o en otros, prolongar el análisis hasta inicios del siglo XIX.

Constantino Torres Fumero y Sergio Guerra Vilaboy
Coordinadores
2019

El mundo entre los siglos XVII-XVIII



Absolutismo e Ilustración en Europa



América en la etapa del colonialismo europeo



Hispanoamérica en el siglo XVIII



África. Establecimiento de factorías y significación de la trata de esclavos



Colonias y factorías en Asia



Absolutismo e Ilustración en Europa



EL ABSOLUTISMO

El absolutismo fue una forma de gobierno instituida en algunos países de Europa durante el proceso de cambio y transformación que significó el siglo XVII, y ya desandando el XVIII floreció el movimiento denominado Ilustración. A la conjunción de ambos procesos, en ciertos Estados, se le conoció por *despotismo ilustrado*, y alcanzó su momento más representativo hacia mediados del siglo XVIII. Varias condiciones fueron contribuyendo al debilitamiento del feudalismo y de los señores feudales, mientras tendían a fortalecerse los Estados nacionales y a crecer las ciudades. A ello también ayudó, entre otros factores, el desarrollo del comercio interoceánico, de la burguesía financiera, la Reforma religiosa y la secularización de los bienes de la Iglesia católica. Las nuevas condiciones favorecieron, además, el desarrollo del pensamiento, de la cultura y una nueva visión de la sociedad.

Las monarquías absolutas se instauraron en medio del proceso de crisis o de decrecimiento que significó el siglo XVII, y en el orden político estaban basadas en el principio de la centralización o unidad de los poderes legislativo, judicial y ejecutivo en una única instancia: el monarca. Para ello se partía del fundamento de su origen divino, el cual le otorga esos derechos

teóricamente ilimitados. Era una forma política de gobierno en la transición del feudalismo al capitalismo, en la cual se hicieron presentes ya algunas características importantes del capitalismo, mientras subsistió un conjunto de rasgos de la sociedad feudal. No obstante, por diversas razones — principalmente, económicas, políticas, administrativas y sociales—, el Estado absolutista contribuyó, por lo general y en algunos países, a impulsar el paso a una sociedad capitalista.

El ejemplo clásico fue la monarquía absolutista de Luis XIV en Francia, donde puede apreciarse más claramente la valoración de Engels, al considerar ese tipo de absolutismo como un estado de equilibrio político entre la nobleza y la burguesía. Allí, el poder real logró una independencia



Luis XIV de Francia fue el representante clásico de la monarquía absolutista de Occidente, gustó de demostrar la opulencia de su reinado.



que, si bien en la realidad no fue total, devenía expresión de esa nivelación provisional entre la clase feudal decadente y la clase capitalista en ascenso. Sin embargo, ni en el este de Europa —tomemos por ejemplo a Prusia, ni en el sur como es el caso de España—, podemos encontrar en los orígenes del absolutismo similares causas ni las mismas consecuencias. En el este, el absolutismo se vio impulsado, entre otras razones, básicamente por la presión de las economías occidentales y la demanda de cereales, por la necesidad de Estados feudales fuertes para hacer frente a las guerras, por el interés de los monarcas de imitar la maquinaria gubernamental de sus colegas de Occidente, pero apoyándose en la nobleza feudal y por factores internos como la necesidad de la institucionalización de la servidumbre.

El proceso no fue un hecho generalizado a toda Europa, ni en todos los países donde existió el absolutismo se dio en el mismo momento ni de similar forma, aunque puedan haber algunos elementos comunes, en cada Estado tuvo

lugar con sus particularidades —el caso polaco resultó uno de los más complejos y algunos autores afirman que allí no se produjo—. Con la formación de las compañías comerciales, la Reforma religiosa y otros factores, el poder de los reyes fue fortaleciéndose en la misma medida en que crecían las ciudades y la naciente burguesía iba avanzando económicamente, aunque aún lentamente. El caso español se verá más adelante.

En tales condiciones, en determinadas regiones de Europa Occidental, tanto los reyes como las ciudades coincidieron en ciertos intereses, el principal: la necesidad de un Estado centralizado y fuerte, para limitar el poder de los señores feudales. A pesar de la unidad nacional lograda en ciertos territorios, todavía, los nobles conservaron, en su mayoría, bastante poder en sus feudos, permitiéndose decidir, de forma arbitraria y sin contar con la aprobación del rey, sobre los tributos, la imposición de determinada moneda, el aumento del costo de los peajes; todo lo cual impedía al monarca no sólo ejercer



Europa a mediados del siglo XVII.



su poder, sino al mismo tiempo obstaculizaba el desarrollo del capitalismo mercantil-manufacturero, el cual constituía la base del enriquecimiento de la burguesía. Ello explica la necesidad de la corona y de la burguesía —sobre todo, la financiera— de un poder independiente, centralizado, absoluto. Éste no era el caso en el este o sur de Europa, donde los señores feudales conservaban aún un fuerte poder económico; algunos monarcas necesitaron igualmente establecer un poder centralizado, y valiéndose de otros recursos y apoyados en la nobleza, instituyeron monarquías absolutas con sus particularidades.

El rey necesitaba disponer de un ejército permanente propio, de un aparato burocrático compuesto de funcionarios capaces de ejecutar sus órdenes en todo el país, prescindiendo de los príncipes y gobernadores locales. Para alcanzar tales objetivos, el monarca debía contar con recursos financieros y eso se lo podía brindar —principalmente, en el caso de Occidente— un sector de la burguesía que logró acumular un mayor capital: *la financiera*. La burguesía, al haber adquirido un notable desarrollo mercantil, requería de un fuerte poder estatal centralizado que le brindara respaldo a sus actividades comerciales, protección a la economía nacional de la competencia extranjera y le facilitara llevar a cabo sus planes de expansión ultramarina, en esos momentos de profundas rivalidades por el dominio del mercado mundial. Debido a las razones antes expuestas, la burguesía decidió apoyar financieramente al rey contra los señores feudales.

A partir de entonces fue posible tomar una serie de medidas tendentes a limitar el poder de los señores feudales. Entre éstas se incluyen la prohibición de cobrar los impuestos por el tráfico entre los distintos territorios, tener ejércitos propios, el derecho de acuñar moneda o imponer justicia. La alianza establecida en algunas regiones —básicamente, a partir del siglo XVI— entre los reyes y las ciudades, posibilitó la apa-



Representación del pintor Van der Neer de una batalla con la caballería. La competencia por los mercados y las ambiciones de las monarquías llevaron a constantes guerras que debían costear, de ahí la importancia del papel desempeñado por la burguesía.

rición o el fortalecimiento de los Estados nacionales. En las anteriores condiciones habría de reforzarse la teoría del *derecho divino*. Los cambios descritos fueron complicados y hasta cierto punto lentos. Ni los señores feudales perdieron todos sus derechos, pues conservaron parte de sus privilegios económicos y en muchos casos pasaron a formar parte de la nobleza palaciega pero sin autoridad política; ni la burguesía alcanzó el poderío tanto político como económico requerido por ella, pues la subsistencia de los derechos feudales limitaba su desarrollo. Entonces, en la sociedad podemos encontrar una compleja estructura social. Por un lado, la nobleza —una parte de ella, la alta— pasó a participar de la llamada nobleza cortesana, cuya función, básicamente decorativa, era dedicarse a las intrigas, y contribuyó a aumentar los gastos de la corte, mientras otra porción integró el cuerpo de los funcionarios de la monarquía absoluta, pero igualmente sin poder político. El clero se había dispersado. Allí estaba el alto clero vinculado a la corte y con una vida muy semejante a la de la alta nobleza, mientras el bajo clero tendió a vincularse a los más pobres de la ciudad y el campo.



Otros sectores de la población conformaron el llamado *tercer Estado* o *Estado llano*, y dentro de éste podían hallarse las más disímiles capas sociales. Si algo lo caracterizaba era que todos sus miembros no disfrutaban de los privilegios de que aún gozaban la nobleza y el clero. En el *tercer Estado* se incluía la burguesía: la incipiente industrial y la comercial, aliada del rey pero sin participar en el gobierno; por ende, aún no contaban con la fuerza política a que aspiraban y necesitaban para su desarrollo. Si bien el papel desempeñado por la corona absolutista podía considerarse como progresista al impulsar, en función de su propio beneficio e indirectamente, las actividades capitalistas, sin embargo, a pesar de su alianza económica con la burguesía financiera, en algunos casos continuó representando, debido a su origen, mentalidad y las condiciones internas del país, los intereses de la clase feudal rentista, y con su dominio absoluto logró enriquecerse y mantener el poder feudal.



La nobleza cortesana gustaba de una vida de placeres, como puede observarse en *Embarque para la isla de Citerea* de Watteau.

Teoría del derecho divino

Con la Reforma religiosa se debilitó el papel político de la Iglesia y en las nuevas condiciones, los reyes aprovechan esta teoría, según la cual ellos respondían directamente a Dios, eran los elegidos; por tanto, no estaban ya atados ni al Papa ni al emperador. El rey se convertía así en la máxima figura política del Estado, de ahí que se impusiera una frase muy representativa, atribuida a Luis XIV de Francia: "El Estado soy yo".

El campesinado constituía la masa mayoritaria de la población, muchos conservaban la condición de siervos o eran libres; en ocasiones, se les possibilitaba, adquirir tierras, pero se mantenían con fuertes ataduras económicas y carentes de recursos. Por tal razón, subsistían en condiciones prácticamente de miseria, mientras otros emigraban a las ciudades y se convertían en vagabundos, al no encontrar trabajo. Esa situación provocó, en distintos lugares y en diferentes momentos, constantes sublevaciones campesinas, las cuales venían originándose desde épocas más tempranas, recuérdense las guerras campesinas en Alemania iniciadas en 1524.

Entre finales del siglo xvii e inicios del xviii, la población de Europa, en la mayor parte de su territorio, se calculaba en unos 40 habitantes por kilómetro cuadrado. A mediados del siglo xviii, ésta había comenzado a crecer de nuevo; una de las causas fue la disminución de las grandes epidemias. El último gran azote de *peste bubónica* llegó a Londres en 1665 procedente de Turquía. En las postrimerías del siglo xvii y entre 1708 y 1713, hubo brotes en Francia y España, produciendo la devastación en amplias regiones de Polonia, Escandinavia y Alemania. Las epidemias incidían mayormente entre el campesinado y los sectores más pobres de las ciuda-

des. Otra de las causas de devastación de la población eran las hambrunas como consecuencia de los cambios climáticos que afectaban las cosechas. El invierno de 1709 originó una de las últimas hambrunas de Europa.

El incremento de la población y la escasez de puestos de trabajo, debido a las limitadas invenciones producidas aun en el campo de la tecnología, llevaron a una fuerte competencia y contribuyeron a los bajos salarios. El sueldo de un hombre no alcanzaba para mantener una familia, si había más de un niño; por eso no resultaba poco frecuente que, desde edad muy temprana, los hijos empezaran a trabajar ya fuera de pastores o de deshollinadores para limpiar las chimeneas de las casas. La situación obligaba a los padres a aceptar esta realidad como algo natural para la subsistencia. Aumentaron igualmente las migraciones de la población a distintas regiones en busca de mejores condiciones, no era raro ver a los irlandeses trasladarse a Londres o al campesino belga, a Amsterdam.

Mientras tanto fue incrementándose el comercio y con el transcurso del tiempo alcanzó mayor importancia, en especial, el transoceánico por el valor de las mercancías, lo cual ayudó a la acumulación de grandes capitales y al desarrollo de nuevos gustos y costumbres provenientes de otras tierras lejanas de Europa. Cada vez resultó superior la demanda de productos procedentes de América y Asia, principalmente. De esa forma se desarrollaron nuevos hábitos alimentarios, por ejemplo: consumir el tomate, el maíz, la papa —tubérculo que ayudó, en gran medida, a salvar de la hambruna a Europa—, el café o el té. Una de las costumbres más arraigada entre los ingleses es degustar el té; práctica que llegó a introducirse entre los sectores más pobres. Su amplia demanda contribuyó al abaratamiento del producto en Inglaterra. Igualmente, el uso del tabaco, ya para fumar, inhalar o masticar, fue generalizándose en el continente.

Una rama destacada del comercio, a la cual se dedicaron Portugal, Holanda,



El triunfo de la muerte. Fresco siciliano de 1445 que hace alusión a la peste que bubónica que no creía ni en reyes, ni en nobles.

Inglaterra, y España, por sólo citar los principales países, la constituyó, desde fines del siglo XVI y básicamente a partir del XVII, la trata de esclavos traídos de

La peste bubónica

Constituyó uno de los grandes flagelos de la humanidad. Se nombra así porque produce unos bulbos purulentos de desagradable aspecto. Su transmisor era la rata negra por la cantidad de pulgas que transportaba. El escaso desarrollo de los conocimientos médicos y, sobre todo, las malas condiciones higiénicas en que vivía la mayoría de la población pobre de las ciudades y del campo, facilitaban sus repetidos brotes. Se estima que una de las causas de su paulatina desaparición podía estar dada por la llegada desde Asia de la rata marrón, menos portadora de pulgas, contribuyó al exterminio de la negra.



Barcos de la Compañía de las Indias Orientales Holandesa.

África a las plantaciones de América. El desarrollo del comercio de Ultramar aparejaba otras consecuencias; se requería un gran capital por las importantes inversiones no recuperables en un corto plazo. Largas travesías en barcos de vela, demoraban la llegada del producto al mercado y, por tanto, el resarcimiento del capital aportado, además de las pérdidas ocasionadas durante el viaje, debido a diversos factores, incluidos los naufragios, los frecuentes enfrentamientos marítimos o en los territorios extraeuropeos entre las potencias o las compañías comerciales, así como los constantes asaltos de corsarios y piratas; todo esto encarecía las transacciones. Un ejemplo de lo anterior fue el establecimiento por Inglaterra en el siglo xvii de las Leyes de Navegación (1651-1662). Mediante ellas se obstaculizaba el comercio con las colonias inglesas, con

Nuevos consumos se generalizaron en Europa

Las primeras casas de té y café se establecieron en Londres a mediados del siglo xvii y se generalizó la costumbre de asistir a ellas para celebrar las tertulias, mientras degustaban las infusiones. Allí se instauró igualmente el hábito de fumar o masticar tabaco, mientras se conversaba, se debatían diferentes temas y se tomaba la aromática bebida.

prohibiciones o grandes aranceles, a los mercaderes o compañías de otros países.

El auge del comercio ultramarino condujo al desarrollo, fortalecimiento y competencia de las compañías comerciales, sector en el cual, en el siglo xvii, los holandeses mantenían su predominio. Amsterdam era el principal centro comercial y desde allí se establecían o regulaban los precios de los diferentes productos, sentándose, desde ya, los albores del mercado mundial. El financiamiento de la actividad mercantil constituyó una necesidad prioritaria y llevó al desarrollo de la banca, del préstamo, de las finanzas en general, y a la acuñación del papel moneda. En el período se incrementó la formación de bancos. Los más importantes fueron —desde su fundación en 1609— el Banco de Cambio de Amsterdam y el de Inglaterra (Join-stock Company) constituido en 1694. Ya en el siglo xviii, el mencionado banco se convirtió en el principal rival del de Amsterdam. Ambas casas devinieron el centro de la actividad financiera mundial, de ahí la significación económica desempeñada por la burguesía financiera y hasta su cierta influencia política, aunque aún muy limitada por la centralización monárquica.

En las anteriores condiciones, el absolutismo trajo diversas consecuencias; una de las más relevantes fue como, junto a la centralización de los Estados en manos del rey, iba desarrollándose cierta



Gracias al progreso de la banca y el comercio, la sociedad holandesa disfrutó de un alto nivel de vida. Como se ve en esta obra de Frans Hals, al plasmar a un grupo de oficiales de la Compañía de San Adrián en torno a una mesa.



El poder de la Compañía de las Indias Orientales Holandesa

Como señalan algunos autores, a la Compañía de las Indias Orientales Holandesa se le otorgaron derechos sólo comparables prácticamente con los del Estado, y en los primeros tiempos éste y la Compañía eran prácticamente lo mismo, pues los mercaderes, así como los financieros de los Países Bajos, tenían un gran poder, inclusive para la toma de decisiones políticas. Esta situación se mantuvo casi inalterable hasta el siglo XVIII, cuando tuvo lugar la llamada “ ‘enfermedad holandesa’: un poder estatal central inadecuado, que dejó a las personas ‘ricas quizás, en tanto que individuos; pero débiles en tanto que Estado’ (...) poniendo en guardia a los británicos contra el mismo error”.

Noam Chomsky: *Año 501*.

identidad nacional. Ya había una unidad territorial gobernada por un monarca, con un cuerpo de funcionarios para trazar políticas nacionales y se imponían cos-

tumbres y tradiciones que identificaban a los pobladores. Cuando, por una línea de descendencia, un noble procedente de otro país heredaba el trono de un Estado, aprender el idioma y hasta las costumbres del territorio donde iba a gobernar, constituía una necesidad requerida; situación no demandada como imperativo unos años antes. En muchos sentidos, comenzó a predominar una política más pragmática, la riqueza determinaba en gran medida las acciones, los monarcas gobernaban con la fuerza de sus ejércitos e imponían la autoridad dentro del reino y frente a sus adversarios externos. El poder del rey iba haciéndose cada vez más absoluto y con ello tendía a disminuir la influencia de la Iglesia, de la nobleza y de la propia burguesía. Simultáneamente se desarrollaba un nuevo pensamiento, nuevas ideas filosóficas, literarias, artísticas y culturales en general. Si bien pudiera parecer que el pueblo permanecía al margen de los cambios y si muchas de sus necesidades no eran realmente atendidas, no resultaba menos cierto que los hombres del común iban tomando conciencia de sus derechos, de su pertenencia y de su destino. Esto situaba al monarca de forma más directa frente a sus súbditos.

LA ILUSTRACIÓN

En el siglo XVIII, un movimiento sociopolítico, ideológico y cultural de gran alcance lo constituyó la *Ilustración*, conocido también como *Iluminismo*; en francés, *Lumières de lumière*, luz, utilizado en el sentido de inteligencia, conocimiento y claridad de espíritu, y *Aufklärung* en alemán (aclarar, ilustrar en sentido de racionalismo), nombre conferido al siglo XVIII por los hombres cultos. Para ellos, el XVIII debía traer la luz que había estado oculta en los pasados siglos tras la fe y la tradición. Con la Ilustración, solamente la razón sería capaz de conducir a los hombres a la perfección de las ciencias y la técnica. Esa minoría intelectual empezó a emplear

el término y tendía a analizar todos los problemas a la luz del discernimiento; pues, para los ilustrados, sólo la propia razón conduciría a la verdad, de ahí que a ese movimiento se le denominara igualmente racionalismo.

Desde el siglo XVII comienza a desarrollarse una serie de descubrimientos y avances en la ciencia y la tecnología que posibilitan,



Sir Isaac Newton.

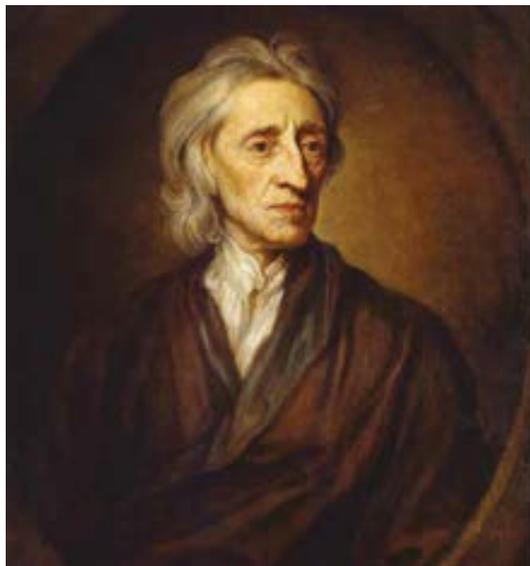


Avances en las ciencias y algunos de sus representantes

Isaac Newton (1642-1727). Físico inglés, a él se debe la creación de la mecánica clásica y la formulación de la ley de la gravitación universal, entre otros estudios. Su obra más importante *Principios matemáticos de filosofía natural* ejerció gran influencia en el florecimiento del materialismo mecanicista.

John Locke (1632-1704). Filósofo materialista inglés que desarrolló sus trabajos durante la Restauración en Inglaterra. Consideró como única fuente de todas las ideas la experiencia. En su obra más destacada *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690) desarrolló la teoría del empirismo materialista.

estimulan y requieren cada vez más de la investigación científica, del ascenso del conocimiento en las distintas esferas. Isaac Newton (1642-1727) aporta importantes descubrimientos en las leyes de la física y la matemática. No menos significativos son otros logrados en la biología, la anatomía y la medicina o la revolución en las ideas políticas y filosóficas aportadas por John Locke (1632-1704). A su vez, el desarrollo de la burguesía necesita de esos adelantos para el progreso de la industria, de las finanzas, del comercio y hasta para su independencia política.



John Locke.

El movimiento defendía la idea de la libertad, de la libre expresión oral y escrita. Se planteaba la libertad individual, tanto para exponer libremente el pensamiento como frente al trabajo. Libertad e igualdad iban de la mano, de ahí la crítica a la injusticia social y la idea de que todos los hombres son iguales. Estas ideas de igualdad sólo se manejaban por las elites ilustradas y por determinados sectores de la burguesía y la aristocracia, pero no llegaban directamente a las grandes masas de la población. El concepto de libertad influye en las teorías económicas sostenidas por un grupo de economistas franceses, los fisiócratas, quienes estaban en contra del proteccionismo y defendían el libre comercio, el libre cambio.

Los ilustrados miraban hacia delante, buscaban la felicidad, la felicidad terrenal, tenían fe en el progreso material producto de la ciencia; el discurso resultaba diferente al de siglos anteriores, se abogaba por el paso de la teoría a la práctica, por la transformación y reformación de las ideas, las costumbres, las instituciones, la cultura y la educación. Ser ilustrado implicaba ser culto, inteligente, avanzado; razón por la cual, algunos príncipes y reyes, antes de ser considerados incultos o atrasados, preferían verse identificados con la Ilustración, siempre y cuando esas ideas no fueran en contra de su poder absoluto. Éstos fueron los déspotas ilustrados. Pero el movimiento fue mucho más lejos y, pronto, sus ideas comenzaron a chocar con la política absolutista.

El pensamiento ilustrado atacó al dogma eclesiástico; era en gran medida anticristiano y anticlerical; criticaba las supersticiones, las creencias en las hechicerías, en los profetas y en los milagros; demostró errores en la *Biblia*; fue contrario a las cacerías de brujas de la Inquisición y al fanatismo religioso; condenó a la Iglesia por el cobro del diezmo y las limosnas, por haber especulado con la ignorancia e impuesto el celibato de los sacerdotes, y propugnaba un racionalismo naturalista. La mayoría de esos pensados-

res no fueron ateos, más bien deístas, al considerar que la perfección del mundo sólo la podía haber creado un dios universal, pero no había más, los hombres determinaban su vida, no existían otras normas, sólo aquellas que imponía la razón, e ignoraban la existencia de otra vida luego de la muerte.

Su filosofía se basaba en el criterio, según el cual, la razón era la única verdad disponible, establecía una unidad entre lo natural y lo verdadero, tendía a alejarse de lo abstracto en la ciencia y a enfatizar en la aplicación práctica de los conocimientos, defendía el derecho del hombre a ser feliz, y la sociedad debía regirse por leyes naturales capaces de garantizar el bienestar de cada hombre, según aseguraban. Era una corriente humanista y filantrópica desprovista de sentido cristiano. El pensamiento filosófico estuvo muy vinculado al ideal político, concebían una sociedad más pura, menos corrupta, sin tantas desigualdades, en la cual el hombre tuviera mayores libertades. En un inicio pensaron que con un gobierno absoluto podrían alcanzarse esos objetivos dentro de la estabilidad que podía asegurar una monarquía guiada por los filósofos. Pronto se dieron cuenta de la incompatibilidad



Diderot.

El problema agrario en la segunda mitad del siglo XVIII

El celebre historiador inglés Eric Hobsbawm, para destacar la importancia del problema agrícola, aún en la segunda mitad del siglo XVIII, se refiere a las consideraciones de los fisiócratas, quienes entendían que la tierra y su renta constituían las únicas fuentes de ingreso, y, por ende, el eje del problema agrario era la relación entre quienes poseían la tierra y quienes la cultivaban, entre quienes producen sus riquezas y quienes la acumulan.

E. Hobsbawm: *La era de la revolución 1789-1848.*

de sus ideas con la realidad de la sociedad en que estaban viviendo y, entonces, las nuevas concepciones políticas tendieron a combatir el despotismo; ejemplos fueron Montesquieu y Rousseau.

La Ilustración contó con grandes hombres de pensamiento, ciencia y cultura; entre ellos se destacaron, además de los mencionados, Voltaire y los enciclopedistas Diderot, d'Alembert, La Mettrie, Helvetius, Holbach, Mably o Buffon, por



D' Alembert.



Helvetius.

sólo citar algunos. En la *Enciclopedia* participaron 130 ilustrados, aunque no todos con una obra amplia y sistemática; después, otros se separaron del trabajo, como Voltaire. *El Diccionario razonado de las Ciencias, las Artes y los Oficios*, la *Enciclopedia*, tendió a abarcar todos los conocimientos universales con un enfoque científico basado en la razón; estuvo desprovista de concepciones religiosas y centró su atención en el hombre. Diderot y d'Alambert fueron sus impulsores, contó con 35 números, el primero vio la luz en 1751 y el último, en 1780. La procedencia de los ilustrados fue muy variada.

Carlos de Secondat, barón de Montesquieu (1689-1755), provenía de una



La Mettrie.



Holbach.

familia noble, estudió en un colegio de padres jesuitas, a quienes llegó a detestar para toda su vida; valoraba al clero católico como fanático y embaucador; consideraba a la Iglesia una red de los más vulgares engaños, tejidos por manos de hombres hábiles; pero a su vez señalaba: “si Dios no existiera, habría que inventarlo”.

Era graduado de Derecho, fue miembro de la Academia de Burdeos y de la Academia de París. Su vida dentro de la nobleza y sus viajes —principalmente, el realizado a Inglaterra— le permitieron profundizar en la observación y análisis de la sociedad en que vivió y su organización. Eso lo condujo a ser partidario del equilibrio entre la libertad y la autoridad representada en una monarquía regida por leyes fijas; pensamiento en correspondencia con su formación y época. Por eso, Marx y Engels reconocieron que la teoría de la separación de poderes tenía que devenir el pensamiento dominante en un momento y en un país donde el poder real, la aristocracia y la burguesía se disputan el dominio, y, por ende, estaba dividido. Sus concepciones las reflejó en sus obras, una de las más



Montesquieu.

importante y conocida es *El espíritu de las leyes* (1748).

François-Marie Auret, más conocido por Voltaire (1694-1778), hijo de la alta burguesía, fue educado por los jesuitas y desde muy joven se apasionó por la literatura, le gustaba alternar en los salones. Conoció su época y combatió sus males con un escepticismo crítico, no fue ateo, pues se agrupó junto a los deístas y luego evolucionó a una posición más materialista; por tanto, Diderot lo llamó el “Anticristo”. Participó en la elaboración de la *Enciclopedia* y publicó libelos y octavillas de circulación clandestina. A pesar de

Palabras de Voltaire

Él decía: “En nuestro desgraciado mundo no puede ser que los hombres, viviendo en una sociedad, no estén divididos en dos clases: la de los ricos y la de los pobres”. Sus palabras demuestran su aspiración esencial, como representante de la alta burguesía, a la limitación de poderes de la nobleza.

Constantino Torres y Aleida Monal:
Historia Moderna.

Palabras de Montesquieu

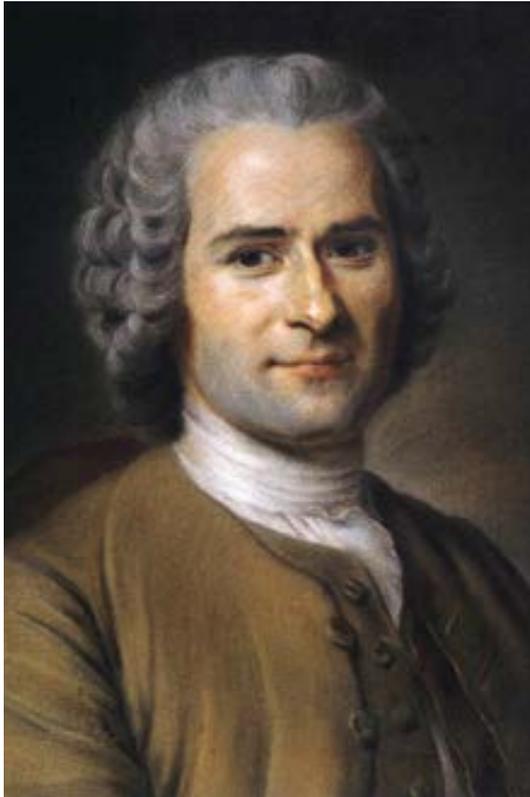
El celebre historiador inglés Eric Hobsbawm, para destacar la importancia del problema agrícola, aún en la segunda mitad del siglo XVIII, se refiere a las consideraciones de los fisiócratas, quienes entendían que la tierra y su renta constituían las únicas fuente de ingreso, y, por ende, el eje del problema agrario era la relación entre quienes poseían la tierra y quienes la cultivaban, entre quienes producen sus riquezas y quienes la acumulan.

su posición económica y de su fama fue mandado a apalearse por uno de los nobles más poderosos de Francia y encarcelado más de una vez en la fortaleza la Bastilla de París; su vida fue agitada y estuvo perseguido. Ese hecho, junto a los males del gobierno despótico, lo convencieron de algo real: mientras la nobleza constituyera la única dueña del poder, ningún burgués, por rico y famoso que fuera, estaba seguro. Ello lo llevó a condenar los derechos feudales de los nobles y a exigir un gobierno capaz de limitar el poder absoluto del rey y la nobleza.

Por sus ideas fue desterrado a Inglaterra y realizó dos viajes a Prusia, estableció



Voltaire.



Rousseau.

su residencia en Ferney cerca de Suiza, donde era muy visitado por hombres de ciencia y aristócratas, con ellos mantenía, además, una activa correspondencia.

Así se muestra Rousseau, al valorar las causas de la desigualdad

“El primero que habiendo cercado un terreno, descubrió la manera de decir: Esto me pertenece, y halló gentes bastante sencillas para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Qué de crímenes, de guerras, de asesinatos, de miserias y de horrores no hubiese ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas o llenando la zanja, hubiese gritado a sus semejantes: Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos pertenecen a todos y que la tierra no es de nadie!”

Juan J. Rousseau: “¿Cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres?”, en *Obras escogidas*.

Siempre anheló integrarse a la rancia aristocracia. Era un representante de los intereses de la alta burguesía, razón por la cual no quería una revolución, sino solamente la limitación del rey y la nobleza mediante la participación de la burguesía en el gobierno. Sus escritos abarcaron el ámbito de la literatura, la filosofía y la historia. Publicó *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, una historia mundial renovadora de lo hecho hasta el momento, al distanciarse de la tradicional historia centrada en el cristianismo y, además, prestar atención a otras culturas como la china y la musulmana.

Jean Jacques Rousseau (1712-1778) nació en Ginebra, hijo de un relojero pobre, quedó huérfano de madre al nacer, a los 28 años se trasladó a París y se inició su ruptura con el catolicismo. Allí empieza a visitar los salones y a relacionarse con los enciclopedistas, quienes solicitaron su colaboración. Representó la posición más radical de las ideas democráticas dentro de la Ilustración y la figura más sobresaliente del prerromanticismo. Sus concepciones rompían con las concepciones moderadas de otros ilustrados y causaron admiración, pero también le acarrearón no pocos problemas; incluida la envidia de algunos como Voltaire, quien se expresaba con sarcasmo hacia su persona. Sus ideas político-ideológicas incitadoras de la Revolución francesa y precursoras del romanticismo, en breve le ganaron adeptos e influyeron en otros intelectuales.

Para Rousseau, la desigualdad social tenía su origen en la propiedad privada, considerada en definitiva la causante de los males de la sociedad, pero no proponía su erradicación por estimar que ya era demasiado tarde para ello; sino se requería mantener un equilibrio dentro de la sociedad para impedir la existencia de hombres muy ricos, por un lado, y de hombres muy pobres, por el otro. Debían, pues, tomarse medidas para tratar de impedir el enriquecimiento desmedido de

El Estado democrático para Rousseau

Al respecto afirmaba: “La primera y más importante consecuencia de los principios establecidos, es la de que la voluntad general puede únicamente dirigir las fuerzas del Estado de acuerdo con los fines de su institución que es el bien común (...) Lo que hay de común en esos intereses es lo que constituye el vínculo social, porque si no hubiera un punto en que todos concordasen ninguna sociedad podría existir”. Ya antes había expresado: “Yo habría querido nacer bajo el régimen de un gobierno democrático”.

Juan J. Rousseau: “¿Cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres?”, en *Obras escogidas*.

algunos, con lo cual podrían acercarse los extremos riqueza-pobreza.

De un pensamiento muy avanzado para su época, representaba los intereses de la pequeña burguesía, por lo cual era partidario de la democracia radical pequeñoburguesa y se expresaba proclive a un poder democrático, entendido por él como el único legítimo. Esta razón lo hizo considerar que, en ese Estado, los súbditos no tenían necesidad de garantías contra el poder soberano, pues tal organismo no tendría interés en perjudicar a todos sus miembros.

En una sociedad en que la pequeña burguesía constituía un sector importante de la población urbana, como era Francia, resulta comprensible entender las razones por las cuales las ideas de Rousseau se popularizaron y extendieron con gran rapidez, para ejercer una gran influencia en su época.

La corriente ideológica más radical aconteció en Francia en el siglo XVIII en medio de la agudización de la crisis del

Antiguo Régimen. Cuando la lucha de clases se había hecho mucho más evidente, encontró su representante en el humilde cura de aldea Jean Meslier (1664-1729), hijo de un campesino tejedor. Vivió siempre en pequeñas aldeas, en contacto con los campesinos que le contaban sus miserias y problemas. Los escritos más radicales provenían a menudo de sacerdotes de villorios, cuya mayor cultura les posibilitaba, a partir de un mejor conocimiento

de la vida de sus feligreses, conformar teóricamente y expresar con más claridad las ideas revolucionarias en panfletos y octavillas, unas veces firmadas y otras no. Varios llegaron a proponer la eliminación de la propiedad privada, como vía para la solución de los males de la sociedad. Meslier escribió una obra en los últimos años de su vida, publicada luego de su muerte y titulada *Testamento*, en la cual reconocía que, si los hombres poseyesen y gozasen en común y por igual de las riquezas, bienes y comodidades de la vida, si se dedicasen por igual a un trabajo honrado y útil, todos ellos podrían vivir completamente felices y satisfechos. No estaba proponiendo otra cosa que la abolición de la propiedad privada y su sustitución por la propiedad común de todos los bienes.

La crisis por la que atravesaba el régimen feudal, la necesidad de la burguesía de mayores libertades y el recrudecimiento de los movimientos de masas populares, hallaron su expresión en la lucha ideológica. Desde distintas posiciones, los ilustrados manifestaban de manera unánime su hostilidad al Antiguo Régimen y su defensa de los intereses de las clases sociales del tercer



Página original del *Testamento* de Jean Meslier.



Jean Meslier.



Estado. Así, en la literatura, en los escritos públicos y en sus ideas filosóficas se reflejaron las condenas, de forma

moderada o abierta, al régimen feudal y contribuyeron a sentar las bases para los posteriores procesos revolucionarios.

EL ABSOLUTISMO EN FRANCIA

Desde fines del siglo xv, en Francia, los monarcas habían ambicionado establecer el absolutismo; pretendían cobrar los impuestos, dictar las leyes y administrar la justicia, pero en la práctica su poder resultaba aún limitado y las condiciones de la estructura económica y social francesa tampoco lo favorecían. A partir del siglo xiv, en la agricultura francesa ocurrió un proceso de despoblación creciente del campo. La despoblación campesina —debido al éxodo por la excesiva explotación, la peste, las guerras (la Guerra de los Cien Años) y las frecuentes rebeliones campesinas (la *Jacquerie*)— dejó la mayor parte de los campos sin cultivar y las aldeas abandonadas. La escasez de fuerza de trabajo obligó a los señores feudales a hacer concesiones a los campesinos, con el fin de atraerse la mano de obra necesaria para el cultivo de los señoríos: estipularon nuevos contratos de arrendamiento por una renta fija en dinero, dejando al campesino en libertad de cultivar la tierra a su voluntad y se les otorgó el derecho a la tierra previo pago. Tal política hubo de extenderla a sus antiguos tenedores de tierra y a los

siervos para evitar que éstos huyesen a otros señoríos donde les hiciesen esas concesiones.

De ese modo, la servidumbre fue desapareciendo de manera gradual a partir del siglo xiv, mientras los señores feudales se limitaban a percibir una renta fija, desdibujándose así los lazos señoriales entre ambas clases. Por las razones antes expuestas fue extendiéndose el minifundio o pequeña propiedad campesina; sobre todo, por la región noreste de Francia. Parte del campesinado logró mejorar su economía, debido a que tenía una situación ventajosa con respecto al mercado, porque sus tierras eran muy fértiles, pero la mayoría fue arruinándose poco a poco, pues aun cuando la cosecha no produjese lo suficiente, el campesino debía pagar obligatoriamente la renta al terrateniente. Los campesinos también sufrían la competencia de los más acomodados y la apropiación de campos comunales por los terratenientes.

En el siglo xvi, cuando aconteció el alza de los precios, los terratenientes rentistas empezaron a arruinarse, pues dependían de una renta fija, mientras los precios de las mercancías compradas en el mercado se elevaban cada vez más. Algo similar había ocurrido en Inglaterra, pero algunos terratenientes ingleses resolvieron esa difícil situación: despojaron a los campesinos de sus tierras, reunieron las parcelas de éstos y crearon granjas dedicadas, principalmente, a la cría de ovejas, con el fin de obtener lana en gran escala para el mercado sobre la base del trabajo asalariado; es decir, en forma capitalista.

Por el contrario, la generalidad de los terratenientes franceses no resolvió su difícil situación en esa forma. En realidad,



Campeñinos franceses del siglo xvi.

el campo francés no se había dedicado al pastoreo de ovejas ni a la producción de trigo en gran escala, productos que tenían mayor demanda en el mercado en aquella época. El campo francés se dedicaba, en lo fundamental, al cultivo de viñedos, a la sericultura y a una producción diversificada en pequeñas fincas de los campesinos. El sector de los terratenientes franceses no contaba con un verdadero incentivo para crear grandes haciendas capitalistas.



Campeŕinos pagando el tributo.

Sólo algunos usurparon los campos comunales, efectuaron la expropiación de ciertos campesinos y crearon haciendas capitalistas, pero esto no constituyó una práctica generalizada.

En el período de crisis del feudalismo, la mayoría de los terratenientes franceses se lanzó sobre la gran masa campesina tributaria, con el fin de apropiarse de una mayor cantidad de productos agrarios y poderle hacer frente al alto costo de la vida. Cuando los primeros se vieron al borde de la ruina por el alza de los precios, buscaron la forma de obtener de los segundos una tributación mayor, para lograrlo sólo podían hacerlo intensificando su explotación. Con ese fin empezaron por sustituir los arrendamientos hereditarios, cuyas rentas eran fijas e invariables, por otro tipo de arrendamiento a plazo fijo. De ese modo, el terrateniente, tan pronto vencía el contrato de arrendamiento, aumentaba el importe de la renta a pagar por el campesino. Los terratenientes también se dedicaron a registrar los viejos archivos donde aparecían anotados derechos y cargas que habían desaparecido desde los siglos XIV y XV y los pusieron de nuevo en vigor.

Igualmente impusieron, de manera arbitraria, un nuevo tipo de gravamen: "las cargas ocasionales", éste establecía la obligación de los campesinos a trabajar en la construcción de caminos, en la

defensa para los castillos, etc., restándoles tiempo para cultivar sus parcelas y haciendo aún más difícil su situación. Además, debían pagar al terrateniente para poder atravesar los puentes y caminos de sus dominios, por el derecho a usar el molino de granos, la forja de metales para hacer algunos instrumentos de trabajo, el horno para hacer el pan, etc. O sea, los terratenientes franceses, lejos de desposeer al campesino de su parcela y convertirlo en proletario,

se aferraron a la vieja forma de explotación feudal, recrudeciéndola aún más. De igual modo, el campesino francés debía pagar impuestos indirectos al Estado por algunos productos de consumo diario; por ejemplo, el vino y la sal, entre otros.

En el siglo XVII, el campesino francés estaba abrumado por los tributos y obligaciones feudales y por los impuestos estatales. Su producción ya no le alcanzaba para abastecer las necesidades del núcleo familiar. Para subsistir, muchos se veían obligados a vender, por cierta cantidad de dinero, su fuerza de trabajo en sus horas libres a los campesinos acomodados. Otros tenían que pedir dinero prestado a los burgueses usureros para poder comprar semillas, aperos de labranza y pagar la renta al terrateniente. Generalmente, después se veían en dificultades para pagar la deuda en el tiempo estipulado y perdían el derecho a su parcela, pasando éstas a manos de los usureros. Éstos no acostumbraban expulsar a los campesinos de la tierra, sino los mantenían en ella bajo el sistema de aparcería; esto es, el comerciante usurero les facilitaba los medios de producción al campesino, quien debía entregarle a cambio la mitad o la tercera parte de la cosecha o su valor en dinero.

La miseria del campesinado francés fue aumentando en la misma medida en que la continua elevación de los tributos por



Castigo y mentalidad

No era poco frecuente la aplicación de estos castigos por los señores. Sometido el cuerpo a los suplicios de la tortura, descuartizado, amputado, marcado en el rostro o en el hombro para señalarlo e identificarlo, y luego expuesto en la plaza vivo o muerto como espectáculo. La población de la ciudad acostumbraba asistir a estos actos, pues se utilizaba la exposición como forma para amenazar y aleccionar a los observadores. Con el tiempo habría de convertirse en una costumbre de la cual participaban las mujeres y los niños.

Michel Foucault: *Vigilar y castigar*.

los terratenientes, por tal razón llegaron a perder el interés en producir. Además, la existencia de un tipo de agricultura parcelaria contribuyó al mantenimiento de la técnica agrícola tradicional, muy atrasada en relación con la practicada, por

ejemplo, en los campos ingleses en esa misma época. El mantenimiento de una técnica agrícola vetusta y el poco interés del campesino en producir, trajeron como consecuencia un decrecimiento progresivo de la productividad agraria. Esta situación, cada vez más agudizada, dio lugar a una *crisis permanente en la agricultura* y repercutió de manera desfavorable en la población. Inclusive, los terratenientes ociosos, quienes vivían parasitariamente de la renta aportada por los campesinos, iban arruinándose en la medida en que la renta se reducía de manera progresiva debido al alto costo de la vida. Las rebeliones campesinas se hicieron entonces más frecuentes y se extendieron por Francia.

El decrecimiento de la productividad agraria habría de limitar en Francia un desarrollo más temprano del taller manufacturero —compárese con el caso inglés—, al no contar con materia prima suficiente y estable. También, el campesinado francés tendió a mantener una economía de autoabastecimiento, todo eso no permitió la creación de un amplio mercado interno, y de ello dependían el surgimiento y desarrollo del taller manufacturero. Otro obstáculo era la permanencia en Francia de una serie de trabas que impedían un desarrollo del comercio nacional, pues aún existían las aduanas interiores entre las distintas provincias, lo cual contribuía a encarecer los productos. En las ciudades siguió predominando el taller artesanal sujeto a las restricciones gremiales tradicionales que limitaban la ampliación y desarrollo de la industria.

En las condiciones antes señaladas se inicia y evoluciona el absolutismo en Francia. Precisamente con el reinado de Enrique IV de la Casa de Borbón (1589-1610) puede hablarse de un inicio del absolutismo. Al establecer el Edicto de Nantes (1589) y con él, la libertad religiosa, el monarca no pudo contar con el asentimiento del Parlamento. A partir de ese momento dejó de someter a su aprobación las leyes y ordenanzas dispuestas por él, y los Estados Generales (parlamento) no volvieron a



Enrique IV se despide de su esposa María de Médici. Obra del pintor Pedro Pablo Rubens.

reunirse. La economía francesa no había sufrido grandes cambios desde los siglos anteriores y siguieron presentes muchas de sus características. La generalidad de los franceses vivía y trabajaba casi de la misma forma que sus antecesores. La agricultura constituía la ocupación de la mayoría de la población y continuó siendo la principal fuente de renta.

El rey había encontrado exhaustas las finanzas, debido, en lo fundamental, a las guerras. Apoyado en sus ministros desarrolló un plan para restaurar la economía del país: limitar las importaciones y fomentar la producción agropecuaria, con el fin de satisfacer las necesidades internas sin requerir de la importación. Tales razones lo llevaron a tomar algunas medidas tendentes a mejorar la agricultura, como la construcción de canales para el riego, estimular el comercio con la reducción de las aduanas regionales y, a su vez, desarrollar la manufactura de lujo destinada a la exportación, creándose manufacturas estatales de tapices, cristales y sedas. Francia habría de convertirse en una exportadora de artículos para el boato y esplendor de las cortes y la nobleza europeas. Otra de las medidas fue la venta con carácter hereditario de los cargos públicos, formándose así una nobleza de toga, convertida a la larga en un freno o traba ante las órdenes de la monarquía. No obstante, puede decirse que en Francia comenzaron, de manera incipiente, formas nuevas de una actividad económica más científica. Los grandes dominios empezaron a cultivarse aplicando algunas de las reglas de la ciencia agronómica, aunque aún de forma limitada. Las manufacturas agrupaban numerosos obreros y se comenzaron a emplear nuevas máquinas, así la vieja economía francesa de tipo tradicional fue dando paso tímidamente a las formas modernas. Sin embargo, la política seguida no consiguió grandes resultados y sólo pudo establecerse un absolutismo moderado.

Enrique IV siguió una política exterior de paz, aprovechando las condiciones



María de Médici en la obra *La felicidad de la Regencia*.
Pintura de Rubens inspirada en la mitología.

brindadas por el momento, debido a la ruina de otros monarcas adversarios o por haber seguido aquéllos igualmente una política no guerrerista. A pesar de haber organizado un importante ejército, la vía diplomática, con diversas estrategias, se utilizó hábilmente para garantizar la tranquilidad y el resguardo de las fronteras francesas; concedió pequeñas posesiones, intrigó o estableció enlaces matrimoniales, como el realizado con María de Médici, hija de los señores de Florencia. El monarca fue asesinado de una puñalada por la espalda, en plena calle, por un individuo nombrado Ravailiac, quien recibió un brutal castigo; lo torturaron en el potro y la rueda, y después descuartizado, al ser tirado por las extremidades por cuatro caballos.



Al morir asesinado Enrique IV, en el trono le sucedió su hijo Luis XIII de 8 años (1610-1643). Por ser un menor, la regencia la asumió su madre María de Médici, quien dejó el gobierno en manos de su compatriota Concini. Éste dilapidó las riquezas acumuladas por Enrique IV. Entonces, la nobleza obligó a convocar los Estados Generales, que se enfrascaron en estériles discusiones entre la nobleza y la burguesía, cada cual defendiendo sus intereses. Un nuevo personaje habría de dirigir la política francesa: el cardenal Richelieu, hombre autoritario y hábil, para quien todo recurso resultaba válido en función de “la razón del Estado”; es decir, una política centralizadora que permitiera a Francia reconquistar su prestigio y



Luis XIII pintado por Felipe Champagne.

alcanzar el objetivo de establecer el poder absoluto del rey.

Su política estuvo dirigida a obtener la unificación de Francia, limitar el poder de la nobleza, de la Iglesia calvinista y del Parlamento. Mediante una ordenanza (Código Michaud en 1629) declaró al rey señor feudal de todo el reino; de esa forma se rompían los vínculos de vasallaje entre los señores y los convertía a

todos en vasallos del rey, limitándose así, en parte, el poder político de los señores feudales, aunque no el económico. Enfrentado a María de Médici obtuvo la confianza de Luis XIII y ésta fue obligada a abandonar Francia. Fortaleció el ejército, elevando a 160 000 hombres sus fuerzas, y entró en la Guerra de los Treinta Años. Richelieu también propició la creación de compañías comerciales, como la Compañía de Cabo Verde, cuyo fin era la trata negrera hacia América. En esa empresa participaba la Compañía de las Islas de América, la cual ocupó en 1635 las islas de Guadalupe, Martinica y Saint-Dominique, considerado el primer ataque de Francia a España en la Guerra de los Treinta Años. La ocupación de las islas le favoreció en el desarrollo del comercio y la piratería. En política exterior siguió diversas estrategias, todas dirigidas a determinar las fronteras de Francia hasta el Rin y los Pirineos, así como destruir la hegemonía hispano-alemana de los Habsburgo. Un ejemplo claro se observa cuando, en la Guerra de los Treinta Años, él, católico y opuesto a los hugonotes a quienes les quitó los fueros militares, se aliaba a calvinistas y luteranos en contra de España y del imperio, ambos de posición católica.

Con una política calificada por algunos como ejemplo de maquiavelismo, Richelieu había logrado restañar ciertas



El cardenal Richelieu (1585-1642). Importante político de Francia que llegó a ocupar el cargo de primer ministro; estuvo interesado en la implantación del absolutismo.



Julio Mazarino (1602-1661).
Primer ministro de Francia a partir de 1642.

heridas del período precedente, al fortalecer la posición del monarca, limitar los poderes de otros sectores y restituir a Francia el prestigio perdido. Al morir en 1642 no pudo ver concluida su obra ni el fin de la Guerra de los Treinta Años. En sus funciones le sucede el cardenal Mazarino (1602-1661), quien también habría de guiar la política de Luis XIV. En 1643 muere Luis XIII y ocupa el trono su hijo Luis XIV (1643-1715), entonces menor de edad. Las riendas del poder las llevó Mazarino como primer ministro, quien siguió una política muy similar a su antecesor.

Primero Richelieu y después Mazarino se encargaron de legar a Luis XIV un país fuertemente centralizado y bien organizado. Durante la minoría de edad del rey, Mazarino pudo aplastar la rebelión de la Fronde. En 1659 dejó firmada la Paz de los Pirineos, la cual dio fin a la lucha contra España, luego de la Guerra de los Treinta Años; a esa paz también contribuyó el matrimonio de Luis XIV con María Teresa de Austria, hija de Felipe IV de España. Al morir el ministro en 1661, Luis XIV decidió gobernar por sí mismo y dominar como monarca absoluto.

EL siglo XVII marca el triunfo del régimen absolutista en Francia con el reinado

de Luis XIV, y representó el momento de su apogeo. Rey por la gracia de Dios, soberano de todos los señores del reino, padre de todos los individuos. El rey de Francia disponía de un poder ilimitado, al no existir constitución alguna. En sus manos se centraban todos los poderes del Estado; así, él decidía la guerra, la paz; disponía de todos los recursos de la nación; era la fuente de la ley y la justicia. Determinaba en cuanto a la libertad y la vida de sus súbditos y sólo debía rendirle cuentas a Dios. El amor a la patria se identificaba como el amor y la lealtad al rey. Su frase “El Estado soy yo” —aunque no está confirmada que se pronunciara por él— se hizo famosa como signo de representación del Estado en todos los órdenes y ha llegado a nuestros días para identificar a Luis XIV.

Sus ideas absolutistas estaban influidas por su tutor, el obispo Bossuet (1627-1704), quien en sus concepciones estaba aún próximo a las teorías medievales y estimó a la monarquía absoluta derivada de la *Biblia*. De esa forma justificaba la superioridad del gobierno unipersonal del rey y, por ende, imponía obligaciones, el respeto a la ley y a la propiedad. En 1685,

Guerra de los Treinta Años (1618-1648)

Se llamó así a la guerra que tuvo lugar en la primera mitad del siglo XVII y en la cual participaron distintas naciones de Europa. Dos motivos la provocaron: uno, el inicial y menos trascendente, la situación religiosa en Alemania debido las luchas entre la Reforma y la Contrarreforma; el otro, el principal y causante de la generalización de la primera gran guerra europea, la rivalidad política entre las potencias aspirantes a dominar Europa. Se desarrolló en varios períodos: el primero de 1618 a 1623, el segundo de 1625 a 1629, el tercero de 1630 a 1635 y el cuarto de 1635 a 1648. Culminó con el tratado o paz de Westfalia.



el monarca revocó el Edicto de Nantes para alcanzar una mayor unidad del reino, ahora también religiosa. Los hugonotes, quienes durante el siglo XVII habían conservado ciertas libertades personales, vieron menguados sus derechos. Unos se resistieron y otros —200 000 protestantes, aproximadamente— abandonaron Francia y emigraron a Inglaterra, Irlanda del Norte, Holanda y Brandeburgo sobre todo, lo cual implicó para el país la pérdida de algunos intelectuales, hombres de ingenio, obreros —quienes dominaban la industria— y hasta artistas. Todo ello coadyuvó a la expansión de la cultura francesa por otros Estados de Europa, que resultaron favorecidos.

Luis XIV fue un rey laborioso, organizado y ambicioso. Supo rodearse de ministros capaces que contribuyeron eficazmente al engrandecimiento de su reino. Entre los más notables pueden citarse a Juan Baptista Colbert (1619-1683), encargado de los aspectos económicos y administrativos, así como a François-Michel Le Tellier, marqués de Louvois (1641-1691), ministro de la Guerra y organizador del ejército. Colbert fue el interventor general de Finanzas, llevó a efecto una política



Luis XIV, *el Rey Sol*, vestido pomposamente con todo el lujo que impuso en su corte. Pintura de uno de sus principales retratistas: Rigaud.

La Fronda (1649-1652)

Puede hablarse fundamentalmente de dos frondas; la Fronda de los parlamentarios (aprox. 1648-1650) y la Fronda de los príncipes (aprox. 1650-1653). En sentido general se denominó así a la rebelión o guerra civil, como llaman otros, que se desató en Francia a causa de la inconformidad, en la primera de la burguesía contra la corte en busca de reformas constitucionales y democráticas (...) En la segunda, los príncipes y la alta nobleza aprovecharon la sublevación de los desclasados, de los sectores más pobres de la ciudad y de los campesinos, para expresar su inconformidad con algunas de las medidas tomadas por Mazarino y que daban continuidad a la política iniciada por Richelieu, con la cual se limitaba el poder de la nobleza.

mercantilista consistente en acumular la mayor cantidad de riqueza, exportando mucho e importando lo menos posible; con ella coadyuvó al enriquecimiento de la corona, aunque afectó a los sectores más desposeídos. Para evitar la competencia estableció altos aranceles a los productos provenientes del extranjero y propició la creación de una flota mercante y de compañías comerciales, como las Compañías de las Indias Orientales, Occidentales y del Norte, aunque no pudieron llegar a competir con las holandesas.

Colbert fundó varias industrias para la exportación de sus producciones y abastecer el mercado interno; las manufacturas estatales producían muebles, gobelinos, encajes, sedas, brocados y tapices, entre otros artículos de lujo. Millares de telares colmaron la mayor parte de los territorios franceses y la ocupación de cientos de miles de ciudadanos. Para desarrollar las industrias privadas brindó préstamos, redujo los intereses y dio libertad para despedir a los obreros, a la vez que tomó diversas medidas, como

estimular el incremento de la familia con vistas a garantizar la mano de obra. La pequeña industria y el taller artesanal se mantuvieron, pero en condiciones poco competitivas; en ellos, los aprendices vivían y trabajaban sin recibir un salario, y el conocimiento adquirido resultaba muy limitado por lo atrasada de la técnica; en ese sentido, los obreros de las manufacturas salían más favorecidos, al alcanzar una mejor preparación. La industria requirió la importación de especialistas y técnicos de otros países para transmitir sus experiencias y enseñar al personal francés.

Por supuesto, Louvois tuvo grandes méritos por la organización y la modernización introducidas en el ejército. Con la ayuda de ingenieros y asesores, como el ingeniero Vauban, obtuvo significativos avances y permitió que el ejército francés fuera respetado, admirado, temido y diera tanta gloria a Luis XIV; sobre todo, en el siglo XVII, al salir vencedor en las distintas guerras libradas por esa nación. Con él surge el ejército permanente; el mosquete se sustituyó por el fusil con bayoneta, emplearon la granada; las fortificaciones rasantes a nivel del suelo se construyeron en forma estrellada o poligonal rodeadas de un foso profundo, puso en práctica un sistema de trincheras especiales en forma de zigzag y logró, entre otras innovaciones, una especializada preparación de la infantería; ésta, con la utilización del fusil con bayoneta, se convirtió en una colosal fuerza.

Luis XIV estableció importantes medidas en la reorganización administrativa del Estado: implantó los impuestos indirectos sobre el consumo, aplicables a toda la población y aduanas interiores para las mercancías que debían trasladarse de una región a otra. Creó el cargo de intendente,



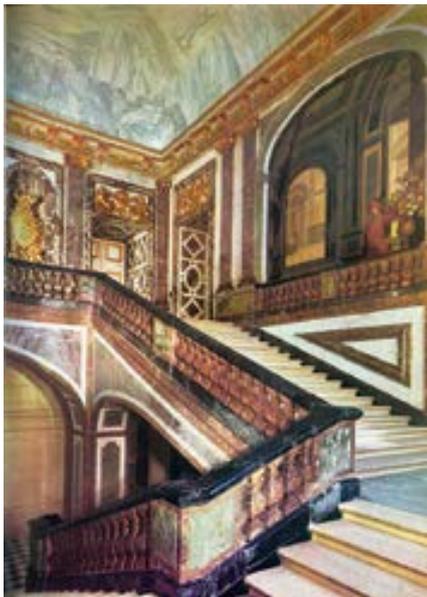
Louvois, ministro de la Guerra.

especie de inspector en representación del rey, para fiscalizar el gobierno de las provincias; función desempeñada principalmente por burgueses. Por diferentes vías fue transformando la nobleza feudal en nobleza cortesana dependiente de la corona, así pudo convertir gran parte de esa nobleza de sangre en funcionarios y oficiales nombrados directamente por él y quien,

a su vez, podía sustituirlos; por ende, ninguna plaza de ministro u otra función burocrática era vitalicia, pero los cargos podían venderse y, cuando el Estado necesitaba oro, se acudía a esta norma y la burguesía podía adquirirlos; por esa vía, a la larga se limitaba la autoridad real. Las finanzas se reorganizaron y existían los financieros, quienes adelantaban a la monarquía el dinero de los impuestos y, después, ellos lo cobraban con amplias utilidades, gravando aún más a los contribuyentes.



Juan Bautista Colbert, quien se ocupó de los asuntos económicos y financieros.



Vista de la Escalera de la Reina, en el palacio de Versalles.

Los cambios que iban operándose en la economía, junto con la política absolutista de Luis XIV, repercutían en la estructura social de Francia. La aristocracia feudal o nobleza de sangre fue pasando de arrendataria a cortesana, cuya vida giraba alrededor del rey, y abandonó sus castillos y propiedades para instalarse en la corte, convirtiéndose en parte del séquito parasitario del monarca. Lo acompañaba constantemente en las fiestas, las cacerías,

representaciones u otras de las más diversas actividades realizadas por el soberano. Invertía en grandes lujos para estar a tono con la etiqueta, las modas y costumbres palaciegas; ese estilo de vida condujo a muchos casi a la ruina y a verse forzados a pedir préstamos y vivir a costa de la Hacienda Real; de esa manera iban perdiendo la libertad gozada como antiguos señores feudales para devenir verdaderos y absolutos subordinados del rey; encontrándose limitados en su accionar político. Así se logró lo anhelado por Luis XIV.

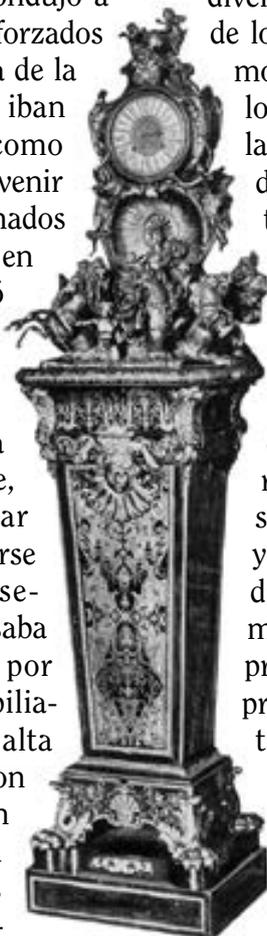
Por su parte, la alta burguesía financiera y comercial, que poseía el poder económico y era mal vista por la nobleza de sangre, tuvo la oportunidad de comprar los cargos del Estado y convertirse muchos de ellos en nobleza secundaria. El monarca compensaba la ayuda económica brindada por éstos, otorgándoles títulos nobiliarios. Algunos miembros de la alta burguesía casaban sus hijos con los de la aristocracia; aspiración de muchos nobles, cuya fortuna había ido menguando con los derroches hechos por la vida cortesana. Esos burgueses llega-

ron, con frecuencia, a comprar tierras. Dentro de esos estratos sociales también estaba la llamada nobleza de toga, formada por funcionarios reales y profesionales al servicio del Estado.

Otros grupos los constituían los sectores menos favorecidos o más desposeídos: los artesanos, los obreros, los maestros de gremios menores, pequeños comerciantes y los campesinos. En la medida en que el campo resultaba económicamente menos rentable, la vida era allí más dura y éste se iba despoblando; fueron creciendo los pueblos y ciudades, aumentó el proletariado industrial, y, a su vez, el número de mendigos y vagabundos en las zonas urbanas. Los obreros de las manufacturas vivían en condiciones infrahumanas. En los grandes talleres manufactureros del Estado se concentraban, algunas veces, hasta 3 000 obreros. Se empleaba mucho la mano de obra femenina e infantil; niños desde los 7 años comenzaban a realizar

diversos trabajos, incluso se sacaban de los hospicios y hasta en algunos momentos, cuando la producción lo requería, se obligó a trabajar en las manufacturas a los menores de una localidad; esa fuerza de trabajo podía realizar algunas labores en sustitución de los hombres por un salario mucho más bajo. Las jornadas en las manufacturas resultaban agotadoras, con una férrea disciplina y donde el pago era miserable; si el Estado podía fijar un salario, luego los administradores y capataces estaban en la facultad de reducirlos y, lógicamente, a menudo lo hacían en beneficio propio. El despido constituía una práctica asidua, en tanto aumentaba la población de las ciudades y podía llegar a haber hasta más de 20 000 parados, los cuales, en su mayoría, se convertían en vagabundos o delincuentes.

El campesinado era el sector más sufrido, ya libres o



Reloj francés de la época.

dependientes. La agricultura se mantuvo aún con técnicas atrasadas; en esa esfera, los adelantos resultaron menos y más lentos, encareciendo la producción, lo cual no estimulaba al campesino, y la política mercantilista no contribuyó a su desarrollo, pues se mantuvo la concepción, según la cual el producto agrícola estaba destinado a cubrir básicamente las necesidades alimentarias.

Cuando se produjo para la industria, cultivando colorantes y otras materias primas necesarias, grandes extensiones dejaron de cosechar los cereales. Por otra parte, el cereal, consumido en lo esencial por las clases de mejor posición económica, debía venderse obligatoriamente a precios muy bajos. Las plagas, las guerras y los cotos de caza eran otros flagelos causantes de la ruina de los campos y empobrecían cada vez más al campesinado, obligado mu-



La nobleza palaciega, una carga para el Estado. Parejas bailando.

chas veces a abandonar los cultivos para incorporarse a los ejércitos. La práctica del arriendo, cuando la burguesía compraba las tierras de la aristocracia y empleaba las relaciones capitalistas en el campo, trajo como consecuencia la expulsión de las tierras de muchos colonos y éstos tuvieron que emigrar a las ciudades o buscar otros refugios.

En el campo, los hijos trabajaban desde edades muy tempranas junto a los padres; la alimentación consistía, en lo fundamental, en el consumo de la papa y el pan elaborado con algún cereal. Las viviendas eran rústicas, generalmente de una habitación, compartida además con los animales, cuando los tenían, y dormían sobre paja junto al hogar para calentarse durante el invierno. Por ser sus casas y utensilios de materiales tan bastos y perecederos, han dejado poco rastro para el estudio de la cultura popular. Esas condiciones devinieron un caldo de cultivo para la rebeldía del sector.

La vida de los campesinos

Para comprender mejor la vida del campesino resulta muy ilustrativo el fragmento siguiente de la obra *Los caracteres* del célebre literato francés Juan de La Bruyère, quien para ridiculizar y criticar su época, se basó en los apuntes éticos del filósofo griego Teofrasto *Los caracteres morales*: “Vemos ciertos animales feroces, machos y hembras, esparcidos por el campo negro, lívidos, quemados por el sol, adheridos a la tierra que están cavando, con una invencible obstinación; tienen una especie de voz articulada, y cuando se levantan sobre sus pies, muestran una cara humana; y en efecto, son seres humanos. Por la noche se retiran a sus guaridas, donde viven de pan negro, de agua y de raíces; ahorran a los otros hombres el trabajo de sembrar, de arar y de recoger para vivir...”.

Juan de La Bruyère: *Los caracteres*.



Joven mendigo, obra de Esteban Murillo. El mendigo, una escena frecuente.



Patio interior del palacio de Versalles.

Para esos tiempos, en Francia se calcula la existencia entre 1,5 millón a 2 millones de campesinos lanzados a la condición de vagabundos o indigentes; buena parte buscaba asilo en los bosques, cuando no en las ciudades, donde su vida era igualmente miserable, ya como proletarios o indigentes. Reducidos a la desesperación, no pocas veces se sublevaron, fermentándose así un estado mental propicio para la rebeldía.

A Luis XIV —a quien la historia conoce con el sobrenombre de *Rey Sol*, debido al lujo y esplendor de su corte— le interesaba deslumbrar a todos los que

lo rodeaban, incluidos los Estados vecinos; creía que cuanto más brillaran o fulguraran él y su corte, eso era símbolo de su inmenso poder. Esta concepción contribuyó a convertir a Francia en el espejo hacia donde miraba toda Europa. Ella establecía la moda, las costumbres, la etiqueta, la cultura, y, pronto, la aristocracia europea empezó hasta hablar en francés y leer la literatura en ese idioma. París devino el corazón de Europa y Versalles, el centro alrededor del cual giraba gran parte de la aristocracia europea. El palacio de Versalles comenzó a construirse en 1670; fue una obra colosal. Ubicado en un antiguo coto de caza, alejado del centro de la ciudad, de las masas y multitudes, donde hubo de reproducirse la vida palaciega, pero fuera del antiguo centro de la vida citadina. La nueva residencia tenía un símbolo, estaba inspirada en la figura central del monarca. El edificio contaba con un patio de mármol, a partir de éste se hallaba el punto central: la *Cámara Real*, significaba el poder centralizado, alrededor de ella fue configurándose el resto de la edificación; entre otros salones destacaba la Galería de los Espejos, lugar de celebración de las grandes recepciones y principales actos.



Fachada exterior del Versalles de Luis XIV.

Versalles y Luis XIV constituían una unidad, el palacio representaba un escenario propio y singular de su realeza. Se concibió a partir de la racionalidad humana. El triunfo del orden monárquico del Rey Sol estaba representado por su perfecta armonía, la grandiosidad de la obra simbolizaba la victoria de la voluntad y las 1 400 fuentes de los jardines, el esfuerzo de la corona. El monarca empleó algunas de las figuras más renombradas de la época para su diseño, construcción y decoración. Contó con el arquitecto Le Vau, el decorador Charles Le Brun y el artista en el diseño de jardines André Le Nôtre. El interior estaba suntuosamente adornado con frescos en las paredes y techos, abundaba el oro en el ornato, los muebles de maderas preciosas y de exquisito diseño; bellos tapices, fastuosas lámparas, las mejores porcelanas y cristalerías, todo dispuesto con gran gusto.

El palacio poseía los famosos jardines concebidos a partir de la importancia adquirida en ese período por los valores de racionalidad y equilibrio. Así se transformó el entorno para geometrizarlo con ejes infinitos, a partir de la corriente de los paisajistas, quienes optaron por invertir



Jardines del palacio de Versalles.

los valores y crear ambientes en perfecta armonía con los sentimientos y el arte. El nuevo espacio incluía las famosas fuentes y numerosas esculturas. Los jardines y parques eran, de alguna manera, una ampliación del monumento. Devinieron centro de celebración de actos oficiales, de reunión y esparcimiento de los cortesanos; allí se daban grandes fiestas, representaciones, se hacía gala de los mejores vestidos y joyas, eran el ámbito apropiado para enamorar, discutir de política, intrigar y fundamentalmente demostrar la proximidad y los vínculos con el monarca. Versalles y su impresionante arquitectura representaron un nuevo estilo, nacido ya clásico y transformado en mito. Toda la corte era refugio de la nobleza cortesana. Ella se ufanaba de su proximidad al monarca, pero, a la vez, esa vida implicaba grandes erogaciones que recaían con todo su peso en el resto de la población.

Precisamente las guerras, además de los gastos en la suntuosidad de la corte, fueron erosionando las arcas del Estado. Durante el reinado de Luis XIV, Francia participó en numerosas contiendas, como la sostenida contra España entre 1667-1668, conocida como de *Devolución*, dirigida a la conquista de los Países Bajos —españoles entonces—. Holanda, temerosa de la proximidad de los territorios to-

Versalles visto por Montesquieu

Versalles y su séquito establecieron un modelo tentado a imitar por otras cortes europeas. Montesquieu afirmaba al respecto: “El más poderoso príncipe de Europa es el rey de Francia. No tiene minas de oro, como su vecino el rey de España, pero es más rico que él, porque saca su riqueza de la vanidad de sus vasallos, más inagotable que las minas. Le han visto acometer o sustentar porfiadas guerras, sin otros caudales que la venta de títulos honoríficos”.

Ch. L. Montesquieu: “Carta XXIV”, en *Cartas persas*.



Ciudad de Utrecht.

mados por Francia, formó la Triple Alianza de La Haya entre Holanda, Inglaterra y Suecia para hacerle frente a su poderoso vecino, pero, con la firma del Tratado de Aquisgrán (1668) entre Francia y España, la primera devolvió el Franco Condado y se quedó solamente con algunas regiones al sur de Flandes, en esas condiciones no resultó necesaria la intervención de la Triple Alianza.

Después de tres años de paz, el rey decide emprender de nuevo una guerra, ahora contra Holanda en represalia a la acción de ésta cuando formó la Triple Alianza. Lo primero que hizo el monarca fue estrechar las relaciones con los antiguos socios de Holanda en la anterior coalición: Inglaterra y Suecia. Invade a Holanda, obligando a Guillermo de Orange a coligarse con Austria, Brandenburgo y España, para detener el avance de las tropas francesas,

las cuales tuvieron que ponerse a la defensiva frente al avance alemán, mientras Holanda libraba la batalla en el mar; de esa lid salió vencedora Francia. La Paz de Nimega (1678-1679) se establece entre Francia y Holanda; entonces, España pierde el Franco Condado y otras zonas de Flandes.

Nuevos acontecimientos llevarían a Francia a otra guerra. Al asumir Guillermo III de Orange el trono de Inglaterra (1688), decide enfrentarse a su antigua rival, aprovechando además el disgusto reinante en otras monarquías europeas frente a la política intromisoria de Luis XIV; por tales motivos surgió una coalición entre Inglaterra, Holanda, Suecia, España, varios príncipes alemanes y el duque Eugenio de Saboya. Las tropas francesas estuvieron obligadas a librar combates en distintas zonas. La guerra costó enormes pérdidas no sólo en el ámbito financiero, sino también en vidas humanas, tanto a Francia como a sus adversarios. Esa situación condujo a la firma del Tratado de Ryswick (1697) y todos los participantes en el conflicto devolvieron los territorios conquistados, menos la ciudad de Estrasburgo, mantenida en manos de Luis XIV.

Nuevos sucesos llevaron a la *Guerra de la Sucesión a la Corona de España*, nombre con que se conoce la contienda. Al morir Carlos II de España sin heredero, a la Corona española aspiraron Felipe, nieto de Luis XIV, y el archiduque Carlos de Austria, nieto del emperador Leopoldo. Felipe era, además, heredero de la Corona



Peñón de Gibraltar.

francesa y simbolizaba la posible unión de España con Francia en su persona, representaba una verdadera amenaza para el resto del continente. Se desató así la Guerra de Sucesión a la Corona de España (1701-1714), cuando Guillermo III de Orange y Leopoldo de Austria, en coalición con Brandeburgo y Eugenio de Saboya, decidieron oponerse a las ambiciones de Luis XIV. Posteriormente,



Cuadro representativo de la fundación de la Academia de Ciencias.

Felipe ocupó el trono; entonces, los ejércitos ingleses y las tropas de Eugenio de Saboya unieron sus fuerzas e infligieron la derrota a Francia en Hochstadt y el archiduque Carlos de Austria desembarcó en España, donde sería derrotado. Fue una larga y desgastadora guerra que culminó, entre diversos motivos, cuando el archiduque Carlos asciende al trono como Carlos VI al morir el emperador Leopoldo y su hermano José I no deja heredero. Ante el temor a la posible unión de Austria y España, si Carlos ocupaba también la Corona española, los oponentes de Luis XIV decidieron dar fin a la guerra y entre 1713 y 1714 se firman los tratados de Utrecht (1713) y de Rastatt (1714). Así, Felipe V (de la Casa de Borbón) ocupó el trono de España, mientras ésta perdía, entre otras, sus posesiones en los Países Bajos, Milán, Nápoles y Cerdeña que pasaron a la Casa de Austria, y Felipe V debió renunciar a sus derechos a la Corona francesa. A partir de esos momentos comenzaría a debilitarse la imagen de Francia.

Durante el reinado de Luis XIV empezaron a ponerse de moda los salones; en ellos se reunía lo más culto de la aristocracia para discutir sobre temas culturales, artísticos, filosóficos y morales, entre otros; también se frecuentaban por

algunos hombres provenientes de otros sectores que habrían de destacarse por su inteligencia. Fue Madame Rambouillet la creadora de los salones; y uno de los más importantes en aquellos momentos fue el de Madame de Sévigné. Pronto se expansionaron a otras provincias de Francia y a los demás Estados europeos. Un dato curioso es el papel desempeñado por algunas de ellas a partir de esos momentos. En los salones de las mujeres de la aristocracia se acostumbraba realizar las reuniones y no sólo participaban de esas tertulias; a su vez, las promovían y exponían allí sus ideas, llegando algunas a alcanzar fama como Ninon de Lenclos, conocida como filósofa y cortesana. Al mismo tiempo se fundaron las academias: la Academia de las Bellas Letras en 1663, dedicada fundamentalmente a los estudios de la Historia; en 1666, la Academia de Ciencia para los estudios de las ciencias naturales, y, en 1695, la Academia Francesa para el perfeccionamiento de la lengua. Enseguida, estas instituciones se abrieron también en otras provincias y proliferaron en diversos Estados europeos. Tanto los salones como las academias contribuyeron y constituyeron los centros propicios para fomentar el germen del pensamiento de la Ilustración.



El teatro constituía uno de los entretenimientos preferidos por el rey y la nobleza cortesana; no pocas veces, el propio monarca y miembros de la aristocracia interpretaron papeles en distintas obras y hasta en el ballet. Siguiendo la tradición versallesca se le daba gran importancia al decorado de la escenografía, ésta alcanzó niveles verdaderamente artísticos y realistas, predominando un estilo barroco; se destacaron dramaturgos como Corneille, Racine y Molière. En la poesía sobresalieron solamente dos figuras: La Fontaine y Boileau, cultivadores de una forma didáctica. Mayor énfasis se puso en las construcciones, contribuyendo así a engrandecer la visión de Francia; además de Versalles se edificó el Louvre, los jardines de las Tullerías y el Hotel de los Inválidos, ordenado para albergar a los mutilados

de guerra y que, con posterioridad, sirvió para situar la tumba de Napoleón. En la plástica no hubo grandes figuras del barroco como en los Países Bajos o España, pueden mencionarse La Tour o Poussin, y destacó el pintor de la corte Rigaud por el realismo de las figuras, la textura de las telas y la utilización de la luz. Durante el reinado de Luis XIV se impuso el clasicismo en la pintura y la literatura, destinado a hacer imperar los conceptos de orden, razón, regla, obediencia, y como modelo en todas las manifestaciones artísticas asumieron a los griegos y romanos; así Le Brun llevó esas normas a la Academia de Pintura y Escultura y Lully y el compositor Jean Baptiste, a la de música. Le Brun fue director de las fábricas de tapices y el decorador de la corte de Versalles.

Entre los elevados costos de las guerras, el derroche de la corte, las inclemencias del tiempo, las epidemias y las pesadas cargas a los campesinos, junto a los bajos salarios a los obreros o al incremento de los desocupados, durante el reinado de Luis XIV la vida de la población fue haciéndose cada vez más miserable y el país se encontraba prácticamente exhausto y arruinado a la muerte de éste en 1715. En



Hotel de los Inválidos, se mandó construir para los mutilados de guerra; posteriormente, devino tumba de Napoleón Bonaparte.



Duque Felipe de Orleans, regente de Luis XV.



John Law se ocupó de los asuntos económicos durante la Regencia del duque Felipe de Orleans.

su largo reinado había visto morir a su hijo y a sus dos nietos; por ende, la corona pasaba a su bisnieto Luis XV (1710-1774), un infante de 5 años de edad.

Dada la corta edad del nuevo rey se creó un Consejo de Regencia y como regente se designó al sobrino de Luis XIV, el duque Felipe de Orleans (1674-1723). Luis XIV había dejado al país en condiciones tales, que Francia se veía abocada a una crisis económica. El duque de Orleans fue un hombre poco preocupado y respetuoso de la monarquía; de gustos refinados, derrochador, displicente, organizador de grandes fiestas y frecuentes orgías con sus amigos. Continuaron los cuantiosos gastos de la corte versallesca, los enormes dispendios a la nobleza, la especulación, las jugosas inversiones para el mantenimiento de Versalles con toda su pompa, mientras la economía seguía siendo improductiva. Para atender los asuntos de la caótica economía se trajo al economista escocés John Law al Ministerio de Hacienda.

La política económica de Law se dirigió en esencia a la creación de una banca pri-

vada que luego pasó a manos del Estado y asumió varios monopolios, así como la emisión de gran cantidad de acciones, prometiendo fabulosas ganancias; por esa razón, pronto muchos se hicieron de ellas. Todo resultó una gran estafa; pues no dieron los resultados esperados y numerosas familias fueron llevadas a la ruina. La tragedia no sólo causó serios perjuicios para el Estado, sino el desencanto de los franceses. Law se vio obligado a huir a Venecia, donde murió.

Luis XV, *el Bien Amado*, por intereses de Estado contrajo matrimonio, a los 15 años con María Leszcynska, hija del rey de Polonia. El monarca era irresponsable,



Luis XV a los 5 años, *el Bien Amado*. Se le llamó así debido a su triste historia familiar, su orfandad desde los 2 años y su aspecto delicado. Esas circunstancias conquistaron las simpatías de sus contemporáneos que luego sufrieron los derroches de su corte.



Juana Antonia Poisson, marquesa de Pompadour, quien con gran ascendencia participó de la dirección de la política de Francia.

introvertido, débil, sin capacidad para gobernar y poco interesado en esos asuntos; sus ocupaciones consistían en la caza, los banquetes, las fiestas y los placeres; tuvo numerosas amantes e hijos naturales. A partir de esos momentos, y después de la muerte del regente, comenzó a gobernar o más bien depositó el gobierno en manos de su primo el duque de Borbón, como primer ministro, quien duró poco tiempo en su cargo, pues el rey no se fiaba de él. Entonces puso su confianza en su preceptor Andrés de Fleury de 73 años y de carácter más moderado.

Fleury intentó estabilizar la economía, fomentando la industria, la agricultura y la colonización, con lo cual contribuyó a producir una importante oleada migratoria a las Antillas y la Luisiana. Trató

Guerra de la Pragmática Sanción (1740)

Así se denominó el enfrentamiento de Austria y Prusia —por la sucesión a la corona de Austria—, aliada la primera a Inglaterra y la segunda a Francia; rivales Inglaterra y Francia en los dominios coloniales. La guerra terminó con la firma del Tratado de Aquisgrán entre Austria-Inglaterra y Francia-España.

de llevar una política de paz, pero no pudo evitar intervenir en la guerra por la sucesión de la Corona polaca y, más tarde, en la de la Pragmática Sanción en 1740. A pesar de su empeño por mejorar la economía, los derroches de la corte, junto a los gastos de las guerras mencionadas, los innumerables y altos impuestos, continuaron creciendo, no permitiéndole sacar al país de la complicada situación. A su muerte, la sucesora fue la famosa favorita Juana Antonia Poisson, marquesa de Pompadour, quien hizo su aparición en la corte en 1745 y llevó la política gubernamental desde la muerte de Fleury hasta 1758. Hija de un negociante sin mayores recursos fue una mujer hábil, inteligente y bella; se ufanaba por complacer todos los caprichos del rey, procurarle diversión, construir nuevos palacios y teatros, organizar viajes y diversiones para Luis XV. De esa forma, pronto se ganó la confianza del monarca y llegó a disponer en todos los asuntos del Estado y, muy en especial, en la política exterior de Francia. Sus excesivos gastos —se calcula ascendían a un quinto de las rentas del Estado—, unidos a los factores ya mencionados antes y que siguieron en aumento, coadyuvaron a acentuar la crítica situación del país. Al morir la Pompadour en 1764, el poder pasó al ministro Choiseul, quien no pudo tampoco resolver la difícil situación y durante su mandato Francia vio disminuido su poder colonial. Una nueva mujer, madame Du Barry, igualmente de origen innoble, procedente de los barrios bajos de París, devino la nueva favorita, pero carecía de la capacidad de la Pompadour y contribuyó, junto a la decrepitud del rey, cuyos gastos en orgías eran cada vez mayores, y a los fracasos de Francia en las últimas guerras, a originar un mayor descontento en distintos sectores de la población.

En esos últimos años, Francia intervino en guerras con resultados altamente costosos para ella. Además de la ya mencionada de la Pragmática Sanción, al poco tiempo participó en la Guerra de los Siete

Años (serie de conflictos entre 1756-1763) con un alto costo para Francia; con la Paz de París perdió las colonias de Canadá y la India, lo que representó además su debilitamiento como potencia y la disminución de su influencia en el ámbito europeo. Junto a los cuantiosos gastos de la corte, las numerosas y altas pensiones concedidas a la nobleza, el problema mayor de Francia estaba en el déficit financiero, todo lo cual caía con gran peso sobre el campesinado, la llamada clase media y los obreros. Por otra parte, el rey había perdido autoridad en el Parlamento y lo tenía como enemigo, cuando éste logró la expulsión de los jesuitas e instó a la desobediencia. Luis XV murió dejando el país prácticamente en situación de crisis y el trono pasó, en 1774, a manos de su nieto Luis XVI (1754-1793), quien por disposición de su abuelo había contraído nupcias, por interés del Estado, con María Antonieta, hija de la emperatriz María Teresa y hermana del emperador José II de Austria.

El nuevo monarca poseía un carácter débil, irresoluto, falto de condiciones políticas para gobernar, y aunque estaba consciente de la necesidad de reformas, no tenía las condiciones para ejecutarlas. Su mujer influyó de manera significativa en sus decisiones. Era revoltosa, indisciplinada, algo caprichosa y con falta de preparación política. Despreciaba al pueblo

y no prestaba atención a sus demandas, ni dejaba a Luis XVI hacerlo, cuando en realidad en Francia se estaba viviendo una situación verdaderamente crítica para gran parte de la población. Todos los factores anteriores contribuyeron a crear el contexto propicio para un estallido revolucionario.

Durante los reinados de Luis XV y Luis XVI, el absolutismo entró en Francia en un período de decadencia y, a su vez, fue el momento de mayor alcance e influencia de las ideas de la Ilustración. Las tertulias en los salones proliferaron y las discusiones resultaron más abiertas; se trataban problemas de política, de economía y de la sociedad. En ellas se reunían hombres de diversos sectores sociales con nivel cultural e inquietudes políticas. En la casa de mademoiselle de Lespinasse se congregaban los enciclopedistas d'Alembert, Condorcet y Turgot, por sólo mencionar algunos. En casa de madame Tencin frecuentemente se encontraba a Montesquieu, Mably y Helvétius. Allí fue germinando un nuevo pensamiento. Ante la situación económica y social de Francia, las ideas de esos ilustrados fueron tornándose cada vez más radicales en demanda de cambios. En breve, ese pensamiento se difundiría y encontraría un favorable caldo de cultivo entre los sectores más expoliados por la crítica situación en que los había sumido la política absolutista.

INGLATERRA DURANTE EL PERÍODO DE LAS MONARQUÍAS ABSOLUTAS

En el panorama europeo, el caso inglés constituye una particularidad. Desde el siglo XIII, con la Carta Magna y la organización del Parlamento, la nobleza había adquirido un gran poder sobre el rey, limitando sus acciones y decisiones. Se elegían al Parlamento —con sus dos Cámaras, la de los Lores y de los Comunes— los miembros de la nobleza terrateniente y los representantes de las corporaciones, los propietarios de grandes riquezas, mientras se excluían los artesanos, los

pequeños comerciantes, los campesinos y los sectores más humildes de la población. Entre sus derechos estaban: decretar leyes, aumentar los impuestos y declarar la guerra. Cuando ese último derecho trató de ignorarse por los reyes, provocó contradicciones con el Parlamento y a éstos no les quedó otro remedio que convocarlo, para tener su apoyo al pretender iniciar una guerra.

Con la muerte de la hija de Enrique VIII, Isabel I Tudor, *la Reina Virgen*, quien



Isabel I, hija de Enrique VIII y reina de Inglaterra.

había logrado engrandecer el reino de Inglaterra con su capacidad de trabajo, una política inteligente y enérgica, al no dejar heredero, le sucede el hijo de su prima María Estuardo, Jacobo I (1603-1625), quien a su vez reinaba en Escocia como Jacobo VI desde 1567. María Estuardo, reina de Escocia y católica, había tenido que huir de su país frente a las luchas con los calvinistas y la nobleza, su prima Isabel le ofreció abrigo en Inglaterra.

Se dice que entre ellas existía una fuerte rivalidad y envidia por diversas razones, desde las religiosas hasta por la belleza de María y la fealdad de Isabel. Al llegar María a Inglaterra, su prima la encarcela por 19 años y luego firmó la sentencia de muerte, la cual se llevó a cabo en febrero de 1587. Eso no importó a Jacobo, quien con tal de alcanzar el trono de Inglaterra, había tratado de ganarse las simpatías de la reina que ordenó la sentencia de muerte de su madre. Con Jacobo I termina la dinastía de los Tudor y se inicia la de los Estuardo. Estaban dadas las condiciones



Jacobo I Estuardo.



Las persecuciones religiosas condujeron a bárbaros castigos, enfrentamientos y la emigración, como en el caso de los puritanos.

para la unión de los dos reinos, fusión no alcanzada hasta unos años más tarde. El nuevo monarca, de tradición familiar católica pero educado como presbiteriano en Escocia, tenía una personalidad compleja. Débil, un tanto irresoluto, afectado y poco viril, dejó el gobierno en manos de sus favoritos. A partir de estos momentos, con los Estuardo se inicia un período de conflictos internos y de enfrentamientos entre el rey y el Parlamento, por las pretensiones del monarca de establecer un gobierno absoluto y desconocer el cuerpo legislativo. No es que los Tudor no hayan aspirado a una política absolutista, pero supieron maniobrar más hábilmente, sin crear graves crisis.

Hombre culto, Jacobo se dio al estudio de las Sagradas Escrituras y de ellas extrajo el convencimiento, muy útil a sus objetivos, de la designación e investidura de los soberanos por la de autoridad de Dios y, por tanto, están situados por encima de sus súbditos, quienes deben respetar sus órdenes. Su posición ante el problema religioso lo llevó enseguida a serias confrontaciones. Por su procedencia católica por línea materna, los seguidores de esa creencia pensaron poder contar con su solidaridad, pero rápidamente desencantados llevaron a efecto la llamada *conspiración de la pólvora*, al intentar volar al rey y al Parlamento, poniendo una carga de explosivos en los sótanos de esa institución. Al ser

descubierta la intentona, el monarca impuso severos castigos a los católicos, obligándolos a renunciar a la religión o, en sus efectos, si se declaraban rebeldes, perdían sus derechos civiles y hasta la tutoría de sus hijos para ser educados como protestantes. Por otra parte, los calvinistas, representantes de la tendencia democrática dentro del Parlamento, creían que el rey, por su educación, sería favorable a ellos, pero pronto entraron igualmente en contradicción con las aspiraciones de Jacobo I al poder absoluto.

Dentro de los protestantes había distintas tendencias, unos con posiciones más radicales que otros. Esto hizo que los llamados independientes, por estar en contra del sometimiento a la corona y al Parlamento, emigrarán finalmente a América en 1620 en el *Mayflower*, para arribar a lo que llamaron Nueva Inglaterra.

El nuevo soberano llevaba una vida de grandes gastos, el lujo y las fiestas exigían cuantiosos recursos para la corte, lo cual obligaba al rey a establecer nuevos impuestos, a la venta de cargos y a otras actividades, que el Parlamento no estaba dispuesto a aceptar; por tal razón, el monarca decidió disolverlo por diez años. En 1621 volvió a convocarlo, para suspenderlo casi de inmediato hasta 1624. Fueron 13 años de gobierno sin el Parlamento. A su muerte, los tronos de Inglaterra y Escocia pasan a su hijo Carlos I (1625-1649), quien pretendió seguir la política absolutista de su padre, lo que acarreó nuevamente problemas con el Parlamento y una difícil situación interna, condiciones que ayudaron a madurar el proceso revolucionario que habría de suceder en Inglaterra. Carlos I murió ejecutado. Con su hijo Carlos II (1660-1685) se instaura otra vez la monarquía.

ABSOLUTISMO EN ESPAÑA

Con el matrimonio de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos, se logró en 1492 la relativa unidad de España, pues ambos fueron centralizadores en sus respectivos reinos, Aragón y Castilla; pero no se alcanzó la verdadera fusión política de toda la región hispánica. Coincidentemente, en esos momentos, los reyes se lanzaron a la conquista de América, donde el Estado español obtuvo grandes riquezas y beneficios económicos, pero no se utilizaron en función del desarrollo interno del país, lo cual causó, a la larga, su decadencia y el mantenimiento de un sistema feudal con sus particularida-

des y no generalizado a todo el territorio. Si algo también caracterizó a Fernando e Isabel fue imponer la unidad religiosa, razón por la cual se produjo la expulsión, en nombre de la fe católica, de los moros y judíos; situación que contribuyó a cierto estancamiento científico y cultural del país. A causa de esa política recibieron del Pontífice Alejandro VI, por más señas español, el título de reyes católicos. Entre las principales preocupaciones de los reyes estuvieron los conciertos matrimoniales para conseguir aliados, la unidad de Estados peninsulares o para la incorporación de otros territorios y reinos. Entre esas uniones logran la de la infanta Juana con Felipe, duque de Austria, hijo de Maximiliano, el emperador de Alemania.

A la muerte de Isabel, Juana (conocida como Juana, *la Loca*) estaba incapacitada para gobernar por el agravamiento de su demencia, y el gobierno de Castilla lo recibe su esposo Felipe, *el Hermoso*, quien no alcanzó a reinar un año. Al fallecer Felipe y dada la incapacidad de su esposa, la Regencia vuelve a don Fernando y a la muerte de éste, en



Retrato de los Reyes Católicos
Fernando de Aragón e Isabel de Castilla (anónimo).



Carlos I de España y V de Alemania.

1516, deja como heredero a su nieto don Carlos, quien estaba en Flandes, y ocupa el trono de España en 1517. Dos años después asciende al trono del Imperio alemán, por lo



La *Santísima Trinidad*, una de las naves emblema de la poderosa flota española, en un grabado de la época.

cual se le conoció como Carlos I de España y V de Alemania.

Inicio de la Casa de Austria

El nuevo monarca, nacido y criado en Flandes, no hablaba el español ni conocía las costumbres de ese pueblo; por tanto, fue recibido con recelo y no poca resistencia. Carlos V de España —a su vez, emperador de Alemania— trató de imponer el catolicismo en todos sus Estados; por ende, se enfrentó a la Reforma religiosa y a los príncipes protestantes. Participó, por diversos motivos, en otras guerras, como las llevadas contra Francia o contra los turcos. Ya cansado firmó la Paz de Augsburgo; aceptó la victoria del luteranismo en Alemania, al reconocer igualdad de derechos para los protestantes y los católicos, aunque los príncipes mantuvieron la posesión de los bienes secularizados. Carlos I, agotado por las guerras y por su precaria salud, decidió retirarse a un monasterio y desprenderse de sus dominios en sucesivas abdicaciones. A su hijo Felipe II entregó el reino de España junto a otras posesiones y a su hermano Fernando, los territorios de los Habsburgo en Austria y la corona imperial.

Felipe II (1556-1598), *el Prudente*, hijo de Isabel de Portugal, logró detentar vastos territorios, pues, además de las posesiones obtenidas de sus antecesores —menos el Imperio alemán—, con la anexión de Portugal en 1640 adquirió los grandes dominios de esa nación (Brasil). Durante su mandato, el absolutismo alcanzó su máximo esplendor en España. Fue un rey tímido e irresoluto, carecía de las dotes guerreras de su padre; no obstante, continuó las contiendas emprendidas por su antecesor, prácticamente exterminó los restos de protestantismo existentes en el país y tomó medidas para sofocar sus núcleos de expansión en los Países Bajos. Por ejemplo, el monarca presidió directamente un importante auto de fe en Valladolid, donde se cortó de raíz el brote protestante en Castilla. Los flamencos consideraban a Felipe II un extranjero, eso también contribuyó a provocar el descontento entre sus súbditos. La política



Miguel de Cervantes, autor de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, participó en la batalla del golfo de Lepanto.

de fuerza no le dio resultado al monarca, aunque pudo conservar las provincias del sur —actual Bélgica—. El gobierno de los Países Bajos lo entregó, poco antes de morir, a la hija de su matrimonio con Isabel de Valois: Isabel Clara Eugenia y al esposo de ésta, el archiduque Alberto de Austria, con una condición: si al morir no dejaban descendencia, pasaría de nuevo a la Corona española.

Durante el reinado de Felipe II, España participó en distintas guerras y batallas, mantenía un gran ejército y una importante fuerza marítima conocida por la *Armada Invencible*. El cuerpo fundamental del ejército era la infantería, organizada en tercios, que reunía unos 3 000 soldados divididos en 12 compañías de tres secciones: piqueros, arcabuceros y mosqueteros. La marina resultó esencial para dominar un imperio tan extenso. Los principales modelos de sus barcos de vela eran la carabela, la nao y el galeón, también emplearon la galera —nave de remos— y como remeros se servían de vagabundos, maleantes y prisioneros, a éstos se les llamaba *galeotes*, se escogían generalmente entre hombres fuertes y robustos.

En época de Felipe II, la marina alcanzó su plenitud, no recuperada después de la derrota frente a los ingleses en 1588, al intentar conquistar Inglaterra. Participó en numerosas batallas y guerras en esos años; entre las más mencionadas estuvo la guerra contra los turcos de la Liga Santa,

en la cual tomaron parte, además, los Estados Pontificios y Venecia, y en ella tuvo lugar la batalla del golfo de Lepanto (1571), donde quedó inútil de un brazo don Miguel de Cervantes, *el Manco de Lepanto*, autor de la novela *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Otra, la desatada por la invasión de Inglaterra contra Isabel Tudor. Los ataques de los ingleses y de Francis Drake y el mal tiempo destruyeron la famosa Armada Invencible de España y marcaron la decadencia que se avecinaba.



Galera



Nao



Galeón



Carabela

Barcos usados en la flota española.



Una escena de la batalla de Lepanto.



También existieron otros organismos con cierta autonomía, como las cortes y los municipios, aunque los monarcas intervenían en el nombramiento de los corregidores y de los cargos municipales, esas tendencias centralizadoras fueron fortaleciéndose cada vez más; sobre todo, a partir de la derrota de los comuneros. Igualmente, durante el gobierno de Felipe II se destacó la fusión alcanzada entre los aspectos ideológicos y religiosos, al lograr la identificación entre Estado e Iglesia, política y religión, vía por la cual se obtenía un mayor control sobre el Santo Oficio.

El monarca estimuló el florecimiento de la industria, crecieron los telares. Se calcula que a principios del siglo XVI en Sevilla existían unos 15 000, con aproximadamente 130 000 operarios, pero la producción textil se extendía también a Toledo, Segovia y Zaragoza, entre otras regiones. Los astilleros alcanzaron un importante desarrollo y las relaciones comerciales resultaron más intensas con el exterior. Impulsó las construcciones, en especial, en lo referido a las vías de comunicación, debe señalarse el proyecto presentado a Felipe II por el ingeniero Juan Bautista Antonelli en 1581 para facilitar los enlaces por el Tajo entre las principales regiones con vistas a facilitar el comercio, y propició la ejecución de importantes obras en los puertos, incluidos los de los territorios de América.

En la cultura, con Felipe II, pero incluidos los tres primeros de la dinastía de los

Austrias, aconteció un despegue, principalmente en las humanidades —no tanto en las ciencias experimentales y exactas—, sobresaliendo la Historia, en la cual resaltan las figuras de Luis Vives, Páez de Castro, Jerónimo Zurita y los cronistas como Ocampo o Sandoval. En la literatura se alcanza el mayor esplendor. Si con los reinados de Carlos V y Felipe II puede decirse que España experimentó un avance, con los últimos Aus-



Felipe II.



Felipe III. Obra del pintor Diego Velázquez.

trías comenzó un período de decadencia, que se hizo más palpable en Castilla.

A Felipe II le sucedió Felipe III (1598-1621), hijo de su cuarto y último matrimonio con Ana de Austria. Débil y frívolo dejó el poder en manos de sus favoritos, quienes solamente pensaban en su enriquecimiento personal, mientras el país atravesaba una gravísima situación económica. Durante su mandato, España rompe las relaciones con Francia, al tener que intervenir como austríaco y católico en la Guerra de los Treinta Años. Su sucesor e hijo, Felipe IV (1621-1665), siguió una política parecida a su padre, dejó el reino en manos de sus favoritos, mientras él se dedicaba a una vida disipada, practicando la caza, los galanteos o disfrutando de las comedias y la poesía. En esos años se reanuda la guerra con los Países Bajos, en la cual España logra la famosa rendición de la plaza de Breda, la cual inspiró el conocido cuadro de las lanzas de Velázquez.

También intervino en la Guerra de los Treinta Años, en la que fue derrotada por el

ejército francés en Rocroi (1643); ello marcó su ocaso militar. Al terminar la Guerra de los Treinta Años, siguió la lucha con Francia hasta la firma de la Paz de los Pirineos (1659), por la cual España pierde definitivamente el Rosellón, Cerdeña y el Artois.

En lo interno, el rey enfrentó diversos conflictos; perdió Cataluña, al declararse ésta independiente y proclamarse a Luis XIII conde de Barcelona; pero, dos años más tarde, Juan José de Austria se apoderó de la ciudad, entonces el monarca reconoce los fueros catalanes. Portugal aprovechó la oportunidad de la sublevación de Cataluña y se produce un motín por los nobles e instauran a Juan IV, duque de Bargaña. En Andalucía y Aragón ocurrieron intentos de separación, pero no prosperaron; mientras, Juan José de Austria ahogó las aspiraciones separatistas de Nápoles y Sicilia. A partir de esos momentos, Felipe IV, a instancia de su esposa Isabel de Borbón, se hace cargo del poder en un reino debilitado económica y políticamente. En el trono le siguieron Carlos II, *el Hechizado*, hijo de Mariana de Austria encargada de la Regencia durante su minoría de edad. Se le denominó el Hechizado por ser un hombre enfermizo y padecer de convulsiones, por lo cual se decía que estaba hechizado. Durante su reinado se dice que España llega a su máxima decadencia y pierde la mayoría de las posesiones europeas; no obstante, en ciertos aspectos económicos, organizativos y hasta culturales alcanzó algunos avances. Su precaria salud coadyuvó a que muriera sin descendencia, como heredero se designó a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV y de María Teresa, hija de Felipe IV; mientras, los austríacos defendían la nominación del archiduque Carlos, hijo del emperador Leopoldo. Con estos reyes termina el dominio de la Casa de Austria y se inicia la Guerra de Sucesión a la Corona de España (1700) entre Austria y los Borbones.

Con la Casa de Austria, España vivió una monarquía absoluta con características particulares, diferenciándose de otros Estados absolutistas; entre otras razones, por su sentido católico, su organización e instituciones políticas propias, porque, si



Cuadro *La rendición de Breda* de Diego Velázquez.

en los dos primeros monarcas de esa Casa, el gobierno estuvo en poder de los reyes, en el de los dos últimos, éste se encontraba en manos de sus favoritos. Fuera de Castilla, el soberano contaba con sus representantes: virreyes, gobernadores o capitanes generales, pero algunas regiones también tenían sus cortes particulares como Aragón, Cataluña y Navarra, donde el virrey gobernaba de

España no era una sola

“Desde finales del siglo XVII había comenzado una cierta recuperación económica y demográfica en las regiones de la periferia peninsular, especialmente en Cataluña. Se había producido un cambio de signo entre el centro y la periferia, tanto por el aumento de la población como por el desarrollo de la economía. No obstante, después del colapso de 1640 —pérdidas de Portugal y los Países Bajos, sublevación catalana—, incluso Castilla comenzaba un proceso de recuperación. Después de 1686 se fue estabilizando la situación financiera del reino, y se llevaron a cabo algunas reformas tendientes a la organización de la administración y hasta cierto punto de la cultura”.

Por eso insistimos en no ver la España como una sola, sin tomar en cuenta las particularidades de sus regiones y las diferencias entre los distintos momentos.

Áurea Matilde Fernández: *La España del siglo XVIII. Reformismo borbónico y despotismo Ilustrado*.



Carlos II de España, obra del pintor Wilhelm Humer.

acuerdo con las leyes y fueros propios del virreinato, viéndose limitada la autoridad real. A pesar de las riquezas provenientes de sus territorios al otro lado del océano, la monarquía no logró un destacado desarrollo de la industria ni de las finanzas, se mantuvo un sistema feudal —muy particular— en el cual la nobleza disfrutaba de los beneficios de la corte y conservaba la jerarquía política, gran parte de ella se convirtió de rural en cortesana y se ufanaba por obtener títulos.

Contrario a lo sucedido en Inglaterra, Holanda o Francia, en España más que impulsarse en todas las regiones el interés por desarrollar la industria o las finanzas, más

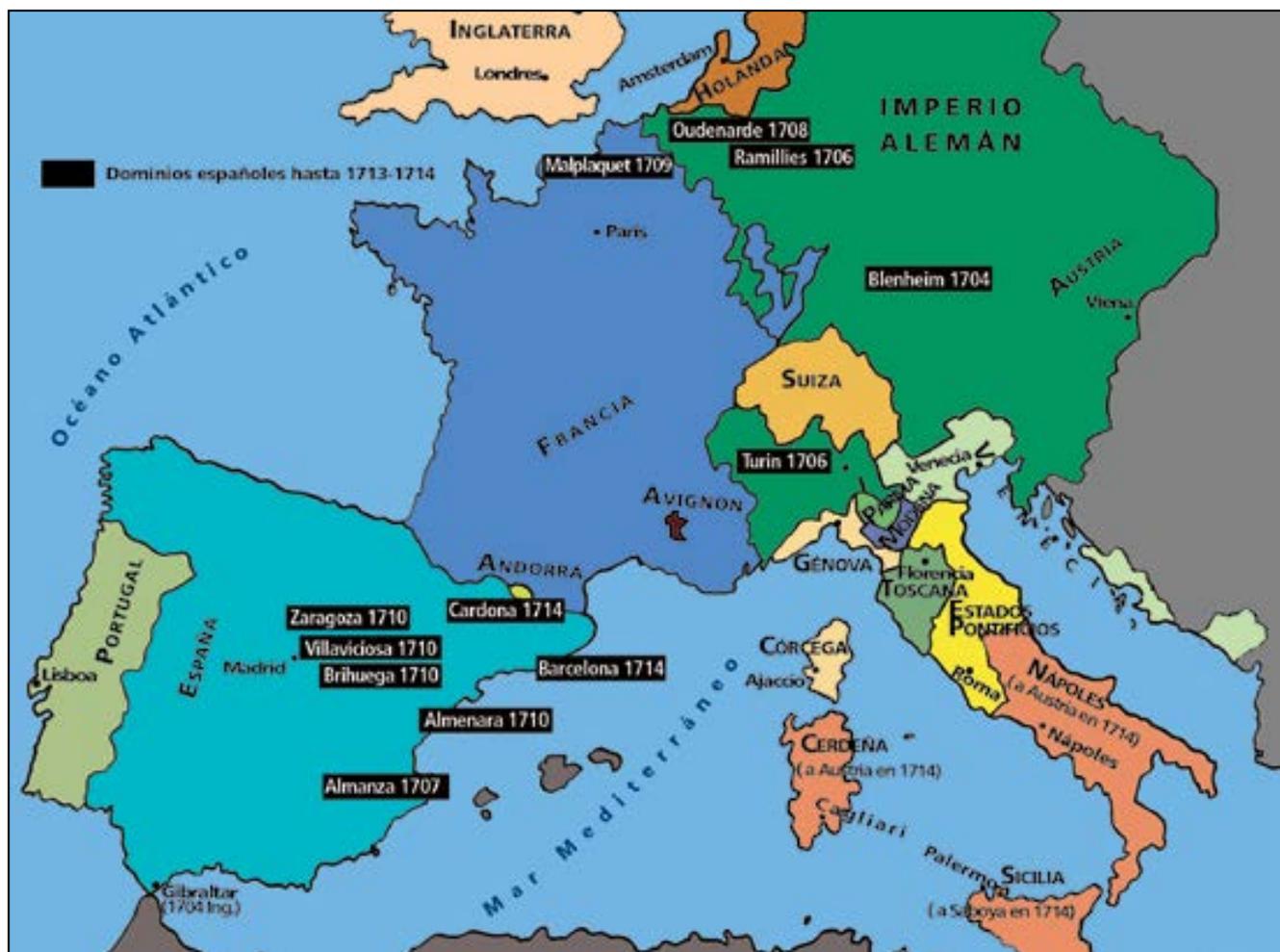
que el ideal burgués, se expande de forma general un deseo de ennoblecerse. Las manufacturas, más bien pequeñas, contaban con un reducido número de propietarios y algunas, como las de lujo, tendieron a convertirse en estatales, desplazando a la privada, además estaban concentradas en determinadas zonas. Ser noble resultaba ser considerado casi similar al rey; por eso entendían como un gran logro poder permanecer sentados y sin descubrirse frente al monarca, otro consistía en no verse obligados a pagar impuestos. La compra de títulos de nobleza y la demostración de la limpieza de sangre, ocuparon la atención de muchos, desde los Grandes hasta los caballeros. Los Grandes de España constituían, aproximadamente, un centenar de familias; representaban el rango superior dentro de la nobleza y llevaban por lo general una vida inútil y cortesana; se enriquecían por el comercio, la adquisición de tierras, las rentas, los intereses acumulados de las colonias o por donativos de la corona. Los caballeros eran aquellos individuos distinguidos por el rey debido a diferentes méritos; entre éstos podemos hallar militares de cierto rango y/o que habían descollado por cumplir determinada misión, los artistas o pintores muy destacados o vinculados a la corte, como Calderón, Velázquez o Quevedo. El

El absolutismo de los Austrias a los Borbones

Los autores tienden a establecer las diferencias del absolutismo español entre una Casa y otra por diversas razones. Algunos estiman que la disparidad sólo era de matices, referidos ante todo a cambios en organismos, instituciones y, esencialmente, en el origen francés de la borbónica y la “imitación” o “endiosamiento” del Rey Sol. Para otros, el sistema político del siglo XVIII con los Borbones no era más que el resultado del proceso evolutivo ocurrido con la Casa de Austria. Es decir, encontraron un terreno ya abonado que facilitó el establecimiento del absolutismo centralizador.



El archiduque Carlos.



La Guerra de Sucesión a la Corona de España (1701-1714) a la muerte de Carlos II sin descendencia directa al no tener hijos, fue la primera gran guerra europea.

título de hidalgo resultaba más asequible, podía adquirirse por dinero, demostrando siempre previamente la “limpieza de sangre” y el no ejercer ningún oficio manual; vivían básicamente de sus rentas, aunque podían arruinarse con facilidad.

Otros sectores de la población española lo constituyeron los artesanos, los agricultores con alguna riqueza y los pequeños o medianos comerciantes, cuya tendencia fue abandonar sus labores por la compra de *juros* —títulos de la deuda del Estado—, lo cual condujo, a no pocos, a la ruina. En un nivel inferior se encontraban los trabajadores de las exiguas y pocas manufacturas existentes, los pequeños artesanos y comerciantes que, al no desarrollarse o cerrar la empresa, se veían desempleados; de ellos surgió un personaje muy popular de la época: el *pícaro*.

Los campesinos constituían el nivel más precario de la sociedad, vivieron siempre en la pobreza, explotados por los señores, quienes exigían el pago de las rentas, aun cuando la demanda iba decreciendo; la tendencia era a endeudarse e ir perdiendo los pocos recursos disponibles, si los poseían. Su faena comenzaba temprano en la mañana —de madrugada— y les absorbía todo el tiempo; en las labores participaban hasta los hijos pequeños y su alimentación resultaba escasa e insuficiente; el destino de muchos era verse obligados a abandonar el campo y emigrar a la ciudad. Engrosaban la fila de los sectores marginales, los grupos inferiores de la



El pícaro también fue representado por la pintura, como en este detalle de *Los borrachos* de Velázquez.



El pícaro

Eran aquellos elementos procedentes de diversos sectores: hidalgos arruinados, estudiantes sin recursos, desempleados, soldados salidos del ejército, criados, campesinos emigrados a la ciudad, gitanos y vagabundos que vivían como podían, del cuento, de su gracia personal, de la picardía generalmente, de ahí su nombre. Eran ingeniosos, habilidosos, simpáticos; no tenían compromisos con la moral que guiaba a otros sectores y su vida en la ciudad resultaba más llevadera y menos dura que la del campesino. Un personaje típico de la novela de la época, recreado, entre otros, por Quevedo con *El Buscón*.

soldadesca y marineros embrutecidos por las guerras, los presos y vagabundos.

Este período, parte del siglo XVI y el XVII, se conoce como *el Siglo de Oro español*, cuando se alcanzó un desarrollo en las ciencias, la literatura y las artes. En esos años tuvo lugar la formación de 32 universidades, entre las más importantes están la de Salamanca y la de Alcalá de Henares, y se crearon grandes bibliotecas como la de El Escorial y la Colombina de Sevilla. Hay un florecimiento de la literatura, sobresaliendo las obras de don Miguel de Cervantes y de Francisco de Quevedo, quien se caracterizó por satirizar en sus escritos la sociedad de su tiempo. Entre sus obras se destacan los cinco *Sueños y visiones* (1627). En la literatura se

desarrolló un género muy propio, la novela picaresca, en la cual se describe un tipo: el pícaro, su ejemplo más claro es *El Lazarillo de Tormes*, y entre otras, la de Quevedo: *La vida del Buscón* (1626).

En la arquitectura se difunde ante todo el estilo barroco, en el cual abundan las líneas curvas, las columnas retorcidas, frontones partidos y una copiosa y rica ornamentación. España se caracterizó por una exageración del barroco que condujo al estilo *churrigueresco* iniciado por José Churriguera. Entre las obras más destacadas de este estilo están: el Panteón Real de El Escorial, el Pilar de Zaragoza, el ayuntamiento de la Plaza Mayor de Salamanca y, ya en el siglo XVIII, la fachada del Obradoiro de la Catedral de Santiago de Compostela.

En el siglo XVI, en la pintura predominó la influencia renacentista italiana y en el XVII, la barroca llega a su plenitud con Ribera, Velázquez, Zurbarán y, más tarde, con Murillo, entre otros. El Greco, aunque nacido en Creta, se le considera toledano; su pintura es posrenacentista, manierista; se define por el predominio de un intenso colorido; tiene un fuerte sentido religioso y ardiente espiritualidad que lo lleva a deformar la figura, estilizándola y dinamizándola para lograr su ideal. Entre sus obras sobresale *El entierro del Conde de Orgaz*. Velázquez es el pintor de la luz, del movimiento, de la perspectiva y el maestro del realismo, en él sobresalen sus retratos; entre sus obras más conocidas pueden nombrarse las *Meninas*, la *Fragua de Vulcano* o las *Hilanderas*. En Zurbarán (el pintor de los frailes) predominan las to-



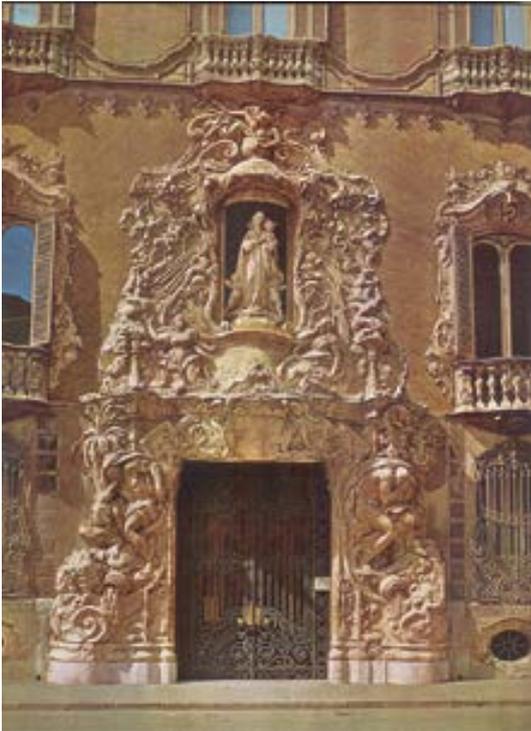
Las meninas
de Diego Velázquez.



San Diego dando de comer a los pobres de Esteban Murillo.



Apotheosis of Santo Tomás de Aquino
de Francisco de Zurbarán.



Fachada del palacio del marqués de Dos Aguas en Valencia.

nalidades grises y blancas, aunque maneja sabiamente el color y la densidad de las telas, su *San Buenaventura* constituye un ejemplo; mientras Murillo es realista, pero no con la fuerza de los anteriores, se identifica por el admirable colorido e inspiración religiosa manifestados en sus *Inmaculadas*, de noble apariencia.

Los Borbones en el trono español

A pesar de haber sido nombrado rey desde 1700, Felipe V no pudo considerarse definitivamente monarca de España hasta la firma de los tratados de Utrecht y Rastatt, pero, a cambio de ello, los Habsburgos de Austria ganaron las posesiones españolas de los Países Bajos del sur, Luxemburgo y las posesiones italianas del Milenasad, Cerdeña y Nápoles. Inglaterra se quedó con Menorca y Gibraltar, Francia perdió Terranova y parte del actual Canadá en beneficio de Inglaterra, el Elector de Brandeburgo obtuvo el título de rey de Prusia y el duque de Saboya, el de rey de Sicilia. En esas condiciones, toda Europa lo reconoció como el sucesor legítimo de Carlos II, *el Hechizado*.

Felipe V (1700-1746) fue un rey de poca voluntad; dominado, primero, mediante su esposa María Luisa de Saboya, guiada a su vez por la intrigante y talentosa princesa de los Ursinos, íntima de Luis XIV de Francia, le permitió al monarca francés mover los hilos de la política española. A partir de esos momentos, los ministros que iniciaron una dirección centralizadora procedieron de Francia o eran Borbones. La situación se mantuvo hasta 1714, cuando, al morir María Luisa, el rey, con tan sólo 30 años de edad, se casa con Isabel de Farnesio, heredera de Parma, mujer culta y aficionada a la política. Una de sus primeras medidas fue expulsar a la Ursino y, más tarde, siguió otra estrategia para romper el Tratado de Utrecht con el objetivo de asegurarles a sus hijos las posesiones italianas perdidas con esa paz, pues por ésta a la corona de España sólo podían aspirar los hijos del primer matrimonio de Felipe V.

Comenzó así una serie de conquistas en Italia, lo cual causó la formación entre las potencias de una cuádruple alianza entre Inglaterra, Francia, Austria y Holanda; situación que obligó a la capitulación de



Felipe V. Fue el primer monarca español de los Borbones.



Retrato de Fernando VI

España, no sin antes conseguir los ducados de Parma, Plasencia y Toscana para el infante Carlos. En 1724, Felipe V abdica a favor de su hijo Luis I, pero, al morir éste en el mismo año, su padre ocupó de nuevo el reino. Isabel de Farnesio, persiguiendo asegurar la herencia de sus hijos, después de otros fallidos intentos, logró con Luis XIV de Francia la firma de los pactos de familia entre las dos ramas de los Borbones, la española y la francesa; el primero, en 1733, presionando a España a intervenir en la Guerra de Sucesión de Polonia. De esa forma consiguió, luego de la firma de la paz, asegurar el reino de Nápoles al infante Carlos a cambio de Parma, Plasencia y Toscana. El segundo Pacto de Familia (1743) obligó a España a intervenir en la Guerra de la Pragmática Sanción, en la cual murió Felipe V, pero la reina, luego de la firma de la Paz de Aquisgrán (1748), obtuvo de Austria los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, para su segundo hijo. Se instauró, a partir de la alianza franco-española, un nuevo modelo político y económico tendente a una mayor centralización, pero al mismo tiempo a una modernización influida por el modelo francés impuesto por

Colbert, favoreciéndose el fortalecimiento de los mecanismos comerciales, políticos y administrativos con las colonias.

En el trono de España le sucedió Fernando VI, hijo de Felipe V y María Luisa de Saboya, cuya máxima en política fue el mantenimiento de la paz con todos y la guerra con ninguno. Al sumarse a la Paz de Aquisgrán, concluyó la guerra iniciada por su padre. A su muerte en el trono le sucede Carlos III, el hijo mayor de Isabel de Farnesio, ya rey de Nápoles, pero por tratados internacionales no podía ser, a la vez, rey de Nápoles y de España, en esas condiciones, Carlos III ocupó la Corona española y se le consideró el representante máximo del despotismo ilustrado en España y se inició una era de renovación ideológica en el país.

Con el nuevo monarca se establece el Tercer Pacto de Familia (1761) y España entra en la Guerra de los Siete Años, pues el rey estimó el dominio por Inglaterra de los mares como un peligro mayor, por estimarlo una amenaza a sus colonias en América. Eso lo llevó a firmar el pacto con Francia y participar de la contienda; decisión que habría de ocasionarle serios trastornos, pues trajo como consecuencia la toma de La Habana por los ingleses y la ocupación de Manila, territorios no recuperados hasta la firma de la Paz de París (1763) con la entrega de la Florida y perdiendo Gibraltar. Años más tarde (1779) se renueva el Pacto de Familia, cuando el monarca, deseando contener a los ingleses, apoya junto con los franceses el proceso independentista de las colonias de Norteamérica (1779). Seguía siendo un objetivo la recuperación de Gibraltar y la ocupación de Menorca, pero, a pesar de los esfuerzos realizados y de las nuevas técnicas empleadas, como las baterías flotantes, no pudo ocuparse la plaza; en esas condiciones se llegó a la Paz de Versalles, con la cual los ingleses sólo ofrecieron ceder Menorca y las dos Floridas. La guerra dejó a España con un importante déficit económico.

Durante su gobierno, Carlos III impuso algunas reformas o impulsó otras ya iniciadas por sus antecesores Borbones. Siguiendo la

influencia francesa, el énfasis se puso en la idea centralizadora y unificadora. Ante la difícil situación económica se decidió crear los vales reales —servían de títulos de la deuda y como papel moneda de curso normal— y en 1782 se funda el Banco de San Carlos, con lo cual tampoco pudo detenerse la inflación de la moneda de papel, pues los gastos de la guerra no hicieron factible la circulación de éstos.

Se le concedió un mayor impulso al desarrollo de las ciencias, principalmente a las ciencias naturales, la matemática y la náutica; hubo un superior interés por los adelantos técnicos, favorecido por las Sociedades Económicas de Amigos del País y las Juntas de Comercio. Se renovó la atención por la tierra y los cultivos; en ese sentido, Carlos III llevó adelante valiosas obras hidráulicas y trató de desarrollar un plan de reforma agraria, pero no dio resultado, ante todo, por la oposición de los grandes terratenientes feudales; de ahí que tampoco en la agricultura se alcanzó un destacado progreso, las cosas siguieron muy semejantes a los tiempos anteriores y la vida del campesinado no sufrió cambio. Si bien la industria logró algún incremento, no se desarrolló suficientemente ni obtuvo importantes progresos. Más beneficiado resultó el comercio al abo-



Carlos III, rey de España, representante del despotismo ilustrado.

Carlos III y el despotismo ilustrado

Carlos III representó el despotismo ilustrado. Se llamó así a la política absolutista durante la Ilustración. Los reyes, conservando un poder absoluto, pretendían dar una apariencia de gobierno paternal con el pueblo y se toman algunas medidas en el orden económico, cultural y urbanístico principalmente. El lema acuñado por José II de Austria podría servir para tratar de caracterizarla: “Todo para el pueblo pero sin el pueblo”.

lirse el monopolio comercial, creando compañías comerciales y mejorando los caminos.

Si, en el Siglo de Oro, la pintura española había obtenido un significativo avance, en el período analizado sufre un estancamiento y la producción se debe, fundamentalmente, a artistas oriundos de Francia o Italia; como generalidad puede decirse que de la primera proceden los principales retratistas y de la segunda, los dedicados a los frescos. No fue hasta la fundación de la Academia de San Fernando (1752) cuando se inicia un avance entre pintores españoles. El



Cuadro de Bayeu, en el cual se reflejan la vida en una plaza madrileña y el realce dado a la ciudad por Carlos III.

neoclasicismo, llegado bajo la influencia de Antonio Rafael Mengs, comenzó a incidir en los nuevos pintores a través de la Academia. En esos mismos tiempos se observa la ascendencia del rococó traído de Francia. El barroco y, aún más, el churrigueresco siguieron predominando en la arquitectura y en las construcciones de las residencias cortesanas. En la segunda mitad del siglo XVIII, bajo la influencia de la Academia, avanza una arquitectura neoclásica; entre las edificaciones más representativas se destaca el Gabinete de Ciencias Naturales convertido más tarde en el Museo del Prado (1785). Carlos III se preocupó de embellecer y sanear la



Museo del Prado.

ciudad de Madrid, donde construyó paseos e instaló el alumbrado público; durante su reinado se edificó la famosa Puerta de Alcalá (1764). La literatura y el teatro no alcanzaron tampoco la altura del Siglo de Oro.

Con Carlos III, el fortalecimiento del Estado sobre la Iglesia se hizo más notable; un tribunal designado por el rey —el Tribunal de la Rota— sustituyó al eclesiástico de la Nunciatura, se prohibieron algunas representaciones religiosas como la de los Autos Sacramentales y se limitó un tanto el poder de la Santa Inquisición, al ser el monarca quien tomaba la decisión final.

Especial atención se le prestó a la educación, en lo cual las Sociedades de Amigos del País desempeñaron un importante papel, se desarrollaron instituciones científicas: los colegios de medicina como el San Carlos de Madrid, de ingenieros, de veterinaria. También florecieron las academias, en 1738 se fundó la de Historia y en 1752, la de Bellas Artes de San Fernando; estas instituciones contribuyeron a un progreso en las ciencias no conocido antes en España.

Con respecto a las colonias de América, la política del despotismo ilustrado —in-

Los autos sacramentales

Se llamó así a representaciones religiosas que se hacían en las plazas públicas y a las cuales asistía el pueblo, por el peso de la formación religiosa que imperaba y por constituir también una de las pocas formas de distracción de que podían disfrutar. Varias de las figuras de la literatura españolas escribieron este género; Lope de Vega tiene 400 autos sacramentales. Dadas las medidas tomadas por el Estado para limitar el poder de la Iglesia, algunos de estos autos sacramentales se consideraron subversivos, razón por la cual Carlos III los prohibió.

fluida por la nueva política iniciada con los Borbones—se hizo sentir igualmente, aunque con menor fuerza comparada con la metrópoli. Durante el reinado de Carlos III se dieron condiciones por las cuales España se vio precisada a poner mayor atención a los problemas enfrentados por la colonia; por ejemplo, en el caso cubano, una de éstas fue la toma de La Habana por los ingleses. Una vez terminada la ocupación e instaurada nuevamente la dominación española se tomaron diversas medidas. En primer lugar, la modernización del sistema defensivo con los situados —fondos procedentes de México—, una reorganización administrativa y política manifestada en un conjunto de acciones como: la construcción de un amplio plan de fortificaciones, a la Real Compañía del Comercio de La Habana se le suspendieron los monopolios y otros privilegios, se creó la Intendencia de Hacienda y se fundaron nuevas industrias. En otro orden de cosas, un amplio plan de medidas higiénicas y urbanísticas coadyuvó a mejorar la calidad de vida, al pavimentarse algunas calles y limpiarse, y construirse nuevas avenidas y plazas. La edificación del primer teatro contribuiría a enriquecer la vida cultural. A la educación se le prestó atención y se mejoraron diversas instituciones como el Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Todo ello ayudó a brindar algunas mejoras a la Isla.

Carlos III muere en 1788 y con él — puede decirse— culminó la época del despotismo ilustrado en España. Ocupó el trono Carlos IV (1788-1808), hombre débil sometido a su esposa María Luisa de Parma; dejó las riendas del gobierno en manos de los favoritos hasta 1808, al suceder la invasión napoleónica a España.

Durante estos años, con independencia de algunos adelantos, el país siguió siendo una sociedad eminentemente agrícola y feudal, en la cual el capitalismo no alcanzó el desarrollo que posibilitara el avance de la burguesía. La nobleza feudal continuó dominando, y las ideas de la Ilustración llegaron procedentes de Francia con los



Carlos IV.

Borbones, pero no siguieron el mismo curso, por el peso de las costumbres y tradiciones en un país donde la industria no logró progresar, donde el catolicismo tenía una fuerza enorme y donde permaneció predominando una conciencia feudal. Los ilustrados constituían una minoría enfrentada a las fuerzas conservadoras representadas por los nobles muy vinculados a la monarquía.

La política de Carlos III en Cuba

“Madrid comprendió la necesidad de fortalecer los centros estratégicos americanos, en particular la frontera marítima y terrestre entre los dos imperios [referidos al español e inglés] cuyo epicentro estaba en el Caribe. Por su posición y recursos, Cuba era la principal base ante nuevos conflictos.

”Las prioridades del conde de Riela, así como las de sus asesores y sucesores, estaban dirigidas al fortalecimiento militar de la Isla (...) Su centro fue la modernización del sistema defensivo (...)

”Ésta es la causa por la cual se producen notables concesiones a la oligarquía de Cuba, a la que se consideraba, en la nueva estrategia, la aliada necesaria (...)

”A partir de estas conclusiones, Riela concibió e inició la reforma del sistema colonial en Cuba...”.

Durante su aplicación se tomaron, además, medidas de reorganización administrativa y política, también para el incremento de la esclavitud, junto a las necesarias mejoras urbanísticas, sanitarias y culturales, entre otras, acorde con el desarrollo de las actividades económicas y el enriquecimiento de algunos sectores privilegiados de la población.

Eduardo Torres-Cuevas y Oscar Loyola Vega: *Historia de Cuba (1492-1898)*.

EL ABSOLUTISMO EN PRUSIA

Hasta cierto punto artificial, Prusia era un reino, se había fundado mediante la guerra por la unión de distintos territorios, que no poseían una unidad de lengua ni étnica y carecían de una verdadera identidad nacional. Su conformación siguió un complejo proceso de sucesión.

Después de la Guerra de los Treinta años, Federico Guillermo (1620-1688), *el Gran Elector*, puede considerársele el fundador de la monarquía prusiana, al hacerse reconocer independiente. Guillermo despojó de su autoridad a los Estados y se caracterizó por armar un gran ejército con el cual derrotó a los suecos en Fehrbellin. Su disposición de dar asilo a los franceses, que habían abandonado Francia a causa de la revocación del Edicto de Nantes, favoreció la llegada de hombres de letras, con lo cual aceleró y permitió el desarrollo de las bellas artes, las construcciones y la cultura en general.

Sus medidas también contribuyeron a aumentar aproximadamente a un millón el número de súbditos.

En 1688 le sucede su hijo Federico I (1657-1713), quien se caracterizó por trabajar en función de obtener la unión entre luteranos y calvinistas, facilitó la labor de los expatriados franceses y se preocupó por el desarrollo de la cultura. Entre otras obras pueden señalarse la acogida a los poetas y literatos, la fundación de una Academia de Bellas Artes, la universidad de Halle y la Sociedad Real de Berlín. A su muerte, el trono lo recibe su hijo Federico Guillermo (1713-1740), conocido como *el Rey Sargento* por su interés en los asuntos militares, la organización del ejército y la guerra. Creó un ejército de 90 000 hombres y centró su preocupación en el control de los recursos de la monarquía, de los grandes dominios reales, en la administración de sus pose-



Europa en 1750. En el siglo XVIII, Prusia y Rusia irrumpen en el campo político y militar europeo. Aquí se ofrece la situación de Europa entre la Guerra de Sucesión de Austria y la de los Siete Años.

siones e instituciones, y en impulsar la colonización de tierras. Hombre prudente al fin, teniendo en cuenta la necesidad de asegurar, en primer orden, la defensa y existencia de su reino, tomó distancia de los conflictos europeos. Internamente fue un déspota, dominaba por la fuerza y no tenía reparos en aplicar sus designios, sin hacer caso de la justicia. Miraba a su hijo Federico con cierto desdén y lo llamaba el Filósofo con tono despectivo por ser estudioso e interesado en los asuntos culturales. Federico heredó el trono con 28 años de edad en 1740, como Federico II, se le conoció igualmente como Federico, *el Grande* o *el Rey Filósofo*.

A Federico II (1740-1786) se le tiene por el verdadero representante del despotismo ilustrado en Prusia. El joven Federico se había interesado por la filosofía traída por los exiliados franceses y exaltaba a Voltaire como su maestro e impulsó en Prusia la influencia francesa en muchos aspectos de la cultura. Recibía con agrado e invitaba a artistas y hombres de ciencia a visitar o residir bajo su monarquía. Revitalizó la Academia de Berlín a partir de 1741, siendo la más importante del mundo científico de su época, era la clásica academia ilustrada entre 1740 y 1770, sus publicaciones se editaban en francés y circulaban por toda Europa. En algunos aspectos, fue un partícipe de las ideas de la Ilustración, pues no podía coincidir con uno de los asuntos fundamentales planteados por los filósofos ilustrados de ideas liberales: para el monarca la única libertad era la libertad del rey para imponer sus deseos e intereses.

Desarrolló un gobierno personal y absoluto, consideraba a los ministros como simples ejecutores de sus dictados, sin darles oportunidades de realizar sus iniciativas; por eso aseguraba que lo dicho por él se ejecutaba de manera exacta e inmediata. Introdujo la manufactura, fue un buen diplomático, mejor administrador y un estratega militar; inició la Guerra de la Pragmática Sanción y luego de la Paz de Aquisgrán conservó la Silesia, ya ocupada antes. Durante su reinado, el país se



Palacio de Sanssouci, antiguo palacio de verano de Federico II el Grande, rey de Prusia, ubicado en Potsdam, cerca de Berlín.

había visto envuelto en dos guerras (la de 1740 y la de 1756) y, a pesar de los costos de éstas, alcanzó engrandecer su reino y ganar prestigio en las cortes europeas. Como estratega logró relevantes cambios en su ejército, al reducir el número de algunos de sus efectivos, pero ganando en eficacia. Prusia era realmente una monarquía militar con un numeroso ejército, compuesta su oficialidad por los *Junkers* (nobleza terrateniente), quienes también ocuparon los cargos de funcionarios del Estado.

La Guerra de los Siete Años (1756-1763) constituyó un importante factor aprovechado hábilmente por Federico II en su beneficio, al contar con un fuerte ejército y dominar las intrigas diplomáticas. Francia

Los monarcas vuelcan su vista a la Francia de Luis XIV

Palacio de Sans-Souci, residencia veraniega de Federico II. De estilo rococó, poseía bellos jardines inspirados en Versalles, en él puede observarse la influencia francesa y el interés del monarca en lograr que su corte tuviera una elegancia comparable con la de París.



Federico II de Prusia, conocido como Federico *El Grande*, quien logró incrementar el papel de Prusia en el escenario europeo de su época.

e Inglaterra habían roto hostilidades por la posesión de Luisiana, para el logro de sus propósitos buscaron distintas alianzas. Mientras María Teresa de Austria se unió a Francia, Federico II se alió con Inglaterra y procuraba sacarle el mejor partido a la contienda, provocando el desequilibrio europeo. En la batalla de Rosbach salió vencedor y se proclamó protector de la libertad germánica contra Francia, Austria y Rusia. Después de la firma de la

Paz de París (10 de febrero de 1763) por Inglaterra y Francia, la emperatriz María Teresa de Austria y Federico II de Prusia rubricaron la Paz de Hubertusburg (15 de febrero de 1763), por la cual María Teresa renunciaba a todos sus intereses sobre los Estados del este.

Desde épocas de Guillermo I, la monarquía se había aliado a los *Junkers*, favoreciéndolos con su política económica y sin interferir en los asuntos de sus propiedades, política mantenida durante el reinado de Federico II; tampoco se eliminó la servidumbre, no beneficiando así al campesinado, pues una buena parte de éstos integraba las filas del ejército. Si bien podemos hablar de una monarquía absoluta, el hecho de ser la nobleza terrateniente el principal apoyo económico del rey, limitó su libertad de acción, al impedirle interferir en sus propiedades y no poder libertar a los siervos; factor este último entendido por Federico II necesario para el desarrollo del país y, por ende, sólo pudo llevarse a efecto en las propiedades reales. Otros casos de absolutismo, diferentes a los de Occidente, se dieron en el este de Europa con características, en algunos aspectos, similares al de España, a pesar de sus particularidades, o al de Prusia, donde el feudalismo se mantuvo aún con bastante fuerza. Entre éstos también puede citarse el de Rusia.

EL ABSOLUTISMO EN RUSIA

En Rusia, como en otros pueblos del este europeo, el absolutismo tuvo sus características peculiares y se dio en condiciones diferentes a Occidente. Su momento de mayor alcance ocurrió durante el reinado de la zarina Catalina II, pero no podría entenderse, si no se conocen sus antecedentes.

Cuando, a finales del siglo xv, los príncipes de Moscú pudieron liberarse del yugo mongol, se inició un proceso de expansión rusa y de centralización del poder bajo la dirección del zar Iván IV, más conocido como

Iván, *el Terrible*. La influencia occidental empezó, sobre todo, mediante las colonias de comerciantes extranjeros establecidos en Moscú y por la contratación de técnicos procedentes de otros países. Mas, no fue hasta Pedro I, *el Grande* (1682-1725), cuando se crearon las condiciones para que en el país se comenzaran a dar las primeras grandes transformaciones y pudiera ir avanzando hacia una política de mayor contacto con Occidente.

Luego de sus dos viajes a los otros extremos del continente —Holanda,

Inglaterra, Alemania, Austria y Polonia (1696-1698)— y, principalmente, después de su visita a París en 1717, emprendió una serie de reformas iniciadas desde la imitación externa de la apariencia personal hasta las más importantes y profundas transformaciones en la organización del Estado.

Estableció el Senado, reorganizó la división del país bajo la dirección de funcionarios especialmente designados, creó nuevas instituciones para encargarse del comercio, las finanzas, la justicia, etc., y, por otra parte, limitó el poder de la Iglesia. Propició condiciones para impulsar la industria y el comercio, trajo técnicos extranjeros y aplicó una política mercantilista. Organizó el ejército, convirtiéndolo en permanente, y formó la armada. Paralelamente instituyó medidas y centros para elevar el nivel cultural de la aristocracia.

Sin embargo, durante su reinado, las capas más humildes de la sociedad siguieron viviendo en la mayor miseria, el férreo sistema de servidumbre en el campo, casi esclavista, permaneció vigente y hasta en ciertos casos tendió a empeorar.

En el gobierno del país a Pedro I le siguió toda una serie de zares de los Romanov, pero no fue hasta Catalina II, cuando el absolutismo llegó a su momento cumbre. La sucesión al trono no acontecía por línea directa como en otros países, allí era dispuesta por los oficiales de la guardia, quienes elegían al sucesor entre los más diversos parientes y según sus intereses.

Catalina II (1762-1796), luego de haber usurpado el trono tras el asesinato de su esposo por los regimientos de la guardia, alcanzó consolidar realmente el absolutismo. Durante su reinado se ampliaron mucho más las fronteras del país y se logró una organización estatal y administrativa más eficiente y moderna.

Poseía un espíritu y educación afrancesados, se creó una aureola de soberana ilustrada y mantuvo contactos con destacadas figuras de la Ilustración francesa. Era una mujer capaz y enérgica, continua-



Pedro I, *el Grande*, según obra de Jean-Marc Nattier.

Los viajes de Pedro I y la influencia occidental

Al regresar de París, el mismo Pedro I se cortó el pelo y la barba. Eso representó un rudo golpe a la sociedad rusa, pues la religión y, en particular, los popes o sacerdotes habían extendido por tradición la creencia de que sin barba no podrían, al morir, entrar en el reino de Dios y se acostumbraba depositarlas junto con el difunto en el féretro. Por tal motivo, el zar se vio forzado a establecer esta medida por la fuerza, obligando a pagar un impuesto a quienes no la cumplieran y pudiendo llegar a aplicar otros castigos más fuertes.

Igualmente en el vestir, en los hábitos sociales y en otros muchos aspectos de la cultura se propuso romper con las viejas tradiciones e imponer los usos, modas y gustos occidentales. Si bien obtuvo cambios en estos aspectos, no pudo occidentalizar totalmente la sociedad rusa, porque, como se conoce, las tradiciones, costumbres y mentalidades constituyen la mayor resistencia al cambio.



Catalina II.

dora de la reestructuración administrativa y de algunos de los cambios iniciados por Pedro I; no obstante, con ella se alcanzó una mayor interrelación entre el monarca y la nobleza, apoyándose mutuamente. Durante su gobierno se mantuvo la centralización de la administración, controlada por completo bajo su poder.

La burguesía, mucho menos desarrollada que en Occidente, debía enfrentar la competencia de los nobles dueños de las manufacturas establecidas en sus propiedades territoriales, donde ponían a trabajar a los siervos. La nobleza no sólo era, a su vez, la propietaria de las tierras y de las manufacturas, sino también de la mayoría de los bancos. En esos años se llevó a efecto la colonización de extensas zonas inhabitadas, adonde podían llegar inmigrantes de diversas regiones. Las

aldeas de Ucrania albergaron buena parte de la inmigración alemana.

Con su apoyo y entrega de tierras a la nobleza, el sistema de la servidumbre se fortaleció y extendió; los campesinos se convirtieron en siervos y perdieron hasta el derecho de quejarse al monarca. Los señores feudales gozaron de amplias potestades, pudiendo hasta vender y separar de sus familias a los *mujiks* sometidos a su dependencia, se aumentaba el tiempo de trabajo en busca de una mayor producción. La explotación de ese sector alcanzó límites insospechados. Por otra parte, las frecuentes guerras emprendidas para la expansión de sus territorios —principalmente, contra Polonia y los turcos— llevaban a la incorporación de los campesinos al ejército y, por tanto, al abandono de su trabajo y su familia. De ese modo, el absolutismo ruso tendió, por el contrario a Occidente, al fortalecimiento de la nobleza feudal y al recrudescimiento de la servidumbre.

Estos años fueron de consolidación del absolutismo, con sus particularidades en la mayor parte de los Estados europeos; de florecimiento y difusión de nuevas ideas y de la cultura de la Ilustración; de transformaciones en la estructura de la sociedad, en las costumbres, en los hábitos de la vida social y en las mentalidades. También resultaron años de guerras por las sucesiones a los tronos, por problemas religiosos, por la rivalidad comercial, por el control de diversos territorios y de auge y expansión de Europa por otras tierras, pero a su vez de la llegada al viejo continente de las influencias provenientes de América, Asia y África.



América en la etapa del colonialismo europeo



Las colonias iberoamericanas, salvo tal vez algunas áreas periféricas, se desarrollaron desde un inicio sobre la base de formas precapitalistas de producción. Sus dos primeras expresiones: la encomienda, que en casi todas partes se transformó en una institución proveedora de rentas, para luego languidecer, y la *mita* (servidumbre, peonaje, esclavitud), sistema heredado de la América precolombina que obligaba a las comunidades indígenas a entregar una cuota de trabajadores forzados, nominalmente asalariados, para satisfacer ante todo los requerimientos de la minería colonial. Desde el siglo XVII, el peonaje pasó a ser, junto a la hacienda señorial, el principal basamento de un orden que algunos han denominado feudal-colonial, salvo en aquellas regiones donde se desarrolló la economía de plantación y requirieron del carácter masivo de la esclavitud africana. Con este concepto se pretende definir los cinco sectores básicos de las formas de producción que coexistieron en las colonias hispano-portuguesas: economía natural campesina y comunal, producción mercantil simple, esclavitud (patriarcal y de plantación), producción agraria feudal o semifeudal en forma de latifundios y los núcleos embrionarios de actividades productivas capitalistas.

Los siglos XVI y XVII se corresponden con la etapa de auge y decadencia del Imperio español de Ultramar; el primero en la historia de la humanidad con dimensiones mundiales. Tuvo sus zonas medulares en

el Virreinato de Nueva España (México), cuyo virrey fundador fue Antonio de Mendoza (1535), y el de Perú, este último con jurisdicción sobre toda la parte española de América del Sur, encabezado desde 1543 por Blasco Núñez de Vela, primer virrey. Estos territorios estuvieron divididos, en los dos primeros siglos coloniales,



Los virreinos y otras divisiones administrativas.



Explotación de la tierra y explotación de los indígenas

En los lugares donde los españoles no hallaron yacimientos de minerales preciosos, objetivo cardinal de la conquista, la tierra y la explotación de los indígenas devinieron el único aliciente de la presencia hispánica. Ése fue el caso, por ejemplo, de la Capitanía General de Guatemala, tenida por ello como una colonia de segundo orden, donde el principal atractivo para la colonización española radicó en su abundante fuerza de trabajo, susceptible de explotarse por la corona, los conquistadores y encomenderos a través de servicios y tributos.

en 35 gobernaciones provinciales y más de una docena de audiencias. El establecimiento de sistemas de explotación precapitalistas (*mita*) estuvo condicionado por la existencia de fabulosos yacimientos de minerales preciosos —ricas minas de plata se descubrieron en Potosí (Perú) y Zacatecas (México) entre 1545 y 1546; 20 años después, todos los yacimientos



Explotación de los indios en la provincia de Guatemala.

importantes de la meseta mexicana y los Andes centrales estaban ya en explotación—, para lo cual se necesitó expropiar a la población autóctona y aprovechar buena parte de su organización social.

A pesar de los despojos e inhumanos sistemas de explotación implantados por los europeos: repartimientos, encomiendas, mandamientos o *mita*, muchas comunidades indígenas lograron preservarse —sobre todo, después de dictadas las llamadas leyes nuevas de 1542— y conservaron sus tradiciones y culturas. Así, la sociedad aborígen se mantuvo al lado de la española, más tarde también de la criolla y la ladina (mestiza), constituyendo una gran reserva de fuerza de trabajo y de tierras para una economía colonial fundamentada en la despiadada explotación del indio.

En México y Perú, centros clave de las posesiones españolas en los siglos XVI y XVII, el régimen económico y social fue, desde el comienzo de la conquista, diferente al de otras áreas, entonces consideradas marginales; por ejemplo, las Antillas, Chile, el Río de la Plata, Venezuela y ciertas zonas de Centroamérica, donde el bajo nivel de desarrollo de las poblaciones autóctonas, dispersas y por lo general escasas, junto a la ausencia de minerales preciosos, dificultaba su explotación. Por eso, los virreinos de Nueva España y Perú no sólo constituyeron los ejes políticos y económicos del imperio de España en América durante los dos primeros siglos coloniales, sino también los más firmes baluartes de ese orden feudal-colonial, en cuya cúspide se situaba, al lado de los funcionarios y comerciantes monopolistas peninsulares, una rancia aristocracia de propietarios de minas y de terratenientes señoriales, vinculados a mayorazgos y al clero.

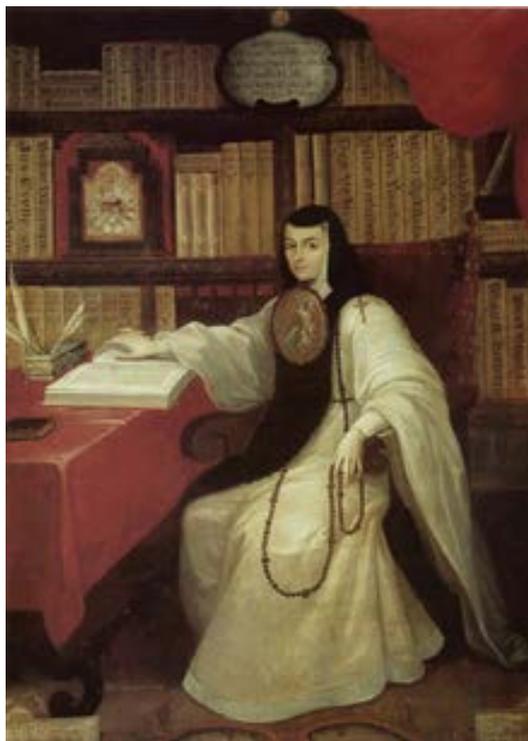
A ello hay que agregar un sistema jurídico-tributario precapitalista y un estratificado conjunto de privilegios y relaciones serviles y de castas que completan el cuadro de la sociedad colonial de esos siglos (XVI-XVII). Esta jerárquica

diferenciación clasista colonial puede advertirse, por ejemplo, en el esplendor de los palacios virreinales, la proliferación de deportes ecuestres para los exclusivos sectores dominantes, las frecuentes procesiones y las crecientes actividades intelectuales, esta última expresada en numerosas representaciones teatrales, concursos y obras literarias. De todo esto son expresión *El divino Narciso* de sor Juana Inés de la Cruz o el poema *Grandeza mexicana* (1602) del cura Bernardo de Balbuena, que celebra la elegancia de los vestidos y la gracia de las mujeres del Virreinato de Nueva España.

Por sus riquezas mineras (plata), México fue la colonia más valiosa de todo el imperio colonial español. Al lado de su economía minera, ubicada al norte y en el valle del Anahuac (Zacatecas, Guanajuato), se desarrolló la ganadería a costa de antiguas tierras indígenas, dando lugar al surgimiento de una poderosa aristocracia enfeudada, enriquecida a costa de la despiadada explotación de las masas indígenas y mestizas. En cambio, en la tierra caliente y otras zonas sureñas novohispanas, la tradicional sociedad indígena se violentó menos por los conquistadores y encomenderos, y la economía se sustentó en el cultivo del azúcar y la grana (cochinilla), insecto parásito del nopal.

Por su parte, Perú también fue durante los siglos XVI y XVII, junto a México, la otra piedra angular del imperio colonial español. Gracias a sus ricas minas de plata (Potosí) y la existencia de una abundante población indígena, este virreinato se convirtió para España en una de sus más valiosas fuentes de riquezas. Su capital, Lima, pronto se distinguió por los balcones salientes de sus casas, cerrados con celosías, llamadas “de cajón”. También tuvo uno de los más eficaces administradores coloniales del Imperio español: el virrey Francisco de Toledo, quien gobernó de 1569 a 1581.

El aislamiento y el relativamente bajo intercambio mercantil de estos siglos coloniales, controlado por un sistema regular



Sor Juana Inés de la Cruz supo enfrentarse a los prejuicios de su época y, en particular, su religión.

de flotas (establecido hacia 1560) y un rígido monopolio comercial, limitaron la economía de exportación hispanoamericana básicamente a la minería —la actividad fundamental— y a algunos otros productos de mucha menor significación como maíz, azúcar, cueros y tabaco. No obstante, en el caso del Virreinato de Nueva España, la

Sor Juana Inés de la Cruz

Juana Ramírez de Asbaje (1651-1695), más conocida por sor Juana Inés de la Cruz, nació en San Miguel Nepantla. Desde muy niña, con sólo 3 años, aprendió a leer y escribir para asombro de todos (...) En 1667 entró al convento de la orden de las carmelitas descalzas, en donde se dedicó al estudio y años más tarde, en 1669, ingresó en el convento de San Jerónimo de Ciudad de México. En éste permanecería hasta su muerte, a consecuencia de la peste, el 17 de abril de 1695. Escribió, entre otras muchas obras, tres autos sacramentales, uno de ellos *El Divino Narciso* (...) en él hace, en cierto sentido, una defensa de la religión de los antiguos mexicanos, al concederle el derecho de existencia y establecer una relación entre los sacrificios humanos de los ritos de los pobladores oriundos con la eucaristía de la religión católica.



agricultura y, muy en particular, la ganadería también se constituyeron en importantes renglones de la economía colonial, mientras que, en Perú, estas últimas actividades productivas sólo tuvieron una significación secundaria.

A pesar del auge colonial basado en el oro y, sobre todo, en la plata —después de 1530, la exportación de metales preciosos fue fundamentalmente de este último mineral—, ya

a finales del siglo XVI, después de terminado el reinado de Carlos V (1556) y en las postrimerías del de su hijo Felipe II, quien murió en 1598, empezaron a observarse los primeros síntomas de la decadencia de España: insurrección en los Países Bajos (1581), fracaso de la política española en el Mediterráneo, derrota de la Armada Invencible (1588) y florecimiento de las incursiones de corsarios y piratas, al estilo de las realizadas por Francis Drake, Henry Morgan, John Hawkins o Piet Heyn. A esos acontecimientos hay que sumar el surgimiento, cada vez más exitoso, de la competencia en América de sus rivales eu-



Ilustración de la época acerca del virrey de Perú Francisco de Toledo y la Audiencia Real.

ropeos —Holanda, Francia e Inglaterra—, empeñados en romper el virtual monopolio colonial español, anulando la ventaja inicial conseguida por las monarquías ibéricas. Sin dudas, a ello contribuyó la incapacidad de España para aprovechar los inagotables recursos de las Indias para su desarrollo económico, los cuales, en cambio, terminaron por generar una agricultura estancada, una economía dependiente y

un aparato burocrático parasitario.

En el siglo XVII, esta tendencia a la decadencia del imperio colonial hispano se agudizó, en correspondencia con el estado de descomposición interna de la propia España, lo que coincidió con el recrudescimiento de la expansión de otros Estados europeos en América y la época dorada de la piratería. Ello obligó a la Corona española a levantar un rosario de monumentales fortalezas en los puertos de La Habana, San Juan de Ulúa, Puerto Rico, Portobelo y Cartagena, según las recomendaciones del ingeniero italiano Juan Bautista Antonelli.

INICIOS DE LA DECADENCIA DEL IMPERIO COLONIAL ESPAÑOL

La hegemonía prácticamente absoluta de España en toda América durante el siglo XVI, fue seguida por el aumento de la presencia de sus rivales europeos. La irrupción de Holanda, Francia e Inglaterra en los territorios que la bula papal (1493) había entregado a España y Portugal, se facilitó por la ostensible decadencia del imperio de los Habsburgos en el XVII.

La aparición de ingleses, franceses y holandeses en el continente americano, hizo pasar a manos de los enemigos de España, no sólo buena parte del inmenso territorio de Norteamérica, sino también numerosas islas y territorios del Caribe,

que servirían de base a un creciente tráfico ilegal o contrabando, con el consiguiente resquebrajamiento del monopolio comercial español. A lo largo del siglo XVII, los establecimientos españoles en las Indias Occidentales sufrieron decenas de ataques de corsarios y piratas, siendo uno de los más significativos la breve ocupación y destrucción de Panamá la Vieja por Henry Morgan en 1671.

Junto al auge de la piratería y el contrabando, el cual alcanzó su cenit entre 1620 y 1680, comenzó el arrebato a España de muchas de sus posesiones en el Caribe. Las Antillas Menores, tenidas hasta entonces

Grandes potencias se apoderan de islas en el Caribe y Bahamas

Inglaterra se apoderó de la isla San Cristóbal (1624), Barbados (1625), Nevis, las Leeward, las Virginias y las Bahamas (1628-1646) y, finalmente, Jamaica (1658), mientras los holandeses se establecían en Tobago (1632), Curazao (1634), San Eustaquio (1635) y San Martín (1641). Por su parte, los franceses se apoderaron de Martinica, Guadalupe y Dominica (1635), así como Granada y Santa Cruz (1650), junto a la parte occidental de la isla La Española (*Saint-Domingue*).

por los conquistadores hispanos como islas inútiles, en el siglo XVII se convirtieron en refugio de piratas y corsarios holandeses, franceses e ingleses. Después, Inglaterra, Holanda y Francia se interesan y apoderan de distintas islas en el Caribe y las Bahamas. A ello hay que sumar otros territorios ocupados por estas tres potencias en las Guyanas, además del establecimiento de los ingleses en dos estratégicas áreas de Centroamérica: Belice y la costa de los Mosquitos. Aunque las islas cambiaron varias veces de dueños, como resultado de las permanentes pugnas intercolonialistas. La posesión de estas colonias por las potencias europeas mencionadas se convalidó por la Paz de Ryswick en 1697.

La política mercantilista de Holanda, Francia e Inglaterra, favorecida por las condiciones geográficas y climáticas de las islas caribeñas, mucho más próximas que las posiciones europeas en Asia, impuso, desde los primeros tiempos de la ocupación de estas colonias, una economía agrícola de exportación basada principalmente en azúcar, índigo, cacao, café, etc. Para ello empleaban la fuerza de trabajo esclava, la cual permitió un crecimiento más acelerado del régimen de plantación del que tendría lugar en la parte española. Desde fines del siglo XVI, similar política siguió Portugal en el Nordeste brasileño. Como resultado, las islas del Caribe estaban consideradas,

en los inicios de la Revolución industrial, como las tierras más valiosas del planeta, pues sus producciones se pagaban a precio de oro —en particular, el azúcar— y los costos eran notablemente bajos, gracias a la explotación de la fuerza de trabajo esclava.

En realidad, Portugal había sido la primera potencia europea que había fomentado en América una exitosa economía de plantación, que tuvo su centro en la costa del Nordeste (Pernambuco) de Brasil. La riqueza azucarera de este territorio también atrajo el interés de las demás potencias europeas; en particular de Holanda, que se apoderó de esta valiosa parte del suelo brasileño en 1630, aprovechando la favorable coyuntura creada con la momentánea fusión de las casas gobernantes en España y Portugal (1580-1640).

La derrota de los holandeses en Brasil (1654) reveló el ascendente poderío de los criollos dueños de ingenios azucareros, organizadores de un vasto movimiento popular armado que, sin ayuda de la metrópoli, expulsó a los ocupantes procedentes de los Países Bajos. La guerra contra los holandeses desarticuló el régimen de trabajo en las plantaciones y facilitó la fuga de miles de esclavos negros de las haciendas azucareras (1630), quienes buscaron refugio en un enorme palenque (Quilombo de los Palmares), ubicado más al interior



Utilización de la mano de obra esclava en las plantaciones.



del continente, el cual se mantuvo independiente hasta 1695. Sus principales jefes fueron Ganga Zumba, quien prefirió finalmente capitular y fue ejecutado por

sus propios partidarios, y Zumbí, verdadero símbolo de la resistencia antiesclavista, al morir peleando heroicamente frente a los cazadores de esclavos.

MENTALIDAD Y VIDA COTIDIANA

Todo el anterior proceso se reflejó por igual en diferentes aspectos de la cotidianidad. Durante los siglos XVI y XVII, los cambios en las costumbres, hábitos, tradiciones, cultura y mentalidades, abarcarán diversas esferas de la vida en las colonias. Esas transformaciones también afectaron el campo de la fe. Desde los inicios de la colonización en América, los vínculos entre la Iglesia y el Estado fueron estrechos, pero en los referidos siglos se fortalecieron mucho más con la transformación del Regio Patronato en el Regio Vicariato puesto en práctica por Felipe II (1568-1575); de esa forma, en nombre del Papa, a los reyes de España se les otorgaba plena potestad canónica en materia disciplinar y se resolvían las diferencias existentes.

Los cambios también se acompañaron de un notable enriquecimiento de la Iglesia, con mayor influencia y alcance social durante el siglo XVII. Aumentó el número de



Ataque a un templo indígena por los conquistadores.

curas de origen criollo, siempre que fueran blancos, salida decorosa para un importante número de ellos ante la imposibilidad de alcanzar un escaño superior en la escala social por otros medios. Así ocuparon muchas de las parroquias, cofradías, diócesis y seminarios, cuyo incremento, junto con el del número de clérigos, se destacó en ese período. De manera significativa, a los indios no se les permitía estudiar para sacerdotes por estimarse hasta peligroso para la fe.

Además, prácticamente, el clero centró en sus manos la cultura y dispuso de la Inquisición para frenar el desarrollo de nuevas ideas y llegó a considerar dañinas tanto el legado de los originales pobladores, como las inquietudes espirituales de los criollos. El conjunto de factores antes indicados, posibilitó un auge de la institución eclesiástica, aunque no acompañada del incremento de la fe en similar proporción ni en total correspondencia con los deseos e intereses de la Iglesia católica. Si bien algunos autores estiman esos años como el momento de culminación de la cristianización entre los indoamericanos,



La catedral de México se comenzó a construir en 1573 y se consagró en 1787.

no debemos olvidar que, entre 1580 y 1630, hubo de desarrollarse, en busca de ello, campañas de destrucción de ídolos, centros ceremoniales, persecución de sacerdotes y hechiceros indígenas.

Ni las medidas extremas, ni los procesos de evangelización, ni las campañas educativas efectuadas en las parroquias y escuelas o el trabajo de las misiones, consiguieron exterminar, por completo, las antiguas creencias e idolatrías de los nativos. Cultos y fe lograron una resistencia reflejada en el sincretismo, así como en su presencia hasta nuestros días; parte de ellos también se asimilaron por algunos criollos, aunque, por lo general, de forma no manifiesta explícitamente por temor ante la crítica, la mentalidad reinante entre sus coetáneos y la Inquisición.

En el caso de los territorios colonizados, no puede olvidarse la presencia e influencia de variadas culturas, en el sentido más amplio de la palabra; desde las autóctonas, con diverso grado de desarrollo, como las de los conquistadores de diferente procedencia. Es más, en el caso español no puede hablarse de una sola cultura, pues las distintas regiones gozaban de tradiciones, hábitos, costumbres y hasta lenguas con marcadas diferencias. En los territorios colonizados, esa situación contribuyó a la aparición, en el siglo XVII, de variedades culturales, adecuaciones y simbiosis indicadoras de cierto distanciamiento con las originales de los colonizadores. Además, la llegada de muchos de los emigrantes solos, sin mujeres, básicamente de España y Portugal, favoreció la mezcla de razas y la aparición de diversos tipos de mestizaje.

El clima, la desigualdad de cultivos, las nuevas variedades de plantas y productos, las costumbres de los nativos y los diferentes hábitos de los colonizadores, según su procedencia, influirían ante todo en las prácticas de la mesa. Para el siglo XVII puede hablarse de una cocina criolla; por ejemplo, se extiende el uso del maíz, la yuca, la incorporación de platos típicos de los nativos, como las tortillas, el consumo de frutas propias de las nuevas tierras y la



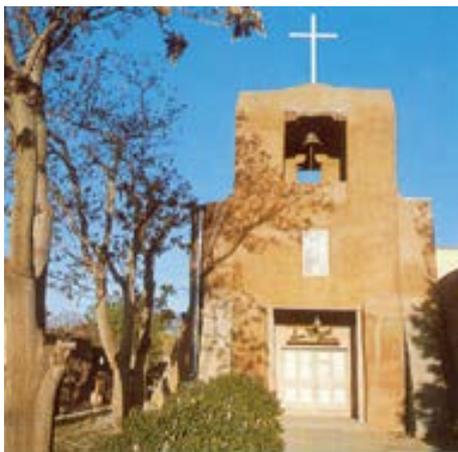
*Don Francisco de Arobe y sus hijos,
primeros mulatos de la Esmeralda, Ecuador.*

fermentación de bebidas autóctonas, junto al menú procedente del viejo continente.

Entre los hombres de los sectores populares e, inclusive, entre los grupos de comerciantes y hacendados, resultaba frecuente el desarrollo de juegos como el villar, las peleas de gallos y la asistencia a las tabernas para el consumo de bebidas alcohólicas, mientras se charlaba. Algunas fuentes de la época hablan de una tendencia al alcoholismo entre los indios de vida citadina. Esto debió estar influenciado por las transformaciones sufridas en su estilo de vida y la enajenación a que se vio sometido; mas, el consumo de la coca se debía a su empleo como estimulante y para adormecer el hambre, sin llegar a constituir un vicio. Entre diversos sectores de la población también se popularizó la utilización de plantas medicinales ya aplicadas por los nativos antes de la llegada de los conquistadores.



*Las modas europeas femeninas adaptadas al clima y tradiciones
indoamericanas.*



Contraste de la humilde misión de San Miguel de Santa Fe con el ejemplo del barroco americano con detalles de influencia indoamericana. Fachada de la iglesia de la Merced en Lima.

En muchos casos, el cambio de clima, las nuevas condiciones de trabajo y vida —sobre todo, en el ámbito rural—, así como la influencia de las culturas de los pobladores originales, influyeron en las transformaciones en la moda del vestir. Si en un inicio se obligó al indoamericano que convivía con el conquistador a incorporar usanzas del ajuar europeo, y dentro de las clases altas siguió predominando ese estilo con toda su pompa y exagerado lujo —a su vez, incómodo e inapropiado para las nuevas condiciones del paisaje americano—, con posterioridad, principalmente dentro de los sectores más humildes, fue imponiéndose el uso de nuevos tejidos, de trajes típicos de la localidad, y en el vestuario femenino, si bien se seguía la moda europea, ya se tendía a su simplificación y hasta incorporar los bordados y tejidos tradicionales de la artesanía autóctona de la localidad.

Para el siglo XVI, en la arquitectura todavía prevalecían los estilos gótico y mudéjar

importados del viejo continente. En el XVII, las ciudades fueron adquiriendo su fisonomía propia y según su ubicación o condiciones climáticas, las construcciones fueron alejándose del estilo europeo de la época y asumiendo nuevos aportes. La plata, el oro y las maderas preciosas posibilitan a las clases altas edificarse suntuosos palacios, como se hizo por igual con los edificios civiles y los templos. A partir de entonces se desarrolló el barroco americano. En las zonas más templadas, las viviendas se edificaron más abiertas, con sus grandes patios, amplios ventanales, los corredores internos con sus mecedoras y fue generalizándose el uso de la hamaca asimilada de los indoamericanos. También surgió, sobre todo en el ámbito rural, una arquitectura más sencilla, en las simpáticas y bellas casas, pero en las humildes misiones, se observa, con mayor fuerza, la influencia de esa decoración “ingenua” realizada por los indios, donde abunda el rico colorido.

LA COLONIZACIÓN DE NORTEAMÉRICA

En rigor, Francia fue el primer Estado europeo después de España, que estableció estaciones fijas en Norteamérica, aunque las avanzadas de España (guarniciones y/o misiones religiosas) llegaban ya, en el siglo XVI, a California, Nuevo México, Florida y otras localidades septentrio-

nales. Los franceses, tras fracasar en los intentos por apoderarse del territorio que llamaron Carolina, al norte de la Florida, se interesaron por la Acadia, parte del actual Canadá, reclamada por Francia a partir de las exploraciones pioneras realizadas entre 1523 y 1524 por un navegante



América del Norte y Central con las colonias británicas.

florentino, Giovanni Verrazani, a su servicio. Después, los franceses avanzaron desde el territorio de Acadia, siguiendo el curso del río San Lorenzo —el único que penetraba al interior del continente en todo el este de Norteamérica—, según las exploraciones llevadas a cabo en 1535 por Jacques Cartier, quien en 1541 había fundado Charlesbourg (Quebec), base de la Nueva Francia, como se denominó oficialmente la nueva colonia.

En 1671, los franceses ya dominaban la región del lago Superior; dos años después, el comerciante de pieles Louis Jolliet y el jesuita Jacques Marquette llegaban al imponente río Mississippi (1673), el cual recorrieron por algunas de sus partes. En 1682, Robert Cavalier de la Salle llegó, procedente de Quebec, a su desembocadura, tomando posesión de la inmensa región



René Robert Cavalier de La Salle.

que llamaron Luisiana, en honor al rey de Francia, y que tendría su capital en Nueva Orleans (1722). Con ello se completó la colonia francesa de Norteamérica, la cual adquirió forma de media luna al extenderse desde Quebec en el noreste hasta Nueva Orleans en el sur, poblada por una línea de fortificaciones y factorías dedicadas al comercio de pieles.

Por su parte, los intentos ingleses por establecer colonias en la costa oriental de Norteamérica a inicios del siglo xvii, siguiendo el ejemplo de españoles y franceses, habían fracasado de manera estrepitosa; como ocurrió con la de Virginia, fomentada entre 1584 y 1590 por sir Walter Raleigh. En 1606, este panorama comenzó a variar como consecuencia de la fundación en Inglaterra, durante el reinado de James I, de dos compañías rivales de comerciantes, lla-



El encuentro de los misioneros jesuitas franceses con los nativos iroqueses, trajo fatales consecuencias para estos últimos.

madas una de Londres y la otra de Plymouth, Bristol y Exeter, a las cuales se les dio permiso para colonizar la costa norteamericana, excepto el territorio francés de Acadia (Canadá); aunque los dos asentamientos debían estar separados por un espacio territorial no inferior a 100 millas.

En virtud de esa concesión, la Compañía de Londres fundó el 13 de mayo de 1607, con un grupo de aventureros y ex presidiarios, la villa de Jamestown, en la desembocadura del río James en Virginia, lugar de clima cálido y tierras fértiles; mientras la de Plymouth

fracasaba en su intento de hacer prosperar cultivos en la desembocadura del río Kennebec (hoy Maine) —una región helada cubierta de rocas y con tierras con poca calidad para la agricultura—, por lo cual traspasó sus derechos a una nueva compañía dominada por miembros de la corte y de la nobleza inglesa.

Pero los nuevos propietarios de la inhóspita región no tuvieron tiempo de ejercer sus derechos, pues el 16 de diciembre de 1620 arribó a esa parte de la

costa norteamericana el barco *Mayflower*, con un centenar de puritanos ingleses. El puritanismo constituía la modalidad inglesa del calvinismo del xvi, cuya denominación provenía de su exigencia de “purificar” la Iglesia anglicana; esto es, convertirla al protestantismo. Los recién llegados —conocidos como los *Pilgrim Fathers* o “padres peregrinos”—, huían de las persecuciones religiosas, desatadas en Inglaterra desde la revitalización (1563) por Isabel Tudor del Acta de Supremacía de la Iglesia anglicana contra protestantes y católicos, y fueron los fundadores de New Plymouth, ubicada en el litoral del actual estado de Massachusetts (21 de diciembre). La inmigración de puritanos ingleses creció constantemente desde entonces. Después del desembarco de los colonos encabezados por John Winthrop, se fundó la ciudad de Boston, la capital de una provincia que llevaría el nombre de la compañía mercantil que la explotaba: bahía de Massachusetts, una especie de colonia madre de toda Nueva Inglaterra.

La entrada de nuevos colonos a Norteamérica —en lo fundamental, entre 1630 y 1640— elevó la cifra de los pobladores a unas 20 000 personas, incluidas muchas acaudaladas familias inglesas. A diferencia de los siervos ingleses “contratados” que constituían el grueso de quienes se asentaban en Virginia, la cual pronto tuvo una



Mayflower en la Bahía de Plymouth obra de William Halsall, 1882.

economía floreciente gracias al cultivo del tabaco, muchos de quienes se radicaron en Nueva Inglaterra, a continuación de los primeros peregrinos, fueron ricos propietarios y comerciantes protestantes perseguidos en Inglaterra por sus creencias religiosas. Esos inmigrantes pioneros dejaron su impronta en toda la estructura política, social y económica de la colonia. Fueron capaces, incluso, de fundar una universidad a los ocho años de constituido el primer asentamiento y de crear su propio arte y literatura, del cual resultaron expresiones el *Diario* de Samuel Sewal, el *History or Journal of New England* de John Winthrop y *The wonders of the invisible world* de Cotton Mathers, el cual contiene los relatos heréticos que, en el siglo xx, servirían de inspiración al dramaturgo norteamericano Arthur Miller para su famosa obra teatral *Las brujas de Salem*.

Tanto Virginia como Nueva Inglaterra consiguieron prosperar en sus primeros años, gracias a la colaboración de los indígenas de las cercanías, encabezados por Powhatan y Massasoit; pues, a diferencia de los conquistadores ibéricos, los colonos de Norteamérica no se dedicaban a la búsqueda febril de oro, aunque, en la medida en que avanzó el proceso colonizador, no vacilaron en exterminar a los aborígenes para apoderarse de sus tierras, lo cual provocó levantamientos como el dirigido por el cacique Pontiac entre 1763 y 1766. Además, siguiendo el ejemplo de los españoles, enemistaron entre sí a los pueblos indígenas —como los algonquinos y los iroqueses, dos poderosas confederaciones que dominaban las regiones oriental y central de Norteamérica—, para obligarlos a pelear entre sí, los primeros a favor de los franceses y los segundos de los ingleses.

Entretanto, en el espacio sin colonizar que separaba la colonia de Virginia de la ubicada en Massachusetts, fueron asentándose colonos de otros países europeos como Holanda y Suecia y establecieron sus colonias. Así, los holandeses fundaron



Descendientes de los puritanos con traje típico conmemoran anualmente, el último jueves de cada noviembre, la llegada de sus antecesores.

Nueva Amsterdam en 1614 —una pequeña factoría dedicada al comercio de pieles—, en la confluencia del río Hudson con el East River, valiéndose de los derechos que les otorgaba haber sido el capitán inglés Henry Hudson, al servicio de la Compañía de las Indias Orientales Holandesa, el primer europeo que recorriera la zona (1609). En 1638, los suecos establecieron la colonia Nueva Suecia, con capital en Cristina, ubicada entre los actuales estados norteamericanos de Delaware y Nueva Jersey. Aunque estas colonias registraron cierto progreso, terminaron absorbidas por sus poderosos vecinos: a Nueva Suecia la ocuparon en 1655 los holandeses y, a su vez, a New Netherlands la infiltraron

Puritanos, mentalidad y literatura

La famosa obra de Arthur Miller *Las brujas de Salem* se ha llevado al cine y también al teatro por las más famosas compañías del mundo y al cine. En nuestro país se han puesto diversas versiones y también la televisión la ha presentado. En ella se describe, con gran maestría, la mentalidad de esos emigrantes, su estilo de vida y el peso de la religión en la conformación de sus costumbres y actitudes. Es, además, un ejemplo de hasta dónde puede conducir el fanatismo y del peso que tuvieron en la época las supersticiones.



colonos ingleses, quienes terminaron dominándola (1664) y dándole el nuevo nombre de Nueva York. De esta manera, la Corona británica impuso su soberanía en todas las colonias de la costa atlántica del actual Estados Unidos, ubicadas entre Nueva Inglaterra y Georgia.

En 1688, las colonias inglesas de la costa oriental ya eran 12. Cuatro al norte, en Nueva Inglaterra: Massachusetts (1620), Rhode Island —creada en 1636 por un puritano rebelde, Roger Williams, para favorecer la libertad religiosa y donde fundó una iglesia bautista—, Connecticut (1636) —aquí prevaleció un sistema teocrático basado en la austeridad y el fanatismo— y New Hampshire (1623). Cinco en el centro: Nueva York (1613-1664), Delaware (1638), Maryland —fundada por Cecil Calvert en 1632 para cobijar a católicos ingleses y que adoptó la libertad religiosa—, Nueva Jersey (1664) y Pennsylvania —vertebrada en 1682 por William Penn con el propósito de alojar cuáqueros, una especie de sociedad basada en la razón y la justicia entre sus miembros, también se asentaron disidentes alemanes e irlandeses, conformando una colonia mucho más variada y tolerante que las demás—. Allí también se radicarían menonitas, moravios y otras sectas. Y, por último, tres en el sur: Virginia (1607), Carolina del Norte (1653) y Carolina del Sur (1670).

A mediados del siglo XVIII, las religiones más poderosas eran la protestante en Nueva Inglaterra, excepto en Rhode Island, y



Producción agrícola basada en la esclavitud de plantación en las colonias. Esclavos en una plantación de algodón del Sur.



James Edward Oglethorpe.

la anglicana, dominante en Georgia, las dos Carolina, Maryland y parte de Nueva York. Los presbiterianos nunca alcanzaron la fuerza de estas religiones y los escasos católicos pronto perdieron la hegemonía que habían tenido en Maryland al inicio de su colonización. En el sur, el puritanismo nunca prosperó mucho, no sólo porque la corona auspiciaba las actividades de la Iglesia anglicana, sino debido a que esta religión se adaptaba mejor a la vida en las extensas plantaciones. Por último, en las colonias del centro y en la frontera, la tolerancia religiosa resultó siempre más favorecida por las diferentes etnias radicadas aquí.

En su conjunto, a fines del siglo XVII, las 12 colonias inglesas tendrían alrededor de 200 000 habitantes y sus territorios sólo comprendían una estrecha franja del litoral atlántico y algunas comarcas no muy extensas del interior, pues todavía se desconocía la zona montañosa de los Apalaches. La última colonia inglesa establecida en América del Norte fue la de Georgia, creada por el general James Oglethorpe, a quien el rey George II concedió permiso para hacerlo en 1732, destinada a acoger a los deudores insolventes condenados por la draconiana legislación británica de la época.

Por su régimen político-administrativo, las colonias inglesas diferían bastante entre sí. Por un lado, estaban las que tenían carta de concesión —Massachusetts, Connecticut y Rhode Island—, que se regían por cédulas de autogobierno otorgadas a los colonos por la corona, lo

cual les facultaba para darse sus propias leyes y nombrar funcionarios públicos, incluido el gobernador. En segundo lugar, las de propietarios —Pennsylvania, Maryland y Delaware—, también gozaban de una carta o estatuto, pero concedida a individuos de la nobleza británica, quienes nombraban al gobernador y daban autonomía legislativa y administrativa a los colonos. Y, por último, las reales —Nueva York, New Hampshire, Nueva Jersey, Virginia, las dos Carolina y Georgia—, cuyo tipo acabó generalizándose, puestas bajo el control directo de la Corona inglesa, que nombraba al gobernador y demás autoridades de la colonia, aunque dejando un margen de autonomía a los colonos, quienes podían elegir sus asambleas.

La vida económica de las colonias inglesas de Norteamérica resultó esencialmente agrícola. Excepto los grandes latifundios ubicados en las mejores tierras del sur, fundamentalmente en Virginia y en Maryland al centro, dedicadas a la producción de tabaco, arroz e índigo; primero utilizaban siervos “contratados”, recién llegados de Inglaterra y Alemania (*indenture servant*), y, luego, desde fines del siglo xvii, esclavos africanos, en general prevalecía la pequeña granja, en gran medida autosuficiente. No obstante, desde temprano, las colo-

nias desarrollaron un activo comercio internacional, que devendría la base para la acumulación originaria de capital y fuente de desarrollo económico; en particular, en Nueva Inglaterra, donde sus habitantes —producían mucho de lo que necesitaban: ropas, herramientas, muebles, jabón, etc.— se dedicaron a la pesca y la navegación con embarcaciones construidas con sus propios recursos.

La fórmula más exitosa para la prosperidad de las colonias de Nueva Inglaterra fue el llamado comercio triangular, desarrollado por diferentes rutas. Nueva Inglaterra y las colonias centrales exportaban sus cereales, carne, pescado y madera aserrada a Inglaterra, donde la canjeaban por productos manufacturados. Otra vía la constituía el transporte de esos mismos productos norteamericanos a las colonias francesas e inglesas de las Antillas, donde se les trocaba por azúcar, melazas y otros artículos tropicales, los cuales se cambiaban después en Inglaterra por manufacturas que se llevaban de regreso al puerto de origen en las Trece Colonias. Otra faceta del comercio triangular era el de esclavos africanos, el cual se incrementaría de manera notable en el siglo xviii, el cual tenía por destino final nutrir las plantaciones de las Antillas y las colonias del sur de Norteamérica.

MENTALIDAD Y VIDA COTIDIANA

Una de las características de los colonizadores de Norteamérica fue la emigración de familias enteras hacia los nuevos territorios; por esa misma razón no se mezclaron con la población aborigen y el mestizaje resultó prácticamente inexistente o mucho menor, contrario a lo sucedido con el inmigrante español y portugués. En gran medida procuraron conservar las costumbres portadas desde el continente europeo; sin embargo, las diferencias de procedencia, religión y cultura entre los pobladores de las distintas regiones, los momentos en que ocurrieron las diversas



El grabado de época hace referencia a la emigración europea hacia Norteamérica, adonde llegaban familias completas o al menos parejas.



oleadas y las disímiles condiciones de los lugares de asentamiento, así como la actividad productiva a que se dedicaron, también contribuyeron a determinar las variantes en las costumbres, mentalidades, modos de vida y cultura.

La colonización de parte del territorio por los puritanos marcó las regiones donde se asentaron. El principio de su religión, fundamentado en una reforma de la Iglesia que clamaba por una vuelta al Viejo Testamento, los condicionó a valorar el trabajo como la mayor virtud y el ocio como un vicio. Predicaban y llevaban a la práctica una moral rígida, estrecha, exigente en extremo y en contra del boato. Esas condiciones y su enaltecimiento del trabajo, coadyuvaron a conquistar a comerciantes y pequeños capitalistas en formación y les permitió expandirse por la región.

En el norte, la influencia británica resultaba mayor y el puritanismo tuvo más fuerza. Allí proliferaban las pequeñas granjas agrupadas en aldeas, en cuyo centro se levantaba la iglesia. Las casas eran de madera y ladrillo, generalmente de dos pisos, el superior como vivienda y el inferior para almacén, no contaban con calefacción y el mobiliario resultaba sobrio y modesto. Se preocupaban por la limpieza, el orden, el ahorro, la actividad intelectual y religiosa, mostrando cierto desprecio y desagrado hacia la ostentación del reducido grupo de aristócratas plantacionistas del sur.

Todo lo anterior los llevó a una vida austera en la cual la religión llegó a re-

glamentar e intervenir en los negocios, la actividad social y la vida familiar. Se establecieron leyes que prohibían que los vestidos llevaran encaje, solamente se admitía un adorno en cada manga, cuya longitud y ancho también estaban regulados. La ley proscribía a los hombres fumar en la calle, les establecía el largo del cabello y las relaciones amorosas debían contar con la aprobación de los padres, cortejar a una dama en la vía pública podía costarle a un joven un serio castigo. Los entretenimientos y diversiones se encontraban de igual manera restringidos. Fueron intolerantes contra quienes profesaban otras creencias, bajo la acusación de superstición o brujería llevaron a efecto persecuciones y llegaron hasta el punto de aplicar las más duras condenas, incluida la horca o la venta de los hijos de aquéllos como esclavos.

La sociedad sureña presentaba un mayor contraste. Basada esencialmente en una economía de plantación, centro donde fue desarrollándose un grupo de aristócratas dueños de grandes extensiones, junto a propietarios de pequeñas parcelas con casas modestas y menos organizadas y aseadas en comparación con las de los puritanos del norte; muchos de ellos, arruinados, se vieron a menudo forzados a abandonarlo y emigrar hacia el oeste. Por el contrario, el gran plantacionista se hizo mansiones de dos plantas con amplios salones, majestuosa escalera que daba acceso a la planta alta. Contaban con extensos jardines y copiaron los modelos ingleses; predominaban las formas del neoclasicismo, aunque también asumieron otras influencias de Europa, sobre todo de Francia, adaptándolas a las nuevas condiciones del medio, así surgió el llamado estilo colonial americano. En un inicio, el mobiliario y la decoración interior fueron influenciados por el estilo georgiano europeo con características rococó, así como por el Chippendale inglés; para el siglo XVIII evolucionaron hacia el predominio de lo clásico.

Ese sector de la sociedad copió el estilo de vida de la aristocracia inglesa, no sólo en el vestir, aunque empleando a veces otros



Dormitorio y comedor típicos que se conservan de una casa colonial inglesa en Norteamérica.



Mansión típica de la gran plantación sureña.

tejidos más apropiados al clima, sino también en otros muchos órdenes. En breve empezaron a reproducirse las reuniones en los salones para discutir sobre variados temas culturales y políticos, los grandes bailes en las mansiones, las opulentas cenas, los paseos en coches y las tertulias musicales. Sus hijos tenían preceptores para ocuparse de su educación y, a menudo, se enviaban a Londres a continuar sus estudios. Por el contrario, la educación de los hijos de los pequeños granjeros estaba en pleno abandono. En algunos aspectos y hasta cierto punto, la vida en el sur tenía un sentido liberal, más si se la compara con la de los puritanos del norte, pero todo sostenido sobre el trabajo de los esclavos.

Otra imagen y mentalidad reflejaba el paisaje de las colonias del centro: Nueva Jersey, Pennsylvania y Nueva York, donde había una emigración procedente de diversos lugares y formaciones: ingleses, cuáqueros, galeses, escoceses y alemanes. En ellas se desarrollaron industrias y proliferaron los comerciantes, aunque existía una mayoría propietaria de pequeñas granjas. Nueva York, dedicada fundamentalmente al comercio, contaba con un núcleo de comerciantes que fue enriqueciéndose y alcanzando cada vez más influencia, dando lugar a la aristocracia neoyorquina.

La vida adquiría un ritmo más acelerado, tenía un tono más liberal y pragmático. Dada la diferente procedencia de sus habitantes coexistieron, no sin rivalidad, distintas congregaciones religiosas. Las ciudades fueron creciendo rápidamente



Benjamin Franklin.

con construcciones de varios pisos de influencia londinense. Existía una preocupación por la formación técnica y cultural muy vinculada al desarrollo de los negocios. En 1745, en Nueva Jersey se fundó la Universidad de Princeton y en 1751, en Pennsylvania la primera universidad oficial donde se estudiaba medicina.

Si bien las ciencias alcanzaron un desarrollo importante en las Trece Colonias con los estudios de medicina, botánica, astronomía, electricidad, como era el caso de Benjamin Franklin, quien en 1750 develó sus investigaciones acerca de la enunciación de las leyes de la electricidad y la teoría de los fenómenos eléctricos, a él se debe la invención del pararrayos, ese avance no resultó igual en las artes. La música



Experimento de la cometa, que llevó a Benjamin Franklin a inventar el pararrayos en Estados Unidos.



Watson y el tiburón (1778) obra de John Singleton Copley.

fue una de las manifestaciones en que se originó el más temprano y superior

adelanto. La pintura y la escultura, con su mayor desarrollo hacia finales del siglo XVIII, centraron su interés en el retrato; en la escultura se destacaron los

El patinador (1782) obra de Gilbert Stuart.



hermanos Rush y en la pintura, John Singleton Copley y Gilbert Stuart, considerado uno de los mejores, conocido por sus retratos de Washington.



Hispanoamérica en el siglo XVIII



Hasta el siglo XVIII, las colonias hispanoamericanas se caracterizaban por una estructura muy rígida, la cual sólo en forma limitada permitía el desarrollo del elemento productivo capitalista burgués. Las reformas borbónicas —en particular, las legislaciones comerciales dictadas entre 1778 y 1782— permitieron la disminución del tradicional aislamiento de las posesiones españolas causado por el viejo sistema de monopolio. Estas medidas no sólo facilitaron el comercio libre con España y entre las mismas colonias (1795-1796), sino también con los países llamados neutrales. La relativa apertura propició mayores vínculos de las Indias con los mercados europeo y norteamericano, lo que incentivó la actividad económica en su conjunto. La minería se reanimó en el Virreinato de Nueva España, pues la producción de plata pasó de 5 millones de pesos (1762) a 27 millones (1804); entonces cobró un nuevo impulso la actividad colonizadora y comenzó una pujante expansión productiva en áreas hasta entonces marginales del imperio colonial español: las Antillas, Venezuela y el Río de la Plata.

Detrás del notable ascenso del comercio de exportación registrado en diversas partes de Hispanoamérica y Brasil, durante el siglo XVIII, se encontraba el crecimiento de la productividad industrial del norte de Europa —en particular,

de Inglaterra—, el cual exigía materias primas y productos agropecuarios. Además, la población europea aumentó de manera considerable en el siglo XVIII, lo que representó un enorme estímulo para la agricultura, el comercio y la manufactura. El tráfico mercantil internacional creció como nunca antes, incorporando áreas de muchas colonias españolas que, hasta entonces, sólo habían estado involucradas marginalmente con el mercado europeo.

El fomento de plantaciones en el Caribe estaba favorecido por las ventajas de su ubicación geográfica, paso obligado de las principales rutas mercantiles, del comercio triangular y más cerca de las fuentes africanas de trabajo esclavo. Esos elementos impulsaron la expansión de cultivos tropi-



Puerto de La Guaira en Venezuela, uno de los de mayor actividad en el Caribe, atacado por los ingleses en 1743.



cales en las Antillas (tabaco, café y azúcar), así como en el litoral venezolano (cacao). Como sucedió en las islas caribeñas, donde la cercanía de las plantaciones al mar influyó en el florecimiento del comercio de exportación, en otras regiones costeras o en las llanuras cercanas y en áreas interiores bien comunicadas por ríos caudalosos, también esto propició el crecimiento económico, como ocurrió en los valles próximos a las tierras bajas al sur de la Ciudad de México, en el litoral norte de Perú, hasta Guayaquil, en El Salvador (añil) y, todavía de manera más significativa, en las pampas argentinas (cueros).

El Río de la Plata protagonizó el acontecimiento comercial más notable de toda Hispanoamérica en estos años, debido al despegue espectacular de las exportaciones de cueros destinados a abastecer no sólo las fábricas europeas de calzado, sino, sobre todo, los requerimientos de las partes móviles de las máquinas de la primera fase de la Revolución industrial. Eso explica la creación, en 1776, de un virreinato con capital en Buenos Aires y jurisdicción hasta el Alto Perú y Paraguay. Una evolución similar, pero a menor escala, también se observó en las regiones ganaderas septentrionales de Nueva España y en los llanos del Orinoco. En consecuencia, durante las últimas décadas del siglo XVIII se produjo un



Utilización de la mano de esclavos africanos en la obtención de la brea.

considerable incremento de la producción agropecuaria hispanoamericana, cuyo valor no tardó en sobrepasar al de la minería. Por ejemplo, el comercio de Cuba que en 1770 apenas requería cinco o seis barcos, en 1778 necesitaba 200. La exportación de cueros de Buenos Aires pasó de 150 000 unidades anuales a 800 000. Las ventas de café y cacao brasileños se septuplicaron entre 1798 y 1807, favorecidas por la neutralidad de Portugal en los conflictos europeos.

En 1740, más de 200 barcos anclaron en el puerto de Veracruz, mientras que en 1790 lo hicieron 1 500. Para toda Hispanoamérica, el valor total del comercio con España aumentó un 700 % entre 1778 y 1788. Simultáneamente se registraba un extraordinario crecimiento demográfico —cerca del 50 %—, que revirtió la tendencia negativa prevaleciente desde la conquista ibérica.

Todas estas transformaciones tuvieron, como contrapartida, sensibles modificaciones en la composición clasista de la sociedad colonial, dominada hasta entonces por el exclusivo círculo europeo formado por funcionarios, comerciantes monopolistas y grandes propietarios, incluidos el alto clero y los terratenientes señoriales criollos, de economía natural y vinculados a mayorazgos. Mucho más ligados que los anteriores al comercio exterior y al capital, ahora se desarrollaron grupos sociales emergentes en determinadas regiones litorales, ciudades y puertos, como La Habana, Caracas, Veracruz, Guayaquil y Buenos Aires; fenómeno visible también fuera del área de Hispanoamérica, en Cap François y Río de Janeiro, que denotaban la presencia de ciertos elementos protoburgueses. A la vez se conformaba una estructura agraria más diversa asociada a las particularidades regionales. De esta forma, en las áreas ganaderas del Río de la Plata, de tardía colonización, la vieja economía autosuficiente de haciendas enfeudadas, que dominó el

Prosperidad del litoral caribeño y mano de obra esclava

En ciertas zonas del litoral caribeño de Nueva Granada (Cartagena), prosperaron algunos cultivos de exportación que dependían, cada vez más, de la fuerza de trabajo esclava africana —como sucedió en las minas y grandes haciendas caucanas—, en la medida en que escaseaba la aborígen. De esta manera, el territorio de este nuevo virreinato —creado entre 1717 y 1739— se terminó de conformar como un verdadero mosaico de diferentes culturas, economías y combinaciones raciales.

panorama hispanoamericano en los dos primeros siglos coloniales, carecía de importancia, apenas existían mayorazgos; situación bien diferente a las zonas más pobladas de Mesoamérica o la parte andina. Una evolución similar a las regiones ganaderas se originó allí donde despuntaba la economía de plantación y, en menor medida, en el norte de México y los llanos venezolanos.

En cambio, el siglo XVIII marcó la decadencia del virreinato peruano, determinada en gran medida por la disminución de los rendimientos mineros. A ello también contribuyó la creación de nuevos virreinos y capitanías —la de Chile se creó en 1778—, los cuales dejaron al Virreinato de Perú en límites geográficos muy parecidos a los de la actual república peruana. A esta etapa también corresponde la impresionante sublevación indígena encabezada por el cacique José Gabriel Condorcanqui, conocido como Túpac Amaru II, cuyo escenario y desmanes administrativos que le dieron origen se describieron de manera magistral, en tono humorístico, en *El Lazarillo de ciegos caminantes*, publicado clandestinamente por Carrió de la Vandra, con el seudónimo de *Concolorcorvo*.

Después del asesinato del primer Túpac Amaru se sucedieron revueltas y diferentes movimientos de rebeldía protagonizados por la población indígena del Virreinato de Perú, pero la mayor de todas las sublevaciones anticolonialistas estalló en los Andes a mediados de 1780. Inició los acontecimientos la acción insurreccional en agosto de ese año de los hermanos Catari, Tomás, Dámaso y Nicolás, quienes ocuparon Chayanta (Alto Perú), junto a otras zonas vecinas, tras haberse levantado en armas contra los desmesurados impuestos, incrementados entre 1777 y 1779, y los constantes abusos de los corregidores españoles.

El movimiento no cobró su verdadero ímpetu hasta que se incorporó José Gabriel Condorcanqui, cacique de



Niveles superiores de la sociedad colonial del siglo XVIII, de procedencia española.

Tungasuca, el 4 de noviembre de 1780. Al parecer, este jefe indígena era descendiente en línea materna del último Inca de Vilcabamba, Túpac Amaru, de quien tomó el nombre para señalar la continuidad de la resistencia anticolonial. Por tal motivo, Condorcanqui reivindicó para sí la denominación de su heroico antepasado y se lanzó a la lucha contra la opresión de su pueblo.

Entre las primeras acciones del segundo Túpac Amaru estuvo la abolición de los repartimientos realizados por los corregidores y consistentes en distribuciones forzadas de mercancías superfluas entre los indígenas. El nuevo Inca también dispuso la abolición del tributo, la mita y el diezmo. Además, llegó a prometer la libertad a los negros esclavos de la costa.

Cuando Túpac Amaru decidió su incorporación al movimiento de los hermanos Catari, ajustició al sanguinario corregidor de la provincia de Tinta, y después levantó un impresionante ejército indígena. Tras obtener una indiscutible victoria en la



Indio principal de Quito.



La aristocracia de la sociedad colonial americana y su variedad

En el siglo XVIII, la aristocracia colonial estuvo conformada por los sectores venidos de España —mayormente, segundones en busca de fortuna—, por los grandes latifundistas, los funcionarios de la alta administración, otros propietarios de bienes y raíces adquirentes de títulos mediante dinero y favores. Los criollos se involucraban en las órdenes militares para obtener títulos y también, según lo establecido por la legislación indiana, los caciques o señores indios. Como se comprenderá, constituye una tarea sumamente difícil tratar de conformar una mentalidad aristocrática, dada la diversidad de su procedencia e intereses. Sin embargo, en cuanto a gustos, costumbres, distracciones, creencias, etc., hay cierta comunidad que los distingue del resto de la sociedad.

batalla de Sangarara, Túpac Amaru llegó a sitiar el Cuzco. Pero sus improvisadas tropas estaban mal armadas y desorganizadas, mientras que los virreyes de Perú y Buenos Aires concentraban en su contra todas las fuerzas militares disponibles.

Luego de haberse abandonado temporalmente el cerco por los sublevados, se inició la contraofensiva colonialista a mediados de marzo de 1781, cuando del Cuzco salió un poderoso ejército español al mando del mariscal José del Valle. Derrotadas las fuerzas indígenas el 6 de abril, Túpac Amaru fue apresado en Langui. La sentencia no se hizo esperar y, el 18 de mayo, el valiente rebelde era descuartizado en la plaza pública por cuatro caballos que tiraban de sus miembros en direcciones contrarias. Su familia tampoco escapó al suplicio y la muerte.

La terrible desaparición de Túpac Amaru no provocó el fin de la insurrección, verdadera guerra campesina. La dirección de la rebelión



Túpac Amaru II.



Monumento actual en el Cuzco, en homenaje a José Gabriel Túpac Amaru, en la plaza del mismo nombre.

quedó en manos de su hermano Diego Cristóbal Túpac Amaru y su centro se trasladó al Collao, extendiéndose a una parte de la sierra altoperuana y al sur. Los indígenas

Túpac Amaru II

Nombre indio que se adjudicó José Gabriel Condorcanqui (1738-1781), cacique peruano de Pampamarca, Surimana y Tungasuca; hijo del cacique quechua Miguel Condorcanqui del Camino y de la mestiza doña Rosa Noguera Valenzuela, por esa razón pertenecía a la aristocracia indígena.

Su posición económica era buena, debido al negocio de transporte con la utilización de centenares de mulas y también a sus conocimientos sobre la explotación de la mano de obra indígena y sus relaciones con el Virreinato de Perú.

Fue el líder de una de las más importantes rebeliones indígenas contra la Corona española, en lo cual lo ayudaron su origen y linaje. El 6 de abril de 1781 se le capturó y ejecutó el 18 de mayo de ese mismo año, junto con su mujer y dos de sus hijos.

llegaron, incluso, hasta las puertas de la ciudad de Lima. Paralelamente, otro jefe rebelde, Julián Túpac Catarí, al frente de más de 40 000 indios, rodeaba La Paz, la que mantuvo bajo asedio durante largos meses; lo cual se estima el acontecimiento militar más relevante de la gran rebelión indígena de 1780-1781. Capturado Túpac Catarí por los españoles en noviembre de 1781 se le ejecutó con un suplicio similar al de Túpac Amaru.

Para aplacar el movimiento rebelde, la corona suprimió la institución de los aborrecidos corregidores y los intendentes asumieron sus funciones. Además, prometió la supresión de la mita. Estas obligadas concesiones, unidas a una cruel represión, permitieron al poder colonial terminar por controlar la situación. El último episodio de la rebelión indígena aconteció el 15 de febrero de 1783, cuando fue capturado en Tinta, Diego Cristóbal Túpac Amaru.

El movimiento liderado por José Gabriel Condorcanqui repercutió en diferentes lugares de Hispanoamérica, al extremo que se registraron sublevaciones tupamaristas criollas en lugares tan distantes como el norte del Río de la Plata o el Virreinato de Nueva Granada. Por ejemplo, en la antigua tierra chibcha, la sublevación se produjo como resultado de la instrucción colonial del 12 de octubre de 1780 que elevaba los



Zona en que luchó Túpac Amaru II.

impuestos y tributos. Al año siguiente, los comuneros de Socorro, Tunja, Pamplona y Casanare, encabezados por Juan Francisco Berbeo, se enfrentaron a las autoridades en Puente Real, obligándolas a firmar las capitulaciones de Zipaquirá el 7 de junio de 1781, a las cuales se opuso de manera infructuosa un ala radical guiada por José María Galán, ejecutado en 1782.

Estas sublevaciones, como las anteriores de los vegueros en Cuba (1723), así como la de los comuneros de Paraguay (1720) y Corrientes (1732 y 1764), levantados contra el poderío de los jesuitas, indicaban con claridad que el sistema colonial español se empantanaba cada vez más. Mas, las rebeliones y principales movimientos del siglo XVIII tuvieron un carácter eminentemente local y todavía no formaban parte de una crisis general del sistema que abarcara todo el continente, aunque sin duda fueron sus primeros síntomas.

AUGE DE LA MINERÍA EN BRASIL

En el caso de Brasil, a fines del siglo XVIII, la evolución económica iniciada 200 años antes varió su derrotero: aconteció el traslado de su zona nuclear del Nordeste al centro-sur y la capital pasó, a su vez, de Bahía a Río de Janeiro, en virtud del descubrimiento por los *bandeirantes* de fabulosos yacimientos de oro y diamantes en Minas Geraes, que generó en derredor toda una serie de actividades productivas colaterales. Estimulado por el crecimiento de la minería, el arte brasileño alcanzó, entonces, uno de sus momentos más significativos; muy en

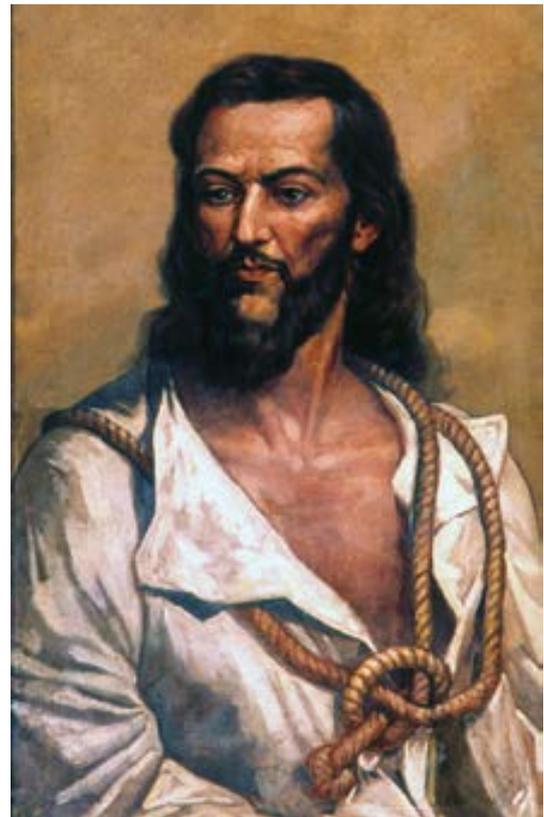
Los *bandeirantes*

Éstos se habían dedicado, en sus largos recorridos por el interior de Brasil, a cazar indios para su venta como esclavos en las plantaciones costeras. Sus incursiones a las regiones más intrincadas les permitieron, igualmente, el descubrimiento de ricos yacimientos de metales y piedras preciosas.



especial, con las estatuas de los profetas talladas por Antonio Francisco Lisboa, o *Aleijadinho*, para la iglesia de peregrinación de Congonhas do Campo (1796-1805).

El *boom* económico también trajo consigo la expansión del poder metropolitano, en detrimento de la tradicional autonomía administrativa y la relativa libertad comercial de que disfrutaban, hasta entonces, los habitantes de Brasil. Ésa fue, precisamente, la tarea del marqués de Pombal, representante portugués de un “despotismo ilustrado” muy distinto en cuanto a resultados de su contrapartida hispánica. Ello se reflejó en los primeros conflictos surgidos entre los criollos y los portugueses, como la Guerra de los Emboabas (1707-1711), el Motín de Bahía (1711), la rebelión de Felipe dos Santos (1720) y también la Guerra de los Mascates (1710-1711), aunque el de más alcance de todos ellos fue la conspiración de Minas Geraes encabezada por el alférez Joaquim Jose da Silva Xavier, *Tiradentes*, ejecutado en 1792.



Joaquim José da Silva Xavier (Tiradentes). Martirio de Tiradentes, obra de Oscar Pereira da Silva.

SURGIMIENTO DE UNA CONCIENCIA “PROTONACIONAL”: LOS CRIOLLOS

En Brasil, como en Hispanoamérica, la consolidación social de un sector criollo compuesto por plantadores y estancieros no vinculados a mayorazgos, en proceso de aburguesamiento, junto a un dinámico

grupo de comerciantes no monopolistas y de una incipiente pequeña burguesía y capas medias formadas por artesanos, intelectuales, pequeños empresarios, otros, introdujo un componente progresista en los conflictos de clase de la última etapa colonial; aun cuando no estuviera en condiciones de imprimir un sello netamente burgués a las relaciones de producción y al curso ulterior de las transformaciones socioeconómicas. Por eso, el aumento de las peticiones en favor de una mayor liberalización comercial, para conseguir acceso directo al mercado ultramarino fuera del dominio de los intermediarios metropolitanos.

La prosperidad de la mayoría de estos grupos y clases protocapitalistas dependía del contacto, directo o indirecto, con la creciente riqueza industrial y comercial de Europa y, en especial, de Inglaterra, que cada vez consumía más materias primas y necesitaba colocar crecientes

El criollo: “Yo no soy español, yo soy americano”

Para fines del siglo XVIII fue diferenciándose más la mentalidad del criollo. Humboldt aseguraba que con frecuencia se oía decir: “Yo no soy español, yo soy americano”. En la mentalidad del criollo fue teniendo lugar un distanciamiento, se sentía como algo distinto, con diferentes intereses conducentes a una rivalidad con el español. En ello influyeron en gran medida, además de los desacuerdos por factores económicos o por las posiciones sociales, las universidades americanas propiciatorias de una cultura y un conocimiento científico superiores, así como la literatura procedente principalmente de Francia e Inglaterra, mediante la cual adquirieron nuevas ideas de mayor avance y más racionalista.

cantidades de manufactura. En España, el mismo conde de Campomanes se quejaba de que por cada 2 000 toneladas de comercio legal se realizaban, sólo en el Virreinato de Perú, 13 000 toneladas de contrabando. Desde las Malvinas, Colonia de Sacramento y Jamaica, y, en menor medida, los holandeses desde Curazao y Paramaribo, los ingleses controlaban por vía de los intérlopes una parte sustancial del comercio colonial hispanoamericano, vulnerando el monopolio español. Además, entre 1796 y 1808, esta situación se complicó como resultado de la casi completa dislocación del comercio marítimo americano, prácticamente suprimido por el eficaz bloqueo inglés contra España y Francia, agudizado desde la derrota española en la batalla naval de Trafalgar (1805).

Los criollos también exigían la eliminación o disminución de los más gravosos impuestos tradicionales, alcabalas, avería, almojarifazgo, armada, diezmo y otros, que adulteraban los precios de exportación de los productos autóctonos, haciéndolos poco competitivos en los mercados internacionales. La agudización de las contradicciones metrópoli-colonia, básicamente en la esfera de la circulación mercantil, explica el peso de las reivindicaciones antimonopólicas en los principales movimientos precursores de las postrimerías del siglo XVIII o en importantes textos de la intelectualidad criolla, como el discurso contestatario de José Baquijano en la Universidad de San Marcos de Lima, la *Representación de los Hacendados* de Mariano Moreno, el *Informe del Real Consulado* de Francisco Arango y Parreño y el *Memorial de Agravios* de Camilo Torres, así como la carta dirigida a los españoles americanos por el jesuita arequipeño Juan Pablo Viscardo y Guzmán.

El desencuentro entre las metrópolis europeas y las colonias americanas, se acentuó como resultado de la formación de una especie de conciencia “nacional” criolla y de una ideología que apuntaba al separatismo, al conjuro de la influencia de la Ilustración. Manifestación de este fenómeno resultó el creciente interés



Damas criollas y tipos populares.

de la aristocracia y la intelectualidad de este continente por las letras y las ciencias naturales; en particular, el estudio de la flora y la fauna autóctonas, en lo cual se destacó el jesuita chileno Juan Ignacio Molina. En ese contexto aparecieron los primeros periódicos, portadores de nuevas ideas y convicciones americanistas, y las Sociedades Económicas de Amigos del País. Paralelamente cobraban fuerza la búsqueda de raíces propias y el estudio de las culturas precolombinas, tal como hiciera el jesuita mexicano Francisco Javier

Carta a los españoles americanos

Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1748-1798), jesuita peruano, nacido en Arequipa donde residió. Se ordenó como sacerdote y emigró a Europa cuando su orden religiosa fue expulsada del país. Quiso regresar a su patria, pero se le denegó. Al conocer la sublevación de Túpac Amaru, la apoyó e intentó incorporarse a ella.

Encontrándose en Francia redactó su famosa *Carta a los españoles americanos*, la cual constituye un documento esencial que refleja la mentalidad y el ideal independentista americano. Posteriormente se tradujo al español y publicó en 1801. En ella con cuatro palabras: “ingratitude, injusticia, servidumbre y desolación” caracteriza el significado de los años de colonización española.



Criollos y mestizaje

En los siglos XVII y XVIII, la sociedad americana se caracterizó por el incremento del mestizaje, el cual adquirió las formas más variadas, según la región y el tipo de mano de obra requerida para las principales actividades económicas. Los mestizos constituyeron, por lo general, parte de las clases y sectores más bajos de la sociedad y se dedicaron en gran medida a los trabajos artesanales. Sus condiciones e idiosincrasia contribuyeron a la formación de su mentalidad, que se identificó con la del criollo.

Clavijero en su conocida *Historia Antigua de México*, publicada originalmente en Bolonia (1780-1781). Otras expresiones, que reflejaban la aparición de una nueva identidad, pueden encontrarse en obras como *Primicias de la cultura de Quito* de Francisco Eugenio Santa Cruz y Espejo o en la primera novela picaresca de la literatura hispanoamericana: *El Periquillo Sarmiento* de José Joaquín Fernández de Lizardi.



Los mulatos.

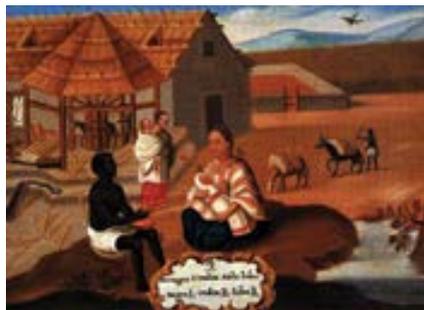
Los elementos sociales emergentes acentuaron las pugnas entre el conjunto de la población americana y, muy en particular, de su cúspide aristocrática, con los funcionarios europeos que dominaban el aparato estatal y se beneficiaban, en forma exclusiva, de sus prerrogativas: utilización de rentas fiscales, control del comercio legal y de la asignación de tierras baldías y realengas. En toda la época colonial, en Hispanoamérica, de 170 virreyes, sólo cuatro fueron criollos. Al incremento de las contradicciones también coadyuvó la Real Cédula de Consolidación para la Venta de Bienes Pertencientes a Obras Pías (diciembre de 1804), expedida por la Corona española para enfrentar la guerra con Inglaterra y que obligó a muchos propietarios a pagar por sus tierras.

A los perjudicados por estas y otras disposiciones metropolitanas —entre ellas, una política impositiva más dura—, terratenientes y comerciantes no monopolistas, se sumaron sectores de la incipiente pequeña burguesía y las capas medias, deseosas de ascenso social y político. De ahí las crecientes aspiraciones criollas al gobierno propio, para terminar con la tradicional política colonial discriminatoria. Las elementales reivindicaciones de la aristocracia iberoamericana y, sobre todo, de su ala más aburguesada, se fortalecieron al contacto con la Ilustración europea y ante el ejemplo de la revolución independentista de las Trece Colonias inglesas de Norteamérica, la cual había logrado armonizar la emancipación política con el mantenimiento de la esclavitud y el *statu quo* social.

La Revolución francesa, con sus conquistas: abolición de la esclavitud, eliminación de derechos feudales, reparos agrarios, destrucción del régimen de privilegios, etc., aspiraciones de corte “jacobina”, inspiraba a los criollos más radicales, procedentes en su mayoría de la intelectualidad y otros sectores de las capas medias, y por lo general no atados a ningún interés económico fundamental, quienes tendían a concitar, con sus consignas antifeudales e igualitaristas,



Niño mulato hijo de negro y española.



Niño zambo hijo de negro e india.



Niño meztizo hijo de español e india.

la atención de las grandes masas oprimidas, integradas por esclavos, peones, campesinos endeudados, indios mitayos de minas y obrajes, artesanos y elementos plebeyos de las ciudades.

De esta manera, al lado del enfrentamiento entre las colonias y sus metrópolis, entre los europeos beneficiarios del monopolio comercial y los criollos partidarios del libre comercio, latía otra contradicción: la existente entre los detentadores del poder económico en las sociedades hispanoamericanas y los productores desheredados. Por esa razón, en las posesiones españolas y Brasil, la crisis del régimen colonial no sólo estaba compulsada por el régimen de opresión política y la explotación econó-

mica a que estaban sometidas las colonias americanas por las metrópolis europeas, sino también por la extrema polaridad social y las rígidas reglamentaciones raciales. Junto a la agudización del conflicto metrópoli-colonia, maduraron las condiciones para el levantamiento de una auténtica revolución de masas, derivada de las contradicciones de una sociedad dividida en clases antagónicas y lastrada por un abigarrado sistema de castas y desigualdades sociales.



Niña castiza hija de español y meztiza.

Cuatro ejemplos de pintura de castas.
Fenómeno artístico del siglo XVIII.



África. Establecimiento de factorías y significación de la trata de esclavos



En estos siglos, las estructuras económicas, políticas, sociales y culturales de África no habían variado mucho con respecto a los períodos precedentes. El hecho más significativo resultó el establecimiento de un nuevo tipo de relación con los europeos, a partir, principalmente, de los siglos xv y xvi.

El punto de partida de las actividades del capital comercial con relación a África, fue su circunnavegación por los aventureros europeos, quienes buscaban nuevas rutas marítimas para llegar a la India; por lo cual, al inicio, el continente negro

sólo se vio como un conjunto de escalas de tránsito. Los viajes adquirieron cierta regularidad tras las exploraciones de las costas atlánticas del noroeste africano, ordenadas por el príncipe portugués Enrique, *el Navegante* (1394-1460), más allá del Cabo Bojador en 1433. Para 1460, sus naves ya habían alcanzado la zona de Sierra Leona.

En los primeros contactos con África, los europeos decidieron comerciar con los nativos en un plano de relativa igualdad, y en 1448 establecieron la primera factoría en Arguín, Mauritania, zona occidental del continente. Posteriormente encontraron una actividad más lucrativa, al iniciarse la caza de africanos para llevarlos como esclavos a Europa.

Con la conquista de América y las necesidades de mano de obra surgidas en las tierras colonizadas, comenzó una relación e integración de África con el mercantilismo europeo, en su momento de expansión mundial, con características específicas dentro de los factores principales de la acumulación de capital analizados por Carlos Marx. El tráfico de esclavos por el Atlántico resultó, a lo largo de casi cuatro siglos, la forma predominante por la cual llegó a África primero el mercantilismo y después el capitalismo en sus otras etapas.

Marx y la acumulación originaria del capital

“El descubrimiento de los yacimientos de oro y de plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, *la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros*; son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria”.

Carlos Marx: *El capital*.



LA TRATA

Las sociedades de toda la costa del Atlántico con distintos niveles de desarrollo, básicamente desde Senegal a Angola, se vieron progresivamente afectadas y resultaron objeto de un tipo de relación con Europa en el cual el saqueo no estuvo dirigido a sus recursos materiales y espirituales, sino al hombre mismo convertido en mercancía fundamental. Si bien existían de manera simultánea otras rutas comerciales por el África Oriental y del norte, donde los hombres se incluían en el intercambio, éstas no pueden compararse en naturaleza, frecuencia, magnitud y objetivos con la trata por el Atlántico. Del mismo modo sería un error afirmar que, antes de esta etapa, todas las sociedades africanas conocían y practicaban la esclavitud como sistema, porque en muchas de aquellas donde podían hallarse cautivos de guerra, su papel en la producción no era fundamental.

Este contacto depredador y paralizador entre sociedades de inicio desiguales, incrementó la diferencia, poniendo a Europa en una situación ventajosa a expensas de África, y fue el punto de partida para su posterior subdesarrollo.

En 1501 ya se habían introducido cargamentos de africanos en la isla La Española. Pero la trata se inició realmente, en 1518, con el desembarco en las Indias Occidentales del primer contingente de cautivos llegados directamente de África. El comercio en seres humanos se extendió con rapidez desde mediados del siglo xvii con el desarrollo del sistema de plantaciones. En general, las condiciones de los africanos y sus descendientes en América, debido a la pobreza de la alimentación y el exceso de trabajo, entre otras razones, resultaron precarias e impidieron la vía de una reproducción natural. Por ello, al crearse un mercado con una demanda en constante crecimiento en hombres, fue cambiando la naturaleza inicial de ese comercio, resultando cada vez más desigual.

El llamado “comercio triangular” y sus transacciones siempre fueron aumentando

las ganancias, en un ciclo que se abría y se cerraba en Europa. Los beneficios de este gran circuito comercial consistieron en la exportación de algunas manufacturas baratas y superfluas, denominadas “pacotilla” —en esencia, armas de fuego obsoletas y pólvora—, desde Europa a los intermediarios en las costas de África; se continuaba mediante la compra con ellos de esclavos africanos para América, a través del Atlántico; se intercambiaban estos esclavos por minerales y productos agrícolas en las Antillas y América, y se vendían estas materias primas agrícolas y minerales en Europa.

Portugal fue la primera gran beneficiaria de la trata de esclavos, manteniéndose a la cabeza con el monopolio hasta 1580; sus negreros llevaban esclavos a Brasil y a las colonias españolas de América, para sus plantaciones de azúcar, pero también a Europa.

La competencia por este comercio se agudiza en el siglo xvii, en el cual Holanda pasa, en el apogeo de su fama mercantilista, a ocupar el primer lugar en el control de la trata, aunque es grande por igual la actividad de Inglaterra, Francia, Dinamarca, Suecia y Brandenburgo. Las compañías holandesas harán fabulosas ganancias, estableciendo numerosos puntos de embarque en las costas de África.

El siglo xviii resultó el de gran impulso y apogeo de la trata. Se originó una fuerte competencia entre las compañías dedicadas a este comercio, por la expan-



La trata atlántica por su importancia no fue comparable en objetivos, magnitud e impacto con la trashariana y la oriental.



Venta de prisioneros

La fragmentación tribal y los enfrentamientos entre las diferentes etnias y grupos del continente, también facilitaron ese comercio. Los hombres que se vendían no eran propiamente los miembros de la tribu que establecía el negocio, sino aquellos hechos prisioneros durante los enfrentamientos entre las distintas etnias.

Por el nivel de desarrollo tecnológico y agrícola, ese prisionero no resultaba de mayor utilidad como trabajador esclavo para los vencedores; sin embargo, la nueva actividad comercial ofrecía, hasta cierto punto, mayores ventajas, de ahí que, fundamentalmente en los inicios, en la mentalidad del hombre africano de la tribu vencedora, el acto que cometía con la venta del vencido no tenía para él la misma connotación, pues no era un miembro de su familia, un integrante de su tribu, sino un rival vencido en la contienda.

Indiscutiblemente, el lucro también propició que algunos nativos, sin mayores escrúpulos y alentados por la codicia, sirvieran de intermediarios para la compra y venta de esa mercancía humana, a la cual tampoco se sentían directamente ligados.

sión económica de las Antillas francesas. Entre 1708 y 1713, Inglaterra pasó a ser la primera traficante de esclavos por la Paz de Utrecht (1713), que le otorgó el asentamiento o suministro de esclavos a las colonias españolas; actividad que en sus inicios fue un monopolio de la Real Compañía Africana (1672-1752) para el control de este comercio. La trata se convirtió entonces en el principal negocio en los puertos, como Bristol, Londres y, sobre todo, Liverpool. En el caso de Francia, la segunda en importancia en este comercio, fueron Nantes, La Rochela, Burdeos y El Havre, entre otros.

En cuanto a los lugares de África de los cuales los tratantes extraían sus cargamentos, en el curso de la ampliación del inhumano negocio, su centro de actividad había ido desplazándose, salvo en algunos períodos, a lo largo de la costa africana, en un proceso de expansión relativamente cronológico, de este a oeste. Ello obedecía a múltiples factores, entre ellos, el hecho

de que la mercancía humana era menos costosa hacia el sur. Así fueron delimitándose las siguientes ocho zonas, donde se alternaban los traficantes europeos.

La más inmediata y antigua fue Senegambia, con enclaves como la isla-fortaleza de Gorée; le seguía el litoral de Sierra Leona hasta Liberia, y doblando el cabo Palmas, la costa de Barlovento o —*Windward*—, de Liberia a la actual Costa de Marfil. A continuación, antes y después del cabo Tres Puntos, la Costa de Oro, la cual llegó a tener 13 fuertes y, en especial, el castillo de Elmina; enseguida se pasaba a la prolífica Costa de los Esclavos, por donde salieron hacia Cuba los lucumíes o yorubas, cubriendo las playas de Togo, Benin y Lagos. El delta del Níger señalaba ya el área del golfo de Biafra hasta Gabón con el Viejo y el Nuevo Calabar, de donde partieron los carabalíes (ibos, ibibios, efik), quienes trasplantaron a los puertos cubanos la sociedad abakuá, como los yorubas su religión. Todas estas eran las costas de “Guinea”, pero bajando hacia el sur venían la desembocadura del Congo y Angola hasta la desembocadura del río Orange. De allí vino la comunidad que fundó los cabildos “Congos Reales” en Cuba. Por último, la zona más lejana que, dando la vuelta al cabo de Buena Esperanza, subía por la costa sureste de África hasta el Cabo Delgado en Mozambique e incluía el litoral oeste de Madagascar.

En todas estas zonas, en un cinturón costero de aproximadamente 200 millas, la actividad de los tratantes se ejercía desde sus factorías con fuertes y barracones a salvo de ataques en las islas del litoral y se extendía mediante una red de intermediarios africanos, portadores de los esclavos desde las zonas interiores o de la propia costa. La época de la llegada de los europeos a las costas de África coincide, en general, con la decadencia de las ciudades-Estado de la zona y de las estructuras estatales del interior, causada por invasiones, revueltas y luchas entre los grupos, muchas de las cuales resultaron, más tarde, alentadas por la presencia de los comerciantes esclavistas.



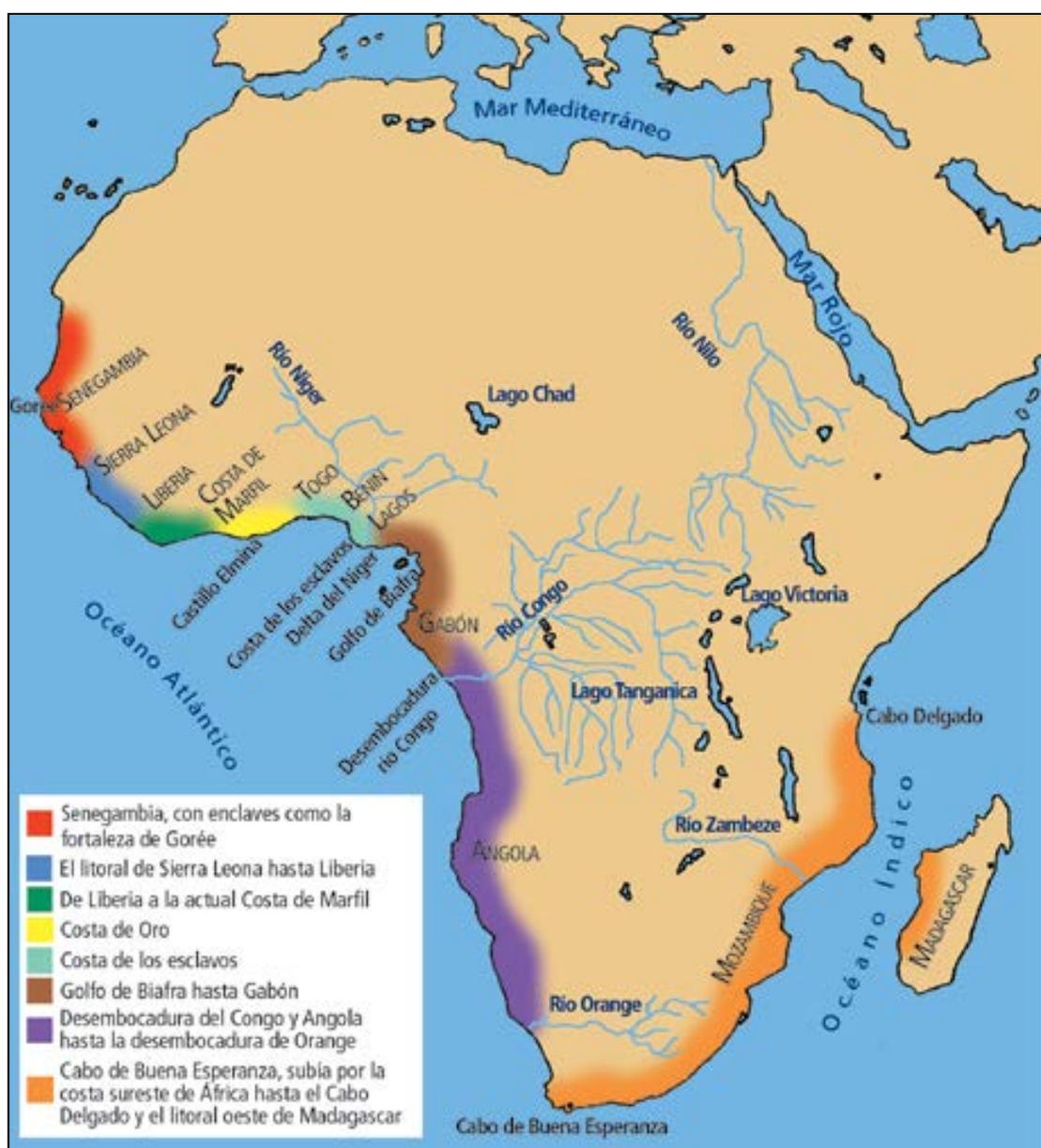
El número total de africanos arrancados de sus tierras resulta imposible de determinar. Según los registros, no fiables, pues tanto los traficantes como los dueños de esclavos estaban interesados en disminuir las cifras, la cantidad total se calcula en un fluctuante entre 15 y 100 millones de africanos. Los demógrafos plantean que, entre 1650 y 1850, la sangría fue tal, que la población total del continente se mantuvo prácticamente estancada entre 100 y 110 millones de habitantes. El fin de la guerra civil norteamericana y la abolición de la esclavitud condujeron a una supresión virtual de la trata después de 1865. Pero el

mantenimiento de esa terrible institución en Cuba y Brasil la preservó como posibilidad por otras dos décadas. Pérez de la Riva calculó que en Cuba durante tres siglos de trata legal, hasta 1820, hubo una entrada de 390 000 cautivos y en la primera mitad del siglo XIX, 530 000 para un total de 920 000, pero otros estimados exceden el millón.

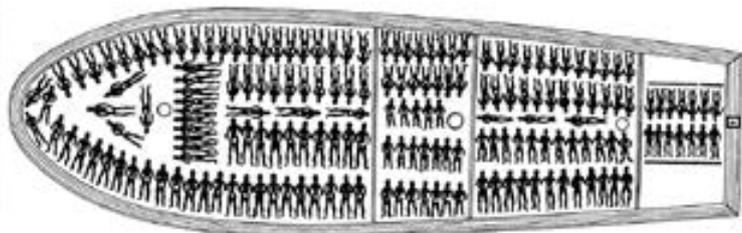


Esclavo encadenado.

Por otra parte, la travesía se hacía en condiciones de hacinamiento e insalubridad increíbles, estimándose el fallecimiento por esa causa entre el 15 % y el 20 % de los embarcados. Lo anterior sin contar quienes murieron en la resistencia a



Principales áreas de África de donde se extraían los esclavos.



Esquema de cómo colocaban a los esclavos en los barcos negreros.

entre comunidades para lograr “la mercancía”; más los que no sobrevivieron al largo trayecto encadenados en hileras hasta las costas; o, una vez allí, al almacenamiento en los sótanos de fortalezas como las de la isla de Gorée, en espera de los barcos.

Esta relación de Europa con África en un plano de total desigualdad, y la propia naturaleza del contacto con la Europa capitalista, generaron una serie de consecuencias inmediatas y mediatas para África. En primer lugar, la pérdida de recursos humanos al convertirse el hombre en mercancía, principal capital para cualquier sociedad. Esto provocó la parálisis de su desarrollo, por la pérdida considerable de esa fuerza de trabajo y las consecuencias económicas y políticas indirectamente derivadas de ese fenómeno. No había ninguna equivalencia en el comercio, África daba por lo general el hombre más joven, vigoroso y sano. Los europeos entregaban a cambio pólvora, armas de fuego, alcohol adulterado y alguna otra “pacotilla” de consumo.

Sólo determinados sectores minoritarios se “enriquecieron” en África como

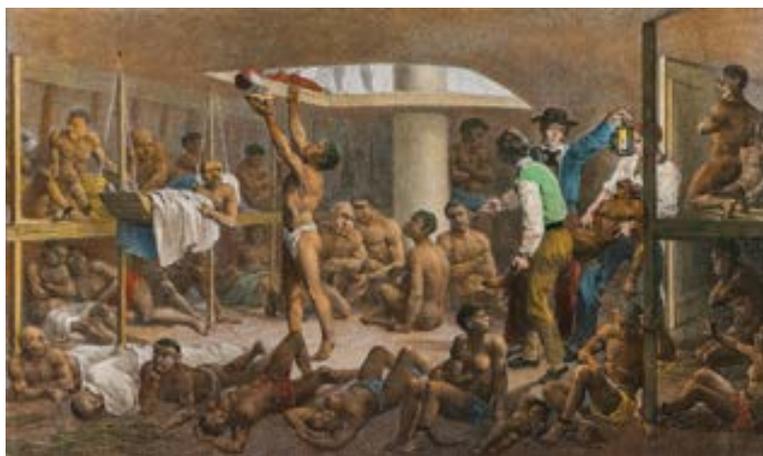


Imagen idealizada del interior de un barco de esclavos.

intermediarios de este comercio, pero no acumularon ningún capital que les posibilitara el desarrollo. No obstante, Europa evitaba los riesgos de la cacería, las enfermedades y tuvo las mayores ventajas.

La trata hizo crónicas las guerras, la violencia tribal e intertribal, y para los pueblos involucrados pasó a ser prácticamente la actividad económica fundamental en detrimento de la agricultura, la ganadería y el artesanado, produciéndose un estancamiento técnico y una progresiva deformación estructural. También originó grandes migraciones a otros territorios por la inestabilidad y la inseguridad causadas por las cacerías y, en última instancia, evadiendo la captura forzada para su venta que en el último siglo tomó las formas más violentas.

Así, las guerras además de constituir una fuente de esclavos, fueron también, el modo de procurárselos. Algunas sociedades sufrieron esta adulteración, influidas por la trata, como Ashanti y Dahomey, en África Occidental o los sakalavas en Madagascar. Los medios para su captura eran muy variados, iban desde el secuestro, la invasión a aldeas, al ser tomados prisioneros en las guerras entre grupos, vendidos por su propio jefe con el pretexto de haber transgredido las leyes o la adulteración de las creencias religiosas, entre otras.

Los jefes africanos lograron mantener el control político y la continuidad cultural, pero en aquellos que estuvieron involucrados en el comercio de esclavos, se alteró la naturaleza democrática de las jefaturas africanas. Para garantizar la trata, muchos jefes tradicionales se convirtieron en verdaderos autócratas. En términos generales, la trata exacerbó la tendencia a la dispersión étnica, política y a la inestabilidad. Comenzaron a surgir algunos “Estados” traficantes, un variado lenguaje comercial y una población mulata costera y con ellos, alguna diferenciación social. A lo largo de esos siglos, los intermediarios africanos aprendieron de los engaños en el comercio por parte de los europeos y respondieron de la misma forma, adulterando, por ejemplo,



el aspecto físico de la persona vendida, untándoles aceites para hacerlos parecer más sanos y creció la desconfianza mutua.

La trata y el drama de la caza de esclavos han sido reflejados en la novelística africana. Usmán Sembén en su obra *Voltaicas* describe el impacto de la llegada de los cazadores y los recursos de que se valieron los africanos para evitar ser separados de la familia y vendidos como mercancía:

“ese día no era un día sagrado: era como los demás días, había un sol radiante (...) las nubes jugueteaban, los zunzunes husmeaban alegremente por todas partes (...) La aldea respiraba aire de vivir, de sentir, que retiene al viajero de paso (...) ¡Y era, sin embargo ese día! Los proveedores de esclavos habían aparecido y asustaron al ganado, que por instinto tomó rumbo a la selva (...) hombres, mujeres y niños lanzaron clamores salvajes como replicando a las descargas; dispersados, perseguidos, cada hombre y cada mujer no pensaba más que en huir; para retroceder, sólo quedaba la selva más tupida. Amoo sacó su hacha y empujó a Iome y a la abuela hacia delante; esta última inválida, avanzaba penosamente (...) Amoo (...) sólo, podía escaparse, hallar su libertad, pero no podía abandonar a su hija. Pensaba en su esposa. Él le había dado muerte a su esposa para que fuese libre.

”Tomó dulcemente el mentón de Iome, sumergió su mirada en los ojos de la niña. Como una eternidad, se miraron fijamente. Las lágrimas desbordaron, sin obstáculos, las pupilas de Amoo.

”—Madre, no podemos ir más lejos. Delante, tenemos nuestro fin, el de los tres... Detrás, la esclavitud para Iome y para mí (...)

”—Madre, Iome puede escaparse (...) Tú ya no tienes buena piel, y los blancos no podrían usarla para hacer sus botas.

”(...) Como si todos los truenos le hubiesen estallado en el cerebro, Amoo sentía que la tierra se movía bajo sus pies. Oprimió el mango del cuchillo, dio algunos pasos hacia un arbusto (de esos que los uolofus llaman bantamaré: sus hojas son

La trata en la poesía de Nicolás Guillén

“Balada de los dos abuelos”

*¡Qué de barcos, qué de barcos!
¡Qué de negros, qué de negros!
¡Qué largo fulgor de cañas!
¡Qué látigo el del negrero!*

“El apellido”

*¿Sabéis mi otro apellido,
el que me viene de aquella tierra
enorme, el apellido sangriento
y capturado, que pasó
sobre el mar
entre cadenas, que pasó
entre cadenas sobre el mar? (...)
(...) Mirad mi escudo: tiene un
baobab,
tiene un rinoceronte y una lanza.
Yo soy también nieto,
biznieto,
tataranieto de un esclavo.
(Que se avergüence el amo.)
Nicolás Guillén: *Obra poética, T. 1.**

antisépticas) y arrancó un puñado de ellas (...)

”—Tenía los ojos velados por las lágrimas.

”—No debes sentir miedo, Iome (...)

”— (...) Iome, te va a doler, pero nunca serás esclava (...)

”(...) la mirada de la niña se quedó clavada en el filo del cuchillo (...) Amoo se dio a la tarea de sacrificar su cuerpo. Desde el mismo corazón de la selva se oía el grito de la niña. Amoo tuvo justamente el tiempo de terminar; los cazadores de esclavos se apoderaron de él. Había envuelto en hojas a la niña. Amoo fue arrastrado con otros cautivos hacia la costa. Iome, al igual que la abuela regresó a la aldea. Gracias a los conocimientos de la vieja, en cuestión de plantas, el cuerpo de Iome no tardó en cicatrizar, pero conservó grandes marcas.

”Meses más tarde, cuando regresaron los cazadores, Iome fue capturada y luego deja-



La trata y su impacto

El impacto de la trata en el continente africano no sólo quedó marcado por los crímenes de aquellos hombres dedicados a ella. Ésta también contribuyó a la disminución demográfica y sus secuelas, presentes en algunos países y aspectos hasta la actualidad.

da de nuevo en libertad. No valía nada (...) porque su piel ya no tenía la pureza requerida. A muchas leguas de distancia se extendió la noticia. La gente venía desde las aldeas más apartadas para consultar a la abuela. Y durante el transcurso de los años, y de los siglos, se vieron aparecer diversidades de cicatrices en el cuerpo de nuestros antepasados.

”Así fue como nuestros antepasados tuvieron marcas. Se negaron a ser esclavos”.

Entre los siglos xv y xix, los europeos, para justificar la explotación de los africanos, desarrollaron las ideas de



Danza ritual africana, con ateuendos tradicionales.

Cultura e integración

“La condición misma de ‘ser otro’ reduce drásticamente la iniciativa social y la existencia del esclavo tiene que definirse a partir de esta precariedad que caracteriza su vida y la de sus familiares, amigos y paisanos. Sin embargo, pese a todos los obstáculos, algunos patrones se establecen, en parte como pálidas reproducciones de una conducta tradicional procedente de África que aquí, como elemento, se integran a un sistema nuevo creado al calor de las experiencias insulares. La composición étnica de las dotaciones no facilitaba la integración porque, como es obvio, las variantes culturales actúan distanciando más que como fuerzas aglutinadoras.

”(...) Lo cierto es que los esclavos generan también una jerarquía de subordinación a las que todos se subordinan con independencia de su procedencia tribal, edad o sexo”.

Gloria García Rodríguez: *La esclavitud desde la esclavitud. La visión de los siervos.*

superioridad racial y cultural en detrimento de estos pueblos; inventaron a su favor el mito de la “inferioridad por naturaleza” de los negros y dejaron tras sí múltiples conflictos raciales que se han prolongado a lo largo de la historia.

Pero la trata trajo otras consecuencias. Los negros arrancados de su tierra, su tribu, su etnia, su grupo familiar, dispersados al ser vendidos en grupos de las más diversas procedencias y etnias, sometidos a elementos culturales impuestos por los esclavistas, se vieron precisados a luchar por conservar, en lo más íntimo de su ser, sus sentimientos, sus recuerdos, sus actitudes, aquello de su identidad que no les habían podido arrancar. Mantuvieron así, unas veces oculto o semioculto, sincretizado u adoptando nuevas variantes, elementos de sus instituciones, sus tradiciones, religiones, fiestas, comidas, nombres. Crearon nuevas organizaciones de tipo familiar —sobre todo, entre los esclavos de las plantaciones— en sustitución de aquellas dejadas en sus tierras natales.

Mas, la trata y con ella la institución de la esclavitud también hubieron de repercutir en la cultura occidental. El esclavo portador de la diversidad cultural africana, de su identidad preservada con loable esfuerzo mediante el proceso de transculturación, contribuyó a enriquecer el acervo portado por los europeos. Si bien en la religión, mediante el sincretismo, se hizo más evidente esa influencia, su extensión llegó a través de la tradición oral, los ritos, cantos, rezos, los remanentes lingüísticos y la adecuación de la dieta a las más disímiles manifestaciones artísticas y culturales conservadas hasta la actualidad. Sólo a manera de ejemplo, si se toma la música, en Norteamérica el *spiritual* o el jazz, en Cuba y otras tierras antillanas la rumba, la cumbia o el tango rioplatense. Aunque en Cuba predominaron los congos, los yorubas y los grupos del Calabar, hubo otros aportes significativos. Interesante estudio sobre esta influencia en Cuba refleja la obra de Hippolyte Brice Sogbossi *La tradición Ewé-foñ en Cuba*, en la cual hace un estudio del legado dahomeyano conservado en Matanzas.

Colonias y factorías en Asia



En el siglo xv, Europa no era, precisamente, la región de mayor desarrollo del planeta; por ejemplo, el imperio Ming en China, con una cultura diferente, era probablemente más avanzado. Sin embargo, cuando a finales del siglo xv, los europeos, en busca de nuevas rutas, establecieron los primeros contactos comerciales con las civilizaciones asiáticas, la primera reacción del hombre occidental fue considerarlas paralizadas, en tanto que la occidental moderna europea evolucionaba con rapidez. Conceptualmente, Occidente constituía el movimiento y tal vez “el progreso” frente a una civilización islámica, india o china “inmóviles y acaso en regresión”. Estos puntos de vista, lisonjeros para los occidentales, ignoraban y dejaban en el plano de la superficialidad el alcance de las grandes civilizaciones asiáticas y determinaban, por así decirlo, su progreso y desarrollo, condicionándolo a los efectos de la introducción de la civilización europea occidental.

Al continente asiático no pudieron penetrarlo los europeos hasta finales del siglo xviii, aunque el control musulmán de las arterias de comercio

entre el Mediterráneo y la India, llevó a varias potencias europeas a soñar con una nueva ruta hacia el Extremo Oriente, mucho antes de la fundación del Imperio mogol. Los portugueses desplegaron grandes iniciativas en la búsqueda de esa ruta. Ejemplo de ello fue la expedición que encabezó Vasco de Gama, en 1497 y 1498, alrededor del cabo de Buena Esperanza y a través del océano Índico; en mayo de ese último año, Gama navegó hasta el puerto de Calicut (actual Kozhikode), en la costa Malabar, abriendo una nueva era en la historia de la India y, por extensión, en la del resto del continente.

Al establecer relaciones con el reino del Decán, los portugueses se aseguraron el monopolio del comercio marítimo indio y lo mantuvieron durante todo el siglo xvi. A inicios del xvii, la Compañía de las Indias Orientales Holandesa, amalgama de mercaderes holandeses, fundada en 1602 bajo los auspicios del gobierno, terminó con el monopolio del comercio portugués. Dos años antes, la reina Isabel I había otorgado un fuero a una organización de comercio mercantil similar, la primera Compañía de las



Robert Clive (1725-1774), el más famoso conquistador inglés de la India. Su más señalada actuación militar fue la batalla de Plassey.



Indias Orientales Británica, de ahí sus siglas en español *CBIO*, y conocida también como la Compañía de las Indias Orientales Inglesa.

Las negociaciones de la compañía con el gobernante mogol, el emperador Jahangir, tuvieron éxito, y en diciembre de 1612, los ingleses formaron su primera factoría en Surat, en el golfo de Kambhat. A partir de entonces y durante la década siguiente, los portugueses fueron derrotados por los ingleses en diversas batallas navales, que desde ese período se encontraron con muy poca oposición lusitana en la India. Los holandeses, asentados ya en el archipiélago malayo, también hicieron sus esfuerzos por expulsar a los ingleses de la India, pero igualmente fueron eliminados como una fuerza competitiva antes de finalizar el siglo xvii.

La Compañía Inglesa expandió su esfera de influencia y sus operaciones. Se aseguró una base en Orissa en 1633; fundó la ciudad de Madrás en 1639; obtuvo privilegios co-



Jahangir.

merciales en Bengala en 1651; adquirió Bombay, desplazando a los portugueses, en 1661; fijó un tratado comercial con el gobernante Mahrata, Shivaji Bhonsle, en 1674, y en 1690 fundó Calcuta, después de suprimir por la fuerza la oposición local a esta maniobra.

Los franceses, que habían comenzado a instituir sus contactos a través de factorías en la India, alrededor de 1675, se revelaron como una seria amenaza para el

creciente poder y prosperidad de la Compañía de las Indias Orientales Británica. Las fricciones entre Francia y la recién creada Gran Bretaña llegaron a un estado crítico en 1746, cuando una flota francesa se apoderó de Madrás. Esta acción, una fase de la Guerra de Sucesión austríaca (1740-1748), y las luchas posteriores que acontecieron en la India, no tuvieron ningún desenlace definitivo; en 1748, los franceses devolvieron Madrás a los británicos. En tres años, la rivalidad latente entre los contrincantes europeos originó una nueva confrontación armada. Robert Clive, un empleado de la CBIO, se hizo con la victoria en la lucha por el control de Hyderabad y Carnatic.

La etapa final de las disputas anglo-francesas por el dominio de la India, se desarrolló como una extensión de la Guerra de los Siete Años en Europa. En el curso de las hostilidades, que duraron de 1756 a 1763 e implicaron grandes contingentes de guerrilleros indios, los británicos lograron distintas victorias y terminaron de manera efectiva con los planes franceses de control político del subcontinente. El suceso más importante de la guerra fue la victoria de Clive en Plassey, que convirtió a los británicos en los dueños de Bengala. Según las disposiciones del acuerdo de paz que siguió a la Guerra de los Siete Años, el territorio francés en la India se redujo a unas pocas factorías.



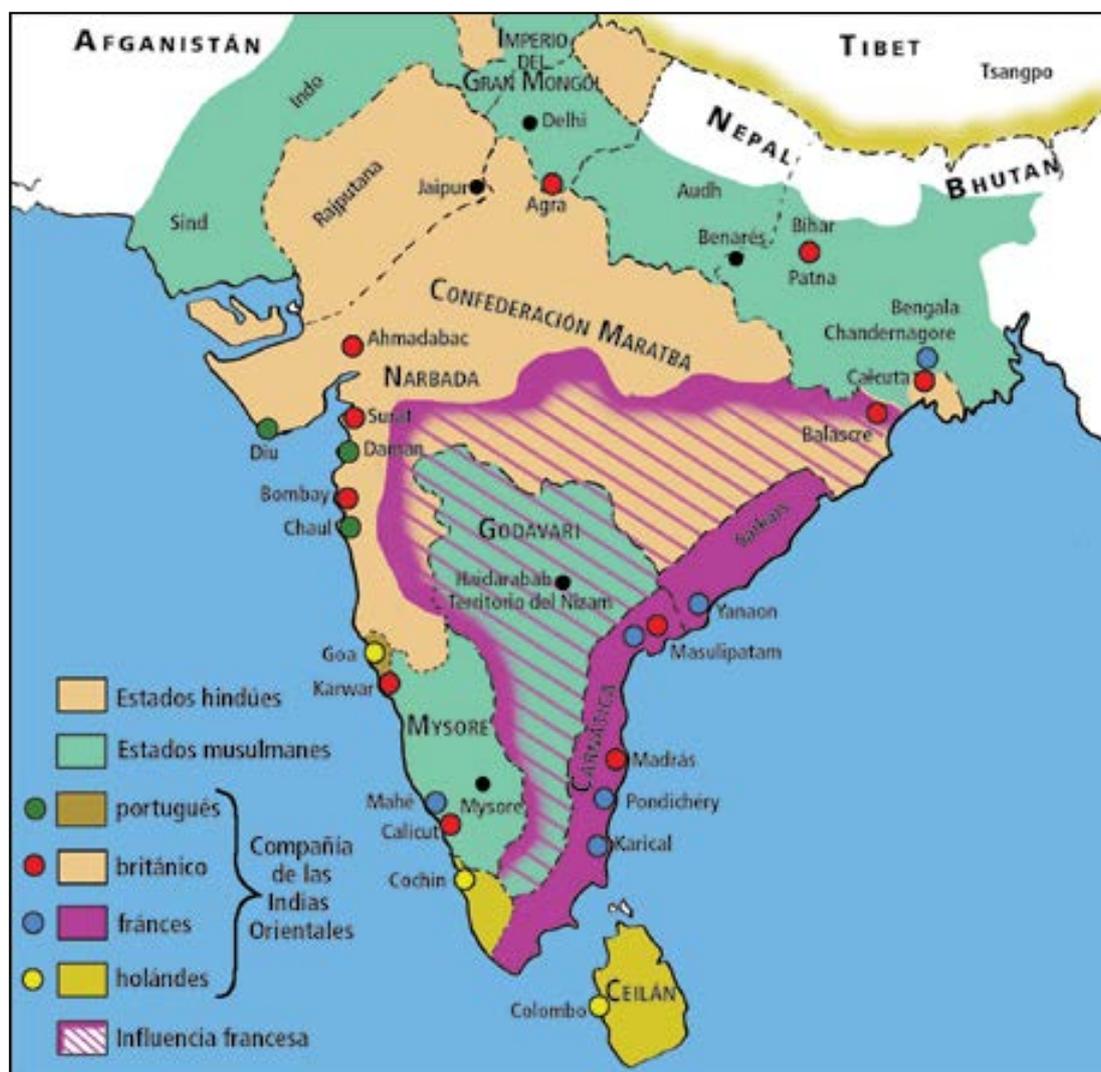
Encuentro de Robert Clive con Mir Jafar después de la batalla de Plassey, por Francis Hayman.

LA INDIA BAJO EL IMPERIO MOGOL

Si bien la llegada de los europeos representó un acontecimiento trascendental en la historia de Asia y, en particular, de la India, por las consecuencias inmediatas que arroja en el período estudiado, no dejan de tener una gran significación histórica las conquistas de territorios ejecutadas por los invasores asiáticos procedentes del noroeste —conocidos por mogoles—, quienes se llamaban a sí mismos descendientes de Genjis Khan, éstos penetraron en gran número y durante dos siglos conservaron su dominio. Para 1530, después de diversas invasiones y enfrentamientos a los afganos, pudieron imponer en la región septentrional la dominación turco-mogola y en 1557, durante el mandato de Akbar, llegaron a

conquistar Delhi. A partir de entonces, la supremacía mogola quedó consolidada, creándose el Imperio del Gran Mogol. Alcanzaron, sucesivamente, la dominación o anexión de otros territorios como Gujarat al nordeste de Bombay, con lo cual se aseguraron las costas del océano Índico y el comercio con los portugueses. Por esas vías llegaron a establecer un imperio con una extensión que abarcaba desde Persia, por el oeste, hasta el oriente de Bengala y desde el Himalaya, por el norte, hasta el río Godavari por el sur.

Durante el gobierno de Akbar (1556-1605, fecha de su muerte) se siguió una política centralizadora en contra de la dispersión o fragmentación predominante



La India hacia 1700.



El peso de la tradición en la India

Akbar, como otros gobernantes mogoles, trató de modificar algunas costumbres hindúes, pero las tradiciones resultaron por lo general mucho más fuertes. Por ejemplo, cuando este soberano quiso eliminar la costumbre de la *sutte* —es decir, el sacrificio de las viudas en la pira funeraria junto al difunto marido—, solamente pudo conseguir cierta modificación, al poder establecer que ello se efectuara cuando hubiese el consentimiento voluntario de la viuda. No obstante, esa usanza siguió aplicándose con bastante frecuencia.

hasta esos momentos en la India. Al frente del Estado se encontraba el monarca, quien se reunía en consulta diariamente con cinco consejeros con funciones y responsabilidades sobre diversos aspectos de la administración. Entre las principales funciones que desempeñaban estaban el cobro de impuestos, la Hacienda, la fuerza militar, los intereses del Ministerio del Interior, la



Sha-Jehan.

atención de los asuntos religiosos y uno de ellos se ocupaba de problemas, como la observación de los mandamientos del profeta en cuanto a la moral y las costumbres.

Las cinco provincias en que estaba dividido el país contaban con una administración al estilo de la central del Estado y los funcionarios constituían la aristocracia política y militar. Éstos eran los *yaquirdares* para atender igualmente los asuntos de la administración civil y social. Sus ingresos provenían en lo fundamental de los tributos procedentes de la manufactura, el consumo de bienes o el transporte, entre otras actividades.

Durante los siglos XVI y XVII no se apreciaron transformaciones significativas en la vida económica, el comercio no constituyó una actividad muy lucrativa ni de mayor interés para los mogoles; en gran medida se desarrolló entre las distintas regiones para satisfacer las necesidades de alimentos u otras producciones que, debido a diferencias climáticas, condiciones de la tierra o de la tradición industrial, en unas no se producían y se adquirían entonces de aquellas que se convertían en las principales abastecedoras. Para ese intercambio comercial se aprovechaban bien los caminos, ríos y canales. Mientras, árabes y egipcios controlaban desde los puertos de Malabar el comercio con Occidente.

Entre los sucesores de Akbar sobresalió Sha-Jehan (1628-1657), quien emprendió diversas campañas contra los persas de Kandahar y logró derrotar a los portugueses en las proximidades de Calcuta, pues creía que su influencia resultaba perjudicial tanto para el comercio hindú, como en los intentos de cristianización mediante los misioneros franciscanos y jesuitas. Llegó a dominar los sultanatos musulmanes de Bijapur y Golconda.

Durante su mandato se hicieron grandes edificaciones y hasta la actualidad se destaca el famoso monumento funerario que construyera a su esposa: el Taj Mahal en Agra. Si bien ésta es una de las más conocidas, en los años de su gobierno se impulsaron de manera extraordinaria



Taj Mahal en Agra.

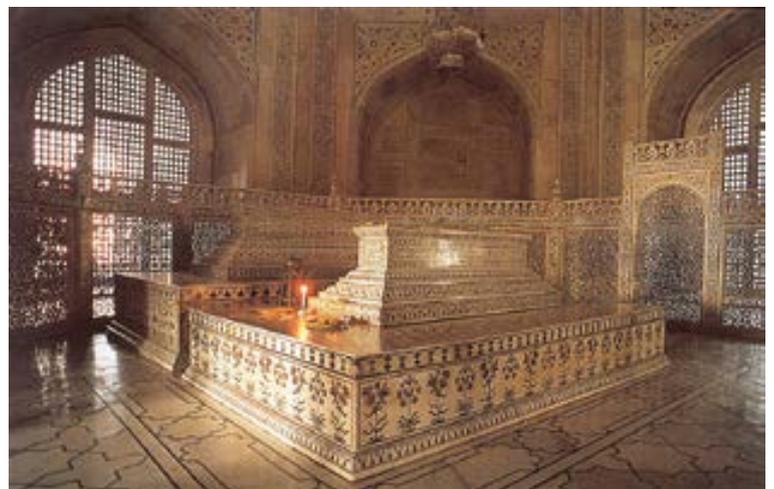
las construcciones y el desarrollo arquitectónico. No debe olvidarse que la India recibió, en tiempos de toda la dominación mogola, importantes aportes en las artes, se construyeron numerosas mezquitas, templos, palacios y residencias. Una de sus características fue la mayor influencia islámica que marcó las obras.

Si los especialistas tienden a resaltar el desarrollo arquitectónico, ésta no constituyó la única manifestación en la cual pueden encontrarse aportes. Es cierto

que en la pintura, los logros resultaron menos significativos, como consecuencia de cierto rechazo mogol por esa expresión artística, debido a concepciones religiosas musulmanas. Mas, la influencia persa y los pintores persas de la corte contribuyeron a dejar bellas obras con un trabajo de gran atención al detalle, de un rico colorido, con magno sentido de perspectiva y enfocados a la representación de la vida cortesana, la reproducción de los funcionarios, la vida campesina y esce-

La arquitectura durante el dominio mogol

Ejemplo del desarrollo arquitectónico durante el dominio mogol es la tumba construida por Akbar para su padre Humayun. Otras muestras: la mezquita Perla (la *Moti maskid*) o el *Diwan-i-Khas* de la época de Sha-Jean, famoso por el trono de pavo real, los mármoles de sus paredes con ricas filigranas y sus techos en oro, plata y mármol blanco con incrustaciones en colores.



Interior del Taj Mahal.



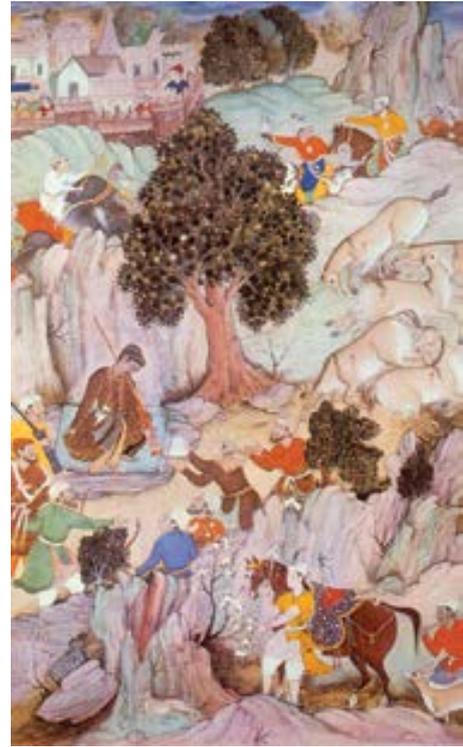
nas religiosas hindúes, todo lo cual nos demuestra que, a pesar de las reticencias religiosas, los mogoles no desecharon esa manifestación.

La literatura, muy influida por la religión, alcanzó su momento de mayor desarrollo entre los siglos XVII y XVIII, cuando los hindúes, como forma de afianzar su creencia frente a la imposición islámica, se dieron a una producción tendente a resaltar el renacimiento hindú. Sobresalieron, entre otros, Tulasi Das, destacado poeta autor de una versión hindú del *Ramayana*; en la lírica, Tkaram, famoso por sus poesías llevadas por él como trovador al pueblo y pronto cantadas para alabar a un solo Dios, mientras que Ramdas sobresalió como pensador religioso. Las bibliotecas, la proliferación de mecenas, profesores y alumnos coadyuvaban al enriquecimiento cultural.

Los años de gobierno de Sha-Jehan fueron de significativa prosperidad para la India; mas, al transcurrir el tiempo, comenzaron a reflejarse los primeros síntomas de decadencia, debido, en gran medida, a los costos de las campañas militares,



Monumento funerario de Humayun.



Jalaluddin Mohamed Akbar (1542-1605) con su séquito. Ilustración del *Ramayana*.

las derrotas en Asia Central y Afganistán, junto a los inmensos gastos en las construcciones, los cuales condujeron al incremento de los tributos e impuestos y originaron descontentos internos.

Sha-Jehan murió prisionero de uno de sus hijos, Aurangzeb, responsable de la guerra civil desatada contra sus hermanos por la sucesión al trono. A la dominación de éste (1658-1707) corresponde el período de decadencia de la dinastía mogol. Todo ello llevó a revueltas entre diversos grupos y poblaciones y, ya durante el siglo XVIII, la dinastía presenció la desintegración del Estado centralizado constituido por Akbar. Se creaban así las condiciones para la posterior dominación inglesa en la India.

CHINA Y LA DOMINACIÓN MANCHÚ: LA DINASTÍA QING

Hacia 1368, Zhu Yuanzhang había creado, en Nanjin, la dinastía Ming (1368-1644), período histórico durante el cual se restableció la organización burocrática tradicional del imperio y se fortaleció el

mandarinato mediante la restauración del sistema de exámenes imperiales. Se comenzó la construcción en Pekín (Beijing), en gran escala, de palacios y templos, y en 1421 trasladaron oficialmente la capital del

imperio hacia esa ciudad. Representó una época durante la cual la producción agrícola y la artesanía alcanzaron un notable desarrollo. Los Ming también establecieron el comercio con los europeos.

La llegada de los extranjeros a China con fines comerciales ocurrió en el siglo XVI y estuvo precedida por las malas referencias que los sultanes de Malaca —Estado vasallo de China— habían informado al imperio. Entre esas noticias estaban las comunicaciones acerca de los verdaderos propósitos de los portugueses, que, amparados en el comercio, planeaban la conquista; relataban además los métodos de penetración que habían empleado en el océano Índico. Por su parte, la Corte china estaba enterada de la piratería que practicaban los portugueses en mar abierto, pero, inicialmente, no tenía prejuicio alguno en contra de los extranjeros y estaba dispuesta a dar la “bienvenida al intercambio comercial”, confiada, además, en su gran poder. Esta predisposición y las reiteradas y engañosas disculpas de los portugueses, explican por qué, en 1557, se les permitiera usar un promontorio desértico, una diminuta península unida a tierra firme por un istmo, llamado *A-ma-cao* (hoy Macao), como lugar para desembarcar sus mercaderías y comerciar.

Los españoles fueron los siguientes en entrar en contacto con China. Habían

Escritura y fonética chinas

Los caracteres chinos constituyen uno de los sistemas de escritura más antiguos del mundo. El chino tiene muchos dialectos y modos de pronunciación distintos. En 1955, el gobierno chino estableció que la lengua nacional de China fuese el chino mandarín estándar, variedad lingüística basada en el dialecto septentrional y la pronunciación de Beijing. El chino es una lengua viva y vital; su vocabulario no sólo se ha enriquecido con vocablos pertenecientes a las lenguas de diversas etnias y con la asimilación de múltiples términos procedentes de lenguas extranjeras.

A los efectos de alcanzar una unificación en el vocabulario y teniendo en cuenta que el fenómeno de cambio en la escritura y la fonética es algo eminentemente contemporáneo y muy vinculado a procesos históricos de ruptura con viejos órdenes tradicionales, en el caso de la Historia Moderna hemos utilizado los nombres tal y como se traducían de acuerdo con su pronunciación en la época y son los que contienen los documentos. Por ejemplo, Pekín, Cantón, Fukian, Nankin, Shantung, serían en la contemporaneidad, Beijing, Guangdong, Fujian, Nanjing y Shandong.

llegado al archipiélago filipino a principios del siglo XVI, y para 1571, ya habían conquistado Filipinas y fundado Manila. Por medio de dos sacerdotes establecieron relaciones con las autoridades del sur de China y a fines del siglo se les permitió comerciar por el puerto de Cantón.



Imperio chino bajo la dinastía Qing.



Macao, *Cidade do Nomo de Deos na China*

Para los europeos, Macao había resultado la posesión más rica de Asia. Desde que, en 1556, la establecieron los portugueses, quienes subían por la costa de China siguiendo los pasos del santo misionero Francisco Javier. Con Macao como base, los jesuitas casi habían realizado milagros en favor de Dios Nuestro Señor, del rey de Portugal y del comercio portugués. *Cidade do Nomo de Deos na China*, llamaban a Macao, la Ciudad del Nombre de Dios en China, porque siempre había sido una ciudad santa. *A-ma-cao*, el nombre chino, dedicaba la península a *A-ma*, la diosa del mar, cuyo templo de rojos pilares se erguía junto a la playa. La posesión del único territorio bajo gobierno europeo en el continente del Extremo Oriente, garantizaba prácticamente el monopolio del lucrativo comercio con China. Asimismo, otorgaba el control exclusivo del mercado, aún más beneficioso, entre China y Japón, porque hacía mucho tiempo que la Corte imperial de Pekín había prohibido que sus súbditos comerciaran directamente con los japoneses.

Tanto el establecimiento de la factoría portuguesa de Macao, como el comercio español por Cantón, no rebasaron los límites de un intento por entablar relaciones diplomáticas formales y negociar con algunas mercancías.

Para el primer cuarto del siglo xvii, el poder portugués empezó a declinar, después que los holandeses los expulsaron de Amboina en 1605 y fueron excluyéndolos de las otras regiones del archipiélago indonesio. Hacia 1619, los holandeses establecieron una factoría en Jakarta, a la cual llamaron Batavia, con lo cual socavaron la autoridad portuguesa en los mares orientales. Las aspiraciones holandesas los llevaron a las puertas de Macao; al no poder desalojar a los portugueses, ocuparon la isla de Formosa, usándola como puerto intermediario para el desarrollo de sus relaciones con Japón y para el comercio. Los holandeses sólo pudieron consolidar su dominio colonial en Indonesia.

Los síntomas evidentes de la decadencia Ming se dejaban ver con la fragmentación del imperio, que, si bien no implicaban un tipo de colonización, presuponían una

presencia con ciertas prerrogativas para los extranjeros; pero la incapacidad y la corrupción de los últimos gobernantes Ming les impidieron frenarla. Haber dejado el poder, prácticamente, en manos de *eunucos* y *concubinas* agravó el desprestigio de la dinastía, el cual quedó lesionado de manera irreversible, provocando los desórdenes y las rebeliones; todo ello, unido a la desintegración del imperio, permitió a los manchúes ascender al poder.

En las postrimerías de la dinastía Ming, se había robustecido la etnia manchú, residente en el nordeste de China. Ésta, bajo la dirección de Nurhachi (1559-1626), emprendió su expansión hacia el sur. Los finales del siglo xv e inicios del xvi fueron testigos de los frecuentes enfrentamientos entre los chinos y los manchúes, quienes llegaron hasta Pekín (Beijing), tomada en 1644 por Li Tsen. En esas condiciones y frente al hecho del suicidio del último emperador Ming, quien prefirió la muerte antes que caer en las manos de Li Tsen, se decidió firmar la paz con el enemigo. En 1640 se venció la resistencia de Cantón y en 1683 se apoderaron de la isla de Formosa, completando de esa forma el proceso de dominación.

Así, tras tres generaciones, en 1644, los manchúes lograron crear la dinastía Qing (1644-1911) en China. Kangxi y Qianlong fueron dos de los emperadores más célebres del Imperio manchú y sus reinados suelen calificarse de *sociedad próspera de Kangxi-Qianlong*. Consolidaron el imperio, limitaron la expansión rusa al Amur, reconquistaron y asumieron de manera efectiva el control de Sinkiang e intervinieron enérgicamente en el Tibet, para establecer allí el dominio chino. En los 200 años siguientes, la autoridad manchú alcanzó desde las fronteras septentrionales de Corea hasta Cambodia y desde el Pacífico hasta el Himalaya y los montes Karakorum.

Su objetivo no consistía en llevar a la práctica grandes transformaciones. Hábilmente mantuvieron una continuidad, procurando asegurar el orden; factor favorable para consolidar un clima de

prosperidad. Eliminaron la vieja y amplia oligarquía de funcionarios y confiscaron sus extensos dominios territoriales. En los planos económico y social o en lo referido a la estructura interna del país tampoco ocurrieron significativos cambios, y, si bien ellos habían dominado por la fuerza, la cultura china logró imponerse y fueron asimilados por ella.

Los europeos hicieron intentos por establecer relaciones con el nuevo imperio, teniendo a su favor, haber prestado alguna ayuda a los manchúes. Estos contactos trataron de realizarlos los holandeses, quienes no sólo tropezaron con la indiferencia manchú, sino también con la animadversión de los misioneros católicos; a la sazón, consejeros de la dinastía en el poder. Tuvieron que conformarse con pequeñas dádivas.

Los ingleses también entraron en los mares chinos. Para entonces se habían creado, desde 1600, las compañías comerciales de las Indias Orientales, en Holanda, Inglaterra y Francia. Para 1619 se firmó un tratado anglo-holandés por el cual se decidían a ocupar una isla en algún lugar frente a la costa china y obligar a los juncos (tipo de embarcación) chinos a comerciar sólo con ellos. Este tratado fracasó cuando los holandeses, después de haber ocupado, con la ayuda inglesa, las islas Pescadores, procedieron a monopolizar el comercio.

Por medio de las guerras y la ocupación, los manchúes consiguieron controlar un extenso territorio y eso les facilitó expandir el comercio tanto por vías terrestres como marinas. Los intercambios con Japón, Insulindia y Filipinas fueron fructíferos en esos años. Independientemente, los portugueses y holandeses resultaron los más favorecidos hasta 1685, pero, al abrir China sus puertos al comercio con Europa, los portugueses no pudieron controlar el monopolio comercial como esperaban. Más tarde, en 1757, por

diversas razones —la principal, evitar la penetración de las ideas e influencias extrajeras, incluidas las religiosas, provenientes de los europeos—, el gobierno decidió cerrar los puertos y permitir el intercambio sólo a través del de Cantón y a partir de entonces, sus relaciones mercantiles fueron en lo fundamental con la Compañía de las Indias Orientales Británica.

Desde la etapa Ming, el cristianismo había penetrado en la sociedad china a través de los jesuitas; ya en época manchú, durante el reinado de Kangxi, alcanzaron su máxima ascendencia, logrando cierto sincretismo religioso a tal punto, que en 1692, mediante un edicto, el emperador proclamó la adoración por chinos y católicos de un mismo Dios. Esta situación se mantuvo hasta que por orden del papa Clemente XI se prohibió la continuación de la política sincrética de los jesuitas. Entonces, el emperador apartó a todos los misioneros, y los miembros de la Compañía de Jesús solamente pudieron mantenerse en la corte, pero como asesores y trabajadores en asuntos tecnológicos. Años más tarde, entre 1723-1735, durante el reinado de Yung-cheng, se les expulsó de la corte y se realizó una drástica persecución contra todos los cristianos.

Trataron de eliminarse dos viejas tradiciones. Por un lado, decretaron la prohibición del vendaje de los pies a las mujeres chinas, pero esa medida no pudo implantarse por la fuerza y se abolió.

Otra era la obligación para los hombres de utilizar ropa manchú y en símbolo de sumisión debían afeitarse la cabeza, dejando solamente una coleta; sin embargo, hubo de permitírseles ser enterrados con



Retrato de una concubina china de inicios del siglo XVIII. Su categoría social, condicionaba la elección de colores, telas y motivos decorativos.



Los pies vendados, símbolo de refinamiento y fetiche sexual debido a su deformación, exigían de un calzado arqueado sobre elevadas suelas, realizadas en madera, siendo el material del calzado sedas bordadas, apenas visibles bajo el largo de sus faldas.



El sueño de la cámara roja

También se conoce en español como *El sueño de las mansiones rojas* de Cao Xuequin. La obra, perteneciente al período manchú, tiene cierto carácter biográfico y narra la vida durante la adolescencia y juventud. Describe el complejo proceso de la prosperidad a la decadencia de una familia noble feudal. En ella queda muy claro el papel tan importante que desempeñaba la mujer dentro del hogar en China.

ropa Ming. En general, las costumbres no cambiaron mucho, pues los manchúes entendieron conveniente no ser conside-



El emperador Kangxi.

rados como extranjeros y ellos asimilaron la antigua tradición y cultura.

En el ámbito cultural, durante este período no se encuentran aportes significativos. La literatura sufrió cierto estancamiento, pues muchos de los intelectuales de la época Ming, en desacuerdo con la dominación manchú, marcharon a otras tierras como Japón, desde donde utilizaron sus escritos para criticar el sometimiento a la dinastía Qing. Ello contribuyó, en la práctica, a la desaparición de la antigua tradición novelesca Ming y sólo hasta mediados del siglo XVIII surge una novela de algún relieve: *El sueño de la cámara roja*, escrita por Cao Xuequin en un lenguaje no clásico.

No obstante lo antes señalado, durante la dinastía Qing, algunos géneros obtuvieron un mayor alcance; tal es el caso de las compilaciones de textos de los clásicos, la producción de tratados sobre geografía, botánica, matemáticas y otras ciencias, así como la elaboración de una enciclopedia. Inclusive, durante un corto período del siglo XVII, todo parecía indicar que se estaba gestando un nuevo florecimiento del pensamiento chino, pero lo frenó la intolerancia de la política imperial hacia la independencia intelectual. En los anteriores aspectos debe destacarse la curiosidad intelectual del emperador Kangxi, quien se interesó por dar a conocer la civilización y la cultura chinas a Occidente, a través de los misioneros europeos, que ocupados en la corte de Pekín se dedicaban a traducir las obras y de ese modo influir sobre el pensamiento y la civilización europeos, básicamente del siglo XVIII.

En la pintura y la cerámica se mantuvo, en gran medida, la vieja tradición, pero no se lograron importantes avances. El momento de las mejores pinturas se debe a los primeros años de la dominación Qing, cuando todavía la influencia Ming era muy fuerte. El principal aporte del período fue el experimento con los colores, el cual permitió la producción de jarrones policromados con predominio del gris o del azul, además de un pálido rosa en otros casos.

PARTICULARIDADES DEL FEUDALISMO JAPONÉS. EL SHOGUNATO TOKUGAWA

La creación del Estado japonés y su historia como una entidad política unificada, tienen para sus habitantes dos momentos diferentes y sujetos a interpretaciones distintas. La primera, basada en la leyenda, sitúa la ascensión del primer emperador en el año 600 a.n.e., fecha a la cual se arribó aplicando retrospectivamente el uso de un sistema de ciclos históricos importado desde China. La otra se brinda hoy día por los historiadores, quienes plantean las fechas de finales del siglo III e inicios del IV de n.e. como las del logro de la unidad política, apoyándose en las crónicas chinas contenidas en los *Wei chih*, compiladas antes del año 297 de n.e. Ellas contienen informaciones de funcionarios y mercaderes chinos que visitaron Japón en las cuales describen los centros de gobierno y mencionan el país de *Yamatai*, gobernado por una reina soltera llamada *Himiko*.

La religión, el *shinto*, actuó como un elemento estabilizador más de la estructura política del período Yamato (300-645). El jefe del linaje del sol, a través de la diosa Amateratsu, ofrecía protección a todo el país, mientras los jefes menores, gracias al poder de sus más localizados dioses, aseguraban la protección local. La importancia de las antiguas leyendas radicaba en atribuir al mundo espiritual una jerarquía de los *kami* en correspondencia con el orden sociopolítico surgido bajo la hegemonía Yamato. Esto reviste singular, significación, porque, durante los primeros años de ese período histórico, Japón desplegó su primer sistema político y definió su identidad cultural, los cuales han permanecido inalterados hasta los tiempos modernos.

Esa religión primitiva de Japón, el shinto, ha conservado una notable vitalidad, aunque en la actualidad recibe ese nombre una gran variedad de creencias y prácticas religiosas. En su acepción primitiva, el shinto estaba concebido de un modo sencillo y se hallaba directamente asociado a los esfuerzos de los japoneses para



Japón durante el período Tokugawa.

integrarse en su patria y en su comunidad social. Carecía de credo, de escrituras o de una metafísica desarrollada, y sus dos rasgos principales resultaban una creencia más bien ingenua en el efecto protector o pernicioso de los poderes sobrenaturales y una estrecha asociación con la comunidad

Surgimiento de Japón y sus leyendas

Las leyendas empiezan con el principio del cielo y de la tierra. De lo informe surgían dos divinidades, hermano y hermana, llamadas *Izanami* e *Izanagi*, que crearon las islas japonesas, cogiendo piezas de tierra como si estuvieran pescando. De inmediato nacen las divinidades de la "Llanura del Alto Cielo" (*Takamagahara*), una tierra más allá del océano y por encima del hábitat del hombre. Entre ellas está *Amateratsu Okami*, la diosa del Sol, y su hermano *Susa-no-wo-Mikoto*, un dios de las tempestades y la violencia. Estos dioses, unidos, originaron la próxima serie de divinidades que parecen ser los antepasados de los principales grupos de linajes, los cuales figurarán, más adelante, como participantes en la lucha por el poder en Japón. Aquí encontramos ejemplificadas las esenciales características de las leyendas japonesas en los largos e intrincados detalles genealógicos y en el color local regional que contienen.



El culto a Kami

Los fundamentos esenciales de la creencia shinto están en unos pocos elementos básicos y objetos sagrados. El culto se dirigía hacia Kami, traducido frecuentemente como dios, divinidad o espíritu; puede precisarse mejor como fuerzas espirituales localizadas de origen natural o humano.

Se creía que los kami (*Kamikaze*, viento divino) poseían poderes generalizados, habitualmente reducidos a las localidades o a tipos de actividades humanas específicas.

Los *uji-gami* eran humanos o totémicos progenitores de linajes y tenían poderes protectores sobre el *uji* y su territorio. Ciertos espíritus generalizados como *Irani* (espíritu del arroz) podían adorarse por todo el país.

Los kami también se manifestaban en ciertos objetos conocidos como *shintai* (cuerpos de kami), que estaban en la naturaleza; podían ser piedra, roca, río, montaña (tal es el caso del monte Fuji-yama) u objetos simbólicos, como el espejo o una tosca estatua, que se colocaban en altares. La señal de una *miya* o altar solía ser el *torii* o entrada simple.

social dentro del ámbito de la localidad o la familia. Los japoneses primitivos se enfrentaban, de manera directa y gozosa, con los espíritus desconocidos, y fortalecían, mediante el culto, sus más profundos sentimientos de unidad colectiva.

Hablar de los inicios del feudalismo en Japón presupone reflexionar brevemente acerca del término y exige una sucinta comparación entre las instituciones japonesas y las de la Europa medieval. La trans-



La lucha interclánica en el Japón feudal fue una expresión anterior al periodo Tokugawa.

ferencia del concepto europeo de *feudalismo* surge con el arribo de los occidentales a mediados del siglo XIX, quienes se sintieron profundamente impresionados con las semejanzas encontradas en Japón de aquellos tiempos y los conocimientos idealizados que tenían del feudalismo, conocido por ellos a través de sus estudios históricos. Ese concepto se ha empleado mucho de manera indiscriminada con posterioridad y ha generado grandes controversias entre los historiadores en lo referido a su adecuación para el caso nipón. La historiografía divide el proceso de gestación del feudalismo y su consolidación en tres períodos:

- *Período Kamakura (1185-1333)*, en el cual el poder militar y la costumbre feudal existían en equilibrio con los de la corte de Kyoto.

- *Período Muromachi o Ashigaka (1338-1573)*, durante el cual los bushi se apoderaron de los restos del sistema imperial y eliminaron la mayor parte de las propiedades de la corte.

- *Período Tokugawa (1603-1867)*, en el cual la clase de los samurai permaneció de manera ininterrumpida como dominadora del país, pero apoyándose cada vez más en los instrumentos de gobierno no feudales.

Las instituciones políticas desarrolladas por la aristocracia militar del siglo XIII en Japón, resultan bastante semejantes a las de la Europa feudal, de modo que el problema es, ante todo, semántico y de definición, porque un *modelo* de feudalismo cuidadosamente establecido puede aplicarse tanto a Japón como a Europa y para los historiadores interesados en los problemas teóricos y comparativos, la historia japonesa se hace en este punto especialmente importante dentro del contexto mundial. De una parte, las semejanzas pueden conducir a una concepción del feudalismo sólidamente fundada como fenómeno histórico general y, de otra, las diferencias encontradas ayudan a esclarecer divergencias fundamentales entre las culturas japonesa y europea.

En Japón, la nobleza civil dio paso a una aristocracia militar surgida de las capas inferiores de la antigua sociedad. A medida que emergía como nueva clase dirigente,

la aristocracia militar se distinguía por el hecho de tender a organizarse en grupos vinculados entre sí por pactos personales de armas. Dentro del grupo, la autoridad se ejercía entre señor (*tono*) y vasallo (*kenin*). En esa típica relación, el primero exigía el servicio del segundo y le recompensaba con el sustento en la forma de un feudo.

La difusión de estas costumbres particulares que identifican el síndrome feudal no ocurrió ni súbita ni uniformemente en todo Japón, ni tampoco hubo una brusca ruptura con el sistema imperial. El predominio de las costumbres feudales, identificadas con la ascensión de los *bushi* (*samurai*) al mando político y económico, sucedió, poco a poco, en el curso de muchos siglos.

Históricamente, *Kamakura* se considera como centro de nuevas instituciones y como ciudad de la clase de los samurai. Representó un importante giro en la historia japonesa. El equilibrio en la influencia político-cultural existente entre los dos centros de Kyoto y Kamakura, se valora como el rasgo más sobresaliente del siglo XIII.

Para esta fecha aparece el término de *bakufu* equivalente al de *shogunato* con una fuerza sin precedentes. Durante el período Kamakura, el emperador mongol Kublai decidió someter a Japón, pero los japoneses infligieron a los mongoles una de las pocas derrotas sufridas a lo largo de sus campañas.

Este lapso, al cual pudiéramos llamar la primera época feudal de Japón, constituyó un tiempo de profundo fervor religioso. En la corte de Kamakura se produjo una reacción contra el orden budista establecido, contra los conceptos esotéricos del *Tendai* y del *Shingon*, y contra las visiones jerárquicas de la vida mantenidas por las seis sectas de *Nara*.

Las nuevas sectas surgidas en el siglo XIII ponían la enseñanza budista al alcance de los más humildes legos y ofrecían a todos la posibilidad de salvación; conducían a una vulgarización de los dogmas budistas y a una liberalización de la doctrina a favor

Los *bushi*

La nobleza cortesana, los *bushi*, aparecieron en el siglo XI. Para entonces, funcionarios que se comprometían profesionalmente tanto al servicio militar como a la administración local. Comenzaron siendo un problema, cuando empezaron a desarrollar nuevos intereses y vínculos de asociación que se enfrentaban a la antigua estructura de poder y, en especial, al crear bandas (*to*) o partidas con intereses privados que entraban en conflicto con los de la corte. A la unión de estas bandas como grupos de familias suelen considerárseles *clanes*. *Bushido*: el camino del guerrero.

de unas expresiones de la fe más directas y emotivas.

Naturalmente, esas ideas religiosas, en torno a las cuales se organizaron las nuevas sectas, no resultaban originales de aquel tiempo. El despertar de Kamakura había tenido una larga preparación en los monasterios del período *Heian*, donde el culto de *Amida* y las técnicas de meditación del *Zen* eran muy conocidas. De esta forma convenimos en que lo sucedido durante el período Kamakura constituyó la transformación de las ideas mantenidas hasta entonces en el seno de las órdenes monásticas como doctrinas menores, en la base de sectas independientes por los nuevos jefes. Concretamente, lo más im-



Castillo Himiji, conocido como el Castillo de la Garza Blanca, hermoso ejemplo arquitectónico.



portante fue la difusión del budismo Zen, puente entre las remotas sectas populares y las órdenes monásticas más antiguas. Basado éste en las escuelas meditativas del budismo se había conocido en Japón desde el siglo VII, pero sólo en el siglo XII, dos sacerdotes tendai crearon sectas separadas, al margen de las órdenes tradicionales; se fundó el *Kenninji*, el primer templo exclusivamente dedicado a las prácticas del Zen, y se inició un movimiento que desembocaría en la creación de los Cinco Templos Oficiales (*Gozan*) en Kyoto y en Kamakura, y en la difusión del Zen sectario por todo Japón.

El Zen constituyó una secta reformista que rechazaba el ritualismo y el escolasticismo de las sectas más antiguas. El propósito de la meditación zen es retornar al conocimiento original de Buda por medio de la experiencia personal de la iluminación (*satori*), para alcanzarla debía someterse a una férrea disciplina espiritual y física que hace hincapié en la meditación —*zazen*— y en el estudio de problemas intelectualmente insolubles, siendo este último un



Máscara del teatro japonés. Sus actores solían cubrir el rostro con máscaras representativas, una de las cuales es ésta de dragón que data del siglo XVI.

medio de perturbar la confianza del individuo en el proceso mental. Tal vez, en el Zen se presenta más claro el contraste entre el comportamiento cristiano y el budista. El Zen creaba, por medio de la disciplina mental, hombres poseedores de autoconocimiento y autoconfianza. También producía individuos de acción y de fuerte carácter.

Puede afirmarse que durante el período final de Kamakura y en los siglos siguientes, el clero zen y la institución monástica zen desempeñaron un importantísimo papel en el estímulo de la cultura superior, refugio del saber y del arte en el mundo de los bushi.

La religión era la influencia dominante en las más altas conquistas culturales de la época. En literatura, arte, arquitectura, el budismo facilitaba el contenido. De esta rica época datan los relatos de batallas, conocidos como *gunki monogatari*, en los cuales los mensajes didácticos de inspiración budista se insertaban en narraciones dramáticas que describían las hazañas bélicas de los samurai. Los *Heike Monogatari* (*Relatos de la familia Hei*), creados a inicios del siglo XIII, resultaron los más famosos de aquellas obras. Hablaban así de la lucha entre los Taira y los Minamoto y, en especial, de la derrota final de los Taira y constituyeron una fuente de tramas para posteriores escritores japoneses, pero la mayor relevancia para la época en que se escribieron, consistía en su infraestructura de comentario budista acerca del comportamiento de la clase guerrera.

Uno de los aparentemente paradójicos y más fascinantes aspectos de la historia japonesa en los siglos XIV y XV, radica en que, a pesar de la inestabilidad del orden político, el país dio muestras, en general, de un notable desarrollo cultural y económico. Estos dos siglos sobresalen por crear las

El bakufu o shogunato en el relato

Los antecedentes del *bakufu* (shogunato) se encuentran en la lucha entre los Minamoto y los Taira que desató la Guerra Gempei entre 1180 y 1185. Esta guerra es parte de la historia romántica de Japón, la cual dio vida a importantes episodios heroicos. La imagen de los rudos guerreros de la llanura de Kanto, enfrentándose con los refinados Taira convertidos a las formas cortesanas, prestó cierto patetismo al relato de las hazañas de la lucha Gempei. La guerra causó una fuerte impresión en la imaginación japonesa y originó una literatura romántica —en especial, los *heike Monogatari*—, de la cual iba a surgir la versión idealizada del comportamiento de los bushi y numerosas narraciones que constituirían la base de los dramas para el teatro *kabuki* y *no*.

formas artísticas y haber aclarado los valores estéticos más admirados hasta hoy por los japoneses. Los mismos siglos vieron a Japón afirmarse como una gran potencia marítima en el Asia Oriental, bajo el impulso de una vigorosa expansión económica interna.

Algunos historiadores han tendido a exagerar la magnitud destructora del Estado predominante durante esos siglos, y han estado demasiado inclinados a suponer que la descentralización del poder político era necesariamente perjudicial para el país. Pero la descentralización resultó, sin dudas, uno de los factores contribuyentes al desarrollo cultural y económico de aquellos siglos. Bajo el auspicio de los *shugo*, Japón devino una economía con numerosos centros y fundó nuevas capitales culturales en las provincias más apartadas.

El florecimiento cultural Ashigaka, con su centro en las residencias del shogun en Kyoto, deviene resultado de tres factores principales: un producto de la fusión de las dos estructuras más importantes de la sociedad aristocrática, la civil y la militar; haberse nutrido de las nuevas influencias procedentes de China, y el reflejo de la flamante y más amplia función cultural desempeñada por los monasterios zen. Su significación histórica se deriva, ante todo, de estar impregnado de ciertas cualidades universales que sobrevivirían a lo largo de los siglos y continuarían siendo relevantes para las posteriores generaciones. Porque si bien el período Heian dio origen a un ideal aristocrático más absoluto, el modelo resultó inasequible en los siglos posteriores, pues se basaba en unas fuentes de riqueza, de prestigio y de ocio de las cuales sólo podía disponer la nobleza. El producto Ashigaka contenía elementos humanos comunes, totalmente asequibles a las siguientes generaciones y a todas las clases de la sociedad nipona.

En la época de los Ashigaka, y, en especial, después del establecimiento en China de la dinastía Ming, empezaron



La ceremonia del té, que tiene su origen en el acto de beber el té entre los monjes zen, se desarrolló como un complemento cultural de suma cortesía. Llegó a ser una moda entre la población de la clase alta y más adelante, también entre el pueblo.

a realizarse comunicaciones regulares entre ambos países. La aceptación, en 1401, por *Yoshimitsu* en su condición de “rey de Japón” de ser tributario del emperador Ming, resultó un hito en el desarrollo de esta comunicación regular y como consecuencia permitió a los ja-

Mentalidad y fe

En 1175 se funda la Secta de la Tierra Pura (*Jodo*), por Honen Shonin, inspirada en las antiguas enseñanzas de Genshin: el hombre no podía alcanzar la salvación por su propio esfuerzo (*jiriki*), sólo por el esfuerzo de otro (*tariki*). En su búsqueda de alivio al sufrimiento y de la mortalidad, el hombre sólo se salva por la fe en la promesa original de Buda. Esta fe se expresa repitiendo, con la máxima sinceridad, el nombre de Amida (*nembutsu*); no se necesitan templos, ni monasterios, ni rituales, ni clero.

Otra secta importante fue la del Loto (*Hokke*), fundada en 1253 por *Nichiren* (Loto de Sol), basada en el acto de fe, pero orientada hacia un objetivo distinto. Su enseñanza era de carácter belicoso, por lo que atacaba duramente a las otras sectas y acusaba al shogunato. Conocida más por *Nichiren* que por Loto, esta secta devino la más militante y nacionalista de las sectas budistas. A su nombre literal podría dársele el significado de budismo japonés.



Artes y ceremonia del té

Entre las artes y los pasatiempos del período de los Ashikaga, la ceremonia del té (*cha no-yu*) resulta fundamental para comprender otros elementos culturales.

Al inicio del período estaba muy en boga entre los miembros de la aristocracia bushi tomar el té como pasatiempo social, ceremonia que iba acompañada de un notable despliegue de adornos y accesorios, como tazas de cerámica y recipientes laqueados. Hacia el siglo XVI se convirtió en un pasatiempo estético semirreligioso, en el cual un pequeño grupo se reunía para tomar el té ritualmente preparado y para gozar de los objetos de arte que decoraban el retiro o que se usaban para servir la infusión. Esta ceremonia llegó a ser un vehículo de difusión de los gustos artísticos en una amplia variedad de campos, como la arquitectura, la pintura, la composición floral, la cerámica y la vajilla laqueada.

poneses volver a tener un conocimiento directo de la civilización china. El influjo resultó notabilísimo y, en cierta medida, esto puede explicar las cualidades más eclécticas y universales que dieron a las realizaciones de los Ashigaka su duradera vigencia histórica.

La manifestación artística más destacada del período Ashigaka fue la pintura. Implantaron el nuevo estilo monocromo, conocido como agua y tinta, que rehuía los colores vivos y concedía una gran importancia a la habilidad de la pincelada. La arquitectura también brilló por el empleo de maderas naturales y por la subordinación de la construcción al ambiente natural circundante.

Entre los estilos más sobresalientes, desde el punto de vista arquitectónico, está el llamado “estilo estudio”, el cual popularizó el uso del *tatami* para recubrir todo el suelo, y del *tokonoma* como una sala dedicada a la exhibición de los objetos artísticos. Los dos edificios más

famosos de la época son el Pabellón de Oro y el Pabellón de Plata, esencialmente torres-mirador desde las cuales podían contemplarse los jardines de agua, las rocas y los pinos, proyectados y realizados con grandes dispendios, para reconquistar el mundo de la naturaleza y sugerir a los espíritus meditativos la relación entre la naturaleza y el hombre. Respecto de los jardines de la época observaban el principio de condensar el mundo más amplio en los límites controlados de un espacio a medida del hombre.

Otra de las mayores expresiones artísticas participante de la grandiosidad de la vida social, era la forma dramática conocida como *nô-kyogen*. El *no* consistía en representaciones dramáticas de carácter serio y religioso y el *kyogen*, intermedios cómicos; constituían el núcleo de los grandes espectáculos con que el shogun y los *shugo* obsequiaban a sus huéspedes. El *no*, de inspiración fundamentalmente shintoísta y amidista, fue perfeccionándose con la atmósfera cortesana del Zen.

Durante el siglo XVI, la historia de Japón recoge la ascensión del señor feudal — *daimyo*— y la conformación de su señorío en un pequeño principado, donde ejercía un control absoluto. En este período, registrado como *Sengoku* o estado de guerra, la inquietud política generó cambios sociales y políticos que parecían oponerse a los intentos de consolidación del *daimyo*.

Entre 1540 y 1640, en Japón se origina el llamado “siglo cristiano”, esa denominación encierra cierta presunción por parte de Occidente. El cristianismo se introdujo para entonces y resulta

posible que, para el XVII, entre sus seguidores alcanzara cerca del 2 % de la población del país.

Es un siglo de aproximación entre Europa y Japón. La nueva creencia operó, por encima de todo, en el ámbito de la dinámica interna de los gigantescos esfuerzos de Japón dirigi-



Tetera decorada con paisaje usada en la ceremonia del té.

dos a la reunificación del país y a la reforma de sus instituciones fundamentales en el aspecto social y económico. Precisamente en estos dos siglos, el XVI y XVII, Asia Oriental fue testigo de los primeros contactos amplios de los europeos con los chinos, en un contexto histórico muy diferente al del oeste del siglo XIX.

Entre los siglos XVI y XVII se desarrolló una gran vitalidad de la actividad misionera y, en 1540, se fundó la Compañía de Jesús; época en la cual se encontraba predicando Francisco Javier (1506-1552), quien sentó las bases del mayor éxito en la labor de apostolado alcanzado por los jesuitas en toda Asia. Estos misioneros eran hombres ilustrados, quienes llevaban el conocimiento de una nueva civilización y detrás de sí el comercio, razón por la cual los daimyo del sur no tardaron en adoptar la nueva religión.



Ukiyo-E, estilo de pintura creado por Moronobu Hishikawa por el año 1681. Ésta del actor Omiji Otani la pintó Sharaku Toshusai a fines del siglo XVIII.

A medida que la oleada de unificación y consolidación se extendía por todo el país, empezaban a desaparecer las condiciones de apertura que habían acogido a los comerciantes y misioneros occidentales. En función de lograr la centralización del poder en manos de la familia gobernante y teniendo en cuenta las experiencias de intromisión de los misioneros en los asuntos internos de otros países donde se habían establecido, en 1587 se prohíbe el cristianismo y realza las religiones filosóficas tradicionales. A

partir de 1612, las autoridades *Tokugawa* extirparon la posibilidad de los jesuitas de poder tener negocios y la autoridad central, recientemente establecida, prohibió a los daimyo de Kyushu enriquecerse por medio del comercio. Para 1640, ya Japón había adoptado una rígida política de aislamiento nacional.



Revoluciones burguesas



Las revoluciones burguesas



Las revoluciones burguesas



Algunos historiadores califican el período de 1789 a 1848 como la era de las revoluciones, para analizar las transformaciones económicas, políticas, sociales, culturales, científicas, entre otras, que acontecieron con la Revolución francesa, los movimientos independentistas en América, la Revolución industrial inglesa, la oleada revolucionaria del 30 y las revoluciones del 48. No es menos cierto que algunos historiadores acostumbran delimitar el inicio de la época moderna con la Revolución burguesa francesa, para otros, ella dio origen a la era contemporánea, pero ya desde el siglo XVI se había llevado a cabo la Revolución en los Países Bajos, y, en el XVII, en Inglaterra hubo de acontecer la revolución burguesa y tuvo lugar la Guerra de Independencia de las Trece Colonias, una forma también de revolución que contribuyó a acelerar el desarrollo capitalista en ese territorio; por eso, hemos decidido incluirlas antes y junto al estudio de la Revolución francesa, lo que posibilitará hacer las necesarias comparaciones.

El estudio de las revoluciones burguesas, tanto la inglesa como la francesa, ha tenido diversas interpretaciones, según las posiciones asumidas por los historiadores.

La tradicional historiografía liberal (*whigs*) considera la Revolución inglesa como un proceso conducido en contra de

la política opresiva del rey por los representantes más destacados y preclaros del Parlamento, quienes supieron aprovechar las deficiencias e incapacidad del monarca para realizar un proceso progresista. Los defensores de la orientación más conservadora, los historiadores de la tendencia *tory*, de posiciones realista, afirman que la política de la monarquía no fue en absoluto tiránica y, por el contrario, el rey trató de proteger a la población contra la explotación del sector capitalista de los comerciantes puritanos, negándole un carácter progresista o revolucionario a la revolución. Tampoco faltan quienes quieren ver en la revolución un conflicto religioso, valorándola como una revolución puritana. También hay quienes la llaman guerra civil, mientras otros, al golpe de Estado de 1688 lo llaman la Revolución Gloriosa.

Un grupo de reconocidas figuras como Perry Anderson, Tom Nair, Edward Palmer Thompson y Eric Hobsbawm, no opinan siempre igual, entre los propios historiadores marxistas hay diferencias. Unos la consideran como un enfrentamiento entre dos clases propietarias de la tierra que llevó a una revolución capitalista extremadamente lograda, pero que dejó intacta casi toda la estructura social. Para otros se consiguió el cambio de la estructura más importante al modificar una institución sustancial, la monarquía; lo que sí condujo a una trans-



formación tanto en la estructura como en la superestructura. Dentro de esa línea, algunos estiman que no puede analizarse y entenderse su verdadero significado como revolución burguesa, si no se deponen las comparaciones con el modelo francés.

En cuanto a la Revolución francesa, los historiadores de la orientación atlántica parten de la idea desarrollada por Robert R. Palmer y por el francés J. Godechot sobre la formación de una civilización atlántica a partir del siglo XVIII, occidental y democrática, en la cual la Revolución francesa solamente constituyó el acontecimiento más notable. Para otros como F. Furet y D. Richet, la revolución sólo fue una convergencia casual de movimientos

heterogéneos y le niegan el carácter de confrontación clasista. Hay quienes no dejan de valorar la etapa jacobina como un resbalón, como algo totalmente innecesario; para ello se ubican en lo que Fernand Braudel denominó la corta duración, con lo cual se le resta significación.

Otro grupo de importantes historiadores, como el inglés Christopher Hill, el francés Albert Soboul o el ruso A. Manfred, entre otros, han procurado demostrar que ambas revoluciones fueron grandes movimientos sociales encabezados por la burguesía con el apoyo de los sectores populares de la ciudad y el campo, para derribar el antiguo régimen feudal, establecer el poder de la burguesía y dar paso al capitalismo.

LA REVOLUCIÓN EN LOS PAÍSES BAJOS

La revolución burguesa (1566) ocurrida en los Países Bajos —actuales Bélgica y Holanda— fue, para muchos historiadores, un antecedente o prototipo —como dijera Carlos Marx— de la de 1640 en Inglaterra, y ésta a su vez de la de 1789 en Francia. Puede afirmarse que esos territorios, some-

tidos entonces al Estado español, hicieron una revolución que combinó la lucha de la burguesía contra el feudalismo con la guerra de liberación nacional.

En aquellos momentos no constituían propiamente un Estado centralizado, habían sido una posesión de los duques de Borgoña desde finales de la Edad Media, estaban formados por 17 provincias o ciudades con diferentes niveles de desarrollo, diversidad económica y distintas características, que recibió Maximiliano de Austria (Habsburgo) por su matrimonio con María de Borgoña. Los Países Bajos —y, en especial, la ciudad de Amberes— eran un gran poderío comercial y financiero de relevancia para los intereses de la monarquía española. El trigo báltico llegaba a España a través de esta plaza, que constituía a la vez el centro de distribución de las lanas de Castilla. Además, se erigía en uno de los ejes fundamentales del comercio con las Indias. Contaban también con un importante potencial naval. Poseían grandes astilleros donde se desarrolló un nuevo tipo de embarcación para transportar la mercancía. Eran buques conocidos como *fluit* o flibote, con una amplia capacidad de carga, hechos de maderas ligeras, lo cual les posibilitaba una transportación mayor

Formación de gildas o hansas y desarrollo de los Países Bajos

En los referidos territorios, desde época anticipada, “de un comercio local se había pasado a un comercio regional mucho más amplio y poderoso (...)

”Así las gildas o hansas se convirtieron en compañías o ligas de comerciantes donde se agrupaban los mercaderes más ricos, que poseían acciones en las mismas (...)

”Estas ligas se formaron en las zonas de más desarrollo y tráfico comercial de Europa (...)

”En la zona norte (...) Era en el puerto de Brujas donde se reunían los más ricos mercaderes de la época y donde se concentraba la mayor actividad comercial (...)

”En la zona del norte, los mercaderes de las mayores ciudades formaron una asociación: la Liga Hanseática. Los objetivos de esta (...) eran asegurar el monopolio comercial, el dominio de los precios y la extensión de las operaciones a áreas más lejanas. Los mercaderes de la Liga controlaban la mayor parte del comercio europeo, incluyendo Inglaterra”.

Constantino Torres y Victoria Martínez: *Historia de la Edad Media*.

de mercancías con una tripulación mucho más reducida que los otros barcos de la época. Estaban preparados para navegar en mar abierto, poseían velas cuadradas, posibilitándoles un mayor impulso con los vientos y mayor velocidad de traslación. Ello les facilitaba abaratar el precio de las mercancías e imponer una competencia difícil de igualar por otros Estados. Establecieron, además, un sistema de participación en empresas mercantiles al cual acudieron múltiples inversiones de pequeños accionistas interesados en la actividad comercial.

Carlos V de Alemania y I de España, nieto de Maximiliano, los heredó y de esa manera pasaron a formar parte de su amplio imperio. Fue un período de constantes guerras y enfrentamientos por los dominios territoriales y de luchas religiosas, incluida la Guerra de los Treinta Años. Precisamente en esos años, los calvinistas se introdujeron e hicieron

fuertes en las siete provincias del norte, de desarrollo capitalista, mientras que las del sur eran básicamente católicas y fieles a la corona. La vastedad del imperio obligaba al monarca a constantes pactos para frenar los diversos ataques; esto lo llevaba, unas veces, a alianzas con los protestantes alemanes y otras, a aceptar las decisiones papales. Era, pues, una época convulsa, cuando delicado de salud el monarca (1555-1556) abdicó a favor de su hijo Felipe II, quien hubo de asimilarlas como posesiones españolas. Éste se encontró con un territorio que, desde épocas tempranas, había enfrentado serias contradicciones con la Corona hispana. Mientras, en la Península ibérica, el feudalismo mantenía sus instituciones económicas y políticas propias y primaba la religión católica, ya en estos países habían hecho su aparición las embrionarias relaciones capitalistas de producción.



Principales puertos y ciudades comerciales del Norte.



El duque de Alba se encargó de imponer el catolicismo y derrotar a los sublevados. Sus acciones incrementaron el descontento de los insurrectos.

En esas condiciones, el nuevo soberano pretendió establecer un poder absoluto favorable a España, pero contrario principalmente a los intereses de una burguesía capitalista y demandante de libertad comercial, de las provincias septentrionales. Además, para imponer la religión católica hizo uso de la Inquisición.

Al verse Felipe II precisado a retornar a España, al frente de las provincias dejó al

duque de Alba, quien estableció el Tribunal de los Tumultos o Tribunal de Sangre, para vencer la resistencia calvinista y llegó a ejecutar a los principales sublevados; entre ellos, algunos nobles como los condes Egmont y Horn. A lo anterior se sumaba la crisis económica, debida al incremento de los gastos de España, la cual condujo a la bancarrota de 1557, por lo cual el rey del país ibérico impuso nuevas regulaciones a los neerlandeses que causaron el lógico malestar.

Al morir Luis de Requesens, sucesor del duque de Alba (1576), se originó un vacío de poder que propició en ese mismo año (el 4 de noviembre) un violento saqueo de la ciudad de Amberes. Esto motivó que católicos y calvinistas, las ciudades del norte y del sur, incluida la nobleza, se unieran mediante la Pacificación de Gante (1576) en una rebelión general frente al ejército español. Si bien en las 10 provincias del sur, el catolicismo primaba, tampoco estaba ausente el deseo de independencia, incrementado por los desmanes de los soldados españoles, aunque con posterioridad se reconciliaron con España mediante las hábiles gestiones de Alejandro Farnesio, uno de los mejores diplomáticos de la época y destacado militar.

Ante la actitud del sur, las provincias del norte se unen, en 1579, por el Tratado de Utrecht, en la llamada Confederación de Siete Provincias Unidas de los Países Bajos o Unión de Utrecht, declarándose independientes en 1581, para continuar como un Estado burgués, protestante y liberal, en torno a la persona de Guillermo de Orange, quien había fungido de líder de los burgueses calvinistas del norte; mientras, el sur formó la Unión de Arras y el gobernador Alejandro Farnesio estableció la reconciliación con España, que las reconquistó con posterioridad. En el Tratado de Arras se reconocía la total autoridad de Felipe II, con lo cual el sur de los Países Bajos quedó formando parte de los dominios españoles.

Las provincias del norte continuaron la guerra, empleando como principal escenario el mar y oportunamente coin-

Las revueltas

La zona tenía una situación política compleja, y ello dio lugar a una serie de revueltas con la particularidad de que en cada una, de manera simultánea e independiente, primaron intereses sociales, económicos e ideológicos. Estas revueltas sucedían, en ocasiones, al mismo tiempo o en momentos distintos; otras veces se fundían en un movimiento único, pero siempre tenían el objetivo común de la defensa de los privilegios locales, frente a lo que los neerlandeses estimaban la intromisión de los intentos de poder autoritario y absolutista de un extranjero, Felipe II.

cidieron con los intereses de Inglaterra, lo que coadyuvó a profundizar aún más la ya extenuada posición de España. En 1596, Inglaterra y Francia firmaron la Coalición de Greenwich, con las provincias del norte para debilitar la posición española en el plano internacional. El monarca español, obligado además a intervenir en la guerra religiosa en Francia para ayudar a la Liga Católica, desvió los ejércitos españoles hacia el país galo, lo que le dio un impase a la contienda. Antes de morir entregó los Países Bajos a su hija Isabel Clara Eugenia, quien se casó con el austríaco, archiduque Alberto de Habsburgo, lo que implicó el práctico reconocimiento de la independencia de los territorios del norte. Un nuevo monarca en el trono español, Felipe III, (1598-1621) firmó (9 de abril de 1609, en Amberes) la Tregua de los Doce Años. En 1648 se reconoció de manera oficial la independencia de las Provincias Unidas, que años más tarde empezarían a conocerse por Holanda.

La lucha por la independencia y la defensa de los intereses de la burguesía, se desarrolló a través de un doloroso, largo y costoso enfrentamiento durante la Guerra de Flandes, —denominada también la Guerra de los Países Bajos—, que enfrentó esos territorios contra la monarquía hispánica desde 1566 y en la cual el país hispano perdió gran parte de sus tropas. No obstante, a pesar de sus particularidades y limitaciones, puede decirse que con la revolución en los Países Bajos las relaciones capitalistas lograron establecerse y triunfar en los principales centros urbanos. En el campo, el proceso resultó mucho más lento, persistiendo la pequeña hacienda, y se mantuvieron las relaciones feudales en aquellas zonas donde ni la aparcería ni el arrendamiento se habían desarrollado debido a que la revolución sólo confiscó las tierras de los nobles emigrados y de la Iglesia católica que eran pocas; sin embargo, al ser vendidas, en ellas prosperaron las formas de producción capitalista. En el orden político, el poder quedó en manos de una oligarquía comercial en alianza con



El príncipe Guillermo de Orange, nacido en Nassau, Alemania (1533), heredero del principado de Orange en Francia, como líder de la rebelde burguesía contribuyó al avance de la Revolución holandesa.

la nobleza que marginó a la burguesía revolucionaria. Fue la primera revolución social de la burguesía europea, cuya particularidad consistió en acontecer en la etapa del capitalismo mercantil-manufactureiro, cuando aún las clases fundamentales del nuevo sistema no habían adquirido su madurez plena.

La revolución no sólo se había adelantado un siglo en tiempo, sino también en contenido al triunfar una revolución burguesa de carácter calvinista y liberal en lo económico, que proclamó una constitución que consagraría el parlamentarismo y la monarquía constitucional.



El pintor Teniers supo reflejar el bienestar y las costumbres de la sociedad holandesa en este excelente cuadro.



LA REVOLUCIÓN BURGUESA INGLESA

En el siglo XVII, el absolutismo monárquico resultó un freno al desarrollo del capitalismo en Inglaterra. A partir de aquellos momentos, el descontento de una parte importante de la nobleza no cortesana y de la burguesía, se hace cada vez más patente, pues mediante sus representantes en el Parlamento, éstas combatían la política reaccionaria del absolutismo. Con Carlos I (1625-1649), rey de Inglaterra y Escocia, las contradicciones se hicieron más tensas. Éste disolvió el Parlamento y gobernó solo durante 12 años. La situación fue agudizándose por los años de 1640, porque, junto a los más diversos problemas internos que enfrentaban tanto la burguesía como parte de la nobleza y que abarcaban el ámbito de lo económico, lo político, lo social, los intereses clasistas, lo religioso, lo ideológico

y hasta las tradiciones y mentalidades, se unieron los conflictos con Escocia.

Al mismo tiempo, la corona también trató de extender su política absolutista y la religión anglicana a la región de Escocia (al norte del país), tradicionalmente calvinista, la cual había ganado una relativa independencia política con respecto a la Corona inglesa. La política absolutista de la corona y los gastos desmedidos de la corte, imponían medidas que tendían a frenar el desarrollo de las actividades mercantiles, lo que trajo como consecuencia una crisis en las finanzas reales. Además, la situación económica del país —debido al alza de los precios, a la depreciación de los salarios, a la desposesión de los campesinos, a la ruina de los artesanos, entre otros factores— provocaba frecuentes insurrecciones campesinas y urbanas de naturaleza local que amenazaban con extenderse a todo el país. Los movimientos aún tenían un carácter espontáneo, pero constituían el germen de una mentalidad revolucionaria desarrollada más tarde.

Por otra parte, los escoceses, alarmados por la política de la Corona inglesa, que amenazaba sus libertades religiosas al tratar de imponer el anglicanismo en esa región tradicionalmente calvinista, decidieron invadir el territorio inglés (1639), con el fin de obligar al rey a desistir de sus intentos. La Corona inglesa necesitó organizar un ejército capaz de enfrentarse a la invasión escocesa, pero su situación financiera no se lo permitía; por tal razón, se vio obligada a convocar en 1640 al Parlamento largo —denominado así por haber tenido una duración de 12 años—, con el fin de obtener su apoyo para establecer nuevos impuestos. La burguesía, a pesar de haber tenido representación en el Parlamento, había estado marginada de la vida política del país y, en cierta medida, también la nobleza parlamentaria. Carlos I sólo contaba con la nobleza cortesana y con aquella parte de la burguesía favorecida económicamente por el monarca. En ese tiempo, en la burguesía

La Gran Protesta o Acta de Peticiones del Parlamento

Dentro del Parlamento, el abogado John Pym fue el cabecilla de las peticiones y obtuvo por una minoría de sólo 11 votos a favor la aprobación de las Grandes Demandas.

- Abolición de las instituciones creadas arbitrariamente por el rey.
- La renuncia del rey a sus monopolios y rentas ilegales.
- Anulación de los privilegios del episcopado.
- Eliminación de la facultad del rey para disolver el Parlamento.
- Convocatoria del Parlamento cada tres años.
- Enjuiciamiento por el rey del consejero Strafford y de monseñor Laud.

Thomas Wentworth, conde de Strafford, fue consejero real y lord teniente de Irlanda, donde formó un fuerte ejército papista. Unido esto a su brutal política le ganó la enemistad del Parlamento. Monseñor Laud, arzobispo de Canterbury, era el jefe de la Iglesia bajo el reinado de Carlos I. Se ocupó de instaurar el anglicanismo oficial e impuso férrea vigilancia al clero, penas fiscales y separación de cargos. El rey no tuvo más remedio que acceder a estas peticiones y firmar el Acta. Se le aplicó la sentencia a Strafford y a Laud. El primero fue ejecutado en 1641 y el segundo, en 1645.

y en la nobleza se habían ido desarrollando nuevas inquietudes, aspiraciones y descontentos, originando el surgimiento de concepciones revolucionarias moderadas, puestas de manifiesto cuando aprovecharon la difícil situación atravesada por la corona para exigirle, mediante la Gran Protesta (1641), el control por el Parlamento del ejército, las finanzas y la Iglesia; ello significaba ponerle fin al absolutismo, al verse forzado el rey a compartir el poder con la nobleza y la burguesía. Sin otro remedio, la monarquía se vio obligada a acceder a las demandas, pero simultáneamente comenzó a conspirar, pues estaba convencida de la débil unidad dentro del Parlamento.

En las anteriores condiciones se desató la primera guerra civil entre la corona y el Parlamento (1642-1646). El rey contaba con el apoyo de los anglicanos, los católicos, los campesinos de casi todo el país, la alta aristocracia, la pequeña nobleza campesina o *gentry* y las ciudades del norte y oeste, donde era pobre la influencia del capitalismo mercantil-manufacturero. El Parlamento tenía el favor de la ciudad de Londres, de la burguesía, los marinos, la *gentry* del sur y del este, de los puritanos, los “independientes” o *win-the-war*, quienes tenían como divisa ganar la guerra como una solución frente a los transigentes y los “sectarios” representantes de la masa pobre del pueblo con una actitud decidida y moral en el ejército. Las fuerzas del monarca se denominaban “los caballeros” y las del Parlamento, “los cabeza redonda” por haberse cortado el cabello a rape, tratando de mostrar una postura opuesta a los primeros.

El ejército del rey Carlos I empezó a avanzar y a obtener las primeras victorias, pero, en 1644, las fuerzas revolucionarias, a punto de ser derrotadas completamente por las tropas realistas, fueron vencidas en Marston Moor por las tropas aliadas; sobre todo, debido a la acción del único regimiento de caballería —en aquel tiempo, la forma más moderna y, por ende, más eficaz de organizar el ejército— con el cual contaba el



Carlos I.

Parlamento. Este regimiento de caballería estaba dirigido por un oficial, Oliverio Cromwell (1599-1658), perteneciente a la *gentry* y puritano. Desde entonces, el Parlamento le entregó la responsabilidad de reorganizar el ejército.

Ante la derrota sufrida, Carlos I estuvo precisado a huir hacia el norte, región más atrasada del país; donde contaba con el apoyo de los grandes terratenientes feudales, facilitándosele organizar un ejército



Cuadro del pintor inglés Charles Landseer. En él se reflejan los preparativos de la primera batalla importante entre las tropas de Carlos I y el Parlamento, efectuada en Edgehill, el 23 de octubre de 1642, en la cual las tropas reales sufrieron las mayores pérdidas.



¿Guerra religiosa o lucha clasista?

La situación no era sólo y precisamente la lucha ideológica del puritanismo contra el anglicanismo, el problema resultaba mucho más profundo y complejo:

“La cuestión era de poder político. La burguesía había repudiado el gobierno de Carlos, no porque fuese un hombre malo, sino porque representaba un sistema social obsoleto. Su gobierno trató de perpetuar un orden social feudalista, cuando existían condiciones para el libre desarrollo capitalista, cuando el aumento de la riqueza nacional no podía venir sino por medio del libre desarrollo capitalista. Un párroco del siglo xvii describió el alineamiento partidista del siguiente modo: ‘Contra el Rey, las leyes y la religión, se unían los comerciantes pobres, ciudadanos quebrados venidos a menos, mujeres ilusas y beatas, el populacho que no sabía por qué se unía (...) sastres, zapateros, pajes de hacha, etc.; de parte del Rey (...) todos los obispos del país, todos los diáconos (...) hombres instruidos (...) todos los príncipes (...) todos los caballeros y grandes señores (...)’

”La política de Carlos a lo largo de todo su reinado ilustra la base clasista de su gobierno (...)

”El ataque parlamentario demostraba que la oposición se había dado cuenta que estaba peleando contra algo más que unos cuantos consejeros malvados (...) aun contra algo más que el mismo Rey. La pelea era contra un sistema”.

Christopher Hill: *La Revolución inglesa*.

e iniciar una larga guerra contra los sectores que sustentaban las posiciones más progresistas. El país quedó dividido entre el norte, donde dominaban las fuerzas de la reacción en representación de la monarquía, y el sudeste dominado por las fuerzas revolucionarias.

En el proceso revolucionario de la lucha contra el absolutismo y las tendencias feudales, los distintos sectores sociales impulsados por la burguesía y los artesanos de la ciudad, desempeñaron importantes y diferentes papeles. El campesinado no ejerció un papel realmente significativo. La burguesía y la nueva nobleza, que contaban con mayor poder económico, se convirtieron en las clases dirigentes de la revolución, pero dentro de éstas existían diversos grupos con intereses particulares. Esta situación ha conducido a algunos historiadores a opinar que la Revolución

inglesa fue burguesa, no tanto por el papel desempeñado por la burguesía, como por sus resultados.

La gran burguesía y buena parte de la burguesía media aspiraban a proseguir las significativas transformaciones agrarias e industriales, para poder producir con formas capitalistas. La gran burguesía agraria había venido desposeyendo a los campesinos de sus tierras, para reunir sus parcelas, cercarlas y crear granjas dedicadas a producir pastos para las ovejas, aplicando métodos capitalistas. Como se recordará, desde el siglo xiv —ver tomo I “Los albores del capitalismo. Acumulación en Inglaterra”— dentro de la nobleza se formó un grupo, luego llamado “nueva nobleza”, que fue adquiriendo costumbres y tendencias más bien burguesas que feudales; conocían perfectamente el valor del dinero, de la producción de tipo capitalista y se dedicaron a aumentar las rentas de sus tierras, sustituyendo a cientos de pequeños arrendatarios por rebaños de ovejas. En el siglo xvi ya constituían un importante sector dentro de la sociedad inglesa, deseoso de eliminar, para su mayor desarrollo, las limitaciones impuestas por la monarquía.

La burguesía manufacturera ambicionaba crear talleres, donde poder producir mayor cantidad de mercancías y a más bajo costo. La pequeña burguesía —tanto agraria como industrial— que se sentía perjudicada por la competencia de las granjas capitalistas y de la manufactura, demandaba seguridad para la pequeña propiedad; por ende, se oponía a las transformaciones a que aspiraba la gran burguesía.

Lógicamente, esta desigual competencia aceleraba la ruina del pequeño productor. Por tanto, los elementos pequeño-burgueses —rurales y urbanos— no podían estar de acuerdo con los intereses de la burguesía agroexportadora que propugnaba la producción en gran escala para el mercado.

Los campesinos que lograron permanecer en el campo después de los sucesivos cercamientos y desahucios, eran, en su mayoría, arrendatarios de parcelas y se veían obligados a pagar una elevada renta; razón

por la cual demandaban, principalmente, se aboliese la renta y se les reconociera como verdaderos propietarios de su parcela. Además, se oponían a los cercamientos y manifestaban su inconformidad por medio de levantamientos locales contra los terratenientes.

Los elementos desposeídos de sus medios de producción, bien por la vía de los cercados o por la competencia ruinosa y que atravesaban una situación de miseria e inseguridad, reclamaban la entrega de alguna parcela de tierra que les permitiera trabajar y producir lo indispensable para la subsistencia familiar.

En conclusión, las aspiraciones de la nueva nobleza, de la pequeña burguesía, del campesinado y de los asalariados, no coincidían, en general, con los intereses de la burguesía mercantil-manufacturera. Mas, secundaron a esta última porque tenían un enemigo común contra el cual luchaban: el absolutismo monárquico, que contaba con el apoyo de la nobleza feudal y el clero de la Iglesia anglicana, quienes poseían tierras donde aplicaban formas feudales de explotación y, por ende, eran opuestos a todo cambio.

Ni la nobleza (mayoría en el Parlamento) ni la burguesía, en general, eran antimonárquicas y no pretendían con su acción derribar a la monarquía. Solamente aspiraba a someterla a sus intereses, obligándola a compartir el poder con el Parlamento, donde ya estaba representado un grupo de burgueses. De ese modo, el absolutismo monárquico sería eliminado, y las reformas planteadas podrían realizarse. No obstante, una mayoría de la aristocracia y de la burguesía conservadora, mantuvo una actitud vacilante y moderada dentro del proceso revolucionario, pues temía una quiebra del orden existente, por eso prefería un entendimiento pacífico con el rey a la derrota total de éste.

Para 1645, la tendencia de los jefes aristocráticos del ejército de dilatar la contienda, había creado malestar entre las clases contribuyentes, pues ello ayudaba a incrementar el costo de la guerra. Por esas

Costo de las vacilaciones en la revolución

La actitud vacilante de la nobleza y parte de la burguesía, originó divisiones dentro de la institución parlamentaria y posibilitó que el ejército contrarrevolucionario realista pudiera asestarle algunas derrotas al ejército del Parlamento organizado a la vieja manera feudal, pues no se había adoptado medida alguna para modernizarlo. Por esa razón desaprovecharon la oportunidad para contar, no sólo con los recursos económicos de Londres, sino también con la experiencia administrativa de la burguesía y con el apoyo y decisión del pueblo.

razones, las medidas democratizadoras se hacían evidentes para poder triunfar sobre las huestes del rey, las cuales poseían mayor entrenamiento y experiencia. En esas condiciones, Cromwell logró que a todos los integrantes del Parlamento se exigiese, mediante el Estatuto de la Abnegación,



Oliverio Cromwell, inglés de religión puritana, se destacó por su actividad en el ejército. Luego de la ejecución del monarca gobernó la república; obtuvo el título de Lord Protector en 1653; lo conservó hasta su muerte.



la deposición de sus cargos.

Cromwell había organizado el nuevo ejército reclutando a campesinos poseedores de pequeñas tenencias y a artesanos acomodados que sustentaban, por lo general, la ideología puritana y de tendencia democrática. Pudo eliminar, en ese momento, la costumbre de que únicamente los nobles pudiesen alcanzar el grado de oficiales; desde entonces, sólo los méritos podían justificar los ascensos; eso, lógicamente, constituía un estímulo para los soldados que peleaban conscientes del importante papel que desempeñaban en aquella lucha. Este ejército recibió el nombre de *Nuevo Modelo* y, pronto, habría de destacarse por su gran organización y combatividad. En esas condiciones fue capaz de derrotar a las huestes del rey.

El triunfo de las fuerzas revolucionarias en Naseby (1645), debido al papel decisivo del ejército Nuevo Modelo, dio gran prestigio a Cromwell y determinó le fuera asignado el mando del ejército. Pero Cromwell no sólo se hizo líder militar, apoyándose en las tropas, sino también líder político e ideológico-religioso. Una vez vencido, el



Disolución del Parlamento por Oliverio Cromwell, 19 de abril de 1653.

rey Carlos I se rindió en 1646 a las huestes de Escocia adonde había huido, pero fue vendido por éstos, en 1647, al Parlamento inglés en 400 000 libras.

Estando el monarca en cautiverio, los puritanos moderados comenzaron a negociar con él. El objetivo era

liberarse del ejército, dirigido por Cromwell, enviándolo a Irlanda sin pagarle sus salarios. En estos años tampoco se habían alcanzado las reformas sociales esperadas, el Parlamento sólo se había limitado, prácticamente, a abolir las restricciones de la propiedad feudal; así, la burguesía y la nueva nobleza —nuevos propietarios de las tierras feudales— transformaron sus posesiones en propiedad privada capitalista. Se confiscaron las tierras del rey y de la Iglesia; casi en su totalidad pasaron a la burguesía y a la nueva nobleza, quienes pudieron adquirir grandes lotes a precios muy bajos. Sólo una pequeña parte de las tierras confiscadas se revendió a los campesinos, pero a un precio tres veces mayor que el original. Esa situación lleva a Cromwell a pensar en la disolución del llamado Parlamento Rabadilla.



Cromwell en la batalla de Naseby, Charles Landseer, 1851.



Se abolieron empréstitos y recaudaciones en beneficio del rey. Sin embargo, en las tierras de la burguesía y de la nueva nobleza, los campesinos seguían trabajando bajo una dependencia feudal, pues no resultaron liberados por el Parlamento; por ende, una parte del campesinado continuó sometido a formas feudales de explotación, mientras no fueron expulsados del campo.

Los campesinos, la media y pequeña burguesía manifestaban su inconformidad con la política agraria y con la posición conservadora de la burguesía, que no realizaba reforma democrática alguna. El ejército Nuevo Modelo, integrado en esencia por campesinos, pequeños propietarios y artesanos de la ciudad, empezó a discrepar de la política moderada de la burguesía y llegó a convertirse, de hecho, en un gran partido político; en cuyas asambleas, la masa de los soldados discutía democráticamente los problemas candentes de la revolución, ganando así gran prestigio en el pueblo.

La preocupación de los sectores antes señalados los llevó a iniciar un movimiento democrático que penetró ideológicamente en el ejército. La aspiración fundamental era aprobar leyes que eliminasen la posibilidad del enriquecimiento de un limitado grupo de burgueses a costa de la ruina de la mayoría de los pequeños productores. Los *levellers* (*niveladores*) consideraban que la clase propietaria requería mantenerse toda al mismo nivel, para ello debía evitarse el desarrollo de la producción en gran escala, ya en la granja, en el taller manufacturero, etcétera, cuya competencia causaba la ruina de los pequeños productores. El movimiento democrático de la pequeña burguesía recibió el nombre de nivelador y empezó a exigir, ante todo, la abolición de la monarquía y la proclamación de la república, la participación en el Parlamento de los distintos sectores de la clase propietaria—inclusive, la pequeña burguesía—, la abolición de la práctica agraria de los cercados, el sufragio universal, la separación de la Iglesia del Estado, la eliminación del diezmo y la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. Las demandas de los

La purga de Pride en la novelística cubana

El Premio Nacional de Literatura, el cubano Lisandro Otero, en su obra *Temporada de ángeles*, hace referencia a la depuración del Parlamento Rabadilla mediante la purga de Pride: “Ya levantada la mañana comenzaron a llegar los primeros diputados y se enfrentaron al coronel Pride (...) Pride fue discriminando a quienes intentaban entrar, apartando a los presbiterianos, a los moderados y a todo aquel que no fuese incondicional partidario del Nuevo Ejército Modelo (...) Norton vitupereaba a Cromwell. ¿La purga de Pride? Como siempre, el Teniente General se apareció dos días después fingiéndose inocente (...) cuando era evidente que el *coup d' état* era un acierto con perspectivas. Cromwell no sabía, Cromwell nunca supo nada que no le conveniese saber (...) Naturalmente, Cromwell aprobó lo hecho cuando ya estaba consolidado”.

niveladores eran democráticas, pues tenían como objetivo beneficiar a los pequeños propietarios amenazados por la ruina y, en cierta medida, a los desposeídos de aquella sociedad, aunque se olvidaron de los campesinos.

Si se llevaban a cabo ciertas medidas—por ejemplo, la prohibición de los cercados—, se impedía la creación de granjas capitalistas, lo que acarrearía el estancamiento económico de Inglaterra, que en aquel momento marchaba ya por la vía capitalista.

Lógicamente, el sector de la burguesía que tenía en sus manos el poder político, no estaba dispuesto a acceder a esas demandas democráticas por ser contrarias a sus intereses. La revolución resultó radical desde el punto de vista económico, al eliminar las trabas feudales y abrir los puertos al comercio capitalista, entre otras medidas; pero conservadora en lo político. La gran burguesía comprendió que, en aquel momento, no podía prescindir del ejército Nuevo Modelo, pues el rey Carlos I había organizado de nuevo sus huestes y se aprestaba a luchar contra la revolución burguesa. Por esa razón se vio precisada a acceder a cumplir algunas de las demandas, para no perder el apoyo de las fuerzas militares de Cromwell y de las



El problema de la propiedad de la tierra

“La revolución confirmó un derecho, no a la nueva propiedad sino a la propiedad que ya existía, un derecho que se hallaba amenazado por las exacciones arbitrarias de la monarquía, y que no gozaba de una sanción segura en la ideología autoritaria (...) Pero una vez iniciada la revolución, apareció una amenaza a la propiedad completamente diferente, que provenía de la izquierda *leveller*. El famoso arranque de Ireton (...) prefigura el acuerdo de 1688. Y ese acuerdo no indica cierto lugar a medio camino entre el ‘feudalismo’ y el ‘capitalismo’, ni cierto ajuste de intereses entre una tenaz superestructura feudal y una base capitalista embrionaria, sino un acuerdo exquisitamente ajustado al equilibrio de fuerzas sociales que existía en aquel momento (...)

”Los beneficiarios del acuerdo eran precisamente aquellos que estaban representados en el Parlamento, a saber: los hombres con propiedades considerables y, en particular, con propiedades territoriales”.

E. Thompson: “Las particularidades del inglés”, en *Las particularidades del inglés y otros ensayos*.

masas populares. El ejército y el Parlamento lograron lo que algunos han llamado una “unidad entre rivales” frente a la amenaza de las tropas reales, pues los grandes oficiales pretendían reducir las demandas de los soldados a lo político y propiamente militar.

El elemento presbiteriano dentro del Parlamento no era confiable para los soldados, sobre todo para los denominados

agitadores, pues estaban seguros que tratarían de llegar a un acuerdo con el rey sin reconocimiento al ejército. En esas condiciones se mandó capturar al monarca, quien más tarde pudo escapar.

En noviembre de 1647, los grandes de la ciudad del Condado de Ware impidieron el intento de los niveladores de apoderarse del Parlamento, lo cual ayudó a que ocurriera la desintegración de la Junta Militar, creada ese mismo año, y en la cual estaban representados, con similares derechos para abordar los problemas políticos, los delegados de los soldados y los oficiales.

Reanudadas las hostilidades por la contraofensiva realista, en 1648 se inició la segunda guerra civil. Frente a las anteriores condiciones, Cromwell logró unir el ejército bajo su mando. Muy pronto, el rey cayó prisionero de las fuerzas revolucionarias. Aunque la dirigencia burguesa trató de salvarlo, se vio obligada a condenarlo a muerte, debido a la presión de las masas que demandaban ese castigo ejemplar.

En 1649, el rey fue decapitado y se revocó la Cámara de los Lores, manteniéndose la de los Comunes —sólo hasta 1660 volvieron a sesionar las dos cámaras—; esto significó la abolición de la monarquía en Inglaterra. En su lugar se proclamó la república. Mas, los desposeídos siguieron sin representación en el Parlamento y la burguesía no realizó verdaderas reformas democráticas. La política económica de la burguesía republicana empezó a despertar el descontento del pueblo y permitió a éste comprobar cómo la lucha contra la reacción feudal solamente se había librado con el fin de barrer los obstáculos que impedían el desarrollo de la burguesía y la nueva nobleza.

Producto de la inconformidad de las masas con el curso de la revolución, entre el campesinado sin posesiones agrarias surgió otro movimiento que reclamaba a la revolución la necesidad de tierras. Por sus objetivos, el movimiento recibió el nombre de *diggers* (*cavadores*), porque cavaban pacíficamente y ponían en producción



Pintura de Eugène Lami que plasma el traslado del rey al castillo de Carisbrooke, última morada antes de ser enjuiciado.



aquellos predios del Estado o comunales sin cultivar.

Como primera cuestión, los cavadores planteaban la necesidad de realizar una reforma agraria que eliminase la propiedad privada de la tierra y la entregara, de forma gratuita, a los trabajadores, estableciendo así una especie de comunismo agrario. Por esa vía se resolvería la situación de los jornaleros agrícolas. Planteaban la socialización de la tierra, porque necesitaban producir para obtener los medios de consumo indispensables para su familia. En esa época, los campesinos desposeían la tierra debido a los cercados y se convertían en proletarios, lo cual creaba entre ellos disgusto y rebeldía, pues preferían tener su propia parcela para cultivar lo necesario para subsistir.

Los cavadores creían que por medios pacíficos podrían apoderarse de las tierras baldías y de las comunales, es decir, no resultaba necesario aplicar la violencia revolucionaria; pero entonces eran expulsados por la fuerza de éstas, aun cuando ya hubiesen cultivado algo en ellas. Vemos cómo en la época de la revolución burguesa surgen dos movimientos democráticos: el de los niveladores que defendían la pequeña propiedad privada, ya agraria o industrial, y el de los cavadores, para quienes la propiedad no debía existir, la tierra debía pertenecer a los trabajadores y expropiarse por medios pacíficos. La existencia de esas grandes diferencias no permitió su unión en un gran movimiento que obligase, a la dirigencia burguesa de la revolución, cumplir las demandas más profundas que el pueblo necesitaba para mejorar sus condiciones de vida. La posición de los niveladores sostenía, de hecho, al régimen capitalista.

Las acusaciones de los cavadores (1649) iban en contra de los intereses de los caballeros y los curas, quienes recurrieron al ejército para eliminar el movimiento. Cromwell utilizó a los soldados de la tendencia de los niveladores para combatir a los cavadores. Una vez aniquilado el movimiento de los cavadores, los niveladores

Esencia de las demandas de los *diggers*

Uno de los adalides de los *diggers*, Gerrard Winstanley, expresó así las demandas esencialmente económicas del movimiento: “El hombre más pobre tiene derecho a ser dueño de su tierra, como lo tiene el más rico.

”(...) Los pobres se lamentan de su servidumbre, de estar sumidos en la pobreza por sus propios hermanos, en una tierra donde hay tanto, que es suficiente para todos (...) Todos hablan de libertad, pero son pocos los que luchan por la libertad, y estos pocos que luchan por ella se ven oprimidos por los que hablan y profesan verbalmente la libertad (...) se ve claramente que si nos dejan hablar, haremos añicos las viejas leyes y probaremos que los que las mantienen son hipócritas y traidores a la República de Inglaterra”.

Christopher Hill: *La Revolución inglesa*.

quedaron solos. Por una parte, se distanciaron de las masas pobres del campo y, por otra, la república no les satisfacía. La burguesía decidió eliminar también el movimiento de los niveladores y determinó desarrollar toda una política contraria a los intereses de la pequeña burguesía, con el fin de provocar a los niveladores que no contaban ya con suficiente apoyo popular, para enfrentarse a la dirigencia burguesa de la revolución, pues habían servido de instrumento para aplastar al movimiento de los cavadores, el más popular de la época. Los niveladores se sublevaron contra Cromwell y éste pudo, entonces, aplastar por la fuerza la insurrección y ordenar la ejecución de sus principales líderes.

La burguesía y la nueva nobleza, dueñas de la situación, se dispusieron a realizar una serie de transformaciones muy importantes para el desarrollo del capitalismo. Desde entonces, las masas populares fueron marginadas de la vida política del país, sin recibir los beneficios económicos esperados; pues las nuevas medidas, por el contrario, aceleraban su proletarianización. Durante todo el proceso, los sectores dirigentes se habían visto precisados a aprobar una serie de demandas democráticas de las masas, debido a la necesidad que habían



Transformaciones capitalistas en el campo

Para entender completamente el proceso inglés resulta necesario tomar en consideración las particularidades de las transformaciones de tipo capitalista ocurridas en el campo. Al respecto, el historiador George Rudé destacaba: “En lugar del antiguo señor del feudo, el *squire* o terrateniente gobernaba en la aldea, era miembro del tribunal del condado, designaba al pastor de la Iglesia de Inglaterra, arrendaba tierras al arrendatario y, como él, empleaba el trabajo asalariado de los obreros rurales (...) El comerciante también poseía tierras en la aldea y se sentaba junto al terrateniente en el Parlamento, donde ambos daban prueba de sus intereses básicamente comunes al votar mancomunadamente *Acts of Enclosure* (o Leyes de Cercados de Tierra), subsidios y *Corn Laws* (o Leyes de Cereales), derechos de peaje y de portazgo, Leyes de Milicia y medidas contra el contrabando y defendiendo la Ley de Pobres (...) y las leyes de afianzamiento para la mejor vigilancia y control de los pobres”.

George Rudé: “La revuelta campesina inglesa en el siglo XVIII”, en *Lecturas sobre temas de Historia Moderna*, Primera parte.

tenido de su apoyo en la lucha contra la reacción realista; pero una vez derrotada la reacción y eliminados los dos movimientos: nivelador y cavadador, pudieron desarrollar una política económica favorable a sus intereses.

A pesar de la eliminación de los movimientos populares, el descontento de los sectores más humildes de la población siguió manifestándose aun dentro del propio ejército Nuevo Modelo, en el cual siguió predominando una tendencia radical democrática por parte de los soldados. También en el pueblo, como en el ejército, se mantenía viva la inquietud revolucionaria. La dirigencia burguesa se dispuso a buscar los métodos para aplastar totalmente esta inquietud. Los más peligrosos resultaban quienes sostenían la impaciencia revolucionaria dentro del ejército, pues éstos tenían disciplina y organización.

Cromwell puso en práctica una serie de medidas económicas. Creó una poderosa marina de guerra, importante factor para ejecutar los planes de expansión colonial.

La marina inglesa, por ser superior a la de otros países, se consideró como “La reina de los mares”. También aprobó una ley de navegación (1651) que establecía la prohibición a todo buque extranjero transportar mercancías a Inglaterra y a sus colonias que no fueran de su propio país. Un buque holandés sólo podía transportar a Inglaterra y sus colonias mercancías holandesas.

La ley tenía la finalidad de proteger a la marina mercante inglesa de la competencia extranjera; sobre todo, de la holandesa, la más poderosa del mundo hasta ese momento, y constituía un fuerte golpe a Holanda, que basaba gran parte de su riqueza en el comercio oceánico. Por eso, tan pronto se puso en vigor la Ley de Navegación, se agudizó la rivalidad con Holanda, de cuyo transporte marino los comerciantes ingleses habían dependido durante muchos años; esa rivalidad ocasionó una guerra entre ambos países (1652-1654) que culminó con la victoria inglesa.

Aunque desde 1640 se habían abolido los monopolios estatales y el control real de la industria, la eliminación de otras trabas y el desarrollo comercial posibilitaban la creación de nuevos talleres manufactureros. De igual modo se decretó la legalización de los cercados; política agraria realizada hasta esos momentos de forma ilegal. A la vez, se aceleró la creación de grandes haciendas capitalistas, lo cual trajo como consecuencia el incremento de la producción agraria. Desde entonces, Inglaterra contó con mayor cantidad de alimentos y de materias primas para el mercado. Con estas medidas se trataba de asegurar el desarrollo ulterior del capitalismo inglés.

El Protectorado

Las distintas manifestaciones de descontento y la situación creada, al no quererse disolver el Parlamento Rabadilla, para dar paso a una asamblea permanente, condujeron a la supresión de la república en 1653 y se estableció una dictadura militar; se nombró a Oliverio Cromwell Lord Protector con carácter vitalicio. Lord Protector, porque la

principal finalidad de su dictadura consistía en proteger los intereses de la burguesía.

Además de no poder contar con la monarquía, Cromwell y el ejército debieron enfrentar el descontento de una gran parte de la población, porque eran realistas o simpatizantes del Parlamento, aparte de encontrarse agotados con las guerras. Él había defendido la libertad y la democracia; era de esperarse que conservara el Parlamento y convocara a nuevas elecciones, pero ello representaba un peligro; pues estaba seguro que como primera medida él podría ser eliminado junto con su política. Entonces, el Lord Protector se propuso dos nuevas tareas para asegurar su posición y limitar el poder de ciertos sectores dentro del ejército —principalmente, de la pequeña burguesía—, la conquista o “pacificación” de Irlanda y el sometimiento de Escocia.

Los escoceses que eran presbiterianos no aceptaban al ejército inglés y no estaban dispuestos a someterse. Además, Escocia reconocía al joven de 19 años, Carlos II Estuardo, como rey. En 1650, el monarca arribó a las costas de Inglaterra y penetró con sus tropas, entonces fue derrotado, teniendo que escapar a Holanda; entonces Cromwell decidió la pacificación de Escocia. Resultaba un paso necesario para impedir que la restauración del Antiguo Régimen pudiera provenir de los escoceses.

Su empeño por frenar las aspiraciones del ejército, lo condujo al enfrentamiento con la colonia inglesa de Irlanda, tomando como pretexto los problemas religiosos. Los irlandeses eran católicos y, según el rumor difundido, constituían un peligro para la religión protestante. Frente a la anterior situación se planeó la invasión de la isla y se prometió a los soldados entregarles las tierras de los campesinos irlandeses, a quienes ya se les había hecho ver como enemigos religiosos. En 1649, Cromwell había empezado su lucha de rapiña por someter a la isla, bravamente defendida por el pueblo irlandés. Los campesinos irlandeses fueron víctimas de la más cruel masacre, los acuchillaban, los colgaban, les quemaban sus casas y las mujeres y niños

Vida cotidiana durante el Protectorado

La vida se volvió más austera, dejaron de verse los bailes y las fiestas, se suspendieron las peleas de gallo y de osos, las tabernas cerraban, así como los teatros.

El domingo era día de absoluta tranquilidad, sólo rota por la asistencia a la iglesia vestidos con un atuendo lo más sencillo posible, haciendo dejación del lujo y belleza. El resto del día debía dedicarse a rezar y leer la *Biblia* u otros textos sagrados, ni siquiera a los niños se les permitía jugar. Las fiestas de Navidad y la Semana Santa dejaron de celebrarse.

Las personas tendían a aburrirse dado lo limitado de las distracciones y debían cuidar como se expresaban. La libertad de expresión estaba menguada, pues no podían hacerse manifestaciones en contra del lord o de su ejército.

eran arrebatados y llevados por la fuerza a los territorios de Norteamérica, donde se vendían como esclavos. Se robaron las tierras de los campesinos, las cuales pasaron, en gran parte, a manos de los lores y de la burguesía, pues los soldados necesitados de dinero se vieron obligados a vender muchas de las tierras que les correspondieron. Así logró desviar a los soldados del camino de la revolución y disolver el ejército. Además representó una victoria imperial de Inglaterra.

Aunque mediante su dictadura, Cromwell pudo apaciguar, en parte, los brotes revolucionarios que proliferaban por todo el país, en realidad no pudo eliminarlos de raíz. Por esa razón, la burguesía manifestaba su inquietud ante la inseguridad política existente y comenzó a inclinarse hacia una alianza con la vieja clase derrotada, con el fin de fortalecer su dominio político frente a la tendencia democrática del pueblo. En 1658 murió el Lord Protector y lo sucedió su hijo Ricardo. Incapacitado para conti-



Carlos II de Inglaterra.

nuar la política de su padre, renunció a los pocos meses. Desde Holanda, el príncipe Carlos II había expresado su aceptación de gobernar con el Parlamento, fue así como la burguesía y la vieja clase terrateniente derrotada acordaron restaurar la monarquía en 1660. La forma monárquica de gobierno constituía una garantía mayor para su poder político que la republicana, pues la segunda, a pesar de no haber realmente una participación del pueblo, obligaba a que existiese cierta libertad política.

La restaurada monarquía, lejos de poseer un carácter absolutista, tendría que compartir el poder con el Parlamento,

La diplomacia de los vínculos familiares

Una práctica frecuente de la época resultó la utilización de los vínculos familiares como forma de diplomacia. Por ese medio se concertaron enlaces matrimoniales y se determinaron líneas de sucesión.

En Inglaterra, Carlos I se había casado con Enriqueta María (1609-1669), hija de Enrique IV de Francia y hermana de Luis XIII, y Carlos II se vinculó a esa nación y al catolicismo al casarse su hermana Enriqueta con el duque de Orleans, hermano de Luis XIV. Además, Carlos II se casó con Catalina de Braganza, de Portugal, hija de Juan IV.

ahora con sus dos cámaras. El Parlamento detentaría el control económico, financiero, judicial y militar del Estado. En primer término, la monarquía debía respetar y mantener las conquistas burguesas del período revolucionario, y su primordial función sería tratar de eliminar todo intento revolucionario que brotara de las masas populares, mediante la aplicación de una política represiva.

No obstante, los nuevos monarcas, Carlos II y su hermano Jacobo II, quien lo sucedió en el trono, hijos del decapitado rey Carlos I y ambos de la dinastía de los Estuardo, olvidaron enseguida las experiencias vividas por una revolución, que se había realizado precisamente para eliminar



El rey Carlos II en Londres, obra de Dirk Stoop.

el carácter absolutista de la monarquía, y empezaron a poner en práctica una política tendente a restablecer su despotismo. Para ello contaban con el apoyo del rey Luis XIV de Francia, país que rivalizaba con mayor fuerza con Inglaterra y, por ende, estaba interesado en perjudicar a la burguesía inglesa. En esos momentos se delinearon con mayor claridad los partidos políticos ingleses —los whigs y los tories—, según sus tendencias ya definidas durante la guerra civil. El partido Whig defendía la supremacía del Parlamento sobre el monarca y estaba apoyado por los representantes de los crecientes intereses mercantiles e industriales británicos, la pequeña nobleza con tierras pero sin títulos y algunos grupos protestantes. Se oponía al Tory, representante de la aristocracia terrateniente, defensor de los intereses agrícolas y de la Iglesia anglicana.

Por ejemplo, Jacobo II decidió rebajar las tarifas arancelarias a las importaciones de las manufacturas francesas, haciéndole competencia a la industria nacional; eso, lógicamente, perjudicaba la manufactura inglesa. Además, la monarquía intentó restablecer el catolicismo como religión oficial del Estado, serio peligro para la clase burguesa; tanto desde el punto de vista ideológico como económico, pues ella disfrutaba de una gran parte de las tierras expropiadas a la Iglesia católica por la corona en el siglo XVI.

Entonces, en la burguesía creció la preocupación no sólo por la posibilidad de una restauración del absolutismo, sino también ante la eventualidad del resurgimiento de una lucha interna en la cual el pueblo tuviese una mayor participación a la detentada en el proceso revolucionario iniciado en 1640. La política reaccionaria y represiva de los nuevos monarcas había intensificado el descontento del pueblo, el cual manifestaba su inconformidad por medio de levantamientos urbanos y agrarios, haciendo inestable la situación política del país y entorpeciendo el normal desenvolvimiento de las distintas actividades mercantiles.



Jacobo II de Inglaterra.

Por otra parte, los elementos monárquicos, envalentonados por las tendencias absolutistas del rey, comenzaron a desatar una ola de terror, no sólo contra los sectores demócratas del pueblo, sino hasta contra la propia burguesía, porque desde el Parlamento expresaba su inconformidad con la política llevada a cabo por el rey. La burguesía, motivada por el temor del regreso al absolutismo y de un levantamiento popular contra la reacción que provocase una revolución, se vio precisada a destronar a Jacobo II, pero sin eliminar la monarquía.

Se elaboró un plan que permitiría el logro de sus objetivos, sin la necesidad de dar a conocer a las masas populares la debilidad del poder central. Decidieron ofrecer el trono al esposo de la hija del rey Jacobo II, Guillermo II de Orange. Éste, además de los vínculos familiares que lo unían a Jacobo II, era el *estatúder* —jefe o magistrado supremo— de Holanda, lo cual posibilitaba, de esa forma, la alianza de la burguesía inglesa con la burguesía holandesa contra Francia, principal competidor de Inglaterra en esos momentos. En noviembre de 1688, la flota de Guillermo de Orange, con una gran fuerza expedicionaria, salió para Inglaterra. Por su parte, Jacobo II no había pensado renunciar, tampoco contaba con



La cultura y la ciencia en esos años

Con Carlos II se había impulsado el desarrollo de la ciencia y se avanzó en las investigaciones de la física y la matemática, sobre todo. Una figura destacada lo fue el matemático, físico y filósofo Isaac Newton. Realizó relevantes aportes a la astronomía y estableció las leyes de la gravitación universal.

Si bien este período no fue el de mayor esplendor, en la literatura se destacó John Milton, autor del poema *El paraíso perdido*. La pintura, como el grabado, pudieron reflejar los acontecimientos como en la obra de Edwin Landseer o en la pintura de la Inglaterra del siglo XVII o en el grabado representando escena de la guerra.

suficientes fuerzas para enfrentar la lucha y se vio forzado a huir, debido al golpe de Estado ejecutado a cabo por la dirigencia Whig. En febrero de 1689, Guillermo II de Orange y su esposa María Estuardo fueron coronados reyes de Inglaterra.

Para evitar que se repitiese el desafortunado intento de volver al absolutismo, la burguesía parlamentaria obligó a los nuevos reyes a firmar un contrato en el cual se comprometían, entre otras reclamaciones, a gobernar el país respetando



Guillermo II de Orange.

la constitución, a prescindir de tener un ejército permanente propio, a no cobrar impuestos sin la autorización del Parlamento. De no cumplir estos acuerdos, Guillermo II podría ser destituido por el Parlamento. Producto de la alianza entre la burguesía y la nobleza se estableció una monarquía constitucional. A partir de la muerte de María Estuardo, Guillermo II gobernó en solitario.

La manera de producirse el cambio, sin mediar la violencia, provocó denominar este hecho concreto, por algunos historiadores, como la *Revolución Gloriosa*. Así, el proceso de canje de la monarquía con pretensiones absolutistas de Jacobo II hacia una monarquía constitucional, no devino, en modo alguno, una verdadera revolución, pues no se originaron nuevas transformaciones estructurales diferentes a las ya alcanzadas.

La mayoría de las tierras confiscadas a la corona, a los señores feudales y a la Iglesia anglicana, se adquirió por la burguesía y la nueva nobleza. Esos poseedores hicieron más productivas sus tierras con la aplicación de métodos capitalistas de producción. En la industria también se observaron cambios fundamentales, que aceleraron el desarrollo del comercio. Con la revolución, los campesinos poco ganaron y, en la medida en que avanzaba el capitalismo, éstos fueron perdiendo las tierras que les quedaban y se convirtieron en proletarios.

Como bien han señalado algunos estudiosos, la revolución sólo fue la confrontación entre dos clases poseedoras de la tierra; por consiguiente, constituyó un enfrentamiento dentro y no entre clases el cual permitió deshacer los obstáculos feudales, institucionales o jurídicos. Lo logrado resultó la transformación básicamente de los terratenientes en una clase capitalista. Fue, por tanto, una revolución burguesa que se alcanzó dejando algunos aspectos de la estructura social con cambios prácticamente limitados, éste no fue el caso de la monarquía al eliminarse su poder absoluto y dar lugar al capitalismo con una burguesía terrateniente en distin-

tos niveles, pero presente en el Parlamento. También se obtuvo la eliminación del feudalismo en función de la producción capitalista.

El triunfo de la revolución burguesa en Inglaterra tuvo significación al acelerar el desarrollo del capitalismo y de las relaciones mercantiles con otros Estados. La victoria de la Revolución inglesa resultó posible, en gran medida, por la decisiva participación del ejército Nuevo Modelo y por el apoyo brindado, en determinados momentos, por el artesanado de la ciudad, aunque su dirección estuvo en manos de la burguesía.

Una de las consecuencias más importante de la revolución burguesa en Inglaterra, fue las transformaciones económicas que permitieron el desarrollo de las formas capitalistas de producción. Todo esto, unido a las demandas del mercado mundial, propició y, a la vez, exigió un desarrollo de la técnica que permitiera aumentar la productividad del trabajo; con ese fin empezaron a realizarse diversos experimentos para mejorar las tecnologías existentes. Las primigenias invenciones y máquinas se obtuvieron desde la primera mitad del siglo XVIII y se aplicaban, en la mayoría de los casos, a la industria textil algodonera. Sólo hasta la segunda mitad de este siglo, cuando las invenciones técnicas se multiplicaron y dieron lugar a una verdadera transformación de la industria manual en industria mecanizada.

La burguesía y la nobleza, dueñas ya del poder político, comenzaron a adoptar medidas para posibilitar el desarrollo del capitalismo: la eliminación del control real de la industria, contribuyendo así al incremento de los talleres manufactureros. Legalizó la política agraria de los cercados, lo cual facilitó la consolidación de granjas capitalistas. Creó una poderosa marina de guerra la cual permitió llevar a cabo sus planes de expansión colonial. Aprobó una Ley de Navegación con el fin de proteger la marina mercante de la competencia extranjera, desarrollándose el comercio ultramarino.



El poeta John Milton —autor de *El paraíso perdido*— fue la máxima representación poética del barroco británico y un puritano convencido.

Las actividades mercantiles, que impulsaban el desarrollo del capitalismo en este país, tenían como base fundamental la explotación colonial. Las luchas de Inglaterra por el dominio de otras posesiones, se iniciaron desde el mismo desarrollo de la revolución, así le arrebataron a España el dominio de Jamaica en las Antillas. El interés de los círculos comerciales se acentuó, cada vez más, para establecer una enérgica política exterior. Por esto, después de los sucesos de 1688 se fortaleció la política colonialista inglesa y se inició una serie de guerras por el dominio colonial. Además, entre 1689-1697 participa en distintas contiendas por diversos motivos: en la guerra de Francia contra la Liga de Augsburgo, de la cual formaba parte Inglaterra; de 1701 a 1713, en la Guerra por la Sucesión a la Corona de España; de 1740-1748, en la Guerra de Sucesión de Austria, y de 1756-1763, en la Guerra de los Siete Años.

La Guerra por la Sucesión a la Corona de España fue una de las más significativas. Con los resultados de esa guerra, a través del Tratado de Utrecht, Inglaterra obtuvo una serie de ventajas: se le reconocía el



derecho a adueñarse de grandes posesiones a lo largo de la bahía de Hudson en Norteamérica, pudiendo así obstaculizar el tráfico de mercancías que realizaban los franceses con sus posesiones en Canadá. Se le reconoció su derecho sobre la zona de Gibraltar, quedando en su poder el control del paso hacia el Mediterráneo. Obtuvo el monopolio de la trata africana en las colonias españolas en América. Logró el permiso para enviar anualmente un navío a comerciar con las colonias españolas.

Otro ejemplo fue la guerra que se libró de 1756 a 1763 entre Francia e Inglaterra —también conocida como Guerra Francesa e India— y a la cual se sumó España al lado de Francia. En realidad, las luchas entre Francia e Inglaterra no habían cesado prácticamente. El carácter colonial de esta guerra se puso de manifiesto desde el mismo hecho de origen: la lucha entre los colonos franceses e ingleses por la posesión del valle de Ohio, en Norteamérica, lo que ocasionó actos de piratería contra los franceses, causándoles la pérdida de 300 barcos mercantes, tres transportes de tropa y 8 000 navíos y tres transportes de tropas. También se disputaban la explotación de la India. Contienda conocida en la historia como la Guerra de los Siete Años, al extenderse a Europa.

Mediante la firma del Tratado de París, en 1763, se puso fin a la guerra y por él, los ingleses obtuvieron de Francia los territorios entre los Apalaches y el río Mississippi.

De España consiguieron la Florida —le devolvieron La Habana a España—. De la India expulsaron a los franceses de la mayoría de los territorios y lograron el control comercial. Por su parte, Francia sólo pudo conservar cinco ciudades en la India. Como resultado de todas estas guerras coloniales, Inglaterra alcanzó el predominio de las rutas marítimas más importantes, se sumó nuevas posesiones coloniales y pudo obtener grandes ventajas comerciales.

Los colonialistas ingleses, producto de sus luchas contra otras potencias europeas, dominaban en Asia los territorios de la región oriental de la India y controlaban gran parte del tráfico marítimo. En África monopolizaban el más lucrativo de los negocios coloniales: la trata negrera. En América poseían las Trece Colonias y los territorios de la región oriental del actual Canadá. Tenían una serie de islas antillanas, cuya riqueza azucarera constituía la base de la acumulación de capital de buena parte de la aristocracia inglesa. Además, controlaban, en gran medida, el comercio americano. Inglaterra también tenía el predominio del Mediterráneo y del Báltico, principales rutas marítimas del comercio europeo.

En conclusión, podemos afirmar que Inglaterra, con un vasto predominio marítimo, se convirtió en el primer país colonialista del mundo, con un mayúsculo control del mercado mundial, lo que le permitió a su burguesía acumular extraordinarias riquezas.

LA INDEPENDENCIA DE LAS TRECE COLONIAS INGLESAS DE NORTEAMÉRICA (1775-1783)

En 1775, los colonos que emigraron, principalmente por las persecuciones religiosas en sus respectivos países, en su mayoría eran descendientes de ingleses, aunque también muchos hijos de irlandeses, escoceses, galeses, alemanes y de otras nacionalidades del norte de Europa Occidental, radicados en la costa atlántica de la América del Norte, se rebelaron contra la metrópoli. Entre las causas específicas de

la insurrección norteamericana se encontraba el obstáculo que interponía el colonialismo británico al desarrollo capitalista de sus importantes colonias americanas.

Desde los primeros momentos de la colonización, Inglaterra había dictado códigos marítimos que les garantizaran a sus buques el monopolio del comercio; legislaciones mercantiles e industriales que beneficiaran a sus comerciantes y manu-

factureros a costa de los norteamericanos; por ejemplo, la ley de las melazas (1733), la cual imponía un impuesto prohibitivo sobre la importación de ron y melaza de las colonias no inglesas. También estableció restricciones al derecho de las colonias a emitir su propia moneda, desarrollar sus manufacturas, etcétera; aunque en la práctica muchas de estas medidas no se cumplían —hasta la segunda mitad del siglo XVIII—, por lo cual las actividades económicas y mercantiles se realizaban casi en forma libre.

A estas restricciones, que afectaban sobre todo a la naciente burguesía de Nueva Inglaterra —como se denominaba entonces una de esas colonias—, se sumaban los problemas con la metrópoli, también desarrollados por los plantadores y hacendados de las colonias meridionales. A estos últimos los aquejaba el pesado fardo del endeudamiento con la banca londinense, el precio arbitrario establecido a sus exportaciones de tabaco —principal producto de exportación— y a las manufacturas que importaban y, en particular, la prohibición de la proclama real de 1763 —dictada tras el fin de la Guerra de los Siete Años, que entregó a los ingleses el valle del Ohio, Canadá, la ribera izquierda del Mississippi y algunas islas del Caribe—, la cual les impedía expandirse a las tierras situadas al oeste de la cordillera de los Apalaches, reservadas por la corona a los indios.

A pesar de estas limitaciones, los colonos norteamericanos supieron aprovechar los intersticios dejados por las continuas guerras coloniales de Inglaterra, para burlar los códigos metropolitanos y desarrollar el comercio, sus manufacturas y producciones agrícolas, a la vez que reafirmaban los derechos políticos adquiridos desde los primeros tiempos de la colonización.

Pero, desde 1763, el monarca inglés George III, con el apoyo del partido Tory (conservador), impuso una política centralista y absorbente dirigida a recortar la tradicional autonomía de los habitantes de las Trece Colonias de Norteamérica y hacer cumplir las viejas Leyes de Na-



Las fronteras de los trece estados primitivos.

vegación, con el objetivo de paliar las apremiantes necesidades financieras de Inglaterra. Para ello se promulgaron disposiciones fiscales orientadas a asfixiar las manufacturas y artesanías norteamericanas y el creciente comercio de los colonos. La ley del azúcar (1764), que afectaba este producto, el más importante del comercio colonial de entonces, prohibía la importación de ron de zonas no inglesas e incluía impuestos adicionales al café, seda, vinos, índigo y otros artículos. La del timbre o los sellos (1765), que por primera vez gravaba directamente a los habitantes de las colonias, a la cual se sumó la Ley del Motín (1765), que permitió desplegar numerosas tropas inglesas por todo el territorio norteamericano a expensas de los colonos. Además, se hizo más estricto el control inglés en las aduanas y sobre los buques mercantes norteamericanos, para garantizar el cumplimiento de estas



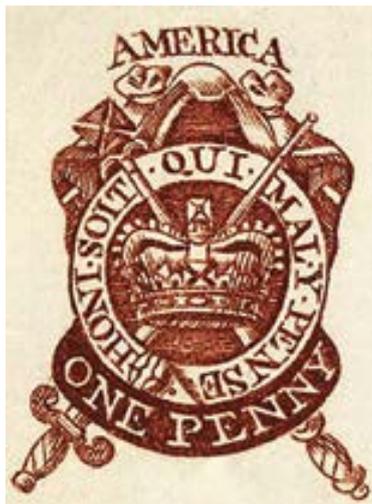
disposiciones. Las medidas perjudicaban, ante todo, a los estratos mejor situados de la sociedad norteamericana: grandes propietarios y comerciantes, clérigos, profesionales e intelectuales; en particular, los de Nueva Inglaterra y Virginia.

Las lesivas leyes inglesas contribuyeron a aumentar el creciente descontento de la población norteamericana, a la vez que se deterioraba seriamente el comercio con la metrópoli. Muchas de las Trece Colonias declararon nulas esas disposiciones y obligaron a renunciar a los funcionarios recaudadores. El centro del movimiento de resistencia fue Boston (Massachusetts) y estaba dirigido por el resuelto Samuel Adams, a quien se le considera el padre de la Revolución norteamericana; aunque en las restantes colonias también se levantaban líderes como Isaac Sears, John Lam y Patrick Henry. Ya en noviembre de 1765 se fundó una especie de logia radical, los Hijos de la Libertad, que pronto abogarían abiertamente por la independencia. Nutrida por elementos de las capas medias y trabajadores: pequeños comerciantes, abogados, artesanos, mecánicos y jornaleros, la asociación se ramificó por todas las colonias. El radicalismo de los Hijos de la Libertad, que azuzaba la lucha de

clases, asustó a muchos ricos negociantes norteamericanos y aristócratas del sur, como John Jay y Joseph Galloway, quienes preferían mantener a toda costa la fidelidad al rey.

La creciente rebeldía colonial estaba inicialmente dirigida contra la odiada Ley del Timbre, que afectaba a toda la población norteamericana. A instancias de Patrick Henry, un joven abogado, la Asamblea de Virginia aprobó resoluciones que desconocían los derechos del Parlamento británico a gravar a las colonias sin su consentimiento, mientras la de Massachusetts pedía la convocatoria de un congreso. Del 7 al 24 de octubre de 1765, para analizar la disposición, en Nueva York se reunió una asamblea de 27 delegados que acordó una declaración elemental de derechos y responder a las leyes inglesas con un boicot a las mercancías importadas de la metrópoli, lo cual obligó al gobierno londinense, presionado por sus propios comerciantes, a revocar la controvertida ley en marzo de 1766, así como a revisar la del azúcar.

El Parlamento británico, empeñado en obtener más recursos financieros de sus colonias americanas, aprobó entonces la Ley de Acuartelamiento para enviar a las Trece Colonias nuevos destacamentos de tropas que debían sufragarse por los propios colonos; a la vez, se ponían en vigor, en junio de 1767, derechos arancelarios sobre la cristalería, los colorantes, el plomo, el papel, el té y otros artículos importados, junto con órdenes para facilitar a las autoridades de la metrópoli el allanamiento de moradas de los colonos. Ellos respondieron con la consigna: "Ningún impuesto sin representación", que aludía a la ausencia de delegados de las Trece Colonias en el legislativo inglés. A propagar esta idea coadyuvó de manera decisiva la publicación por John Dickinson de sus *Cartas de un granjero de Pennsylvania*, ampliamente difundidas por la prensa norteamericana. Para aumentar la tirantez, entre 1768 y 1768, los gobernadores coloniales disolvieron las asambleas de Massachusetts, Virginia y Carolina del Norte y aconteció la matanza de Boston



Sello de un penique derivado de la ley.

Notificación sobre la Ley del Sello en un periódico de 1765.

el 5 de marzo de 1770, cuando las casacas rojas británicas acallaron de manera brutal protestas populares, dejando un saldo de varios heridos y tres muertos.

Ante el aumento de la oposición colonial, el Parlamento británico optó, ese mismo año, por abolir los nuevos impuestos, excepto el del té. Pero, en los primeros meses de 1773, la situación volvió a hacer crisis, cuando los colonos no pudieron seguir con el lucrativo contrabando de té, debido al plan monopolista adoptado con apoyo británico por la Compañía de las Indias Orientales Inglesa, beneficiada con una serie de franquicias exclusivas para vender este producto en las colonias. Los traficantes norteamericanos respondieron obligando a los barcos de la compañía a regresar e impidiendo su venta. Finalmente, el 16 de diciembre, airados vecinos de Boston, seguidores del ex comerciante Samuel Adams, disfrazados de indios mohawks, subieron a los barcos de la Compañía de las Indias Orientales Inglesa y arrojaron a la bahía, en protesta por esa ley, fardos de té por valor de 18 000 libras esterlinas.

A esta acción, conocida como el *Boston Tea Party*, la corona respondió calificando el acto de vandálico y con la emisión de cinco nuevas medidas represivas, las llamadas “leyes intolerables”, las cuales incluían la clausura del puerto de Boston, la prohibición de reuniones populares y el acuartelamiento de más tropas británicas en Massachusetts, destinadas a reafirmar de forma inequívoca la autoridad del Parlamento metropolitano. Un motivo de agravio adicional lo constituyó el Acta de Quebec, en virtud de la cual el gobierno inglés unía todo el noroeste hasta Ohio a la provincia de Quebec y concedía a los habitantes de Canadá la tolerancia religiosa y la conservación de la mayoría de las leyes francesas a que estaban acostumbrados.

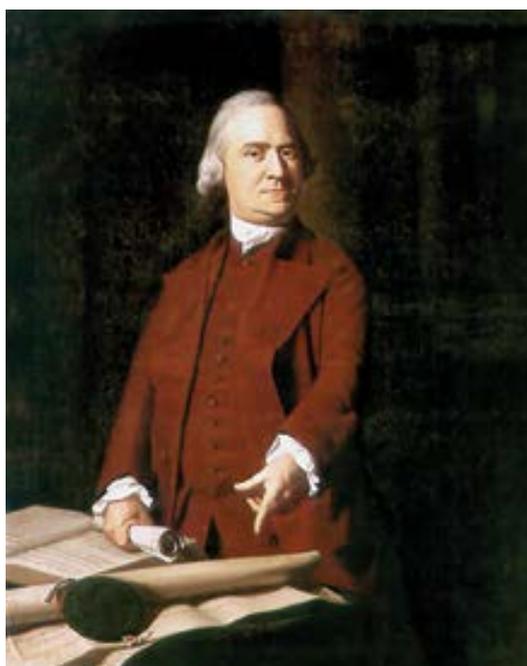
La respuesta de los colonos fue reunir en el Carpenters' Hall (Filadelfia), desde el 5 de septiembre hasta el 26 de octubre de 1774, el llamado Primer Congreso Continental, el cual aglutinó a 56 representantes



Al establecer la Corona británica un impuesto sobre el té, Samuel Adams, al frente del movimiento de protesta, organizó la llamada Fiesta del Té de Boston.

de 12 de las Trece Colonias; entre ellos, Samuel y John Adams, John Jay y Richard Henry Lee. El cónclave apoyó las protestas de la población de Boston, desconoció las recientes leyes represivas británicas, creó una asociación continental, dispuso un nuevo boicot a las mercancías inglesas, estableció comités de seguridad pública en todas las colonias, encargados de poner en vigor sus decisiones, y envió a Inglaterra, como resultado de la presión de los grandes comerciantes, mensajes con proposiciones conciliadoras.

Previendo nuevas represalias, los colonos se reunieron en Salem, Concord y



Samuel Adams.



Retrato de John Adams hecho por John Trumbull, 1792-1793.

Cambridge, poblaciones cercanas a Boston, y acordaron formar milicias populares llamadas *minute men*, pues debían estar sobre las armas en el breve lapso de un minuto. Informado el general Thomas Gage, jefe militar de Boston, de que los colonos habían ocultado armas y pólvora en Concord (Massachusetts), envió tropas para



Prisioneros sospechosos de insurrectos en la revuelta de Boston.

que las incautaran y de paso detuvieran a Samuel Adams y al rico armador de barcos y contrabandista John Hancock. Pero el artesano Paul Revere y otros dos mensajeros alertaron del peligro, en un célebre recorrido nocturno, a todos los granjeros alistados en las milicias de la región. El 19 de abril de 1775, en Lexington, sucedió el primer enfrentamiento armado entre los norteamericanos y los soldados británicos, que debieron retirarse a Boston vapuleados por las milicias. Se iniciaba la guerra de independencia de las Trece Colonias.

En esa caldeada coyuntura, desde el 10 de mayo de 1775, se reunió en Filadelfia, presidido por John Hancock, el Segundo Congreso Continental, denominado primero de las Colonias Unidas y después de Estados Unidos, el cual dispuso la emisión de una moneda propia (el dólar continental), el libre comercio y, de hecho, proclamó la rebelión. Esta asamblea ejercería el gobierno de las colonias durante todo el transcurso de la guerra de independencia. George Washington, un plantador de Virginia de 43 años, considerado el colono norteamericano más acaudalado, y ya con cierta experiencia militar en la lucha contra los franceses, fue designado al frente del improvisado ejército de las Trece Colonias, mientras otro gran propietario virginiano, el joven abogado Thomas Jefferson, redactaba la *Declaración de Independencia*, aprobada por los congresistas el 4 de julio de 1776.

Este documento, en cuya elaboración también participaron John Adams y Benjamin Franklin, firmado por 56 delegados —28 abogados, 13 comerciantes, ocho hacendados y siete de diversas profesiones—, influido grandemente por los planteos de la igualdad burguesa preconizados por el pensamiento ilustrado —en especial, las ideas del filósofo inglés John Locke—, proclamó el derecho del pueblo a la revolución, fundamentándolo en el derecho natural que hacía a los hombres libres e iguales y en la posibilidad para todos de buscar la felicidad mediante el ejercicio de la democracia. No obstante, cediendo a las presiones de dele-



Declaración de Independencia, cuadro de John Trumbull.

gados de varias colonias, al texto original de Jefferson se le suprimió un largo párrafo que condenaba la trata y, en cierta forma, también la esclavitud. A crear el ambiente favorable a la ruptura definitiva con la metrópoli, había contribuido la aparición del folleto de Thomas Paine *Common Sense* (*Sentido común*), el cual abogaba sin tapujos por la emancipación y ridiculizaba la idea de la monarquía hereditaria.

De manera natural, en las Trece Colonias fue vertebrándose los gérmenes del gobierno independiente a través de las juntas de correspondencia y seguridad, creadas en 1772; las asambleas provinciales y los denominados congresos continentales, órganos fundamentales del nuevo Estado americano, los cuales terminaron de cobrar forma después de 1776 y ejercerían el gobierno central de las colonias confederadas durante todo el transcurso de la guerra de independencia.

Como las fuerzas militares de las Trece Colonias rebeldes estaban integradas, al principio, por simples milicianos, que se resistían a alejarse de sus colonias y granjas, la contienda comenzó favoreciendo, hasta 1777, al experimentado ejército inglés,

guiado por William Howe, conformado por soldados profesionales y apoyado por una poderosa flota.

El mismo día de inaugurado el Segundo Congreso Continental, fuerzas norteamericanas, comandadas por Ethan Allen, atacaron los fuertes Ticonderoga y Crown Point en el lago Champlain, apoderándose

Principales postulados de la Declaración de Independencia

Ésta, firmada en 1776, postulaba: Todos los hombres son iguales, investidos por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, y tienen derecho a derrocar al gobierno, si éste se opone al cumplimiento de tales fines.

El cuerpo político o Estado lo forman los hombres para la salvaguarda de estos derechos; por tanto, el gobierno, como agente o servidor del cuerpo político, no tiene derechos propios, sino únicamente poderes “que le han sido delegados por el pueblo” y que pueden serle sustraídos de nuevo a voluntad del pueblo.

Fundaba además la separación de las colonias norteamericanas en las “leyes de la naturaleza y del Dios de la naturaleza”.



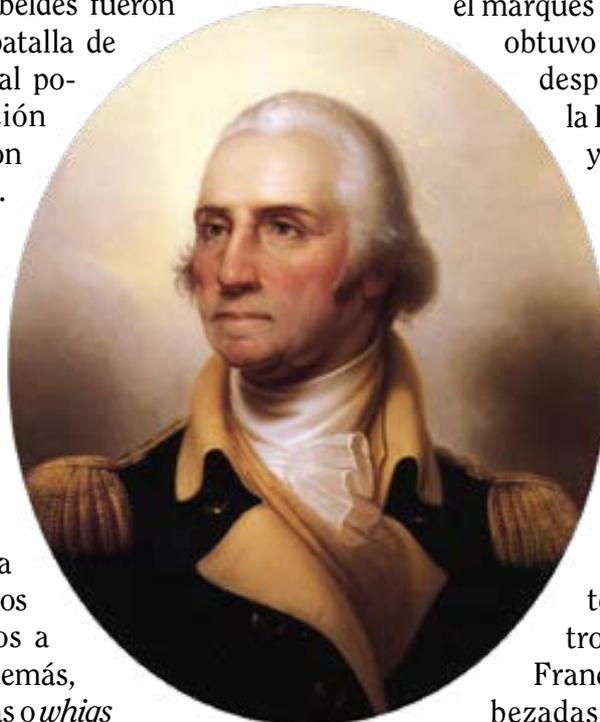
George Washington

Nació el 22 de febrero de 1732 en el condado de Westmoreland, Virginia, hijo de una familia de plantadores. Ocupó distintos cargos en el distrito de Virginia. Heredó la plantación familiar de Mount Vernon y en 1759 contrajo nupcias con Martha Custis, una joven viuda con fortuna. Ese matrimonio, junto al incremento del precio del tabaco en las décadas de 1730 y 1740, lo convirtieron en uno de los hombres más ricos de Virginia

Al declararse la guerra entre Francia y Gran Bretaña, llegó a ostentar el grado de coronel. Al estallar la guerra de la independencia estadounidense se le nombró comandante en jefe del Ejército Continental y logró importantes victorias; entre otras, la derrota, el 3 de enero de 1777, de las tropas británicas en la batalla de Princeton y, más tarde, la de Yorktown que resultó decisiva de la guerra.

Una vez alcanzada la victoria sobresalió como líder político, y se le nombró presidente de la Convención Constitucional, donde su decidida actuación lo convirtió en el principal candidato para la presidencia de Estados Unidos. Fue elegido presidente en 1788 y de nuevo en 1792 hasta 1797 cuando abandonó su cargo y se retiró a Mount Vernon. Murió el 14 de diciembre de 1799.

de armamento y haciéndose con el control de la ruta a Canadá, territorio que, pese a todos los esfuerzos, no pudieron arrastrar a la revolución. El 17 de junio de ese mismo año, los rebeldes fueron derrotados en la batalla de Bunker Hill, lo cual posibilitó la ocupación británica de Boston (marzo de 1776). Washington también fue vencido por los ingleses, en los primeros meses de 1776, en White Plains, teniendo que retirar su ejército al sur de Delaware (1776); aunque, a su vez, los enemigos se vieron obligados a evacuar Boston. Además, en 1776, los patriotas o *whigs* fueron derrotados en



George Washington.

la batalla de Long Island (27 de agosto), casi frente a la ciudad de Nueva York, lo cual obligó a Washington a una retirada magistral desde Brooklyn hasta la ribera de Manhattan, para terminar imponiéndose el 26 de diciembre en la de Trenton.

En 1777, los colonos norteamericanos vencieron en Princeton y después fueron derrotados en Brandy-Wine (12 de septiembre), lo cual permitió a los ingleses entrar en Filadelfia unos días después, obligando al Congreso Continental a huir y a Washington a pasar el invierno con sus tropas en Valley Forge.

Mas, luego vino la victoria norteamericana más importante de la contienda, cuando el general inglés John Burgoyne, que avanzaba hacia Nueva Inglaterra desde Canadá, hostilizado por campesinos y hombres de frontera dirigidos por Horatio Gates y Benedict Arnold —quien más tarde traicionó a los patriotas—, se rindió el 17 octubre de 1777 en Saratoga, resultado de gran resonancia internacional, pues facilitó la abierta ayuda de Francia y España, lo cual internacionalizó el conflicto.

Ello no sólo se expresó en la participación de combatientes de diversas partes de Europa, como los franceses, el marqués de La Fayette, quien obtuvo grados militares y después se incorporó a la Revolución francesa, y Saint-Simon; los polacos Casimiro Pulaski y Tadeo Kosciuszko, los alemanes Federico von Steuben y el barón de Kalb, entre muchos otros, sino también en la directa intervención militar de importantes contingentes de tropas procedentes de Francia y España, encabezadas, respectivamente, por J. B. D. de Vimeur,



Grabado de Washington cruzando el paso del río Delaware la noche de Navidad de 1776.

conde de Rochambeau, y Fernando Gálvez, entre cuya oficialidad se encontraba el venezolano Francisco de Miranda, que buscaban su revancha ante Inglaterra, debido al adverso resultado de la Guerra de los Siete Años (1657-1763). Incluso Francia, Holanda y Rusia prestaron significativa ayuda financiera y diplomática a los rebeldes.

Gracias al contundente apoyo externo, la guerra comenzó a inclinarse de manera definitiva en favor de los colonos norteamericanos. En 1778, los británicos se vieron obligados a evacuar Filadelfia ante la amenaza de un ataque de la flota francesa. El 28 de junio de ese mismo año aconteció la sangrienta batalla de Monmouth (Nueva Jersey), en la cual los ingleses, encabezados por sir Henry Clinton, sufrieron grandes pérdidas y tuvieron que reconcentrar sus tropas en Nueva York. Ante la imposibilidad de vencer a los sublevados, lord William Howe, jefe del ejército inglés en Norteamérica, hizo en 1778 varias concesiones que no alcanzaron su objetivo apaciguador, pues ya los colonos exigían la independencia.

Después de ocho años de duros combates, el ejército inglés dirigido por lord Cornwallis, acorralado por las fuerzas combinadas de Washington y Rocham-

beau, se rindió finalmente en Yorktown (costa de Virginia), el 17 de octubre de 1781. Esta victoria ejerció una influencia decisiva en la terminación de la guerra. Como resultado de ello, el 3 de septiembre de 1783, Inglaterra se vio precisada a firmar el tratado de paz, en el cual reconocía la independencia de Estados Unidos de América, que nació con su frontera occidental hasta el Mississippi, la del noroeste hasta los Grandes Lagos y el San Lorenzo y la del sur hasta la colonia española de la Florida. Desde el punto de vista jurídico, la nueva nación se basaba en las experiencias autonómicas de las Trece Colonias, la práctica legislativa inglesa y la filosofía política francesa de la Ilustración; entre



Entrevista en Europa de B. Franklin con La Fayette cuando el primero viajó a buscar fondos.



Rendición de lord Cornwallis tras la batalla de Yorktown.

ellas, las ideas de Montesquieu sobre el equilibrio de poderes.

El proceso de formación de Estados Unidos estuvo precedido por la rebelión campesina de Daniel Shays, un veterano de la guerra de independencia, ocurrida en Massachusetts en el otoño de 1786, en

reclamo de la abolición de deudas, la cual alarmó a los grandes propietarios y fue violentamente reprimida. Ya ese mismo año se efectuó una conferencia de delegados de varias colonias en Annapolis, donde sobresalió la prédica del joven Alexander Hamilton en favor de una convención continental de mayor representatividad, que impidiera la desestabilización del país, la cual despejó el camino a la asamblea de notables que se reunió en Filadelfia en mayo de 1787, presidida por George Washington, y en la cual se destacó el papel conciliador del sabio Benjamin Franklin, ya anciano.

El 17 de septiembre de 1787, tras 16 semanas de debates, se sancionó la Constitución, la cual durante un año fue aprobada poco a poco por los estados norteamericanos. La lentitud del proceso de ratificación, dilatado hasta el 25 de junio de 1788, estuvo motivada por el temor de muchos ciudadanos a las excesivas atribuciones que se les concedían a los poderes federales, lo que condujo directamente a la aparición de los primeros partidos políticos: el federalista, entre sus líderes tuvo a Alexander Hamilton, James Madison y John Hay, promotores de un gobierno central fuerte y



Franklin, Adams y Jefferson trabajando en la Declaración (Jean Leon Gerome Ferris, 1900).

el fomento del comercio y los negocios, y el antifederalista o republicano, encabezado por Jefferson y partidario de una mayor autonomía de los estados y de la sencilla sociedad rural. Otra causa de la lentitud en la adopción de la Constitución se relaciona con la inclusión de una Declaración de Derechos (*Bill of Rights*), generada en Massachusetts a partir de demandas populares, la cual se agregó finalmente a la Carta Magna en sus diez primeras enmiendas. El 4 de marzo de 1789, el congreso eligió, como primer presidente de Estados Unidos, a George Washington, cargo que ejercería hasta 1797. Su gobierno inaugural estaba integrado por John Adams como vicepresidente y Thomas Jefferson, Alexander Hamilton y Henry Knox como secretarios o ministros.

La revolución emancipadora de las Trece Colonias inglesas de Norteamérica aceleró el desarrollo del capitalismo y eliminó una de las trabas primordiales, al darle el poder a la emergente burguesía norteamericana. Si bien pudiera decirse que la revolución no se tradujo en grandes cambios, como sucedió en Inglaterra primero y luego en Francia, porque, a pesar de la ruptura de los vínculos coloniales con la metrópoli, ésta siguió siendo su principal mercado y abastecedor de muchas manufacturas, no puede olvidarse que hubo una creciente competencia de la naciente industria de Nueva Inglaterra, ejemplificada con la flamante de armamentos en Springfield (Massachusetts), y la instauración de un sistema republicano que convirtió a Estados Unidos en la primera nación moderna que lo adoptó en un gran espacio territorial. Aunque estaba fundamentado en la soberanía popular, no se alteró de manera sustancial el régimen económico y social, pues la esclavitud —sobrepasaba el medio millón de personas, un 20 % de la población total— se preservó. No obstante, ocurrieron algunos cambios respecto de las propiedades rurales, pues se repartieron las tierras pertenecientes al sector más conservador, los tories o realistas, integrado por los

mayores terratenientes, comerciantes no contrabandistas, los funcionarios reales y el clero anglicano, exiliado tras el triunfo de la revolución. Desde entonces, muchos gobiernos locales quedaron en manos de los miembros más dinámicos de la naciente burguesía y los plantadores, permitiendo la división y venta en pequeñas parcelas de muchos grandes latifundios de la corona y los grandes hacendados señoriales leales a Inglaterra. Además se abolieron el mayorazgo, los diezmos, el vínculo, los censos y otras estipulaciones y tributos de tipo feudal que habían existido en la mayoría de las Trece Colonias.

Unos años después de constituido Estados Unidos, en junio de 1812, se desencadenó una nueva guerra con Inglaterra la cual duró poco más de dos años, sus escenarios fueron básicamente marítimos, y terminó por confirmar (1814) el *status* de la joven nación, la primera independiente del continente americano. Para Estados Unidos, esta guerra anglo-norteamericana tuvo una gran significación y contribuyó, de manera directa, a forjar la conciencia nacional. Muestras visibles de ella fueron las primeras expresiones de una literatura propiamente norteamericana, como la *Historia de Nueva York por Diedrich Knickerbocker* de Washington Irving, publicada en 1809.



La familia de Washington, en una obra de Edward Savage.



LA REVOLUCIÓN FRANCESA DE 1789

En Francia, donde la estructura del Antiguo Régimen parecía más fuerte y el absolutismo había alcanzado el mayor esplendor, ocurrió la más importante revolución del período. La lucha de la burguesía francesa, el artesanado, la población citadina y el campesinado, entre otros sectores, contra el absolutismo daría lugar, en la segunda mitad del siglo XVIII, a la revolución burguesa en Francia.

En 1774, al trono de Francia había ascendido Luis XVI. Hombre de poca inteligencia, indeciso, arbitrario y de mucha obstinación, sólo tenía una gran preocupación: su propia persona. Durante las sesiones de gobierno se quedaba dormido, explicando después que el trabajo mental lo fatigaba, y se dice que poseía gran habilidad manual para los trabajos de cerrajería, una de sus distracciones favoritas. Su deporte preferido era la caza, poseía más de 1 000 caballos y otros tantos criados destinados a atenderlos y disponía de 217 coches. Su mujer María Antonieta —llamada por el

pueblo, de forma despectiva, *la Austríaca*—, de carácter autoritario y arrogante, gozaba de una influencia decisiva sobre el monarca, se mezclaba en los asuntos de gobierno, valiéndose de su poder para beneficiar a sus favoritos o vengarse de sus enemigos. Los gastos del rey y los cortesanos resultaban excesivos; por ejemplo, Luis XVI decidió hacerse de otro castillo fuera de Versalles con un costo de 10 millones y María Antonieta compró uno cercano a París en 6 millones de francos. A los desmedidos gastos de la corte en fiestas y diversiones, en las joyas de la reina y otras frivolidades como la reforma del palacio de Trianon, se sumaban los costos de las guerras y el apoyo a la independencia de las Trece Colonias de Norteamérica, todo lo cual fue endeudando a la corona.

En esos años, el déficit financiero del Estado francés se agudizó extraordinariamente, causando una aguda crisis imposible de superar apelando a la burguesía, pues ésta se negaba a hacerle préstamos debido



Luis XVI.



María Antonieta.

a que la monarquía le adeudaba millones de francos que no podía pagarle. En 1788, los gastos del Estado eran de 629 millones, mientras los ingresos, de 503 millones, para un déficit de 126 millones. La monarquía tampoco podía cubrirlo mediante un aumento de los impuestos, cuando el peso de ésta agobiaba al pueblo. Por otra parte, a mediados del siglo XVIII, los precios de los artículos de consumo se habían incrementado en un 65 % —en relación con el período de 1746-1747—, mientras que los salarios sólo habían aumentado en un 22 %; esto significaba un decrecimiento del poder adquisitivo de la población. Como es natural, la burguesía exigía a la monarquía que realizase determinadas reformas que pudieran garantizarle su posición de acreedora.

La única forma que tenía la monarquía de resolver la crisis era reformando el sistema fiscal existente, lo cual implicaba obligar a la nobleza, única clase social que no abonaba impuestos, a pagarlos como las demás clases sociales. Por eso, los hombres que dirigían las finanzas reales en la segunda mitad del siglo XVIII —época del rey Luis XVI—, los ministros Turgot, Necker y Calonne, propusieron realizar reformas que contemplaban la igualdad de todas las clases sociales ante el impuesto y la aprobación de una serie de medidas para estimular la economía: la supresión de las aduanas interiores entorpecedoras del mercado interno; el establecimiento de la libertad de comercio; la abolición de numerosas reglas gremiales que regían la producción industrial, etc. Pero las reformas propuestas no se aprobaban por la nobleza, pues defendía celosamente sus privilegios, razón por la cual se empezó a mostrar opuesta a la política de Luis XVI y se enfrentó al monarca; hecho que la historia ha recogido como la sublevación de los notables.

Las pérdidas de territorios coloniales sufridas por Francia en la Guerra de los Siete Años, se agudizaron debido a las transformaciones técnicas en la industria británica, las cuales posibilitaban a Inglate-



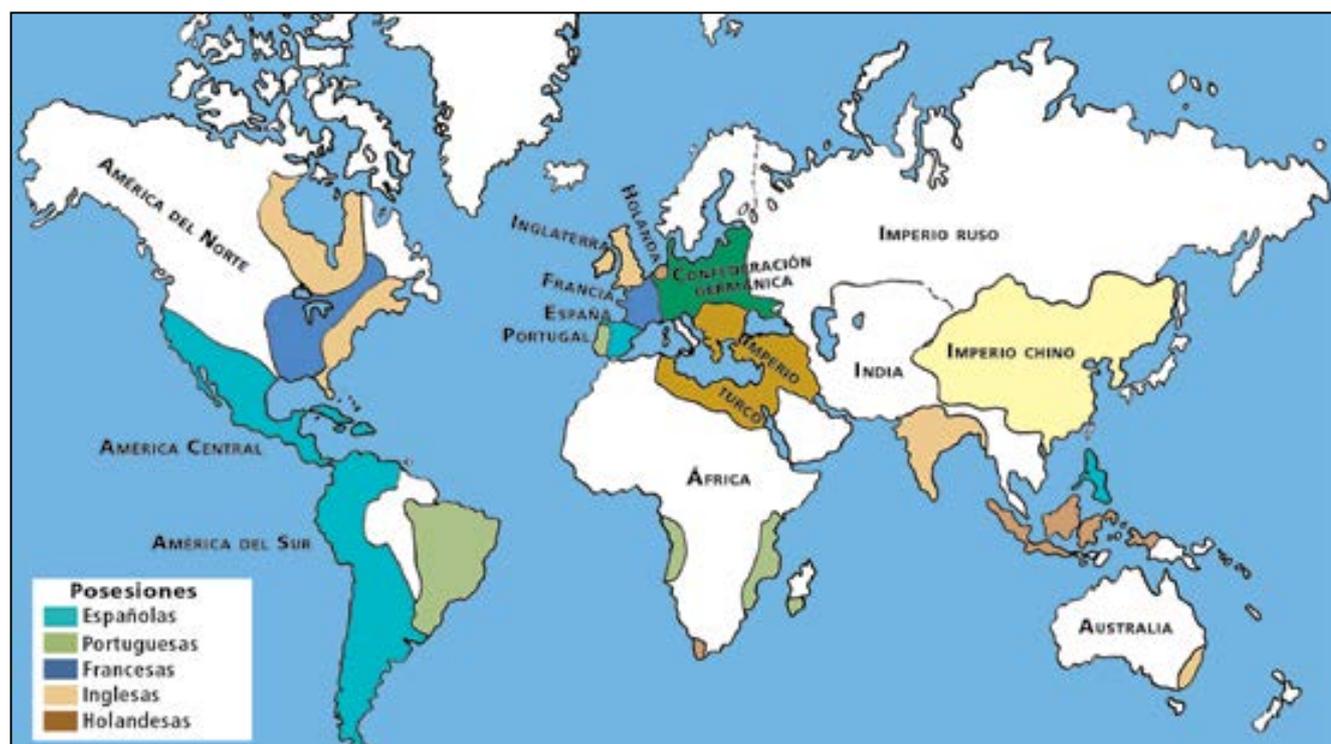
Palacio de Fontainebleau, ampliado por distintos reyes y lugar de disfrute de los monarcas.

rra producir mayor cantidad de mercancías y, por ende, su venta a más bajo precio; de esa forma se le facilitó ir desplazando los productos franceses de los mercados europeos y coloniales.

Inglaterra pasó a ocupar una posición predominante en el mercado mundial, por lo cual la burguesía francesa quedaba rezagada. Entonces, la situación de esta clase se hizo aún más difícil y comprendió, como nunca, la necesidad de realizar reformas administrativas —eliminar aduanas interiores, reglas gremiales, el control del

Las bodas de Fígaro y la censura de Luis XVI

Esta obra teatral, de sentido crítico, escrita por Beaumarchais en 1781 —autor también de *El barbero de Sevilla*—, según afirma Stefan Zweig en la biografía de María Antonieta, al leerla Luis XVI para decidir si se permitía su representación, el monarca dijo que el autor se mofaba de todas las cosas que había que respetar en el Estado, siendo suspendida durante algunos años. Por la insistencia del duque de Artoi, María Antonieta autorizó su presentación en 1784 con algunos cambios. Precisamente esta obra inspiró la ópera de Mozart *Fígaro*.



El mundo hacia la segunda mitad del siglo XVIII.

comercio, etc.—, que así le permitiesen un desarrollo interno del capitalismo. Por todo lo antes expresado, de una actitud de críticas moderadas al régimen, la burguesía francesa adoptó una postura francamente revolucionaria, de enfrentamiento al poder

absolutista de la corona y a las instituciones feudales que impedían su expansión.

La crisis general atravesada por Francia en esta época se agravó por otros factores inmediatos, como las malas cosechas entre los años 1787-1788, causantes de terribles hambrunas en el campo y en las ciudades. En 1786, la monarquía, presionada por los grandes terratenientes poseedores de intereses en la producción vinícola, acordó con Inglaterra dejar entrar en Francia, libre del pago de aranceles, una serie de productos manufacturados procedentes de ese país y ella, a cambio, debía garantizarle la compra de vino francés. Naturalmente, la entrada de las manufacturas inglesas libres del pago de aranceles, permitía su venta a un precio igual o más bajo que las manufacturas francesas, constituyendo una competencia desventajosa que afectaría, lógicamente, los intereses manufactureros nacionales. Por consiguiente, numerosos propietarios capitalistas se arruinaron al verse obligados a cerrar sus manufacturas, lo cual originó el desempleo de más de 200 000 obreros y la ruina de gran parte de la burguesía manufacturera.



*El duro trabajo de la tierra no permitía a los campesinos satisfacer sus necesidades. El grabado de época titulado **Nacido para la pena** refleja al labrador con los instrumentos que trabaja todo el año para pagar los tributos.*



La vida de los obreros resultaba en extremo difícil. La jornada de trabajo duraba de 16 a 18 horas, y los locales donde laboraban eran oscuros, húmedos e insalubres. El pago recibido era mínimo y no les alcanzaba ni para darles de comer a sus familias; por eso, en muchas ocasiones, se declaraban en huelga, en petición del aumento de los salarios y, a veces, llegaron hasta la protesta armada. El trabajador asalariado estaba dispuesto a apoyar cualquier movimiento, cualquier acción dirigida contra el orden social existente, aunque sus demandas eran distintas y hasta opuestas a las de la burguesía.

Una parte del campesinado sucumbía en la miseria, como consecuencia del pago de los censos, las obligaciones con sus señores y los impuestos al Estado. A medida que pasaba el tiempo, su existencia se hacía más penosa. Miles de campesinos, privados de toda propiedad o reducidos a pequeñas parcelas, sin siquiera tener muchas veces un techo, lanzados a la condición de vagabundos o de indigentes, buscaban asilo en ciudades y bosques. Reducidos a la desesperación, no resultaba raro verlos coger las horquetas y los azadones, y sublevarse. Progresivamente fue formándose una capa de asalariados o de desposeídos de sus medios de producción necesitados de vender su fuerza de trabajo por un jornal. La mayor aspiración del campesinado era, ante todo, tener una parcela de tierra que les permitiese producir para cubrir sus necesidades.

Entonces, la crisis se agudizó aún más. La monarquía debió enfrentarse a las constantes rebeliones campesinas y urbanas, a las conspiraciones de la clase burguesa contra el régimen existente y a la actitud reaccionaria de la nobleza rentista. La crítica situación repercutía en la forma de pensar de los hombres de aquella época, influidos, además, por una serie de progresos científicos que sirvieron de fundamento a la elaboración de una nueva concepción de la vida y de la sociedad, la cual contribuyó a despertar un espíritu crítico en relación con todo lo existente. Las condiciones resultaron favorables para el surgimiento

Voltaire y *El hombre de los cuarenta escudos*

Conocido por sus *Escritos filosóficos*, sus dramas y tragedias como *Edipo* o *Merope*, también redactó cuentos; entre los cuales, uno de los más originales por su estilo dialogado es *El hombre de los cuarenta escudos*, perteneciente a los llamados *Cuentos filosóficos*. En su contenido se aprecia el ataque a la nobleza, al clero y la crítica a la desigualdad entre los hombres.

“Un apacible viejo, que siempre se queja del tiempo presente y alababa el pasado, me decía en una ocasión:

”—Amigo, Francia no es tan rica como lo era en época de Enrique IV. ¿Y, por qué? Porque no están los campos bien cultivados, porque faltan brazos para la labranza (...)

”Otra causa de nuestra pobreza es la muchedumbre de necesidades nuevas: pagamos a nuestros vecinos 15 000 000 por este artículo, 20 o 30 por aquél. Gastamos cien veces más cera, y la mitad viene de país extranjero (...) Las mujeres de París y demás grandes ciudades llevan hoy al cuello, en las manos y en las orejas más diamantes que todas las damas de palacio en tiempos de Enrique IV, sin exceptuar la reina (...)

”(...) Muchos individuos hay que carecen de lo que representa el valor de 25 escudos de renta; otros no tienen el de cuatro o cinco, y pasan de 6 000 000 los que no poseen nada”.

Voltaire: *El hombre de los cuarenta escudos*.

del Iluminismo o Ilustración, verdadera revolución en el pensamiento.

Entre sus principales representantes podían encontrarse distintas posiciones que habrían de influir en las diferentes tendencias de la revolución: reformistas como las de Montesquieu y Voltaire; una más democrática defensora de los intereses de la pequeña burguesía, representada por Juan Jacobo Rousseau, y otra mucho más radical, expresión sobre todo de los intereses de los campesinos y los trabajadores asalariados, encabezada por figuras como Meslier, Morelly y Mably. Estos últimos abogaban por la eliminación de la propiedad privada y su transformación en propiedad colectiva, suprimiendo de esa forma la desigualdad social, algo poco probable de lograr para la época. A la divulgación de algunas de las nuevas ideas hubo de coadyuvar la *Enciclopedia*.



Cultura popular e ideología

Algunos estudiosos del problema han afirmado con razón: No es un Voltaire o un Rousseau, sino los panfletos, los libelos, las crónicas escandalosas que atacan a la reina, la corte y la aristocracia, publicados en gran número fuera del reino y que circulan de manera clandestina, los elementos que transforman las representaciones colectivas y destruyen la obediencia al orden antiguo.

En realidad, la crisis por que atravesaba el régimen feudal y el recrudecimiento de los movimientos de las masas populares, tenían que hallar su expresión en la lucha ideológica. Así, en la literatura, en el teatro, en los escritos públicos y en la filosofía, se reflejaron las protestas y las críticas al absolutismo, ya en forma moderada o abierta. Los escritores y filósofos que representaron los intereses de la burguesía desde sus posiciones progresistas y revolucionarias, planteaban la caducidad del régimen feudal. Pero, ¿cómo llegaban estas ideas a las masas desposeídas?

Si bien los salones, las academias, las logias masónicas y, luego, los clubes, devinieron centros donde la intelectualidad y los sectores más prominentes intercambiaron y desarrollaron sus ideas, no pueden olvidarse otros puntos de reunión a los cuales acudían los sectores más humildes y muchas veces iletrados. Así las cofradías o pequeñas parroquias de aldeas, la taberna o el mercado, constituyeron lugares de intercambio de criterios, donde se exponían las preocupaciones, inconformidades y aspiraciones. A esos centros llegaba la nueva ideología por distintas vías: mercaderes, párrocos, profesionales, e iba desarrollándose una mentalidad revolucionaria.

La crítica situación financiera, la actitud antirreformista de la nobleza y la creciente inconformidad popular, obligaron al rey, necesitado de encontrar una solución frente a la crisis, a apelar a

los Estados Generales en mayo de 1789, los cuales no se habían convocado desde 1614. Reunidos los tres Estados, la única preocupación de la corona radicaba en obtener de esa asamblea la aprobación de nuevos impuestos adicionales, con el fin de resolver la crisis financiera. Al haberlos convocado, Luis XVI esperaba obtener de ellos un préstamo en dinero, el cual debía hacerle la burguesía.

Tradicionalmente, en los Estados Generales, cada uno de los tres Estados se reunía por separado, discutiendo las cuestiones que el rey planteaba y sólo se congregaban en el momento de redactar su respuesta al monarca. Luis XVI, deseoso de ganarse la simpatía del tercer Estado, le concedió el derecho de enviar a la referida Asamblea 600 representantes, número equivalente a los que llevaban la nobleza y el clero juntos; es decir, 300 cada uno.

No obstante, el monarca no determinó la manera en que se realizaría la votación. Alrededor de si el voto era por cabeza o por estamento, los asambleístas estuvieron discutiendo más de un mes. Si se hacía como siempre, por cada Estado de forma independiente, la clase privilegiada tendría la mayoría en la Asamblea: dos votos contra uno. Pero, si se decidía que la votación se efectuara individualmente, el tercer Estado con sus 600 representantes estaba en igualdad de condiciones en relación con la clase dominante. Es más, una parte importante de la representación del clero pertenecía al bajo clero, de origen humilde, la nobleza temía que se pasara a las filas del tercer Estado, dándole así a éste franca ventaja. A pesar de ser los representantes de la inmensa mayoría de la población, el tercer Estado solamente podía llevar 600 delegados a la Asamblea. Éstos debieron elegirse por votación. Para ello, la monarquía elaboró una ley electoral que estipulaba que de manera excepcional los ciudadanos que pagaban determinado tipo de impuesto podían votar. En consecuencia, los diputados del tercer Estado fueron, en esencia, de origen burgués; ni un campesino, ni un trabajador asalariado logró ser elegido.

Cada uno de los tres Estados llevaba a la Asamblea unos pliegos —*Los cuadernos de quejas*— que contenían sus demandas. Como es de suponer, la nobleza y el clero expresaban en sus requerimientos el deseo de que todos sus privilegios se les respetasen tal y como existían en aquel momento. Por su parte, la burguesía exigía la concesión de derechos políticos, la eliminación de los privilegios de la nobleza y la no intervención del gobierno en la esfera de la producción industrial, que trababa su desarrollo. Los cuadernos de la burguesía no sólo recogían los deseos de esta clase, sino que, como representante de todo el tercer Estado, también presentaban las solicitudes de las masas urbanas y del campesinado. Por último, el campesinado se lamentaba de la falta de tierras y del exceso de impuestos y derechos feudales.

Por fin, el 5 de mayo de 1789 se reunieron los Estados Generales en una sala del Palacio Real de Versalles, situado en las afueras de París. En el centro de la sala, llamada de los Pequeños Placeres, estaba situado el trono real. A ambos lados se situaron los diputados de la nobleza y el clero; los nobles vestían mantas con ricos bordados en oro, mientras el clero lucía sus mejores capas de seda, blancas unas, moradas otras. Al fondo de la sala se reunían los diputados del tercer Estado, todos vestidos de negro.

Al llegar el rey, su presencia fue saludada con aplausos unánimes. Cuando ocupó el trono, y según una antigua costumbre, se cubrió la testa, y los diputados de la nobleza y el clero, haciendo uso de un viejo privilegio, también se cubrieron. La tradición establecía que los diputados del tercer Estado escuchasen el discurso del rey de rodillas y con la cabeza descubierta. Pero, ante el asombro y la indignación de los altivos representantes del clero y la nobleza allí reunidos, los diputados burgueses, manifestando el espíritu reformista que los animaba, se cubrieron la cabeza y escucharon al rey de pie. A partir de ese día, el edificio donde se reunían los Estados Generales se vio rodeado por una muche-



Reunión de los Estados Generales presidida por Luis XVI, el 5 de mayo de 1789 en la sala de los Pequeños Placeres de Versalles.

dumbre de parisienses que iban de París al Palacio Real de Versalles para apoyar con su presencia a los diputados del tercer Estado.

La locución del monarca constituyó una gran desilusión para los representantes del tercer Estado. En breve discurso, Luis XVI no dijo ni una sola palabra acerca de las esperadas reformas, sino, por el contrario, se limitó a pedir dinero a la burguesía y a prevenir a los presentes contra cualquier innovación por considerarla peligrosa. La proposición del rey no podía aceptarse por la burguesía, pues ésta no estaba dispuesta a prestar dinero a la realeza sin asegurar primero su predominio sobre la monarquía.

En tanto, la primera cuestión que debían decidir los allí reunidos era cómo se efectuaría la votación dentro de la Asamblea, si por Estados o por individuos. Los delegados del tercer Estado comenzaron a exigir que el voto fuese personal y no por Estados, eso les permitiría alcanzar la mayoría, pero el alto clero y la nobleza se negaron a aceptar tal proposición. Los representantes del tercer Estado, en su mayoría burgueses, convocaron a los integrantes de otros estamentos a reunirse con ellos; entre los primeros en responder estuvieron los curas de aldea. Este bloque decidió asumir la dirección de la Asamblea, para lo cual se proclamó Asamblea Nacional; o sea, representantes de los intereses del pueblo francés. Aunque la mayor parte de este último no participaba en la Asamblea, sí estaba consciente que de ésta dependía



Diputados del tercer Estado reunidos el 20 de junio de 1789 en un frontón cercano al palacio, cuando fueron obligados por el rey a abandonar el salón de celebración de los Estados Generales.

la mejoría de sus miserables condiciones de vida, razón por la cual decidió apoyarla con todo calor.

Luis XVI y su camarilla prepararon un golpe contrarrevolucionario para aplastar por la fuerza a la Asamblea, pero este plan trascendió a las masas populares, las cuales

empezaron a armarse febrilmente en forma espontánea, con el fin de enfrentarse a la reacción y defender esa institución. Cuando el rey concentró tropas en París y Versalles, el pueblo comprendió que ya se iba a ejecutar el proyecto de la corte, entonces decidió iniciar la lucha armada: los parisienses se reunían en grupos numerosos, formaban multitudes en las plazas y calles de París, asaltaban las armerías y se enfrentaban a los soldados con puñales, pistolas, hachas, piedras y los más diversos objetos.

El juego de pelota

Cuando el 20 de junio, los diputados de la Asamblea Nacional se disponían a reunirse en su lugar de costumbre, la Sala de los Pequeños, se encontraron, para su sorpresa, el edificio custodiado por tropas reales y cerradas sus puertas. Entonces decidieron, con el apoyo de la muchedumbre, dirigirse en busca de otro local para sesionar y se reunieron en una espaciosa sala que antes había servido para jugar pelota. Tras múltiples vicisitudes y en contra de los intentos de los representantes del rey, los miembros de la Asamblea defendieron sus derechos y continuaron sesionando. Además de los diputados del clero de aldea también se les fue uniendo la nobleza liberal. El rey no tuvo otra alternativa que aprobar la reunión de los tres órdenes dentro de la Asamblea Nacional. El 9 de julio, ésta se proclamó Asamblea Constituyente. Este acontecimiento se conoce también como el juramento del juego de pelota.

La toma de la Bastilla

El 12 de julio de 1789, cuando el pueblo se enteró de la destitución del ministro Necker, se lanzó a la calle y, el día 14, el pueblo de París, guiado por su espontáneo impulso revolucionario, se apoderó de armas en el arsenal de la ciudad y decidió dirigirse a la temible y odiosa prisión de la Bastilla, cuyos cañones apuntaban hacia el barrio de San Antonio —donde vivían los artesanos, pequeños comerciantes y obreros—, y tomó esa fortaleza, la cual representaba, en aquel momento, al absolutismo omnipotente y constituía el principal punto de apoyo de

las tropas del rey. Con este acto se comenzaba la insurrección armada del pueblo francés contra la despótica y anacrónica monarquía absolutista; gracias a ello, la Asamblea Constituyente pudo salvarse de ser aplastada por las tropas del rey. Por eso, la historia ha recogido este hecho como el mejor símbolo del inicio de la revolución burguesa en Francia y se convirtió en la fecha patria de los franceses. La intervención armada del pueblo dio a la burguesía la posibilidad de controlar el poder político.

Esa masa, sin poseer aún en los primeros momentos una verdadera organización y responder al principio a los movimientos espontáneos, en los cuales la improvisación y el instante determinan grandemente —influida, en cierta medida, por la miseria que la aplastaba—, pronto fue transformándose en una masa motivada y conquistadora; sólo entonces pudo agruparse de manera meditada para la toma de la Bastilla, siguiendo, en la mayoría de los casos, a los cabecillas. Integraba ese cuerpo un 77 % básicamente de artesanos y detallistas, cuadros medios, burgueses y profesionales liberales, parte del proletariado flotante en el cual dos tercios de éstos no eran de París sino de provincias, padres de familia domiciliados muchos de ellos en el barrio de la Bastilla, de una edad media de 34 años. Pero en esa muchedumbre también podían encontrarse a las mujeres del mercado y del pueblo de París, que marchaban pidiendo pan. Como dato curioso, las investigaciones han destacado que entre ellos no había nadie con antecedentes penales.

La burguesía organizó una guardia especial, le dio el nombre de Guardia Nacional, integrada con elementos de su clase social: propietarios, comerciantes, industriales y miembros de las profesiones liberales. El objetivo de ésta era luchar frente a la reacción interna y la defensa de la propiedad privada. En aquella lucha, este sector, aún consciente de representar a todo el tercer Estado, centró su objetivo fundamental como clase en la realización de reformas tendentes a eliminar las trabas feudales que impedían las actividades



Las masas enardecidas marchan hacia Versalles.

capitalistas y, por ende, no podía resolver las necesidades de las masas populares, éstas tendrían que luchar por sus propias reivindicaciones.

Desde los primeros momentos del estallido de la revolución, el sector campesino, el más oprimido de la población francesa, inició insurrecciones en todo el país, con el objetivo de abolir derechos señoriales y demandar la distribución de las tierras de los latifundistas. Los campesinos, armados con hoces, guadañas y cuanto encontraban a mano, atacaban los castillos feudales, destruían los documentos en que aparecían escritos los aborrecidos derechos señoriales y ajusticiaban con sus propias manos a aquellos nobles terratenientes que más los habían oprimido. Las nuevas ideas revolucionarias y democráticas, llegadas más o menos implícitas en las noticias procedentes de París, coincidían con los rencores, aspiraciones y la actitud de los campesinos, determinada, en gran medida, por su estado de desesperación.



Representación caricaturesca de los soldados de la revolución, mal vestidos y peor armados.

Las insurrecciones campesinas alcanzaron grandes proporciones. Los nobles, horrorizados por estos acontecimientos y sumidos en el “gran pánico”, huían hacia el extranjero o estuvieron dispuestos a renunciar a algunos de sus privilegios. La burguesía dirigente comprendió, entonces, la necesidad de sofocar aquellos movimientos, prácticamente convertidos en una guerra campesina contra la propiedad

feudal y que, a su vez, ponía en peligro la propiedad privada burguesa. Algunos diputados de la aristocracia, por el miedo a la rebelión de los campesinos, exhortaron a los nobles y a la Iglesia a renunciar a algunas de sus prerrogativas, frente a lo cual, sin mejores alternativas, determinaron ceder. La Asamblea Constituyente decidió la eliminación de algunos privilegios de los grandes señores y de la Iglesia católica que afectaban a los campesinos; por ejemplo, las cargas feudales y el cobro del diezmo.

Mas, a pesar de la abolición de esos privilegios, se mantuvo el pago obligatorio de la renta feudal sobre la tierra, la cual era, en realidad, el mayor gravamen de la economía de la masa campesina; por tanto, la Asamblea Constituyente había dejado sin resolver su principal aspiración. Tampoco tomó medidas encaminadas a solucionar la crisis económica que afectaba al pueblo en general. La escasez de alimentos, debido a las malas cosechas, se hacía sentir duramente en las ciudades, donde, además, el desempleo por el cierre de manufacturas había multiplicado el número de mendigos y vagabundos.

Las masas manifestaban una gran inquietud; por esa razón, la Asamblea resolvió promulgar una ley marcial en la cual autorizaba a la Guardia Nacional a disparar contra la muchedumbre, en el caso de que pusiese en peligro el “orden público”. Pero al mismo tiempo se apresuró en proclamar un documento al cual se le dio el nombre de *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, preámbulo de la Constitución de 1791.

El principio más importante se expresa en el primer artículo: *Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos*. En la Declaración, la burguesía anulaba la división de la sociedad en estamentos y anunciaba la igualdad de todos los hombres ante la ley. De ese modo quedaban cancelados los privilegios de la nobleza. También se proclamaba el principio de la supremacía del pueblo y que los derechos naturales de todo hombre y ciudadano eran inviolables.

La violencia y el miedo

Para Michel Vovelle, la violencia y el miedo fueron dos componentes presentes en las mentalidades durante la revolución. En su obra *La mentalidad revolucionaria* enfatiza cómo los campesinos, del miedo por el rumor extendido sobre los bandoleros y salteadores que rondaban los campos y los amenazaban, pasaron —cuando la situación impuesta por los señores feudales se hizo irresistible— “en auténtico frente de lucha de clases” al asalto y saqueo de los castillos, a la destrucción de los documentos y a la ejecución de algunos señores, pocos en realidad, pero la trasmisión oral fue aumentando su número, así como la crueldad de la violencia para promover igualmente el miedo en otros sectores.

Un ejemplo fue la violencia extendida por los campos desde mediados de julio, debido al amotinamiento de los campesinos en demanda de sus reclamos a la Asamblea, se provocó entonces el “gran miedo”.



A los ciudadanos pasivos, aquellos que no tenían propiedad o cuya propiedad resultaba muy pequeña, se les excluía de los derechos políticos y, por tal razón, no podían participar en el gobierno de la nación, ni tenían la facultad de elegir siquiera a sus diputados o representantes a la Asamblea Legislativa. De los 25 millones de habitantes sólo 4 millones eran activos; esto es, poseedores de verdaderos derechos políticos. La Constitución de 1791, si bien significó un paso de avance, no tuvo un carácter plenamente democrático, al defender sólo los intereses de los grandes propietarios.

Al proclamar la Declaración los derechos a la libertad individual, de opinión, de prensa, de religión, a la propiedad privada, a la seguridad, a la resistencia frente a la opresión, etc., por igualdad entendía la igualdad jurídica —ante la ley— y por libertad, la de poder administrar la propiedad privada burguesa, considerada un derecho imprescindible. En la Declaración no se contemplaba la abolición de la esclavitud en las colonias francesas, debido a que un gran número de burgueses de la Asamblea Nacional tenía intereses en las grandes plantaciones coloniales; sobre todo, los diputados dueños de las de Saint Domingue, donde resultaba indispensable el trabajo esclavo. De esta forma, la gran burguesía en el poder defendía sus intereses de clase, al mantener una institución que constituía una verdadera contradicción con los principios de igualdad, libertad y fraternidad enunciados. Aun con limitaciones, la Declaración fue progresista para su tiempo, pues destruía los basamentos de la sociedad feudal.

En 1791, la Asamblea terminó de elaborar un cuerpo de leyes o constitución por la cual debía regirse el pueblo francés. En esa constitución, aun cuando tenía como preámbulo la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, en su articulado se dividía la sociedad francesa en ciudadanos “activos” y “pasivos”. A los ciudadanos activos —es decir, a los grandes propietarios—, la ley les concedía derechos políticos: derecho al voto, a portar



Facsimil de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Versión de Robespierre.

armas, a ser diputados, a formar parte de la Asamblea Legislativa y a ingresar en la Guardia Nacional.

La Asamblea no abolió la monarquía, pues ése no constituía su objetivo, ni se pensaba en eso, sino le confirió determinados poderes al rey. El monarca podía nombrar sus ministros, los oficiales del ejército y tenía la potestad del veto. En manos de la Asamblea sólo había quedado el derecho a promulgar leyes y a distribuir impuestos. La Constitución de 1791 estableció en Francia una monarquía constitucional defensora, en última instancia, de los intereses de la burguesía y los grandes latifundistas. Los sectores desposeídos no contaban en la nueva organización política que se le dio a Francia. Por eso, ese mismo año, los trabajadores empezaron a agruparse en organizaciones por oficios



Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano

Hemos seleccionado algunos de los principales artículos de la *Declaración...* para demostrar su significación en la época:

- I. Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos; por tanto, las distinciones sociales no tienen más fundamento que la utilidad común.
- II. El objetivo de toda sociedad política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre, a saber: la libertad, la seguridad, la propiedad y la resistencia a la opresión.
- IV. La libertad consiste en la facultad de hacer todo aquello que no perjudique a otro; por ende, el ejercicio de los derechos naturales de cada uno no tiene más límites que los que afianza a los demás miembros de la sociedad el goce de iguales derechos: solamente las leyes pueden determinar estos límites.
- XVII. Al ser la propiedad un derecho inviolable y sagrado, no puede privarse de él a nadie, sino cuando la necesidad pública legalmente justificada lo exija de manera evidente y con la condición de una indemnización previa y equitativa.

y acontecieron grandes huelgas populares. Entonces, la Asamblea promulgó un decreto presentado el 14 de abril por el diputado Le Chapelier, conocido a partir de ese momento por Ley de Le Chapelier, el cual prohibía las organizaciones obreras, las huelgas y prescribía rigurosas medidas contra sus transgresores. La finalidad era frenar las manifestaciones del creciente descontento popular.

Una de las primeras medidas adoptadas por la Asamblea fue destruir la antigua división de Francia en provincias y establecer en su lugar 83 departamentos de acuerdo con sus características económicas regionales. Automáticamente desaparecieron los impuestos aduanales que entorpecían las relaciones mercantiles internas. Se unificó el sistema monetario, el de pesas y medidas, y se introdujo el sistema métrico decimal. Otra medida de gran significación resultó la abolición de los gremios y de la reglamentación real de la industria, los cuales frenaban el desarrollo manufac-

ro. La burguesía impugnó los privilegios de la Iglesia católica, cuyos bienes se confiscaron. Las tierras eclesiásticas se pusieron a la venta a bajo precio, pero, en tan grandes lotes, que sólo la burguesía especuladora podía adquirirlas. Los especuladores las revendían después en pequeñas parcelas a los pocos campesinos que poseían algunos recursos.

A pesar de que la política de la burguesía era conservadora, el rey y su camarilla prepararon un golpe de Estado contrarrevolucionario, con el objetivo de aplastar esa fuerza y poder restaurar su absolutismo. Para ejecutar el plan, Luis XVI contaba con la ayuda de los gobiernos de los países de Europa que aún mantenían las más antiguas instituciones feudales, tales como Austria, Prusia y Rusia. Desde los primeros días del estallido de la Revolución francesa, estas monarquías habían mostrado inmensa preocupación, pues temían que aquel movimiento popular se extendiese al resto de Europa.

Por esta razón, los gobiernos de Prusia y Austria decidieron apoyar a Luis XVI, cuyo poder absoluto había sido abolido por la revolución. Por otra parte, más de 20 000 nobles del país galo, aterrorizados por los sucesos revolucionarios, habían huido a la ciudad alemana de Coblenza, cerca de la frontera, donde contaban con el apoyo de los gobiernos austríaco y prusiano, y prepararon la invasión al territorio francés, con el fin de restaurar el viejo orden.

En junio de 1791, Luis XVI, quien dirigía secretamente ese plan, decidió huir con su familia hacia el extranjero. La noche del 20 al 21 de junio, el rey y la reina se comportaron como de costumbre, para no despertar sospechas. A la misma hora de siempre se fueron a descansar. Pero tan pronto quedaron solos volvieron a vestirse, no con sus trajes de la corte, sino con una ropa muy modesta. Ellos y los demás conspiradores salieron a pie del palacio en grupos de a dos, para pasar inadvertidos. Dos coches esperaban a los fugitivos para llevarlos lejos de París, rumbo a la frontera.

En la capital, la noticia de la fuga de la familia real había volcado las masas a la calle. El 21 de junio por la mañana, los parisienses se despertaron al toque de rebato de las campanas, acompañado de tres cañonazos. Ésa era una señal de alarma. Enseguida, la noticia corría de boca en boca: el Palacio Real estaba vacío, el rey y la reina habían huido de la capital. Las masas, reunidas en plazas y parques, expresaron la indignación en los edificios públicos y destrozaron los bustos y estatuas del monarca.

Pasó la noche y el siguiente día. La comitiva real se aproximaba cada vez más a la frontera. Caía la tarde, el cielo se teñía de rojo. El monarca, quizá para respirar aire fresco, asoma la cabeza fuera del coche. A la orilla del camino, un joven mira distraídamente pasar la comitiva. El rostro asomado a la ventanilla de un carruaje despierta su curiosidad. ¿Dónde he visto esa cara?, se pregunta el muchacho. De pronto, se ilumina su rostro. ¡La recuerda! La cara del hombre del coche es la misma que aparece en las monedas de oro. ¡Es la cara del rey! Dio la alarma y los fugitivos fueron detenidos en Varennes, no lejos de la frontera. El 25 de junio, los devolvieron a París. Ésa constituyó la gota que colmó la copa, el pueblo en numerosas manifestaciones demandaba la abdicación de Luis XVI y la destitución de La Fayette, entonces jefe de la Guardia Nacional.

Cada vez con mayor insistencia, los oradores callejeros exigían que se eliminara la monarquía y se instaurara una república. El grupo más reaccionario de los grandiosos —quienes se organizarían en el club de los fuldenses— encarnaba el ala conservadora de la Asamblea Constitucional; éstos, junto con los representantes de la nobleza liberal, procuraron encubrir el intento de fuga del rey, valiéndose de un pretexto: Luis XVI no había tratado de huir, sino había sido secuestrado. Ellos temían que el derrocamiento de la monarquía diera lugar a una revolución popular más democrática y radical. El pueblo de París, indignado por aquella acción de la familia real y por



Momento en que Luis XVI, su esposa María Antonieta y sus tres hijos eran interceptados por el pueblo, cuando vestidos modestamente —algunos afirman que de sirvientes—, trataron de huir de Francia.

la postura conciliatoria de los sectores conservadores, se lanzó a la calle en una gran manifestación de protesta que el 17 de julio de 1791 se concentró en el Campo de Marte, demandando que el monarca fuese destronado, juzgado y condenado a muerte por su actitud de traición a la revolución.

Las autoridades de París y la Guardia Nacional, al mando de La Fayette, no respetaron el carácter pacífico de la manifestación e hicieron fuego contra ella, causando más de 50 muertos. La Fayette, noble liberal que había participado en la guerra de independencia de las Trece Colonias, era una de las personalidades más importantes en los inicios de la revolución, pero su actitud vacilante ante la



Las masas populares, al enterarse de la fuga del rey y su familia, salieron a las calles de París a quemar los emblemas monárquicos en señal de ira y protesta.



Los asignados

La falta de recursos y la imposibilidad de cobrar impuestos decidió a la Asamblea a poner en venta los bienes de la Iglesia, para asumir el pago de los gastos públicos. Se creó una caja extraordinaria para recaudarlos y se emitieron 400 millones de billetes *asignados*, bonos nominales de un 5 % de interés.

Al no ser comprados, la Asamblea los convirtió en papel moneda de curso forzado sin interés. Mas, la carencia de dinero del campesinado para suscribir los bonos facilitó su adquisición por la burguesía y los bienes de la Iglesia pasaron, en su mayoría, a este sector de la sociedad.



Marqués de La Fayette (1757-1834).

monarquía, su oposición a las posiciones radicales y con la acción realizada en el Campo de Marte, acabó por perder su popularidad y la confianza del pueblo. No recuperó un lugar en la política hasta después de 1830 con la caída de los Borbones. El hecho, recogido después por la historia con el nombre de Matanza de Marte, tuvo una gran significación: por primera vez, desde el inicio de la revolución, una parte del tercer Estado —la burguesía— había atacado con las armas a la otra parte —el pueblo—. A partir de entonces, las masas se percataron del abismo existente entre los propósitos perseguidos por la burguesía en aquel proceso y los objetivos por los cuales luchaban. Comprendieron la necesidad urgente de derrocar la monarquía y establecer una república capaz de garantizar el predominio de la voluntad del pueblo. En esta situación de gran efervescencia revolucionaria cesó la Asamblea Constituyente.

A pesar del intento de huida de la familia real y de las protestas populares, la monarquía no se abolió de inmediato. El rey debía compartir el poder con una Asamblea Legislativa que rigió a partir de 1791. Los representantes para la Asamblea se eligieron de acuerdo con la ley electoral de la Constitución de 1791, la cual concedía el derecho al voto sólo a los ciudadanos activos. Por tal razón quedó conformada de la manera siguiente: la mayoría estaba integrada por la gran burguesía, propietarios de extensos territorios, banqueros, grandes comerciantes manufactureros, altos funcionarios judiciales y la mediana burguesía —comerciantes, manufactureros, abogados y otros miembros de las profesiones liberales, provenientes, en su generalidad, de las provincias—. La minoría la constituía la pequeña burguesía —maestros artesanos, tenderos y empleados—.

El grupo más notable de la burguesía comercial-manufacturera procedía de la provincia de la Gironda, importantísima región industrial dedicada principalmente a la producción vinícola. Este conjunto, los girondinos, nombre concedido con poste-

rioridad por la historia, integró un partido moderado dentro de la Asamblea Legislativa. La pequeña burguesía, constituía la minoría de la Asamblea, formó el partido más democrático. Entre sus miembros más combativos se encontraban Robespierre, Saint Just y Dantón, por sólo mencionar algunos. Ellos acostumbraban reunirse en un local de París —el convento de San Jacobo—, sito en la calle de Saint-Honoré. A partir de 1791, con la sustitución de la Constituyente por la Asamblea Legislativa, la vida del club jacobino se hace más activa, resulta mayor su influencia y sus presiones hacia el rumbo democrático de la revolución.

La Asamblea Legislativa se entorpeció siempre en sus funciones por la actitud del rey, al rechazar constantemente las leyes y acuerdos de ella. Por ejemplo, el monarca vetó la ley propuesta por la Asamblea que determinaba la confiscación de las propiedades de los nobles que habían emigrado al extranjero, para ponerse al lado de la contrarrevolución. El problema agrario, el fundamental, quedó sin resolver y los campesinos siguieron pagando los tributos feudales, lo cual provocó que en esta época acontecieran rebeliones campesinas demostrativas del descontento de esta capa social con el curso de la revolución.

La situación fue haciéndose cada vez más difícil. En las ciudades había una gran escasez de alimentos, con el consiguiente acaparamiento de artículos de consumo para su venta a sobreprecio, lo cual originaba grandes tumultos en la población. Por otra parte, la reacción realista continuaba sus preparativos contrarrevolucionarios. Para ello contaba con la ayuda de los gobiernos feudales europeos, que planeaban intervenir con sus ejércitos en Francia, con el fin de aplastar a la dirigencia revolucionaria y restablecer el absolutismo monárquico. Ante la grave situación interna de crisis económica e inestabilidad política, los girondinos decidieron apresurar el estallido de la guerra contra la Europa feudal absolutista, buscando distraer la atención de las masas hacia la defensa de la patria

El club de los jacobinos

Los miembros del club surgieron como integrantes de la Sociedad de Amigos de la Constitución, que tendría, a partir de noviembre de 1789, su sede en el convento de los jacobinos. En breve devendría el más importante club de la revolución, logrando organizar una significativa red de sociedades y afiliados en provincias. No todos sus miembros mantenían similares posiciones, pero pronto fueron destacándose aquellas figuras de tendencia más de izquierda, como Marat y Robespierre, Petión y Brisot, entre otros. Maximiliano Robespierre llegó a ser la personalidad más destacada dentro de los jacobinos.

y deshacerse de los elementos radicales, enviándolos al frente de batalla. La oportunidad no se hizo esperar, cuando, el 25 de marzo de 1792, Francisco II de Austria reclamó la devolución de los feudos de Alsacia a los príncipes que los habían poseído. En esas condiciones, los girondinos aprovecharon para llevar a efecto sus planes y, el 20 de abril, la Asamblea, controlada por ellos y el rey, declaró la guerra a Austria. Federico Guillermo de Prusia se dispuso a apoyar a los austríacos. Los girondinos comenzaron el ataque por los Países Ba-



Maximiliano Robespierre.



Tres visiones frente a la extensión de la guerra

- En carta del 9 de diciembre de 1791, María Antonieta expresó a Mercy-Argenteau, al referirse a la guerra: “los imbéciles no ven, si hacen tal cosa que nos ayudan, porque será inevitable, si nosotros empezamos, que todas las Potencias intervengan para defender los derechos”.
- Los girondinos se manifestaban: “Digamos a Europa que sus gobiernos lanzan a los reyes a una guerra contra todos los pueblos, nosotros lanzaremos a los pueblos a una guerra contra los reyes”.
- Robespierre levantaba su voz y esgrimía proféticamente: “La guerra será mala para la revolución. Si perdemos, porque los monarcas restaurarán a Luis XVI, si ganamos porque daremos pie a una dictadura militar”.

jos, pero las condiciones no les resultaron propicias. Ante los fracasos decidieron no seguir la contienda, a lo que tampoco mostraron mucho interés ni austríacos ni prusianos, deteniéndose de esa forma el enfrentamiento.

Además de los gobiernos feudales absolutistas, Inglaterra, un país capitalista, se convirtió en el principal enemigo de la revolución. La burguesía inglesa temía a la radicalización del proceso francés, pues podía despertar el auge de las tendencias democráticas dentro de Inglaterra. Por otra parte, la revolución antifeudal francesa posibilitaría el desarrollo del capitalismo en Francia y daría lugar a una mayor compe-



Ruget de L'Isle canta por primera vez en Estrasburgo el 20 de abril de 1792 el canto de guerra para el ejército del Rin: *La Marsellesa*.

tencia frente a los ingleses. A pesar de las anteriores razones, Inglaterra no le declaró la guerra a Francia, pues temía perder el importante mercado francés.

En realidad, Francia no estaba en condiciones de enfrentar una guerra a causa de la crisis económica, del auge de la contrarrevolución interna y del mantenimiento del ejército en manos de los jefes tradicionales, aspirantes a derrotar la revolución y a unirse al enemigo. Así, desde las primeras batallas, al ser derrotado el ejército francés, en breve hubo de manifestarse la indisciplina entre los soldados por falta de confianza en sus superiores. Las condiciones favorecieron la invasión de Francia por las tropas extranjeras. Frente a la amenaza foránea, las secciones parisinas se levantaron en pie de guerra al grito: “*la patria está en peligro*” y la Asamblea Legislativa se vio obligada a distribuir armas entre la población, en la cual el sentimiento patriótico había calado en su psicología social y una mentalidad revolucionaria se iba consolidando. Los trabajadores de París crearon secciones sediciosas y sus representantes constituyeron, en junio de 1792, un órgano de gobierno municipal autónomo conocido por la Comuna, centro de la acción revolucionaria de las masas.

Con la revolución se habían fortalecido los sentimientos nacionales. La soberanía nacional había sido uno de los principios de los hombres de la Ilustración; para Montesquieu, enemigo de la monarquía absoluta, el poder estaba en la nación. El concepto de patria empezó a extenderse a los franceses. A partir de esos momentos, patriotismo y civismo estuvieron fuertemente asociados a la nación, a Francia. El patriotismo se identificaba con los nuevos símbolos: la bandera tricolor, el gorro frigio y un nuevo himno: *La Marsellesa*. En el arte, ese sentimiento se manifestó mediante los cuadros de David; entre ellos, el hecho en tributo póstumo a Marat con la pintura *Marat en el baño*. Se estableció la enseñanza de la Historia como vía de fomentar los sentimientos nacionales.

También se desarrolló una nueva actitud ante la muerte. Había que recordar a los



héroes y perpetuar su memoria, para garantizar la continuidad del espíritu revolucionario y patriota; entonces, la revolución creó una necrópolis nacional conocida como el Panteón, adonde se trasladaron las cenizas de Voltaire, Rousseau, y otros. Para todo combatiente, ese héroe anónimo, se estableció que llevara un pendón con la leyenda: “El hombre justo nunca muere, vive en la memoria de sus conciudadanos”. Surgió así un ritual en correspondencia con la nueva época, en el cual se eliminan la pompa de la nobleza y elementos de la superstición.

Los *sans-culottes* vestían chaqueta corta con el pantalón largo, a manera de contraste y de rechazo a las medias que identificaban el atuendo de la aristocracia, y usaban el gorro frigio de los antiguos esclavos emancipados. Se estableció la costumbre de tutearse y de llamar a los demás ciudadanos. Participantes en la toma de la Bastilla como parte de la muchedumbre activa, en la primavera de 1792 se convirtieron en importante fuerza de la revolución, cuando los jacobinos, al no poder contar con la Guardia Nacional, acudieron a este sector republicano integrado por pequeños comerciantes y artesanos para hacer frente a la contrarrevolución. Michel Vovelle considera que alcanzaron su organización como *sans-culottes* durante el verano de 1792.

Como parte de la nueva mentalidad que fue desarrollándose con la revolución, tenemos la presencia femenina en los tribunales revolucionarios, aunque eran muy pocas y apenas se las escuchaba, pues resultaba un acto mayoritariamente masculino; pero ya ellas estuvieron presentes y también se las encontró, de forma más decidida, en los motines y revueltas. Además, se legitimó y teorizó sobre la violencia revolucionaria, la cual pasó, inclusive, a influir en diversas manifestaciones de la cultura popular; en esos momentos se contó con la aparición y empleo frecuente de coplas que constituían una tradición proveniente de las ferias. Los cantos que pudieran parecer sencillos, en ningún caso fueron elementales:

La Marsellesa

Originalmente era la canción de guerra para el ejército del Rin, compuesta por el capitán de ingenieros Rouget de L'Isle y adoptada por un batallón de marseleses. En 1792, recibió el nombre de *La Marsellesa* y desde 1879 es el canto nacional de los franceses. Sus estrofas dicen:

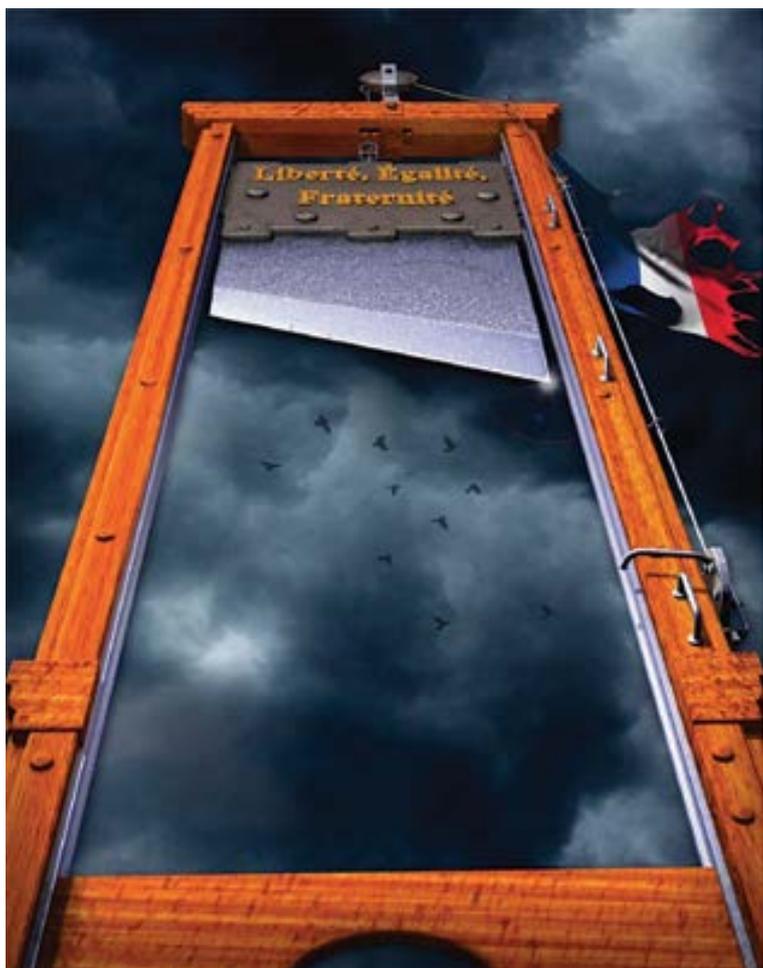
<i>Alons, enfants de la Patrie,</i>	Vamos hijos de la patria,
<i>Le jour de glorie est arrivé!</i>	¡ha llegado el momento de la gloria!
<i>Contre nous de la tyrannie</i>	En contra nuestra, la tiranía
<i>L'éntendard sanglant est levé!</i>	Ha levantado su bandera sangrienta.
.....
<i>Aux armes, citoyens</i>	¡A las armas, ciudadanos!

*Poco nos ha costado
Nuestra feliz libertad
Sólo algunas cabezas nos costó
A los que no les hizo ninguna gracia
Pero no hay buenas fiestas...
Sin vasos rotos
En la tranquilidad
Se goza la libertad*

Los líderes del partido jacobino sobresalían por sus encendidos discursos revolucionarios en defensa de las reivindicaciones democráticas de las masas, que reclamaban, ante todo, la destitución del rey traidor, la proclamación de la república, la disolución de la Asamblea Legislativa y la formación de una nueva asamblea del pueblo elegida entre todos los ciudadanos, sin distinción de ninguna clase entre activos y pasivos.

El ascenso de los girondinos

El 10 de agosto de 1792 estalló de nuevo la sublevación de todo el pueblo de París contra la Asamblea Legislativa y contra la gran burguesía dirigente, cuya actitud vacilante y moderada, junto a las consecuencias de la guerra, había causado que el



Guillotina: El diputado Guillotin propuso inventar una máquina de acción rápida para decapitar al reo.

proceso revolucionario estuviese a punto de abortar en manos de la reacción. El triunfo de la insurrección popular puso fin a la resistencia de los girondinos y obligó a la Asamblea Legislativa a deponer a Luis XVI y convocar una nueva Asamblea. El pueblo, que debía marchar al frente de batalla y temía dejar detrás a los elementos más conservadores, decidió en aquel momento, influido por los exaltados discursos de los líderes jacobinos, aplicar con sus propias manos la justicia revolucionaria. Así, cientos de elementos contrarrevolucionarios fueron llevados a la guillotina, máquina recién inventada para ajusticiar a los condenados a muerte. El gracejo popular pronto entonó una canción que decía en sus estrofas:

*El diputado Guillotín
En medicina*

*Muy hábil y muy pillín
Hizo una máquina...*

Después de liquidar la reacción interna con el ajusticiamiento de miles de contrarrevolucionarios que se hallaban en las cárceles, el pueblo armado en forma muy deficiente, pero con un gran espíritu revolucionario, se lanzó al campo de batalla a enfrentarse al enemigo extranjero que amenazaba las puertas de París. El harapiento ejército revolucionario popular logró obtener su primera gran victoria cerca de la aldea francesa de Valmy, desde donde se obligó a las fuerzas extranjeras a retroceder. A partir de ese momento, las tropas francesas pasaron a la ofensiva y pudieron ocupar, más tarde, hasta el territorio de Bélgica. Entusiasmado por la victoria, el pueblo francés, eligió entonces una nueva Asamblea a la cual se le dio el nombre de Convención.

El llamado partido girondino, de propensión más conservadora y representante de la burguesía y de la nobleza liberal, constituyó el grupo más numeroso dentro de la Asamblea y por esa razón pudo tener, desde un principio, su control. Tendieron a irse alejando de las posiciones izquierdistas de los jacobinos, asumiendo actitudes de derecha y, a su vez, de sus filas se había desprendido un grupo de inclinación aún más conservadora, representantes de la extrema derecha: el partido de los fuldenses, integrado por la gran burguesía reaccionaria y monárquica y dirigido desde sus inicios por La Fayette, Bailly y el triunvirato compuesto por Barnavé, Duport y Alejandro Lameth. Dentro de los jacobinos fue destacándose el grupo representado por Robespierre, Saint Just, Chabot, Bazire, Marat y Dantón; lo integraban aquellos sectores y clases cuyas demandas no habían sido satisfechas, exigían medidas más revolucionarias y radicales y formaban la extrema izquierda; éstos recibieron el nombre de la montaña jacobina o montañeses por sentarse en los bancos más altos de la sala. Ya para entonces, la derecha e izquierda no se distinguían por el lugar donde se sentaran

en la Asamblea Constituyente, sino por las posiciones políticas que asumieran.

Dentro de la Asamblea había un nutrido grupo de burgueses que integraba la mayoría y no formaba parte ni del partido girondino ni del jacobino, irónicamente se les designó con el nombre de *pantano*, el cual cedía, según las circunstancias, a las influencias del grupo más fuerte, pero su voto resultaba decisivo para poder tener el control de ella. Un ejemplo de las vacilaciones y acomodos manifestados entre algunos de los participantes de la revolución, lo era el hábil y oportunista Joseph Fouché (1758-1820); unas veces, al lado de Robespierre y del terror revolucionario —estuvo de acuerdo con la ejecución de Luis XVI—, otras, junto a los girondinos en la conspiración contrarrevolucionaria. Años más tarde, llegó a ser figura próxima a Napoleón, su jefe de la policía. Ocupó cargos durante la revolución, pero posteriormente, al producirse la caída del imperio, contribuyó a la restauración de los Borbones. Quien lea la biografía de Fouché escrita por Stefan Zweig tendrá una visión más clara de tan compleja y contradictoria personalidad. Del mismo autor es la amena y rica biografía novelada de María Antonieta, similar a la primera permitirá adentrarse en el mundo y actitudes de la reina.

Fuera de la Convención estaba el grupo más radical, conocido con el nombre de *rabiosos*, que representaba los intereses de las masas desposeídas. Los rabiosos presionaron de tal forma sobre la Convención, que a los girondinos, en esos momentos dominaban la Asamblea, no les quedó otra alternativa que derrocar la monarquía y proclamar la república el 21 de septiembre de 1792; todo lo cual constituía una legítima aspiración del pueblo. Pero sus necesidades más imperiosas quedaron sin resolver por la Convención. La situación del pueblo empeoró con la guerra: la escasez de alimentos se intensificó, pues se especulaba con el precio de éstos y entonces se hicieron cotidianos los tumultos de la población hambreada.

La masa campesina, movida más por la inanición, la miseria y la necesidad de la eliminación del dominio feudal, había venido manifestándose en 1792, con cierta unidad, unas veces espontánea y otra forzada, contra el enemigo: el noble. Se atacaron los castillos, las propiedades de los señores feudales y se destruyeron los signos y símbolos del feudalismo.

Se hacía inevitable adoptar disposiciones que trataran de hacer menos penosa la vida del pueblo. Por ejemplo, fijar un precio límite al pan, con el fin de evitar la especulación, la cual traía como consecuencia el encarecimiento de esa mercancía vital para la población. Pero tal medida significaba restringir la libertad de comercio, una de las principales demandas de la burguesía; razón por la cual, el grupo girondino que dominaba la Asamblea, lejos de establecer un precio máximo a ese artículo de primera necesidad, decretó la completa libertad en el comercio de granos (harina), con la sola prohibición de que se exportase al extranjero. La acción de los girondinos originó la indignación de las masas populares, cuya situación de escasez y hambre empeoró aún más con esta decisión.

Por otra parte, la condición del ejército revolucionario francés que se hallaba en el frente se hacía cada día más difícil: los soldados carecían de ropa, de alimentos y de armamentos. En algunas ocasiones, los altos oficiales traicionaron a la patria y se pasaron al ejército enemigo, recrudesciendo la falta de disciplina y organización. La actitud de los jefes provo-



Con el empleo de los batidores de espigas de trigo como símbolo, los campesinos destruyen los viejos emblemas del orden feudal, para dar paso al nacimiento de las cosechas de los nuevos tiempos.

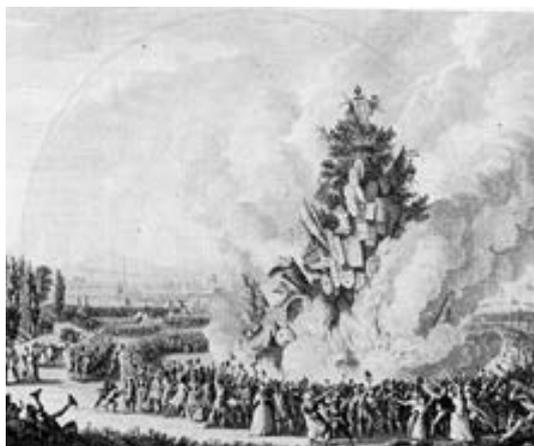


Principales medidas de la Convención impuestas por los jacobinos

Fijaron un precio máximo para el pan, alimento imprescindible para la población. Determinaron que los ricos (burgueses) tenían que hacer un empréstito obligatorio al Estado, el cual estaba escaso de recursos financieros. Establecieron un impuesto progresivo sobre las ganancias de la burguesía, con el propósito de aumentar los ingresos del Estado. Decretaron el reclutamiento en masa de la población con la finalidad de fortalecer al ejército y poder atacar en forma efectiva a la contrarrevolución. Constituyeron un tribunal revolucionario para castigar enérgicamente a los enemigos de la revolución.

có, con frecuencia, las deserciones de los soldados y contribuyó a que el ejército contrarrevolucionario enemigo pudiese ganar terreno, haciendo casi segura la derrota del ejército francés. Para el 19 de agosto, las fuerzas austro-prusianas habían invadido parte del territorio de Francia.

También dentro de la misma Francia, la contrarrevolución se había fortalecido como consecuencia de la vacilante política del grupo de la burguesía dirigente. En la región de La Vendée, en el oeste del país, había podido organizar un poderoso foco, debido a que este territorio, eminentemen-



Grabado de Prieur en el cual se ilustra el auto de fe de los signos del feudalismo (emblemas y escudos).

te agrícola, era uno de los más atrasados de Francia. Allí les resultó relativamente fácil a la nobleza y al clero, con su propaganda contrarrevolucionaria, hacer creer a los campesinos —aún muy apegados a una mentalidad patriarcal forjada durante tantos años de servidumbre— la necesidad de luchar contra la revolución para defender la religión y al rey.

La revolución se hallaba en una posición muy difícil. Se hacía imperioso, por parte de la Convención, adoptar medidas enérgicas con el fin de aplastar la contrarrevolución interna y externa. Pero la Asamblea, dominada por los girondinos, mantuvo su política moderada y, entonces, los jacobinos, apoyados en las masas populares, iniciaron un movimiento democrático que exigía se tomasen medidas enérgicas y decisivas que respondiesen a las necesidades del pueblo revolucionario. Los dirigentes jacobinos de la Convención, a pesar de la oposición de los girondinos, decidieron llevarlas a cabo para salvar la revolución.

Las medidas originaron la reacción de los girondinos opuestos a su aplicación, al mismo tiempo trataban de eliminar a los principales dirigentes demócratas, provocando la lucha divisionista en el seno de la Convención y el desencadenamiento de la guerra dentro de la misma Francia. Similar actitud convirtió, de hecho, a los girondinos en una fuerza contrarrevolucionaria, pues era un momento en que la revolución estaba acosada por el enemigo extranjero, cuyos ejércitos amenazaban con invadir el territorio francés y, por tanto, se hacía necesario unificar todas las fuerzas revolucionarias y adoptar todo tipo de decisiones encaminadas a aplastar de manera definitiva la reacción interna y externa.

La crisis se agudizó más por las discrepancias surgidas entre girondinos y jacobinos respecto de la actitud a seguir con el soberano. Se sabía que éste mantenía en secreto sus vínculos con otros monarcas y con los enemigos, para seguir la contrarrevolución y provocar la intervención extranjera. Después de un dilatado proceso en la Convención, donde los representantes



María Antonieta es decapitada según un óleo sobre tabla de la escuela danesa.

de la alta burguesía y sectores conservadores frenaban las acciones más radicales. Robespierre se alzaba enérgicamente solicitando la pena de muerte para el rey, y junto a él, Marat exigía el cumplimiento de esa demanda. Finalmente, las fuerzas revolucionarias lograron llevar a la guillotina a Luis XVI el 21 de enero de 1793.

Los jacobinos en el poder

Los jacobinos y Robespierre comprendieron, en ese momento, la necesidad de expulsar de la Convención al partido girondino. Por esa razón, el 31 de mayo de 1793 comenzó la ofensiva de las fuerzas democráticas contra ese grupo, el cual fue expulsado de la Convención y sus principales líderes condenados a morir en la guillotina. De este modo, el poder pasó a manos de los jacobinos, representantes de los intereses de la pequeña burguesía. Los asalariados y los campesinos los apoyaban.

Los principales dirigentes de los jacobinos fueron Marat y Robespierre, ambos, desde mucho antes, habían clamado por la destitución del rey, la disolución de la Asamblea Legislativa y la formación de una nueva, pero elegida entre todos los ciudadanos, sin distinción de riquezas.

Desde su periódico *El Amigo del Pueblo*, Marat había alertado igualmente que debía desconfiarse del rey y de la Asamblea Legislativa, porque consideraba que era el peor enemigo del pueblo; por ende, mientras existiera, trataría de vengarse de ellos y de arrullar falsas promesas. Los exhortaba a exigir la convocatoria de una convención para juzgar al rey y revisar la constitución.

Jean-Paul Marat (1743-1793), conocido como *el Amigo del Pueblo*, había nacido en Suiza en 1743. Era médico de profesión. Al estallar la revolución, renunció a su carrera científica y a su vida tranquila, dedicando todo su entusiasmo a defender los intereses de los pobres de las ciudades y el campo.

Ningún otro revolucionario fue tan acosado como él. Durante la revolución se le persiguió siete veces por las autoridades, viéndose obligado a esconderse y continuar la lucha clandestinamente. En una oportunidad, las autoridades burguesas dieron la orden de detener a Marat. Para evitar caer preso, el Amigo del Pueblo tuvo que esconderse



Jean-Paul Marat.



Maximiliano Robespierre

Abogado de Arrás, devino un destacado revolucionario por la pureza de sus ideas y actitud política; dada su honradez y posición intachable recibió el calificativo de *el Incorruptible*. Fue diputado a la Asamblea Constituyente y miembro de la Convención. Consideró el terror una necesidad política; por eso, en su discurso del 5 de nivoso del año II (25 de diciembre de 1793) dijo: “El gobierno revolucionario debe prestar a los buenos ciudadanos toda la protección nacional; y no debe a los enemigos del pueblo más que la muerte”.

Michel Vovelle: *La mentalidad revolucionaria*.

en las miserables viviendas de los pobres de París, a las cuales no llegaba la luz del sol. Durante ocho meses trabajó en un oscuro sótano, enfermándose de la vista. El pueblo lo respetaba y lo quería porque veía en él a su defensor desinteresado.

Maximiliano Robespierre (1758-1794) devino el orientador del Comité de Salud Pública y jefe del gobierno jacobino revolucionario. Abogado de provincia, autor en su juventud de versos sentimentales, discípulo entusiasta de Rousseau, en el transcurso de algunos años de lucha llegó a ser un destacado revolucionario y un gran hombre de Estado. Muy popular entre el pueblo antes de entrar en el gobierno revolucionario, su popularidad creció de manera incommensurable en los dos últimos años de su vida. Gozaba entre los jacobinos de una autoridad indiscutida.

Robespierre no ocupaba ningún cargo especial y no tenía más poderes jurídicos que sus camaradas, pero había logrado una influencia tal, que obligaba a la Convención, a Francia y a Europa entera a escuchar con atención cada una de sus palabras. Se había consagrado totalmente y sin reservas al servicio de la revolución. “No se ha hecho bastante por la patria, cuando no se ha hecho todo”, decía.

No se dejaba arrastrar, como Mirabeau o Dantón, a la esfera de los intereses personales. Robespierre era implacable con los

enemigos de la revolución. La influencia que él ejercía sobre sus contemporáneos se originaba en la profunda convicción de la justicia de su causa. Al llegar a la cima del poder conservó el mismo tren de vida modesta que cuando era todavía un desconocido. El pueblo lo quería y apreciaba su desinterés y probidad absolutos, por eso lo llamaba: *el Incorruptible*.

Pero a despecho de todas las cualidades que lo hacían el jefe sin igual de la dictadura jacobina y un gran demócrata, Robespierre era un revolucionario con las características lógicas del hombre político pequeñoburgués-radical del momento. Sus ideas resultaban avanzadas para su época; mas, no sabía en qué clase o fuerzas sociales debía apoyarse la dictadura jacobina y permanecía vacilante en una cuestión decisiva para la revolución. Veía venir el peligro por parte de la gran burguesía que trataba de liquidar las conquistas democráticas de la revolución, y la atacaba, pero no se decidía a apoyarse por completo en las capas inferiores, en los pobres de las ciudades y del campo, el sostén más seguro de la dictadura jacobina. Además, daba pruebas frecuentemente de indiferencia e incomprensión con respecto a algunas de



Dantón, figura revolucionaria de posiciones controvertidas. Sus actitudes vacilantes lo llevaron a la guillotina.

las reivindicaciones, necesidades y aspiraciones de los obreros.

A pesar de sus vacilaciones, una vez en el poder, los jacobinos trataron de resolver los problemas urgentes de las masas y adoptaron las medidas más enérgicas y decisivas. Elaboraron, además, una nueva Constitución (1793) penetrada de las ideas democráticas de Juan Jacobo Rousseau, pues establecía, entre otras cosas, derechos electorales para toda la población. Expresaba cómo el gobierno debía garantizar al hombre sus derechos naturales e imprescriptibles: la libertad, la igualdad, la seguridad y la propiedad. Esclarecía cómo las leyes se propondrían por la Asamblea Legislativa, pero sólo el pueblo —mediante asambleas— podría decidir su aprobación. Esta Constitución resultaba mucho más democrática que la elaborada en 1791.

Los jacobinos se habían apresurado en promulgar la nueva Constitución, con la finalidad de unificar a la mayoría del pueblo en torno a su gobierno, pero no pudieron ponerla en vigor debido a la situación tan difícil por la cual atravesaba Francia en aquellos momentos con la guerra en el exterior y la contrarrevolución interna. Se precisaba concentrar el poder en manos del gobierno revolucionario capaz de aplicar, en cada momento, las medidas extremas que resultasen imprescindibles. Los jacobinos establecieron una dictadura, con ella gobernaría a favor de los intereses democrático-burgueses para garantizar el cumplimiento de las leyes revolucionarias y depurar a los funcionarios estatales dudosos.

Frente a las posturas irresolutas y oposicionistas de los miembros girondinos del Comité de Salud Pública, fue necesario renovarlo, se efectuó la destitución de Dantón, quien pasó abiertamente a la oposición girondina y se puso al frente de los llamados “indulgentes”. Entre otras acciones, el terror girondino ordenó a la joven Carlota Corday dar muerte a Marat el 13 de julio; así murió apuñalado, mientras tomaba un baño. También ejecutaron al jefe de los



El club de los jacobinos. Reunión en la biblioteca de un convento de los dominicos en la calle Saint-Honoré.

jacobinos de Lyon: Charlier. Frente a la amenaza y las acciones terroristas de girondinos y monárquicos, el nuevo Comité de Salud Pública debió tomar medidas más drásticas y alcanzar el apoyo de las masas.

Con el objetivo de mejorar la situación del pueblo requisaron mercancías que después se enviaron a los soldados que estaban en el frente o se entregaron a los

La Revolución estableció un nuevo calendario

En 1793, se estableció un nuevo calendario, el de la era republicana, iniciándose con el año uno (An I). Se dividió el año en 12 meses de 30 días cada uno (360 días). Había cinco días que eran complementarios y declarados festivos. Los meses del año tomaron los nombres de las estaciones con tres para cada una:

Otoño

Vendimiario, mes de la vendimia.

Brumario, mes de la bruma o niebla.

Frimario, mes del hielo o escarcha.

Invierno

Nivoso, mes de las nieves.

Pluvioso, mes de las lluvias.

Ventoso, mes de los vientos.

Primavera

Germinal, mes de las semillas.

Floreal, mes de las flores.

Pradial, mes de los prados.

Verano

Mesidor, mes de la mieses o de la cosecha.

Thermidor, mes del calor.

Fructidor, mes de los frutos.



Debido a su enfermedad, Marat acostumbraba a tomar frecuentes baños. El 13 de julio de 1793, una joven procedente de la nobleza e influenciada por los girondinos de La Vendée, Carlota Corday entró y le clavó un cuchillo. Obra del pintor David.

hambrientos ciudadanos de las grandes poblaciones. Promulgaron decretos contra los nobles reaccionarios, los emigrados y los acaparadores, éstos se castigaban sin



Facsimil de dos periódicos populares *El amigo del Pueblo* y *La Gran Cólera*.

contemplación con la pena de muerte. Implantaron un régimen de terror contra todos los opresores, contra los terratenientes y los capitalistas.

El descontento por la carestía de la vida, junto a los reclutamientos para la guerra, entre otros factores, causaron el levantamiento campesino el 1º de marzo en la región de La Vendée, oportunamente aprovechado e instigado por los elementos clericales y realistas.

Para comprender la insurrección, en la cual el campesinado desempeñó un especial papel en sus filas, hay que comenzar por tomar en cuenta que ésta sucedió y extendió a las regiones más atrasadas económicamente y esencialmente agrícolas, donde la crisis económica, en gran parte agravada a causa de la guerra, se hacía más evidente.

Además, ese campesinado empobrecido, acostumbrado a la dependencia patriarcal de sus señores, con una ideología religiosa casi fanática, un conjunto de tradiciones muy arraigadas y de una mentalidad muy diferente a la de los habitantes de la ciudad y, en especial, de la burguesía, constituía un caldo de cultivo propicio para la contrarrevolución, la cual supo aprovechar esas contradicciones.

Los jacobinos organizaron la represión del movimiento contrarrevolucionario de La Vendée mediante destacamentos armados que debían talar los bosques de esa región y destruir las guaridas de los bandidos, salteadores y enemigos. Procedieron a la reorganización y democratización del ejército, dentro de cuya oficialidad se habían dado ya muestras de traición a la revolución. Se les dio de baja a los viejos oficiales —nobles casi todos—, quienes se reemplazaron por nuevos oficiales de extracción popular. Al mismo tiempo, se decretó la movilización general de todo el pueblo y las fuerzas llegaron a alcanzar la elevada cifra de 800 000 soldados.

Con un ejército revolucionario, mucho más democrático y numeroso, el gobierno revolucionario de los jacobinos emprendió una importante ofensiva contra las reaccio-



narias huestes europeas que amenazaban su frontera, a las cuales lograron asestarles una gran derrota. Las tropas revolucionarias francesas avanzaron después sobre el territorio enemigo y consiguieron ocupar importantes regiones.

Cuando al valorar la revolución se ha dicho: los jacobinos dieron a Francia los mejores ejemplos de revolución democrática y de resistencia frente a los enemigos de la república, se parte en lo esencial de un hecho: promulgaron decretos, mediante los cuales dividieron las grandes propiedades de los nobles emigrados en pequeñas parcelas para ser vendidas a los campesinos con facilidades de pago; repartieron los bienes comunales entre éstos en lotes iguales por habitantes; liquidaron, de manera completa y definitiva, todos los derechos feudales sin compensación alguna a los terratenientes.

Los títulos feudales y otros documentos debían quemarse, con el propósito de evitar todo intento de restauración. La dictadura jacobina eliminó el feudalismo del campo y estableció la libre propiedad de la tierra, dando un extraordinario paso de avance. A diferencia de Inglaterra, aquí se consolidó la pequeña propiedad privada, junto a grandes extensiones territoriales. Con estas medidas antifeudales, la dictadura jacobina resolvió el problema fundamental de la revolución que afectaba al campesinado, que constituía la gran mayoría del pueblo francés, y el cual, desde entonces, la apoyó con mayor decisión.

Para mejorar la situación de las masas populares urbanas, los jacobinos aplicaron diferentes medidas: organizaron el seguro social, encargado de atender a las familias pobres y numerosas y pagar pensiones a los ancianos; fijaron precios máximos estables a todos los artículos de consumo popular, para evitar la especulación, agravante de la situación de la población. El dictado de las regulaciones recibió el nombre de *máximo general* y resultó muy bien acogido por los ciudadanos que sufrían terribles hambrunas, producto de la escasez y el acaparamiento. Al mismo tiempo se

Otra visión de las causas de la insurrección contrarrevolucionaria

Muy acertadamente, el historiador Michel Vovelle rechaza algunas valoraciones reduccionistas de las causas de la sublevación y le da una mayor relevancia al papel del arraigado odio social: “el que se tiene al burgués de la ciudad o el burgo, así como al sacerdote constitucional y más ampliamente a todo el que representa al Estado, la fiscalidad, la centralización (y la remodelación de herencias seculares que implica), el reclutamiento (...) Nuevos odios injertados en una mala voluntad secular, pero con una nueva coloración y tanto más áspera en cuanto que la Revolución desestabilizó (por ejemplo, a través de la venta de bienes nacionales) un sistema de vínculos de dependencia y de odios antañónos larvados. Como se ha visto, esta mentalidad tan antiburguesa como antirrevolucionaria (en el caso es lo mismo) estalla en el año 1793 en términos no equívocos de ardor a menudo aplastante”.

Michel Vovelle: *La mentalidad revolucionaria*.

aplicaban severos castigos a aquellos que incumplían esa ley.

Pero, a su vez, los jacobinos mantuvieron un límite máximo para los salarios, con el fin de evitar su alza en un período en el cual los obreros organizaban huelgas para reclamar se mejorasen sus condiciones de vida y, debido a eso, dejaron vigente la ley Le Chapelier, por la cual se prohibía a los trabajadores reunirse para establecer sus demandas. De este modo, los jacobinos ponían de relieve que, si bien, por un lado, defendían los intereses de las masas populares; por el otro, su gobierno mantenía su carácter pequeñoburgués al preservar los beneficios de los pequeños propietarios capitalistas. A pesar de ello, los jacobinos, por su actitud decidida y enérgica contra los enemigos de la revolución y por su política económico-social, la cual era favorable en general a las grandes masas de la población, pudieron aglutinar a su alrededor a la mayoría del pueblo francés. Gracias a esa acción pudieron vencer la contrarrevolución, tanto interna como externa.

Los pequeños propietarios urbanos — artesanos, tenderos, otros — resultaron los



Cuadro representativo del culto al *Ser Supremo*, decretado por los jacobinos en mayo de 1794. Ni catolicismos ni ateísmos, ahora sería el Ser Supremo de la naturaleza, el fundamento ideológico de la revolución.

más favorecidos en la etapa de los jacobinos. Con la ley de máximo general sintieron protegidos sus negocios de la competencia ruinosa de los grandes capitalistas. Los campesinos también se beneficiaron, pues con la eliminación de los derechos feudales adquirieron la libre propiedad de la tierra y lograron, algunos de ellos, aumentar la extensión de sus tenencias mediante la adquisición de las comunales y del patrimonio nacional. Pero las medidas revolucionarias de los jacobinos lesionaban los intereses de la gran burguesía mercantil-industrial, debido ante todo a la prohibición de la libre especulación, factor fundamental de su enriquecimiento; por tanto, la gran burguesía se sentía inconforme con la política democrática de los jacobinos.

Por otra parte, la dictadura jacobina, al amparar los intereses de los pequeños propietarios, aunque creía que con ello defendía la libertad e igualdad social, en realidad las grandes masas desposeídas quedaban, en gran medida, al margen de ellas, pues no había una igualdad económica entre las distintas clases sociales. La situación de los elementos desposeídos continuó siendo muy difícil, lo cual condujo a los *rabiosos*, representantes de la izquierda radical, a reclamar el establecimiento de una verdadera igualdad social, mediante la eliminación de la propiedad privada y la socialización de los medios de producción.

Los proletarios rurales demandaban una nueva ley agraria, mediante la cual se entregase una parcela a todo trabajador.

Los obreros, cuyos salarios habían sido congelados, siguieron siendo víctimas de la especulación, pues la ley del máximo general se burlaba con frecuencia.

La posición un tanto contradictoria de los jacobinos, quienes no defendían ni los intereses de la gran burguesía ni resolvían en su totalidad las necesidades de las masas populares, debió ganarles muchos enemigos. No obstante, resulta innegable que para las condiciones objetivas de la época desempeñaron un papel de avanzada. Mientras hubo que luchar contra el enemigo común a todos esos grupos, la dictadura jacobina pudo atenuar esa paradoja que estaba condicionada por su posición pequeñoburguesa. Pero una vez que la reacción interna fue aplastada y los ejércitos revolucionarios lograron derrotar a los enemigos externos, se inició un período en el cual los grupos, insatisfechos con el resultado de la revolución, empezaron a manifestar sus discrepancias. A lo anterior se sumó el hecho de que amplias capas de la población aspiraban a la paz y estimaban innecesario seguir con la continua utilización de la guillotina.

La gran burguesía comenzó a exigir la abolición de la ley del máximo general que frenaba la actividad mercantil y el establecimiento de la libertad de comercio. El campesinado también inició el reclamo del restablecimiento de la libertad de comercio, con el fin de poder vender sus productos agrícolas a elevados precios. Los rabiosos —grupo más radical—, principalmente la sección hebertista, empezaron a reclamar, por medio de campañas populares, la entrega gratuita de parcelas de tierra y el mantenimiento de la ley del máximo general que los protegía de la especulación.

Las acciones proselitistas de la tendencia de la extrema izquierda, los rabiosos, en defensa de los intereses populares, se hicieron tan agresivas que llegaron a poner en peligro la estabilidad de la propia revolución. Entonces, los jacobinos decidieron frenar ese movimiento, condenando a sus principales dirigentes a morir en la guillotina.

Los rabiosos

El periodista Jacques R. Hébert encabezó la fracción de los hebertistas unida a la izquierda jacobina, de la cual se separó a partir de 1793. Enemigos acérrimos de los girondinos, fueron perseguidos por éstos y aunque los jacobinos temían sus posiciones extremas, los atrajeron a sus filas para lograr la aplicación del máximo y enfrentar, en momentos críticos, a los adversarios. Hébert y Fouché encabezaron el movimiento de *descristianización* que en la lucha frente a los elementos contrarrevolucionarios del clero, decidieron acabar con la religión y la Iglesia. Establecieron el culto a la razón, llegaron a posiciones extremas y suscitaron el descontento, inclusive, entre los sectores populares y, en particular, entre el campesinado de profundas raíces católicas.

La actitud de los dirigentes jacobinos les hizo perder, en gran medida, el apoyo del pueblo. Por otra parte, la gran burguesía aprovechó esa situación para atacar la política de los jacobinos, utilizando el argumento de que la contrarrevolución había sido derrotada y el gobierno revolucionario se consolidaba; por ende, se necesitaba gobernar en forma moderada, sin aplicar leyes demasiado extremas. Ellos no entendían ya precisa la dictadura jacobina, la cual los limitaba como clase. Por ese motivo comenzaron a demandar la eliminación de las medidas económicas pequeñoburguesas de los jacobinos y la liberación de las actividades mercantiles.

El gobierno de los jacobinos estimó esa actitud moderada contraria a los intereses de la revolución, pues la atacaba abiertamente. Entonces, sus principales dirigentes fueron llevados al Tribunal Revolucionario que los condenó a muerte; entre otros, a Dantón (15 de abril de 1794). El grupo mayoritario de la Convención, el *pantano*, como la generalidad de la gran burguesía, también empezó a

valorar que la política de los jacobinos resultaba ya innecesaria, al haber desaparecido el peligro contrarrevolucionario, por lo cual se imponía un cambio en los asuntos económicos, para darles a ellos amplia libertad de comerciar y producir.

La asonada contrarrevolucionaria del 9 de Thermidor

Con el apoyo del *pantano*, un grupo de burgueses enriquecidos en los años de revolución, producto de la especulación, preparó un golpe de Estado, para arrebatar el poder a los jacobinos y anular las medidas más radicales adoptadas por éstos. Existían las condiciones propicias, pues los jacobinos habían perdido, en gran medida, el apoyo de las masas populares, después de la liquidación de los principales dirigentes de los llamados rabiosos. Por tal razón, la población respondió muy débilmente al golpe de Estado del 9 de Thermidor (27 de junio) de 1794 de la gran burguesía contra la dictadura democrática de los jacobinos.

A pesar del apoyo de la Comuna de París a dirigentes demócratas y del intento de realizar una movilización del pueblo para apoyarlos no fructificó; en realidad, la falta de suficiente sostén popular permitió el derrocamiento de los jacobinos. Su jefatura fue perseguida, inclusive varios fueron llevados a la guillotina; entre ellos, el mismo Robespierre (10 de Thermidor). Con la caída de los jacobinos volvió el dominio de la gran burguesía, el cual habría de caracterizarse, en primer término, por la



Representación de los diferentes tipos de los revolucionarios parisienses.



persecución de los jacobinos. Así, su club se clausuró y la Comuna se disolvió.

La burguesía procedió de inmediato a suprimir el Tribunal Revolucionario y a derogar la ley del máximo general. Al mismo tiempo elaboró una nueva Constitución (1795) que mantenía el régimen republicano, pero concedía derechos electorales sólo a los ciudadanos ricos. El poder ejecutivo quedó en manos de cinco directores; por eso, al primer gobierno que siguió a la caída de los jacobinos se le dio el nombre de Directorio.

En el período, la burguesía, basándose en la libertad de comercio, empezó a especular abiertamente con las mercancías de consumo a expensas del pueblo. El campesino acomodado también pudo elevar el precio de los productos agrarios, logrando mejorar mucho más su situación económica. Pero, con el alto costo de la vida y el desempleo, las condiciones de existencia del pueblo empeoraron, lo cual ocasionó que en la primavera de 1795 sucedieran insurrecciones de las masas parisinas hambrientas contra el gobierno de la burguesía. La fuerza armada burguesa se encargó de sofocarlas violentamente.

Dado el descontento suscitado por la política del Directorio, se desarrolló un movimiento revolucionario dirigido por *Babeuf*, partidario de la insurrección armada de los pobres contra los ricos, con el fin de tomar el poder político y establecer una dictadura de contenido igualitario. Organizó un complot que recibió el nombre de *Conspiración de los*

Iguales. Babeuf planteaba el establecimiento en la sociedad de la verdadera igualdad, para lo cual se necesitaba la desaparición de la propiedad privada y la conversión de toda Francia en una gran comuna donde los medios de producción fuesen de propiedad común, pues los frutos de la tierra pertenecían a todos, pero la tierra a nadie, y consideraba el régimen de propiedad común como el único justo.

Cada miembro de la comuna debía entregar los productos de su trabajo a las tiendas comunales, las cuales se encargarían posteriormente de distribuirlos según el principio de igualdad entre todos los ciudadanos. Cuando Babeuf trató de llevar a la práctica la insurrección armada (1796) fue delatado, encarcelado y ejecutado con muchos de sus seguidores.

Los planteamientos de Babeuf resultaban utópicos para su época, aún no se disponía de una clase revolucionaria determinada, pues el proletariado no poseía aún el desarrollo ideológico necesario. Él sólo contaba con el pueblo, cuya composición clasista resultaba heterogénea, estaba integrado por elementos de distinta extracción —campesinos, artesanos, pequeños comerciantes y tenderos, entre otros—, que habían sido desposeídos de sus medios de producción (proletarizados), pero muchos de ellos aspiraban volver a ser pequeños propietarios.

El Directorio no era atacado solamente por las masas populares. El sector de los monárquicos trató de aprovechar el descontento existente en el pueblo para organizar un grupo armado con el objetivo de rodear la Convención y detener a sus principales dirigentes. La acción reaccionaria fue abortada por la actitud decidida del general del ejército Napoleón Bonaparte (ver síntesis biográfica en la página 192), hasta entonces, conocido por su victoria en Tolón, donde derrotó el levantamiento realista y logró expulsar la flota inglesa. Bonaparte, al ser nombrado jefe supremo de todas las fuerzas realistas de París, se comprometió a derrotar la sedición con la condición de no ser interferido en sus órdenes por jefe alguno. El 13 de Vendimario (5 de octubre de 1795),



El 13 de Vendimario, Napoleón sorprendió a los monárquicos en la plaza y los derrotó en breve tiempo. Desde entonces se le conoció como el general Vendimario.



Audiencia pública del Directorio en el palacio de Luxemburgo.

Napoleón ordenó el ametrallamiento de los insurrectos sin contemplación. Por primera vez se había disparado con cañón en el centro de la ciudad contra una masa compacta, provocando una espantosa masacre. A partir de entonces se conoció en toda la sociedad y su nombre se mencionaba en los diferentes círculos, era el *general Vendimiario*. Como premio se le nombró general en jefe del ejército de Italia.

El gobierno de la gran burguesía —el Directorio— era criticado tanto por el sector democrático que reflejaba las demandas del pueblo, como por los grupos contrarrevolucionarios —monárquicos— que habían logrado levantar cabeza debido al descontento popular. Por otra parte, en la Convención los cargos dependían del sistema electivo, trayendo como consecuencia que, al final de cada nueva elección, aumentaba el número de diputados demócratas, evidenciándose el descontento existente en el pueblo. Internamente, el gobierno del Directorio tenía que enfrentarse a la constante amenaza de las insurrecciones populares, al ataque contrarrevolucionario y, además, a que la asamblea de la Convención fuese dominada, en definitiva, por los elementos demócratas que defendían la vuelta al jacobinismo. Además, la dependencia del Directorio al ejército ocasionó que los generales empezasen a considerarse superiores a sus miembros.

Mientras la situación de inestabilidad política sucedía en el interior de Francia, el ejército revolucionario francés obtenía grandes éxitos en el campo de batalla y ganaba mucho prestigio en el pueblo, como resultado de la guerra defensiva librada contra las fuerzas intervencionistas de los países más reaccionarios. Una vez que el ejército francés los hubo vencido cambió el objetivo de su lucha, pues empezó a librar guerras de conquistas contra la Europa feudal absolutista y consiguió ocupar los territorios de Bélgica, Holanda, los reinos alemanes de alrededor del Rin y del norte de Italia. En Italia, Napoleón sólo contaba con un ejército mal armado, hambriento y harapiento. Su carisma, la seguridad que trasmitía a su tropa, los ofrecimientos de ventajas si lograban vencer, junto a las características de su mando: rapidez, au-



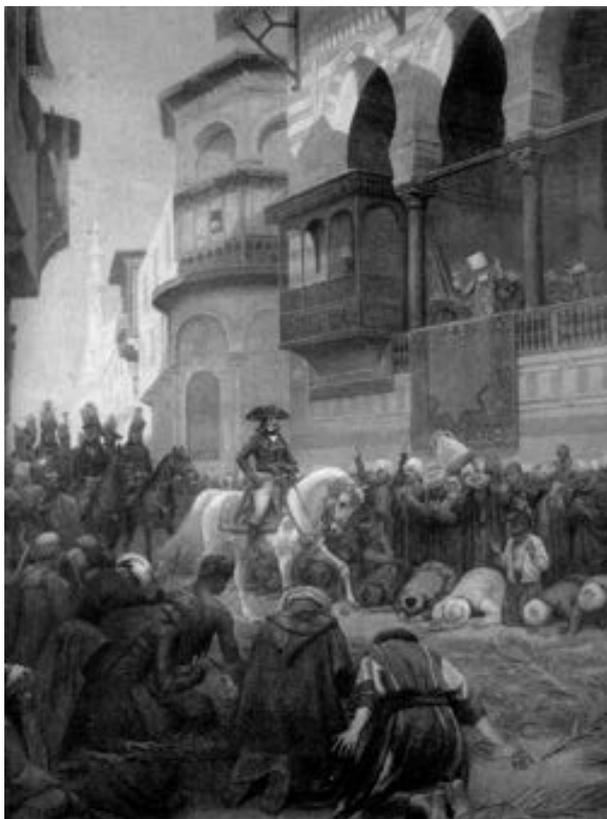
Soldados de la revolución thermidoriana del Directorio.



dacia y seguridad, le posibilitaron avanzar rápidamente sobre las principales ciudades de Italia, llevar a efecto un enorme saqueo de obras de arte y obtener el pago de 50 millones por el soberano y 100 por el Papa. De esa forma vistió y alimentó a sus soldados, ayudó económicamente al Directorio y preparó las condiciones para el ataque a Viena. La campaña de Italia devino un gran éxito y abrió las puertas al corso. A pesar de necesitarlo, el Directorio prefería tenerlo alejado, por temor a la influencia que podía ejercer dentro del país.

Bonaparte en Egipto

Posteriormente vendría la campaña de Egipto, de 1798 a 1801. El poderoso impulso a la gestión de Bonaparte, el respaldo de Tellelland y el apoyo, dividido, del Directorio, permitieron realizar este proyecto sugerido por los cónsules en un Egipto donde la penetración comercial francesa iba en punta. Esta conquista era el “programa mínimo” o inicio de una escalada que tenía a la India como “programa máximo”. El 21 de julio de 1798, el general Vendimiario había



Cuadro de Napoleón en Egipto.

vencido las huestes de los mamelucos, la aristocracia que explotaba a los egipcios bajo la del sultán de Turquía, luego de atravesar el duro camino del desierto. Ante las pirámides hizo sentir a sus soldados el peso y el paso de la historia.

El 1° de agosto, el almirante inglés Nelson detectó la escuadra francesa y la desmembró en la rada de Abukir; por otra parte, los turcos repondieron con la guerra a la agresión del Directorio, y Napoleón se vio prácticamente aislado. En 1799 decidió avanzar hacia Siria, hasta que las tropas francesas, casi sin recursos de artillería, fueron derrotadas en San Juan de Acre por una numerosa guarnición turca abastecida por los británicos, pero mandada por Ahmad Al-Jazzar. El regreso a Egipto resultó penoso en el duro calor de junio, sus tropas se vieron diezmadas por la peste y la leyenda pretende hacer ver que el general compartía las penurias de sus hombres, por lo cual era amado y respetado entre los soldados. Ya nuevamente en Egipto, el 2 de agosto consiguió derrotar a una poderosa fuerza turca. A pesar de tener cortada las comunicaciones con Francia por la barrera de naves inglesas, al enterarse del descontento de la burguesía, de la difícil situación por la que atravesaba el Directorio debido la amenaza extranjera y las revueltas internas y encontrándose privado de poder influir en esos acontecimientos, Bonaparte dejó Egipto y logró burlar el bloqueo británico con 500 de sus mejores hombres y llegó a Francia en octubre. Entonces lo llamaron Bonatrape, “Buena Trampa”, quienes se sintieron abandonados en otro mundo.

Al prometer Palestina a los judíos, proyectar un canal de Suez, explotar la comunidad confesional del Líbano y Siria, valerse del descontento chiíta o alentar la revitalización de Persia, en 13 meses Bonaparte pasó revista a buena parte de los factores que han hecho la posterior historia del Medio Oriente. Está claro que los sabios franceses trasplantados al Instituto de Egipto fueron a trabajar por y para la colonización, la cual, la intervención británica anuló finalmente en 1801. La represión de



El Cairo, la profanación de Al Azhar o la matanza de Jaffa, son lo real y no la poco creíble propaganda de simpatía por el Islam o la cobertura cultural de esta empresa de conquista y colonización, la cual, no obstante, según la óptica nasserista, al derribar la muralla aislante levantada por los turcos, permitió que aparecieran nuevas ideas y horizontes ante los egipcios.

Los territorios ocupados fueron obligados a pagar altas contribuciones a Francia; de esa forma, las victorias del ejército se convirtieron en una fuente de ingreso para el gobierno del Directorio, el cual vivía a expensas de las guerras. Asimismo, dentro del ejército comenzó a fomentarse la idea de la ineficacia del Directorio, no sólo porque no organizaba adecuadamente la entrega de los abastecimientos, sino también por no ser capaz de mantener la estabilidad política dentro de Francia. Además, el mismo cambio de objetivo de las guerras que libraba el ejército francés —de guerras defensivas en guerras de conquistas—, había determinado la transformación de los propios soldados que lo integraban. Éstos, después de un largo período de actividades militares, separados del ambiente revolucionario de su patria, empezaron a sentirse distintos al resto del pueblo. La suerte del soldado dependía ahora de los éxitos militares de sus jefes, admirados y seguidos por sus tropas, porque sus victorias les proporcionaban la posibilidad de saquear a manos llenas los pueblos ocupados.

Napoleón Bonaparte y el golpe de Estado del 18 Brumario

Frente a las anteriores circunstancias históricas, Napoleón Bonaparte, hombre hábil, muy inteligente, magnífico estratega, ambicioso de poder, riqueza y gloria, pudo contar con el apoyo financiero de la gran burguesía francesa, posibilitándole encabezar un golpe de Estado contra el Directorio (18 Brumario de 1799), ante el cual no hubo oposición apreciable por parte del pueblo, debido a la decepción de éste con el Directorio y, además, porque el gobierno fue trasladado fuera de París y no

El Concordato de 1801

En ese año, Napoleón, buscando la paz religiosa, firmó con el papa Pío VII el Concordato, que garantizaba a la Iglesia su seguridad a cambio de la renuncia de ésta a los bienes vendidos, al control de la enseñanza y la dependencia u obediencia a la autoridad del Primer Cónsul, ante el cual los obispos nombrados por el Papa debían jurar fidelidad a la Constitución. Resultó una hábil maniobra política para atraerse a una mayoría católica y conservadora, sin perder mucho de los beneficios alcanzados anteriormente.



Napoleón Bonaparte, el gobernante en quien pensó la gran burguesía.



El papa Pío VII, electo en 1800, firmó el Concordato de 1801 con Napoleón.

podía presentir cuál era el verdadero objetivo del golpe de Estado. Con la asonada golpista se perseguía establecer una política de expansión económica por el mundo.

Aunque, en 1797, el ejército había conseguido consolidar sus conquistas, una nueva amenaza se cernía sobre Francia. Inglaterra, el país de más poderío marítimo de la época, había formado una nueva coalición integrada por Austria y Turquía contra la república francesa. La nación se encontraba en una posición difícil en un momento en que el Directorio no había logrado consolidar el poder y demostraba su gran incapacidad para estabilizar la situación política y económica.

La burguesía comprendió la necesidad de eliminar la república y establecer una dictadura militar capaz de garantizarle las conquistas obtenidas durante la revolución y de asegurarle sus fronteras de la amenaza de una invasión extranjera. Como los generales del ejército gozaban de mayor crédito en aquella época de desprestigio del Directorio, la burguesía pensó en la conveniencia de entregarle el poder a uno de quienes hubiesen sobresalido en las exitosas campañas militares. El general Napoleón Bonaparte gozaba de mayor popularidad en el pueblo debido a sus victorias militares; sobre todo, en Italia, donde manifestó su

genio militar. Al mismo tiempo, la gran burguesía vislumbró al gobernante ideal para su clase, al considerarlo erróneamente un instrumento factible de manejar.

La dictadura napoleónica. Del Consulado al Imperio

Napoleón, para poder establecer una verdadera dictadura de la burguesía que garantizase las conquistas realizadas por la revolución, barrió con el gobierno republicano y con la Asamblea Legislativa, y estableció un nuevo tipo de gobierno llamado Consulado —con elementos de forma republicana—, porque el poder ejecutivo quedó en manos de tres cónsules, el primero de los cuales era él. Desde ese momento, la carrera política de Napoleón fue meteórica: ya de primer cónsul se le concedieron derechos dictatoriales, después se convirtió en cónsul único y permanente hasta 1804, cuando se erigió emperador de Francia con el nombre de Napoleón I. Con este paso se restablecía la monarquía en Francia, aunque ya no era una monarquía feudal sino burguesa.

La gran burguesía francesa apoyaba a Napoleón debido a que la expansión de los ejércitos franceses hacia otras tierras le brindaba la oportunidad, no sólo de nutrir el tesoro del Estado con las contribuciones que pagaban los territorios ocupados, sino porque el sometimiento de otros países le abría grandes posibilidades para cambiar su comercio. Basado en esas posibilidades, un sector de la burguesía francesa se empeñaba en introducir las nuevas técnicas industriales que los ingleses estaban aplicando ya en sus manufacturas, contribuyendo de esa manera a un aumento en la productividad del trabajo.

De este modo, la burguesía manufacturera trataba de alcanzar su aspiración de arrebatar de manos de la inglesa su supremacía en el mercado mundial. Napoleón, consciente de que sólo la batalla económica contra la burguesía inglesa podría darle la supremacía a Francia, brindaba facilidades (subvenciones), protección aduanera, etc., para que se crearan nuevas industrias. Fundó, además, el Banco Nacional y un



En este magnífico cuadro de David puede observarse la suntuosidad de la coronación de Napoleón Bonaparte, el 14 de julio de 1804. De frente, el papa Pío VII; de rodillas, Josefina, con quien el corso había contraído matrimonio el día antes, Napoleón con la corona en las manos cuando iba a coronar a su esposa.

código comercial cuyas leyes tenían como finalidad fundamental salvaguardar los intereses capitalistas franceses.

Resultaba natural que la gran burguesía francesa respaldase aquella dictadura que la fortalecía como clase, al tratar de abrirle amplias posibilidades de desarrollo al capitalismo. También los campesinos —sobre todo, el sector de quienes eran propietarios acomodados y producían para el mercado— apoyaron la dictadura que, al garantizar las conquistas de la revolución, les aseguró la propiedad sobre la tierra y estableció la libertad de comercio.

En relación con los obreros, Napoleón no sólo mantuvo la ley Le Chapelier, sino los sometió a un régimen muy eficaz de vigilancia policíaca, con el fin de evitar que los proletarios pudiesen organizarse y conspirar contra el Estado. Se les obligaba a tener una cartilla en la cual aparecían anotados sus nombres, características personales, dirección de su domicilio, lugar donde trabaja y causas del abandono del último empleo, entre otros datos. De este modo se trataba de impedir que el trabajador se opusiese a la excesiva explotación a que era sometido, pues en el caso de ser

despedido, le resultaba difícil que otro patrono, al leer la cartilla, le diese empleo. Pero Napoleón, al mismo tiempo de llevar a cabo esta política de coacción contra los trabajadores, se preocupó de disminuir el desempleo con el fin de atenuar el descontento popular; por tanto, tuvo el cuidado de organizar obras públicas que requerían de numerosa fuerza de trabajo.

En la política interna reorganizó el país y estableció una fuerte jerarquización administrativa. Por la ley del 28 Pluvioso del año VIII (17 de febrero de 1800) nombró un prefecto al frente de cada departamento. Las ciudades tenían un alcalde cada 5 000 habitantes; de esa forma, los municipios perdieron su autonomía. Realizó una reforma monetaria. Restableció en París un tribunal único de casación con 27 tribunales de primera instancia en todo el país y él escogió directamente a los magistrados. En 1802 instituyó la orden de la



Túnica usada por Napoleón en la coronación.



Cartas de Napoleón a Josefina. Dos misivas, dos momentos

El epistolario nos muestra elementos de la personalidad y sentimientos de la persona. En ellas encontramos a Napoleón el hombre, el amante, el esposo y el amigo.

A los pocos meses de casados.

“A Josefina, en Milán.

”Verona, primer día complementario del año IV [17 de septiembre de 1796]

”Mi buena amiga, yo te escribo muy a menudo y tú poco. Eres mala (...) ¡Resulta pérfido engañar a un pobre marido, a un amante tierno! ¿Debe éste perder sus derechos porque se halla lejos (...)? Sin su Josefina, sin la seguridad de su amor, ¿qué le queda sobre la tierra? ¿qué haría?

”Ayer tuvimos un combate muy sangriento; el enemigo perdió mucha gente (...) Le arrebatamos los suburbios de Mantua.

”Adiós, adorable Josefina; una de estas noches las puertas se abrirán con estrépito: como un celoso, y me tendrás entre tus brazos.

”Mil besos amorosos.

”Bonaparte”.

A Josefina después del divorcio (diciembre de 1809).

“A la Emperatriz, en Malmaison.

”7 de la noche

”Recibo tu carta, amiga mía. Savary me dice que lloras siempre, eso no está bien. Espero que hoy hayas podido ir de paseo. Te envíe algo de lo que cacé. Iré a verte cuando me digas que eres razonable y que tu valor prevalece (...)

”Adiós, amiga mía; hoy también estoy triste; necesito saber que te encuentras satisfecha y que cobras aplomo.

”Duerme bien.

”Napoleón”.

Legión de Honor, con sus diversos grados, para reconocer los méritos por servicios militares y civiles prestados a la nación, la cual se ha mantenido hasta la actualidad.

Elaboró el Código Civil promulgado en 1804, con el cual se consolidaba jurídicamente la victoria de la burguesía sobre el orden feudal y que después habría de influir en casi todos los códigos civiles de Europa, incluidos los de los Estados americanos. Sobre él, Napoleón mismo expresó, encon-



Emperatriz Josefina.

trándose en Santa Elena, que su gloria no consistiría en las batallas ganadas, sino en su Código que perduraría siempre. Con una magnífica redacción, expresaba, con gran lógica y claridad, las ideas que establecían las bases de la jurisprudencia francesa. Fue un código en el cual se mantuvieron, en sentido general, los principios conquistados por la revolución: abolición del régimen feudal, la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, la libertad individual, de conciencia y de trabajo. Mantuvo el derecho a la propiedad, pero también restauró el paternalismo familiar, así como la sumisión de la mujer.

Bonaparte se rodeó de ministros que ayudaron a conducir, de manera efectiva, su política. Entre los más renombrados se encontraban Fouché, quien como jefe de la policía fue el encargado de aplicar la represión a todo intento sedicioso e informar al amo de Francia; en industrias, Chaptal favoreció el avance de esta rama, y Gaudin realizó la reforma monetaria. Se desarrolló una serie de instituciones básicas, como el Consejo y la Cámara de Comercio, la Sociedad del Desarrollo de la Industria Nacional, la Escuela de Arte y Oficio. Surgieron los liceos como instituciones de enseñanza del Estado, donde se acudía uniformado y en

ellos se estableció un sistema militar. Mantuvo, además, el calendario revolucionario.

Durante esos años de relativa tranquilidad, la ciudad de París volvió a reconquistar su esplendor; atraía a los turistas por sus fuegos artificiales, las fiestas, los caballos, los museos, el teatro, los restaurantes famosos por su gastronomía. La vida cotidiana restableció su ritmo y se hicieron algunos cambios en las costumbres; por ejemplo, si en los primeros años de la revolución podemos encontrar una tendencia al crecimiento de los matrimonios al eliminarse viejas barreras, en los años posteriores a la ley del divorcio del 20 de septiembre de 1792 aumentó el número de uniones que se deshicieron, y si en años inmediatos posteriores a la etapa republicana de la revolución se redujo el índice de nacimiento ilegítimos, luego fue creciendo, para alcanzar la cima de la curva durante el Imperio. En muebles y ropas hubo de imponerse el estilo imperio.

En su política militar, con sus campañas en el exterior, logró obtener sus mayores éxitos. Entre los años 1809-1812, Napoleón alcanzó dominar gran parte del continente europeo. La *Grand Armée* constituyó su mejor instrumento militar. La infantería estaba agrupada en cuerpos de ejército, formaba regimientos de línea auxiliados por tiradores de vanguardia. La caballería desempeñó un papel muy importante como arma de choque, pues la caballería pesada se empleó para romper las líneas enemigas al ser lanzada en masa contra éstas, y la caballería ligera se encargaba de perseguir al enemigo durante la retirada. La artillería francesa era la mejor de su momento; en 1813 disponía de cuatro cañones por cada 1 000 hombres. También se contaba con la Guardia formada por 90 000 hombres seleccionados, poseía su propia artillería y seguía al emperador para intervenir solamente en los momentos difíciles de los combates. El ejército llegó a poseer un número de hombres oscilante entre 200 000 y 300 000.

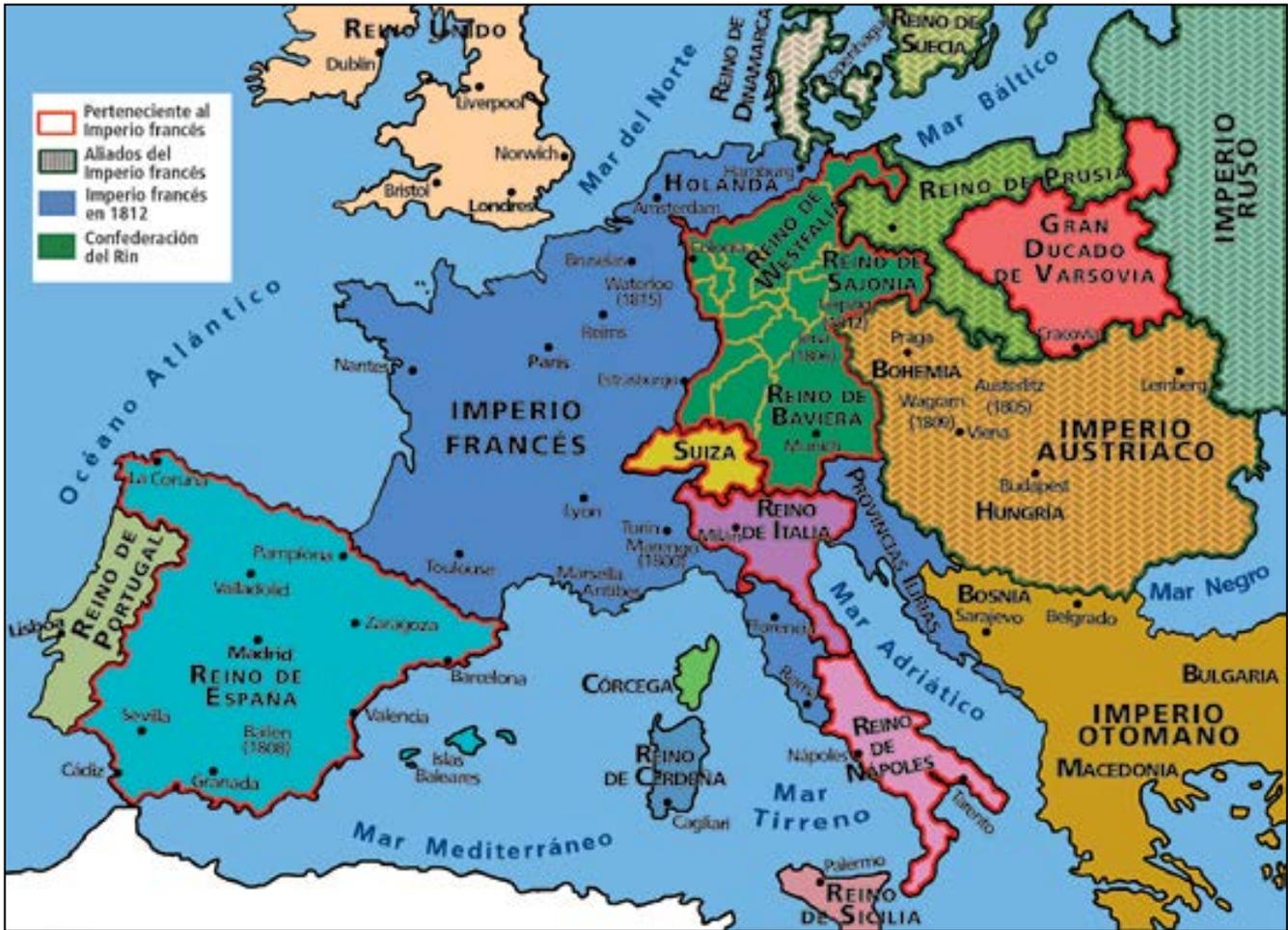
Los países conquistados totalmente por Napoleón se les declaró “vasallos de



En este cuadro puede apreciarse el estilo imperio en la butaca y el traje que lleva madame Récamier, quien se vinculó a los círculos de oposición que actuaban en París.

Francia” y al frente de ellos puso a sus numerosos parientes, con el fin de ejercer un verdadero control sobre esos países y poder imponerles el pago de altas contribuciones y tratados comerciales que sólo beneficiaban a la burguesía francesa. Sus hermanos Luis, José y Jerónimo, reinaban respectivamente en Holanda, Nápoles y Westfalia —Alemania Central y una pequeña parte de Alemania del Norte—, así como sus hermanas, Elisa era princesa de Lucca y gran duquesa de Toscana, Paulina fue casada con el príncipe italiano Camilo Borghese y Catalina, esposa de Murat —oficial de Napoleón—, a quien nombró rey de Nápoles. Los otros Estados se consideraron aliados.

En los países bajo el dominio napoleónico fueron estableciéndose las reformas llevadas a cabo por la revolución. Instauraba una constitución similar a la francesa, establecía la división de poderes, la centralización administrativa, la eliminación del derecho feudal con el establecimiento del Código Civil francés. La intransigencia



El Imperio napoleónico.

religiosa se suprimía y se estimulaba el desarrollo de la burguesía, situación que esta clase veía con agrado. Sin embargo, en los países con una estructura feudal más fuerte y grandes masas de campesinos, como en Sajonia, España o Polonia, entre otros, la nobleza y el clero dirigieron a las masas para oponerse a esos aires reformistas contrarios a sus intereses.

Napoleón se convirtió, de hecho, en el “amo de Europa”, a quien todos los gobiernos temían. Si bien es verdad que, en las campañas de conquista, los ejércitos franceses se dedicaban al saqueo y el costo de sangre resultó alto, no es menos cierto que estas mismas fuerzas se encargaban, en

cierta medida, de dar a conocer los cambios favorables sucedidos en Francia. Esta política constituyó un gran paso de avance, porque le abría fisuras que posteriormente favorecerían el desarrollo del capitalismo en países con un gran retraso respecto de Europa Occidental. Por la razón anterior, en los primeros años de la expansión napoleónica, muchos pueblos y, en especial, la emergente burguesía, recibían plenos de regocijo a esos ejércitos, pues veían en ellos su propia liberación del yugo feudal.

La dictadura napoleónica resultó muy beneficiosa para amplios sectores de la burguesía de Francia, tanto la financiera e industrial, como quienes tenían una gran propiedad territorial —burguesía urbana y agraria— y aspiraban a realizar sus actividades capitalistas. Asimismo, el curso tuvo la posibilidad de estabilizar la situación política de la nación. Pero a pesar de las grandes victorias, tanto en el orden



Primer boletín de la Gran Armada. Se utilizaron como medio de propaganda del emperador.

interno como en el externo, Napoleón no había logrado aún derrotar a Inglaterra, la principal rival económica de Francia.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la burguesía inglesa había alcanzado un destacado avance, no sólo por su victoria marítima-colonial frente a Holanda, Francia y España, sino también porque pudo realizar grandes transformaciones internas que le posibilitaron desarrollar nuevas formas productivas, como la industria manufacturera y la granja capitalista.

Uno de los objetivos fundamentales de la burguesía francesa radicaba en conseguir el desplazamiento de la inglesa de su posición de predominio mundial; para eso resultaba imprescindible obtener su derrota militar, empresa sumamente difícil, debido a la configuración insular de ese país. Para invadir a Inglaterra se necesitaba contar con suficiente poderío en el mar y la flota inglesa ya era reconocida como la “reina de los mares”. La marina francesa preparada por el corso sufrió una aplastante derrota naval a manos de Inglaterra en la batalla de Trafalgar, en 1805.

Napoleón, después de comprobar la imposibilidad de la victoria marítima sobre la armada británica, decidió atacarla en el aspecto económico y establecer el bloqueo continental. Como para Inglaterra, el comercio era su actividad vital, el emperador decretó que tanto a Francia como a sus países vasallos y aliados se les prohibiera comerciar con su vecina rival. Esta prohibición, debido al poderío napoleónico en



La escuadra de Nelson.



El grabado de época muestra el fin de la batalla en Trafalgar en que los navíos franceses e hispanos fueron derrotados.

El bloqueo continental

Por el decreto de Berlín de noviembre de 1806, Napoleón había establecido un bloqueo a Europa, cerrando el comercio con Inglaterra. Cualquier mercancía o artículo producido en ese país y con la marca británica se incautaba. Inglaterra comprendió con rapidez el objetivo perseguido: arruinarla económicamente; por ende, de inmediato se apoderó de la escuadra danesa y estableció el deber de todos los barcos europeos de someterse a su vigilancia y de no poder navegar sin su visado.

En respuesta, el emperador anunció la confiscación de los buques sometidos a las demandas inglesas, pero si Gran Bretaña perdió mercados europeos, logró resarcirlo con el mundo colonial. Además, el bloqueo se burló frecuentemente por los países de Europa y hasta el mismo Napoleón autorizó, en varias oportunidades, a la burguesía francesa a importar artículos y materias primas ingleses.



Ilustración sobre el enfrentamiento de la flota hispano-francesa con la inglesa, 21 de octubre de 1805.

El bloqueo y las respuestas

A pesar de las medidas tomadas, el bloqueo era constantemente burlado.

En España, además de los insurrectos de la guerrilla que recibían armas de Inglaterra, el emperador creía que los contrabandistas eran sus enemigos más peligrosos y ordenó el fusilamiento de éstos y la quema de las mercancías, pero el contrabando siguió.

En Rusia, después de la entrevista de Erfurt (1809), conocida como la humillación de la “horda de Erfurt”, de donde el zar Alejandro regresó a Rusia convencido de no tener más alternativa inmediata que la alianza franco-rusa y, por tanto, la firma de ciertos acuerdos. Entre éstos asegurar la ayuda al emperador contra Austria, a cambio del dominio de Finlandia y las provincias danubianas. No obstante, mayor fue el descontento de la burguesía y otros sectores de la población. Por esa razón se continuó el comercio con Inglaterra de forma oculta.

Esa política llegó a provocar el descontento de Luis, el hermano menor del emperador, quien comprendía que estaba perjudicando a la burguesía holandesa y simulaba no percatarse del contrabando. Por esa actitud, Napoleón lo destronó y suprimió el reino de Holanda, uniéndolo al Imperio francés por un decreto especial de 1810.

Europa, se extendió a otros países, aunque no eran vasallos de Francia, habían sido derrotados por los ejércitos franceses y mantenían una posición de “alianza”, dado el temor profesado al “amo de Europa”. En este caso se hallaban Rusia, Austria, Prusia y España.

Al continente europeo entero y a sus colonias, Bonaparte les prohibía comerciar con Inglaterra; es decir, había establecido un bloqueo continental contra esa nación, con el fin de arruinar a su burguesía; a expensas de esa medida, la francesa pasaría a controlar el mercado mundial. Pero Inglaterra estaba preparada para responder al bloqueo decretado por Napoleón. Su supremacía marítima le permitía obstaculizar e impedir el tránsito naval a aquellos países que habían cerrado sus puertos a los barcos británicos y capturar, a veces, las embarcaciones comerciales de Francia y sus “aliados”.

Aunque los Estados sometidos directa o indirectamente a Napoleón consintieron en llevar a cabo aquella política de bloqueo comercial contra Inglaterra, resultaba muy difícil que la aplicaran en la práctica; sobre todo, aquellos países cuya base económica era agraria —Rusia, España, Portugal—, pues el trato mercantil con Inglaterra les resultaba indispensable, de él dependía la exportación, en gran escala, de su producción de trigo y de materias primas con una gran demanda en el mercado inglés y a cambio recibían sus variadas manufacturas.

Por la anterior razón, las naciones se vieron en la necesidad de burlar el bloqueo, valiéndose del comercio clandestino, el cual alcanzó grandes proporciones. Napoleón comprendió la poca efectividad brindada por el bloqueo continental y que sólo tendría éxito si se apoderaba por la fuerza de toda Europa, desde la Península ibérica hasta Rusia. Ésta constituyó la causa primordial que lo condujo a lanzarse a un plan demasiado ambicioso: la ocupación de España y Portugal y la conquista del territorio ruso.

Al observar el mapa de la página 168 podrá comprenderse que Napoleón, al dis-

Los acontecimientos de Bayona

Napoleón aprovechó las discrepancias internas de la familia real entre el rey de España Carlos IV, su mujer María Luisa de Palma, su favorecido el ministro Godoy y el príncipe heredero Fernando VII.

Napoleón citó a toda la familia real en Bayona en abril de 1808 y allí hizo renunciar a los Borbones al trono, y envió a todos sus miembros a Francia. Esas medidas causaron la más violenta insurrección del pueblo español el 2 de mayo del mismo año, sobre el cual dispararon de manera indiscriminada y cruel las tropas francesas.

Procedente de Nápoles por órdenes de Napoleón, José Bonaparte llegó a Bayona el 7 de junio de 1808. Una vez designado como rey de España, José I, el día 15 en esa misma ciudad, hizo una convocatoria a las Cortes con el objetivo de elaborar una constitución. Pudo reunir 91 de los diputados y redactaron una ley constitucional que establecía el sistema bicameral, la libertad de imprenta, la reducción de los mayorazgos y la unificación del código civil. Pronto comprendió el monarca que no podía llevar adelante esa política, pues le atarían las manos.

persar sus ejércitos sobre ese continente, debilitó en forma considerable su fuerza militar. Además, ya en esta época, los ejércitos franceses no ejecutaban, de manera tan amplia como en los inicios de la expansión, la política progresista de eliminar las instituciones feudales. El cambio de actitud se debió a que Napoleón necesitaba sostener la “alianza” con las monarquías de países donde se mantenían el sistema feudal y sus instituciones. Por eso, a veces, sus ejércitos, en lugar de abolir la servidumbre, contribuían a sofocar las sublevaciones campesinas.

Como resultado de esta práctica de los ejércitos napoleónicos, los campesinos de los países ocupados, abrumados por la explotación que padecían y por la constante

requisición de alimentos para el ejército de ocupación, volvían sus armas contra los invasores. La burguesía de esos países también se oponía a la ocupación francesa, pues Napoleón ejecutaba su política sólo en beneficio de su nación, a la cual había que pagar obligatoriamente altas contribuciones, venderle materias primas y comprarle sus manufacturas. Además, las tropas realizaron el saqueo de las riquezas y patrimonio de los territorios sometidos. De este modo, en los países ocupados fue creándose un movimiento contra el dominio napoleónico.

La ocupación de España y la resistencia popular

Persiguiendo su empresa de dominar a Europa, y con el propósito de asestar un golpe decisivo a su enemigo principal, Inglaterra, Napoleón Bonaparte ocupó Portugal en 1807, después de hacer que su ejército atravesara el territorio español. El desprestigio de la monarquía española, con el rey Carlos IV, llevó al Motín de Aranjuez (19 de marzo de 1808) por lo que se vio obligado a abdicar a favor de su hijo Fernando VII, de lo cual se retractó después y solicitó apoyo a Napoleón. Para mediar en el conflicto de la monarquía, Napoleón hizo llevar a las dos partes en conflicto hacia territorio francés, reuniéndose con ellos en Bayona. Allí retuvo a la familia real y nombró a su hermano José Bonaparte rey de España. Los Grandes de España se plegaron a los intereses de Napoleón, lanzándole un llamamiento al pueblo español en el cual le pedían que se sometiera al francés.



La insurrección en España. Sitio a Zaragoza.



Dos de Mayo, famosa obra del pintor español Goya que refleja una épica escena de los acontecimientos en Madrid durante la invasión napoleónica.

Napoleón ordenó a sus tropas que llevasen también a los infantes, hermanos de Fernando VII. Esta fue la chispa que hizo brotar el alzamiento popular en Madrid (el

2 de mayo de 1808). El pueblo respondió al invasor con las armas en la mano. La insurrección inicia un período de luchas, hasta 1814. El gobierno de José Bonaparte no fue aceptado por la mayoría del pueblo, eligiendo en cada provincia su junta de gobierno. Estas juntas actuaban como un gobierno independiente e, incluso, reclutaban sus propios ejércitos.

Las juntas se comportaron como gobiernos locales encargados de guiar la lucha contra los franceses. Como parte del proceso se hizo del poder, en nombre de Fernando VII, una Junta Central —situación que habría de influir también en el movimiento juntista de América— la cual, desde 1810, fue sustituida por un Consejo de Regencia con sede en Cádiz, lugar donde se reunieron las Cortes y donde se elaboró una Constitución en 1812, conocida como la Constitución de Cádiz. Puede decirse que en España hubo una vigorosa guerra de todo el pueblo por su independencia, lucha que culminó en

La Constitución de Cádiz

Fue una constitución adelantada para su época y más para las condiciones de España. Estuvo influida por el espíritu liberal y si bien no suprimió la monarquía de los Borbones, en su articulado reunía avanzadas medidas, reconociendo en primer lugar la soberanía nacional:

- Declaraba que al pueblo “pertenece exclusivamente el derecho de establecer las leyes fundamentales”.
- Determinaba la división de poderes en ejecutivo, legislativo y judicial.
 - Garantizaba el derecho a la propiedad.
 - Reconoció la libertad de imprenta.
 - Estableció la obligatoriedad de impuestos.
 - Fijó un sistema censatario para la elección de nuevas Cortes.

resonante victoria contra el invasor y reflejada, no solamente por los historiadores, sino con brillante maestría por la literatura. Los fragmentos que a continuación aparecen, de la obra de Benito Pérez Galdós *Episodios Nacionales* “19 de marzo y 2 de mayo”, exponen con claridad y precisión los sentimientos y actitud del pueblo español ante la invasión francesa.

“La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga.

”Ataque tan imprevisto y tan rudo había aterrado a muchos, que huían con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos a arrojarlos contra los artilleros; mas en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugían como fieras y los que se lamentaban heridos o moribundos bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersión y corrieron todos hacia la Calle Mayor. No se oían más voces que ‘Armas, armas, armas’.

”Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones y si un momento antes la mitad de los madrileños eran simplemente curiosos, después de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual corría a su casa, o a la ajena o a la más cercana en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta. Todo servía, con tal que sirviera para matar.

”El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera hubiera creído en la existencia de una conjuración silenciosamente preparada; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las salas y tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

”La Calle Mayor y las contiguas ofrecían el aspecto de un hervidero de rabia imposible de describir por medio del lenguaje. El que no lo vio, renuncie a tener idea de semejante levantamiento. Después me dijeron que entre nueve y once, todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto; habíase propagado la insurrección como se propaga la llama en el bosque seco agitado por impetuosos vientos (...)



Caricatura en la cual aparece Napoleón toreando en la Plaza Real de Madrid. Luego de haberse deshecho de los toros prusiano, danés y holandés es cogido por el toro español.

”¡A ellos muchachos! —Gritó la maja, adelantándose al encuentro de una pareja de jinetes cuyos caballos venían hacia nosotros.

”Nadie podrá imaginar cómo eran aquellos combates parciales. Mientras desde las ventanas y desde la calle se les hacía fuego, los manolos los atacaban navaja en mano, y las mujeres clavaban sus dedos en la cabeza del caballo, o saltaban, asiendo por los brazos al jinete. Éste pedía auxilio, y al instante acudían dos, tres, diez, veinte, que eran atacados de la misma manera, y se formaba una confusión, una mezcolanza horrible y sangrienta que no se puede pintar. Los caballos vencían al fin y avanzaban al galope; y cuando la multitud encontrándose libre, se extendía hacia la Puerta del Sol, una lluvia de metralla le cerraba el paso.

”Perdí de vista a la Primorosa en uno de aquellos espantosos choques; pero al poco rato la vi reaparecer lamentándose de haber perdido su cuchillo, y me arrancó el fusil de las manos con tanta fuerza, que no pude impedirlo. Quedé desarmado en el mismo momento en que una fuerte embestida de los franceses nos hizo recular a la acera de San Felipe el Real. El anciano noble fue herido junto a mí; quise sostenerlo, pero deslizándose de mis manos, cayó exclamando: ‘¡Muera Napoleón! ¡Viva España!’ ”

Rusia, otro objetivo de Napoleón

Al romper Alejandro I el compromiso contraído con el emperador y levantar el bloqueo, constituyó el detonante que permitió



La retirada de los ejércitos franceses de Rusia en medio de la ventisca y la nieve.

a Napoleón llevar adelante su decisión de invadir a Rusia. Para esa época había logrado llegar con un numeroso ejército de aproximadamente 127 000 hombres a las puertas de Moscú. Allí, las fuerzas del ejército ruso, al mando del general Kutusov con unos 140 000 soldados, lo enfrentaron para sostener una batalla en la cual el saldo de muertos y heridos alcanzó altísimas cifras, penetrando Murat en la ciudad. El gobernador Rostopchin incendió Moscú y la soldadesca francesa salió bajo el humo con las riquezas producto del saqueo. Para los rusos, el incendio lo habían causado las tropas napoleónicas, detrás dejaban a Moscú incendiado, el pueblo prefería perder su ciudad, a verla en manos de los franceses. Eso avivó la resistencia, el patriotismo y obligó a Bonaparte a retirarse seguido por Kutusov y las tropas, pero a su vez también eran atacados desde diversos flancos por amplias fuerzas de cosacos. Los soldados franceses se vieron acosados, agotados y medio derrotados por el hambre, el frío —tuvieron que enfrentar temperaturas de entre menos 10° y menos 37° bajo cero— y las largas marchas sobre la nieve. Las bajas alcanzaban miles de hombres, y el emperador de Francia quedó convencido de la imposibilidad de lograr una empresa de tal magnitud. Estos hechos inspiraron la magistral novela *La guerra y la paz* del escritor ruso León Tolstoi.

Las derrotas de Napoleón en España y en Rusia demostraron a otros Estados que no era invencible y repercutieron a su vez en la sociedad francesa, debido, entre otras razones, a que parte del campesinado acomodado y de la gran burguesía empezaron a dejar de apoyar al corso, porque sus campañas impedían la estabilidad necesaria para realizar sus actividades mercantiles. El campesinado se arruinaba por las constantes contiendas y los altos impuestos que debía pagar para sostener los gastos del ejército; por tanto, deseaba entrar en un período de paz. En realidad, toda la sociedad francesa estaba cansada de la guerra.

La burguesía se había desilusionado de la política napoleónica, pues no le garantizaba ya las materias primas coloniales ni los mercados estables para el desarrollo de su industria. Al mismo tiempo, Napoleón había creado una nueva nobleza latifundista, pues los principales jefes del ejército recibían como premio títulos nobiliarios y tierras. Además, con el deseo de fortalecer su posición interna, concedió la amnistía y les permitió el regreso a los monárquicos que habían emigrado de Francia en los años de la revolución, a quienes después les reintegró las tierras confiscadas que aún no se habían vendido. La posición conciliatoria de Napoleón con los monárquicos, quienes habían tenido un manejo reaccionario contra la revolución, le ganó la desconfianza de la burguesía y, sobre todo, del campesinado acomodado que comenzó a temer por su propiedad agraria.

Debilitado en el terreno militar e internamente, en 1814, Napoleón fue derrotado definitivamente por las tropas aliadas de Rusia, Prusia y Austria, apoyadas por Inglaterra, las cuales entraron en la capital francesa, donde obligaron a Napoleón a abdicar al trono. El emperador hizo todo lo posible por evitar su derrota. Después de haber intentado negociaciones de paz con sus enemigos, organizó de nuevo sus fuerzas con 110 000 flamantes reclutas y acudiendo a sus viejos veteranos, en quienes depositaba su confianza, los hizo venir desde otras tierras, combatió enér-



gicamente al frente de un reducido grupo de hombres contra los aliados, les infligió derrotas, no aceptaba condiciones, ignoró la aflicción y apatía de los mariscales, la confusión imperante dentro del ejército, el caos reinante en París y otras provincias, además sufrió la traición de hombres de su confianza, como Talleyrand. Napoleón abdicó el 6 de abril de 1814 por considerar ser el único obstáculo para la paz, según manifestó a sus mariscales. El 20 de abril de 1814 partió para el refugio que le brindaran los aliados: la isla de Elba. Los aliados con las fuerzas de las bayonetas, impusieron la restauración del poder de la dinastía de los Borbones, al poner en el trono francés a Luis XVIII, hermano del decapitado rey Luis XVI.

El odio que el pueblo francés sentía por la monarquía y el temor de la burguesía y del campesinado a que la restauración monárquica significase la pérdida de los logros alcanzados durante la revolución, le permitieron a Napoleón regresar clandestinamente y tomar por la fuerza el poder. Pero sólo pudo retenerlo durante 100 días, pues sus ejércitos fueron derrotados por las fuerzas de los aliados europeos en Waterloo (1815). Napoleón abdicó de nuevo al trono el 22 de junio y se dirigió a Malmison, preparándose para embarcar hacia América desde el puerto de Rochefort. Todo estaba listo el 3 de julio, pero las naves inglesas habían bloqueado el puerto. Después de algunos

El conde de Montecristo

La popular obra del prolijo novelista y dramaturgo francés Alejandro Dumas (1803-1870), llevada al cine y a seriales de televisión. Su lectura además de distraerlos, les posibilitará adentrarse en la época, pues, dentro de la ficción, refleja la convulsa etapa de intrigas, conspiraciones y contradicciones que se dan en la última etapa napoleónica. Basta atender al diálogo entre el señor Morel y Edmundo Dantés en los momentos en que Napoleón se encontraba preso en la isla de Elba.

“— Quería preguntarle —dirigiéndose a Dantés— por qué motivos se ha detenido usted en la isla de Elba.

”— Lo ignoro, señor...

”— ¿Lo ha visto usted Edmundo?

”— ¿A quién?

”— Al gran mariscal.

”— Sí (...)

”— ¿Y cómo se encuentra el emperador?

”— Bien, según he podido juzgar por mis ojos (...) me hizo algunas preguntas sobre el navío, la fecha de su partida para Marsella, la ruta que había seguido y la carga que llevaba”.

Por haber visto Edmundo Dantés al emperador Napoleón Bonaparte y recibir un encargo, sería acusado de bonapartista y, como llegó a pensar el señor de Villefort: “¿Estará este Dantés afiliado a alguna secta de carbonarios para que su protector emplee sin pensarlo la fórmula colectiva?...”.

Alejandro Dumas: *El conde de Montecristo*.

contratiempos y de la intransigencia británica decidió entregarse a los ingleses y en-



La batalla de Waterloo.



Residencia de Napoleón en la isla de Elba.

tonces fue recluido en Santa Elena, una isla en el sur del océano Atlántico. Permaneció allí hasta que falleció el 5 de mayo de 1821. Sus restos se trasladaron a París en 1840 a petición del rey Luis Felipe I de Orleans y se enterraron con grandes honores en los Inválidos, donde permanecen actualmente.

La tesis sobre la muerte de Napoleón por envenenamiento viene rondando la historia desde poco después de su fallecimiento, cuando al analizarse algunos mechones de su cabello se encontraron en ellos rastros de arsénico. Por otra parte, en las memorias de uno de sus ayudantes, Louis Machan, se describen síntomas padecidos por el corso que hacen sospechar también de un posible envenenamiento.

Ante tales indicios se sospecha que el asesinato pudo resultar posible debido a una conspiración entre los ingleses y los Borbones, para lo cual se valieron del conde Charles de Montholon, que despedido por el engaño de su esposa, amante de Napoleón, se prestó para llevar adelante la encomienda.

También existe la versión del doctor Paul Fornes que rechaza el arsénico como causa de la muerte, reconoce que su organismo había sido debilitado por el arsénico, pero la causa que lo condujo a la defunción fueron pequeñas dosis de cianuro dadas al ex emperador de Francia como receta médica sin intenciones criminales. Su muerte no está totalmente esclarecida.

Para ampliar sobre la vida de Napoleón Bonaparte pueden hallarse interesantes biografías, entre otras, las de E. Tarlé y de E. Ludwig, conocidas en Cuba. De similar

forma será de utilidad la visita al Museo Napoleónico en ciudad de La Habana, donde no solamente se cuenta con una amplia biblioteca y otras biografías, sino con importantes obras de artes, objetos de Napoleón, de su familia y de la época. Se considera una de las más importantes fuera de Francia y más completa de América.

Napoleón Bonaparte

Napoleón Bonaparte nació, el 15 de agosto de 1769 en Córcega, cuando la isla era un Estado independiente, dirigido por el hacendado Paoli, donde predominaba una vida patriarcal y la confrontación entre clanes enemigos; hasta que, en 1768, ésta fue vendida por Génova a Luis XV, rey de Francia, y, en 1769, las tropas francesas derrotaron al destacamento de Paoli. Fue el segundo hijo de Leticia y Carlos Bonaparte, noble de escasos recursos que fungía como abogado y quien decidió darle una educación francesa.

En 1779, junto con su hermano José, es enviado por el padre al Colegio de Autún en Francia y desde los 10 años pasó como becado del Estado a la Escuela Militar de Brienne. Fue un buen alumno, muy estudioso, a quien gustaban la matemática, la geografía y se mostraba interesado en la historia de Grecia y Roma. Desde niño tuvo un carácter hosco e irritable, poco sociable, por lo cual en la Academia se mantuvo retraído y con pocos amigos. Pasó a la Escuela Militar de París cuando contaba 15 años, hasta que un año después ingresó en el ejército, pues la muerte del padre lo obligó a responsabilizarse de la familia. Fue un apasionado lector de las obras de Goethe, Racine, Corneille y Molière, entre otros, y también libros de derecho y arte militar, lo cual le ayudó a enriquecer su cultura.

En 1789, el triunfo de la Revolución francesa lo entusiasmó y estaba seguro de que ésta le podía proporcionar una exitosa carrera. Esos años, hasta 1795, fueron de estrechez económica con toda la familia emigrada a Francia. Pero al acontecer un levantamiento contrarrevolucionario en Tolón, al capitán Bonaparte le fue permitido poner en práctica su plan. Éste logró



Fotos de la familia Bonaparte. El padre Carlo Maria Buonaparte, la madre María Letícia Ramolino madame Mère y las hermanas Carolina y Paulina.

derrotar las tropas de la reacción el 17 de diciembre de 1793 y alcanzar la capitulación de Tolón. Un hermano de Robespierre presente en los hechos mandó una nota a éste en la que explicaba las acciones de Napoleón. A partir de ese momento, se le confieren los grados de general de brigada con sólo 24 años de edad. De esta forma se inicia una sucesiva carrera de éxitos militares hasta su última derrota en Waterloo el 18 de junio de 1815. Después ocuparía los cargos de cónsul y más tarde el de emperador de Francia.

Sus relaciones con Josefina, viuda del general conde Beauharnais, lo introdujo al círculo del Directorio, así como su intervención en el golpe de Fructidor, el cual salvó al Directorio, lo convirtieron en el hombre con cuyo nombre se identificaba al ejército de Francia. Se casó con Josefina, seis años mayor que él, a los 26 años.

El 2 de diciembre de 1804 se hizo proclamar emperador. La coronación se celebraría en la catedral de Notre-Dame, para lo cual hizo venir al papa Pío VII; pero, como nota curiosa y demostrativa de su carácter, en medio del esplendor y el fatuo del acto, Napoleón no dejó que Pío VII lo coronara, tomó la corona y se la ciñó, para después ponerle a Josefina la de ella. La actitud de Napoleón, quien había rodeado su corte de tanto boato como los reyes que le antecedieron, desencantó o indignó a algunos, por ejemplo, el famoso músico Ludwig van Beethoven que le acababa de dedicar su *Sinfonía Heroica* dijo: “¿Entonces Bonaparte es uno de tantos?” Y cambió el título de su obra por el de *III Sinfonía*, como se conoce hoy.

Al llegar el Imperio y querer asegurar su sucesión, como por su edad Josefina ya no



El emperador, la emperatriz Josefina y la emperatriz María Luisa.



Tumba de Napoleón Bonaparte bajo la cúpula del Palacio Nacional de los Inválidos, en París.

podía darle hijos, se divorcia de ella y contrae matrimonio con la joven princesa María Luisa de 19 años, hija del emperador de Austria, de quien tuvo un hijo. Ya antes, en relaciones con la joven noble polaca María Walewska había tenido otro hijo, pero nunca llegó a casarse con ella por no complicar aún más sus relaciones con el zar de Rusia.

Como buen corso, Bonaparte colocó a toda su familia en la corte y concedió reinados a todos sus hermanos. Después de haber conquistado casi toda Europa y ser la figura más destacada y temida de su tiempo, sus ejércitos fueron agotándose, comenzaron las derrotas y luego de Waterloo vivió sus días finales recluido en la isla de Elba, abandonado por su mujer, y más tarde en Santa Elena donde permaneció hasta su muerte.

El saldo de la Revolución francesa

A partir de la Revolución francesa, el mundo experimentó un cambio que hubo de influir, ante todo, en las transformaciones de las relaciones económicas y sociales. Representó el triunfo de la burguesía sobre la vieja sociedad y contribuyó a la consolidación del capitalismo en otras naciones. Desde luego, el campesinado no alcanzó todos los resultados deseados; aunque innegablemente logró su liberación del yugo feudal y una gran parte se convirtió en la masa de desocupados propicia para nutrir la industria con una mano de obra a bajo costo. A partir de entonces se produjo, lenta pero eficientemente, la concentración de

empresas en manos de grandes industriales capitalistas. A pesar de los intentos de las viejas naciones por la vuelta al absolutismo monárquico y a la restauración del Antiguo Régimen, después de la Revolución de 1789, ya no resultó posible.

Con el fortalecimiento del capitalismo, entre las naciones más desarrolladas tuvo lugar la expansión del comercio mundial y mayor explotación colonial; las guerras y enfrentamientos estuvieron dirigidos, en gran medida, al control del mercado internacional y a la conquista y dominación colonial de los territorios de otros continentes; sobre todo, los de Asia y África.

Con la revolución se desarrolló un nuevo sistema político representante de un importante paso de avance para la época: la democracia burguesa, que habría de repercutir en los ideales y movimientos políticos a difundirse en otras tierras. El período napoleónico no sólo representó progreso para el capitalismo y la sociedad moderna en Francia, sino que coadyuvó, en gran medida, a su expansión por los países europeos ocupados, salvo en aquellos donde la economía feudal era muy fuerte. El proceso trajo aparejado, además, el fortalecimiento del nacionalismo y el patriotismo, enaltecidos en otros países a partir de la expansión napoleónica y que habrían de repercutir en los movimientos independentistas de las colonias y en las concepciones de los principales próceres de América.

Durante los años de 1808 a 1814, en que la metrópoli española estuvo en guerra contra la dominación francesa, las relaciones con sus posesiones se alteraron. Ello contribuyó a acentuar aún más el descontento que existía en ellas. Así, al resentimiento entre criollos y españoles, una región y otra, una clase social y otra de las colonias, se sumó la situación externa; es decir, la independencia de las Trece Colonias inglesas, la Revolución francesa y la contienda por la independencia en España. Estos elementos internos y externos se entrecruzaron e hicieron estallar los combates por la emancipación en Hispanoamérica.

EL CONGRESO DE VIENA

El continente europeo sufrió una nueva transformación política, como consecuencia del fin del dominio napoleónico. Con el objetivo de elaborar las condiciones de paz y de reorganización del mapa político de Europa, los gobiernos de los países que habían vencido a Napoleón, decidieron reunirse ese mismo año (1814) en un congreso en la ciudad de Viena (capital de Austria). Al congreso se invitaron todos los gobiernos europeos representados por los monarcas y/o sus ministros; pero, en realidad, sólo Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia tuvieron en sus manos el poder de decidir la nueva división territorial del continente; más tarde se incorporó Francia. Había que borrar las huellas dejadas por las ideas de la Revolución francesa y por el dominio napoleónico en el mapa europeo. Se hacía necesario establecer nuevas condiciones para el equilibrio de Europa, la vida internacional y las relaciones entre las naciones basadas en una política de paz. Los países vencedores de Napoleón aspiraban a implantar una seguridad colectiva y la restauración del Antiguo Régimen.

Iniciado en 1814, el congreso se interrumpió con el retorno de Napoleón durante los 100 días que duró su mandato hasta su derrota y destierro definitivo a la isla de Santa Elena. Entre 1814 y 1815 se celebraron tres reuniones para analizar las cuestiones fundamentales por las cuales fueron convocados. Se suscribieron varios acuerdos de paz conocidos como Primera Paz de París (30 de mayo de 1814), Congreso de Viena (septiembre de 1814), Segunda Paz de París (20 de noviembre de 1815) y un cuarto o Santa Alianza (firmada con anterioridad el 26 de septiembre de 1815).

La Primera Paz de París establecía, entre sus principales acuerdos, el retorno de Francia a las fronteras de 1792. Mas, Francia no resultaba totalmente perjudicada al asumir Saboya, Avignon, la zona del valle del Mosa y sur del lago Ginebra, tampoco se le exigían compensaciones económicas,

Mauricio de Talleyrand

Durante el Congreso, desempeñó un importante papel Charles Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1839), quien había sido obispo de Autun, ministro de Relaciones Exteriores en el Consulado y servidor incondicional de Napoleón, con quien se disgustó. Consciente ya de la inminente caída del Imperio, fue una de las figuras que preparó el camino para la restauración vinculándose a los aliados. Firmó el Tratado de París de 1814, y en el Congreso de Viena a él se debió que su país no resultara mayormente perjudicado.

pero se le fijaba una barrera oriental para evitar futuros intentos expansionistas.

En la conducción y determinaciones del congreso sobresalieron el zar ruso Alejandro I, el hábil diplomático y canciller de Austria Metternich y el ministro francés Talleyrand. Independientemente del protagonismo del zar, la voz determinante en las medidas la llevó Metternich, mientras Talleyrand obtenía el trono de Francia para los Borbones y el



Mauricio de Talleyrand.



Congreso de Viena.

respeto al país como potencia europea. Para la discusión de algunos temas al congreso se incorporaron España, Portugal y Suecia. Si bien el eje central era el estudio de los cambios a producirse en el mapa europeo, se examinaron otros asuntos; entre ellos, la abolición de la esclavitud. Inglaterra fue la principal defensora en la abolición de la esclavitud y la prohibición internacional del comercio esclavista; la medida tendría pronta repercusión en las colonias.



El príncipe Klemens von Metternich (1773-1859), más conocido como el canciller Metternich de Austria.

Con la Segunda Paz de París, firmada el 20 de noviembre de 1815, se impusieron nuevas y más fuertes condiciones a Francia, ante el temor al peligro de ese país, lo cual ayudó a que varios Estados europeos olvidaran sus diferencias y se unieran. Prusia recibió los territorios del Sarre y Francia hubo de pagar una indemnización de 700 millones de francos. Durante las invasiones napoleónicas, sus generales sustrajeron grandes tesoros artísticos, que ahora se les reclamaron. Además, la nación francesa quedaba prácticamente sin defensas por el norte, nordeste y este. Con el Artículo VI del segundo tratado de París se ratificaba el compromiso contraído en la Santa Alianza de defender los principios cristianos, renunciar a la guerra y resolver los conflictos internacionales por la vía pacífica mediante congresos.

Los objetivos fundamentales del Congreso de Viena y de los acuerdos de paz consistían en evitar una nueva expansión de Francia; por eso, se creó una barrera de Estados en el Rin; lograr una reorganización de las relaciones internacionales sobre nuevas y distintas bases ajenas a los principios imbuidos por la Revolución francesa e inspirada, por tanto, en la restauración del antiguo orden y en la aplicación de los nuevos lineamientos establecidos por la Santa Alianza, y, muy en especial, recomponer el mapa europeo por las potencias vencedoras sin importar las nacionalidades, ni los deseos de los pueblos. Por ejemplo, los polacos volvieron a ser repartidos entre rusos, prusianos y austríacos.

Al observar el mapa “Europa en 1815” se apreciará cómo Francia quedó reducida a sus fronteras del inicio de la revolución (1789). Se le impuso, además de la ya referida contribución de 700 millones de francos, la ocupación de 53 fortalezas terrestres y marítimas por 150 000 soldados aliados y entregar su marina de guerra. A Luis XVIII se le restauró en el trono francés. Rusia, Prusia y Austria pudieron extender sus territorios a expensas de los países vecinos más débiles. Alemania e Italia quedaron políticamente sin realizar su unidad nacional.

Principales acuerdos del Congreso de Viena

- El restablecimiento de los límites de Francia a los de 1789. Las exigencias no resultaron mayores, porque Talleyrand, con su astucia, hizo ver cómo los Borbones habían sido las principales víctimas de la dominación napoleónica.

- Polonia se dividió entre Austria, Prusia y Rusia, con lo cual se frenaban los intereses expansionistas rusos, aunque se creó el protectorado ruso de la Polonia del Congreso (reino de Polonia y Alejandro I como su monarca) y Prusia sólo adquirió una parte de Sajonia, además, llegó hasta la frontera francesa por el oeste, siendo entonces una importante potencia. Rusia logró, de todas formas, su expansión hacia el centro de Europa.

- Se creó la llamada barrera de Estados-tapón de Francia extendida sobre el Rin; para eso, Bélgica se unió a Holanda y se formó el reino de los Países Bajos. Por el este, Prusia dominaba toda la zona izquierda del Rin. Para limitar a Francia por

el sur, se favoreció el reino de Piamonte con la incorporación de Saboya y la república de Génova.

- Rusia, junto con los territorios antes señalados de la zona centro-europea, conservó Finlandia, convirtiéndose en una gran potencia, al controlar, además, el mar Báltico.

- Austria alcanzó una influencia dominante en Italia, cuando obtuvo Lombardía y Véneto, asimismo en los tronos de los ducados de Parma, Módena y Toscana puso a príncipes austríacos. También recibió pequeñas compensaciones en el sur, al recuperar Tirol y Galitzia.

- Alemania reunía todos los territorios que formaban la Confederación Germánica, incluidos aquellos de población alemana del Imperio austríaco y el reino de Prusia.

- Inglaterra salió beneficiada, al ser reconocido el rey inglés como soberano de Hannover y poseer las islas de Helgoland. Contaba, además, con bases en el Mediterráneo: Malta, las islas Jónicas y Gibraltar. Obtuvo El Cabo al sur de África y la isla de



Mapa de Europa en 1815, luego del Congreso de Viena.



Ceilán en el océano Índico. Inglaterra era la primera potencia marítima que controlaba las rutas oceánicas.

Rusia, Prusia, Austria e Inglaterra fueron las cuatro grandes potencias responsables de cuidar el cumplimiento de los acuerdos.

Inglaterra resultó uno de los países que más ventajas obtuvo. En primer lugar, porque había logrado el debilitamiento de Francia, su tradicional enemiga. En segundo lugar, porque, además de obtener la isla de Malta, un magnífico punto estratégico en el mar Mediterráneo, recibió las antiguas colonias holandesas de Ceilán (cerca de la India) y de El Cabo (en el sur de África). Se alcanzó así el objetivo por el cual se había convocado el Congreso de Viena por las grandes potencias: repartirse territorios y colonias de acuerdo con sus intereses, sin atender las verdaderas aspiraciones de los pueblos.

El Congreso de Viena fue el reflejo de las ambiciones de las naciones más poderosas, y esto lo llevó a cometer costosos errores, los cuales repercutirían años más tarde en la vida europea. Enseguida hubo de surgir la rivalidad entre Inglaterra y Rusia, Austria y Rusia, así como entre Prusia y Austria.



Alejandro I de Rusia, nieto de Catalina II. Fue enemigo de Napoleón y uno de los interesados en el retorno al absolutismo y reparto de Europa.

Por ejemplo, Austria y Prusia aspiraban al dominio de los demás territorios alemanes; Bélgica, puesta bajo la soberanía de Holanda en el nuevo reino de los Países Bajos, posteriormente lucharía por su independencia; Polonia, desmembrada entre varias naciones, aspiraría a su liberación. La creación de Estados artificiales, ya por la fusión como los casos de Bélgica y Holanda y el de los noruegos y los suecos, o por el desmembramiento como sucedió con Italia y Alemania, llevó al desarrollo y/o fortalecimiento de sentimientos liberales y nacionalistas conducentes a los futuros movimientos de los años 1830 y 1848.

Amén del reordenamiento arbitrario del mapa de Europa, con el perjuicio de las pequeñas naciones como Bélgica, Polonia o Grecia y la deficiente organización de los otros Estados, el congreso complicó la situación social y política del continente. Por un lado, el temor a la restauración del Antiguo Régimen afectaba a los campesinos ante la posibilidad de la recuperación por los señores feudales de sus privilegios; la burguesía, a partir del avance alcanzado con la revolución burguesa y la revolución industrial, ahora veía un nuevo desafío frente a los recursos de un poder absoluto que limitase sus posibilidades de desarrollo y los afectase económicamente con las cargas fiscales.

Pronto, los ideólogos de la restauración hicieron correr las ideas tendentes a exaltar una vuelta al poder absoluto de los monarcas y la eliminación de las constituciones. Con ello se veían amenazados los principios propugnados por la Revolución francesa de igualdad social, libertad individual y soberanía de los pueblos. Por otra parte, la Santa Alianza también representaba la oposición a esos principios: la defensa de la religión de los derechos de Dios; o sea, de la Iglesia y un instrumento para mantener la represión. A partir de entonces siguió un período caracterizado por la restauración de las monarquías en diversos lugares de Europa: España, Roma —donde se restableció el poder del Papa— y Nápoles (Italia).



Además, la reacción, fortalecida por la victoria en su lucha contra Napoleón, trató de reinstalar las instituciones feudales barridas por la ocupación napoleónica. Pero los tiempos habían cambiado: las transformaciones económicas que se estaban realizando ya desde fines del siglo XVIII y le daban un gran impulso al ulterior desarrollo del capitalismo, imposibilitaron que la reacción pudiera imponer la política restauradora; sobre todo, en el terreno económico.

El mismo Luis XVIII de Francia comprendió la imposibilidad de volver al Antiguo Régimen. Por ello otorgó una Constitución a Francia que reconocía la monarquía constitucional con sus dos cámaras, mantuvo además algunas de las instituciones de la época napoleónica y de las conquistas económicas y sociales de la revolución, aunque procuró conservar el mayor número de prerrogativas que le fueron posible. En esa situación se vio atacado por los emigrados, quienes exigían la devolución de sus bienes, no aceptaban la nueva Carta del rey, y la Iglesia se manifestó en contra de la universidad por considerarla un posible foco de rebelión. Por su parte, los campesinos temían la pérdida de la propiedad de la tierra y los soldados se percataban que su prestigio e influencia descendían, lo que llevó a un levantamiento dominado, de inmediato, por Fouché. Estas contradicciones reflejan los nuevos tiempos que corrían.

Frente al pensamiento y a las fuerzas de la restauración, propulsores de una vuelta al Antiguo Régimen, se fortalecieron y desarrollaron —sobre todo, entre los

La Santa Alianza

Después del Congreso, en 1815, se concertó una alianza que tenía como objetivo ayudarse mutuamente “en nombre de la religión” para poder aplastar la revolución en cualquier lugar que surgiese, la cual recibió el nombre de Santa Alianza.

Por iniciativa del zar Alejandro I de Rusia se firma el 26 de septiembre de 1815 un compromiso entre el zar de Rusia, el emperador de Austria y el rey de Prusia sobre los principios ya señalados. Por su nombre y en teoría, ésta parecía una noble institución dedicada a la defensa de una causa justa, pero en la práctica fue un instrumento de la represión conservadora. La Santa Alianza duró hasta 1848 cuando se disolvió.

intelectuales y los jóvenes estudiantes— las ideas del liberalismo. Estos hombres defendían el derecho a la libertad individual y política, el establecimiento de nuevas instituciones democráticas, la libertad de prensa y de reunión. Junto a las ideas del liberalismo político y como consecuencia de la arbitraria redistribución de Europa, la mentalidad nacionalista se reanimó y favoreció el surgimiento del movimiento independentista entre los pueblos más afectados. Todas las consecuencias antes descritas creadas por el Congreso de Viena, devendrán las causantes, en gran medida, del convulso período europeo entre 1815 y 1871 y, en particular, de los movimientos revolucionarios de 1830 y 1848.



Liberalismo, nacionalismo y el problema colonial



Liberalismo, nacionalismo
y la oleada liberal de 1830



El movimiento emancipador
en América Latina



El mundo islámico y Turquía



África: del fin de la trata a inicios
de la ocupación territorial



Asia: desde fines del siglo XVIII
y principios del XIX



Liberalismo, nacionalismo y la oleada liberal de 1830



Desde las primeras décadas del siglo XIX, un conjunto de factores económicos, políticos, tecnológicos y sociales, dio paso y contribuyó al desarrollo de un renovado pensamiento y nuevas doctrinas abarcadoras de disímiles campos; entre otros, el económico, el jurídico, el cultural y el político. Fue el momento de conformación y consolidación del nuevo régimen burgués junto a la evolución del Antiguo Régimen en diversos Estados. Proceso sumamente complejo que no marchó, ni pudo hacerlo, en un ascenso continuado por igual en todos los países, pero fue dejando su impronta en todos ellos, favoreciendo los posteriores movimientos revolucionarios y de cambio que tendrían lugar en Europa y otros continentes durante el transcurso del siglo.

La revolución burguesa inglesa, el desarrollo tecnológico, acelerado más tarde por la Revolución industrial junto a la revolución de las Trece Colonias de Norteamérica y la Revolución francesa con sus transformaciones sociales más radicales, contribuyeron a la consolidación de la burguesía en estos y otros países y a la explosión de movimientos liberales desde 1815, que tuvieron un momento significativo con las revoluciones de 1830. Aunque algunos resultaron fallidos en esos momentos, a la larga ayudaron a la sistematización del liberalismo en sus diversas variantes y no exento de contradicciones, pero a su vez crearon las condiciones para enardecer los sentimientos nacionales y los movimientos nacionalistas.

EL LIBERALISMO

Después del Congreso de Viena aconteció un resurgimiento, reformulación o formulación de nuevas ideas políticas y sociales; entre ellas, el liberalismo político con diferentes vertientes o matices. Unos acentuaban el énfasis en los derechos legales de los individuos, derechos que debían suscribirse y defenderse por constituciones; otros, en una mayor participación de los ciudadanos en los asuntos públicos mediante libertad de expresión y derechos electorales. Igualmente no faltaban quienes centraban la atención

en las pretensiones constitucionalistas, reformistas y nacionalistas. A los anteriores reclamos se sumaron las demandas por el descontento económico y social de los sectores más oprimidos, expresadas en las ideas de tipo socialistas. No estuvieron exentas de confrontaciones y posturas divergentes dentro de esas posiciones, pero también tendieron en muchos momentos, según los acontecimientos, a fundirse en contra de la reacción y las posturas más conservadoras.



La caricatura empleada por los liberales de tendencia más progresista, sirvió nuevamente para la mordaz crítica. Un ejemplo es ésta titulada *El burgués individualista*.

Al respecto, Robert Schnerb también esclarecía otro elemento a tener en consi-

El liberalismo económico

Además de su vertiente política, tiene la económica. Ambas están muy vinculadas.

Para el hombre liberal, la intervención del Estado debía quedar restringida básicamente a los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. El Estado no debía interferir en la actividad económica o hacerlo lo menos posible. Sus concepciones partían de las ideas sustentadas por los fisiócratas del siglo XVIII. De esa forma manifestaban su oposición a la política mercantil y al proteccionismo.

Pensadores que iban desde Adam Smith, Jean-Baptiste Say hasta John Stuart Mill, concibieron una economía política en la cual prevalece, en primer lugar, el interés personal manifestado como libre competencia, el *laissez-fair*, *laissez-passer* (dejar hacer, dejar pasar). En la Europa del siglo XIX se pensaba en un liberalismo económico que tendría como función defender los intereses del Estado, con el cual se sentía identificada la burguesía.

deración, cuando afirmaba que la Europa del siglo XIX no era una homogeneidad ni en lo político ni en lo económico y la burguesía no había alcanzado similares niveles en todos los países. Además, dentro de ella existían distintas posiciones, desde las más moderadas hasta aquella llamada radical. Los liberales podían ser partidarios de la monarquía constitucional.

El liberalismo significaba la libertad individual garantizada mediante la ley y ésta debía establecer entre sus preceptos: la integridad de la persona y la familia, la protección de la propiedad, el derecho de los individuos a influir sobre el Estado; la libertad religiosa, de expresión, de asociación y de prensa. Representó la oposición al absolutismo; postulaba, ante todo, la libertad individual que no podía estar sujeta a la voluntad de una sola persona; en este caso, del monarca. Planteaba la limitación del poder real; creía que éste debía estar en el pueblo y abogaba por la división de poderes, correspondiéndole legislar al Parlamento como representación de los ciudadanos. El espíritu de libertad también tendía a la descentralización del poder en jurisdicciones provinciales y municipales con plena autonomía.

Fue la primera manifestación ideológica, política y de asalto ante el Antiguo Régimen. Constituyó la mayor amenaza para las monarquías del Congreso de Viena; pues, muy pronto, la intelectualidad, los filósofos, los jóvenes universitarios, los políticos, los escritores y artistas y en los escritos de la época cobró nueva fuerza el pensamiento liberal. Unas veces incompleto, otras con contradicciones, pero siempre atento a la custodia de la libertad del hombre. Frente a la restauración y a la política reaccionaria oponían las nociones de libertad política y de salvaguarda constitucional.

Entre las limitaciones del liberalismo, en su heterogeneidad, estaba que no siempre concebía el derecho individual al sufragio como un derecho universal, restringiendo éste a condiciones económicas, sexo u otros factores. La libertad y facultad del ejercicio

del pueblo al poder a través del Parlamento, debían ser mediante la forma representativa, para ello requerían de los partidos políticos. A pesar de la inexperiencia sobre este tipo de organización y teniendo sólo como referente los clubes de la Revolución francesa, en breve se organizaron las agrupaciones representativas de las diferentes tendencias, desde las más conservadoras hasta las más revolucionarias. La doctrina económica del *laissez faire, laissez passer*, cobró mayor fuerza en el siglo XIX. Postula la no intervención del Estado en las actividades económicas y aboga por la libre competencia, lo que constituye una de las mayores insuficiencias del liberalismo.

Por lo amplio y contradictorio de sus postulados e impreciso de sus fronteras, los mismos hombres que invocaban las ideas liberales y los propios partidos políticos podían pasar, según las condiciones del momento, de posiciones consideradas revolucionarias o progresistas a las conservadoras. Para una valoración objetiva del liberalismo debemos partir del estudio del contexto histórico, del momento al cual corresponde el liberalismo acerca del cual estamos hablando.

Ante la restauración, los acuerdos del Congreso de Viena y la Santa Alianza, el liberalismo constituyó la ideología de la burguesía del momento. Como oposición al antiguo orden, a la reacción monárquica y aún más cuando se vinculó a los movimientos nacionalistas, representó la posición revolucionaria, pero a su vez, al ser la ideología defensora de la propiedad burguesa y de los intereses de esa clase, no atendió a las necesidades y demandas esenciales del proletariado y otros sectores



Caricatura titulada: *Los tres partidos, presentes*. De izquierda a derecha: un ultramontano, un constitucionalista y un liberal.

desposeídos. Los liberales de las décadas del 20, el 30 y el 40 aspiraban básicamente a una monarquía constitucional, al derecho al voto para aquellos sectores poseedores de la riqueza material e intelectual, a la igualdad jurídica y a la soberanía nacional.

Las ideas del liberalismo y el nacionalismo, la llamada resistencia liberal, pronto se refugiaron en la floreciente, pero aún débil, vida clandestina de las sociedades secretas, como los carbonarios de Italia y Francia. Si algo caracterizó esta nueva etapa y la diferenció de la revolución del siglo XVIII, fue la alterada naturaleza de la oposición en partidos políticos, sociedades secretas, la utilización de la prensa para los ataques y expresión de sus pensamientos, y muy especialmente el amplio abanico de ideas, teorías constitucionales, sentimientos nacionalistas, credos democráticos, doctrinas económicas y sociales nuevas o con un desarrollo nunca antes alcanzado.

EL ROMANTICISMO

En la época del romanticismo, el liberalismo adquirió fuerza como corriente y tendió a identificarse con él. Para algunos historiadores, las revoluciones de 1830 y 1848 son denominadas revoluciones románticas, pero al romanticismo y al libe-

ralismo se asoció el nacionalismo. Después de la derrota napoleónica y del Congreso de Viena, en Europa surgió una nueva generación, en la cual, la intelectualidad habría de desempeñar un relevante papel. En gran parte de la literatura del romanticismo, el



El romanticismo. Sus particularidades

Éste debe analizarse no como algo homogéneo, sino en las condiciones de cada país, del momento histórico y de las personalidades que lo cultivaron.

Por eso, puede hablarse de un romanticismo vinculado al desencanto, al pesimismo y a la desilusión con la Revolución francesa del siglo XVIII; temeroso frente a los movimientos revolucionarios. Con él también se relacionan los pueblos que han luchado contra la invasión napoleónica, y que buscan en el pasado los valores nacionales. Recurren a la tradición, vuelven la vista a la sociedad medieval y a la religión católica. En ese retorno hay igualmente oculto un valor positivo y un espíritu de rescate, de patriotismo, de fortalecimiento del nacionalismo y de lucha por la independencia, aunque vaya unido, en muchos casos, a la concepción restauradora, a la crítica al capitalismo y a las posiciones conservadoras en política.

El otro, es aquel que asumió una actitud progresista. Crítico ante los males de la sociedad feudal e inconforme a veces con el limitado alcance de la revolución burguesa para ciertos sectores de la población y hasta enjuició los defectos de la sociedad capitalista. Dentro de esta última tendencia se movieron, a su vez, diversas posiciones, desde las moderadas a otras representantes del radicalismo político y social.

En el plano estético, en los temas de inspiración, en su expresión puramente artística, no siempre se hicieron tan evidentes las diferencias.

concepto de libertad se hizo presente y en muchos casos constituyó el motivo central de la obra de los escritores románticos.

Para la joven burguesía intelectual, el centro de su interés era el individuo, su actuación, su relación con la naturaleza, y dio gran peso a los derechos del corazón. El escritor romántico burgués terminó siendo liberal y nacionalista; dentro de ellos podemos hallar diversas posiciones; por ejemplo, Madame de Staël y Chateaubriand representaron su vertiente conservadora y cristiana. Otra parte de la intelectualidad liberal, la más humanista y más radical, pudo llegar a coincidir con pensamientos más avanzados, acercarse al entendimiento de los problemas de los obreros y hasta asumir posiciones anarquistas y socialistas.



Germaine Staël, conocida por Madame de Staël. Su obra más famosa fue *Corinne* y ejerció una enorme influencia en todas las escritoras del momento, al estimular sus aspiraciones y sus deseos de gloria.

Junto a las motivaciones liberales también se evidenció el interés por lo exótico, por lo diferente, y, en gran medida, los escritores románticos volvieron los ojos hacia África, Asia o al mundo cautivador de la España de los gitanos. En su interés nacionalista miraron al pasado medieval, buscaron en él los orígenes de la nación; resaltaron las tradiciones, las leyendas y la cultura popular. Muchos de los grandes compositores y escritores tomaron los temas de sus creaciones de las canciones e historias populares que les contaban sus nanas, cuando éstos eran pequeños. Consideraban que mediante los cantos, las coplas, las narraciones orales y otras manifestaciones de la cultura, los pueblos expresan sus sentimientos más profundos y su inconsciente colectivo.

Los ejemplos sobran. Un Goethe con su *Fausto* rebelde y clamando por su libertad o un Percy Bysshe Shelley de espíritu revolucionario, aspiraban a crear un mundo nuevo dominado por el amor y la paz. La novela histórica, como la del escocés Walter

Scott, influyó en muchos otros historiadores, como los alemanes, que vieron en ella una vía de estimular el nacionalismo.

En Alemania, la mirada a las glorias pasadas condujo a un romanticismo nacionalista y, en muchos casos, conservador. De ahí salieron los *Libros populares* escritos por José Görres y las *Canciones populares* editadas por Clemente Brentano. Los *Discursos a la nación alemana* del filósofo Fichte, influirían en una serie de poetas patrióticos como Teodoro Körner. Las ideas de democracia, anticlericalismo y socialismo, se hicieron presentes en el grupo conocido por la *Joven Alemania*, entre quienes se destaca Heinrich Heine, cuya lírica, de inspiración popular, se expresó en su *Libro de canciones*.

Entre los ingleses, el poeta y novelista Walter Scott se dedicó a coleccionar libros de épocas pretéritas que recogían aspectos de las costumbres, tradiciones y glorias del pasado, era un entusiasta de la historia medieval; el poeta Robert Southey recopiló poemas orientales y romances españoles; lord Byron se burlaba de la alta sociedad inglesa y dio su vida por la libertad y el ideal nacionalista en Grecia. Las tradicionales narraciones de supersticiones, misterio y de horror, transmitidas por la oralidad popular de generación en generación, influyeron en escritores como Horatio Walpole y su obra *El castillo de Otranto*, en la cual describe el castillo en ruina, pasadizos subterráneos secretos, tumbas en la noche, espectros y otros ingredientes típicos de la novela de misterio, o la conocida novela, llevada en repetidas versiones al cine, *Frankenstein* de la escritora Mary W. Seller, en la cual la pasión, el horror, lo fantástico y las reflexiones éticas van de la mano.

El romanticismo francés se inició con el llamado prerromanticismo de tendencia conservadora y cristiana, representado por Madame de Staël y Francisco René Chateaubriand; la primera, autora de *La literatura* en la cual se mostraba defensora de la existencia de formas diferentes de belleza en correspondencia con cada país; el segundo obtuvo gran popula-



Johann Wolfgang von Goethe. Figura esencial de la literatura alemana.

ridad con *El genio del cristianismo*. El momento cumbre y representativo del



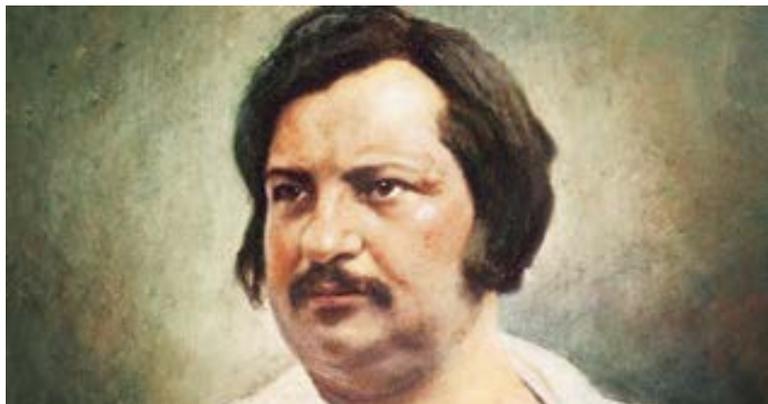
Percy Bysshe Shelley (1792-1822), poeta inglés, uno de los más importantes e influyentes del romanticismo.



Los hermanos Grimm y el rescate del folclor alemán

Jacob Ludwig Karl Grimm (1785-1863) y Wilhelm Karl Grimm (1786-1859), más conocidos por los hermanos Grimm y por sus relatos infantiles. Fueron investigadores alemanes, pioneros en el estudio de la filología y las tradiciones medievales de su país. Entre las obras de Jacob se encuentran *Sobre los antiguos Meistergesang* [artesanos] *alemanes* (1811), *Mitología alemana* (1835) e *Historia de la lengua alemana* (1848). Wilhelm se destacó por sus estudios críticos sobre literatura y obras suyas son *Antiguas canciones de gesta danesas* (1811), *Leyendas heroicas alemanas* (1829) y *La canción de Roldán* (1838). Ambos estaban interesados en los antiguos cuentos folclóricos alemanes, por ello investigaron en las fuentes y los publicaron como *Cuentos para la infancia y el hogar* (1812-1815). En 1815 vio la luz una edición ampliada conocida como *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm*. Después de haber emigrado por razones políticas, regresaron a Alemania invitados por Federico Guillermo IV de Prusia y se establecieron en Berlín, donde permanecieron como profesores de la universidad hasta el fin de sus días.

romanticismo francés se alcanza con Víctor Hugo, poeta, dramaturgo y novelista, dejó una extensa obra; en ella destacan sus cantos épicos *Leyenda de los siglos*, en el teatro *Hernani* y en la novelística *Nuestra Señora de París*, o aquella en que nos sumerge en el mundo de los desgraciados: *Los miserables*. Famosas resultan las novelas históricas y de aventura de Alejandro Dumas, entre las cuales sobresalen *El conde de Montecristo*



Honorato de Balzac.

y *Los tres mosqueteros*, llevadas al cine hasta en tiempos actuales. De Alejandro Dumas hijo es muy conocida *La dama de las Camelias*, obra de amor pasional y hasta de cierto romanticismo morboso que envolvió a muchos jóvenes escritores.

La expresión socialista del romanticismo francés puede hallarse en la novela *Los misterios de París* de Eugenio Sue, mientras el tránsito del romanticismo al realismo quedó magistralmente expuesto en Honorato de Balzac, quien dejó una amplia obra novelística de costumbre como su *Comedia humana* y las muy conocidas *Papá Goriot* y *Eugenia de Grandet*. Donde mayor fuerza tuvo la literatura romántico-nacionalista y revolucionaria fue en Italia, encarnada en el poeta nacionalista Alejandro Manzoni autor de *El 5 de mayo* y de la novela histórica *Los novios*, también en otro poeta de menos alcance literario, pero de una producción de gran influencia nacionalista: Máximo d'Azeglio, autor de la obra *Héctor Fieramosca*.

En la pintura, el romanticismo con sus temas exóticos, patrióticos y nacionalistas fue abriéndose camino; un ejemplo: *La balsa de la Medusa* de Theodore Géricault. Ingres, alumno de David y famoso retratista, mantiene un vínculo con el pasado, aunque en algunas de sus obras se observa cierto gusto por lo oriental, como en *La Odalisca* y en *El baño turco*. En sus pinturas, Eugenio Delacroix se interesó por los temas de la Edad Media, el exotismo oriental, los movimientos liberales y revolucionarios; famosos son sus cuadros *Escenas de la matanza de Quíos*, en la cual se expone la lucha de los griegos contra los turcos, y *La libertad guiando al pueblo* (28 de junio de 1830), en que se refleja, como símbolo, la revolución burguesa que derribó a la dinastía de los Borbones e instauró la monarquía burguesa de Luis Felipe de Orleans.



Cuadro de Jean Auguste Dominique Ingres: *El baño turco*. 1863. Museo del Louvre. París.

El romanticismo se hizo patente con gran fuerza en los compositores. Entre sus creadores más representativos resalta Ludwig van Beethoven, una de sus obras más famosas, en la cual se aprecia un sentido humanista fue la *Novena Sinfonía*. En medio de otros destacados cabe mencionar a Franz Schubert, quien compuso sus insuperables *liders*, canciones en las cuales puede verse la influencia de las tradiciones maravillosamente recreadas, como en *Margarita en la rueca* o en *La bella molinera*. Federico Chopin representó la sensibilidad melancólica del romanticismo en sus *Estudios*. Influencias similares del romanticismo también se



Ludwig van Beethoven. Si bien su música representó el momento cumbre del estilo clásico, por las características de su vida y pensamiento fue el tipo clásico del compositor-héroe del romanticismo.

hicieron presentes en la ópera; entre otras, fueron famosas las italianas como las de Joaquín Rossini *El barbero de Sevilla* y *Guillermo Tell*, basada en la conocida leyenda medieval.

EL NACIONALISMO

En torno al nacionalismo existen muchas versiones, interpretaciones y definiciones. Sin entrar en los problemas de índole teórico, podemos considerar el nacionalismo o las ideas nacionalistas surgidas en Europa en el siglo XIX como el resultado de la síntesis de la toma del poder político por la burguesía y del crecimiento industrial ocurrido a partir de la Revolución industrial. De acuerdo con historiadores estudiosos del problema, el nacionalismo, como otros procesos y acontecimientos que tuvieron lugar en el siglo

XIX, es el producto de la doble revolución: la conquista del poder político por parte de la burguesía y la gran transformación estructural que garantizó la consolidación fabril. En ello intervinieron, además, otros factores de orden económico, social, cultural e institucional, cuya acción influiría en las manifestaciones específicas de esas ideas. Al referirnos al nacionalismo como doctrina, como orientación de la actividad política en cuanto a las relaciones entre las



El concepto nacionalismo y su complejidad

Según Anthony D. Smith, el término nacionalismo resulta oscuro. La referencia a él apareció por primera vez en Leipzig.

No pocas veces, los criterios han entrado en contradicción o han tendido a la homogenización de tan complejo proceso sin tener en cuenta las condiciones históricas, el nivel de desarrollo económico o tecnológico, ni la situación política o social específica de cada país. Por esas razones, ninguno de los diferentes puntos de vista pueden tener valor absoluto para caracterizar, mediante una generalización, todos los nacionalismos, mucho menos los de los territorios coloniales o dependientes, aunque en cada caso se hallen elementos válidos y presentes al estudiar el fenómeno; sobre todo, en el contexto europeo y en cierta medida también en otros.

Hay corrientes con un enfoque historicista, que lo analizan como consecuencia de un trayecto ascendente de reformas que sucede en los aspectos sociales y culturales en el tránsito de un grupo humano con ciertos rasgos comunes, hacia la nación.

Para muchos autores, el nacionalismo está vinculado a la modernización como producto del desarrollo tecnológico que condujo al ascenso y consolidación del capitalismo. Otra de las teorías es la que parte del llamado *Estado científico*. Este enfoque, aunque no lo exprese de forma explícita, también tiende a partir de la modernización para concebir la nación, pero lo hace entendiendo el *Estado científico* como expresión política de la modernización capitalista.

Casi todas las teorías parten de un enfoque eurocentrista y toman como referencia la modernización. Esas posiciones ven los procesos en otros continentes o dentro de otras regiones de la misma Europa como el reflejo o expansión del proceso europeo occidental, sin tener en cuenta el desigual desarrollo de la sociedad.

Anthony D. Smith: *Las teorías de los nacionalismos*.

naciones, estamos aludiendo a un fenómeno que cubre el siglo XIX, no siendo hasta la segunda mitad del siglo que se evidencia con precisión.

Además, no puede hablarse de un nacionalismo en abstracto, deben tenerse en cuenta otros muchos factores, momentos históricos y características regionales, unidos a las peculiaridades de cada país. Por ende, cada nacionalismo aparecerá en correspondencia con condiciones estatales, instituciones y organizaciones

que se ajusten a sus historias y realidades clasistas.

Si en el continente europeo, el proceso de desarrollo del capitalismo condujo a la articulación de la nación, entendida ésta como resultado de la dominación económica, política, ideológica, intelectual o cultural por la burguesía de un territorio de forma bastante homogénea, no puede llevarnos siempre a entender la actitud nacionalista de los ciudadanos a modo de una manifestación exacta de las consideraciones típicamente burguesas. En todo ello intervienen dos factores importantes: las diferencias en el surgimiento de la conciencia nacional, y las posibilidades y necesidades de transformación burguesa en cada región en particular.

Asimismo, la conciencia nacional o lo identificado con nacionalidad, la idea de lo nacional, contiene muchos de los elementos con los cuales se definen el patriotismo, la defensa de la patria, la identidad nacional. La claridad que podamos lograr de la utilización de cada uno de esos conceptos y de todos en un momento dado, depende, en parte, del reconocimiento de su propia historicidad, de no considerarlos mecánicamente como un producto exclusivo del pensamiento burgués.

Por tanto, la unidad psicológica alcanzada en un grupo de individuos deviene el resultado de un largo proceso de formación, cuyos orígenes deben buscarse, a veces, en los tiempos más remotos. De ahí que independientemente de las variaciones presentes en diferentes épocas históricas, los componentes de la conciencia nacional son el resultado de estructuras de larga duración y en ella inciden diversos factores, ya etnográficos, lingüísticos, tribales, estabilidad en el hábitat, hasta la aparición de elementos mucho más fuertes y realmente estables, que están condicionados sin duda por razones económicas, que sí exige el desarrollo del sistema capitalista.

Las ideas o factores expresivos de la unidad psicológica pueden hacerse presentes con diversas manifestaciones culturales, ideológicas o de otra índole. En el caso

de los nacionalismos europeos que nos ocupan, vemos la interrelación existente entre el romanticismo, el liberalismo, el nacionalismo y las luchas sociales con sus expresiones ideológicas. Frente a la política restauradora, luego del Congreso de Viena, en la oposición pueden hallarse diversas posiciones, generalmente representativas de los distintos sectores y oscilan desde las más conservadoras a las más radicales; una moderada-liberal correspondiente en lo esencial a los sectores de la aristocracia liberal y la alta clase media; la radical-democrática, en ella pueden ubicarse la clase media baja, una parte de los nuevos fabricantes, los intelectuales y miembros de profesiones liberales, y la socialista, en la cual se agrupan ante todo los obreros. Sin embargo, el paso de una posición a otra, en el caso de las dos primeras, resultó algo frecuente en correspondencia con el alcance de los movimientos, la radicalización de sus objetivos y los intereses personales.

De 1820 a 1848 tuvieron lugar diversos movimientos revolucionarios en Europa; los del 20 se dieron en lo fundamental en España (1820), Nápoles (1829) y Grecia (1821); todos ellos, a excepción del griego, fueron rápidamente derrotados. El español tuvo especial significación para América, porque reavivó las acciones independentistas en las colonias. No obstante, los del 30 tuvieron un alcance y una repercusión

Las ideas nacionalistas en los países europeos de menor desarrollo económico e industrial. El caso alemán

“En Alemania (...) se puede apreciar fundamentalmente la supremacía de una especie de humanismo aristocrático. Así se nutría la concepción de Alemania como nación cultural, que tanta acogida tendrá en Schiller (...) Wilhelm von Humboldt y Goethe. A esto se unirá la filosofía de Herder, predicará el perfeccionamiento de la humanidad no con sentido universal, sino dentro de una comunidad escogida (la nación como personalidad colectiva). Este nacionalismo étnico-lingüístico resaltarán en *Volksgeist* y nutrirá en el siglo XIX las ideas románticas, que harán resonar en el *Deutschland ubre alles* (Alemania sobre todos los demás) de Hollmann, la unificación alemana.

”Estas ideas nacionalistas absorbían por una parte el conservadurismo renovado, puesto en práctica en las reformas de Stein y de Hardenberg, que hacían aparecer al Estado prusiano como centro de atracción social (...) A falta, entonces, de un desarrollo económico interno, y en espera de una transformación industrial, los elementos psicológicos y culturales fueron convirtiéndose en los principales soportes y motores del nacionalismo”.

Leonor Amaro Cano: *Industrialización y nacionalismo en la Europa moderna*.

más amplios que los del 20, y la del 48 fue la ola revolucionaria mayor de todas; en ella se hizo manifiesto, con distinto nivel de profundidad, según las particularidades de cada Estado, un movimiento proletario y socialista y en su extensión llegó a gran parte de los territorios de Europa occidental y oriental.

LA OLEADA REVOLUCIONARIA DE 1830

Francia: la restauración y la revolución de 1830

Después de la derrota napoleónica y el Congreso de Viena, el restaurado rey Borbón, Luis XVIII, estaba en deuda con las potencias del Congreso y, a su vez, tenía la experiencia de lo acontecido con el retorno de Napoleón; por otra parte, estaba sometido a las presiones de los sectores republicanos: los revolucionarios, aspirantes a conservar los logros de la Revolución francesa, y los llamados bonapartistas, quienes evocaban las glorias de la época napoleónica.

La anterior situación forzó al monarca a prometer, mediante la declaración de Saint-Ouen, establecer la Cámara y con esto el modelo propio de Francia conocido como la *carta otorgada* (4 de junio de 1814); es decir, gobernar mediante la constitución.

Además, la carta dejaba bien claro que el rey era el jefe supremo del Estado; mandaba las fuerzas de tierra y mar, declaraba la guerra; hacía los tratados de paz, alianza y comercio; nombraba todos los empleados de la administración pública; redactaba los reglamentos y ordenanzas necesarios para



Luis XVIII de Francia.

la ejecución de las leyes y la seguridad del Estado. La nueva carta dejaba un fuerte poder en manos del monarca Luis XVIII.

Al mismo tiempo, las Cámaras electas contaron con una mayoría borbónica, situación lógica debido al carácter censatario de las elecciones, pues la Cámara Alta era la de los pares, representantes de la aristocracia con carácter vitalicio y hereditario, mientras para ser candidato a la Cámara Baja, única elegible, el requisito radicaba en pertenecer al grupo de quienes pudieran pagar más de 1 000 francos de renta. Así, primaron los nobles en las Cámaras y entonces se le conoció como la *Cámara inencontrable*, por asumir, según era de esperar, posiciones tan reaccionarias que no parecía existir la dualidad de poderes. Conjuntamente, los ultramonárquicos desencadenaron una brutal represión con fusilamientos, matanzas y golpizas por las calles. La situación provoca-

ba tal descontento y conmoción que el rey tuvo que disolver la Cámara para convocar a nuevas elecciones.

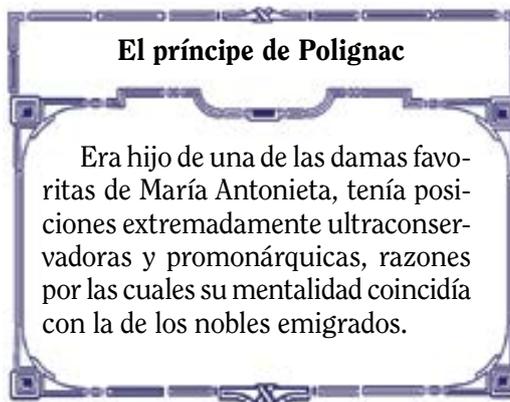
Durante un breve período (1817-1820), Luis XVIII trató de paliar la situación y promulgó leyes, entre otras, la electoral de 1817, que favorecía a los pequeños y medianos propietarios y la libertad de prensa. Al morir asesinado el heredero al trono, el duque de Berry, y ante la presión de los ultramonárquicos, el rey facilitó el ascenso a la Cámara de los pares de los elementos ultras para desatar de nuevo la reacción conservadora. Los liberales desarrollaron distintas manifestaciones de protesta y se organizaron en sociedades secretas, la más importante fue la de los carbonarios; de 1820 a 1823 ocurrieron varios levantamientos en París, Marsella, Nantes, Colmar y Tolón, pero fracasaron por no contar con el apoyo popular. Debido a su delicado estado de salud, el rey dejó las riendas del gobierno en manos de su hermano el conde de Artois, quien al morir Luis XVIII lo sucedió en el trono con el nombre de Carlos X, el 27 de septiembre de 1824.



Carlos X, conde de Artois. Durante la revolución perteneció al sector más conservador de los monárquicos.

Carlos X, de carácter ligero, obstinado y ambicioso, ya había sobresalido desde antes de asumir el trono, por sus posiciones radicalmente reaccionarias, y una vez como rey de Francia llevó adelante intentos de una política más hacia la derecha que la de su hermano. Aún en la mentalidad del monarca permanecía la ilusión del retorno al Antiguo Régimen. Instauró al príncipe Polignac en el cargo de primer ministro, formando un gabinete ultraconservador. Desde los primeros momentos firmó dos leyes impopulares: la ley sobre el sacrilegio, con la cual demostraba su apoyo a la Iglesia, y la ley de los 1 000 millones para los emigrados; así se indemnizaba a los emigrados que perdieron sus tierras durante la revolución de 1789. A los emigrados se les concedieron 630 millones de francos para satisfacer sus reivindicaciones a expensas del tesoro público. El creciente malestar en esos años coincidía con los momentos de la crisis de 1827, por lo cual el precio del pan se había elevado en un 50 %; simultáneamente, y como consecuencia de la situación existente, ese año tuvo lugar la insurrección obrera de los barrios de Saint-Denis y Saint-Martin, la cual no contó con el apoyo de otros sectores. El 29 de abril de 1827 se realizó una de las primeras manifestaciones de oposición.

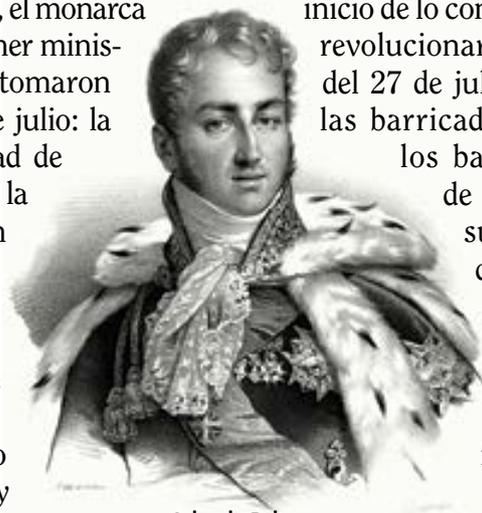
La situación siguió complicándose. De un lado, el intenso frío y el descalabro de la bolsa de valores; del otro y producto de la crisis económica, el desempleo se agudizó. En contra de la oposición, el monarca decidió mantener al primer ministro Polignac, y ambos tomaron nuevas medidas el 11 de julio: la suspensión de la libertad de prensa, la disolución de la Cámara y la restricción de la ley electoral, que conducía al aumento del número de diputados representantes de los sectores más ricos, al tener derecho al voto los grandes propietarios y no así los comerciantes e



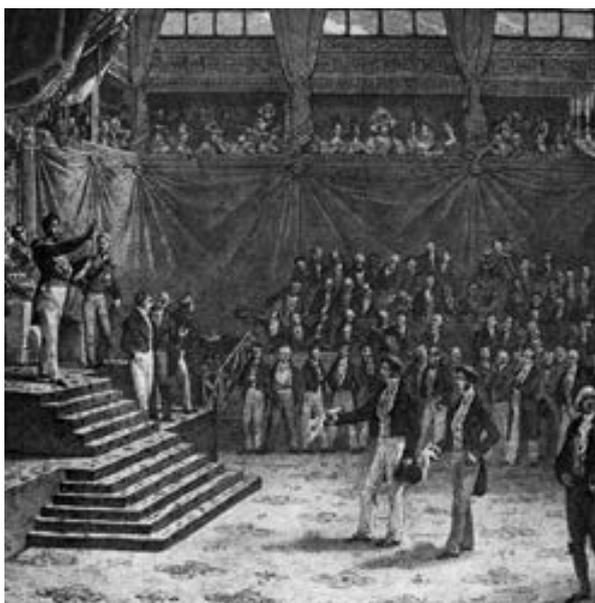
industriales. De esta forma se limitaba del derecho al voto a más de las dos terceras partes de los electores y se restringían las facultades de los elementos liberales. Prácticamente, el monarca acababa de asestar un golpe de Estado.

En enero de 1830 vio la luz un nuevo periódico: *El Nacional*, dirigido por Mignet, Thiers y Armand Carrel, éstos apoyaban como candidato al trono al duque de Orleans, bajo la consigna: *Conservemos el régimen y cambiemos el rey*. Cuarenta y cuatro periodistas redactaron un documento en el cual se declaraban contrarios a la disolución de la Cámara. El 26 de julio se reunieron estudiantes e impresores en la redacción de *El Nacional* y el día 27, la policía entró a registrar las imprentas y destruir mesas y equipos, lo cual provocó las primeras manifestaciones de representantes de la prensa, comerciantes y estudiantes.

Las condiciones estaban dadas para el inicio de lo conocido como las jornadas revolucionarias de 1830. La noche del 27 de julio comenzó la primera, las barricadas se establecieron en los barrios obreros del este de París; el día 28, los insurrectos se apropiaron de los de Saint-Antoine y Saint-Marceau, ocuparon el ayuntamiento. Los soldados no pudieron controlar la insurrección y se retiraron con un saldo de 200 muertos; por la parte de



Jules de Polignac.



Carlos X en el momento que pide silencio a los diputados.

los insurgente, el costo fue de 800 vidas, pero al amanecer del 29 se estimaba triunfante el levantamiento. Parte del ejército se sumó a los sublevados y, finalmente, el rey tuvo que retirarse a Rambouillet.

El 2 de agosto, Carlos X abdicó a favor de su hijo Enrique V, pero las Cámaras decretaron el trono vacante y el 7 de agosto ofrecieron la corona al duque de Orleans. Thiers, tratando de calmar el temor de los monárquicos a una república, había proclamado la fidelidad del duque de Orleans a la nación. Ahora, investido como rey de Francia con el nombre de Felipe I (1830-1848), apodado *el Rey Bugués*, era rey por voluntad del Parlamento. Con él terminó la dinastía borbónica en Francia.

Con *el Rey de las Barricadas*, como también se le conoció, se reformuló la Carta con un contenido más liberal, con la posibilidad de una mayor amplitud a la base electoral, se eliminó la censura de prensa y se garantizó la soberanía nacional; pero no se instauró la república ni se tomaron medidas más radicales, como aspiraban los liberales. En medio de una difícil situación logró maniobrar en el poder con la oposición de los republicanos y bonapartistas, por un lado, y, por el otro, con el temor a las acciones de la Santa Alianza, para la cual esa monarquía constitucional no resultaba de su agrado.

Los dos primeros años de gobierno trajeron algunas medidas que presagiaban un cambio. A los ministros de Carlos X se les procesó; en las provincias se originó una agitación anticlerical, parecía existir unidad de intenciones e intereses entre los pobladores de París de tendencia liberal y se fue a una democratización de la Guardia Nacional; todo ello contando con la aprobación del monarca y las decisiones de las Cámaras. En breve, diversas circunstancias hicieron variar la situación.

Los acontecimientos de 1831 y el brote revolucionario de la oposición

La reunión de los llamados legitimistas en la iglesia de Saint-Germain l'Auxeroi para enaltecer la memoria del duque de Berry, provocó la reacción anticlerical de las masas. La iglesia fue saqueada y lanzados al Sena los libros religiosos. A partir de esos momentos, el monarca se rodeó de hombres de tendencias más conservadoras, como el banquero Casimiro Perier en sustitución de Laffitte, quien no había podido evitar el agravamiento de la crisis económica.



Luis Felipe de Orleans, rey de Francia como Felipe I.

Por otra parte, el recrudescimiento de la crisis económica que condujo a grandes masas al desempleo, lo bajo de los salarios de los obreros y el hambre, unido a las demandas de sufragio universal, de libertad de prensa y el derecho a la enseñanza primaria gratuita que reclamaban los republicanos, crearon las condiciones para el fortalecimiento de la oposición. Las sociedades secretas y la prensa como *El Nacional* se convirtieron en focos de la insurrección, a la cual se enfrentó el gobierno utilizando las armas y se originó una breve guerra civil. Esta situación condujo a la producción de diversos levantamientos obreros, como el de la ciudad de Lyon (1831), reprimido violentamente por el ejército a un costo aproximado de 1 000 muertos. Las insurrecciones obreras y de las masas populares continuaron en esos años, así tuvo lugar la de París (1832), igualmente reprimida de forma sangrienta.

En 1832, una epidemia de cólera causó graves daños, a ella se conjugó la crisis económica atravesada por el país y agravada por los acontecimientos revolucionarios. Al mismo tiempo, la aparente unidad alcanzada durante la insurrección entre la burguesía —en lo fundamental, la mediana y pequeña— y el proletariado, no logró consolidarse; los sectores burgueses seguían aferrados a la prohibición de las organizaciones obreras, defendían la introducción de las máquinas en la industria a expensas del despido de los trabajadores, motivando las protestas de éstos. La monarquía no supo cómo enfrentar esos eventos y comienza a tomar medidas de vuelta a la reacción. Se instauró un gabinete más conservador, hubo una represión contra la prensa y se declaró el estado de sitio en París.

Los acontecimientos franceses de los primeros años estimularon a los nacionalismos europeos, los cuales creían que había llegado el momento preciso para replantearse sus problemas y llevar adelante la revolución, dada la cuidadosa postura asumida por las monarquías de la Santa Alianza de no inmiscuirse en los

Luis Felipe I, *el Rey Burgués*

Se le conoció como *el Rey Burgués* debido a que los monárquicos estimaron su nombramiento por las Cámaras como reflejo de sus relaciones con la burguesía, responder a los intereses de ésta, por considerarlo tolerante con ella y porque él tenía inclinaciones burguesas.

Al entregársele el poder, el duque de Orleans había proclamado: “llevaré con orgullo esos colores gloriosos que habéis vuelto a tomar”, se refería a la bandera tricolor símbolo de la república.

Igualmente afirmó, en alusión a las Cámaras: “serán ellas las que aconsejarán los medios más adecuados para asegurar el imperio de la ley y la conservación de los derechos de la nación”.

Afirmó que en lo adelante la Carta sería una verdad. Todo aparentaba asegurar un régimen lo más parecido a una república.

asuntos franceses. Estimaban, además, poder contar con el apoyo de Francia, pero el ejemplo de la indecisión de Luis Felipe y la poca ayuda prestada a la lucha independentista de Bélgica, pronto evidenciaron el carácter limitado de los acontecimientos de 1830. La vuelta a tendencias conservadoras y reaccionarias por parte del rey, devino la demostración del fracaso de la llamada revolución del 30.

Particularidad del liberalismo en España

El proceso del liberalismo en España estuvo inserto en el signo de la contradicción. Tuvo manifestaciones nacionalistas y revolucionarias, con amplia participación popular, al enfrentarse a la invasión napoleónica (1808-1814), en otras oportunidades asumió una tendencia moderada o períodos de ascenso de la contrarrevolución. Por tanto, puede decirse que se vio sometido a momentos de éxito y de declive o fracaso, dados por los múltiples problemas, internos y externos, en que se desarrolló durante el siglo XIX. Indiscutiblemente, como bien expresan diversos autores, el resultado fue un proceso de evolución, entre períodos



Martín Díaz, conocido por *el Empecinado*, formó parte de los guerrilleros que enfrentaron heroicamente las fuerzas napoleónicas en la lucha por la independencia, lo que permitió en definitiva el retorno de la monarquía.

de victoria liberal y dominio conservador, que fue progresando durante todo el siglo conjuntamente con el avance del desarrollo capitalista de diversas regiones de la Península; sobre todo, en la periferia. Ese liberalismo español, si bien no logró alcanzar los

resultados que las posiciones más radicales obtuvieron en otros Estados durante el siglo, sí llegó a conseguir la conformación de un Estado liberal moderado.

La primera manifestación del liberalismo en España tuvo lugar como un proceso lógico de expansión y continuidad de las ideas ilustradas del siglo XVIII, las cuales se reflejaron en la Constitución de Cádiz (1812) en los momentos de enfrentamiento al ejército napoleónico. A la Constitución, el gracejo popular español, la denominó La Pepa, por haberse proclamado el 19 de marzo de 1812, día de San José. Pudiera decirse que paralelamente se dieron dos movimientos: uno nacionalista, realizado por los sectores populares en su lucha contra el invasor, y otro liberal, encabezado por aquellos elementos que aspiraban a transformaciones económicas y sociales de carácter burgués. Eran los tiempos de una ausencia de poder, por estar los reyes Borbones en el exilio y ocupar el trono José Bonaparte, hermano de Napoleón, lo cual ocasionó la creación de las juntas locales, manifestación de la soberanía popular. Posteriormente se constituyó la Junta Central que convocó a las Cortes de Cádiz, en las

La religión

La guerra contra los franceses fue, a su vez, la lucha del catolicismo contra lo que los españoles consideraron el ateísmo de la Revolución francesa. Tanto las altas figuras eclesiásticas como los curas de aldea, muy vinculados a los guerrilleros y a los sectores más humildes, con sus incesantes y encendidas prédicas, desempeñaron un destacado papel en la efervescencia nacionalista de los sectores populares, pues, en una España donde una mayoría de la población era inculta y sin acceso a las publicaciones liberales más avanzadas de Europa, donde prevalecía una mentalidad católica sólidamente arraigada, en el enfrentamiento a los franceses no sólo estaba la defensa de lo nacional, sino también de la fe frente a las "diabólicas ideas ateas" del invasor.



Manifestación patriótica en Cádiz, adonde se trasladó definitivamente la Junta Central, constituida primeramente en Aranjuez (1808).

Afrancesados

Se les llamó afrancesados a aquellos reformistas que aspiraban a cambios innovadores similares a los realizados en Francia, razón por la cual no se opusieron a José Bonaparte y un gran número buscó refugio en Francia al derrumbarse el régimen napoleónico.

Vicens Vives: *Historia de España y América*.

cuales se instituyó, por primera vez, una monarquía constitucional.

Los liberales buscaban en las Cortes de Cádiz, entre otras medidas, dos de gran significación para las transformaciones de tipo burgués: la supresión de las trabas feudales en las tierras donde éstas estaban presentes y la eliminación de las barreras aduanales internas. Además, se establecía la soberanía nacional, la división de poderes y la libertad de trabajo y empresa. En la Constitución se reflejaron las reformas de carácter burgués, pero, a su vez, se instituía que *la nación es y será siempre católica*. Por otra parte, al menos en teoría, estaban presentes los derechos civiles y políticos de todos los súbditos del Imperio español, así se trataba de darles a las colonias americanas una situación que las equiparara con la metrópoli. También resultó el momento propicio para que en algunas colonias se iniciara la lucha por su independencia, lo que implicaba una contradicción para los liberales de Cádiz, quienes sabían que España y los sectores más poderosos de la nación dependían de las posesiones coloniales donde tenían importantes intereses.

En medio del fragor de la lucha contra los franceses, que constituía el interés esencial de los sectores populares, fue cobrando fuerza la descentralización con la creación de las juntas locales por los sectores de la resistencia que luchaban contra la injerencia napoleónica y por el restablecimiento de Fernando VII. Esto contribuyó a que los

distintos territorios y provincias se consideraran soberanos y no dependientes de ningún centro, poseían el derecho a legislar y algunos asumían posiciones más radicales que otros, según sus características e intereses. Las Cortes de Cádiz nunca llegaron a dominar amplios territorios para poder aplicar la legislación concebida, pues la mayor parte de éstos permanecieron en manos de los franceses; por ende, su centralismo resultó más aparente que real.

Como podía esperarse, la derrota al invasor no supuso el paso al liberalismo; todo lo contrario, se restableció el absolutismo con Fernando VII y el retorno al conservadurismo, en gran medida facilitado por la influencia de la Iglesia católica, cuyas ideas prevalecían en los sectores populares que se habían enfrentado a Napoleón. Con el retorno de Fernando VII y el triunfo de las fuerzas conservadoras fueron perseguidos y acosados los llamados afrancesados y los liberales.

El trienio liberal

La visión de un sistema liberal sobre los acontecimientos del trienio liberal: “Y era, pues, que aquel mismo día 5 había llegado a Madrid la noticia de haberse sublevado el día 1º el Ejército que en la isla de León y sus contornos se hallaba reunido para marchar a Ultramar, y aclamado nada menos que la Constitución de 1812. Esta noticia tan

El ejército en España

Fue en España “donde la ‘pura’ insurrección descubrió su fórmula más efectiva: el pronunciamiento militar. Los coroneles liberales organizados en secretas hermandades de oficiales, ordenaban a sus regimientos que les siguieran en la insurrección, cosa que hacían sin vacilar (...) Las hermandades de oficiales —a menudo de tendencia liberal pues los nuevos ejércitos admitían a la carrera de las armas a jóvenes no aristócratas— y el pronunciamiento también serían rasgos característicos de la política de los países de la península y de América Latina, y una de las más duraderas y dudosas adquisiciones del período carbonario”.

E. Hobsbawm: *La era de la revolución 1789-1848*.



Los ideales liberales tuvieron su manifestación artística hasta en los juegos de naipes, en los cuales se reproducían algunas de las principales figuras del movimiento.

importante y trascendental traía, pues, revueltos los ánimos y preocupados en distintos sentidos todos los pensamientos, calificándola unos de una nueva calaverada, que quedaría muy pronto ahogada en sangre, como las anteriores (...) al paso que



Juramento de las Cortes de Cádiz en la Iglesia Mayor Parroquial de San Fernando el 24 de septiembre de 1810, óleo sobre lienzo de José Casado del Alisal (1863).

otros disimulaban mal su alegría, porque, atendidas las proporciones del alzamiento actual, prometía feliz suceso.

”(...) aquéllos (los jóvenes) abultaban las noticias que de público corrían, citaban nombres y regimientos insurreccionados, plazas tomadas, triunfos y sucesos engrandecidos por su deseo (...) al mismo tiempo iban llegando noticias de que, no sólo las ciudades de Andalucía, sino también las de Galicia, Asturias, Aragón y Cataluña estaban realmente unidas al movimiento del ejército de la Isla (...) ya las cosas llegado al último extremo, no había más que hacer sino jurar la CONSTITUCIÓN de 1812. Así se acordó por la Real Orden (...) publicada también por Gaceta extraordinaria a primera hora del día 7.

”No bien esta importantísima resolución se difundió con la velocidad del rayo por todo Madrid, lanzáronse a la calle con un alborozo, una satisfacción indescriptible, todas las personas que representaban la parte más culta y acomodada de la población: grandes y títulos de Castilla, oficiales generales y subalternos, opulentos propietarios, banqueros y todo el comercio en general, abogados, médicos, y hombres de ilustración y de ciencia; todas las clases, en fin, superiores y medias, del vecindario confundíanse en armoniosos grupos, abrazándose y dándose mil parabienes, y sin lanzar gritos ni mucho menos denuestos contra lo pasado, confundíanse en un inmenso y profundo sentimiento de patriótica satisfacción (...)

”Movidos por un sentimiento unánime de esperanza y de gratitud, y sin volver la vista a lo pasado, lanzáronse ante todo a las avenidas del Real Palacio, aclamando vigorosamente al Monarca, a quien expresaban de mil maneras sus sentimientos de gratitud y lealtad; ni un solo grito, ni un solo gesto discordante empañaron por un momento aquella escena, y cuando Fernando se presentó en el balcón, y aun les dirigió algunas palabras aconsejándoles que se retirasen, todos obedecieron, respondiendo con atronadores vivas al Rey y a la Constitución”. (Ramón de Mesonero



La promulgación de la Constitución de 1812, obra de Salvador Viniegra.

Romano: *Memorias de un setentón* [fragmentos].)

Lamentablemente, el trienio no tuvo el final feliz que podría deducirse de las últimas líneas.

No fue hasta años más tarde, entre 1820 y 1823, que tuvo lugar un corto período conocido como el trienio liberal o trienio constitucional, considerado un paréntesis dentro del absolutismo de Fernando VII e instaurado por Rafael del Riego (1785-1823), militar y político español que pretendía el restablecimiento de un régimen constitucional. El 1º de enero de 1820, en Las Cabezas de San Juan (Sevilla) se pronunció proclamando la abolida Constitución de Cádiz (1812), lo que obligaría al monarca a su restablecimiento. Se inició así esta nueva etapa liberal.

Como señalan los fragmentos de *Memorias de un setentón*, en el nuevo lapso liberal, el cual aconteció a partir del pronunciamiento militar de Riego, el ejército desempeñó un importante papel. En el caso español, formaban parte de las fuerzas sublevadas: militares influenciados por esas tendencias durante el período que habían permanecido presos en Francia; otros que, a partir de 1814, escapando de la represión absolutista, se refugiaron en las sociedades secretas de la masonería, en las cuales

prosperaban las ideas liberales, y también se contaba con la incorporación de hombres procedentes de los sectores más humildes que habían luchado con anterioridad contra el invasor francés.

Sin embargo, el proceso revolucionario se vio muy pronto envuelto en contradicciones, debido a un conjunto de factores. En primer lugar, las indecisiones y desconfianza de los liberales moderados frente a los llamados exaltados, de tendencia más radical, quienes apoyaban las demandas de tipo popular, y ante el temor de un restablecimiento del



Cuadro de Vera Calvo el cual refleja la lectura de la condena a muerte a Mariana Pineda (1804-1831), víctima de la violenta reacción, por haber bordado una bandera que decía: "Ley, Libertad, Igualdad".



Fernando VII.

absolutismo por el monarca y los moderados se produjeron manifestaciones populares que marchaban cantando lo que se denominó himno de Riego: *Trágala o muere, tú servilón, tú que no quieres la Constitución* y obligaron al monarca a retornar a Madrid.

Por otro lado, estaban las presiones del sector de los monárquicos absolutistas, temerosos a la radicalización y opuestos, por tanto, a la revolución, a quienes favorecería la posición vacilante de los moderados que, en definitiva y a la larga, harían causa común con ellos. En el contexto no faltó la incidencia de la independencia de la mayoría de las colonias americanas, lo cual afectó económicamente a los grupos más ricos con intereses en esas tierras. A lo anterior se sumó la aparición de partidas realistas en defensa del absolutismo y la invasión de tropas francesas —los llamados Cien Mil Hijos

de San Luis—, cumpliendo el mandato de la Santa Alianza, decisivo, en las anteriores condiciones, para la restauración, a partir de 1824, de la reacción absolutista.

Un nuevo período liberal tuvo lugar en la década del 30, cuando, a consecuencia de la enfermedad y posterior muerte de Fernando VII en 1833, se inició la Regencia de su esposa María Cristina, madre de Isabel, la hija del monarca que no podía ocupar el trono por su minoría de edad. Entonces se dieron condiciones propicias debido a un conjunto de factores, internos y externos; entre otros, la situación económica creada en la Península con la liberación de la mayoría de las colonias de América, el apoyo que recibieron los liberales españoles que habían tenido que emigrar al establecerse, en 1830, en el trono de Francia Felipe de Orleans, representante de las apetencias de la burguesía financiera francesa, elemento favorecedor a su vez para el reforzamiento de las ideas liberales dentro de España y los enfrentamientos de intereses que venían aflorando desde que se vislumbraba la muerte del rey. Por un lado, estaban los

Enfrentamientos por la sucesión al trono

Desde antes de la muerte de Fernando VII se venían dando los enfrentamientos de intereses por la sucesión al trono. Si bien, de un lado, estaban quienes apoyaban la herencia de Isabel y la Regencia de María Cristina; del otro, se encontraban las fuerzas más reaccionarias y absolutistas, apoyando a Carlos María Isidoro de Borbón, conocido como Carlos V. Los carlistas estaban conspirando desde hacía años en distintas regiones, llegaron a firmar el *Manifiesto del pueblo español en 1827*, en el cual solicitaban la ascensión al trono de Carlos. Para 1828, en Cataluña constituyeron una Junta Suprema y publicaron el periódico *El Catalán Realista*, cuyos objetivos e intereses quedaban claros en su postulado: “Viva la Religión, viva el Rey absoluto, viva la Inquisición, muera la policía, muera el Masonismo y toda secta oculta”.

representante de la tendencia absolutista más reaccionaria y extrema —dentro de este núcleo se agrupaban los ricos terratenientes, el clero y un influyente sector del ejército—, quienes veían en la figura de Carlos, hermano del rey, no sólo el legítimo sucesor, sino la persona que beneficiaría las ambiciones de la derecha más reaccionaria y garantizaría el mantenimiento del absolutismo más conservador. Por el otro, las variables de liberalismo: los reformistas de posición centrista, en la cual se agrupaban los ilustrados y liberales-moderados y los liberales constitucionales o progresistas; estos dos grupos formaban la llamada izquierda y se unieron contra los carlistas, a pesar de las diferencias, pues los primeros aspiraban a una monarquía liberal-moderada y los segundos pretendían el fortalecimiento del poder civil. (Estos sectores liberales los formaban la burguesía y los terratenientes, quienes iban introduciendo reformas de tipo capitalista en sus posesiones.)

La regenta María Cristina, comprendiendo la gravedad de la situación en que se encontraba frente a la reacción carlista y empeñada de todas formas en defender los derechos de su hija, determinó vincularse a los monárquicos moderados, la burguesía y la oficialidad liberal. Además decidió tomar una serie de medidas, como la reapertura de las universidades, la amnistía de los liberales exiliados y la creación del Ministerio de Fomento, entre otras. Luego de una recuperación de su enfermedad, el monarca vuelve a ocupar, por poco tiempo antes de su muerte, las riendas del poder y apoya las reformas efectuadas por la reina.

A la muerte de Fernando, con sólo 3 años Isabel, la regenta se vio enfrentada a la férrea reacción carlista, sólo le quedaba un camino: el



María Cristina de Nápoles, esposa de Fernando VII y madre de Isabel II y de Luisa Fernanda, únicas descendientes del monarca. Regenta de España de 1833 a 1840.

acercamiento a los liberales moderados, pues, por el otro lado, estaba el temor al extremo liberal que respondía a los intereses populares. No menos importante resultó el movimiento juntista, surgido nuevamente en diversas regiones con un carácter espontáneo y defensor de los intereses

particulares de la región, con frecuencia opuestos a los del gobierno central. En estas condiciones estalló la Primera Guerra Carlista.

En 1834, los liberales moderados, representados por el diputado Martínez de la Rosa en el gobierno, establecieron, a solicitud de la regenta, el llamado Estatuto Real, con el cual se creaban dos Cámaras: una, formada por representantes de la nobleza y personalidades nombradas por



Francisco Martínez de la Rosa, denominado por el pueblo *Rosita, la pastelera*, debido a sus posiciones moderadas y tendentes a las componendas.



El empeoramiento de la situación y la Pragmática Sanción

En 1830, pocos años antes de fenecer, el 12 de junio, Fernando VII dejaba establecido en su testamento que, si al morir su hijo o hija que le sucediese en la corona no tenía 18 años, en la condición de regente quedaría su esposa María Cristina. Como hasta el momento, sólo los varones tenían el derecho al trono, los carlistas protestaron porque una ley firmada en 1830, la Pragmática Sanción, 40 años después de promulgada pudiera tener efecto retroactivo, pues Carlos había nacido antes, en 1788.

El nacimiento de una niña el 10 de octubre de 1830, hija de los reyes y bautizada como María Luisa Isabel, luego Isabel II, fue la chispa que hizo estallar la pólvora de los carlistas que se negaban a aceptar la Regencia de María Cristina y el futuro reinado de Isabel.

el monarca; la otra, constituida en lo fundamental por la alta y mediana burguesía elegida mediante el voto censatario —sólo tenían derecho al voto de acuerdo con sus recursos la alta y mediana burguesía—. Empezó un nuevo período liberal sumamente comprometido.

Los liberales radicales —intelectualidad, pequeña burguesía y las masas populares, en lo esencial urbanas— ansiaban el sufragio universal en lugar del voto censatario. Lo anterior, unido a la ausencia de medidas más populares y los pocos éxitos frente a la guerra carlista, condujo al estallido en 1834 en Madrid de las primeras manifestaciones

del descontento popular. Después sucedería una radicalización del proceso, al triunfar los liberales en las elecciones de diputados. Mientras, continuaba la Guerra Carlista y los enfrentamientos desatados al norte de España debido, en gran medida, a las desventuras sufridas por el ejército liberal. Esto contribuyó a provocar, entre 1834-1835, dentro de la población urbana de algunas ciudades, hechos de violencia contra conventos, otras instituciones religiosas y hasta fábricas, como fue el caso en Barcelona. Se inició así, en 1834, un nuevo y breve período liberal.

Los militares amotinados (1836) en La Granja, residencia real, impusieron a María Cristina una orientación liberal con un nuevo personal político. Una figura trajo esperanzas a los liberales progresistas, Juan Álvarez Mendizábal (1790-1853), por lo atractivo de su programa político. En él se planteaba reestructurar la economía del país mediante la desamortización de la tierra, la supresión de las comunidades religiosas no dedicadas a la enseñanza de los niños pobres o a la asistencia de los enfermos y la regulación de la venta de los bienes eclesiásticos, entre otras. Una nueva Constitución se aprobó en 1837, más progresista en algunos aspectos, pero, a diferencia de la de 1812, no reconocía como parte del reino las colonias de Ultramar —Cuba, Puerto Rico y Filipinas— y, por tal razón, deberían gobernarse



El abrazo de Vergara. Cuadro que representa el encuentro entre los generales Espartero y Moroto. Fin de la Guerra Carlista.

Las manifestaciones de la llamada extrema liberal

Los sectores populares, compuestos por artesanos, funcionarios, el incipiente proletariado, campesinos y hasta la pequeña burguesía, se lanzaron a las calles, organizaron motines, manifestaciones antifeudales, revueltas campesinas y conformaron en 1836 la Milicia Nacional para respaldar sus demandas de tipo popular.

Esas exigencias atemorizaban no sólo a los monárquicos, sino también a los liberales moderados.



Juan Álvarez Mendizábal, grabado calcográfico firmado por José Gómez, 1845, por dibujo de José Balaca.

por leyes especiales. Se ponía de manifiesto de nuevo la diferencia de intereses entre los liberales de la metrópoli y las aspiraciones de los diputados americanos en sus intentos reformistas.

Lo anterior pudo llevarse a cabo, en gran medida, por la acción del general Baldomero Espartero, quien logró algunas relevantes victorias sobre los ejércitos carlistas y la firma en 1839 del Convenio de Vergara — conocido también como el *Abrazo de Vergara*—, lo cual puso fin a la guerra. Los intentos de moderación de la regenta trajeron como resultado la oposición de los sectores populares y de intelectuales románticos. Se

La Regenta

Un interesante panorama del siglo XIX español y el reflejo de las mentalidades, ideales, formas de actuar y las costumbres de los diversos sectores del vecindario de una localidad (Vetusta, supuestamente Oviedo), así como las diferentes tendencias del liberalismo a lo largo de tantos años, podemos hallarlos en la extensa y una de las más famosas novelas españolas, la obra de Leopoldo Alas, *Clarín* (1852-1901), *La Regenta*.

Carlos Ozores, padre de Ana, la regenta de Vetusta, se describe en la obra como ingeniero militar, primogénito de un segundón, el conde Ozores. Procedía de una familia venida a menos, pero que trata de mantener su apariencia. Con fama de masón y ateo liberal era incansable lector de libros condenados por los sectores conservadores de la sociedad. Tuvo que emigrar hasta que, debido a una amnistía, se le permite el regreso. Es el hombre que se rodea de libres pensadores, progresistas y ateos.

Leopoldo Alas: *La Regenta*.

estableció la Regencia de Espartero (1840-1843), quien no cumplió con las expectativas creadas y pronto fue sustituido por un golpe militar de los liberales moderados —el pronunciamiento de Torrejón de Ardoz (1843)—; éstos liquidaron el liberalismo y se adueñaron del poder. Entonces se estableció la tendencia moderada, con breves interrupciones hasta 1868; sin embargo, ya no pudo restablecerse la monarquía absoluta. Significó la liquidación del Antiguo Régimen y la sustitución por la monarquía constitucional.

LAS REVOLUCIONES DE 1830 EN OTROS TERRITORIOS DE EUROPA

La conjunción de diversos factores: el ideario de la Revolución francesa de 1789, las repercusiones de la invasión napoleónica, la Revolución industrial, el movimiento independentista griego y los acontecimientos de 1830 en Francia, entre otros, estimularon el movimiento revolucionario y nacionalista en distintos países de Europa.

Independencia de Grecia

Grecia, sometida al Imperio turco, comenzó, desde épocas muy tempranas, sus

intentos independentistas con la oleada liberal de los años 20. El nacionalismo griego estaba fomentado por el orgullo y significación que subsistían de la vieja cultura que había irradiado a Europa en tiempos pasados, asimismo por el papel desempeñado por la Iglesia ortodoxa en la conservación de las tradiciones y el espíritu de las costumbres y la cultura. Otros factores que contribuyeron al fortalecimiento del nacionalismo fueron las propias condiciones geográficas facilita-



Grecia.

doras del desempeño en las montañas de los *halikaros* —denominados despectivamente por las fuerzas opresoras bandidos griegos—, quienes conservaban un sentimiento nacional y antiturco, a lo anterior se sumaba la actividad de los marinos griegos, en mayor contacto con los pueblos europeos y en cuyas colonias comerciales se fundaron las primeras sociedades nacionalistas conocidas como las *heterías*. Precisamente, esos marinos controlaban el comercio y las finanzas.

En 1821 ocurrió una rebelión contra los turcos que alcanzó las islas y el continente. El alzamiento del 2 de abril tuvo gran fuerza, pero los turcos iniciaron una cruel, sistemática y



George Gordon, más conocido por lord Byron, el célebre poeta inglés exponente del romanticismo, murió por la independencia de Grecia.

encarnizada represión; las matanzas fueron enormes, aunque los griegos, al ver que no contaban con el apoyo de otras potencias, supieron responder con similar espíritu y lograron emancipar algunas regiones. En Epidauro se reunieron los delegados de las regiones liberadas en enero de 1822 y declararon la independencia de Grecia. Ese mismo año, los turcos degollaron en Quíos unos 23 000 griegos y vendieron como esclavos a otros 47 000.

La insurrección de los griegos había conmovido a los románticos liberales y, muy en especial, la matanza de Quíos. Delacroix pintó su famoso cuadro *Escenas de la matanza de Quíos*; escritores como Chateaubriand, De Bonald y Víctor Hugo, entre otros, destacaron el heroísmo y las penas sufridas por ese pueblo. Mientras, los voluntarios de las diversas partes de Europa se solidarizaban con los sublevados, enviando ayuda o participando en la lucha junto a ellos; el más conocido es el caso de lord Byron, quien murió en esas tierras. Los gobiernos mantuvieron una actitud más conservadora.

Los años de 1824-1827 constituyeron un momento importante del proceso. Dominada la resistencia griega por los turcos, en alianza con sus difíciles vasallos egipcios, ocuparon Tipoliza, Misolonghi y luego Atenas; entonces, ante la presión de los pueblos, Francia e Inglaterra decidieron intervenir, al contar, en cierto sentido, con la anuencia del zar de Rusia, quien dio por nulos los acuerdos de la Santa Alianza. La decisión forzó a un armisticio aceptado de poco agrado por los turcos, quienes persistieron en sus intenciones. El 20 de octubre de 1827 aconteció la intervención directa de los aliados, cuando la flota franco-inglesa derrotó a la escuadra turco-egipcia en la batalla de Navarino, junto a las costas griegas.



Cuadro de Delacroix: Escenas de la matanza de Quíos. Representa la lucha de los griegos contra los turcos. Expuesto en el Salón de París de 1824.

Al mismo tiempo, la guerra de los rusos contra Turquía llegó a su fin con el Tratado de Adrianópolis del 14 de septiembre de 1829; Rusia obtenía así beneficios y se reconocía la autonomía del Estado griego, pero no su verdadera emancipación; en tal situación se mantenía el descontento en el pueblo. La total independencia no se reconoció hasta el nuevo congreso de Londres en 1830 y en 1832 se proclamó el príncipe de Baviera con el nombre de Otón I, rey de los griegos.

La insurrección en Polonia

Diversos acontecimientos crearon las condiciones para reavivar los sentimientos nacionalistas e independentistas del pueblo polaco, inconforme con las condiciones impuestas por la Constitución de 1815, otorgada por el zar Alejandro I, en la cual se les concedían algunas prerrogativas a los polacos, pero bajo la dominación rusa. Entre esos acontecimientos estaban: la independencia de Grecia, lograda poco antes del estallido de la sublevación polaca y que había contado con el apoyo de los románticos liberales franceses; la contribución de la revolución de julio de 1830 en Francia a la expansión de las ideas liberales, y la independencia de Bélgica que obligó al zar a movilizar al ejército polaco y al ruso en dirección a ese país.

Ante el último de los hechos antes relacionados, los polacos consideraron

encontrarse en el momento preciso para obtener su independencia. El 29 de noviembre de 1830, los nacionalistas ocuparon Varsovia, lograron expulsar al virrey ruso y establecer el 3 de diciembre un gobierno provisional, representado por el general napoleónico Chlopicki, quien pretendió entrar en negociaciones con el zar Nicolás I para conseguir una mayor autonomía sin sufrir la amenaza de una agresión de la poderosa nación. El zar no aceptó las negociaciones propuestas y los elementos más radicales se hicieron del poder, proclamando la independencia polaca el 25 de enero de 1831.

Varios factores condicionaron el fracaso de la independencia polaca. Dentro de las fuerzas nacionalistas había dos tendencias: una representada por la nobleza y grandes terratenientes, partidaria de un entendimiento con el zar para alcanzar la independencia o, en sus efectos, se conformaban con una mayor autonomía frente al temor a un levantamiento campesino; otra, constituida principalmente por intelectuales, estudiantes y burgueses, era partidaria de la incorporación del campesinado a la lucha para lograr la total emancipación. Una vez constituido el nuevo gobierno y declarada la independencia, los nacionalistas esperaban tener el apoyo de otras potencias, como Inglaterra y Francia. Por otro lado, el temor, por parte de Nicolás I, a una generalización del conflicto en Europa y el ascenso de las fuerzas liberales en otros territorios, hizo



Mientras tenían lugar los acontecimientos en Polonia, el zar Nicolás I, en compañía de la zarina, hija del rey de Prusia, y uno de sus hijos, disfrutaban de un paseo marítimo.



Masacre de polacos durante el movimiento insurgente.

dudar al zar de lanzar una ofensiva violenta y brindó un lapso de aparente tranquilidad.

En breve, las condiciones se complicaron para los nacionalistas, el zar lanzó una cruenta ofensiva con un ejército de 170 000 hombres; los polacos no pudieron contar con la ayuda esperada, a los ingleses no les interesaba insertarse en el movimiento y Francia estaba muy alejada. La represión no se hizo esperar, incluidos los propios nobles terratenientes; se cerraron las universidades, se suprimió la Constitución de 1815 que brindaba cierta autonomía y Polonia se redujo a una simple provincia del Imperio ruso. Miles de nacionalistas fueron deportados a Siberia y más de 4 000 familias emigraron a Francia. El país quedó en peores condiciones que las existentes antes de la sublevación; no obstante, la lucha de los polacos ayudó, a la larga, a estimular los sentimientos independentistas en Europa y facilitó la independencia de Bélgica, al necesitar Rusia distraer sus tropas en la acción contra los polacos.

Bélgica conquista la independencia

De un movimiento de carácter liberal, como el que ocurrió en Francia en 1830, se pasó a uno liberal-nacionalista en Bélgica. Por los acuerdos del Congreso de Viena se unieron de nuevo Bélgica y Holanda en el reino de los Países Bajos, el holandés Guillermo I fue nombrado rey. Los belgas habían quedado sometidos al dominio de un monarca holandés, esto

explica una de las razones de su inconformidad. Otros móviles también influyeron en la formación del sentimiento nacionalista.

No han faltado historiadores que hayan esgrimido el problema religioso entre belgas católicos y holandeses calvinistas, como la causa fundamental de las desavenencias. Discrepancia cierta, pero debe acompañarse con otros elementos de gran peso. Mientras los primeros sumaban una población de 3 millones de habitantes y los segundos, unos 2 millones, la ley electoral favorecía a los holandeses. Éstos ocupaban las cuatro quintas partes de las funciones públicas. El desarrollo industrial de los belgas también resultaba superior al de los holandeses, por eso solicitaban reformas aduaneras para hacer posible la competencia con Inglaterra. La autonomía administrativa y financiera era una necesidad urgente para ese pueblo.

A lo precedente no puede dejarse de agregar las tradiciones, el idioma, la idio-



Príncipe alemán Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gotha, proclamado rey como Leopoldo I de Bélgica el 4 de junio de 1831, al declararse la independencia del país.

sincrasia, la misma religión, que durante siglos habían diferenciado a unos y otros.

La crisis económica, causante de la carestía de la vida, provocaba cada vez mayor descontento. El pan, principal alimento de los pobres, había subido su precio, mientras los salarios se mantenían iguales. Para la clase obrera y para los campesinos belgas, cuyas cosechas resultaban poco productivas, solamente el rey Guillermo I de Holanda era el causante de la precaria situación. En las anteriores condiciones, los obreros se lanzaron a las calles, rompiendo las máquinas a gritos de abajo Guillermo. A todo eso se sumaba la influencia de la revolución de julio en Francia.

Para el pueblo belga había llegado el momento de luchar por su independencia y el 25 de agosto en la Ópera de Bruselas se representaba *La muda de Portici*, en la cual se narra y exalta la revuelta de los italianos contra la dominación española. Ése fue el detonante para que estallara toda la pólvora de malestar acumulado. Al salir de la Ópera una manifestación, a la cual se unió la masa enardecida, asaltó el palacio del ministro representante del rey. La burguesía logró dominar la manifestación. Los obreros asumieron las posiciones más radicales con sus actos de rebeldía, rompiendo las máquinas y asaltando las calles.

Frente a la difícil situación creada, el rey Guillermo I envía a Bruselas un ejército de 6 000 hombres para reprimir la sublevación. Entonces, la rebeldía se extendió a toda la nación; se formaron barricadas en las calles, los belgas se unieron reclamando la independencia; en esas condiciones, el ejército se vio forzado a retirarse de las grandes ciudades, como Mons Charleroi y Lieja entre septiembre y octubre, y de Amberes para fines de año. Una reunión de patriotas creó un gobierno provisional y el 4 de octubre de 1830 declaró la independencia de Bélgica, pero manteniendo el régimen realista, pues las aspiraciones liberales eran de una monarquía constitucional. Pidieron entonces el apoyo de Francia.

Por su parte, Holanda reclamó la asistencia de los países del Congreso de Viena.



Vista de los episodios de la revolución en Bruselas, según obra de Gustave Wappers.

Rusia ofreció su ayuda, apoyada por Prusia y Austria; pero Metternich temió una internacionalización del conflicto frente a las insurrecciones liberales que acontecían en Italia, y al no brindar asistencia material, los reclamos de Guillermo I no fueron complacidos. De esa forma, después de las maniobras franco-inglesas, el 20 de enero de 1831 se reconoció la independencia de Bélgica, bajo la condición de declararse un Estado neutral. En esas condiciones, el 4 de junio, el Congreso Nacional de Bélgica nombró rey a Leopoldo I de Sajonia-Cobur-



Princesa Louise de Orleans, esposa de Leopoldo I y su más útil consejera.



go-Gotha, un príncipe alemán emparentado con los reyes ingleses, expresión de una solución salomónica negociada.

Otra vez, un Parlamento nombraba un rey, como había ocurrido en Francia; se establecían por elección dos Cámaras y se tomaban otras medidas de carácter liberal, como la separación de la Iglesia del Estado; se reconocía la declaración de derechos, la soberanía del pueblo, y se aceptaba el carácter independiente del poder judicial. En Bélgica se fundieron los intereses nacionalistas y liberales.

Otros movimientos nacionalistas que no llegaron a fraguar en la década del 30, fueron el italiano y el alemán. Éstos surgieron y se desarrollaron en condiciones especiales y en breve se vieron reducidos al fracaso.

El movimiento nacionalista italiano

En 1820, en Italia, la revolución de carácter liberal e impulsada por la sociedad secreta de los carbonarios, no tenía condiciones para triunfar y, mucho menos, para lograr la unidad italiana. Luego del fracaso de ese intento, no fue hasta febrero de 1831, que, impulsado por los carbonarios, estalló



Giuseppe Mazzini (1805-1872). Luchador por la unificación italiana y fundador de la *Joven Italia*.

nuevamente la algarada liberal en la Romaña, sometida a la administración del papa Gregorio XVI. Este movimiento aspiraba, ante todo, a liberarse de la dominación del papado y mediante el establecimiento de una asamblea de nobles y burgueses se declaró independiente.

La insurrección se extendió a las regiones de Parma y Módena, donde sus monarcas fueron destronados. Ante la situación presentada, el Papa pidió el apoyo de los austríacos, quienes ocuparon Bolonia. Después de una amenaza de intervención de Francia, las tropas austríacas se retiraron, pero nuevos estallidos de insurrecciones liberales, ocurridos en diciembre de 1831, determinaron la intervención otra vez de los austríacos en Bolonia. Los carbonarios, por su condición de organización secreta formada por un reducido grupo de hombres, no contaron con las condiciones para llevar sus ideas liberales al resto de la población.

Los monarcas italianos, apoyados por los ejércitos austríacos, reprimieron en breve la insurrección y restablecieron gobiernos absolutistas. Entonces, después de la significación del fracaso de los intentos liberales, brotó con mayor fuerza el sentimiento nacionalista, expresado en la idea de la unidad nacional y puesto de manifiesto en la obra de una nueva generación de poetas románticos, en la reedición de *La divina comedia* de Dante, en las obras de Manzoni y Leopardi, y en el movimiento de la *Joven Italia* fundado por Mazzini en 1831 e integrado por jóvenes liberales con una visión republicana. No sería hasta años más tarde —ver capítulo IV, Libro Segundo—, que Italia obtiene su independencia.

Los movimientos del 30 en Alemania

En esos años, tuvo gran influencia para Alemania la emigración polaca que contribuyó a despertar los sentimientos liberales y nacionalistas. En un banquete celebrado a favor de los refugiados polacos en Hambach, unos 30 000 liberales alemanes se expresaron en pro de un gobierno unificado. Casi simultáneamente, en varios Estados alemanes ocurrieron levantamientos



Heinrich Heine (1797-1856), además de poeta, fue uno de los más grandes representantes del nacionalismo liberal en Alemania.

contra los soberanos; por ejemplo, Carlos II, duque de Brunswick, fue expulsado de sus Estados; el rey de Sajonia, ante la acusación de mal gobierno de los Wettin y el temor a las sublevaciones, prometió redactar una constitución. En Hesse-Kassel se estableció una Cámara única en contra de la nobleza; en Hannover, los ciudadanos esperaban obtener una serie de reformas con la proclamación de la constitución y en Prusia se habían avivado las muestras de solidaridad con los polacos.

Los intentos de un reducido grupo de intelectuales, periodistas y estudiantes que lanzaron un llamamiento a la liberación de Alemania, en Frankfurt en abril de 1833, no tuvieron éxito. En esos momentos, el movimiento nacionalista alemán era tardío y no suficientemente sólido como para enfrentar las fuerzas de los Estados absolutistas. Metternich pidió el apoyo a Prusia y logra la ayuda de los soberanos de Prusia, Austria y Rusia, con lo cual consigue sofocar el movimiento. La Joven Alemania fue disuelta y varios de sus miembros se exiliaron, incluidos los escritores Gutzkow y Heine.

Con independencia del fracaso de los intentos nacionalistas, en esos momentos se originaron nuevas situaciones, cuyos resultados se verían más tarde. Intelectuales y escritores comenzaron a resaltar en sus escritos las tradiciones, la cultura, los elementos demostrativos de una unidad alemana. Así, para el historiador Leopoldo von Ranke, el gran deber de su pueblo era crear el verdadero Estado alemán que respondiera al genio de la nación, y lo manifestaba en sus escritos en los cuales enfatizaba en la historia de Alemania, para destacar ese “genio nacional” que los distinguía. Por otro lado, desde hacía tiempo, en Prusia se aspiraba por sus intereses económicos a unificar el sistema aduanero y en 1831-1833 quedó constituida la unión aduanera *Zollverein* de los Estados del norte, la cual coadyuvaría con posterioridad a la unificación política de Alemania.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA COTIDIANA HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XIX

Las revoluciones burguesas, la invasión napoleónica, la Revolución industrial, el desarrollo de las comunicaciones, de la ciencia y la técnica, del comercio, los movimientos liberales y nacionalistas, influyeron en los gustos, las costumbres, las mentalidades, la familia y la vida cotidiana, todo lo cual se reflejó en aspectos tan diversos como el vestir, la alimentación, las

maneras, los gustos artísticos y literarios de la primera mitad del siglo XIX, que representó un momento de estabilidad y cambio, de ruptura y continuidad.

Un espacio difícil de penetrar resulta el de la vida privada, el de la vida familiar. Es aquel que todos tratan de preservar con mayor celo y del cual se habla menos. El período comprendido desde la Revolución



El divorcio en la Ley de 1792 era aceptado, pero la ilustración demuestra cómo no se recomendaba.

francesa hasta la primera mitad del siglo XIX, constituyó un momento en el cual esa dimensión experimentó interesantes, pero vacilantes modificaciones.

La Revolución francesa marcó un momento de cambio para lo privado, lo

Ley del divorcio en Francia

La ley del divorcio de 1792 se distingue por su liberalidad. En ella se admitían como causas del divorcio siete motivos determinantes: “la demencia; la condenación de uno de los cónyuges a penas afflictivas e infamantes; los crímenes, sevicias, o lesiones graves de unos de ellos hacia el otro; la conducta pública desordenada; el abandono al menos durante dos años; la ausencia sin noticias por lo menos durante cinco años; la emigración”. Además, una pareja podía divorciarse de mutuo acuerdo después de un plazo máximo de cuatro meses, concediéndose asimismo el divorcio “por incompatibilidad de talante o de carácter”, y lo que es aún más sorprendente, las condiciones eran las mismas tanto para los hombres como para las mujeres. Puede afirmarse que no existía, en el momento de su promulgación, una ley más liberal en ningún otro país.

En el libro de Philippe Ariès y Georges Duby hay una observación interesante:

“¿Tuvo la posibilidad de divorciarse un impacto real en las vidas privadas de los nuevos ciudadanos de la República? En las ciudades, desde luego, pero en el campo éste fue mucho menor. En Toulouse, por ejemplo, hubo 347 divorcios entre 1792 y 1803, pero durante el mismo período en los distritos rurales de Revel y Muret se tramitaron únicamente 4 casos”.

Philippe Ariès y Georges Duby: *Historia de la vida privada. (De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial)*.

familiar. Si bien las transformaciones se hicieron más notables en Francia; posteriormente, las nuevas costumbres con el transcurso de los años, la expansión del capitalismo, la extensión de las ideas liberales a otros países, las nuevas actitudes, así como las reacciones frente a ellas, lograron ir invadiendo, con sus particularidades, distintos territorios.

Durante la revolución, la Iglesia tendió a perder influencia; sobre todo, en la familia citadina. Una de sus primeras manifestaciones tuvo lugar con el establecimiento del decreto del 20 de septiembre de 1792, en el cual se establecía el matrimonio civil como el legal, oficializado frente a una autoridad municipal en lugar del párroco. Por el Artículo 7 quedaba esclarecido que “De acuerdo a la ley, el matrimonio no es más que un contrato civil”. También se crearon los tribunales de familia, aunque de vida efímera, los cuales posibilitaban la intervención del Estado para tomar decisiones que antes sólo correspondían al padre y brindar cierta protección —en lo esencial, a los hijos— en algunos aspectos como la herencia. A lo anterior se sumaba la ley del divorcio del mismo año.

Pero las tradiciones y las costumbres poseedoras de una fuerte resistencia al cambio, unidas a otros factores como la propia restauración, contribuyeron a que las transformaciones logradas no continuaran avanzando al mismo ritmo e, incluso, que en algunos casos experimentarían cierto retroceso. Tampoco alcanzaron similar repercusión en las áreas rurales, ni en aquellos países donde las relaciones capitalistas no se habían consolidado o en otros, donde las tendencias conservadoras en el ámbito familiar resultaban muy fuertes.

Durante mucho tiempo, el espacio de la vida pública permaneció restringido para la mujer. Más para aquellas que, por su situación social no estaban obligadas a incorporarse al trabajo fuera del hogar. El padre de familia siguió siendo, en bastante medida, el rector de la vida, a quien continuaron subordinados la esposa y los hijos

hasta muy avanzado el siglo XIX e, inclusive, los inicios del XX.

La moralidad vinculada a las relaciones sexuales y al matrimonio, aspecto difícil de explorar en la vida privada, experimentó por igual cambios de actitud y de posición en los años de la Revolución francesa, aunque no tantos como a veces se ha pretendido señalar. Para estudiosos del tema, el período de la revolución removió los cimientos de este espacio. Las novelas de Donatien A. François de Sade, más conocido por el marqués de Sade, aunque perseguidas y causantes de su prolongado encarcelamiento, pueden constituir un reflejo de algunas de las prácticas del placer y de la moral de ciertos sectores en la sociedad de esa época. En esa literatura queda evidenciado, además, el papel de la mujer como objeto de placer, como ser inferior, discriminado. Criterio compartido también por otros literatos, para quienes a ellas sólo correspondía un espacio, el privado, donde debían satisfacer y complimentar los deseos y disposiciones del marido. Ideas que pueden volverse a encontrar en la segunda mitad del siglo XIX.

En el caso inglés, un elocuente ejemplo lo constituye el vínculo establecido entre las relaciones familiares de los monarcas, como representación del Estado, y la convivencia en el ámbito del hogar del hombre común. Esas ideas, influidas además por el esquema evangélico, establecieron o reafirmaron normas morales basadas en el concepto del pecado, en el temor al castigo y en la necesidad de la salvación. Resulta, a la vez, la reacción frente al terror despertado por lo que acontecía en la Francia revolucionaria. Sirvieron de inspiración a las parejas, y así se divulgaban las relaciones matrimoniales de los monarcas Guillermo IV y Adelaida de Sajonia-Meiningen (1830-1837) y las de la reina Victoria I (1837-1901). Pero tanto en un caso como en el otro, las cualidades resaltadas eran la virtud doméstica, la fidelidad del monarca, y la de las reinas de ser buenas esposas y madres.

Si un significado importante tuvieron los movimientos liberales y nacionalistas

Monarquía inglesa, familia y moral

Jorge IV, que había llevado una vida amorosa escandalosa, quiso divorciarse de su esposa Carolina —de quien estaba separado al poco tiempo de su matrimonio por compromiso—. Acudió entonces, mediante la Cámara de los Comunes, en acción despreciable al denigrar a su esposa, en un juicio público (1820) que sacó a la luz las indignidades de la corte en relación con el aspecto de las relaciones sexuales y el matrimonio. El pueblo, despreciando la actitud del monarca, apoyó a Carolina (la reina agraviada). Más que amparar a Carolina estaba defendiendo la institución del matrimonio. En su “Oda a Jorge IV y su mujer Carolina”, John Bull exaltó el símbolo de la virilidad y honor de los británicos:

*Ser un padre para la nación
Un marido para su Reina
Y seguro del amor de su pueblo
Reinar tranquilo y sereno.*

La virtud doméstica era, en efecto, la base de la civilización británica, y el pueblo únicamente podía sentir amor, si su Padre Real podía servir de ejemplo a tales virtudes.

Años más tarde, “Victoria, el ‘capullo de Inglaterra’ se convirtió en la esposa y madre modelo. Como sostenía un famoso predicador en 1849, ‘El trono de nuestra sencilla y respetable reina florece entre los hogares felices y sobre los corazones leales del pueblo. Uno de los mayores méritos por los que se merece le otorguen nuestra confianza y afecto reside en sus propias virtudes domésticas. Ella es una Reina —una Reina de verdad—, pero es una Madre auténtica y una verdadera Esposa...’”.

Philippe Ariès y George Duby. *Historia de la vida privada. (De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial).*

de 1830, a veces poco destacado, fue la contribución a la disminución del abismo que separaba la llamada alta cultura y la cultura popular. Recuérdese cómo filósofos, literatos, pintores, músicos románticos, buscaron material de inspiración en temas populares. Los historiadores hurgaron en las leyendas medievales, buscando elementos para reafirmar las nuevas naciones. Hay un interés por el folclor, por los dialectos, por el estudio de otras culturas menos conocidas; es la época en que los hermanos Grimm escribieron sus historias de hadas y reflejaron las tradiciones alemanas e irlandesas, entre otras, y Niemcewicz exaltaba



El dulce hogar.

el nacionalismo de los polacos con sus *Canciones históricas*.

En la ya mencionada novela de Mary W. Shelley: *Frankenstein*, podemos hallar fragmentos en los cuales se evidencia el interés en la época por lo exótico y por las culturas orientales.

En ese momento, la novela como género literario alcanzó su mayor popularidad, debido a varios factores: el primero, por un



Los hermanos Jacob Ludwig Karl Grimm (1785-1863) y Wilhelm Karl Grimm (1786-1859).

indiscutible incremento del nivel cultural, sobre todo, con la ampliación de la matrícula y democratización de los estudios primarios; otros serían el desarrollo tecnológico en las ediciones, las bibliotecas circulantes, la aparición en la prensa del llamado folletín o novela seriada, la mejora e incremento de las comunicaciones y los temas abordados bajo la influencia del romanticismo y el nacionalismo como *Carmen* de Prosper Mérimée y la ya mencionada novela histórica de sir Walter Scott con su famosa *Ivanhoe*. Surgió otro género que motivó al lector de la época por abordar los problemas de su contemporaneidad, los cambios sociales ocurridos, las confrontaciones entre las nuevas costumbres que se imponían y las viejas ideas resistentes al cambio, las contradicciones internas del individuo o la lucha de sentimientos. Aunque abundaron las novelas en las cuales se abordaban esos temas, el ejemplo mejor, en el cual se mezclan los sentimientos de amor, religiosos, la pasión, la ambición, la violencia y las características de una sociedad, pudiera ser *Rojo y negro* del francés Marie-Henri Beyle, más conocido por su seudónimo de *Stendhal*.

Lo más sobresaliente en el gusto por la música fue la ampliación del auditorio; resultaban frecuentes los conciertos en plazas o parques donde disfrutaba una gran concurrencia de las ciudades, la proliferación de las sociedades musicales, la asistencia a los teatros y a la ópera, género que se impuso con gran éxito. Ahora, los conciertos o la ópera no constituían la actividad exclusiva de los pequeños salones en palacios de la nobleza, una mayor población podía disfrutar en plazas y teatros. En el teatro se reunían representantes de la nobleza, la alta, mediana y hasta pequeña burguesía; esa presencia múltiple no sólo influyó en los gustos musicales, sino igualmente en la moda. Se hacía cada vez más difícil diferenciar al noble del burgués.

Sin embargo, la antigua nobleza se aferraba a conservar rasgos distintivos en sus maneras, en su conducta social, en sus expresiones y hasta en la dicción. Inclusive, los nobles venidos a menos, cuyas fortunas

habían menguado de manera notable, se ufanaban y ataban a la fineza, a la corte-sía, el refinamiento en los modales. Por otro lado, la burguesía trataba de imitar ese estilo, no siempre pudiendo lograrlo cabalmente, pero, a su vez, imponiendo el suyo más pragmático, más acorde con los nuevos tiempos. Un sector de la población, como vía de rechazo a los recuerdos del Antiguo Régimen, se declaraba bohemio, huía de los convencionalismos y tradiciones, resultaba frecuente su asistencia y el compartir con grupos de los marginados en tabernas y otros sitios, donde se reunían borrachos, prostitutas y hasta ladrones.

Entre la esfera de mayores recursos económicos, la moda femenina también experimentó cambios. De aquellas empolvadas y complicadas pelucas y los profusamente adornados y amplios vestidos de satén de la época de María Antonieta, pasando por el estilo imperio de Josefina con su talle alto, el escote bajo resaltando los senos y la saya recta de tejidos opacos, hasta imponerse hacia mediados del siglo XIX otro muy distinto: escotes altos y rectos, mangas de jamón plisadas y volantes con encajes, telas vaporosas, amplias sayas de vuelos y el talle de avispa que requería del ajustado corsé; el peinado tendió a simplificarse, predominando los sencillos moños o los rizos o bucles cayendo sobre las orejas,

Frankenstein de Mary W. Shelley

De una conversación del joven Frankenstein con su amigo Clevar, el primero recuerda la motivación del segundo por los conocimientos sobre otros pueblos: “Decidido a no pasar sin pena ni gloria por el mundo, había vuelto su mirada hacia el Oriente como la única tierra en que podía llegar a desarrollar lo que su espíritu emprendedor deseaba. El persa, el árabe y el sánscrito le atraían poderosamente.

”(…) al estudiar los autores de otros países. Al leer sus escritos, la vida parece haberse convertido en un jardín de rosas caldeado de sol (...) en las sonrisas y caricias de una dulce enemiga, en el fuego que consume vuestro propio corazón. ¡Qué distinto era todo esto de la heroica y viril poesía de la Grecia y Roma clásica”.

La entretenida novela *Frankenstein* se ha llevado al cine en diversas versiones, pero en su lectura podrán encontrarse mejor importantes elementos del contexto epocal. Existen varias ediciones, los fragmentos antes expuestos son de la edición cubana de Editorial Huracán de 1997 y se encuentran en las páginas 78-79.

y el sombrero podía ser desde la pamelada adornada con cintas y flores hasta el pequeño gorro o casquete con encaje, según la ocasión. El nuevo atuendo se correspondía con una vida social más activa y de mayor utilización de los espacios públicos.

La moda masculina se modificó igualmente; en correspondencia con los nuevos



Los cafés fueron lugares de reunión donde se intercambiaban temas de actualidad o conversaciones banales. También centros de sociabilización y según la escala social variaban sus características.



Aspectos del vestuario femenino de la época.

tiempos se dejaron atrás los bordados, los encajes, las telas de brillo y las pelucas, y se pasó a una simplificación en el vestir. Chaqueta cruzada de tono oscuro con pantalón largo más claro, cuello alto con corbata o pañuelo y sombrero de chistera; el cabello corto y, en algunos casos —principalmente, entre la intelectualidad romántica y la juventud liberal—, el cabello largo suelto; el uso de la patilla tendió a generalizarse en sustitución del bigote y la barba. La constante actividad requerida por la vida financiera, comercial e industrial, demandaba una mayor facilidad y comodidad en el vestir. Otro factor determinante en los cambios del vestir, tanto en hombres como en mujeres, fue la producción industrial de los tejidos.

En la medida en que la escala social iba descendiendo, las transformaciones resultaban menos significativas; los hombres de profesiones liberales: abogados, médicos y maestros, poseían un ropero más reducido, una indumentaria para el diario generalmente sencilla, de género más económico,



En la ilustración de Eugène Lami *La llegada de las cartas y la prensa*, se hace evidente el cambio en el vestuario masculino.

y otra similar pero más cuidada y de mejor calidad para las ocasiones especiales, la cual con el tiempo pasaba a engrosar el vestuario del diario andar. Siempre se seguía la moda impuesta por las clases más altas, pero sin los cambios tan abruptos.

En general, la moda de los obreros y campesinos está menos detallada por los estudiosos. En la historia del traje o la moda, como la del mobiliario o la arquitectura, siempre ha resultado más fácil para los historiadores describir la de las clases más altas, por dos razones: porque en todos los tiempos, las llamadas clases altas determinan la moda y porque la calidad de los materiales usados en sus confecciones o construcciones han posibilitado una mejor conservación. Hay una tercera causa: en fuentes como revistas, pinturas, grabados y museos, usualmente lo reflejado y conservado ha sido lo empleado por esos sectores. Pero, además, la escasez de recursos económicos, pues quienes a penas tenían para comer, poco podían invertir en el vestuario y, mucho menos, en su renovación.

En sustitución de las melenas, los hombres se dejaron el pelo corto, más cómodo y seguro para quienes trabajaban frente a las máquinas o debían descender a las minas; portaban la camisa de mangas bombacha y el pantalón largo, todo de un género rústico, y fue desapareciendo el uso del delantal. Las mujeres usaban vestidos más sencillos, sin adornos, de menor volumen las faldas, predominando los tonos oscuros, a menudo llevaban el delantal y en la cabeza un bonete, cuando la temperatura lo requería se cubrían con un manto o capa

corta. Con frecuencia utilizaban la ropa desahuciada del ropero de las personas más acomodadas, entonces la recogían y adaptaban a sus medidas y necesidades; de ahí que en la moda siempre fueran a la zaga de lo usado en el momento.

En la dieta también se experimentaron cambios. El incremento de la producción de cereales con las nuevas técnicas agrícolas, la mayor importación de azúcar de América con las mejoras del transporte y la producción de la de remolacha, posibilitaron una mayor frecuencia en la mesa de las familias ricas de dulces, tortas, pan y pastas. Igualmente, para mediados de siglo, en esa mesa aumentó el consumo de proteínas como las carnes, el huevo y los quesos; todavía la fruta se degustaba poco. En los cambios también influían el clima y la región, el menú inglés se diferenciaba del francés o del italiano. Mientras en Inglaterra se ingería más carne y budín, en Francia resultaban más comunes las legumbres y en Italia, las pastas. Los distintos vinos acompañaban las cenas.

La elegancia de la mesa, el refinamiento en la elaboración y presentación de los platos, la variedad del menú, el tipo de servicio, los modales en el comportamiento y uso de los cubiertos, constituían asimismo elementos distintivos de la posición social, más cuando se tenían invitados. Determinados gustos fueron generalizándose entre las altas capas ya fuera de la nobleza o la burguesía acaudalada, aquí también iban deslindándose las barreras. La suculenta comida en el almuerzo, tomar el té, el café o el chocolate en la tarde con pastelillos, torta, galleticas o tostadas con mermelada, según la región; en Rusia, por ejemplo, la aristocracia asumió como los ingleses beber el té, mientras el resto de la población desconocía la exótica infusión.

Las familias acaudaladas disfrutaban de una amplia servidumbre y la cocina quedaba en manos de experimentados cocineros, las señoras se dedicaban a otras actividades como la lectura, el bordado o tocar el piano; pero, en el caso de la pequeña burguesía, la madre o una de las mujeres solteras de

Las revistas de moda descritas por la novelística

Por aquellos años circulaban las revistas de modas y lo que se imponía en las grandes capitales de Occidente, París o Londres, llegaba a los más lejanos parajes europeos o a las colonias. Así lo reflejan estas breves líneas de la novela *Crimen y castigo*, publicada en 1866, en la cual se describe con claridad y emoción importantes aspectos de la sociedad rusa de mediados de siglo: “—Dime..., ¿qué es una revista de modas? —inquirió el más joven (...)

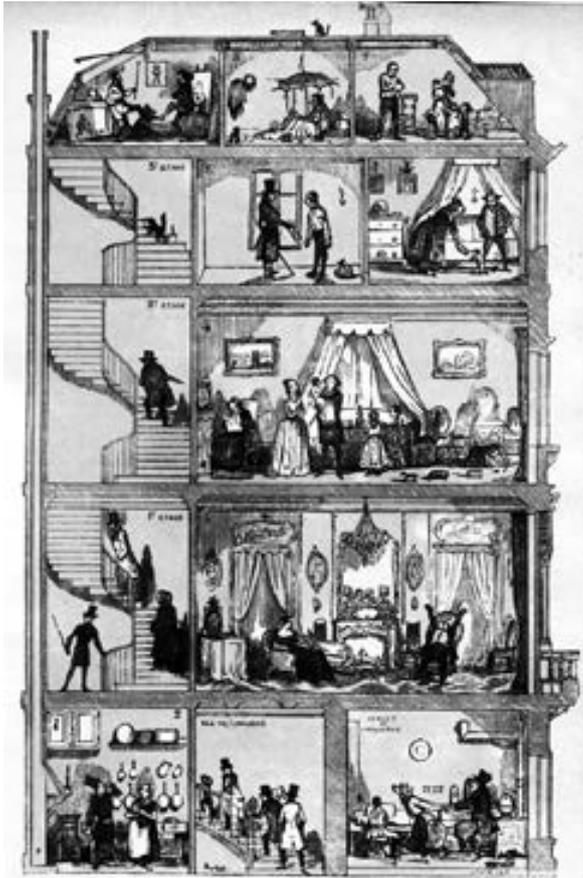
”Una revista de modas es una revista con figuras en colores que todos los sábados llega por correo para los sastres y las modistas del extranjero. Es para mostrar cómo tienen que vestir los hombres y mujeres. Son dibujos (...) Los hombres están siempre vestidos con trajes muy elegantes (...) pero la sección de las mujeres, ¡ah, si vieras!, las arreglan tan bien esos individuos que, aunque dieras todo lo que tienes, no podrías pagar lo que valen”.

Fiodor M. Dostoievski: *Crimen y castigo*.

cierta edad que vivía en la casa, a veces una parienta pobre, se hacía cargo de la confección de los alimentos. Un adorno de las jovencitas solteras era saber hacer algunos platillos —principalmente, dulces o golosinas—, se creía que eso las preparaba para el matrimonio y cuando algún joven, probable futuro buen partido, visitaba la casa se acostumbraba brindar algo y destacar que la señorita había hecho ese delicado manjar.



La pintura de Jean-François Millet, *Las espigadoras*, es expresión viva de la referencia hecha sobre el vestuario de las campesinas.



La ilustración de la época muestra de manera satírica cinco niveles de la vida hogareña de diferentes sectores de la sociedad parisense en la primera mitad del siglo XIX.

Entre la nobleza, la alta y mediana burguesía, la costumbre era sentarse toda la familia a la mesa, los señores de la casa ocupaban las cabeceras y los hijos y demás familiares los laterales. Por lo general, entre la pequeña burguesía y familias de profesiones liberales, esta norma podía cumplirse, pero, cuando la mujer atendía la cocina, ella se sentaría al concluir de servir a todos los comensales. En las familias de menos

recursos, la cocina constituía el patrimonio del ama de la casa; ése se convertía en su lugar sagrado, donde tenía el pleno dominio y control; en esos casos, no se sentaba a la mesa salvo en días muy especiales, iba picando mientras cocinaba, y habitualmente cenaba cuando todos habían terminado.

La dieta del obrero y el campesino era muy diferente. La papa o patata devino el alimento recurrente de la dieta; su cultivo y consumo se habían extendido por toda Europa, su cosecha resultaba fácil, se daba en tierras pobres, era más resistente a ciertas plagas y cambios climáticos; todo ello la hacía más barata. En estos años, su consumo fue alcanzando los mayores niveles. Papa, un trozo de pan, un caldo de nabo, en dependencia de la región, y cuando más un poco de manteca para untar al pan, constituían los alimentos que aparecían en la mesa del pobre. La bebida, si resultaba factible, consistía en una jarra de cerveza. Aquí no podía haber etiqueta, pero sí ciertas costumbres; la madre o una hija mayor atendían la cocina, el primero en comer era el padre, quien trabajaba y aseguraba el sustento de la familia, luego los hijos mayores que también trabajaran; más tarde, de lo que quedara, comían los hijos menores y los viejos; la madre nunca se sentaba a la mesa.

El abuso, por necesidad, de un régimen alimentario poco balanceado, consistente en lo esencial en la ingestión de la papa, en breve trajo enfermedades que se achacaron al consumo de ese tubérculo; prejuicio que se mantuvo durante largos



Los gustos y costumbres varían según el país, el clima y el sector social, en la primera foto vemos un grupo de hombres del sector medio del ámbito rural ruso tomando el té con el samovar en el centro de la mesa, mientras conversan.

En la de la derecha dos damitas de Boston disfrutaban del té.

años, aunque no llevó a una reducción drástica de su presencia en la dieta de los humildes.

Aunque subsistieron costumbres y tradiciones, otros muchos aspectos de la vida cotidiana sufrieron transformaciones y continuaron evolucionando con el tiempo; de igual modo se originaron cambios en las mentalidades, en la medida en que la sociedad se transformaba. Estas modificaciones no fueron iguales en todos los países ni ocurrieron a un mismo tiempo, cada caso constituía una particularidad dentro de la tendencia general. Las colonias debieron asimilar muchas de las costumbres, hábitos y formas de pensar de los colonizadores, pero, a su vez, esa influencia fue procesada y asimilada por lo autóctono de la región, en mayor o menor medida, de acuerdo con el nivel de desarrollo que poseía la colonia. Al mismo tiempo, estas transformaciones culturales influyeron, aunque lógicamente con menos fuerza y con más lentitud, en la mayoría de los casos, en la cultura de la metrópoli. Aconteció un importante proceso de transculturación. Un sencillo ejemplo de esa interinfluencia: la adopción por los aborígenes andinos de los sombre-

La papa y el “prejuicio” de la acidosis ha llegado a nuestros días

Acidosis, del latín *acidus*. Es un estado anormal que se genera por el aumento de la acidez o disminución de la reserva alcalina en la sangre; el término lo introdujo Naunyn para designar el estado metabólico en que existen cantidades anormales de cuerpos cetónicos. Se manifiesta clínicamente por lasitud, somnolencia, vértigos, cefalea, anorexia y vómitos.

Determinados prejuicios, como el de la acidosis, se arrastran por la costumbre; en Cuba, hasta época muy reciente —sobre todo, entre las familias campesinas o de bajo nivel cultural—, se extendió la errónea idea del daño de la papa y era frecuente oír decir que a los niños no se les podía dar puré de papas porque producía acidosis y por tal motivo recomendaban el de malanga.

ros europeos que incorporaron junto con el poncho y otras prendas autóctonas como parte de su vestuario.





El movimiento emancipador en América Latina

La emancipación de América Latina formó parte del ciclo revolucionario que, a escala mundial, se inauguró a fines del siglo XVIII, bajo el influjo de las concepciones antifeudales de la burguesía europea. En general, el movimiento independentista americano atravesó por varias etapas: liberación de las Trece Colonias inglesas de Norteamérica, revolución de Haití e independencia iberoamericana; se extendió durante 50 años, hasta la tercera década del siglo XIX, y abarcó las principales posesiones de Inglaterra, Francia, España y Portugal, excepto en sus colonias antillanas —además de Belice y las Guayanas—, donde el movimiento sólo tuvo éxito en La Española. En su conjunto, estas insurrecciones emancipadoras americanas constituyeron el movimiento revolucionario más amplio que había ocurrido en toda la historia de la humanidad.

El estallido de la gran contienda anticolonialista americana tuvo como telón de fondo la filosofía de la Ilustración y la Revolución francesa de 1789 —lo cual surgió casi imbricado con la independencia de las Trece Colonias— y sus secuelas: la crisis política ibérica generada por la expansión

napoleónica sobre España y Portugal. Así, el preludio de las revoluciones modernas (burguesas) en Europa, puso a la orden del día en América el problema de la independencia.

Cada una de las revoluciones independentistas americanas ocurridas en el período de 1775 a 1825, se organizó y llevó adelante en condiciones políticas y económicas muy diversas y adquirió rasgos muy singulares, pues respondía a diferentes niveles de desarrollo socioeconómico. Así, por ejemplo, mientras la independencia de las Trece Colonias inglesas de Norteamérica la dirigían representantes de la naciente burguesía de Nueva Inglaterra y los plantadores esclavistas de Virginia, la de Haití era conducida por elementos salidos de los barracones de esclavos. A pesar de sus peculiaridades, todas estaban enlazadas no sólo por la lucha común contra la opresión económica y política de las metrópolis europeas y la aparición de embrionarios sentimientos nacionales en los pueblos americanos sublevados, sino también por parecidos fundamentos y similares objetivos que tenían que ver, en última instancia, con la demolición del viejo régimen precapitalista.

LA REVOLUCIÓN HAITIANA (1790-1804)

La Revolución francesa de 1789 no sólo ejerció un enorme impacto ideológico en todo el continente americano, sino también impulsó el movimiento revolucionario que estremeció a su principal colonia del Caribe: Saint-Domingue. Situada en la parte occidental de la posesión hispana de La Española, la colonización de este territorio por los franceses había sido muy original: se propagó hacia el suroeste de la isla, a partir de un pequeño núcleo de bucaneros y corsarios refugiados en sus costas septentrionales desde el siglo XVII. Después del reconocimiento por España de ese asentamiento francés por la Paz de Ryswick (1697), Saint-Domingue se convirtió en el territorio más valioso del Caribe y en centro de atención de las grandes potencias.

Las prósperas plantaciones de azúcar, café y, en menor medida, añil, algodón y cacao, enriquecieron a los círculos mercantiles del litoral atlántico de Francia y a un reducido grupo de acaudalados terratenientes y comerciantes blancos —los llamados *grandes blancos*— residentes en la isla o en la propia metrópoli. El extraordinario auge

Paz de Ryswick

Se denominó así al acuerdo o pacto firmado el 20 de septiembre de 1697, en Ryswick, una localidad holandesa en las afueras de La Haya. El tratado puso fin a la denominada Guerra de la Liga de Augsburgo entre Luis XIV, rey de Francia, y la Gran Alianza, una coalición que incluía a Inglaterra, España, los Países Bajos y al Sacro Imperio Romano, y tenía como objetivo reforzar las disposiciones de la Paz de Westfalia y de la Paz de los Pirineos.

económico de Saint-Domingue se sustentaba en un incesante tráfico negrero, que había elevado a casi medio millón la masa de esclavos en la segunda mitad del siglo XVIII, más del 85 % de todos sus habitantes; entonces, la mayor concentración de esclavos de todo el continente americano.



Mapa del Caribe.



Otro rasgo singular de Saint-Domingue era la existencia de un sector emergente de plantadores constituido por mulatos libres —*gente de color*, en el léxico de la época—, que representaban el 5 % de la población. Gracias a la exigua cantidad de propietarios blancos existentes

en la colonia —no llegaba al 8 % del total de habitantes— y a la protección del *Code Noir* francés de 1685, los plantadores mulatos lograron apoderarse de un cuarto de la tierra cultivable —sobre todo, al sur y al oeste—, pese a los rigores de la discriminación racial.

Al calor de los acontecimientos metropolitanos, los plantadores mulatos comenzaban a exigir el cumplimiento de las resoluciones igualitaristas de la Convención francesa del 8 de marzo de 1790. Los peticionarios fueron víctimas de sangrientas represalias en la isla, mientras en la metrópoli, sus gestiones resultaban infructuosas. Uno de los líderes del movimiento, Vincent Ogé, regresó a Saint-Domingue el 23 de octubre de 1790 y reclamó la igualdad civil y el derecho de sufragio. Perseguido, a Ogé no le quedó otra alternativa que levantarse en armas con algunos de sus partidarios. Negado a darles participación a los esclavos, Ogé fue aislado, derrotado y ejecutado salvajemente, mediante el terrible suplicio de la rueda, el 25 de febrero de 1791.



Los colonos franceses emplearon la población esclava en diversas labores, desde la producción de azúcar hasta en las labores domésticas.

Entonces, el 14 de agosto de 1791 se inició la gran sublevación de esclavos en el norte —donde se concentraba más de la mitad de ellos—, que arrebató la dirección del proceso revolucionario en ciernes a los plantadores mulatos. La insurrección empezó al llamado de

un sacerdote *vodú* de origen jamaicano, el esclavo Boukman, quien no sobrevivió a los primeros combates. Entre los jefes más relevantes de la rebelión figuraban Jean François, George Biassou y Touissant Louverture.

El alzamiento esclavo se extendió por todas las llanuras del norte, la parte más rica de la colonia, aunque su influencia resultó menor en las plantaciones del sur y el oeste, protegidas del contagio revolucionario por un verdadero dique de puestos fortificados, construidos apresuradamente por los colonos. Así, mientras el norte quedaba destruido y bajo control de los esclavos sublevados —a excepción de la atrincherada ciudad del Cap—, en el sur y el oeste, la contienda continuaba entre realistas blancos y revolucionarios mulatos, sin alterar el riguroso régimen de trabajo de las plantaciones.

El 18 de septiembre de 1792, tres comisarios franceses se presentaron con plenos poderes, acompañados de abundantes efectivos militares. La llegada a la isla de los delegados de la Revolución francesa coincidió con el derrocamiento de Luis XVI, acontecimiento que convirtió definitivamente a los plantadores blancos en defensores de la causa realista. Para aumentar las diferencias entre los “grandes blancos” y los recién llegados funcionarios de la metrópoli, los comisarios pusieron en vigor la prohibición de la trata —decretada en París el 4 de abril de 1792, junto a la plena igualdad civil entre blancos, mulatos y negros libres— y sustituyeron las exclusivistas asambleas



Sublevación de esclavos.

coloniales por una comisión intermediaria que concedía igualdad de representación a blancos y “gente de color”.

Las disposiciones metropolitanas avivaron las airadas sublevaciones de los “grandes blancos” en Cayes, Jacmel y Port-au-Prince, aunque la más extendida fue la de Cap François. Para enfrentar la rebelión contrarrevolucionaria, el comisario Sonthonax sólo disponía de un pequeño contingente militar leal en el norte, aunque al sur y al oeste lo apoyaban los ejércitos de los jefes mulatos Rigaud, Bauvais y de un antiguo artesano libre, también mestizo, llamado Alexandre Petion, declarados a favor de la república. El 13 de abril de 1793, estas fuerzas lograron tomar por asalto Port-au-Prince, mientras Sonthonax, para no perder el Cap, llamaba en su ayuda a los miles de esclavos rebeldes del norte, a quienes ofreció la libertad, si combatían a su lado. La ocupación de esta ciudad por los ejércitos negros, el 21 de junio, estuvo acompañada de saqueos, destrucciones y la fuga de miles de colonos blancos hacia Luisiana, Cuba y otras regiones vecinas.

Todos estos hechos sucedieron en el verano de 1793, cuando en Europa arreciaba la lucha entre la Francia revolucionaria y la reacción internacional, tras la ejecución de Luis XVI, lo que dio el pretexto a Inglaterra y España para intervenir en Saint-Domingue. Los españoles se pusieron en contacto con los principales jefes negros, y les prometieron demagógicamente la libertad y riquezas, si pasaban a su servicio. Biassou, Jean François, Louverture, Jean Jacques Dessalines y Christophe, aceptaron la oferta y permitieron que las fuerzas hispanas penetraran desde el este en el territorio de Saint-Domingue.

Por su parte, los ingleses, respaldados por los colonos blancos y una porción de los plantadores mulatos, asustados ante el curso radical de la revolución, desembarcaron por diferentes puntos de la isla y se apoderaron de Jerémie, Mole Saint Nicolas, Saint Marc, Leogane, Port-au-Prince, La Arcahie, así como de las colonias francesas de Martinica y Guadalupe.

Vodú

Vodú (en Dahomey *vodun*, “espíritu”), creencia religiosa predominante en Haití producto del sincretismo de elementos del catolicismo y de religiones tribales de África Occidental; en particular, Benin. Sincretismo resultado de la resistencia de la mentalidad del esclavo frente a la imposición de la religión católica. En sus cultos vodú veneran el *Bon Dieu* o dios principal, pero también a los ancestros, a los muertos, a los gemelos y a los espíritus llamados *loas* —dioses tribales africanos que se identifican con santos del cristianismo—. En los rituales del vodú, la figura principal es *houngan* (el sacerdote o santón) o *mambo* (la sacerdotiza), los encargados de dirigir la actividad. Los ritos reúnen una extraordinaria riqueza cultural debido a sus cantos, toques de tambor y los bailes dirigidos a invocar a los loas que toman posesión de los danzantes. Al asumir, el bailaror las características del espíritu que lo posee, cae en lo que se le llama *trance*. Durante el trance se producen los más complejos movimientos y contoneos que llegan a impresionar profundamente a los observadores.

Acorralado por la invasión simultánea de ingleses y españoles, sin posibilidad de



Toussaint Louverture (1743-1803).



El reino de este mundo

Si deseamos un acercamiento a una recreación histórica y literariamente rica de la época, nada mejor que esta novela de Alejo Carpentier. El mismo autor en su prólogo nos dice: “A fines de 1943 tuve la suerte de poder visitar el reino de Henri Christophe (...) Había estado en la Ciudadela de La Ferrière (...) Había respirado la atmósfera creada por Henri Christophe, monarca de increíbles empeños”.

Más adelante, al referirse al texto, expresa: “En él se narra una sucesión de hechos extraordinarios, ocurridos en la isla de Santo Domingo, en determinada época que no alcanza el lapso de una vida humana, dejándose que lo maravilloso fluya libremente de una realidad estrictamente seguida en todos sus detalles. Porque es menester advertir que el relato que va a leer ha sido establecido sobre una documentación extremadamente rigurosa (...) Y sin embargo, por la dramática singularidad de los acontecimientos, por la fantástica apostura de los personajes que se encontraron, en determinado momento, en la Ciudad del Cabo, todo resulta maravilloso (...) ¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real maravilloso?”

Alejo Carpentier: Prólogo a “El reino de este mundo”, en *Dos novelas*.

recibir refuerzos de la asediada república francesa y contando prácticamente sólo con el apoyo de las fuerzas de los mulatos Rigaud y Bauvais, así como de un reducido grupo de “pequeños blancos”, quienes habían hecho suyas las ideas revolucionarias, Sonthonax, en una decisión tan audaz como desesperada, abolió la esclavitud: último recurso para preservar la soberanía gala en la isla. La abolición de la oprobiosa institución se confirmó por la Convención francesa el 4 de febrero de 1794.

Louverture aprovechó la oportunidad para romper su infeliz colaboración con los españoles. Acompañado por Dessalines, Christophe, Charles Belair y su sobrino Moysse, entre otros jefes negros, en fulminantes operaciones, Louverture derrotó a sus antiguos compañeros Jean François y Biassou, quienes mantenían su alianza con España, e impidió que los ingleses se apoderaran de Gonaïves. Los impresionantes éxitos militares de Louverture, en nombre de la república francesa, se consolidaron en 1795 con la Paz de Basilea.

Eliminada España, la contienda prosiguió contra Inglaterra. Pero cuando las fuerzas de Louverture, Rigaud y Bauvais se enfrascaban en la lucha contra los británicos, el general Villate se apoderó *manu militari* del Cap e impuso su propio gobierno, respaldado por una camarilla de mulatos ricos. El 30 de marzo de 1796, el ejército de Louverture atacó la ciudad y liberó al gobernador francés Etienne Laveaux. En agradecimiento, Louverture fue nombrado segundo gobernador y ascendido a general de división. La trayectoria ascendente de Louverture continuó después gracias a sus decisivas victorias sobre los ocupantes ingleses, lo cual le valió el nombramiento de comandante en jefe del ejército francés en Saint-Domingue (mayo de 1797). En esas condiciones, el 31 de agosto de 1798, Inglaterra tuvo que pactar la evacuación de sus desmanteladas fuerzas, minadas por las enfermedades tropicales.

Más adelante, Louverture derrotó a los líderes mulatos (Rigaud, Petion), adueñados de todo el territorio sureño. Este resultado facilitó el plan de Louverture para apoderarse de la vecina colonia española de Santo Domingo (enero de 1801), en cumplimiento de lo dispuesto en Basilea (1795), pues estimaba que la isla era indivisible. En calidad de gobernador vitalicio de toda La Española (Constitución del 8 de julio de 1801), Louverture promulgó numerosas leyes encaminadas a revivir la arruinada economía de la colonia.

El 1º de febrero de 1802, frente a las costas de Saint-Domingue apareció un poderoso cuerpo expedicionario francés de más de 20 000 hombres a las órdenes del general Victor Emmanuel Leclerc, enviado por Napoleón con el propósito de devolver la isla a su viejo *status*. En esta empresa colonialista se habían enrolado varias destacadas figuras de la “gente de color”, Rigaud, Villate, Petion y Jean Pierre Boyer, devenidos enemigos irreconciliables de Louverture, lo que facilitó que todo el sur se pronunciara a favor de los invasores. Los descarnados planes restauradores de Leclerc, y las noticias del restablecimiento

por los franceses de la esclavitud en Martinica y Guadalupe, levantaron la tenaz resistencia de los ejércitos negros. La imposibilidad de derrotar a los ex esclavos en los campos de batalla, llevó a Leclerc a pactar con los principales jefes negros (6 de mayo de 1802), acuerdo que le permitió inmovilizar a sus contrincantes y deportar a Louverture, quien murió preso en el fuerte de Joux, en Francia, el 7 de abril de 1803.

Las bárbaras e indiscriminadas represiones terminaron por provocar una sublevación generalizada, iniciada a partir de espontáneos levantamientos campesinos.

El primer jefe importante en rebelarse fue el general negro Charles Belair, quien incendió otra vez el norte y el oeste. Entre los alzados que lo imitaron en el oeste (13 de octubre de 1802) estaba ahora Petion, convertido en decidido partidario de la expulsión de los franceses y de abolir la esclavitud, único camino para estabilizar el país. A fines de ese mes, Dessalines y Christophe, presionados por la creciente sublevación popular contra los franceses, levantaron las tropas bajo su mando y también se incorporaron a la lucha.

La ofensiva patriota dirigida por Petion en el sur y Dessalines en el oeste, acorraló a las tropas francesas (julio de 1803) —dirigidas, tras la muerte de Leclerc, por D. M. J. de Vimeur, vizconde de Rochambeau— en unos cuantos puntos (Port-au-Prince, Saint Marc, Jacmel, Cap François, Mole Saint Nicolas y Les Cayos), de donde fue-



Jacques Dessalines (1758-1806).

ron expulsados entre los meses de julio y octubre. Los últimos reductos colonialistas, Cap François y Mole Saint Nicolas, se rindieron como consecuencia de la batalla de Vertières (18 de noviembre de 1803), la cual determinó la aplastante derrota del ejército francés, ya diezmado por la fiebre amarilla.

El 1º de enero de 1804, ante una imponente multitud reunida en Gonaïves, el máximo jefe de los patriotas, Dessalines,

ratificado en esa condición por un segundo congreso, proclamó la constitución de la república de Haití, la cual llevó el viejo nombre dado por los indígenas a la región montañosa de la isla. El primer Estado independiente de América Latina se desarrollaría, en lo adelante, en medio de las pugnas por el poder entre la tradicional oligarquía mulata del sur y el oeste y la nueva capa de terratenientes, integrada por los generales negros, conformada al apropiarse de las plantaciones abandonadas por los emigrados colonos blancos. Dessalines, coronado emperador el 8 de octubre de 1804, realizó una serie de transformaciones revolucionarias que aseguraron la irreversibilidad de la abolición de la esclavitud, el reparto de tierras entre los campesinos desposeídos y la prohibición a los extranjeros blancos de tener propiedades en Haití.

INICIOS DE LAS GUERRAS EMANCIPADORAS EN HISPANOAMÉRICA (1808-1815)

El movimiento juntista fue el verdadero inicio de la gesta libertadora en Hispanoamérica, desencadenada a partir de la invasión napoleónica a Portugal (1807) y

España (1808), la cual desalojó del trono respectivo a ambas monarquías. A principios de 1808, el pueblo español se sublevó y formó gobiernos locales para dirigir la lu-



Al crearse las juntas en España durante la invasión napoleónica, también surgen en Hispanoamérica. Formación de la Junta de Buenos Aires, 23 de mayo de 1810.

cha contra los ocupantes franceses. Como parte de ese proceso se hizo del poder en ese mismo año, en nombre de Fernando VII, una Junta Central que, desde 1810, fue sustituida por un Consejo de Regencia con sede en Cádiz, único territorio español no ocupado por tropas napoleónicas.

Estos acontecimientos tuvieron hondo impacto en Hispanoamérica. Los criollos, negados a reconocer a los franceses por razones de orden social (repetición de lo ocurrido en Haití) y económicas (temor a la interrupción del comercio), exigían la formación de juntas locales en América, a semejanza de las españolas, que tuvieran por base los cabildos, prácticamente las únicas instituciones en que estaban representados, aunque ya habían perdido buena parte de sus antiguas prerrogativas.

La posición juntista asumida por la aristocracia hispanoamericana tenía por



Representación de las elites criollas.

objetivo, aparente o inicial según el caso, rechazar la intervención francesa y conservar el trono a Fernando VII, lo cual en la práctica significaba la autonomía colonial e impedía la paralización del comercio e, incluso, su legalización, con Inglaterra y Estados Unidos. Aunque, en un principio, la mayoría de los criollos no deseaban renunciar a sus vínculos históricos con la metrópoli, principal garante frente a cualquier levantamiento de masas y con la cual tenían amplios y viejos lazos culturales, religiosos, de ideosincrasia, etc., la formación de juntas en América, opuestas a la pretensión realista de reconocer el Consejo de Regencia, condujo al desplazamiento del poder de los tradicionales funcionarios coloniales y abrió, de manera inevitable, el conflicto entre realistas españoles y juntistas hispanoamericanos.

Aunque las juntas hispanoamericanas, formadas por las elites criollas en 1809 en Quito y el Alto Perú, se disolvieron sin contemplaciones por las fuerzas realistas; una segunda oleada se desencadenó en 1810, con lo cual permitió la consolidación de gobiernos autónomos en las principales capitales del imperio colonial español de América del Sur: Caracas (abril), Buenos Aires (mayo), Santa Fe de Bogotá (julio), Quito (septiembre), Santiago de Chile (septiembre) y Asunción (mayo del siguiente año). Todas estas juntas quedaron en manos de los representantes de la aristocracia criolla, declarados rebeldes por el Consejo de Regencia de España.

A partir de la constitución de las juntas comenzó, de hecho, la guerra de independencia hispanoamericana, desarrollada *grosso modo* en dos etapas: 1808-1815 y 1816-1825. La primera de ellas, iniciada con los enfrentamientos militares desencadenados por la formación de las juntas de gobierno en las principales capitales de América del Sur, se caracterizó, en sentido general, por enfrentamientos armados con los realistas, descoordinados entre las colonias, donde cada foco de la rebelión actuaba acorde con su propia estrategia de lucha, teniendo por escenarios princi-

pales los territorios de Venezuela, Nueva Granada, Quito, Río de la Plata y Chile, así como México, aunque aquí con rasgos bien singulares. En casi todas estas colonias, el curso de la contienda se vio afectado por una larga imprecisión de objetivos, lo cual llevó a establecer gobiernos autónomos que seguían sin declarar formalmente la independencia —Río de la Plata y Chile hasta 1816 y 1818, respectivamente— y soslayaban cualquier reivindicación social. Por ejemplo, las juntas de Cartagena, Buenos Aires, Santiago de Chile y Caracas, se limitaron a disponer o legalizar, según el caso, la libertad de comercio, para satisfacer los intereses de sus promotores, perjudicados con los privilegios mercantiles de los peninsulares y las incapacidades del mercado metropolitano para absorber, a plenitud, la producción agropecuaria de sus colonias.

El carácter moderado, que constituía el denominador común del movimiento juntista hispanoamericano, limitado en la práctica al establecimiento de la libertad de comercio, contrastaba con la airada revolución popular que el 16 de septiembre de 1810 estalló violentamente en las áreas rurales de México y la cual, en sentido estricto, poco tenía que ver con los estrechos objetivos y restringidas fuerzas motrices del juntismo hispanoamericano, proceso eminentemente urbano y elitista.

Primera Revolución mexicana

La rebelión anticolonialista que estremeció al Virreinato de Nueva España, el territorio más poblado de Hispanoamérica, devino uno de los movimientos más genuinamente populares de la independencia. Iniciado a partir de una conspiración criolla en el norte minero de México, al frente tenía a un cura ilustrado de 57 años, Miguel Hidalgo, así como a varios miembros de la aristocracia provinciana; entre ellos, los oficiales de las milicias reales Ignacio Allende y Juan Aldama. La revolución comenzó en septiembre de 1810, cuando Hidalgo sublevó al pueblo de Dolores y las poblaciones vecinas, con una emocionada arenga contra las autoridades coloniales y en defensa de



Miguel Hidalgo y Costilla.

la religión católica y Fernando VII, ante el peligro de que la ocupación francesa de la metrópoli se extendiera a Nueva España.

La promesa formulada desde el principio por Hidalgo de devolver las tierras de comunidad a sus legítimos dueños y la desesperación ocasionada por la vertiginosa subida de los precios del maíz, le atrajeron el ferviente apoyo de los peones e indígenas, convertidos en la fuerza motriz de la primera Revolución mexicana. Junto a los *gañanes*, trabajadores de las minas y campesinos pobres que seguían el estandarte de Hidalgo con la virgen de Guadalupe, también se incorporaron artesanos, intelectuales, miembros del bajo clero e, incluso, algunos hacendados criollos.

En su arrolladora ofensiva, Hidalgo y Allende se apoderaron sucesivamente de Celaya (20 de septiembre), Guanajuato (28 de septiembre) y Valladolid (19 de octubre). En esta última ciudad —hoy lleva el nombre de Morelia—, el cura rebelde abolió la trata, la esclavitud y el tributo indígena. El punto culminante de esta vertiginosa ofensiva fue una ajustada victoria



Miguel Hidalgo y Costilla (1753-1811)

El destacado sacerdote y patriota poseía una amplia cultura. Era uno de los prototipos de los latinoamericanos ilustrados influidos por las ideas provenientes de Europa y que acá se acoplaron a las particularidades de las condiciones coloniales. Nacido en Corralejo, Guanajuato. Fue ordenado sacerdote en 1778, haciéndose cargo de la parroquia de Dolores (Guanajuato).

Pronto despertó simpatías por su interés en mejorar las condiciones de vida y económicas de los indígenas que acudían a su parroquia. Su condición de pensador liberal y su inteligencia le hicieron comprender la necesidad de emanciparse del yugo español. Organizó entonces un movimiento en el cual reunió gran parte de esa población indígena y a hombres de ideas avanzadas. El 16 de septiembre de 1810 se dio el Grito de Dolores, llevando la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en el estandarte. La santa contribuyó, en el imaginario del pueblo mexicano, a la identificación del Grito de Dolores con la fecha de la independencia de la nación.

Desarrolló una intensa campaña por distintos frentes hasta ser hecho prisionero en las Morias de Acatila de Baján el 23 de abril de 1811. Se le inició proceso por las autoridades eclesiásticas, las cuales lo degradaron como sacerdote el 29 de julio. Un consejo de guerra lo condenó y el 30 de julio de 1811 se le comunicó su pena de muerte ante el pelotón de fusilamiento.

militar sobre el ejército realista en la larga y costosa batalla del Monte de las Cruces (30 de octubre), la cual despejó el camino hacia la lujosa sede virreinal. Pero Hidalgo, inexplicablemente, prefirió regresar (2 de noviembre) al norte y eludir el choque con las fuerzas españolas que avanzaban a marchas forzadas desde San Luis Potosí en auxilio de la capital.

El carácter de verdadera rebelión campesina que tenía el movimiento de Hidalgo, determinó la alianza del grueso de la aristocracia mexicana, la más numerosa y rica de Hispanoamérica, con la burocracia peninsular, el alto clero y los propietarios españoles, para evitar las imprevisibles consecuencias de una revolución “desde abajo”.

Dividido el ejército insurgente, tras el revés de Aculco en Querétaro (7 de noviembre de 1810), entre los partidarios de Allende

y los de Hidalgo, el cura rebelde marchó a Guadalajara el día 26, donde permaneció durante mes y medio. Aquí, Hidalgo dictó una serie de decretos revolucionarios que confirmaron sus anteriores disposiciones, eliminaban impuestos, estancos y monopolios; a la vez, que revelaban su creciente inclinación a la ruptura total con España, aun cuando formalmente siguiera declarando fidelidad a Fernando VII e, inclusive, llegara a emitir monedas con su efigie. No obstante, la vocación independentista de Hidalgo se reflejó con claridad en la orientación dada al periódico *Despertador Americano* y en sus alusiones a la nación mexicana.

La inevitable proclamación de la independencia quedó trunca por la ofensiva enemiga sobre Guadalajara. El 17 de enero de 1811, las fuerzas del sacerdote de Dolores, reforzadas con los restos de las tropas de Allende, batido poco más de un mes antes en Guanajuato, a pesar de su abrumadora superioridad numérica, fueron derrotadas en Guadalajara el 17 de enero de 1811, por el disciplinado y mejor armado ejército regular realista en el riachuelo del puente Calderón. Los sobrevivientes, comandados ahora por Allende —a Hidalgo se le destituyó del mando militar—, se replegaron más al norte, dirección que seguían cuando fueron sorprendidos en una emboscada, fraguada por un traidor, en las afueras de Monclova (Coahuila), el 19 de marzo. Condenados a muerte, Hidalgo, Aldama y Mariano Jiménez, fueron ejecutados.

Después de este trágico desenlace, la lucha continuó bajo la dirección del cura José María Morelos. A diferencia de Hidalgo, su antiguo maestro y jefe, Morelos operaba en una región menos poblada, la tierra caliente, pero contaba con un ejército mucho más efectivo, basado en contingentes más reducidos, aunque bien armados e instruidos, conformado por peones y rancheros indígenas y mestizos, así como algunos ex esclavos negros.

Gracias a su excelente capacidad combativa, lo cual combinaba la lucha guerri-



llera con los métodos de la guerra regular, las tropas de Morelos se anotaron, en la segunda mitad de 1811, una cadena de victorias al sur del virreinato (Taxco, Tlaxpa, Cuautla), convertido, tras la caída de Zitácuaro en enero de 1812, en el nuevo centro de la insurrección mexicana. Aún más importantes resultaron los triunfos obtenidos a fines de 1812 y principios de 1813 por destacamentos del ejército sureño, guiados por el cura Mariano Matamoros, el hacendado Nicolás Bravo, el arriero Vicente Guerrero y el rancharo Hermenegildo Galeana. Con ese respaldo, Morelos extendió su control a Tehuacán (noviembre de 1811), Oaxaca (noviembre de 1812) y Acapulco (abril de 1813), y redujo el área meridional realista sólo a unos pocos puertos y villas fortificados.

Para institucionalizar la revolución y sustituir a la desprestigiada junta de Zitácuaro, Morelos reunió en Chilpancingo, el 14 de septiembre de 1813, al Supremo Congreso Nacional de América, integrado por 17 delegados de la intelectualidad criolla y el bajo clero, a quienes presentó un programa revolucionario de 23 puntos conocido como *Sentimientos de la Nación*. En ese histórico documento, el líder insurgente profundizaba las medidas de Hidalgo, al abogar por la abolición de la esclavitud y el sistema de castas, la liquidación de todos los gravámenes feudales y la desigual distribución de la riqueza. Morelos también se pronunció por el principio de la soberanía popular, el respeto a la religión católica, el libre comercio y la proclamación de la independencia, propuestas que el congreso secundó, al declarar la separación de España (6 de noviembre de 1813) y aprobar me-

José María Morelos y Pavón (1765-1815)

Nació en Valladolid, huérfano comenzó a trabajar desde muy chico, al cumplir 30 años y con muy baja instrucción entró a estudiar en el Colegio de San Nicolás de Valladolid, bajo la dirección de Hidalgo, rector entonces.

En 1794 se ordenó presbítero y se unió a la lucha independentista con Hidalgo (1810), quien lo reconoció como su lugarteniente. Después de ese encuentro marchó de nuevo a Carácuaro, donde levantó una partida de 20 hombres. Pronto hubo de sobresalir en la lucha y en poco tiempo se hizo con el control de un amplio territorio al sur de México.

Sitió las tropas realistas en Cuautla (1812), durante dos meses.

Una vez concluido el sitio del castillo de San Diego, a fines de 1813 convocó al Congreso Chilpancingo, en el cual emitió una declaración de independencia. Su secretario, Rosains, leyó la manifestación que hacía al Congreso con el título de *Sentimientos de la Nación*. El 15 de septiembre, Morelos fue nombrado generalísimo del gobierno insurgente.

Con éxitos unas veces y dificultades otras, incluidas las contradicciones internas, siguió la lucha, hasta que en 1815 fue hecho prisionero (5 de noviembre). La Iglesia con su aparato inquisidor, lo procesó como hizo con Hidalgo, y el 22 de diciembre de ese mismo año fue fusilado.



José María Morelos.

didias contra la explotación feudal y la discriminación racial. El 22 de octubre de 1814, la asamblea, reunida ahora en Apatzingán, aprobó una constitución republicana y centralista, inspirada en principios de la Ilustración.

Pero el ejército realista, reforzado con la llegada masiva de tropas españolas y la movilización de buena parte de la alta sociedad criolla, amenazó la existencia del congreso patriota, tras la caída de Oaxa-



La mentalidad de las fuerzas de Hidalgo y Morelos

La heterogeneidad de procedencia de los hombres que formaron la masa de los ejércitos: campesinos, mineros, esclavos, otros, junto a los diferentes factores que originaban su inconformidad, provocaban descontento y manifestaciones espontáneas en las cuales podía encontrarse el rechazo a los gachupines, pero su accionar respondía más, en esos primeros momentos, a impulsos de rebeldía que a una mentalidad revolucionaria, lo que, en no pocas situaciones, traía a los jefes dificultades para organizar, canalizar y formar conciencia de sus verdaderos objetivos.

ca y Acapulco y la muerte de los valiosos jefes Matamoros y Galeana. Obligado a proteger a los diputados de los intensos ataques enemigos, Morelos fue hecho prisionero en Texmalaca (Puebla), el 5 de noviembre, y fusilado el 22 de diciembre de 1815. Su muerte y la dislocación del ejército rebelde en pequeñas partidas insurgentes, permitieron el progresivo y casi absoluto restablecimiento del poder colonial en México.

A diferencia de México, estremecido por la revolución popular de Hidalgo y Morelos entre 1810 y 1815, en los restantes territorios hispanoamericanos sublevados contra España, durante esos mismos años, la lucha se vio lastrada por los intereses clasistas de la elite criolla, la cual, aunque comprometida con la insurrección, pretendía romper la tutela metropolitana sin afectar la tradicional estructura socioeconómica. La hegemonía de las capas privilegiadas hispanoamericanas en el proceso emancipador, significó el predominio de fuerzas de clase —sobre todo, terratenientes y grandes propietarios—, que ocupaban con muchas limitaciones, a la cabeza de la sublevación, el lugar de una burguesía casi inexistente.

La lucha liberadora en Venezuela

En Venezuela, las autoridades coloniales lograron indisponer las masas populares con la independencia y movilizarlas para estrangular al gobierno criollo. Eso resultó posible debido a que el movimiento emancipador era, desde el inicio, un asunto exclusivo de los grandes plantadores, conocidos como *mantuanos*, quienes controlaban la junta suprema y temían una rebelión de sus esclavos negros. Una de las primeras medidas adoptadas por el gobierno criollo, creado en abril de 1810, fue enviar delegados a las provincias y representantes a Inglaterra y Estados Unidos.

El primer congreso de Venezuela, convocado por el gobierno criollo, se reunió en Caracas el 2 de marzo de 1811, cuando arreciaba el bloqueo decretado por España. Entre los delegados escogidos por las provincias rebeldes venezolanas, figuraba el legendario general Francisco de Miranda, ya sexagenario, quien acababa de regresar de Inglaterra, después de más de cuatro décadas de ausencia —descontando su fugaz estancia en el litoral (1806), en una fracasada expedición libertadora—, entusiasmado con los relatos que le hiciera en



Francisco de Miranda (1750-1812).

Londres un inexperto diplomático mantuano de 28 años: Simón Bolívar.

Gracias al respaldo de la población humilde capitalina, los partidarios de Miranda obtuvieron la necesaria base de masas para arrancar a la aristocrática asamblea la primera declaración de independencia de toda la América hispana (5 de julio de 1811). Más adelante, el mismo cónclave aprobaría, pese a la oposición de Miranda, Bolívar y otros diputados radicales, una constitución (23 de diciembre) calcada del patrón norteamericano, la cual establecía el régimen federal para las siete provincias venezolanas y la división en tres los poderes del Estado. La Carta fundamental instituyó la I República de Venezuela y reconoció la religión católica como oficial. Además, adoptaba como bandera la tricolor (amarilla, azul y roja) usada por Miranda en 1806, abolía la trata para congraciarse con los ingleses que la habían prohibido desde 1807, eliminaba los títulos nobiliarios, el régimen de castas y establecía la igualdad legal.

Todas estas disposiciones mostraban un abstracto radicalismo que los mantuanos pretendían combinar con una total indiferencia ante la difícil situación de la mayoría de los habitantes de la Capitanía y el mantenimiento de la esclavitud. A estas limitaciones, que ayudaron a restarle base social a la I República, se sumaron los desastrosos efectos del bloqueo español, el cual paralizó las exportaciones agropecuarias y originó una aguda escasez de alimentos.

En ese contexto, el 11 de julio de 1811 ocurrió la sublevación de los inmigrantes canarios en las llanuras cercanas a Caracas, y la ocupación española de Valencia. Ante el fracaso del marqués del Toro para desalojar a los realistas de esta estratégica ciudad, el gobierno mantuano se vio obligado a designar a Miranda al frente de las milicias republicanas, quien pudo recuperar la villa el 13 de agosto, después de encarnizados combates y a un alto precio en muertos y heridos. Pero ese triunfo no evitaría los éxitos de la contraofensiva realista, capitaneada por el isleño Domingo Monteverde.

Francisco de Miranda

Miranda, uno de los precursores de la independencia, nació en Caracas el 28 de marzo de 1750 y se licenció de Bachillerato en Artes. En Europa ingresó en el ejército español con grado de capitán y luego de la batalla de Mellilla, fue destinado a La Habana. En 1783, de Cuba pasó a Estados Unidos motivado por su independencia, allí conoció a George Washington. Su retorno a Europa en 1785 lo conduce a Inglaterra ya con un proyecto independentista, recorrió gran parte del continente, incluida Rusia. En París se incorporó al ejército francés y en 1798 regresó a Inglaterra, donde reanudó sus anteriores gestiones sin resultados. Decepcionado embarcó a Nueva York, donde organiza una expedición (1806) y enarbola la bandera que había diseñado y que se convertiría en la enseña nacional de Venezuela. El fracaso del empeño lo encaminó nuevamente a Londres (1810), donde tiene el encuentro con Simón Bolívar y persuadido por éste regresó a Venezuela para continuar la lucha. Fue electo presidente del congreso de la Junta Suprema de Gobierno y después general en jefe con plenos poderes. Dificultades internas y falta de organización lo llevaron a capitular ante las fuerzas realistas. En 1812 fue arrestado y murió en La Carraca el 15 de julio de 1812.

Para lograrlo, se valió del desaliento causado por el terremoto del 26 de marzo de 1812, el cual reportó miles de muertos en las áreas republicanas; catástrofe explotada por la Iglesia para confundir a la población. De esta manera, Monteverde se apoderó fácilmente de Barquisimeto (2 de abril) y Valencia (3 de mayo), casi al mismo tiempo que las provincias de Mérida y Trujillo se pronunciaban por la causa realista.

Como un recurso desesperado para salvar la república, el Congreso acordó, antes de disolverse, nombrar a Miranda jefe del ejército republicano (23 de abril) y dictador (3 de mayo). De inmediato utilizó sus amplias facultades para imponer la ley marcial, solicitar ayuda a Inglaterra y Estados Unidos y lanzar una exhortación a los esclavos en la cual ofrecía la liberación —los dueños serían indemnizados— a cambio de su servicio militar (14 de mayo). Fortificado en los pasos que dan acceso a Valencia, Miranda resistió durante tres meses los fieros ataques de Monteverde.



La pasividad de su estrategia, junto al descontento de la oficialidad criolla por la preeminencia dada a los militares extranjeros llamados por Miranda, más la traición de los mantuanos que pactaban en secreto con los realistas, contribuyó a desmoralizar las filas republicanas. La caída del castillo de Puerto Cabello (30 de junio), al mando del coronel Bolívar, unido a la inesperada sublevación de 4 000 esclavos de los valles de Barlovento y Tuy, quienes, instigados por los españoles, amenazaban Caracas, sellaron la suerte de la república federal de Venezuela.

El 25 de julio de 1812, Miranda aceptó la capitulación de San Mateo, si se permitía la salida de sus principales colaboradores y se promulgaba la Constitución liberal española de 1812. Apresado en La Guaira, cuando se disponía a abandonar el territorio venezolano, por un grupo de exaltados jóvenes guiados por Bolívar, quien consideraba el pacto como capitulaciones vergonzosas, Miranda fue entregado a los realistas que lo encarcelaron en Puerto Cabello.

La sublevación en Nueva Granada y sus complejidades

Tras el fracaso de la I República, Bolívar y otros venezolanos escapados de la represión realista, buscaron refugio en el vecino Virreinato de Nueva Granada, controlado por los insurgentes criollos. Pero aquí el proceso emancipador, como en Venezuela, no sólo tenía una impronta oligárquica, sino también estaba caracterizado por la lucha fratricida que envolvía a sus provincias, limitaba la participación popular e impedía la unidad patriota y la consolidación de la independencia.

Desde julio de 1810, la mayor parte de las provincias neogranadinas habían sustituido las autoridades coloniales por juntas de gobierno controladas por los grandes propietarios criollos de cada localidad. Pero las regiones sublevadas contra la metrópoli habían evolucionado a un irremediable conflicto con la antigua capital virreinal. Las causas de esta contradicción se relacionaban con la aspiración de la aristocracia

criolla de la tradicional capital (Bogotá) de conservar sus viejos privilegios; entre ellos, el control de las rentas fiscales; aun cuando también tenía su base en las enormes diferencias socioeconómicas de Nueva Granada. Separadas las provincias entre sí por las malas comunicaciones y una accidentada geografía, cada una de ellas había seguido su propio derrotero económico y social.

Las abismales diferencias regionales de Nueva Granada se pusieron de relieve en el primer congreso criollo reunido en Bogotá, el 22 de diciembre de 1810. La reunión se disolvió sin acuerdos por los problemas derivados del reconocimiento de gobiernos locales, los cuales pretendían desgajarse de sus provincias matrices: Cartagena y Tunja. El fracaso de la asamblea y la manifiesta inclinación de las provincias a desconocer la jurisdicción de la junta capitalina, dieron por resultado que esta ciudad convocara su propio congreso.

El 19 de enero de 1811, una asamblea “de notables”, promovida por la aristocracia de la vieja capital, estableció el Reino de Cundinamarca, limitado a la sabana de Bogotá y regiones cercanas, el cual reconocía los derechos soberanos de Fernando VII y los privilegios de la Iglesia.

Frente al gobierno monárquico y elitista de José Tadeo Lozano, en la capital se vertebró un ala criolla republicana liderada por Antonio Nariño, rico hacendado neograndino que había pasado parte de su vida en la cárcel por difundir, en 1794, las ideas de la Revolución francesa. Como resultado de una intensa campaña de prensa que exigía el desconocimiento de la soberanía de Fernando VII y la inmediata separación de España, Nariño desalojó a Lozano del gobierno y ocupó la presidencia de Cundinamarca en septiembre de 1811, movimiento que repercutió de cierto modo en Cartagena.

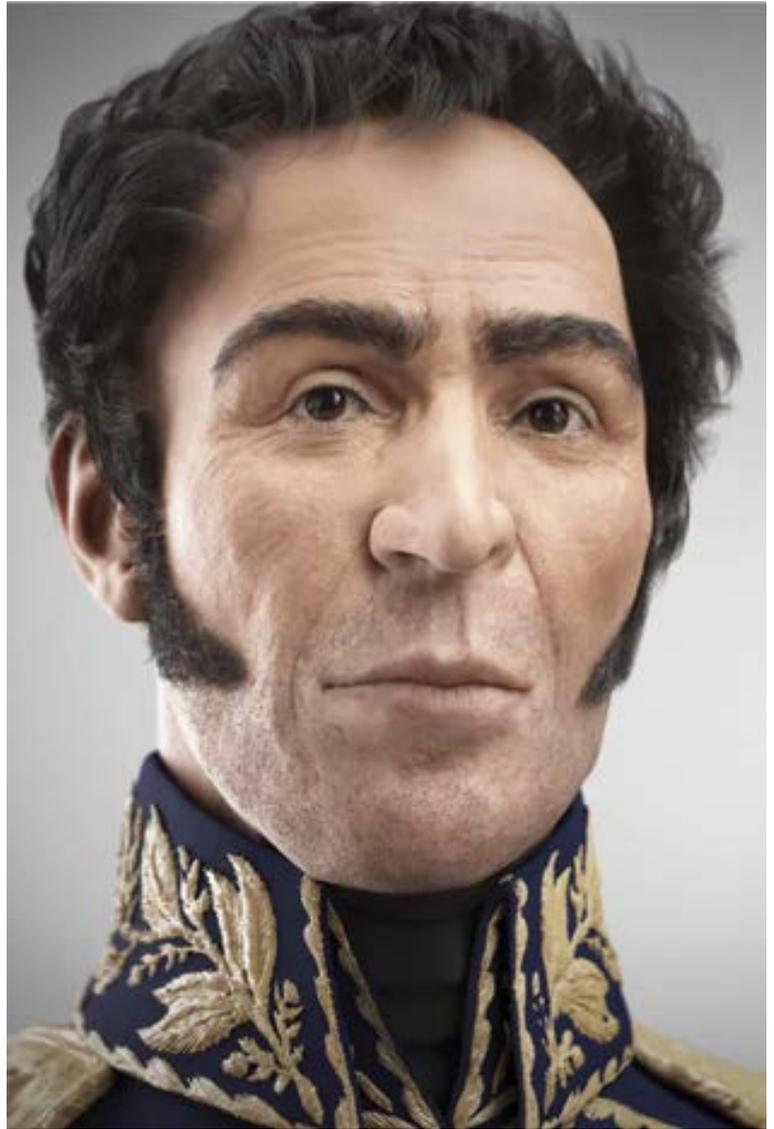
En medio del ascenso revolucionario de Cartagena y Bogotá se reunió, inicialmente en la propia capital virreinal, a principios de noviembre de 1811, otro congreso nacional con la presencia de representantes

de todas las provincias. A propuesta del delegado de Pamplona, Camilo Torres, el cónclave aprobó el 27 de ese mes un Acta de Federación que dejaba constituidas las Provincias Unidas de Nueva Granada y rechazaba la jurisdicción del Consejo de Regencia española, aun cuando eludía cualquier pronunciamiento relativo a la independencia.

Frente a la imitación del modelo político del federalismo norteamericano se irguió Nariño desde su gobierno en la ciudad de Bogotá. A partir de ese momento se intensificó el diferendo entre el gobierno de Nariño (Cundinamarca), partidario de un sistema centralista y de la preeminencia de la antigua capital virreinal, y el congreso general de Nueva Granada, propulsor del régimen federalista, que tenía como principal figura a Camilo Torres y por base geográfica la provincia de Tunja. La disputa entre centralistas y federalistas se hizo más agria por las exigencias del congreso para que Cundinamarca entregara sus rentas —casa de moneda, estanco del tabaco y salinas, principales fuentes del fisco neogranadino—, disolviera su ejército y renunciara a la anexión de territorios, lo cual desembocó en enfrentamientos fratricidas.

Las luchas intestinas en el campo patriota facilitaron el repunte de la reacción colonialista en el litoral atlántico y en las provincias suroccidentales, así como en la región de Quito, donde en diciembre de 1812 fue aplastada la junta independentista creada el 19 de septiembre de 1810 por Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre, el iniciador del primer movimiento juntista quiteño en 1809.

En esas críticas circunstancias, el grupo de venezolanos escapados del desastre de la I República, en el cual figuraba Bolívar, llegó a Cartagena. Para defenderse del ataque enemigo, el gobierno de Cartagena designó a Bolívar al frente de las desorganizadas milicias de Cartagena; desde fines de diciembre de 1812, este pasó a la ofensiva contra los puntos españoles fortificados en el bajo Magdalena y, de victoria en victoria, se situó en la misma entrada



Simón Bolívar.

de Venezuela (Cúcuta), donde desarticuló las avanzadas de Monteverde. En premio por sus fulminantes éxitos, que limpiaban de tropas realistas todo el norte de Tunja y abrían la comunicación del interior con Cartagena, el complacido congreso federal neogranadino lo ascendió a general y le dio la jefatura del ejército destacado en la frontera venezolana. Ello le ofreció la oportunidad de reemprender, en mayo de ese año, la liberación de Venezuela.

Mediante una fulminante campaña, las fuerzas patriotas guiadas por Bolívar procedentes de Nueva Granada, integradas por soldados y oficiales venezolanos refugiados en Cartagena y tropas neogranadinas, ocuparon Mérida y Trujillo (23 de mayo y



Antonio José de Sucre (1795-1830).

10 de junio de 1813). En esta última villa, Bolívar firmó un controvertido decreto de Guerra a Muerte, dirigido a impulsar la formación de una conciencia nacional, castigar los desmanes realistas e impedirles la manipulación de las masas populares. Después de obtener más victorias, en las cuales se destacaron los jefes José Félix Ribas y Rafael Urdaneta, Bolívar, sin haber sufrido una sola derrota, dio cima a su Campaña Admirable, liberando las ciudades de Valencia (2 de agosto) y Caracas (6 de agosto), que dejaron acorralado a Monteverde detrás de las gruesas murallas de Puerto Cabello.

En forma casi simultánea con la ofensiva de Bolívar aconteció la invasión, por el opuesto extremo oriental de Venezuela, de un grupo de patriotas a las órdenes de Santiago Mariño, un rico hacendado de 23 años. El 13 de enero de 1813, Santiago Mariño y sus seguidores desembarcaron en Güiría procedentes de Trinidad, su refugio después de la reconquista española. Con un pequeño ejército formado por peones y esclavos de la hacienda familiar y algunos emigrados de las Antillas, Mariño se apoderó de Irapa (15 de enero) y Maturín (20 de marzo), en una veloz

ofensiva, acompañado del mulato Manuel Piar, José Francisco Bermúdez y Antonio José de Sucre, la cual casi coincidió con la sublevación de Juan Bautista Arismendi en la isla Margarita (3 de junio). Más tarde, con el respaldo de la escuadrilla comandada por el italiano Giuseppe Bianchi, contratado por los rebeldes, las fuerzas de Arismendi y Mariño se lanzaron sobre la capital del oriente venezolano (Cumaná), donde derrotaron las huestes del feroz jefe español Eusebio Antoñanzas, lo cual les permitió ocupar Barcelona el 19 de agosto. Con estos formidables éxitos, Mariño se apoderó, en menos de ocho meses, de todo el litoral este de Venezuela (Cumaná, Barcelona y Margarita).

La doble victoria obtenida por los patriotas costeros en el oriente y los andinos en el occidente, permitió a Bolívar instaurar ante un congreso de “notables” la II República, distinta de la anterior, porque el Libertador, nombrado así por primera vez por el agradecido pueblo de Caracas, concedió mayor autoridad al ejecutivo. Aunque Bolívar aplicó una guerra sin cuartel contra los españoles y sustituyó las anárquicas milicias del primer gobierno criollo por un ejército regular bien entrenado, no supo comprender las amargas experiencias derivadas de la falta de un programa social, pese a ser el más preclaro representante de la elite mantuana.

Ello favoreció la tarea de dos criminales jefes realistas: el asturiano José Tomás Boves y el canario Francisco Tomás Morales. Valiéndose de promesas demagógicas y del odio ancestral de los llaneros mestizos contra los opulentos mantuanos, Boves logró levantar tras el pabellón español a los peones y vaqueros semisalvajes del interior venezolano; jinetes expertos en el enlace de ganado, el contrabando de cueros y el empleo de la lanza. Para ganar la guerra a los republicanos, *el Terrible Asturiano* no vaciló en soliviantar el régimen de castas, saquear las propiedades de los ricos criollos y ofrecer la libertad a los esclavos. La amenaza palpable de un masivo e incontenible levantamiento esclavo y la rebeldía llanera,

junto a la división del campo patriota, en el cual Mariño, “Jefe Supremo y Dictador del Oriente”, se negaba a aceptar la autoridad de Bolívar, constituyeron las causas esenciales del fracaso de la II República, limitada en sus alcances revolucionarios por los prejuicios clasistas de sus principales dirigentes.

Para enfrentar el sostenido avance enemigo, la asamblea de Caracas se pronunció por la unión con las Provincias Unidas de Nueva Granada y entregó a Bolívar poderes dictatoriales, el 2 de enero de 1814. El mayor peligro provenía del sur, desde donde avanzaban los llaneros del *taita* Boves, ya repuestos de los golpes propinados por el ejército de Ribas a fines de 1813 y principios de 1814, así como de la muerte de José Yáñez (2 de febrero). La tardía incorporación de Mariño a la lucha contra la Legión Infernal de Boves, no resultó suficiente para inclinar la balanza del lado republicano, como se puso de relieve en la derrota de La Puerta (17 de junio), verdadera entrada de los llanos hacia los valles del Aragua y la capital.

Este duro revés, que les costó la vida a centenares de patriotas, dejó indefensa a Caracas y persuadió a Bolívar y Mariño de evacuarla con los restos de sus tropas. En su penosa retirada hacia el oriente venezolano, seguido por una parte apreciable de la población capitalina, los republicanos fueron batidos otra vez en Aragua de Barcelona (17 de agosto), lo cual obligó a los pocos sobrevivientes a buscar refugio el día 25 en Cumaná. Entretanto, una parte del ejército llanero se apoderaba de la capital (16 de julio), mientras Boves y sus secuaces ponían sitio a Valencia, que resistió un mes (9 de julio). Las desgracias aumentaron las desavenencias en las filas republicanas, agravadas por la confusión creada con la pérdida de los tesoros de la nación. En esas condiciones, Bolívar y Mariño, desconocidos como jefes por sus propios subalternos, debieron expatriarse a Nueva Granada (5 de septiembre) en los barcos de Bianchi, mientras Ribas y Piar quedaban con el mando: el primero

como Jefe Supremo y el segundo en calidad de Jefe del Oriente.

Aunque la arrolladora ofensiva llanera fue momentáneamente detenida por Bermúdez en Maturín (2 y 12 de septiembre), Boves terminó por imponerse en Los Magüeyes y ocupar Cumaná el 15 de octubre, convertida ésta en ciudad mártir. El combate decisivo entre los dos bandos se efectuó el 5 de diciembre de 1814 en Urica, donde los llaneros realistas aplastaron las fuerzas interpuestas por Ribas y Bermúdez, pero sufrieron la pérdida de su jefe. Perseguidos los patriotas por Morales, sustituto de Boves, y aniquilados en Maturín (11 de diciembre), Ribas fue fusilado. La brutal reconquista española de Venezuela culminó el 3 de abril de 1815 con la llegada de la poderosa expedición del general Pablo Morillo.

Muchos de los patriotas venezolanos escapados de la caída de la II República volvieron a encontrar refugio en la vecina Nueva Granada, donde el panorama de la lucha independentista tampoco era muy halagüeño. Para aplastar la contraofensiva realista en las provincias suroccidentales y en Quito, Antonio Nariño había dejado la presidencia de Cundinamarca y salido en campaña en aquella dirección. Con el aporte de hombres y armamentos de varias regiones, Nariño preparó un fuerte ejército que partió el 23 de septiembre de 1813 de Santa Fe, después de arrancarle al colegio electoral de Cundinamarca una declaración de independencia (16 de julio). Pero en Pasto fue hecho prisionero por los españoles y remitido a España.

Dispuesto a terminar de una vez con la desobediencia de Cundinamarca, el



José Francisco Bermúdez.



Simón Bolívar (1783-1830)

Conocido como el Libertador, por ser la figura más importante de la independencia de la América española. Nació en Caracas el 24 de julio de 1783 en el seno de una familia *mantuana*, como se conocían a los grandes propietarios de tierras y esclavos. Perdió a su padre a los 3 años y a su madre a los 9. Entre sus maestros ocasionales figuraron hombres de envergadura intelectual como Andrés Bello y Simón Rodríguez. Tras la muerte de su abuelo, en 1799, los tíos resolvieron enviarlo a España a realizar estudios, recorriendo diversos países. En Madrid se enamora de María Teresa del Toro y Alayza, con quien contrae matrimonio cuando él sólo contaba 19 años. Su actual condición le exige regresar a Caracas para ocuparse de la atención de las haciendas heredadas. Aquel romance juvenil pronto se vio truncado con la dolorosa muerte de María Teresa un 26 de mayo de 1802. Al conocerse las noticias sobre la caída del gobierno español, Bolívar junto a otros mantuanos participó en la formación de una Junta Suprema en Caracas el 19 de abril de 1810. En marzo de 1811 se reunió el primer Congreso de Venezuela en Caracas y entre los delegados también se encontraba el joven Bolívar, quien acababa de regresar de Londres, como Francisco Miranda. Bolívar no tuvo un papel destacado en la I República, pero fue el artífice de la II, creada en 1813 después de su exitosa “campana admirable”. Tras una breve estancia en Nueva Granada, donde llegó a dirigir los ejércitos patriotas de las Provincias Unidas, pasó a Jamaica —donde escribió una carta visionaria— y a Haití. Con la ayuda del presidente Petion, Bolívar regresó a Venezuela al frente de una expedición el 3 de mayo de 1816. De aquí en adelante, a partir de una serie de decretos revolucionarios —entre ellos, el que declaró abolida la esclavitud—, Bolívar fue de victoria en victoria, liberando los territorios de Nueva Granada, Venezuela y Quito, con los cuales integró la República de Colombia (1819). Tras la entrevista de Guayaquil con José de San Martín, Bolívar se consagró a la liberación de Perú y el Alto Perú, lo que consiguió a fines de 1824 y principios de 1825. Convocó al Congreso Anfictiónico de Panamá para propiciar la alianza y unión de las antiguas colonias de España y favorecer la independencia de Cuba y Puerto Rico, el cual se reuniría en 1826 sin alcanzar sus propósitos. Al regresar a Colombia en 1827, el Libertador tuvo que hacer frente a movimientos sediciosos que terminaron por deshacer, incluso, la Gran Colombia. Enfermo y abatido, Bolívar renunció y se retiró a Santa Marta, donde falleció el 17 de diciembre de 1830.

congreso federal aprovechó la llegada a Nueva Granada de un numeroso grupo de oficiales y soldados conducidos

por Urdaneta, que huían de Venezuela tras el fracaso de la II República, para encomendarles la tarea de someter a Cundinamarca. Mediante una arrolladora ofensiva, Bolívar, de nuevo en tierra neogranadina desde el 25 de septiembre de 1814 y nombrado jefe de esas fuerzas, se apoderó el 12 de diciembre del mismo año de la antigua sede virreinal, adonde se trasladaron después los poderes federales. A renglón seguido, el Libertador, designado Capitán General de los Ejércitos de la Confederación, marchó a combatir al bastión realista de Santa Marta, mientras otros efectivos patriotas, a las órdenes del francés Manuel Serviez y el quiteño Carlos Montúfar, recuperaban otra vez Popayán. Por su parte, Joaquín Ricaurte vencía en Casanare las fuerzas realistas de Calzada.

Bolívar no pudo cumplir su misión en el litoral atlántico, debido a la hostilidad personal del gobernador de Cartagena, Manuel Castillo y Rada, por lo cual prefirió renunciar para evitar una guerra intestina y marchó al exilio en Jamaica (8 de mayo de 1815). Casi coincidentemente, en las costas neogranadinas apareció la mayor expedición militar española enviada a América al mando del experimentado Pablo Morillo. El 22 de julio de 1815, las poderosas fuerzas coloniales desembarcaron en Santa Marta y luego pusieron sitio a Cartagena (20 de agosto), que resistió heroicamente por más de tres meses. Después de rendir por hambre la ciudad, Morillo despachó cuatro columnas en diferentes direcciones para aplastar la resistencia patriota en el resto del virreinato. Tras la victoria realista se desató la terrible “época del terror”, que cegó la vida de varios centenares de los más conspicuos patriotas neogranadinos.

La pobre participación popular en esta etapa de la guerra emancipadora, el exagerado papel atribuido a las ciudades en la estrategia militar, el extremo localismo de los gobiernos criollos y sus agudas contradicciones intestinas (centralistas y federalistas, republicanos y monárquicos, radicales y moderados), junto al

caudillismo, constituyeron los elementos fundamentales que llevaron al fracaso, entre 1814 y 1815, de los principales focos de la insurrección, tal como sucedió en Venezuela y Nueva Granada. También el marcado antagonismo entre las clases populares y la aristocracia criolla, permitió a la contrarrevolución realista encontrar asideros para la restauración del antiguo orden colonial. A ese desenlace contribuyó la llegada de tropas frescas a América; en particular, después del restablecimiento de Fernando VII en el trono español y la anulación de la Constitución (marzo-mayo de 1814), cuando arribaron 13 expediciones con más de 26 000 hombres.

El movimiento insurreccional en Río de la Plata

Sólo el Río de la Plata —al margen de reducidas áreas irreductibles como Oaxaca en México o Casanare en Nueva Granada— logró sobrevivir a la reconquista realista de 1814 a 1815, gracias a su ubicación geográfica y al imprevisto desvío hacia Venezuela, en alta mar, de la flota de Morillo, originalmente financiada por los comerciantes gaditanos para reabrir Buenos Aires al mercado metropolitano. Otro factor decisivo resultó el valladar levantado aquí por las guerrillas populares en la frontera norte (montoneras) y el Alto Perú (las “republicuetas”).

El Río de la Plata fue la región hispanoamericana donde, después de México, cobraron formas más definidas los perfiles de las transformaciones sociales, a la vez que el conflicto anticolonial evolucionaba, como en Nueva Granada, hacia una caótica guerra civil. Aquí, la lucha fratricida estaba asociada a la política conservadora de la aristocracia de Buenos Aires, empeñada en impedir la pérdida de sus tradicionales privilegios y evitar una verdadera revolución. Las contradicciones aparecieron dibujadas desde 1810, dentro de la misma Junta de Mayo, entre los representantes de la oligarquía terrateniente, saladerista y comercial, cuyo principal exponente era su propio presidente Cornelio Saavedra,



Cornelio Saavedra (1761-1829).

y los elementos intelectuales radicales encabezados por Mariano Moreno, Juan José Castelli y Manuel Belgrano, quienes querían hacer irreversible la ruptura del orden colonial.

El mismo Moreno se valió de su condición de secretario de la junta para decretar la expulsión del virrey depuesto y los oidores (27 de junio), la adopción del comercio libre y la ocupación preferencial de los puestos públicos por criollos (3 de diciembre). Además, Moreno elaboró un atrevido programa de transformaciones socioeconómicas (*Plan de Operaciones*), el cual no tendría tiempo de poner en práctica, y organizó los primeros contingentes del futuro ejército regular, con vistas a neutralizar la influencia conservadora de las milicias patricias de Saavedra y esparcir el espíritu de Mayo en todas direcciones. También envió a Chile una misión para concertar una alianza defensiva con la junta de gobierno constituida en Santiago en septiembre de 1810. Después, en el vecino país austral se reunió un congreso, dominado por el sector más conservador de la aristocracia chilena, el cual, desde el 4 de septiembre de 1811, dejó su lugar a un gobierno menos conciliador con los



Mañana del 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires. El Cabildo nombra la primera junta.

españoles, dirigido por los hermanos José Miguel, Juan José y Luis Carrera, hijos de un poderoso hacendado.

En los primeros momentos, el gobierno criollo de Buenos Aires sólo tenía autoridad sobre la provincia capital y regiones aledañas, pues en el resto del virreinato los realistas se habían encargado de organizar la resistencia. Para aplastar la oposición proespañola, Moreno envió al norte un ejército de 1 000 hombres a las órdenes de Castelli. Este jefe le imprimió aliento patriótico al ejército del norte, el cual, convertido en un verdadero instrumento de la revolución morenista, avanzó sin ser detenido hasta el Alto Perú, territorio recién anexado por los realistas al virreinato de Lima.

Ante la proximidad de los soldados argentinos, las principales ciudades andinas (Cochabamba, Santa Cruz de la Sierra, Oruro, Potosí, Chuquisaca y La Paz) se sublevaron espontáneamente, entre los meses de septiembre y octubre, y sus poblaciones recibieron como libertadores al ejército del norte, vencedor en Suipacha (7 de noviembre de 1810). El entusiasmo aumentó entre el pueblo aborigen, cuando Juan J. Castelli dio a conocer, en lengua quechua y aymará, una serie de disposiciones revolucionarias que eliminaban el tributo y el servicio personal indígena, y repartían tierras y ganado confiscados a los realistas.

Para el campesinado indígena y una parte apreciable de las capas medias y la in-

telectualidad mestiza y criolla, la influencia de Castelli estimuló nuevos levantamientos, como el ocurrido en Tacna (Perú) el 20 de junio de 1811. La enérgica reacción española, la labor de zapa de la aristocracia altoperuana y las desavenencias entre saavedristas y morenistas, debilitaron el ejército del norte. Derrotadas en Huaqui (20 de junio), las fuerzas rioplatenses se replegaron a Salta, llevándose todo objeto de valor, y perseguidas de cerca por los realistas, quienes reconquistaron el Alto Perú. Mas, las tropas colonialistas se vieron obligadas a detener en Salta la persecución del ejército del norte y regresar para aplastar, a sangre y fuego, los nuevos focos de la revolución que surgían de manera espontánea en el Alto Perú (Cochabamba, Huánuco).

A esa altura de los acontecimientos, en Buenos Aires, las pugnas entre los partidarios de Saavedra y los de Moreno se habían dilucidado en sentido adverso al ala radical. Las contradicciones alcanzaron su cenit después del decreto firmado por Moreno, el cual suprimía los honores a los virreyes, quienes continuaban tributándose al presidente del gobierno, para establecer la plena igualdad entre sus miembros (6 de diciembre de 1810). Para desembarazarse de tan incómodos compañeros, Saavedra logró, con la complicidad del diputado de Córdoba, el deán Gregorio Funes, ampliar el número de miembros de la junta gubernativa de Buenos Aires con los 12 primeros delegados provinciales llegados a la capital, lo cual puso en minoría a los morenistas (18 de diciembre). El virtual golpe de Estado obligó a Moreno a aceptar un puesto diplomático en Londres, adonde nunca llegó, pues murió en la travesía.

La derrota del ala democrático-republicana de Mayo se completó con los juicios entablados a Castelli y Belgrano por sus respectivos descalabros militares en los frentes del Alto Perú y Paraguay. Castelli no saldría vivo de la prisión; en particular, las acusaciones contra Belgrano se basaban en haber comandado, por designación de Moreno (24 de septiembre de 1810), el

pequeño ejército encargado de propagar la revolución sobre las provincias litorales del Paraná y el Uruguay (Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Misiones, la Banda Oriental y Paraguay). Durante su ofensiva sobre Paraguay, Belgrano dictó (30 de diciembre de 1810) en guaraní un Reglamento para el Gobierno de los 30 Pueblos de Misiones, inspirado en las ideas igualitarias de Moreno, el cual concedía plenos derechos ciudadanos a los indios, les eximía de viejos tributos y les otorgaba tierras estatales.

Belgrano fue vencido en Tacuarí y Paraguairí (febrero-marzo de 1811) por las milicias paraguayas al servicio realista; derrota convertida en victoria, cuando los mismos criollos de Asunción tomaron por su cuenta el poder y formaron una junta similar a la de Buenos Aires: aleccionado por sus contactos con el general rioplatense, prisionero de los paraguayos por breve tiempo, el teniente coronel Fulgencio Yegros, rico hacendado, depuso el 14 de mayo de 1811 al gobernador español.

Un congreso paraguayo, celebrado del 17 al 20 de junio, nombró una junta integrada por Yegros como presidente y otros cinco miembros; entre quienes descollaba el abogado José Gaspar Rodríguez de Francia. Yegros y el doctor Francia desarrollarían contradicciones muy parecidas a las que habían separado a Saavedra y Moreno.

No obstante, en el enfrentamiento con los realistas de la Banda Oriental se reveló más nítida la postura conciliadora de la Junta Grande de Buenos Aires, encabezada por Cornelio Saavedra. En este territorio de tardía colonización y escasos habitantes, situado al este del río Uruguay, la contienda independentista comenzó el 28 de febrero de 1811 (Grito de Asencio) dirigida por estancieros, como Fructuoso Rivera y el oficial criollo José Artigas. La incorporación popular a la lucha emancipadora se vio favorecida por la poca estratificación social y la ausencia de jerarquías y mayorazgos. Gracias al respaldo de las masas y a su propia experiencia como capitán del cuerpo de blandengues, Artigas, con 47 años, pronto se

convirtió en el principal insurrecto oriental y tras su victoria de Las Piedras (18 de mayo), obligó a los realistas a abandonar las zonas rurales y refugiarse tras las murallas de Montevideo.

Al sitio de Montevideo por los orientales se sumó, el 1º de junio, un ejército de casi 3 000 hombres enviado por Buenos Aires, dirigido primero por Belgrano y después por José Rondeau. El verdadero objetivo de Buenos Aires no sólo era liquidar el peligroso foco realista concentrado en Montevideo, sino también apaciguar la llama revolucionaria que ya se extendía entre los orientales liderados

por Artigas. Ante la amenaza que pendía sobre Montevideo, asediado por los ejércitos coligados de Buenos Aires y la Banda Oriental, el gobernador español Francisco Javier Elío expulsó a los opositores de la ciudad y solicitó auxilio a los portugueses, quienes invadieron Uruguay con sus tropas.

La aristocracia porteña, asustada ante las imprevisibles consecuencias de la intervención de Portugal en su territorio, agravadas por el desastre de Huaqui en el Alto Perú, llegó a un acuerdo el 20 de octubre de 1811 (Tratado de Pacificación) con



El gaucho, personaje típico de la pampa que ha perdurado.

Grito de Asencio y la incorporación de las masas populares

La base social del movimiento insurreccional estaba formada por gauchos, peones y agregados mestizos de las haciendas ganaderas e, incluso, sacerdotes del bajo clero, así como algunos esclavos negros e indios charrúas y chanaes, todo lo cual favoreció a las fuerzas insurgentes.



El periódico *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires reflejaba la situación de inconformidad en vísperas de la guerra.

los realistas de Montevideo, logrado en virtud de la mediación del representante inglés en Río de Janeiro Percy C. S. Smythe, vizconde de Strangford. Gran Bretaña estaba interesada en mantener el comercio en el estuario del Plata y de levantar el bloqueo a Buenos Aires, impuesto por la flota española. El pacto entregó toda la Banda Oriental a los realistas y estableció un armisticio, así como las bases para un posterior arreglo con los Braganza (Rademaker-Hezler, 24 de mayo de 1812) el cual permitiría la retirada de su ejército. En cumplimiento de estos acuerdos, Rondeau regresó con las fuerzas argentinas a Buenos Aires, mientras Artigas,



José Gervasio Artigas (1764-1850).

convertido por aclamación popular en líder indiscutido como Jefe de los Orientales, se veía forzado a dirigirse a Ayuú (Entre Ríos), seguido en carretas por una gran parte del pueblo uruguayo, el cual, con unas pocas pertenencias y su ganado, prefería el éxodo a quedar bajo la férula española. Para tratar de contemporizar con el Jefe de los Orientales, el gobierno de Buenos Aires lo nombró gobernador de Yapeyú, cargo que le facilitó sus primeros contactos con los caudillos de las cercanas provincias del litoral del Paraná.

En el escenario de Buenos Aires, las vergonzosas componendas de la Banda Oriental, unidas a su manifiesta incapacidad política y militar, llevaron a la sustitución de la Junta Grande, así como de las provinciales, por un triunvirato el 23 de septiembre de 1811; aunque el verdadero poder pasó a manos de uno de los secretarios: Bernardino Rivadavia. Con su impulso se promulgó el Estatuto Provisional del Gobierno Superior de las Provincias Unidas del Río de la Plata a nombre de Fernando VII (22 de noviembre), en la práctica el primer texto constitucional de Buenos Aires y el cual preveía la convocatoria de un congreso de representantes del antiguo virreinato.

Favorecido por la tolerancia de Rivadavia reapareció, dirigido por Bernardo Monteagudo, el club morenista, el cual funcionaba ahora en la casa del consulado con el nombre de Sociedad Patriótica (13 de enero de 1812). Casi a la par abrió su sede, en Buenos Aires, la logia masónica Lautaro, filial de la Gran Reunión Americana fundada en Londres (1797) por Miranda, para luchar por la independencia hispanoamericana. En Cádiz existía una con similar nombre a la bonarense que facilitó la llegada a Europa (9 de marzo) de varios destacados oficiales

criollos, como Carlos María de Alvear y José de San Martín. La logia Lautaro coincidió con la Sociedad Patriótica en la oposición al triunvirato. Ambas sociedades estimaban que el gobierno de Buenos Aires tenía una actitud vacilante frente a la dominación colonial. Por eso, el 8 de octubre, efectivos militares, a las órdenes del coronel San Martín, con el lema “Independencia y Constitución”, disolvieron el gobierno capitalino y nombraron otro triunvirato, encargado de llamar a elecciones para un congreso, con delegados de todas las provincias del Río de la Plata, el cual debía pronunciarse sobre el futuro del antiguo virreinato.

En el ambiente optimista creado por las victorias militares de Belgrano y San Martín en San Lorenzo y Salta, respectivamente, en Buenos Aires se reunió, desde el 31 de enero de 1813, la llamada Asamblea del Año XIII. Este cónclave representó un importante paso de avance en el proceso emancipador del Plata, pues desconoció la soberanía de Fernando VII y aprobó la bandera e himno nacionales, aun cuando, cediendo al interés de mantener el comercio con Inglaterra, no sancionó una constitución, ni declaró formalmente la independencia, pese a las propuestas de sus promotores. Lo más sobresaliente de la asamblea fueron las leyes revolucionarias inspiradas por los voceros de la Sociedad Patriótica y la logia Lautaro; entre ellas, la de vientres libres y la libertad de los esclavos que se incorporaran a los ejércitos patriotas, la abolición de la trata y los títulos nobiliarios; además de la supresión de mitas, encomiendas, mayorazgos y los servicios personales de la población aborigen. Pero su mayor limitación estuvo en la incapacidad para superar las tendencias hegemónicas de Buenos Aires e imponer la unidad nacional en el Plata.

El rechazo a los delegados orientales por Buenos Aires llevó a Artigas a declararse en rebeldía y abandonar secretamente el sitio de Montevideo (20 de enero de 1814), para empezar a hilvanar una alianza federalista antibonaerense con las provincias del lito-

José de San Martín

Nació en 1728 en Yapeyú, Corrientes, hijo del teniente gobernador de esa provincia, se trasladó con la familia a España y comenzó su carrera militar. Alcanzó el grado de capitán mayor por su participación en 1808 en la batalla de Bailén, España, en la cual fue derrotado el ejército de Napoleón. Regresó a Buenos Aires (1812) y la Junta de Gobierno le encargó responsabilidades militares, llegó a ser comandante del ejército del norte. Nombrado gobernador intendente de Cuyo (1814) dio refugio a los insurgentes.

Con el grado de general en jefe del ejército de los Andes inició, en 1817, la marcha para atravesar la cordillera en dirección a Chile. Regresa a Buenos Aires y tras azarosos enfrentamientos alcanza, con la victoria de Maipú el 5 de abril de 1818, la independencia de Chile. Una vez más retorna a Buenos Aires, donde la situación era muy compleja y ya en 1820 inicia la campaña de Perú hasta conquistar el control de la costa del Pacífico y logró proclamar la independencia de Perú el 8 de julio de 1821, para luego partir a Guayaquil, donde se entrevistó con Simón Bolívar. En la entrevista (26 de julio de 1822), los dos líderes analizan, entre otros importantes temas, el futuro de Perú. San Martín, de ideas reformistas y partidario de una monarquía, no encontró el apoyo esperado y renunció al Congreso, quedando Bolívar al frente del escenario.

En 1824, ya con su salud muy resquebrajada, se instala en Europa para morir casi ciego en el sur de Francia (Boulogne-sur-Mer) el 17 de agosto de 1850. En todos estos años europeos no dejó de interesarse por el movimiento independentista y las actividades políticas, por lo que mantuvo una constante correspondencia con los dirigentes argentinos.

ral del Paraná. De esta manera, Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Santa Fe, Córdoba y la Banda Oriental, se incorporaron, entre 1814 y 1815, a la Liga Federal que reconoció a Artigas como Jefe de los habitantes de la Costa Oriental y Protector de los Pueblos Libres.

La ausencia de los delegados del Paraguay a la Asamblea del Año XIII se debió a razones diferentes a las de Artigas. Afectados también por las pretensiones hegemónicas y las restricciones comerciales de Buenos Aires, los paraguayos eligieron su propio camino para solucionar este problema: en vez de intentar imponer el federalismo en el Plata y buscar salida al



comercio al margen de la capital, enfrasándose en un conflicto armado con Buenos Aires, optaron por el aislamiento y la soberanía absoluta, tanto de España como de Buenos Aires y la misma Liga Federal. La independencia se proclamó por un bando de 21 de octubre de 1813.

El padre de la emancipación paraguaya fue el doctor Francia, el abogado “jacobino”, miembro de la primera junta criolla de Asunción, de 47 años de edad. Con el ferviente apoyo de campesinos (*chacreros*) y peones sin tierra, Francia se las ingenió para desalojar del poder a los terratenientes y estancieros productores de yerba mate y cueros, liderados por el ex presidente Yegros, negados a romper abiertamente con Buenos Aires.

Para complicar aún más las cosas a los realistas e impedirles la ansiada reconquista del Río de la Plata, en pleno reflujo del proceso revolucionario a escala continental, en el Alto Perú surgieron guerrillas populares, llamadas de manera despectiva por los españoles “republicuetas”, y después en la sierra peruana estalló una poderosa sublevación indígena dirigida por el anciano cacique Mateo García Pumacahua,

quien amenazó con repetir la gesta de Túpac Amaru II.

Como puede apreciarse, pese a los cortos horizontes impuestos a la lucha independentista por las clases criollas dominantes, en algunas colonias se vertebraron verdaderos movimientos populares, aunque con programas menos radicales que los enarbolados por Hidalgo y Morelos en la virtual guerra campesina desatada en México desde 1810. Así sucedió en algunas zonas del Virreinato del Río de la Plata; en particular, en la Banda Oriental, en Paraguay, la sierra andina y sin un centro definido en el Alto Perú. En estos lugares, la lucha independentista se nutrió de ciertas demandas sociales y en estos años estuvo acompañada de una ascendente participación de las masas, estimulada por los tempranos decretos revolucionarios (1810) de la junta de Mayo de Buenos Aires, inspirados por el ala “jacobina” de Mariano Moreno. Desde esa perspectiva, todos estos movimientos populares representaron el punto más alto alcanzado por la revolución independentista hispanoamericana de 1808 a 1825 y, a la vez, fueron portadores de una novedosa y avanzada concepción del Estado y la sociedad —en forma menos definida en Perú y Alto Perú— que durante un tiempo logró sobrepasar y poner en crisis el restringido contexto político-institucional y social trazado por la aristocracia criolla para la emancipación.

En cambio, en otras partes de Hispanoamérica, el temor a que se desencadenara una sublevación popular incontrolada —en particular, protagonizada por esclavos negros o la peonada indígena— castró las potencialidades de liberación y provocó una incondicional fidelidad a la corona por parte de la elite criolla, como pudo verse claramente en la Capitanía General de Guatemala y en el Virreinato de Nueva España desde que estalló la insurrección de Hidalgo. En cierta forma, esto también sucedió en escenarios tan diferentes y distantes como los de Perú y Cuba, lugares donde todavía estaban muy frescas las conmociones originadas, respectivamente,



José de San Martín (1728-1850).

por las rebeliones de Túpac Amaru (1780) y de la Revolución haitiana (1790-1804).

De esta manera, durante los años de 1814 y 1815, se cierra la primera etapa de la lucha independentista en Hispanoamérica, ante los éxitos de las armas realistas, favorecidas con la terminación de las guerras napoleónicas y el restablecimiento de Fernando VII en el trono español. En Chile, la “Patria Vieja”, sustentada en la Constitución de 1812 que organizaba al país como un Estado independiente sin proclamar formalmente la emancipación, pero carcomida por las contradicciones intestinas de la aristocracia criolla, personalizada en el enfrentamiento entre Bernardo O’Higgins y José Miguel Carrera, sucumbió en Rancagua (octubre de 1814) a la ofensiva realista respaldada por los indios mapuches, lo que obligó a los sobrevivientes a buscar refugio en la vecina provincia de Cuyo. La II República de Venezuela, poco diferente en su condición elitista a la primera creada por Miranda, se eclipsó a principios de 1815, compelida por las diferencias que separaban a Bolívar y Mariño y la incapacidad para obtener una base de masas y detener la ofensiva contrarrevolucionaria de los insumisos llaneros de Boves. En México, ese mismo año terminaba con el aplastante triunfo de los realistas, sostenidos por la propia elite criolla novohispana, sobre la guerra campesino-indígena levantada desde 1810. La “Patria Boba” neogranadina, debilitada por las luchas entre la aristocracia centralista de Cundinamarca encabezada por Nariño y la federalista de las restantes provincias que lideraba Camilo Torres, que agonizaba desde fines de 1815, sucumbió en una cruel represión desatada por el poderoso ejército español de Morillo. Previamente, en 1812, el movimiento independentista en Quito, conducido por la aristocracia terrateniente serrana, había colapsado. Entretanto, en el Virreinato de Perú, bastión peninsular, la masiva sublevación mestizo-indígena de Pumacahua en 1814 concluyó sangrientamente al año siguiente, para respiro de la



Bernardo O’Higgins (1778-1842).

conservadora aristocracia criolla de Lima, Trujillo y Cuzco.

Sólo el Río de la Plata, pese a la anarquía política y las contradicciones internas despertadas por las pretensiones hegemónicas de Buenos Aires, resistió al desastre general, gracias a la protección de los montoneros de Salta, dirigidos por Martín Güemes y las guerrillas populares del Alto Perú. Pero aquí también la situación resultaba desesperada en 1816: el descalabro de las “republicuetas”, la irrupción portuguesa contra la revolución oriental de Artigas, las amenazas de invasiones realistas procedentes del norte y desde la propia metrópoli tras la inoportuna derrota patriota en Sipe Sipe, el 29 de noviembre de 1815, pusieron el territorio argentino al borde de la capitulación. Con razón, los realistas de Europa y América festejaron el triunfo de Sipe Sipe como el fin de la lucha independentista.

La independencia de Hispanoamérica y Brasil (1816-1825)

A pesar de la profunda crisis de las fuerzas emancipadoras, la guerra resurgió con todo vigor entre 1816 y 1817, lo cual podemos considerar el inicio de una segunda etapa. A lo largo de este período (1816-1825) se



alcanzó, por dos vías bien diferenciadas, la liberación de las colonias de España y Portugal, con las únicas excepciones de Cuba y Puerto Rico.

En buena parte del imperio colonial español, la emancipación sólo fue posible mediante una cruenta lucha armada que culminó exitosamente la dilatada y costosa guerra contra la metrópoli con el establecimiento de un rosario de Estados libres. En estas regiones, al ejército le correspondió un papel decisivo en la independencia. Partiendo de sólidas bases logísticas en Venezuela (los llanos) y el Río de la Plata (Cuyo), los ejércitos de Bolívar y San Martín, imbuidos de una estrategia de lucha continental —aunque bastante distantes en sus perspectivas político-sociales—, no sólo liberaron sus respectivas patrias, sino también Nueva Granada, Quito, Chile, Perú y el Alto Perú, para imponer en Ayacucho la capitulación definitiva de España, con la cual concluyeron 15 años de intensa guerra.

La campaña liberadora de San Martín

Las campañas liberadoras empezaron cuando las fuerzas de San Martín, entonces contaba con 35 años de edad, cruzaron la cordillera de los Andes para vencer las fuerzas españolas en las serranías de Chacabuco (12 de febrero de 1817), lo que les permitió apoderarse de Santiago, Valparaíso y todo el centro-norte chileno, desde Atacama al Maule. En gran medida, ello fue posible por el apoyo material brindado por el nuevo gobierno de Buenos Aires dirigido por Juan Martín de Pueyrredón, surgido tras la celebración del Congreso de Tucumán y que, bajo la presión de los ejércitos de Belgrano y San Martín, había proclamado la independencia del Río de la Plata el 9 de julio de 1816.

Después de ser nombrado O'Higgins director supremo y proclamada la independencia de Chile el 1° de enero de 1818,

ocurrió el inesperado revés patriota de Cancha Rayada (19 de marzo); aunque, a continuación, las reorganizadas fuerzas de San Martín consiguieron, el 5 de abril de ese mismo año, el definitivo triunfo sobre los realistas en la llanura de Maipú. Desde entonces, el control español se redujo, otra vez, a Concepción, Chillán y el territorio meridional contiguo a la tierra mapuche; hasta que, en enero de 1819, los colonialistas fueron expulsados hacia la Araucanía. El período que se abrió entonces, caracterizado por las feroces embestidas realistas y los fusilamientos masivos de patriotas, se conoce como la “guerra a muerte” y se extendió de 1818 a 1824. La lucha contra las guerrillas araucanas se mantuvo con altibajos, hasta que el general chileno Joaquín Prieto neutralizó a los indoblegables indios con una hábil política de concesiones la cual le permitió vencer a los españoles en 1824.

Entretanto, mientras se desarrollaba la guerra en el sur chileno, San Martín preparaba su ejército y adquiría una flota para llevar sus fuerzas a Perú. Pero ese esfuerzo amenazó con frustrarse ante la evolución de los acontecimientos en el Río de la Plata, provocados por la contradictoria política del gobierno de Pueyrredón.

Si bien, por un lado, el Director Supremo de Buenos Aires prestó valioso apoyo a San Martín, que le permitió realizar las ha-



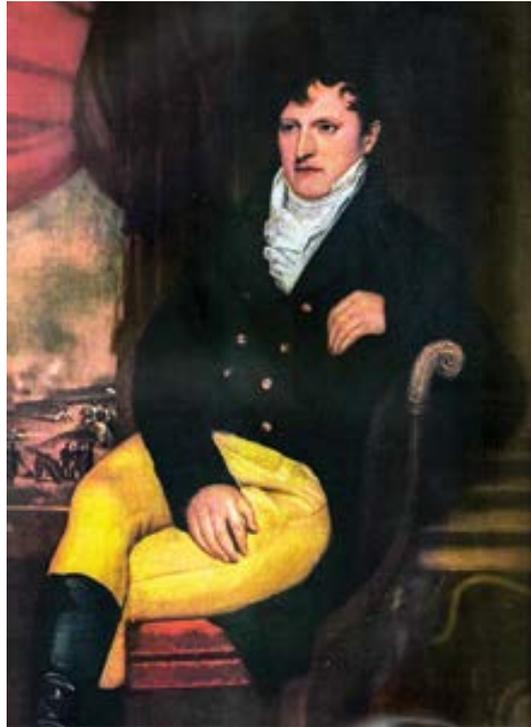
El Abrazo de Maipú, cuadro de Pedro Subercaseaux. Este describe abrazo que se dieron los generales Bernardo O'Higgins y José de San Martín que selló la Independencia de Chile.

zañas de la liberación de Chile; por el otro, propició la profundización del conflicto con las provincias y, en especial, con Artigas. Acérrimo enemigo del caudillo oriental, Pueyrredón no puso obstáculos a la nueva invasión de la Banda Oriental por los portugueses en junio de 1816. Los desesperados esfuerzos de Artigas por detener aquella avalancha que llegaba de Brasil resultaron inútiles. Tras una cadena de duros reveses y la pérdida de Montevideo, Artigas prosiguió el hostigamiento a las tropas portuguesas, hasta que, vencido en Tacuarembó (20 de enero de 1820), abandonó para siempre el territorio oriental rumbo al litoral del Paraná —terminaría unos meses después exiliado en el Paraguay del doctor Francia, donde murió (1850)—, mientras arreciaban las luchas entre las provincias federalistas y el gobierno de Buenos Aires, tras la adopción por los porteños de la Carta fundamental centralista de 1819.

El empecinamiento de Buenos Aires en hacer regresar a los ejércitos del norte y los Andes, para combatir a las provincias federalistas sublevadas, determinó el amotinamiento y posterior disolución de las fuerzas de Belgrano en Arequito (7 de enero de 1820) y la histórica desobediencia de San Martín: Acta de Rancagua del 2 de abril de ese mismo año; acontecimientos que determinaron la desaparición de todo vestigio de gobierno nacional en el Plata hasta diciembre de 1824.

Perdido el apoyo argentino, y cuando Chile todavía estaba enfrascado en la devastadora lucha liberadora al sur de su territorio, el 20 de agosto de 1820 zarpó de Valparaíso, el Ejército Libertador de Perú, enarbolando la bandera chilena, en dos decenas de embarcaciones. La expedición estaba al mando del mismo San Martín e integrada por casi 5 000 hombres, en su mayoría argentinos y chilenos, quienes desembarcaban 13 días más tarde en la península de Paracas.

Mientras acontecía el no exitoso avance de la columna del coronel argentino José Antonio Álvarez de Arenales por la sierra



General Manuel Belgrano (1770-1820).

peruana y San Martín ocupaba Huaura, la flota patriota, guiada por el inglés lord Thomas Cochrane, encerraba a la española en El Callao y en sorpresivo combate naval capturaba la fragata *Esmeralda* (6 de noviembre de 1820), buque insignia de la marina real. Como resultado de estos sonados triunfos, toda la costa septentrional de Perú, incluida la rica villa de Trujillo, quedó aislada. Ello facilitó el levantamiento criollo en Guayaquil (9 de octubre) y Trujillo (24 de diciembre), lugar donde el mismo intendente José Bernardo Tagle, marqués de Torre Tagle, lo guió tras obtener garantías de San Martín de respetar sus propiedades. Estas sublevaciones dejaron en manos de San Martín todo el rico litoral norte peruano —de Chancay a Guayaquil—; un territorio cubierto por plantaciones azucareras, algodóneras y cacaoteras basadas en el trabajo de esclavos negros e indios *concertados*.

La actitud favorable a la independencia, manifestada ahora por los grandes terratenientes y propietarios peruanos, como el marqués de Torre Tagle, hasta ese momento fieles aliados de España, significó la primera fisura sensible del



San Martín proclamando la Independencia del Perú frente a la multitud reunida en la Plaza de Armas de Lima, óleo de Juan Lepiani.

bloque realista en Perú. Después del fracaso de las negociaciones de San Martín con el virrey en Punchauca (2 de julio de 1821), los españoles se vieron precisados a abandonar Lima cuatro días después, pues no podían sostenerse en la capital ante el empuje de las guerrillas indígenas, y a buscar refugio en Cuzco, donde las condiciones eran más propicias para una resistencia prolongada. La huida realista hacia la sierra y la fortaleza Real Felipe de El Callao, posibilitó la entrada de San Martín en la ciudad fundada por Pizarro (10 de julio), para tranquilidad de la aristocracia limeña, la cual temía el asalto de las montoneras indígenas que asediaban la desgarnecida ciudad.

En la barroca sede virreinal, San Martín proclamó la independencia el 28 de julio y después aceptó la petición de la filial de la logia Lautaro, constituida con los mandos de su ejército, para que retuviera el poder ejecutivo en calidad de Protector de la Libertad de Perú (3 de agosto). A pesar de sus incuestionables preferencias monárquicas, el Protector no dejó de preocuparse por los agudos problemas sociales que halló en el virreinato. Así, en agosto de 1821, dispuso la supresión de la mita, el tributo y cualquier tipo de trabajo forzado indígena, a la vez que otorgaba la libertad a los hijos de los miles de esclavos que laboraban en las plantaciones esparcidas por la costa.

Las medidas reformistas de San Martín y la pesada carga financiera que representaba para Perú el sostenimiento del Ejército Unido, junto a la prolongación de la guerra, terminaron por enajenarle el precario apoyo aristocrático, sin darle a cambio el del pueblo humilde. Para complicar aún más las cosas, el Protector no pudo evitar derrotas de sus fuerzas en el sur y tampoco impedir que un ejército de 3 000 hombres entrara y saliera impunemente de El Callao, llevándose armas y municiones.

Incapacitado para darle a la independencia peruana una base de masas, San Martín se encontró con la renuencia de la oligarquía a proporcionar más recursos para continuar la guerra y la imposibilidad objetiva de obtenerlos en Chile o Buenos Aires. A esto se sumó que Cochrane, enemistado con San Martín por el atraso en el pago de sus servicios, sublevó la escuadra y se retiró con ella a Chile (6 de octubre de 1821). Golpeado sin cesar en sus posiciones costeras por contingentes realistas que descendían por las laderas de la sierra peruana, el Ejército Unido estaba literalmente atrapado entre la espada y la pared. Para buscar una salida a su precaria situación, el Protector entregó de manera provisional el gobierno al marqués de Torre Tagle y se embarcó para Guayaquil (14 de julio de 1822), con el propósito de sostener una imprescindible entrevista personal con Bolívar.

La ofensiva final de Bolívar

A esa altura, el Libertador había obtenido una cadena de resonantes victorias militares que le permitieron consolidar la independencia del antiguo Virreinato de Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela, después de haber sacado a los patriotas de la postración a que los condujo la ofensiva de Morillo de los años 1815-1816. Esa reversión comenzó desde el exilio de Bolívar en Haití, cuando el Libertador recibió del presidente haitiano Petion un apoyo incondicional para preparar la expedición libertadora. Después de ser escogido por sus compatriotas como jefe en Los Cayos,

se trasladó a Venezuela, acompañado de más de 200 veteranos combatientes venezolanos y neogranadinos escapados de la “pacificación española”. El 3 de mayo de 1816, en la isla Margarita, lugar del desembarco, ocuparon el castillo de Santa Rosa y reconocieron a Bolívar como jefe supremo y a Mariño como segundo. De aquí siguieron a Carúpano (1º de junio) y Ocumare (6 de julio), sitio donde Bolívar dio a conocer el trascendente decreto de abolición de la esclavitud.

A partir de ese instante, Bolívar quedó unido a la causa popular y completamente dominado por el principio de la igualdad, haciendo coincidir la aspiración a la independencia con la abolición de la esclavitud. Desde que llegó a su patria, el Libertador se propuso darle un sentido diferente a la gesta independentista, para lo cual proclamó el perdón a los españoles que se rindieran, el cese de la “guerra a muerte” y la absoluta libertad de los esclavos. Pero la radicalización de Bolívar conllevaba el alejamiento de los intereses de su clase, lo que le hizo perder el favor mantuano, cuando todavía no se había ganado a las masas populares. Derrotado Soublette, uno de sus más destacados oficiales, por fuerzas enemigas, Bolívar se vio forzado a reembarcarse y regresar a Haití, el 16 de agosto de 1816.

El destacamento patriota dejado por el Libertador en Ocumare, al mando de Soublette, avanzó en una penosa y larga travesía al oriente, sin ser detenido por los realistas. En su marcha incorporaron a sus filas a campesinos, llaneros y esclavos, y terminaron uniéndose con las fuerzas irregulares de origen humilde que ya combatían en la zona a las órdenes de Piar y José Tadeo Monagas, lo cual abrió una nueva dimensión social a la guerra de independencia venezolana. El ascenso en el ejército patriota del elemento popular, a costa de la vieja oficialidad mantuana, que se observó desde entonces, tuvo su mejor expresión en el caso de José Antonio Páez, quien de oscuro peón de un hato ganadero de Barinas se convirtió en jefe indiscutido

de los llaneros y en uno de los más importantes generales de la república. Situado al frente de un reducido grupo de combatientes, el 16 de octubre de 1816 venció a los realistas en el combate de la Mata de la Miel y cuatro meses después en Mantecal. Su liderazgo se confirmó en la reunión de Guasualito, poblado fronterizo entre Apure y Casanare, cuando los llaneros impusieron la renuncia al jefe nominal: Francisco de Paula Santander. La promoción de Páez fue, en parte, resultado de una serie de resonantes triunfos militares que le permitieron liberar Los Llanos y ser aclamado Jefe del Ejército del Apure.

Estos éxitos facilitaron los planes del Libertador para regresar a Venezuela con otra expedición, en la cual también venían varios oficiales europeos. El 28 de diciembre de 1816, Bolívar desembarcó en la isla Margarita y luego se trasladó a Barcelona (31 de diciembre). Sin embargo, el revés de Clarines (9 de enero de 1817) lo obligó a variar su estrategia tradicional, la cual tenía por eje el litoral plantacionista, para marchar, el 2 de abril de ese año, al preterido interior (Guayana y Los Llanos). En estas regiones, la situación resultaba más favorable, pues a los triunfos de Páez había que sumar los de Piar y Manuel Cedeño, quienes habían ocupado, a fines de 1816, las ricas misiones capuchinas del Caroní. Después de poner sitio a Angostura, el 11 de abril de 1817, las fuerzas patriotas propinaron un golpe demoledor al ejército de La Torre en San Félix. En contraste con los fracasos de Mariño frente al ejército de Morillo en la costa oriental, Bolívar obtuvo relevantes victorias en la Guayana, después de unirse a los efectivos de Piar, pues logró despejar el río Orinoco de embarcaciones españolas y capturar la sitiada Angostura el 17 de julio.

Desde esta villa interior, convertida en capital provisional del tercer período de la república de Venezuela, Bolívar lanzó un decreto revolucionario que establecía el reparto de bienes y tierras entre los miembros del Ejército Libertador, en premio a sus méritos de guerra. Durante 1818, las



Francisco de Paula Santander (1792-1840).

fuerzas de Bolívar y Páez se enfrascaron en un inútil esfuerzo por avanzar desde el Apure sobre los fértiles valles que rodean a Caracas y sublevar a los esclavos de las plantaciones. Aunque Bolívar pudo ocupar Maracay y llegar hasta los valles del Aragua, la inesperada retirada de los llaneros de Páez, negados a seguir alejándose del Apure, favoreció la exitosa contraofensiva de Morillo y Morales, lo cual empujó a los republicanos de nuevo al interior.

Pese a estos desalentadores reveses, desde el 15 de febrero de 1819 se celebró el Congreso de Angostura. El 5 de agosto, los 26 delegados presentes aprobaron una constitución centralista para la III República de Venezuela, y eligieron a Bolívar presidente. La asamblea estaba formada por seis ricos propietarios, 10 abogados, 10 militares, dos sacerdotes y dos médicos. Ella opacó el valioso avance institucional por la connotación negativa de una serie de restricciones impuestas a la ley abolicionista de Bolívar, que en la práctica la hacía inoperante.

Después de la impresionante victoria de Bolívar y Páez sobre Morillo en Queseras del Medio (3 de abril de 1819), que sacó para

siempre a los españoles del bastión llanero del Apure, el Libertador tomó la audaz decisión de abandonar la ofensiva sobre los atractivos valles del Aragua y Caracas, ruta por donde lo esperaba el enemigo, para avanzar, con poco más de 1 000 hombres, hacia Nueva Granada (27 de mayo). Tras unírsele las guerrillas de Santander en Casanare y pasar la odisea del cruce de los Andes, el Libertador cayó por sorpresa, con un ejército famélico y diezclado, sobre los efectivos enemigos. Las fuerzas realistas fueron vencidas en Pantano de Vargas (25 de julio) y, de manera más categórica, en Boyacá (7 de agosto), lo cual obligó al virrey neogranadino a retirarse y abrir a los patriotas las puertas de Bogotá.

Liberada la capital virreinal y confiscados los bienes enemigos, Bolívar despachó columnas en diferentes direcciones, las cuales le dieron el dominio de la meseta central y otras regiones próximas, aunque las provincias suroccidentales y el litoral atlántico, incluido Panamá, continuaron en poder de España. Nombrado Santander vicepresidente de las provincias libres de Nueva Granada, Bolívar regresó el 19 de septiembre a Venezuela, para rendir cuentas de su exitosa campaña ante el Congreso de Angostura. En la capital del Orinoco, el Libertador logró que la asamblea aprobara la fundación de Colombia (17 de diciembre), integrada por Venezuela, Cundinamarca (Nueva Granada) y Quito, esta última aún sin liberar.

En esa alentadora atmósfera se establecieron conversaciones de paz con los espa-



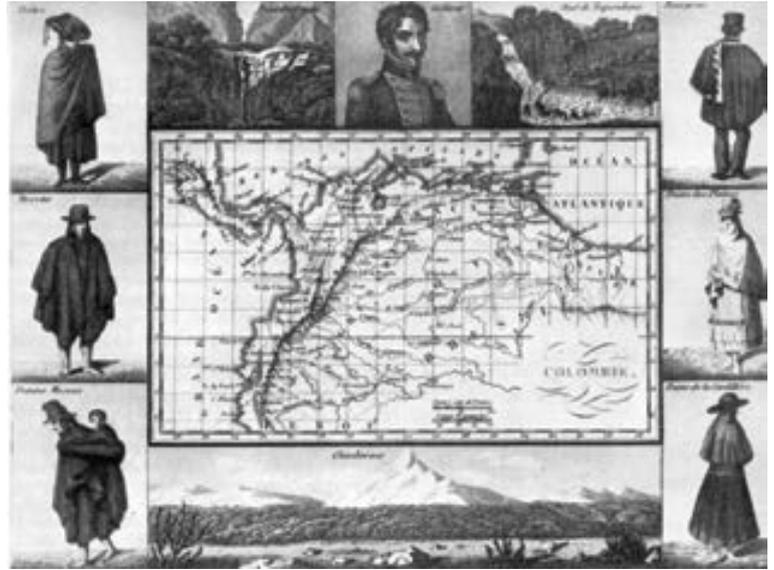
Salón Principal en la Casa del Congreso de Angostura.

ñosles y el 27 de noviembre de 1820 se celebró la entrevista entre Bolívar y Morillo, gracias a la coyuntura creada por la sublevación de Rafael Riego en España. Aunque en las negociaciones se alcanzó la suspensión de hostilidades por seis meses y un tratado de regularización de la guerra, el 28 de abril de 1821, la lucha se reanudó de todos modos, ante la negativa metropolitana de reconocer la independencia de Colombia. Entonces, el general Mariano Montilla ocupó Barranquilla y Soledad, para después liberar toda la costa atlántica y poner sitio a Cartagena, rendida el 5 de octubre de 1821. A la par, los habitantes de Maracaibo se levantaron en armas (28 de enero) y proclamaron su incorporación a Colombia, mientras el general Bermúdez liberaba, en vertiginosa ofensiva, el valle de Tuy y Caracas (15 de mayo). Ante la inesperada irrupción republicana en los valles centrales venezolanos, el marqués de La Torre, sustituto de Morillo, se hizo fuerte en Carabobo, casi al mismo tiempo que Bermúdez era desalojado por Morales de la capital venezolana, después del revés del Calvario de Caracas (23 de junio). No obstante, al día siguiente, Bolívar ganaba en Carabobo la batalla decisiva frente a La Torre, la cual permitió al Libertador entrar en Caracas (28 de junio de 1821) tras siete años de ausencia y limitar la presencia española en Venezuela a la fortaleza de Puerto Cabello.

Entretanto, Bolívar daba los toques finales a la derrota del colonialismo en Colombia. Para ello dejó a Venezuela guarnecida por las fuerzas de Páez, Mariño y Bermúdez, y salió para Nueva Granada, donde se reunía, desde el 6 de mayo de 1821, el congreso constituyente en Cúcuta, una pequeña aldea fronteriza. El cónclave ratificó las disposiciones tomadas en Angostura, estableció un régimen rígidamente centralista y eligió a Bolívar (presidente)



Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander en el Congreso de Cúcuta.



El mapa, editado en 1826, intentaba dar a conocer a los franceses la junta republicana de la Gran Colombia con su presidente Bolívar y los tipos característicos del país.

y Santander (vicepresidente) para el máximo poder ejecutivo.

Para destruir los últimos vestigios de resistencia enemiga en Colombia, Bolívar dejó a Santander el gobierno de la república y salió, en octubre de 1821, en campaña sobre Popayán, con la intención de envolver a Quito en una guerra de dos frentes, pues Sucre avanzaba desde Guayaquil. El lugarteniente de Bolívar había sido enviado a apoyar la junta independentista de Guayaquil, creada —como se ha dicho— en octubre de 1820, al conocerse las noticias del desembarco de San Martín en la costa peruana. El 7 de

abril de 1822, el Libertador obtuvo en Pasto la victoria de las alturas de Bomboná, la cual si bien le abrió la ruta a Quito, no pudo impedir la profusión de molestas guerrillas realistas. Esta guerra irregular retardó el avance del Libertador y determinó que Sucre obtuviera el concluyente triunfo en las faldas del volcán Pichincha (24 de mayo de 1822), el cual permitió la total liberación de la presidencia de Quito y su incorporación a Colombia.



La histórica entrevista de Guayaquil, celebrada entre Bolívar y San Martín, los días 26 y 27 de julio de 1822, creó las condiciones para culminar la independencia de Perú y el Alto Perú, mediante la cooperación militar de Colombia. Pese a las diferentes concepciones que tenían los próceres sobre la forma de gobierno y otras cuestiones, ambos coincidieron en impulsar la unión de las antiguas colonias hispanoamericanas. Pero a su regreso a Lima, San Martín se encontró que su frágil alianza con la aristocracia limeña estaba deshecha. Desalentado por la creciente animadversión de la aristocracia criolla, la cual veía empantanarse su economía ante la prolongación de la guerra, y considerándose en el plano personal un obstáculo para el paso de Bolívar a completar la emancipación de Perú, el Protector renunció ante el Congreso limeño inaugurado el 20 de septiembre. Detrás de esta decisión se hallaba su profunda decepción por la actitud hipócrita de las clases privilegiadas peruanas.

La salida de San Martín dejó el poder en manos de un congreso dominado por elementos de las capas medias y la intelectualidad que, liderados por el cura Francisco



Manuela Sáenz Aizpuru, heroína de la Independencia de América del Sur.

Javier Luna Pizarro, logró arrinconar a los representantes aristocráticos para imponer su plataforma liberal. Nominada una junta de gobierno presidida por La Mar, los diputados declararon constituida la “República Peruana”. Finalmente, tras un período de luchas intestinas por el poder en la capital y sin alternativa para detener a los españoles —incluso durante dos días habían ocupado Lima, obligando a los patriotas a refugiarse en El Callao—, la aristocracia peruana debió aceptar, a regañadientes, la ayuda de Bolívar.

El 2 de septiembre de 1823, el Libertador llegó a Lima en medio de un generalizado clima de desaliento. Tras recibir amplios poderes y poner en vigor (12 de noviembre) una constitución democrática, elaborada por el congreso, que sancionaba la ley de vientres libres dictada por San Martín, salió en campaña hacia el norte, dejando en Lima a Torre Tagle encargado del gobierno, quien pronto lo traicionó. El presidente provisional se había plegado a los realistas con la intención de evitar mayores perjuicios a su clase, después del amotinamiento de la desmoralizada guarnición argentina de El Callao

La mujer en las gestas emancipadoras

Manuela Sáenz (1797-1856) es un ejemplo de la actitud asumida por mujeres latinoamericanas que acompañaron a sus hombres durante las luchas por la independencia. Nacida en Quito, después de la victoria de Pichincha conoce a Simón Bolívar en Ecuador y a partir de estos momentos se convirtió en su inseparable sentimental, lo siguió en sus campañas y cuando fueron asaltados en el palacio de San Carlos, Bogotá (1828), logró salvarle la vida, por lo cual se la conoció como la *Libertadora del Libertador*. A la muerte de Bolívar fue desterrada a Jamaica y luego a Perú, donde muere en 1856 tras años de penosa miseria.

En la obra del Premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez, *El General en su laberinto* (1989), el genial escritor describe los últimos días del Libertador y el hermoso papel desempeñado por esta heroica mujer junto a él.



Reproducción de la entrevista entre Bolívar y San Martín en Guayaquil, los días 26 y 27 de julio de 1822.

(5 de febrero) y de la disolución del congreso, tras destituirlo de su cargo. Estos acontecimientos posibilitaron la fácil reconquista realista de Lima y El Callao el 29 de febrero de 1824.

El Libertador, gravemente enfermo en Pativilca, recién nombrado dictador de Perú por el congreso limeño, su última decisión antes de disolverse, y aislado en la costa norte con las avanzadas del ejército colombiano traídas por Sucre y las pocas fuerzas peruanas y argentinas aún leales, tomó una serie de medidas de emergencia para la reorganización de los patriotas. A aliviar la comprometida situación del ejército bolivariano contribuyó la inesperada división realista surgida en enero de 1824, como consecuencia del restablecimiento del absolutismo en España, y la oportuna llegada de refuerzos colombianos (marzo), los cuales permitieron a Bolívar salir sin dilación, ya repuesto de su grave enfermedad, con todo su ejército sobre la sierra, donde se le unieron las montoneras peruanas.

El 6 de agosto de 1824, el Libertador destrozó, en las pampas de Junín, las fuerzas realistas, empujadas hacia Cuzco y Alto Perú. El 7 de diciembre, Bolívar entró otra vez en una Lima, liberada definitiva-

mente, y dos días después, Sucre obtenía el memorable triunfo de Ayacucho, sobre los 12 000 hombres de los ejércitos del virrey, el cual significó de hecho la derrota total del colonialismo español en la América continental, salvo en Cuba y Puerto Rico.

Las exitosas campañas de Bolívar y San Martín tuvieron otro efecto: atemorizar al ala conservadora de la aristocracia criolla en aquellos lugares donde se había mantenido fiel a España. Desde inicios de la década de 1820, con las victorias de Maipú y Boyacá, el sensible cambio en la correlación de fuerzas que se inclinaba de manera ostensible a favor de los libertadores, compulsó al sector criollo conservador a romper con la metrópoli y aceptar una independencia ya prácticamente inevitable. En México, después de la muerte de Hidalgo y Morelos, el movimiento revolucionario había retrocedido en sus perspectivas de transformación social, lo cual facilitó que en 1821 desembocara, por una vía casi pacífica y bajo la conducción aristocrática del rico hacendado criollo Agustín de Iturbide, en una independencia monárquico-conservadora que incluyó a toda Centroamérica y que en un



Agustín de Iturbide (1783-1824).



Batalla de Ayacucho.

principio (Plan de Iguala) se había planteado preservar el trono a la Casa de Borbón.

La independencia de México y Centroamérica

En México y Centroamérica, la ruptura con la metrópoli se precipitó por las peligrosas perspectivas que se abrieron para las elites criollas conservadoras con los triunfos liberales de la Península ibérica y las disposiciones antif feudales y anticlericales que le siguieron tras el restablecimiento



La guerra de independencia de América.

de la Constitución de 1812. Además, las revoluciones de enero y agosto de 1820 en España y Portugal, dividieron las fuerzas colonialistas (liberales y absolutistas) y abrieron una profunda crisis política en las metrópolis, la cual restringió sus capacidades para contrarrestar el movimiento independentista. En definitiva, el oportuno giro aristocrático en los reductos realistas de México y Centroamérica, le permitió a la elite criolla llenar el vacío de poder creado con la retirada de España y evitar cualquier alteración del orden tradicional, aunque, después de la caída del imperio de Iturbide, estos territorios se organizaron como sendas repúblicas federales independientes (1824).

También sin grandes enfrentamientos militares, gracias a la complicidad de los mismos Braganza —tras la ocupación napoléonica de Portugal se habían visto obligados a refugiarse en su gran colonia americana (1808)—, se creó de una monarquía independiente en Brasil (7 de septiembre de 1822), consolidada tras la retirada del grueso de las vencidas fuerzas lusitanas y la derrota de la rebelión republicana en Pernambuco (1824). El imperio de Brasil quedó encabezado por el joven príncipe Pedro de Braganza, apoyado por la aristocracia esclavista criolla —José Bonifacio Andrade e Silva era su principal figura—, temerosa del restablecimiento de los viejos vínculos coloniales, tras la retirada de Portugal de las tropas inglesas que habían desalojado a las de Napoleón.

Las luchas emancipadoras. Mentalidad y vida cotidiana

Si bien la vida cotidiana urbana siguió su marcha sin grandes transformaciones durante las luchas independentistas, no podemos olvidar que el movimiento emancipador y el desarrollo del pensamiento más revolucionario, muy influido por las ideas ilustradas, tuvieron su núcleo en las ciudades. En la formación de esa mentalidad emancipadora desempeñó un importante papel —además de los elementos ya antes relacionados— la composición étnica de la sociedad colonial. Si se observa el recuadro

Composición étnica de la sociedad emancipadora	
Indios.....	46 %
Blancos.....	20 %
Negros.....	8 %
Mestizos.....	26%

J. Vicens Vives: *Historia de España y América*.

debe tenerse en cuenta que de ese 20 % de los blancos, su gran mayoría estaba constituida por criollos con superioridad económica y cultural sobre los peninsulares, cuyo poder estaba centrado básicamente en lo político. Dentro de ese sector de los criollos germinó y fructificó la ideología subversiva, pues se sentía en condiciones de poderse gobernar. Por su parte, el indio, cuyo territorio y cultura se vieron invadidos desde la llegada del colonizador, desde un inicio centró su preocupación por el resguardo de su patrimonio cultural, el mantenimiento y defensa de su identidad, para lo cual se enquistó o encerró tratando de evitar su total enajenación. Para el negro sumido en la esclavitud, su ideal y lo que dominaba su mente consistía en alcanzar la independencia personal, mientras que el mestizo, discriminado y sometido a la dependencia económica de la aristocracia blanca, sus aspiraciones no sólo eran las vinculadas a la independencia política, sino también al plano de igualdad ciudadana.

Durante estos años, la familia continuó siendo el núcleo central de la sociedad. Las familias nucleares¹ tienden a ser pequeñas para esta época, formadas por tres o cuatro miembros: los padres y uno o dos hijos, y las llamadas familias extensas² tampoco se inclinaban a sobrepasar de cuatro o

¹ Aquellas compuestas por el matrimonio y sus hijos.

² Aquellas que además de los padres y los hijos acogen otras personas.



Las pulperías y otros establecimientos comerciales urbanos se convirtieron en centros de difusión de las noticias, con frecuencia la prensa era leída en grupo.

cinco conviventes. Lógicamente, cuanto mejor posición económica se posee, la prole tiende a aumentar y crece tanto la nuclear como la extensa, aunque en general se mantiene la tendencia a que hemos

Los niños abandonados

La siguiente nota del doctor Juan Madera, de Argentina, aparecida en *El Censor*, Buenos Aires, corrobora lo dicho acerca de este problema que aquejaba a la sociedad latinoamericana: “Es verdad de extrañar, que en general llame tan poca atención la conservación de los niños. ¡Cuánto trabajo, cuántos gastos no se hacen todos los días para hacer existir por alguna temporada un cuerpo viejo, descompuesto y próximo a caer, mientras perecen millones de los que pueden ser útiles a la sociedad, sin que apenas se digne alguno a administrarles el menor socorro (...)

”Resulta, pues, que desde el momento que son arrojados estos infelices comienzan a sufrir todo género de trabajo, la falta de alimento, la desnudez, y la falta de auxilio en sus enfermedades, dejando aparte la poca humanidad, que debemos esperar de esta clase de madres mercenarias”.

Ricardo Cicerchia: *Historia de la vida privada en Argentina*.

hecho referencia. En la casa se centra la vida familiar y hasta en su estructura arquitectónica se refleja esa característica. Si se analiza el plano de la vivienda urbana de una familia de la llamada clase media, veremos cómo en torno al patio central se agrupan las diferentes dependencias. La vida social se desarrolla en aquellas que dan al frente: recibidor, sala y el comedor principal, todas con grandes ventanales a la calle, en los laterales, a ambos lados del patio, los dormitorios de los hijos y uno o dos para los padres —existe la tendencia a que los matrimonios tengan cuartos separados—, alguna habitación para los huéspedes, un solo cuarto de baño y un comedor de diario. Por lo general, la cocina y las habitaciones de servicio quedaban al fondo.

Otra particularidad de la vida familiar en la época es el papel de la mujer. A diferencia de Europa, en América Latina resultaba alto el porcentaje de matronas jefas del hogar; ello debido, en gran medida, a la diferencia de edad entre los cónyuges al contraer matrimonio. Comúnmente era frecuente que el marido le llevara entre 15 o 20 años a la mujer como mínimo, quedando estas viudas muy jóvenes, y como consecuencia de las bajas por la guerra o enfrentamientos políticos, entre otras razones. Otra práctica bastante regular entre las familias más pobres, las mujeres solteras, las amancebadas, así como entre algunas señoritiñas, era el abandono de los hijos, obligadas por sus padres. Ello obligó a la sociedad a tomar medidas de tipo judicial y a la propensión a favorecer o reclamar la constitución de casas de expósitos.

Durante el período estudiado, estas costumbres y aspectos de la vida cotidiana en Iberoamérica constituyen generalidades a manera de ejemplificación, pero no debemos olvidar que las distintas sociedades americanas presentaban sus particularidades, debido a diferentes razones: estructura económico-social, fuentes de la economía, estructura demográfica y composición étnica, entre otras.

El mundo islámico y Turquía



Mientras en las tierras americanas se daba la lucha por la independencia y en Europa venía gestándose todo un proceso desde el siglo XVII hacia la modernización capitalista y la abolición del Antiguo Régimen,

el cual condujo a numerosas guerras, no podemos olvidar que otra gran potencia, a la cual no dejaron de pedir apoyo en algunos momentos las monarquías europeas, dominaba amplias extensiones del mundo islámico. Nos referimos a Turquía.

TURQUÍA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Los Estados islámicos no pudieron presentarse como un frente común, cuando se invirtieron las tendencias y Europa, aún más dividida pero coincidente en la voluntad de ganar mercados y espacios, avanzó de diversas maneras sobre los territorios del Islam. Las contradicciones geopolíticas y cismáticas que oponían a la Turquía sunnita con la Persia chiíta, la tradición de interferencias mutuas entre esta última y el renaciente Afganistán, y, en buena medida, la agobiante rivalidad entre los sultanes de Estambul y su peligroso vasallo de Egipto en la primera mitad del siglo XIX, constituyeron las grietas por donde penetraron los representantes de los intereses europeos.

De todos esos Estados, el Imperio turco-otomano era el más próximo, el que formaba la frontera oriental del mundo europeo, cuyo suelo compartía en los Balcanes. Habían sido y aún eran el rostro de la otra civilización, el enemigo de siglos y la conciencia de Occidente los registraba así, incluso desde los clásicos como Cervantes y

Shakespeare. Extendida por tres continentes, con millones de kilómetros cuadrados y de habitantes, Turquía, sin embargo, había recorrido y dejado atrás lo mejor de su ciclo histórico. Los turcos, pueblo de origen y lengua centroasiáticos, se islamizaron como sunnitas y consumaron sus primeras conquistas en Anatolia en el siglo XI. El Estado que fundaron fue avanzando sobre las provincias bizantinas, cruzó el Egeo y se hizo europeo mucho antes que árabe. Convertidos en califas de la fe, sus sultanes devinieron la máxima autoridad para los sunnitas, pero gobernaban sobre un heterogéneo conglomerado de pueblos, confesiones y minorías que superaban ampliamente a los turcos en número.

Al noroeste se daba la difícil convivencia desde los Balcanes al mar Negro, con griegos y eslavos en todas sus variantes, multiplicada por los matices del cristianismo ortodoxo, con apenas el apoyo de los albaneses y bosnios islamizados y de algunos grupos de “colonos” turcos; al



El nombre de "Sublime Puerta" con que se suele denominar al Imperio turco deriva de esta monumental entrada al palacio del sultán en Estambul. La "Puerta Alta" o "Babi Humayun" era el lugar por donde entraban al palacio los embajadores extranjeros.

este, el micromundo del Cáucaso en la mira de Rusia, que hacía retroceder la frontera común con Persia sobre la intrincada sumatoria de armenios, georgianos, iraníes, azeris y autóctonos, unos cristianos, otros musulmanes, con los kurdos como guardianes, entonces confiables, del poder turco; hacia el sur, al bajar por el curso del Éufrates y del Tigris al Creciente Fértil (en esencia, los actuales Siria e Iraq), estaban las tierras de los árabes con su colección de arcaicas variantes del cristianismo oriental sobrevivientes a la conquista y la conversión de los más al Islam predominante, el cual también contaba con sectas chiítas y hasta heréticas como los drusos y los alauitas; al oeste, en las islas y la propia costa mediterránea, grandes comunidades griegas y, en todas partes, judíos de ascendencia española, o sefarditas, asimilando a las anteriores comunidades hebreas del área. Para los no musulmanes regía el sistema de *millets*, el cual fue significando progresivamente la autonomía en asuntos internos a las confesiones cristiana y judía bajo la autoridad de sus patriarcas o del Gran Rabino; todos tolerados, pero aparte

en una sociedad fragmentada en compartimentos estancos en que la primacía y el mando correspondían a los musulmanes sunnitas. Sobre este modelo social no cohesionado pero propio, abrieron fuego los teóricos europeos de la nación como Ernest Renán, culpándolo de todas las debilidades del Imperio turco para forzar un cambio, a la vez que las diversas potencias se erigían en protectoras de las diferentes comunidades confesionales y étnicas.

Ante el Imperio turco se planteó el viejo dilema de asimilar sin dejarse asimilar, de tratar de seleccionar el tipo de reformas que le permitieran a su Estado sobreponerse en la desigual relación con Europa, sin desintegrarse y desaparecer en el intento. Pero contra los cambios se erigía una mentalidad tradicionalista que tendía a considerar como desviaciones censurables las innovaciones al orden establecido. Esas concepciones se fomentaban por los mismos sectores —*ulema* o teólogos, y el indisciplinado ejército jenízaro con sus aliados *derviches*— que provocaban periódicamente las crisis que les permitían mantener y ampliar la cuota de poder ganada a costa de debilitar y hasta deponer a los sultanes.

Este rejuego interno en un país de economía feudal, donde el comercio y las finanzas estaban en manos de griegos, judíos y armenios que coexistían con la tradicional corrupción de los funcionarios del Estado, tenía un ámbito exterior de presiones económicas y diplomáticas desde las capitales europeas, que en la historia de las relaciones internacionales se conoce como la "cuestión del Oriente". Ésta consistió en el recuento de los sucesivos momentos registrados en el deterioro y la reducción territorial de Turquía, en función de las acciones cruzadas de las cancillerías de Europa interesadas en regular el proceso en su respectivo beneficio. Por eso se ha dicho que la cuestión del Oriente resultaba más bien una cuestión de Occidente.

El camino de las necesarias reformas no fue una línea recta y ascendente, sino que implicó numerosas pausas e, incluso, retrocesos sangrientos. Los primeros in-

tentos partieron de Salim III (1789-1807), quien se acercó a la Francia napoleónica y manifestó intenciones de cambios los cuales se concretaron en el reclutamiento de un nuevo ejército. Esto originó la rebelión de los jenízaros en medio de una campaña contra la orden de usar uniformes de estilo europeo. Desde el At Meydani o hipódromo, donde detuvieron y masacraron a los reformistas, los jenízaros obtuvieron, en mayo de 1807, la deposición del sultán. La debilidad mostrada por el poder central alentó un período de desórdenes que favoreció la marcha de la rebelión serbia, activó a Mohamed Alí en Egipto en su búsqueda de más poder propio y preparó las condiciones para la sublevación de los griegos.

Con todos estos acontecimientos debió alternar Mahmud II (1808-1839), el nuevo sultán, llegado al poder en la ola de otra rebelión capitaneada por Bayrakdar Mustafá Pachá, su Gran Visir. Éste recreó un ejército de nuevo estilo, restableció y amplió los edictos de corte reformista y convocó, en octubre de 1808, una gran asamblea de dignatarios de todo el imperio. Ante todos esos poderosos jerarcas territoriales presentó un programa de reformas que incluía la reorganización de los jenízaros y confirmaba los derechos de la elite provincial de la cual provenía.

Al mes siguiente, se volvieron a rebelar los jenízaros hasta lograr el derrocamiento del Gran Visir, pero el sultán Mahmud pudo conservar el poder. En los años siguientes, mientras esperaba el momento de poner en práctica las modificaciones que deseaba, se concentró en restaurar la autoridad del poder central, eliminando las autonomías y privilegios de los diferentes territorios hasta alcanzar el pleno fortalecimiento de sus funciones al frente del Estado, con las únicas excepciones de los griegos y de Egipto.

Cuando se sintió sobre bases sólidas ordenó, en mayo de 1826, la formación de un ejército nuevo con entrenamiento y equipo europeos, aunque sin afectar a los jenízaros. No obstante, éstos se sublevaron el 15 de junio, tras su gesto ya tradicional de voltear los calderos de sopa, y reunieron



Mahmut II.

sus batallones en el antiguo hipódromo de Estambul, como era usual en estos casos. El sultán estaba preparado y su comandante, Kara Huseyn, protegió el palacio con otras tropas y luego disparó media hora la metralla de sus cañones sobre la plaza repleta y las barracas, acabando para siempre con el poder desestabilizador de los jenízaros, formalmente disueltos ese mismo día, lo mismo que a sus aliados los derviches bektashis un mes más tarde. Este “feliz incidente”, como lo llamaron los reformistas, eliminó la última barrera que podía limitar la autoridad de Mahmud II. Los ulema debieron adaptarse y, de 1826 hasta su muerte en 1839, el sultán pudo implementar su programa de reformas que sentó un precedente en la historia del país. En los diferentes campos, la instauración del nuevo contexto legal se vio necesariamente precedida de la destrucción del orden caduco, lo cual resultó posible por el previo aniquilamiento de los jenízaros, el baluarte militar de la reacción tradicionalista.

En 1831 ordenó el levantamiento de un censo masculino y de un catastro para el reclutamiento de su ejército, el cual debía sostenerse mediante un sistema de recau-



Heredia ante la insurrección de los griegos

Durante el dominio colonial español en la Isla el gran poeta cubano José María Heredia (1803-1839) termina su poema por la insurrección de los griegos contra el yugo otomano con un símil que le costaría el exilio en 1823: "Miro a mi patria, la risueña Cuba"... "miro a la Grecia lanzar a sus tiranos indignada"... "y al Orbe escucho que gozoso aplaude victoria tal y tan glorioso ejemplo". José Ma. Heredia, *Obra Poética*, p. 112 y 117

dación más eficiente y real; también ese año eliminó los últimos *timars* o feudos militares, pasándolos al sistema de arriendo de impuestos como tierras de la corona. En el aparato jerárquico del imperio eliminó todo vestigio de autoridad que no emanara de él. Pero debió retroceder ante el bloque europeo, el cual se le opuso en la guerra de independencia de Grecia (1821-1829), y, sobre todo, tuvo que soportar los retos de Mohamed Alí desde Egipto, quien se convirtió en su obsesión y mayor peligro, en

la alternativa con la cual rivalizó en la puesta en marcha de los cambios. Obligado por las armas a cederle en 1831 el Levante y a buscar la protección del tradicional enemigo ruso, terminó la década jugando la carta británica en la esperanza de verse libre de esa doble hipoteca. Inglaterra, que dominaba el mercado turco con sus mercancías y recién se había asegurado Aden, se interpuso para anular la victoria de Mohamed Alí en Nizip el 24 de junio de 1839, cuando el predominio turco parecía morir junto con el sultán.

Bajo su hijo Abdul Medjid (1839-1861) y en ese momento de crisis, Rechid Pachá (1800-1858), el verdadero arquitecto de la

reforma otomana, formuló el famoso edicto del 3 de noviembre de 1839; el primero de ese conjunto legislativo que forma el *Tanzimat* o Reorganización. Rompiendo con la forma tradicional de enfocar los asuntos de la sociedad y el gobierno, en él se proclamaron principios como la seguridad de la vida, el honor y la propiedad de cada súbdito, la abolición del arriendo de los impuestos y de los excesos asociados con esto, el reclutamiento regular y ordenado, los juicios o procesos en forma pública y justa de los acusados e igualdad para las personas de todas las religiones en la aplicación de estas leyes.

En mayo de 1840, el nuevo código penal insistió en la igualdad de todos los otomanos ante la ley; en ese año se autorizó la creación del Banco Otomano y en el siguiente se inició la emisión de papel moneda. Pero 1841 es el año en que Rechid dimitió y las reformas volvieron atrás, quedando en letra muerta o anulada hasta su regreso al poder en 1845. Pese a la gran distancia entre el enunciado de un principio y su real puesta en práctica, el edicto de 1839 sembró la esperanza en las comunidades tradicionalmente alejadas del poder.

Pese a los numerosos retrocesos, Turquía ya no pudo volver a la estricta aplicación de la ley islámica, en medio de una presión occidental que la impulsaba hacia una "modernización" europeizante la cual, pese a sus limitaciones, desató más tarde el juego político de las nacionalidades sometidas.

EL EGIPTO DE MOHAMED ALÍ

En el mismo centro de la Plaza de la Concordia, allí donde en tiempos de la Revolución francesa, la guillotina ejerciera su decapitante función de Estado, se alza el trasplantado obelisco de Luxor (siglo XIII a.n.e.), regalado en 1836 al rey Luis Felipe por Mohamed Alí, el virrey de Egipto, que entonces vivía su etapa de mayor esplendor. La trimilenaria aguja de piedra ha quedado en París como testimonio de la voluntad de poder y de las especiales relaciones con Francia del hombre que, devenido eje de la

llamada "cuestión del Oriente", se atrevió a impulsar el más ambicioso y prometedor proceso de transformaciones del Medio Oriente en el siglo XIX.

Relegado a provincia del Imperio otomano tras su conquista en 1517, el Egipto árabe conoció siglos de decadencia económica y reducción demográfica bajo el control feudal de los *mamelucos*, anteriores dueños del país-río que siguieron explotándolo bajo la soberanía turca. Salvo el breve episodio emancipador y expansivo encarnado por Alí

Bey (1770-1773), Egipto continuó careciendo de protagonismo en el área hasta que, en 1798, fue objeto de la primera intervención militar directa y masiva de Occidente en el mundo árabe desde las Cruzadas.

Pese a todos los camuflajes, la expedición bonapartista significó la guerra con Turquía y contó todo el tiempo con la cerrada oposición de Inglaterra, el verdadero enemigo, que forzó su retirada en 1801. Con el ejército turco, transportado por la flota británica, llegó Mohamed Alí a Egipto en 1799. Nacido 30 años antes en Kavala —hoy puerto griego que entonces integraba la Turquía europea— y de origen albanés, el astuto jefe militar estuvo de inicio más relacionado con la comercialización del famoso tabaco turco que con las armas. Mas, cuando se envió la expedición contra los franceses a Egipto, ya figuraba entre sus cuadros de mando.

En medio de la confusión causada por la evacuación de las tropas galas en septiembre de 1801 y del vacío de poder real por las rivalidades entre los enviados turcos, la jerarquía mameluca y los notables y teólogos árabes, se puso de manifiesto la habilidad política de Mohamed Alí. Al inclinarse primero hacia los *bey*s mamelucos y luego hacia los representantes del sultán, mientras establecía alianzas con los egipcios, terminó por imponerse sobre todos como único capaz de restablecer el orden. Con el apoyo de los notables, nucleados en torno a Omar Mokram y de los ulema, se hizo con el poder en El Cairo en mayo de 1805, lo cual se refrendó en 1806 por el sultán turco.

Pero esa autoridad subalterna tenía numerosas limitaciones, que Mohamed Alí se propuso eliminar: en lo interno, el poder de los mamelucos y la debilidad general de aquella sociedad desangrada por el mal gobierno; hacia fuera, el dominio del sultán sobre el conjunto del decaído imperio que reproducía, en mayor escala, los mismos males que padecía Egipto.

Los mamelucos fueron liquidados al viejo estilo. Convocados a un banquete en la ciudadela de El Cairo, los masacraron



Napoleón en la batalla de las Pirámides, julio de 1798.

en 1807 y se procedió a la confiscación de sus bienes. Pero el paso fundamental, el eje que articularía todos los proyectos posteriores hasta convertirse en la razón de ser del Estado, fue la formación de un ejército moderno. Hacer de Egipto una potencia militar resultó el objetivo al cual se supeditó todo. Con la ayuda de instructores franceses, en pocos años se creó un nuevo ejército de hasta 100 000 hombres, acompañado por una flota de unos 80 buques, y este logro marcaría la diferencia con el resto de las provincias del imperio: frente al estancamiento prevaleciente, Mohamed Alí puso en marcha un programa de reformas y “modernización aceptada” que trataría de reaccionar al expansionismo europeo mediante la asimilación de sus técnicas. Al comprender que el aislamiento ya no era posible, el gobernante de Egipto intentó entrar en el juego de las potencias en lugar de negar lo inevitable. Las reformas, dirigidas a modificar el sistema mediante cambios parciales y limitados, buscaban la consolidación de su control sobre todas las esferas y sectores de la sociedad, la cual pagó caro por ellas. Los fondos para financiar los proyectos se recaudaron mediante una agobiante política fiscal que pesó especialmente sobre los campesinos y la base agrícola de la economía del país, por lo cual los de abajo no experimentaron alivio.



La mujer en la mentalidad del Egipto de la época

Si los campesinos y otros sectores no se vieron favorecidos, la mujer seguía ocupando un lugar relegado. Los refranes, máximas, aforismos o dichos constituyen, generalmente, importantes vías para conocer aspectos de la mentalidad o de la cultura de una época. Durante tiempos, la mujer fue discriminada por todas las sociedades. Hoy en día, ésta debe seguir luchando por conquistar mayores derechos. El mundo islámico no fue una excepción, algunos dichos o refranes del Egipto árabe nos confirman cómo se pensaba de ella en aquella época.

- “La que sale de casa ve mermado su valor”.
- “¿Qué es lo que preserva a las mujeres? El que los hombres estén lejos de ellas”.
- “Nunca crían las mujeres ternero que sirva para arar”.
- “Ponle velo a tu cara y anda con mesura”.
- “No te confíes de mujer que reza, ni de caballo dócil, ni de sol que se oculta”.

Ahmad Taymur, recopilación citada por María Ruiz, en *Refranes egipcios de la vida familiar*.

Fue imperioso hacer producir los campos con más eficiencia y rendimiento. La tradición oriental hacía al soberano dueño absoluto de la tierra, que podía dar y quitar a su antojo, y, en 1809, Mohamed Alí abolió el sistema de *iltizam*, que concedía los territorios a los encargados de recaudar los impuestos, quienes debían entregar una cantidad fija y conservar el resto. Entre 1813 y 1816, Mohamed Alí estableció un catastro y repartió de nuevo las tierras, asignando las mejores a sus colaboradores, familiares, funcionarios y jefes del ejército. Con esta masa de albaneses, turcos y circasianos, que no pagaban impuestos, en la práctica fundó una nueva aristocracia territorial, progresivamente hereditaria. El resto de los terrenos se otorgaron, respectivamente, a los perjudicados por esta reasignación, en una especie de compensación, a las autoridades tradicionales de las aldeas que controlaban la vida local y se veían así incentivadas; a los beduinos o nómadas en las cercanías de los pueblos, a algunos funcionarios extranjeros y, por

último, un bloque de parcelas entregadas en usufructo a campesinos medios. En la base, las comunidades aldeanas tributarias continuaron en un régimen de economía rural feudal con prestaciones personales tipo *corvea*, pero todas estas categorías rurales evolucionaron en la segunda mitad del siglo XIX hacia la venta, las hipotecas y la propiedad privada de las tierras. Por eso se ha estimado que en tiempos de Mohamed Alí, el sistema de explotación agrícola resultaba un régimen temporal de transición entre el feudalismo y el capitalismo.

Esta transformación se vio apoyada por la erección de nuevos conjuntos de canales, diques y sistemas de riego, la cual, aunque no consumió el plan de represar parte de las aguas del Nilo en el delta, sí permitió la necesaria irrigación para el desarrollo de los nuevos cultivos y, en especial, de prolíficas variedades de algodón de hebra larga desde 1819. Promesa y condena de Egipto, el algodón se convirtió en uno de los símbolos de la renovación económica, desplazando los demás renglones y saliendo al mercado mundial a través de la renacida Alejandría, su puerto exportador, la cual se constituyó, con su nuevo faro, sus palacios y su colonia extranjera, en otro de los rostros del fenómeno en marcha.

Allí y en las principales ciudades, Mohamed Alí concentró sus monopolios comerciales y también industriales. Sobre la base de la propiedad estatal trajo de Europa la maquinaria para crear su propia industria textil de blanqueado, hilado y tejido del algodón. Para 1828, esas fábricas absorbían el 25 % de la producción de algodón del país y cubrían la demanda del mercado interno. Con el ejército como principal destinatario, desde 1816, se desarrollaron otros talleres industriales dedicados a producir armas de fuego, sables, pólvora, vidrio, papel, índigo, ácido sulfúrico, seda y otros renglones. Con una inversión de unos 12 millones de libras esterlinas, estos monopolios, con técnicos contratados en Europa y entre 30 000 y 70 000 asalariados, comercializaron su producción bajo la protección del Estado. Para Europa, el asombro ante este

potencial competidor surgido al otro lado del Mediterráneo, pronto se convirtió en recelo e Inglaterra protestó amenazante, en reclamo del libre comercio que le permitiera recuperar esos espacios liberados de su hegemonía.

Para entonces, no sólo las potencialidades económicas de los proyectos de Mohamed Alí preocupaban a las cancillerías europeas. En realidad, el peligro más inmediato provenía de la nueva capacidad militar de Egipto, que no había quedado para desfiles y maniobras. Al principio, el mismo sultán había demandado la ayuda de Mohamed Alí para solucionar los problemas de rebeliones internas, como la de los wahabitas en la península arábiga, pero en breve constató que las tropas de su difícil vasallo llegaban para quedarse y crearle áreas de influencia y control a su caudillo en detrimento de Estambul. Derrotados los extremistas del desierto, el ejército ocupante se quedó, desde 1812, en La Meca y no se retiró hasta 1847; mientras que la campaña africana en el gigantesco Sudán, remontando el Nilo desde 1822, 50 años más tarde aún seguía progresando hacia el sur.

Llamado a combatir la rebelión griega en Europa en 1824, el virrey no se empleó a fondo, pero a cambio dejó sentada una controvertida aspiración al control del Levante, la cual el sultán no estuvo dispuesto a satisfacer después. En 1831, tomando un asunto de refugiados como pretexto, las tropas de Mohamed Alí entraron en Palestina, ocuparon Monte Líbano como aliadas y, después de invadir toda Siria, avanzaron en Asia Menor, en territorio propiamente turco. Allí, el 21 de diciembre de 1832, al derrotar a los otomanos en Konya, en la práctica el camino quedó abierto hacia Estambul. La intervención de las potencias y de Rusia, en particular, sumada a la prudencia del virrey, impidieron lo que hubiera podido ser una renovación del imperio desde dentro, y a partir de elementos no turcos, con todas sus posibilidades y riesgos. Como decían los diplomáticos rusos, no se deseaba que, a un vecino débil y vencido, le sucediera uno fuerte y victorioso.

En esa coyuntura se aceptó el control de Mohamed Alí sobre todo lo conquistado en el Levante, pero Inglaterra interpuso su veto, cuando las tropas del virrey, al mando de su hijo Ibrahim Pachá, iniciaron tanteos en dirección a Iraq, Bahrein y el sur de Arabia, donde Londres se apresuró a ocupar Adén. El joven militar habló de un imperio árabe como meta, lo cual despertó sin duda la solidaridad de muchos en las provincias árabes del vasto Estado. Pero en el plano teórico también se dejó sentir su influencia, porque en el grupo de jóvenes que el gobierno de El Cairo mandó estudiar después a París y que vivió allí la revolución de 1830, estuvieron los primeros en buscar después la traducción al árabe de los conceptos de patria y nación, raigales en la articulación de la concepción panarabista.

En Estambul, el sultán Mahmud II, quien había visto crecer a su subalterno hasta convertirse en una amenaza mayor para su poder, esperaba el momento de ajustarle las cuentas. Las reformas en Egipto devinieron una alternativa ineludible que le robaban las iniciativas y luego lo forzaban a tomar medidas similares en



Mohamed Alí.



Egipto en el siglo XIX: La expansión de Mohamed Ali.

el ejército, la administración, la economía y la educación, pero sin obtener iguales resultados. A fines de la década del 30 consideró que ya podía desencadenar la revancha y atacó a su odiado rival en la "frontera" común, al norte de Siria, pero

el resultado fue otra aplastante derrota otomana en Nizip (Nazib) el 24 de junio.

La situación del gobierno central se deterioró tanto, que la flota turca abandonó incluso al sultán moribundo y se pasó a Mohamed Alí, anclando en Alejandría. Entonces, Inglaterra intervino drásticamente para cambiar la correlación de fuerzas a favor de Turquía, envió su propia flota a bloquear y bombardear los puertos sirio-libaneses y reactivó las sublevaciones antiegpicias en esa zona, hasta que obligó a Mohamed Alí a retroceder frente a un ultimátum conjunto de las potencias. Compensado con el título hereditario de Jevive, el pachá de Egipto tuvo que retirarse del Levante que volvió al control turco, lo cual implicó el fin del emirato del Líbano.

Al mismo tiempo, en 1840, Londres aprovechó esa coyuntura para imponerle a Egipto el libre comercio, lo que en la práctica significó la ruina de la aún naciente industria egipcia. En lo adelante, al país se le asignó el papel de gran exportador de algodón como materia prima para procesar en la industria textil británica, terminando con su empeño de ser centro y condenándolo a la periferia. Para 1849, Inglaterra controlaba ya el 41 % de las importaciones y el 49 % de las exportaciones de Egipto, el cual fue hundiéndose en las deudas y en la dependencia bajo los sucesores de Mohamed Alí,

en medio del contrapunteo franco-británico que se agudizó con la apertura del canal de Suez en 1869.

Pasada su mejor hora, el anciano Jevive siempre mantuvo una estrecha relación con Francia, cuya influencia cultural predomi-

naba en los colegios donde se educaba la nueva elite. Su palabra seguía siendo ley en una estructura centralizada adornada con un consejo consultivo de 156 miembros que designó en 1829, y le servía de eco. Tras visitar Estambul en una cautelosa reconciliación con el nuevo sultán, Abd al Mayid, durante un crucero por el Mediterráneo dio muestras de senilidad, al pretender marchar a Francia a restaurar a Luis Felipe, su aliado. Un consejo de regencia familiar se ocupó del gobierno desde la primavera de 1848 hasta su muerte el 3 de abril de 1849, cuando fue enterrado en la ciudadela de El Cairo, en una mezquita al estilo de los sultanes otomanos, que lleva su nombre.

Aunque sus proyectos y realizaciones se frustraron finalmente por el expansionismo europeo, las potencialidades alternativas de su sostenido intento, alimentaron una fama mundial que llenó todo el siglo



En la caricatura del periódico *La Mode*, 1º de junio de 1839, Mohamed Alí amenaza al sultán a la vista de las grandes potencias.

XIX. Así, a más de 30 años de su muerte, un cronista de excepción, José Martí, le dedicó en Caracas un reconocido tributo, al contar que Mohamed Alí quiso un Egipto libre, independiente de toda influencia, respetado y poderoso.

LA OCUPACIÓN FRANCESA DE ARGELIA

Tras su inicio, los procesos históricos adquieren una dinámica propia que en un contexto favorable puede desbordar los planes concebidos al principio. Algo así ocurrió con la expedición francesa para la ocupación de Argel en 1830, pensada como una limitada operación de prestigio por el impopular gobierno del rey Carlos X y presentada a los ingleses como una acción puntual de castigo contra los “corsarios berberiscos”. Pero para los círculos comerciantes de Marsella, el interés estaba en lograr así una modificación a su favor del control de las rutas del tráfico del Mediterráneo occidental, al contar también con la otra orilla.

El territorio argelino, convertido desde hacía siglos en la provincia más occidental del Imperio turco, soportaba el precario poder del *dey* otomano, caracterizado por una marcada decadencia institucional y alguna influencia de Marruecos y Túnez en los flancos. En esta sociedad precolonial, poco unificada, coexistían tres mundos apenas intervencionales: las ciudades, centros

religiosos, administrativos, comerciales y artesanales; los agricultores sedentarios de montaña, principalmente bereberes, y los pastores nómadas y seminómadas, árabes o arabizados. Con 3 millones de habitantes y una economía feudal agropastoril que incluía parcelas familiares, tierras comunales y las de cofradías religiosas, bajo el concepto general de que todas pertenecían al sultán, la recaudación de los impuestos respectivos estaba en manos de la *Yuad*



Desembarco francés en Argelia, el 14 de junio de 1830 en la bahía de Sidi-Ferruch.



Abdel Kader.

o aristocracia de jefes guerreros, la cual conservaba una parte para sí.

El 14 de junio de 1830 desembarcaron los franceses en Argelia con 37 000 hombres, quienes ocuparon algunas áreas costeras y lograron entrar el 4 de julio en Argel. Tras la capitulación del dey y la desarticulación de la administración, parte de los feudales se entendieron con los ocupantes, muchos comerciantes huyeron al exterior y un sector de los ulema aconsejó la sumisión. Ante esa crisis de las jerarquías, el vacío de poder fue llenado por una

movilización popular que determinó la elección por las cofradías de un emir de 24 años, Abdel Kader (1808-1882), quien unió bajo su mando el oeste del país. Esa región, Orania, se había resistido con más fuerza a la opresión turca, la cual, por eso mismo, se había ensañado allí. Por su parte, los franceses desarrollaron una política pragmática en correspondencia con los cambios de gobierno en París, los cuales determinaban otras

tantas reorientaciones *in situ* y una ocupación también restringida al inicio por la resistencia encontrada en Blida y Annaba. Ésta fue la etapa de los tratados firmados por Desmichels en Orán, el 6 de enero de 1834, y por Bugeaud en Tafna, el 30 de mayo de 1837, los cuales reconocían la autoridad del emir popular en su citada parte oeste del interior del país, aunque estaban destinados a ser violados por los colonizadores en cuanto lo estimaran necesario.

El emir, procedente del sector nómada, provenía de una familia vinculada a los idrissidas marroquíes, que cumplía funciones religiosas o marabútcas. En 1829, de regreso de la peregrinación a La Meca, Abdel Kader había visitado El Cairo y se había impresionado con los logros renovadores de Mohamed Alí en Egipto. Electo a la cabeza del nuevo poder en noviembre de 1832 por las tribus de la zona occidental, conformó un Estado con capital en Tagdemt, no lejos de Tiaret, el principal foco de resistencia. Los franceses no pudieron impedir que organizara una estructura de ocho departamentos con una administración central y direcciones de policía, justicia, educación y finanzas, que cedían la prioridad al ejército, el cual pronto habría de enfrentar al ocupante en cabalgatas sorprendidas. Aunque retuvo parte del aparato organizativo turco, abolió su sistema fiscal y lo reemplazó por el *ushur* o diezmo sobre las cosechas.

La ideología religiosa reformista, ya antes había servido para cuestionar el poder turco, constituyó uno de los pilares de su movimiento, la cual expresó en la práctica el nacimiento de una identidad argelina. Aparte de las armas y municiones que logró adquirir, procedentes de Inglaterra y España, Abdel Kader estableció algunas fábricas de armas e, incluso, pudo crear en Tlemcen una fundición de cobre y bronce y una fábrica de cañones, con una producción de unos 20 en dos años.

La derrota del bey de Constantina en octubre de 1837, por los franceses, constituyó para el emir una evidencia de la precariedad de los tratados. La toma de esa ciudad puso fin a siete años de tanteos e indicó



General Bugeaud.

que Francia optaba por la conquista. Abdel Kader respondió con un nuevo llamado a la *Jihad* o guerra santa y a partir de noviembre de 1839 libró una serie de brillantes batallas que París sólo pudo contrarrestar mediante la movilización de un ejército mayor. Con más de 100 000 hombres en Argelia, Francia se propuso la destrucción del nuevo Estado rebelde y atacó sus bases económicas. Para ello, Bugeaud ordenó que se impidiera a los árabes hasta sembrar, cosechar o cuidar su ganado. Cuando las ciudades de Tlemcen, Ténes y Tiaret fueron conquistadas, el gobierno del emir se hizo itinerante, pero sus guerrillas continuaron combatiendo, y lo mismo sucedió después de ser ocupado su campamento en mayo de 1843.

Al fracasar las gestiones en busca de apoyo exterior, británico o turco, Abdel Kader se volvió hacia Marruecos, pero la contradictoria participación del país vecino no resultó exitosa y terminó en el reconocimiento jurídico de la presencia de Francia en Argelia (Tratado de Tánger, 10 de septiembre de 1844).

Arrinconado contra la frontera marroquí, el emir tuvo que rendirse el 23 de diciembre de 1847, siendo deportado a Siria por Francia, con lo cual se terminó la primera fase de la resistencia argelina contra la agresión colonizadora de los franceses.

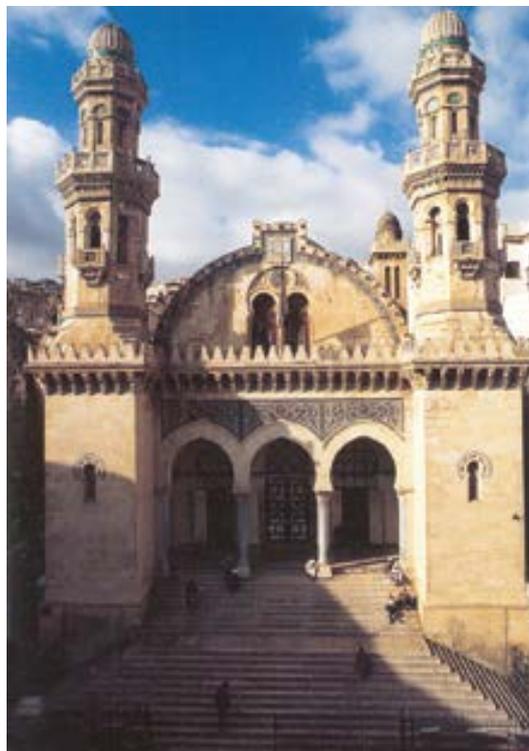
Aunque hubo otros movimientos de oposición casi continuamente hasta 1871, fecha de la gran rebelión de los Mokrani, que alzó a dos tercios de la población contra las leyes que pretendían la descolectivización de las tierras, la metrópoli siguió aumentando su control en todas las esferas de la vida argelina.

La forma de dominio no tuvo una política única, sino que apuntó en diferentes direcciones, según variaba la orientación venida de París, al adecuarse a la realidad local. Se habló de protectorado, Estado vasallo o cliente y reino árabe, pero desde 1840, con el inicio de la inmigración europea, comenzó a ganar terreno la variante de la colonia de poblamiento. Las mejores tierras del país se les arrebataron a los ar-

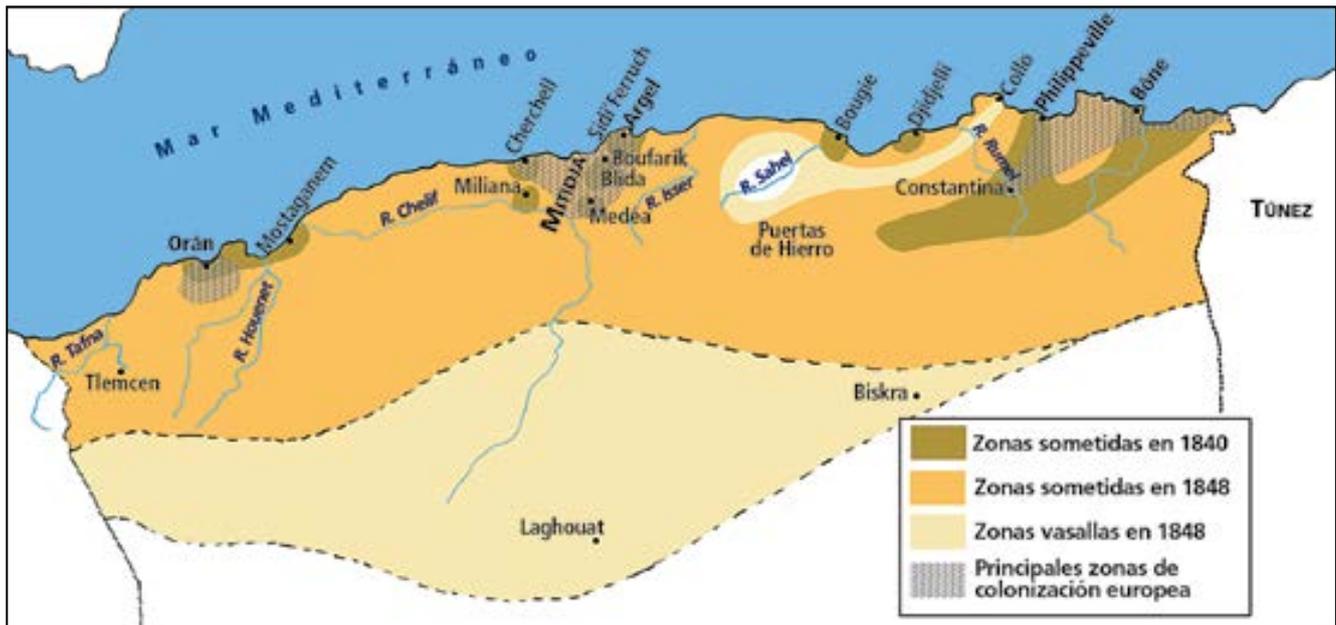


Plaza de gobierno en Argel.

gelinos y entregaron a los colonos franceses (48 %) y afrancesados de origen español, italiano y maltés. En 1847 ya había 109 000 colonos y 40 años más tarde, casi 200 000, con la asimilación por decreto de los judíos nativos y la llegada de alsacianos y loreneses después de 1870. La proliferación de los viñedos, los lotes gratis y las grandes propiedades agrarias —entre 1830 y 1871 se concedieron 481 000 hectáreas—, no impedían que la mayor parte del sector europeo residiera en ciudades rediseñadas como Argel y Orán. La población argelina, desplazada,



Fachada de la mezquita de Kachawa, Argel.



La conquista de Argelia.

reprimida y sometida a hambrunas, descendió a 2 215 000 en 1872, al quedar en gran parte al margen de la nueva economía “moderna” de los franceses.

Algo similar ocurrió en la vida política de la colonia. Las tres provincias que componían Argelia en 1845 fueron “asimiladas” por la revolución de 1848 y como departamentos franceses pudieron elegir sus representantes al Parlamento en París, pero este derecho resultó limitado a los europeos. En 1858, las autoridades civiles quedaron bajo el control del Ministerio de Argelia y Colonias; en 1860, Napoleón III volvió a hablar de reino árabe, pero los intereses de los colonos, ya firmemente establecidos, prevalecieron sobre toda otra consideración. Desde entonces, esta comunidad explotadora con sus beneficios y privilegios se constituyó en una fuerza contraria al desarrollo y los fines del movimiento nacional argelino.

En ese momento, Inglaterra dejó claro que no permitiría que la preponderancia francesa se extendiera al resto del Magreb —como sucedió después— y evitó igualmente que las tropas francesas, desembarcadas en Líbano en 1860 tras los manipulados choques entre drusos y maronitas, establecieran allí el protectorado al cual aspiraban. Como resultado, la montaña libanesa obtuvo un estatuto especial de autonomía dentro del Imperio otomano.



Mujeres argelinas en su aposento. Cuadro del renombrado pintor Delacroix que refleja aspectos del vestuario y de las costumbre de la vida cotidiana de ese pueblo que lo deslumbraron.

AVANCES Y RETROCESOS DE PERSIA, EL OTRO ISLAM

La dinastía Safaví (1501-1732), que alcanzó su mayor esplendor con Abbas, *el Grande*, cuando Isfahán se convirtió en su fastuosa capital (1598), logró el renacimiento de Persia como Estado multiétnico en la histórica meseta, con una variable frontera sobre su entorno de montañas y desiertos. La diferencia con respecto al resto del mundo islámico quedó acentuada por dos factores: la lengua persa o *farsi*, que había reaparecido desde el siglo X en escritura árabe, prevaleció como vehículo de expansión

de la cultura islámica hacia Afganistán, Turquestán y los valles del Indo y del Ganges, conformando un área cultural persa-hindú al oriente de la región propiamente árabe. Por otra parte, el elemento que cimentó la unidad estatal de azerbaijanos y persas fue la adopción de la *chia* como religión oficial,



Nadir Sha (1726-1747).

único caso en un mundo musulmán con predominio sunni y con centro en la Turquía otomana, el imperio rival de Persia.

En el siglo XVIII, las cambiantes fronteras de esos Estados del borde oriental del Oriente Medio, oscilaban en torno a cinco centros de poder: *Persia*, que los había controlado a todos temporalmente con Nadir Sha (1726-1747), para luego fraccionarse, vivía desde 1779, cuando la toma de Teherán por los Qajar, bajo esa nueva dinastía entronizada en 1796 en el gobierno;

Turquestán al noreste, gobernado por los *kanes* uzbekos de Bujara, Khiva y Kokand; *Afganistán*, surgido en torno a Kandahar como expresión del hegemonismo pashtún sobre el Hindu-Kush desde 1747; las zonas de las 12 *misls* o milicias creadas por los sikhs en el valle del Indo a partir de su

Leyenda

1. Zona de dominio de los safávidas alrededor de 1512, cuando alcanzó su mayor extensión.
2. Territorios que a partir de 1512 se disputaban otomanos y safávidas.
3. Zona a la que se limitó el dominio de los safávidas a principios del siglo XVII.
4. Territorios que a lo largo del siglo XVII se disputaban otomanos y safávidas.
5. Principales santuarios chiíes.

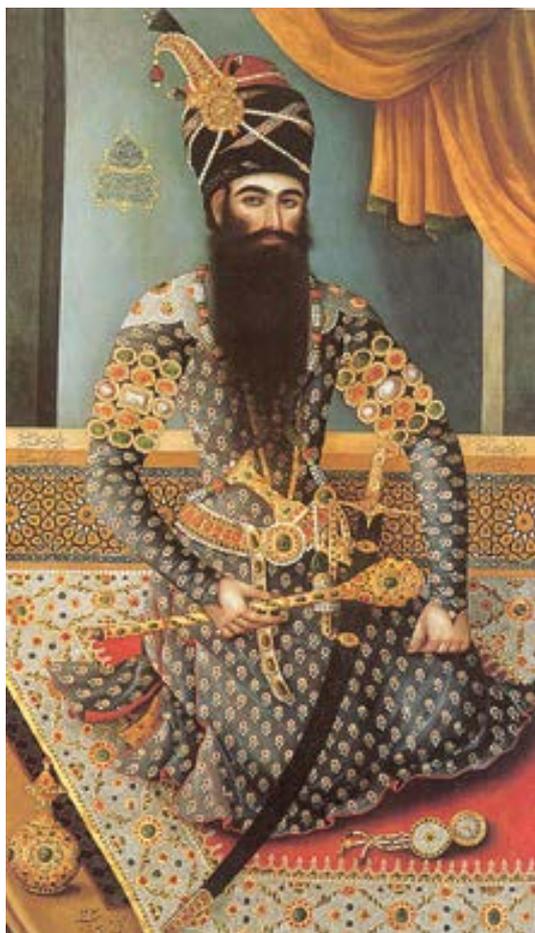


Persia Safaví.



control del Punjab, tras la toma de Lahore (1764) y su unificación bajo Ranjit Singh (1780-1839) y, más allá de esa barrera, el decadente Imperio norindio del Gran Mogol (1526-1858), ya alejado del tiempo de Akbar, *el Grande*, cuando Kandahar y Kabul se contaban entre sus provincias.

Resulta oportuno comentar que estos procesos estatales no deben confundirse con la formación del Estado-nación occidental. Fue una evolución diferente en la cual el Islam brindó una identidad común que prevaleció sobre las otras, aunque no borró las solidaridades étnicas, clánicas, tribales o dinásticas en los diversos Estados. Aquí pudo hablarse por más tiempo de núcleos y contornos estatales actuando sobre esos conjuntos sociales. Lo que existió hasta bien entrado el siglo XIX fueron núcleos de ataque a partir de los Estados, y contornos atacables a dominar e incursionar que eran objeto de la geovivacidad de éstos, que los intercambiaban



Fath Ali Sha (1797-1834).

en la medida de sus fuerzas. El núcleo se reconocía por el radio que abarcaba a las fuerzas atacantes, y su proceso de surgimiento, expansión y decadencia resultaba relativamente duradero. Éstos podían involucionar a contornos, como fue el caso del Iraq abasí, luego litigado entre la Turquía otomana y la Persia Safaví-Qajar. El Cáucaso, Kurdistán, Turkmenia, Herat, Sistán o Beluchistán fueron contornos a merced de Turquía, Persia, Afganistán, los kanatos uzbekos o los sikhs. Sin embargo, Afganistán emergió como núcleo desde los contornos del Estado del Gran Mogol y, sobre todo, de Persia.

A partir del siglo XIX, la progresiva estabilización de las fronteras brindó a los Estados la posibilidad de asimilar o incorporar sus respectivos contornos en un proceso centralizador globalmente similar, pero con resultados muy diversos al interior de cada región. Los nacionalismos desempeñaron un importante papel en esto como fuerzas centrípetas (el turco o el iraní) o también como fuerzas centrífugas (árabe, armenio, kurdo) ya en el siglo XX.

A finales del siglo XVIII, Persia se debatía en medio de desórdenes, guerras y luchas dinásticas, los cuales habían condicionado su declive como potencia regional, así como su menor peso comercial y demográfico. En los últimos 20 años del siglo, de otra tribu turca de las costas del Caspio, los qajar, surgió el personaje que habría de reunificar el país por las armas. En 1786, el eunuco Agha Mohamed hizo de Teherán la capital del país y, tras la conquista de Shiraz (1791), Kerman (1794), Mashhad (1796) y otras ciudades y provincias, en 1796 se coronó como el primero de los siete sha qajar. Aunque las fronteras que incluirían Sistán, deberían omitir Herat y dividirían las tierras de turkmenos y beluches no se establecieron hasta la segunda mitad del siglo XIX, el legado de Agha Mohamed a su sobrino era en 1797 un Estado persa reconstituido.

A Fath Alí, el nuevo monarca (1797-1834), le correspondió enfrentar las ambiciones de las potencias europeas. Pero las maquinaciones británicas y napoleónicas

terminaron por ser menos onerosas que los avances territoriales de Rusia. Iniciados con la anexión de Georgia en 1801 y continuados mediante dos guerras depredadoras contra Teherán en 1803-1813 y 1825-1828, tuvieron por resultado la anexión del Cáucaso hasta las actuales fronteras iraníes. Los tratados de Gulistán (1813) y Turkmanchay (1828), que impusieron la autocracia zarista a medio Azerbaiján, a los armenios y a los diversos pueblos caucásicos, también iniciaron para Irán la vigencia de las capitulaciones (1828). Éstas implicaban una serie de privilegios de jurisdicción extraterritorial y beneficios aduaneros a favor de los rusos —luego extendidos a las demás potencias— que burlaban la soberanía del país.

Las acciones rusas no se obstaculizaron por los ingleses, pese al tratado de alianza defensiva firmado entre Irán y Gran Bretaña en 1814, porque el Cáucaso no resultaba tan vital para la protección de la India. Con Turquía, las relaciones se habían deteriorado a partir de las matanzas y saqueos de los wahabitas árabes (rebeldes, pero súbditos otomanos) en 1801 contra los santuarios chiíes de Kerbala y Nejaf, y entre 1821 y 1823 se libró la última guerra irano-turca, la cual, no obstante, dejó todo igual. Los intentos por recuperar Herat ocuparon los últimos años del menguado poder de Fath Alí y se extendieron a todo el reinado de su sucesor, Mohamed (1834-1848).

La aspiración a dominar Herat que —Irán consideraba parte de su país— era alentada por Rusia y resistida por Inglaterra, que quería un Afganistán capaz de oponerse a la presión zarista en el flanco noroeste de la India. Por eso, la llegada de tropas persas a la disputada ciudad constituyó el pretexto para una guerra anglo-iraní de poca intensidad en 1856 la cual obligó a un retroceso persa y dejó el camino abierto para la posterior anexión de Herat a Afganistán, que resultó definitiva.

Mientras Rusia e Inglaterra declaraban formalmente su respeto por la integridad de Persia, cada una luchaba por obtener el máximo de beneficios en una rivalidad que resultaba en detrimento de ese Estado

Religión y poesía en el islam

Desde los tiempos más remotos, las creencias religiosas desempeñaron un relevante papel en la regulación de las normas de conducta del pueblo. Preceptos, debilidades y fobias de los primeros musulmanes, pueden hallarse en la poesía de Abu Nuwas (747 n.e.)

Rezo con piedad cinco veces al día;
pregono dócilmente la unidad de Dios;
hago mis abluciones cuando debo
y no rechazo al menesteroso.
Una vez al año, guardo un mes de ayuno;
me mantengo apartado de los falsos dioses.
También es cierto que no soy mojigato
y que acepto un vaso cuando se me ofrece.
Riego con vino puro la buena carne
de cabras y cabritos gordos y sabrosos,
con huevos, vinagre y verduras tiernas,
que es lo mejor contra la resaca.
Y cuando la caza se pone a mi alcance
me lanzo tras ella como lobo hambriento.
Dejo, sin embargo, las llamas del infierno
para la herética camada de los chiíes
y que ardan en él eternamente.

Poesía árabe clásica.

del Medio Oriente. El entrenamiento del ejército del país, en el cual también habían participado los franceses, fue uno de esos asuntos en pugna, pero, en 1834, ambas potencias lograron al respecto su primer acuerdo conjunto en materia persa. En 1843, las dos cancillerías europeas actuaron para desalentar un conflicto entre Turquía y Persia, el cual no les convenía y que no explotó. Todavía bajo Mohamed se firmó el Tratado de Erzurum en 1847 con algunos ajustes en la frontera entre los dos imperios regionales, como la entrega a Persia de la isla de Abadan hasta el Chat el-Arab, cuyo curso íntegro quedó en poder de Turquía.

Durante el siglo XIX, en Persia sucedieron otros dos hechos religiosos que merecen mención. En 1844, en el país apareció una variante religiosa, el babismo (*Bab*, puerta a la verdad), el cual, pese a que se presentó



como una secta ultra-chií, no tardó en ser perseguida por los ortodoxos de la chía. Mas, una derivación posterior, el bahaísmo, evolucionó hacia una religión sincrética que pretendía responder a una interpretación atemperada de los dogmas y la jurisprudencia islámica. Igualmente proscrita, esta fe pasó al extranjero y ha continuado cambian-

do hasta hoy en su aspiración a alcanzar una presencia mundial desde su sede en Israel.

La pequeña comunidad ismailí, cuyo imán había recibido el título de Agha Khan del sha Fath Alí, también entró en contradicciones con el gobierno persa y en 1842 pasó en su mayoría a residir a la India.

SURGIMIENTO DE AFGANISTÁN

En la Bactriana de los tiempos de Alejandro Magno, origen de la dinastía islámica de los Ghaznavidas, hubo un nuevo rebrote en el siglo XVIII. El nuevo Estado surgido en la periferia oriental de Persia, el Afganistán de los pashtunes conoció una rápida expansión con Ajmed Sha Durrani (1747-1773). Sus contornos incluyeron hacia el occidente a Mashhad, la capital desde donde los persas los habían gobernado previamente y se extendieron hasta el Amur Daria por el norte y hasta la India por el oriente. Pero en esta última región, el incipiente poder de los sikhs sobre la cuenca interior del Indo les disputó el control con bastante éxito. Ése también resultó el mayor reto enfrentado en las dos décadas siguientes por Timur, el segundo gobernante Durrani, quien trasladó su sede de Kandahar a Kabul, en un intento por controlar mejor lo logrado.

Los herederos de la tercera generación hundieron el país en una guerra de facciones tribales que duró casi medio siglo y deshizo al Estado afgano.

Hubo una segunda oportunidad para Afganistán en 1834, cuando Dost Mohamed fue proclamado emir de poco más que Kabul y aprovechó esa base para conformar, en algo más de 25 años, un país muy parecido al actual. Pero ya estaba en marcha lo que Rudyard Kipling, el bardo del Imperialismo británico, llamara “el gran juego”, entre el avance ruso desde el norte y la expansión inglesa a partir de la India, al sureste. En la enconada disputa convergente que libraban ambas potencias coloniales, Afganistán y Persia compartían el ojo de la tormenta.

Gran Bretaña no quería un gobierno demasiado fuerte en Kabul, y en alianza con los sikhs procedió, mediante una invasión, a imponer un emir títere allí, en agosto de 1839. Este acto de fuerza unió a los afganos contra los intrusos y el resultado fue una humillante lección para la arrogancia imperial de Londres. La sitiada capital debió ser evacuada, y de los 17 000 efectivos británicos que abandonaron Kabul a inicios de 1842, sólo uno llegó con vida a Jalalabad. Todavía más de 30 años después, un cuadro de lady Butler (1879) se haría eco de aquella primera gran derrota de una Inglaterra que empezaba a ser victoriana.

A continuación, Dost Mohamed pudo retomar sus planes reunificadores e, incluso, el gobierno colonial de la India optó por firmarle un pacto de no agresión.



Musulmanes en plegaria colectiva del mediodía del viernes. Gran Mezquita de Balkh, Afganistán.

África: del fin de la trata a los inicios de la ocupación territorial



Desde finales del siglo XVIII se sucedieron dos hechos importantes que marcaron una transición en las relaciones euroafricanas, vinculada con la lucha de los sectores interesados en liquidar la trata en Europa. Por una parte, la organización de la exploración y el reconocimiento del interior del continente; prácticamente desconocido por los europeos, tanto en sus recursos naturales, como en sus posibilidades de explotación. La bandera enarbolada fue la de “los viajes científicos para enriquecer los conocimientos en los campos de la geografía, la botánica, la zoología y la geología”. Por otra, proliferaron las misiones religiosas “humanitarias” para convertir al cristianismo a los africanos “salvajes”, brindándoles “la civilización”.

A fines del siglo XVIII también hubo un grupo de jefes en África Occidental que intentaron poner fin ineficazmente a la trata en sus regiones, además de algunas protestas de otros que no fueron atendidas. Los factores que pesaron en realidad en la eliminación del inhumano negocio se originaron fuera de África. El hecho de que Inglaterra, la traficante principal, decretara la abolición de la trata en 1807 resultó determinante. Ya en 1802, Dinamarca lo había hecho en sus posesiones antillanas, las Indias Occidentales (Islas Vírgenes), porque la reproducción natural de sus esclavos podía sostener la producción,

pero su acción no tuvo la repercusión que ocasionó el cambio de posición de Londres. La presión británica llevó a los demás países europeos involucrados a tomar la misma medida: Holanda en 1814, España y Portugal en 1817 (por una cláusula sólo al norte del Ecuador), y Francia en 1818. El Congreso de Viena de 1815 alineó al continente europeo en este sentido al pronunciarse contra la trata.

Un segundo momento fue la abolición de la esclavitud misma en las posesiones británicas en 1833, medida a la cual se unió Francia 15 años después; aunque, en 1794, en el ámbito de la Revolución francesa la esclavitud se había abolido por la Asamblea Nacional. El mantenimiento de la demanda en las plantaciones del sur de Estados Unidos, de Brasil y del Caribe español, mantuvo por varias décadas una trata ilegal, aún más peligrosa, mortífera y cara.

No hay una sola respuesta para las razones que determinaron la abolición del comercio negrero. El propio capitalismo en desarrollo, al orientarse hacia otros renglones comerciales y productivos, pasó a incluirlo —según el criterio más generalizado— como parte del problema compuesto por los factores que frenaban su avance. Muchos piensan que las pugnas por el control del mercado azucarero y las rivalidades por su producción en las plantaciones de América, constituyeron la causa



del gran cambio. Otros prefieren destacar el factor ideológico del movimiento humanitario que, con la prédica de hombres como William Wilberforce, habría logrado un rechazo en las conciencias. Todo se conjugó, tal vez, para ese resultado, que llevó a Inglaterra no sólo a abandonar uno de sus más lucrativos negocios, sino a buscar la manera de prohibírselo a las demás potencias.

Algunos jefes tribales “enriquecidos” en su función de intermediarios y acostumbrados al uso de las manufacturas que ya percibían más como una necesidad que a manera de lujo, fueron contrarios a esta medida. La continuación de la trata por mediadores africanos e intereses capitalistas vinculados a ella, hicieron más difícil y riesgoso este comercio, con todas las consecuencias que se derivaron de ello.

En África, la actividad inglesa se centró en lo fundamental en la captura de barcos negreros en alta mar y la intervención de factorías costeras, para poner en libertad a los esclavos capturados. Mientras, en el interior del continente se mantenía una intensa trata clandestina a la cual se enfrentaban los abolicionistas ingleses, denunciándola de palabra.

El mantenimiento de la trata condujo al gobierno inglés a plantear que la única



Barco negrero con su inhumana carga, hacinada para burlar la vigilancia. Muchos de los africanos capturados morían durante el viaje.

manera realmente efectiva de suprimirla, era la ocupación de puntos en la costa como bases contra ese comercio. En los primeros momentos, la medida llevó a un retroceso de la presencia europea; por ejemplo, los daneses y los holandeses abandonaron sus factorías y algunas fueron ocupadas por ingleses y franceses. Por tanto, la lucha contra la trata proporcionó una de las justificaciones o pretextos para que ocurrieran, primero por los ingleses y luego por los franceses, las primeras anexiones en ciertos puntos limitados de las costas.

Los mecanismos empleados fueron los acuerdos de compromiso con los jefes africanos tradicionales para eliminar la trata en sus regiones y participar en la lucha contra ella. En muchas ocasiones, como alegato se utilizó la violación de estos acuerdos por parte de los africanos y de inmediato se produjo la intromisión en los asuntos internos del territorio. Así, los países más desarrollados de Europa fueron ocupando algunos puntos de la costa y el entorno insular del continente. En un inicio, las compañías se les anticiparon.

Tal fue el caso de la fundación por Inglaterra de la Compañía Inglesa de Sierra Leona. Los representantes de ésta formaron enseguida allí un asentamiento de ex esclavos, que denominaron Greenville, ya en 1787. Al primer cargamento de libertos se le unieron otros y para 1792 se fundó la villa de Freetown, controlada por la compañía, con un sistema de gobierno limitado a esta península.

A estos primeros grupos se sumaron más descendientes de africanos libertos de América, retornados incluso arbitrariamente a África por los plantadores que querían deshacerse de ellos. Estos denominados colonos negros venían de Canadá e Inglaterra, junto con cimarrones de Jamaica y sumados a los cargamentos “liberados” de los barcos, integraron la comunidad *créole*.

En 1808, a un año de la abolición, a Sierra Leona se le proclamó colonia de la corona, bajo un gobernador. En 1863 se creó un consejo legislativo aparte del ejecutivo, por razones puramente administrativas;



pero dos mercaderes descendientes de los primeros emigrantes fueron designados al legislativo. Aquel sector, el cual no se integraba a la población autóctona, había formado una asociación de mercaderes en los años 50.

Este ejemplo se adoptó por los plantadores del sur de Estados Unidos como vía para deshacerse de los negros libres, cuya integración social bloqueaban. Ése fue el plan de la Sociedad de Colonización Americana creada en 1816, la cual financió el traslado de los afronorteamericanos hacia las costas de África Occidental, más allá de Sierra Leona. Cabo Mesurado resultó el lugar donde, en 1821, se fundó Monrovia, el asentamiento principal y uno de sus auspiciadores fue el político de Virginia James Monroe, luego presidente de Estados Unidos. En 1847 el puñado de enclaves costaneros fue convertido en República bajo un presidente negro y resultó reconocido por Inglaterra y Francia, pero su patrocinador, Estados Unidos, no lo hizo hasta 1862. Los américo-liberianos, como pasaron a llamarse estos 19 000 inmigrantes, formaron una elite dirigente con respecto a la población local, a la cual pretendían dominar.

En 1849, Francia estableció un tercer asentamiento de libertos mucho más al sur, en Gabón. Con el cargamento humano capturado en la nave *Elizia*, allí se fundó Libreville, que, pese a su nombre, después habría de ser el punto de partida para la colonización francesa en el África Ecuatorial.

En breve se buscó la manera de sacar ganancias a los grupos salvados de la trata, los cuales terminaron trabajando en las plantaciones inglesas de la isla de Fernando Poo en esa misma zona. Esta isla había sido abandonada prácticamente por los españoles en 1800, lo que le permitió a Inglaterra utilizarla a partir de 1827 como pretexto en su lucha contra la trata. Entonces se creó un centro de comercio de la Compañía Africana para explotar el área forestal por medio de los esclavos libres. Allí ensayaron varios cultivos hasta desarrollar el cacao de América. La isla se devolvió a España en 1850.



Los exploradores desempeñaron un papel fundamental para el conocimiento de las riquezas a explotarse por los colonizadores. David Livingstone con su familia en uno de sus viajes en el curso superior de Zambeze.

En todos estos puntos de la costa africana fue formándose un segmento social más o menos destrribalizado, mulato, vinculado al comercio y a la presencia europea, que, junto a los asentamientos de libertos, integraron un sector intermedio de actuación contradictoria. Unos colaboraron con los europeos en el comercio y la actividad misionera o las incipientes y discontinuas gobernaturas, pero otros los cuestionarán en la medida de sus limitadas posibilidades. Mas, su relación con las etnias autóctonas resultó mínima u hostil y, en general, constituyeron un apoyo, consciente o no, para la penetración europea.

La ilegalización de la trata anuló la razón de ser de muchos enclaves europeos y los que se mantuvieron debieron buscar alternativas en la extracción y explotación de productos que tuvieran mercado en Europa. Al cabo de siglos del demoleedor comercio negrero, los africanos no tenían mucho que ofrecer. Sin embargo, la industrialización y la expansión de las redes ferroviarias en el viejo continente, habían originado una demanda de lubricantes y aceites naturales.

Cuando la captura indiscriminada llevó a un descenso en el abastecimiento de aceites de ballena desde 1840 y una década más tarde, la Guerra de Crimea impidió la compra de cebo ruso, se creó un vacío comercial que pudo compensarse con los aceites vegetales de la llamada Costa de



El poder américo-liberiano

Los descendientes, los américo-liberianos, monopolizaron la vida política hasta hace muy poco. Las elecciones se manipulaban por el Auténtico Partido Whig, que garantizaba el predominio de esta minoría sobre un millón y medio de africanos excluidos.

Guinea —en alusión a la que baña el golfo de Guinea—. Ése constituyó el renglón central del llamado “comercio legítimo” que caracterizó la relación económica euroafricana, a modo de transición entre la ilegalización de la trata y el reparto colonial que ocurriría en el último cuarto de siglo.

Si en un inicio este comercio permitió a los africanos mantenerse como intermediarios y comerciantes ante la demanda de los europeos, las condiciones de creciente desigualdad hicieron que pronto fueran desplazados. El ejemplo más ilustrativo fue el de los fantis de Costa de Oro.

El delta del Níger, conocido como los ríos del aceite, y el país fanti estuvieron entre los principales puntos de recolección del aceite de palma. En el segundo caso se dio un interesante fenómeno económico y político, cuando los africanos intentaron controlar el nuevo negocio y constituyeron en 1871 la Confederación Fanti. Los jefes tribales compartían el poder con el nuevo sector mediante una asamblea, una constitución y un rey-presidente. Aprovechando el antagonismo fanti-ashanti, Inglaterra aplastó este intento y tomó en sus manos la recolección de aceite, desplazando a los intermediarios africanos.

En Guinea, Francia impulsó el mismo negocio, en beneficio de las empresas de Marsella, mientras el comercio bordelés hacía lo mismo en Senegal, pero a partir de la producción de aceite de maní. Aunque el marfil, el caucho y algunos otros productos registraron cierta demanda en esos años, esas materias primas oleagino-

sas predominaron en el llamado comercio legítimo.

Con el pretexto de impedir la trata ilegal, la cual continuó, no obstante, mientras hubo demanda de esclavos en América (al parecer, la última expedición negrera llegó a Cuba en 1873), así como para garantizar las actividades comerciales alternativas, Inglaterra estableció una cadena de bases desde Gambia hasta Fernando Poo. Algunas se convirtieron en sus primeras colonias en África Occidental, como la ya mencionada Sierra Leona (1808), de cuya administración se separaron Gambia (1843) y Costa de Oro (1850). Un año antes, Londres había designado cónsules para vigilar los puertos negreros de Lagos, Badagri y Whydah y garantizar sus intereses en los ríos del aceite. Los británicos ocuparon Lagos en 1851 pero no se la anexaron hasta 1861, con lo cual se inició la colonización de la actual Nigeria.

Desde la época de la trata, Francia contaba con los enclaves de Saint Louis, en la desembocadura del Senegal, y con Rufisque y la isla de Goreé al este de Cabo Verde, cerca del cual se fundó en 1857 Dakar. Estas villas, al recibir la condición de municipios franceses entre 1872 y 1889, se convirtieron en las cuatro comunas de Senegal, con alcalde, concejales y derecho a elegir un diputado al Parlamento desde 1879. A partir de estas bases se emprendió la conquista progresiva de la cuenca del Senegal entre 1854 y 1864, ganada para el cultivo del maní. Francia también ejercía el control sobre puntos de la costa de Guinea, Costa de Marfil, Dahomey y Gabón.

Todos estos enclaves costaneros eran los lugares de residencia o entrada de los cuatro tipos de europeos que se aventuraban por África: comerciantes, misioneros, exploradores y cónsules. El conocimiento y la información que acumularon resultaron muy útiles, cuando le llegó su momento al quinto tipo, el soldado colonizador, en los años 80.

Misioneros católicos y protestantes iban formando comunidades de feligreses,



Encuentro entre Stanley (a la izquierda) y Livingstone (a la derecha) en África (1868).

mientras exploradores como Mungo Park, de Inglaterra, recorrían el Alto Níger (1795-1805). El alemán Heinrich Barth hizo lo mismo en Sudán Central y Occidental (1850) y el francés René Caillé llegó hasta Tumbuctú en 1827-1828, mientras el misionero-explorador David Livingstone, de Inglaterra, partía de Luanda, exploraba el Zambezi y alcanzaba los Grandes Lagos africanos (1867-1873) y Henry Morton Stanley, la cuenca del Congo, en una etapa posterior. Los comerciantes y cónsules los veían partir desde las costas y recepcionaban lo que contaban a la vuelta.

Portugal, apostada en los flancos del continente, en Angola y Mozambique, empezó muy temprano a introducir misio-

neros jesuitas y dominicos y dirigirlos a la zona intermedia con la esperanza de lograr una continuidad de costa a costa. Ésta se estableció, de hecho, con el tráfico de los comerciantes mulatos denominados *pombeiros*, aunque, de manera intermitente, entre Luanda y el Zambezi, vía fluvial que llevaba a Mozambique al sistema de *prazos*. La explotación semifeudal de los distritos costaneros se había introducido durante los siglos xvii y xviii por los portugueses y sus súbditos venidos del enclave de Goa en la India, quienes habían adquirido una autoridad que el gobierno de Portugal debió eliminar a partir de 1830. Incluso, en estos momentos, otras áreas geográficas como India, China y México resultaban más importantes.



Mungo Park, explorador inglés.



René Caillé, explorador francés.



Heinrich Barth, explorador alemán.



Serpa Pinto, explorador portugués.



Recorrido de los exploradores.

Las reacciones directas o indirectas ante la paulatina presencia europea en diferentes regiones y áreas geográficas difirieron. Resultaron más destacadas en las zonas próximas a los asentamientos europeos y en relación directa con los grados de desarrollo de las sociedades en cuestión, como África Occidental y Meridional o Etiopía y Madagascar. Las sociedades africanas no eran conglomerados estáticos y limitados, se transformaban y no dependían de la influencia exterior para evolucionar y expresarse.

Algunos ejemplos de la dinámica interna de evolución condicionarían todo un replanteo de grandes cambios y avances en extensas zonas. Es el caso del grupo zulú del nordeste de Sudáfrica, cuyas invasiones, reorganización militar y expansión económica, junto a los cambios en los patrones de organización económica, social y administrativa de los bantús, así lo demostraron. Se destruyeron las viejas confederaciones, a la vez que se creaban otras nuevas en un proceso de centralización que provocó cambios en el área.



En el interior del África Occidental, varios grupos de la etnia peule (fulani o pulbe), ya en el siglo xvi tenían una posición económica y social privilegiada, gracias al desarrollo de la ganadería y sus vínculos estrechos con las rutas del comercio transahariano. Ante el decrecimiento de éste y el aumento del comercio negrero en el siglo xviii, algunas familias de ese grupo, con un nivel de jerarquización militar, comenzaron a organizar movimientos de expansión y estructuración de Estados a fines del siglo xviii y, sobre todo la primera mitad del xix. En esto los favoreció la conversión al islamismo, la cual representó un importante elemento catalizador en este empeño frente a las estructuras vigentes entre otros grupos, como los mandé y haussas; comerciantes aún parcialmente paganos vinculados al negocio de la madera de ébano. Este conjunto de movimientos, con base religiosa islámica, que en el oeste y el este fueron originando un proceso de unificación de las comunidades peules de Sudán Occidental y Central, llegó a establecer cinco hegemonías políticas y religiosas de significación: Futa Toro (Senegal), Futa Djalon (Guinea), Masina (Malí), Leptako (Alto Volta o Burkina Fasso), y vastos territorios en la parte septentrional de Nigeria y Camerún (Adamaua).

Entre los casos más destacados estuvieron el de Hadj Omar Saidu Tall (1797-1864), del grupo tuculeurs de lengua peule, quien desde el Futa Toro, Senegal, inició un proceso de conquista e islamización, con un islamismo regenerado, revivalista, declarando la *Djihad* o guerra santa contra los infieles. Importantes ciudades fueron ocupadas como Tombuctú, 1826; Masina y Segú, 1861. El Hadj Omar se enfrentó a los franceses en Senegal, pero quedó fuera del control europeo en ese momento. No obstante, los grupos de Masina se sublevaron contra su mando y lo hicieron sucumbir en 1864. En Sudán Central, Osman Dan Fodio (1754-1818) comenzó sus conquistas de 1801 a 1810, y logró vencer en Sokoto, norte de Nigeria, a las tribus haussas.

En sentido general, hasta la segunda mitad del siglo xix, las primeras tentativas de colonización europea en África Negra permanecieron aisladas. Estos elementos: comercio legítimo, asentamiento de libertos, las ocupaciones de algunos puntos en las costas y los misioneros, exploradores y comerciantes, crearon las bases de la posterior ocupación territorial y el dominio político, los cuales sucedieron en la segunda expansión a fines del siglo xix.

INICIO DEL CONFLICTO ANGLO-BOER EN SUDÁFRICA

En el contexto de la Revolución francesa, estando Holanda aliada a la Francia revolucionaria y, por ende, en guerra con Inglaterra, la Compañía de las Indias Orientales Holandesa se hizo autónoma, y pidió protección de las rutas marítimas a los británicos, por lo cual en dos ocasiones, 1795 y 1802, estos últimos incursionaron en el territorio. Cuando aconteció la caída de Napoleón y se restauró, con el apoyo inglés, la monarquía del príncipe de Orange en Holanda, éste cedió y/o vendió a Londres El Cabo en 1806 por 6 millones de libras esterlinas. Con el fin de las guerras napoleónicas, muchos soldados licenciados emigraron a El Cabo.

De inmediato, los ingleses estructuraron la administración colonial y empezaron a emitir un conjunto de medidas, como el Decreto Caledon de 1809 —Earl Caledon, gobernador de El Cabo—, el cual prohibía el traslado de un distrito a otro sin la aquiescencia de las autoridades locales. Además se instituyó la obligación de un contrato de trabajo entre los nativos y el patrón, el cual se consideraba un delito si se rompía. Con ello se obligaba a la permanencia en el lugar.

La presencia de Inglaterra, que encabezaba el capitalismo libre cambista, llevó a la confrontación de intereses con los boers —representantes de la fase mercantilista—



y, poco a poco, los británicos obtuvieron el control de la economía en El Cabo, al introducir “la libertad de comercio”, limitando los derechos políticos de los boers hasta su exclusión del gobierno de la colonia. La nueva situación agudizó las contradicciones de los boers con los grupos africanos koisán por el despojo de sus tierras.

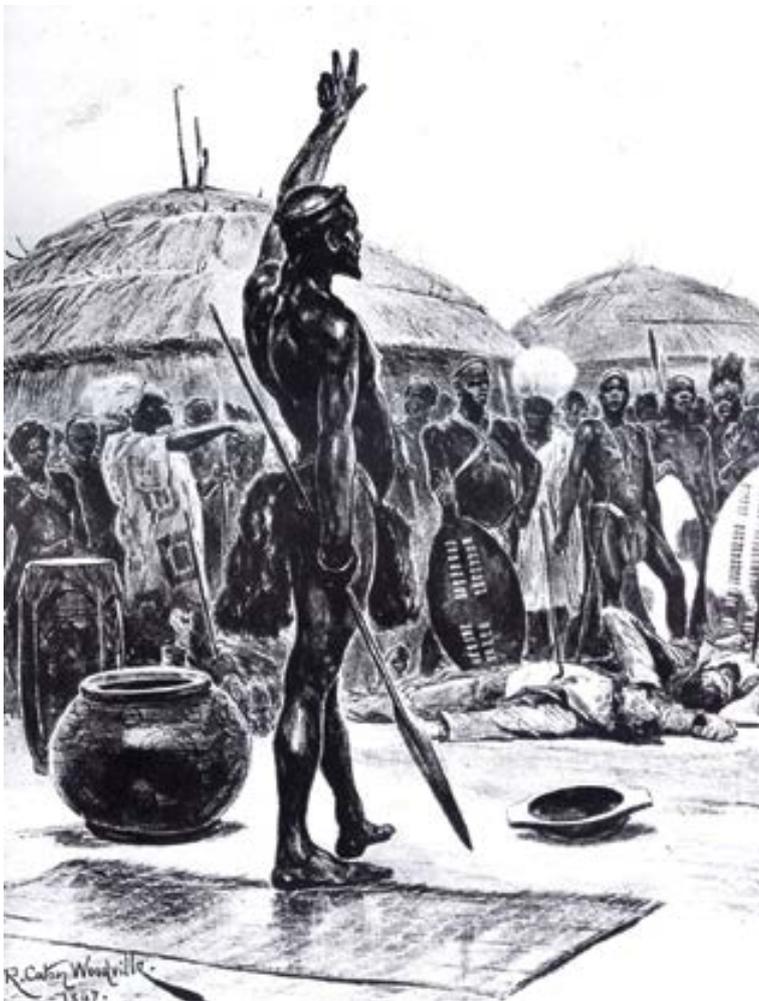
En 1820 llegaron a El Cabo 5 000 colonos ingleses, quienes tomaron las mejores tierras en el sudeste de la colonia. A partir de aquí, la administración colonial comenzó a proclamar diversas ordenanzas. Con relación a la tenencia de la tierra se eliminó el mayorazgo o primogenitura, se estableció el reparto de las que poseían los africanos, se introdujo el idioma inglés en las iglesias, el control de la prensa, la reforma monetaria de 1825 y se impuso la moneda inglesa. Esto último llevó a la ruina a muchos boers, lo cual se agudizó

aún más en 1833, al proclamarse por Gran Bretaña la abolición de la esclavitud, al precisar aquéllos de una abundante mano de obra africana por cuya obtención competían los británicos, así como de los recursos naturales. Ésta constituyó la causa esencial de la primera crisis anglo-boer, al ser obligados éstos a manumitir a sus esclavos africanos. Era una confrontación dentro de la colonia de poblamiento entre los dos grupos fundamentales de la minoría blanca, el de origen holandés y el inglés, que en última instancia representaban dos etapas diferentes del desarrollo del capitalismo.

Ante esta situación, la respuesta de los boers fue la migración —el *Trek*—, en 1836, de 10 000 campesinos hacia el norte y este, obligando a las comunidades africanas a desplazarse, tras un buen número de enfrentamientos. En junio de 1837, los sobrevivientes llegaron a la zona entre los ríos Orange y Vaal.

En 1838, el jefe boer Retief trató de comprar tierras en la zona denominada Natal al jefe zulú Dingane, quien de una actitud favorable al principio pasó a una negativa, al percatarse del peligro que representaba esto. Dingane poseía determinada fuerza, y había heredado un conjunto de confederaciones tribales militares de su antecesor el líder militar Shaka. Este último, a partir de la expansión, intentó crear una estructura político-administrativa con la unión de varias tribus, pero muchas de ellas terminaron dispersándose en el área. La negativa de Dingane llevó a la confrontación, y como constante en la historia sudafricana se hizo un compromiso, o reconciliación provisional por parte de la minoría blanca para aplastar la resistencia anticolonial. Al final, la superioridad militar boer condujo a la derrota de Dingane en diciembre de 1838. Sin embargo, en el plano económico les resultó muy difícil someter a los zulúes que se negaban a servir de mano de obra.

En 1839 quedó establecida la Primera República boer en Natal, pero, en 1843, Inglaterra obligó a esos habitantes a evacuar la zona, y Natal se proclamó colonia británica y fue poblada por inmigrantes



Dingane decide la suerte de boers vencidos.



procedentes de esa metrópoli europea; sobre todo, entre 1848 y 1851. En ese mismo año se reinició el Gran Trek hacia las zonas denominadas Orange y Transvaal. A pesar de que los británicos siguieron considerando a los boers como súbditos donde quiera que estuviesen, a partir de los años 50 resultaba muy difícil hacer valer su autoridad; entre otros factores, por los enfrentamientos con los africanos —entre ellos, los sothos— y también por factores extrafricanos.

Como alternativa transitoria al conflicto anglo-boer, Inglaterra decidió suscribir tratados con los colonos de origen holandés. En virtud de éstos, en 1852, con el Tratado de Sand River, la zona de Orange fue reconocida como república, lo mismo sucedió con Transvaal mediante el Tratado de Bloemfontein, en 1854. A partir de aquí, los colonos boers empezaron a autodenominarse *afrikaners* —africanos—, mientras los verdaderos habitantes autóctonos eran “salvajes”, “*kafir*”, “nativos” o bantús. Impulsaron el desarrollo de la lengua *afrikaans*, hasta convertirla en un idioma. El nuevo lenguaje había nacido de la simbiosis del holandés; el *plattdeutsch*, un dialecto o bajo alemán de la región de Hamburgo; de vocablos del malayo-portugués, y de inflexiones del francés, que se empleaba como *lengua franca* por esa comunidad. La Corona británica le concedió una cierta autonomía legislativa al Cabo, que le impuso un bloqueo de tarifas a las repúblicas boers, sin acceso al mar. Allí, y luego en Natal, los no europeos solo recibieron derechos en teoría que —salvo una elite en El Cabo— les fueron negados en la práctica.

El territorio de Sudáfrica quedó dividido en las dos colonias británicas de El Cabo y Natal y las dos repúblicas afrikaners de Orange y Transvaal, las cuales constituyeron posteriormente las cuatro provincias de Sudáfrica de 1910. Las características y las condiciones de vida eran diferentes en los cuatro territorios.



Representación de Piet Retief, líder de los usurpadores Boers.

El Cabo, mucho más heterogéneo desde el punto de vista poblacional, nutrido progresivamente con inmigrantes desde la metrópoli, y con la permanencia de un número importante de afrikaners descendientes de los primeros holandeses, una minoría malayo-portuguesa, mestizos y otros grupos menores frente a una mayoría africana. Su crecimiento económico iba en ascenso por la oferta de lanas, pieles, plumas de avestruz y vinos, que salían por los puertos del territorio y estaba provisto de las correspondientes instituciones para ejercer la autoridad colonial, igual que en Natal. En 1860, las cuatro regiones que formaban Transvaal se unieron y tomaron el nombre de Sudáfrica, que entonces sólo correspondía a las tierras allende el Vaal.

Como en otras zonas de África, entre fines del siglo XVIII y, sobre todo, en el XIX, los misioneros tuvieron a su cargo la educación de los africanos y la trasmisión de la cultura europea, dándole una función “civilizadora”. Sólo hasta la segunda mitad del



Pintura sobre los primeros Boers.

siglo XIX, se inició un proceso de africanización de la educación.

Con ciertas modificaciones, la doctrina de la Iglesia Reformada Holandesa, apoyada en el sistema teológico formulado por Calvino, fue la fe religiosa que trajeron consigo los primeros inmigrantes que se asentaron en Sudáfrica. Ellos no habían cedido terreno a los posteriores aires liberales que habían modificado la versión calvinista en otros países. Entonces, se constituyó en Orange, Natal y Transvaal en tres iglesias o comunidades principales, aunque no únicas, donde coexistían varias tendencias. En el siglo XIX, su tarea misionera originó tres congregaciones étnicas separadas de tradición calvinista: una integrada por mestizos, otra por negros y la más pequeña por indios. De la misma forma que la comunidad afrikaners no era monolítica ni homogénea, tampoco lo era la Iglesia Reformada Holandesa.

Otra situación era la de las demás sectas protestantes y la de los católicos. La anglicana fue de mayoría negra y de los blancos de ascendencia británica, alemana, escocesa o americana, con un porcentaje mínimo de afrikaners. Resultó la Iglesia oficial del gobierno colonial británico hasta 1910. La luterana penetró en territorio sudafricano a finales del siglo XVIII, como obra misionera y asistencial, esta última para emigrantes alemanes. La congregacionista era una Iglesia minoritaria, de mayoría negra, con apenas fieles de raza blanca. Coexistieron otras de menor membresía como la metodista, presbiteriana, bautista, episcopal y desde siempre segregadas por etnias. Y

la Iglesia católica romana, aunque con un porcentaje elevado de negros, resultaba minoritaria, así como la hindú, la musulmana, la judía y el grupo de las religiones tradicionales africanas-animistas.

En 1860, en Natal se incrementaron las plantaciones de algodón, caña de azúcar, tabaco y café, y los requerimientos de mano de obra se garantizaron por los británicos con emigrantes indios, mediante contratos de diez años, quienes para 1865 constituían una población de 6 500 —esta migración se mantuvo aproximadamente hasta 1906—. Por el censo de 1911, los africanos constituían el 80 %; los indios, el 11 %; los blancos, el 8 %, y los mestizos, el 1 %. La mayoría de los campesinos indios pertenecían a la casta de los intocables, la más baja. Al mismo tiempo arribaron algunos comerciantes y artesanos libres, y dentro de ellos, muchos de profesión musulmana que llegarían de Bombay atraídos por la economía de la zona; éstos entrarían en rivalidades con algunos colonos por la competencia en el comercio y la agricultura.

En Orange y Transvaal, la población blanca era en su mayoría afrikaner, manteniendo la tradicional economía agrícola y ganadera, bastante dispersa y atrasada. Por su cercanía al mercado de El Cabo, Orange se privilegió un poco más, pero las dos estaban supeditadas a las dependencias británicas para la salida de sus productos. En ambas, las estructuras políticas estaban bien organizadas.

Los grupos de la minoría blanca marginaron de toda posibilidad de desarrollo a la población negra sudafricana numéricamente mayoritaria en todo el territorio. La mayor parte se mantuvo en su economía tradicional o cuando se insertó, fue para su explotación indiscriminada. Los vínculos comerciales que algunos tuvieron con los colonos resultaron en detrimento del tradicional intertribal y el que tenían con los mercaderes árabes. A esto se sumó la amenaza que representaban, para sus estructuras tradicionales, los progresivos avances europeos y la sistemática resisten-



cia que organizaron frente a los blancos —sobre todo, los boers, a quienes los británicos les cedieron esa tarea—, la expropiación y la dispersión de muchas comunidades, como los sothos —basutos— y tswanas, hoy nucleados en Lesotho y Botswana.

En los años 60, a pesar de las contradicciones anglo-boers, esta minoría no dudó en unirse en dos guerras contra los basutos, arrebatándoles gran parte de su territorio. Las diversas políticas empleadas por los dos grupos de minoría blanca con los africanos, y la máxima de dividir para vencer, unido a las diferencias de desarrollo cultural y poblacional de estos conglomerados, no posibilitaron dar una resistencia africana concertada contra la explotación blanca de Sudáfrica.

Esta situación de permanentes guerras de las dos repúblicas boers las fue debilitando, al punto de hacer un proyecto de unión con el propósito de estar preparados contra los británicos. Gran Bretaña no vaciló en apelar a los tratados de 1852 y 1854 y amenazar con la fuerza a los boers, si lo realizaban, y decidió arrebatarse a los Boers las tierras de los basutos, poniéndolas bajo protectorado en 1868. En ese mismo año, la República Sudafricana intentó efectuar un acuerdo con Portugal para el libre

tránsito por el océano Índico a través de Mozambique, aunque no se concluyó por la presión inglesa.

En la segunda mitad de la década del 60, la economía de El Cabo empezó a tener dificultades por las bajas ventas de lana, pieles y vinos. Debido a la sequía, en Natal también hubo una baja de la producción de azúcar. Además, la apertura del canal de Suez, en 1869, provocó una desvinculación de la actividad de los puertos, por lo cual la tradicional ruta de El Cabo para llegar a Asia languideció.

En 1867, un acontecimiento empezó a cambiar de manera radical este contexto. Nos referimos al descubrimiento de la primera piedra de diamantes en las tierras de los grikuas y los tswanas, al oeste del Estado Libre de Orange, entre los ríos Orange y el Vaal. Ello dio un nuevo impulso a la inmigración blanca, asiáticos —chinos— y la inserción del temprano capitalismo allí, a través de la inversión de capitales. También comenzarían las disputas por este territorio entre El Cabo y la República de Orange. Por último, la superioridad británica llevó a la anexión de Grikuolandia a El Cabo en 1871; fecha del descubrimiento del segundo y mayor yacimiento de diamantes y de la fundación de Kimberley.



Asia: desde fines del siglo XVIII y principios del XIX



La formación de los imperios coloniales en Asia estuvo precedida por la “ruta de las especias” y, con posterioridad, por la “ruta del oro”, la cual culminó con el descubrimiento de América por los europeos y su ulterior colonización; pues a cada etapa del desarrollo del capitalismo corresponde una etapa particular de las empresas coloniales: la de la acumulación originaria, el capitalismo de libre concurrencia y el capitalismo monopolista. La primera condujo al establecimiento de factorías o simples enclaves comerciales en las zonas periféricas del Asia Meridional y Oriental. A ella le siguió una segunda fase, la expansión fundamentalmente territorial durante el capitalismo de libre concurrencia, cuando a través de las compañías comerciales de las Indias Orientales (holandesas, inglesas o francesas), iniciaron la ocupación territorial por la búsqueda de mercados para los excedentes europeos y fuente de materias primas para sus industrias. En un tercer momento, en la segunda mitad del siglo XIX, las potencias capitalistas buscarán asegurar las zonas de exportación de capitales disponibles y culminarán la repartición y el establecimiento de los imperios coloniales.

Durante esa segunda etapa, iniciada aproximadamente desde fines del siglo XVIII, tuvo lugar un acelerado proceso colonizador y, para 1820-1830, Inglaterra ya

era esencialmente dueña de la India. Los territorios que administraba o fiscalizaba desbordaban, por entonces, las tres “presidencias” de finales del siglo XVIII —Bombay, Calcuta, Madrás— y la *Confederación Marhata*. Después de la guerra anglo-mahrata de 1817-1818, la CIBO logró consolidar su autoridad sobre el *Rajputana*, el reino de *Audh*, en *Carnatic y Surat*, entre otros. El Imperio mogol no conservaba siquiera la soberanía nominal sobre el resto del país. Sólo *Assam*, el *Pendjab* y el *Sindh* estaban sustraídos de la fiscalización directa o indirecta de la potencia colonial.

Holanda, despojada de sus colonias por Inglaterra a favor de la ocupación francesa, recuperó sus posesiones de Indonesia, pero Inglaterra conservaba la península de Málaga en las cercanías de la factoría de *Penang*, abierta en 1786. Sólo se hallaba instalada sólidamente en la isla de Java, en el resto del país contaba con factorías y puntos comerciales en la costa este de la isla de Sumatra, en la costa sur de la isla de Borneo y en algunas islas del archipiélago productoras de especias. En el resto de las regiones, los Estados musulmanes, grandes o pequeños, eran prácticamente independientes; en particular, el *Sultanato de Atjeh*, al norte de Sumatra.

España, que dominaba el archipiélago filipino con excepción de los sultanatos musulmanes del sur, a la sazón era la otra

gran potencia colonial del Asia Oriental. Las posesiones coloniales de las demás sólo eran los restos de tentativas de ocupación, ya para aquel momento abandonadas: factorías francesas en la India; factorías portuguesas en Macao, Goa y Timor, y la factoría danesa en Bengala, cedida esta última a la Compañía de las Indias Orientales Inglesa en 1845.

En todas estas regiones, el poder se hallaba bajo el control de los principales países coloniales. En la India, lo detentaba la Compañía de las Indias Orientales Inglesa a través de un gobernador general en Calcuta, quien desempeñaba cierta delegación de poder otorgado por el gobierno británico, confirmado en 1813 con la renovación de sus privilegios, al tiempo que desarrollaba las actividades normales de una firma especializada en el comercio colonial. A finales del siglo XVIII e inicios del XIX se perfeccionaron varios sistemas de exacciones fiscales, al tiempo que ejercían las funciones administrativas y judiciales. Las posesiones españolas y holandesas presentan caracteres similares, pero con algunas modalidades, como la prioridad por las preocupaciones fiscales y el ejercicio del poder por los cuadros superiores de la administración colonial. En Indonesia, los residentes holandeses de cada provincia seguían gobernando a través de los regentes, quienes realizaban la recaudación de impuestos. En Filipinas, el sistema tuvo bastante similitud con el aplicado en las colonias españolas de América, el dueño de la tierra era el rey de España, quien nombraba a todos los altos funcionarios y asociaba a gran número de personas a los beneficios del sistema. La práctica de la encomienda permitía a la corona conceder grandes extensiones de tierra a la Iglesia y a favoritos, quienes se reservaban las rentas.

Estas colonias estaban ligadas financiera y comercialmente a las metrópolis, pero hacia 1820 aconteció una fase de crisis y las formas de organización heredadas del siglo XVIII, no satisfacían ya a las potencias coloniales. Ello explica por qué, en 1813, se abolieron de manera simultánea el

Sistemas zemindari y ryottwari

“Son dos sistemas de contribución de la tierra, introducidos por las autoridades inglesas en la India a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX (...) casi todas las tierras de Bengala, Bihar y Orissa, fueron declaradas propiedad de los zemindari que arrendaban la recaudación de las contribuciones. En el imperio del Gran Mogol denominábase zemindari a los feudales, principalmente hindúes sometidos, que conservaban el derecho de posesión hereditaria de la tierra a condición de que abonasen al gobierno una parte determinada de la renta-contribución que ellos recaudaban entre los campesinos. El término de zemindari se extendió a los grandes arrendatarios de la recaudación de las contribuciones de la tierra en Bengala. Mediante la ley de 1793, el Gobierno inglés convirtió a los arrendatarios en terratenientes propietarios, pasando así éstos a ser un apoyo de clase de las autoridades coloniales inglesas (...) En las zonas donde se introdujo este sistema, los campesinos indios (*ryotes*), que eran hasta entonces miembros con plenitud de derechos de la comunidad, se convirtieron en arrendatarios del zemindari.

“A comienzos del siglo XIX, el sistema Ryottwari agrario y tributario declaró a los ryotes poseedores de las tierras del Estado, obligados a pagar por sus parcelas una renta-contribución que el gobierno establecía a discreción”.

Marx y Engels: *Acerca del colonialismo* (Notas de la editorial).

“galeón de Manila” —que unía a Filipinas con las colonias españolas de América y frenaba así sus posibilidades de expansión comercial— y el monopolio de la Compañía de las Indias Orientales Inglesa. Es cierto que se renovaron sus privilegios, pero a condición de que las puertas de la India se mantuvieran abiertas al comercio privado británico. También la administración colonial holandesa atravesó serias dificultades, después del breve intermedio inglés en Java (1809-1814), debido a un presupuesto deficitario para el cual buscaba nuevos recursos.

Todo lo anterior indica que el comercio entre las colonias y las metrópolis estaba sufriendo una transformación fundamental, pues seguía siendo un mercado de productos exóticos. En Occidente se negociaba con especias, añil y salitre, azúcar y cáñamo traídos del Oriente; pero se tendía a asegu-



rar —sobre todo, en la India— mercados para los nuevos productos manufacturados puestos en circulación por la Revolución industrial en Europa. Era el momento de la transición, el de convertir las colonias en consumidoras de esas producciones.

Este fenómeno estaría en dependencia de las particularidades de las metrópolis y de las transformaciones internas experimentadas en cada una de las dependencias coloniales a inicios del siglo XIX. En el caso filipino, la sociedad impuesta por la potencia europea estaba completamente constituida, la organización tradicional sólo subsistía en las aldeas, pero la cultura española se había introducido de manera muy fácil, dado el nivel de civilización del país en el momento de la conquista, muy

inferior al de la India, la China o de los Estados musulmanes y budistas del Sudeste Asiático. En Indonesia, el régimen holandés no dejó apenas huellas en la sociedad tradicional, en la cual la religión musulmana, practicada por la gran mayoría de los sultanes, seguía expresando su poder. Los holandeses modificaron la economía indonesia tradicional desde el siglo XVIII e imponían cultivos en función de las variaciones del mercado occidental y especializaban las regiones en determinados productos. La economía de mercado sustituyó a la antigua economía de subsistencia y aparecieron nuevas corrientes comerciales interinsulares, adquiriendo Batavia y Manila el aspecto de grandes metrópolis comerciales y coloniales.

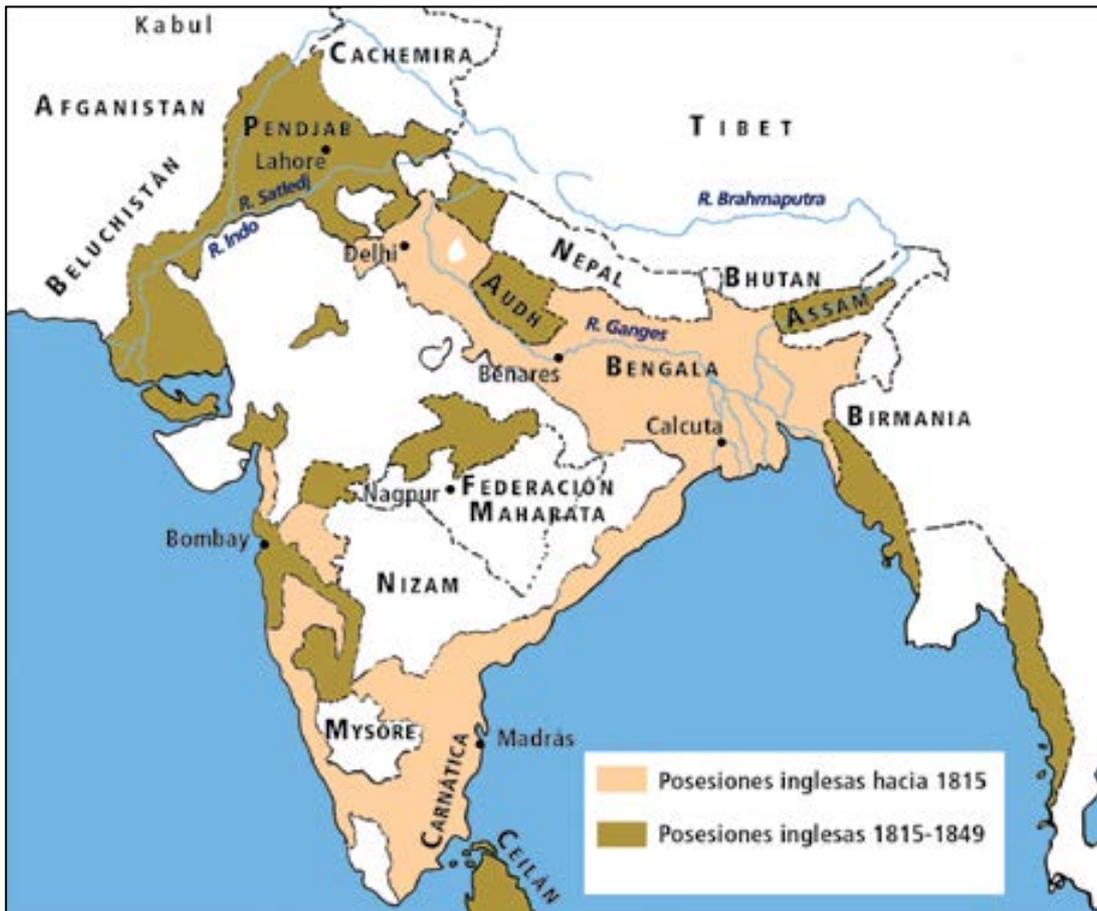
INICIO DEL IMPERIO COLONIAL EN LA INDIA

A modo general, las grandes transformaciones en la política económica y social de las administraciones coloniales, se ejemplifican en la aplicada por Gran Bretaña en la India. En la segunda mitad del siglo XVIII, el Estado centralizado constituido por Abkar ya había manifestado los síntomas de la desintegración; situación favorable para la colonización inglesa. Aun en las primeras décadas del XIX, en el país estaban vigentes las comunidades aldeanas —lo que en su obra *Acerca del colonialismo* Marx describe, como el *Village System*—, el sistema de castas, las diferentes sectas del hinduismo con sus rigurosas prescripciones en materias de alimentación o conyugales; incluida, por ejemplo, la ya referida *suttee* o muerte de las viudas en la pira funeraria del esposo. Por su parte, el Islam seguía siendo la base de

la vida social en el noroeste y nordeste de la península, por lo cual la vida cultural aún se caracterizaba por el dualismo hinduista-islámico, surgido en la Edad Media. A lo anterior debemos añadir que los contactos culturales con Occidente eran prácticamente inexistentes, reduciéndose a una elite que, desde 1793, fundó el movimiento de renacimiento de estudios sánscritos. El siglo de presencia inglesa se hizo perceptible en la erosión de la sociedad tradicional, la evolución del Estado indio patrocinado (dominación indirecta) hacia la administración directa del territorio por la Compañía de las Indias Orientales Inglesa de mediados del siglo XVIII y la promulgación del *Sistema Permanente de la Tierra*, analizado desde dos aristas fundamentales: como medida para facilitar la administración territorial y fiscal de las regiones bajo control británico y como la transformación de las



La penetración colonial no pudo barrer las costumbres más arraigadas, prueba de ello es esta imagen de ascetas hindúes celebrando la ceremonia de purificación.



La India en la primera mitad del siglo XIX.

relaciones de propiedad sobre la tierra que marcan el inicio del proceso de desintegración del feudalismo indio.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la debilidad manifestada por los gobernantes mogoles, dada su incapacidad para asuntos públicos, unido al fraccionamiento político, explican, en gran medida, las posibilidades de expansión territorial por la mencionada compañía. Por otra parte, no puede hablarse del referido proceso sin vincularlo a la situación interna del Indostán y al desarrollo que experimenta Inglaterra al calor de la Revolución industrial, la cual aportó la fuerza y las estimulaciones económicas para la conquista de grandes mercados. A partir de las anteriores condiciones, podremos entender las *formas* empleadas por el colonialismo en su expansión territorial y cómo éstas definieron de manera gradual la estructura política de la India; en lo fundamental, a partir de las dos formas de administración utilizadas: la llamada *India*

británica, controlada directamente por la metrópoli y los *Principados indios* aparentemente independientes, pero en realidad subordinados a la potencia europea. Tampoco puede desconocerse el vínculo de la Revolución industrial inglesa con la situación interna de la India, concomitante con esos cambios en la política colonial dirigidos a convertir al país en un apéndice agrario del capitalismo inglés. Esa relación define la fuerza del impacto del capitalismo industrial británico en la economía india, perfectamente delineada y encaminada a la destrucción de las comunidades rurales y la industria doméstica, para su conversión en suministradora de materias primas y mercados para los productos manufacturados, con la consiguiente incidencia en la estructura del comercio y las implicaciones sociales que trajo la ruina de la economía tradicional. Las anteriores condiciones nos permiten asegurar que, durante el siglo XVIII y primera mitad del XIX, se crearon las



bases para la reafirmación y consolidación de la política imperial británica en la India.

En resumen, en esta primera fase de la penetración inglesa lo característico fue el método utilizado por la Compañía Británica, basado en el apoyo brindado a

los tiránicos reyes locales, asegurándoles el dominio de sus territorios y, a la vez, su dependencia de ella. La política seguida por los referidos gobernantes condujo, de manera acelerada, al incremento de la pobreza y a la ruina de la industria del país.

PENETRACIÓN COLONIAL EN CHINA

Una situación diferente ofrecía el Imperio chino, el más elaborado, prestigioso y antiguo de las monarquías de Asia Oriental, cuya preeminencia estaba confirmada por el tributo que le rendían, como Estados vasallos, los reinos de Corea, Viet Nam,

Siam, Laos, Birmania, Nepal y Mongolia. En la China de la dinastía Qing de los manchúes (1644-1911) se mantuvieron intactos la estructura tradicional y los principios del Estado confucianista.

El sistema político chino se había fundamentado en la moral, la estabilidad y en la erudita tradición heredada de tiempos pasados, pero, para la visión occidental, esas concepciones se oponían a las nociones de progreso y democracia. No es menos cierto, que, en esos momentos, el cuerpo de mandarines era corrupto y con demasiada frecuencia incompetente. La clase de los letrados y los nobles rurales monopolizaba el poder político, la supremacía intelectual y la riqueza económica en detrimento de las comunidades rurales y la pequeña propiedad individual campesina; por ende, en la práctica se estaba bien lejos de ese ideal de gobierno de sabios, por lo cual les resultaría muy difícil responder al “desafío” que constituiría la brutal intrusión de un Occidente que había producido, para entonces, acelerados avances en la ciencia y la industria.

El modelo chino aparece reproducido casi exactamente en la organización de la monarquía *Nguyen* de Viet Nam y en la coreana. El poder imperial y la organización de la burocracia descansaban en similares principios, el Estado tenía el mismo carácter autoritario y conservador. Como en China, las concepciones confucianas se encarnaban en una jerarquía social cuatripartita —letrados, campesinos, artesanos, comerciantes— que refleja la preponderancia general de la agricultura, el dominio de los letrados, la voluntad

El confucianismo

Es un sistema político y moral, y no una religión propiamente dicha. La fórmula tan corrientemente utilizada de las “tres religiones” de China —a saber, confucianismo, taoísmo y budismo—, no corresponde a la realidad, en la medida en que lo sitúa en un mismo plano con un sistema filosófico-político y un conjunto de prácticas esotéricas y místicas individuales.

El taoísmo (una de las corrientes del pensamiento de la China antigua) se desarrolló a lo largo de los siglos en un cuerpo de prácticas y fórmulas que permiten identificarse con el principio del universo (*dao*) y aumentar las energías individuales. Los bonzos taoístas constituyen un estrato social muy influyente en los medios populares, llegando, incluso, al extremo de asumir la jefatura de las revoluciones campesinas; pero no alcanzan a formar un auténtico clero, diferenciado y estructurado.

Por el contrario, el budismo, asimilado en la India a principios de nuestra era, ya no goza de la influencia que tuvo en el Estado chino bajo la dinastía Tang. Las divinidades budistas se han integrado al panteón de la religión popular, la cual en el siglo XIX constituyó, sin dudas, la única forma realmente viva de actividad religiosa en China. Se aprecia una confusión de modo sincrético en toda una serie de elementos budistas o taoístas, mezclándolos con las tradiciones religiosas populares.

No debe obviarse la presencia islámica en el suroeste chino, especialmente en Yunnan, por donde se infiltró durante la Edad Media. El islamismo chino pierde parte de sus rasgos originales al entrar en contacto con las instituciones sociales, pero conserva un sentido muy vivo de su originalidad religiosa (la lectura del *Corán*, la peregrinación a la Meca, etcétera) que se afianzará a mediados del siglo XIX.

de impedir el ascenso social de los comerciantes.

Hacia China se dirigieron ante todo las ambiciones occidentales, atraídas por la visión, tan viva en Europa, desde los tiempos de Marco Polo, de la inagotable riqueza del país. Durante el primer tercio del siglo XIX, en el momento en que las presiones comerciales de los occidentales se hacían más imperiosas, el orden imperial chino hubo de hacer frente a toda una serie de fuerzas de oposición muy activas, atravesando una grave crisis política y social.

En la China imperial, las sociedades secretas representaban la forma clásica de oposición al orden establecido y, precisamente, en el siglo XIX estuvieron en sumo grado activas. En lo fundamental, consistían en organizaciones de oposición a la dinastía manchú; pretendían descender de la Ming y propagaban el lema legitimista: *fán Qíng fú Míng* (destronemos a los Qing y restauremos a los Ming). Estos grupos constituían una forma elemental de lucha, el motor de las sublevaciones populares y de los movimientos agrarios, a la vez que podían considerarse como elementos religiosos disidentes que practicaban cultos prohibidos por el Código de los Qing. Eran fuerzas de oposición que permanecían en el seno mismo del Antiguo Régimen, al cual estaban unidos por toda una serie de lazos sociológicos y políticos; por ejemplo, las autoridades (mandarines) preferían con mucho avenirse con los dirigentes de las sociedades secretas a romper con ellas, y éstos, por su parte, aceptaban ese juego.

La literatura china de la época expresa la originalidad intelectual y el pensamiento de los letrados disidentes. Así, en la famosa novela de Li Ru-zhen (1763-1830) *Las flores del espejo* se relatan las hazañas de mujeres de talento que vivían en un lugar donde podían realizar exámenes de Estado y se había abolido la práctica de los pies atados, tradición que en los primeros momentos no pudo eliminar la dominación manchú. En esta obra, la crítica utópica es directa y explícita, al poner de relieve los convencionalismos e hipocresía confucia-

Un concepto de belleza y erotismo en la mentalidad china

El vendaje de los pies ha sido un misterio y una interrogante constante para el hombre occidental. ¿Qué se perseguía con él y por qué perduró hasta tiempos tan próximos? Resulta interesante este aspecto que trata muy bien Jung Chang en *Cisnes salvajes. Tres hijas de China*.

“La práctica del vendaje de los pies fue introducida originariamente hace unos mil años (según se dice por una concubina del Emperador). No sólo se consideraba erótica la imagen de las mujeres cojeando sobre sus diminutos pies, sino que los hombres se excitaban jugando con los mismos, permanentemente calzados con zapatos de seda bordada... lirios dorados de ocho centímetros (*san-tsun-gin-lian*) quería decir que caminaban ‘como un tierno sauce joven agitado por la brisa de la primavera’, según los especialistas chinos en belleza (...)

”(...) Se ataba en torno a los pies una cinta de tela de unos seis metros de longitud, doblándole todos los dedos —a excepción del más grueso— bajo la planta. A continuación depositó sobre ellos una piedra de grandes dimensiones para aplastar el arco de los pies (...) En aquellos días, cuando una muchacha contraía matrimonio, lo primero que hacía la familia del novio era examinar sus pies”.

Jung Chang: *Cisnes Salvajes. Tres hijas de China*.

nos. En *Shuihi*, la gran novela de la caballería errante china, se narran las hazañas de 108 bandidos *desfacedores de entuertos* en los pantanos de Liang-sahngpo. Otro ejemplo es *Honglougoumeng*, que expone los problemas de la independencia en el amor y critica los convencionalismos sociales y, por último, *Jing Ping Mei* que, en un tono libertino, critica los medios corrompidos del comercio y de la administración.

Puede colegirse que todas las fuerzas de oposición política, social e intelectual eran vivas, pero se caracterizaban más como modalidades de funcionamiento del sistema establecido, que como fuerzas históricas susceptibles de oponerse a él y preparar su sucesión.

Mientras se acrecentaban la crisis político-social, la precaria situación monetaria y se exacerbaban la agitación campesina y la actividad de las sociedades secretas, las autoridades imperiales decretaron, con



China.

respecto a Occidente, una política muy estricta llamada de “cierre”; en especial, en el terreno comercial y religioso. Aunque, más que de “cierre” habría que hablar de control, en el sentido que esa práctica posee en la ejecutoria burocrática china. A principios del siglo XIX, Occidente empezó a penetrar en el mercado chino, a pesar de las restricciones del sistema del Cohong (grupo de firmas chinas que ejercían el monopolio del comercio, organizados en el contexto del “sistema de Cantón”, único puerto abierto a los europeos desde el siglo XVII). Las compras estimularon la producción de porcelanas, tejidos de algodón, sedas y, sobre todo, té. Hasta 1820, fecha en la cual el contrabando de opio se hizo importante, las adquisiciones se pagaban en moneda de plata, por mediación de dólares españoles o *carolus*, que se acuñaban en México y llegaban al Extremo Oriente a través de Filipinas o de los holandeses que hacían escala en

Japón y de los comerciantes occidentales del Sudeste Asiático.

Para esta fecha, la restricción a las misiones religiosas se hacía efectiva, sobre la base de la opinión de los mandarines confucianistas, quienes consideraban el orden público como algo individual, que la lealtad ideológica marchaba a la par con una obediencia política y que el cristianismo se había asimilado a los otros cultos heterodoxos y subversivos; en especial, a los de las sociedades secretas legitimistas y antimanchúes. Por tanto, se perseguía por la misma razón que a las sociedades.

La política de “cierre” o control se fundamentó en una preocupación por la defensa del régimen político y social. Pero ella respondía, al mismo tiempo, a razones más profundas; la sensación de que China no tenía nada que ganar y mucho que perder, si se abría liberalmente a las actividades comerciales y religiosas de los occidentales. Por otra parte, China no

estaba tan aislada como para no haber reflexionado sobre los precedentes de Japón y de la India. Esto confirma, en gran medida, la hipótesis según la cual la política de “cierre” expresaba más una preocupación defensiva, que una hostilidad sistemática y xenófoba hacia todo lo extranjero, salvo en lo referente a Rusia, con la cual desde el siglo XVII mantenía unas relaciones de carácter paritario y equilibrado.

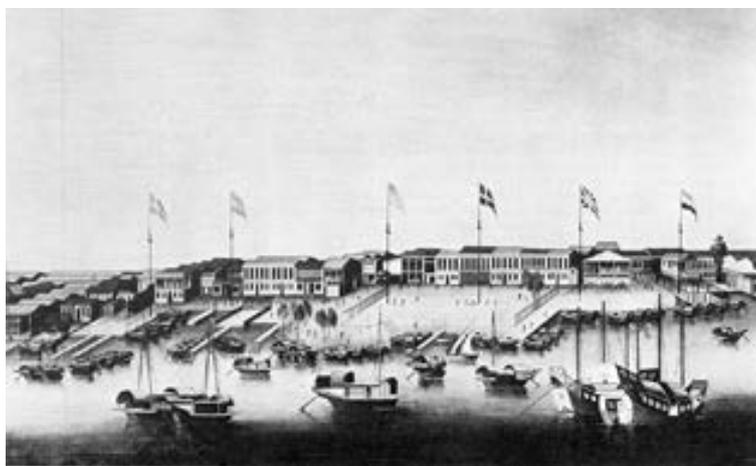
La introducción del opio en China, donde era un artículo prohibido, estuvo determinada por la necesidad de las firmas británicas de equilibrar su deficitaria balanza de pagos a causa del escaso interés de los chinos por los productos de Occidente. Los *hong* (comerciantes) ingleses de las firmas Dent & Co. y Jardine & Matheson, conseguían el opio en Bengala, donde la Compañía de las Indias Orientales lo producía a buen precio; los *hong* norteamericanos lo compraban en Turquía. En este sentido, el tráfico del opio resultó una prolongación malsana de lo que en el siglo XVIII se llamó el “comercio de India a India”.

El opio llegaba a unos diez puertos costeros del sudeste —sobre todo, por el litoral de *Kwantung* y *Fukian*—, y se esparcía por todas partes. Por *Kwanxi*, hasta *Guilin* y hacia *Guizhou*; por *Hunan*, hasta *Changxa*; por toda la zona interior de *Kwantung*, *Kiangxi* y *Fukian*, e, incluso, en la cuenca inferior y media del *Yangtsé*, desde que los contrabandistas frecuentaban las áreas de *Shanghai* y de *Zhenjiang*.

La droga causó toda una serie de perturbaciones comerciales y monetarias, sociales e, incluso, políticas, que preocuparon mucho al gobierno chino. Conocido en China desde la Edad Media, durante mucho tiempo, el opio sólo se había usado por sus propiedades terapéuticas; pero ahora se iba convirtiendo en un vicio a lo largo de todos los ejes de su difusión. Llegó a dominar las voluntades, inclusive, de funcionarios de rango inferior, empleados subalternos, el ejército, extendiéndose rápidamente en el sector de los servicios. Se estima —cálculo realizado por Lin Tse-Tsu, alto mandarín que después desempeñaría un papel muy relevante durante las

guerras del opio— que hacia 1839 había un 90 % de fumadores entre el personal civil y militar y que los gastos de los consumidores ascendían a 100 millones de *taels* al año, cuando la renta anual del Estado se elevaba a unos 40 millones. Ya no se trataba sólo de un problema moral, de salud o político, sino de un asunto eminentemente económico. El progreso del contrabando y del consumo de la droga acarreaba un déficit de moneda-plata y alcanzaba, virtualmente, a todo el sistema monetario del país; las ventas *chin* a los occidentales no equilibraban las compras de opio, la diferencia se saldaba con la exportación de plata china, muy apreciada por su pureza, modificando la relación cobre-plata, base de todo el equilibrio monetario chino. A lo anterior habría que sumarle el problema de autoridad que creaba al Estado chino, en la medida en que los puertos del sudeste —ilegalmente frecuentados por los extranjeros y donde imperaba la venalidad de los mandarines del *hoppo* (despacho de aduanas)—, devenían núcleos de insubordinación, de corrupción y centros de disidencia que amenazaban al orden chino, pues —como se ha dicho— este sistema concedió, por tradición, gran peso a la lealtad al mando imperial.

La situación creada provocó la preocupación de determinados sectores: comerciantes afectados por la competencia, misioneros, cierto grupo de la intelectualidad y hasta el mismo emperador, quien



La incontenible penetración del opio en la vida económica y social de China, desató en la primera mitad del siglo XIX las guerras del opio. Imagen del puerto de Cantón abierto al comercio internacional.



Tratado de Nankin, suscrito el 29 de agosto de 1842, y del cual se observan en la imagen las dos páginas correspondientes a las firmas de quienes lo suscribieron.

inició gestiones para poner fin al ingreso del opio en la nación, lo cual iba en contra de los intereses colonialistas ingleses. Con el objetivo de reducir estos núcleos —básicamente, el de Cantón— de desorden y desobediencia, las autoridades imperiales abrieron, de acuerdo con la tradición china, una consulta respecto de la política general

que planteaba Cantón, el problema del opio y la fuga de plata. En ella participaron, a la vez, mandarines locales y altos funcionarios del gobierno central. El debate duró casi dos años (1836-1838). Los intransigentes lograron que en 1839 se promulgara un prescripto imperial en 39 artículos que castigaba con penas muy severas tanto el tráfico como el consumo de opio.

A Lin Tse-Tsu se le envió a Cantón como comisionado imperial para hacer cumplir las nuevas reglas, su enfrentamiento con los ingleses causó la serie de expediciones militares conocidas como I Guerra del Opio (1839-1842), que culminó con la victoria británica y la firma en 1842 del Tratado de Nankin, al cual le sucedieron otros. Precisamente, la introducción del opio, además de otros factores internos, posibilitó la expansión del imperio colonial en China.

LAS PARTICULARIDADES DEL CASO JAPONÉS

Para poder comprender la tardía apertura comercial de Japón a los países de Occidente y los factores que darían lugar, posteriormente, a la Revolución Meiji, debemos retomar algunos antecedentes del período comprendido entre fines del

siglo XVIII y principios del XIX. Durante estos años, la estructura económica del país no sufrió grandes transformaciones, se conservó el sistema feudal y los principios generales de la vida política también se mantuvieron sin grandes cambios. Desde la llegada de los *Tokugawa* al poder, en el siglo XVI, la autoridad de esta familia, investida de las funciones de shogun (generalísimo) y teniendo en sus manos el poder real, se interponía entre el emperador y su corte, por una parte, y los daimyo en sus feudos, por otra. Contrariamente a la tradición china, de polivalencia del mandarinato, en la sociedad japonesa, el elemento militar ocupaba un lugar aparte y estaba representado por el samurai. Su *status* y privilegios venían definidos por el derecho consuetudinario. El samurai era la casta guerrera de Japón o los miembros de ella que aparecieron —a inicios del período feudal en el siglo XII— como administradores provinciales quienes representaban a cortesanos ricos residentes en la capital. En las provincias sin gobierno, estos oficiales se



El samurai se regía por un código ético establecido desde tiempos remotos. En la imagen samuráis del dominio de Satsuma, uno de los feudos más poderosos de Japón.

reclutaban entre los guerreros de los clanes de la localidad, quienes se hallaban obligados por lazos de lealtad y eran dirigidos por vástagos de la familia imperial. Ya para los siglos xv y xvi, los samurai formaban el pilar de los ejércitos del clan, cuyos odios convulsionaron a Japón.

Con el establecimiento del shogunato del clan Tokugawa en 1603, se segregó a los samurai en ciudades fortificadas. Para entonces, se formó una clase propia dentro del rígido sistema impuesto por esa familia, llevaban dos espadas como símbolo de su casta y seguían un estricto código moral conocido con el nombre de *Bushido* —en japonés quiere decir *conducta del guerrero*—, código de ética respetado por los nobles guerreros del Japón feudal. Esos preceptos, así como las reglas de las órdenes de caballería que prevalecieron en la Europa medieval, se basaban en virtudes como la rectitud, la perseverancia, la frugalidad, el coraje, la cortesía, la veracidad y, en especial, la lealtad a los gobernantes y al país.

El Bushido era el código de sacrificio y humillación de sí mismo. El individuo podía tener sus valores sólo “disolviéndose” en el grupo social; todo se hacía para fomentar las peculiaridades individuales, habida cuenta de su aceptación social y posterior control sobre la autoexpresión emocional de la persona. En la práctica, esto se llevaba al “control sobre los pensamientos” y la militarización de la conciencia social de la población. Sólo a través del ejercicio de estas virtudes, un caballero podía conservar su honor y quien lo hubiere mancillado, se veía obligado a inmolarse mediante el *harakiri* —abrirse el vientre—, que constituía la práctica nipona de suicidio ritual por destripamiento. En su origen estaba restringida exclusivamente a los nobles, aunque adoptada más tarde por todas las clases. Con este término también se designa cualquier suicidio cometido en aras del honor personal, pero tuvo su génesis en la aplicación de los samurai para eludir el deshonor de ser capturados por el enemigo. No practicaban estos intrépidos actos porque emocionalmente temieran menos



Japón hacia el siglo XIX.

a la muerte que sus contemporáneos, sino porque ello era resultado del efecto de sus tradiciones culturales. Desde la infancia se formaban, de manera consciente o inconsciente, para enfrentar con valor ese trance final. En la mayoría de los casos, tenían fe en que después del fallecimiento serían dioses (*kami*), ángeles protectores y objeto de adoración en el templo de Yasukuni, donde, según la tradición, viven las almas de los guerreros caídos. La literatura japonesa expresa estos sentimientos con gran belleza.

En Siam, Birmania, Laos y Cambodia, la monarquía se inspiraba más en el modelo indio que en el confucianista. En estos países budistas, el rey estaba investido



El samurai y su ética

La tradición oral, las antiguas leyendas poéticas y la más rica literatura japonesa, recogen un conjunto de normas y principios del pensamiento y la vida del samurai, así entre otros se expresa: “Todo está en perfecta armonía con el antiguo prestigio de la casta caballeresca cuyo principio fue siempre sonreír aun en la agonía, ser cortés aun en el odio y no regatear jamás la vida. ‘Lo primero —dice la regla del bushi— es vencerte a ti mismo’ (...) vencer lo que hay en cada hombre de grosero y egoísta, vencer a la bestia (...)

”(...) En su heroísmo, en su religión de la justicia, en su cultura de la lealtad y caballería, el *samurai* está sostenido por el orgullo de ser japonés. El Japón debe a su entender, ser el centro del mundo (...) por razones eternas, inmutables, independiente de poderíos y de guerras.

”(...) Las olas, dice el Heiké Monogatari, ‘se entrebrieron respetuosamente para tener el insigne honor de absorber el cuerpo del príncipe’. Los samurais que se detienen en el camino, proporcionan a los árboles la alta honra de darles sombra. Los ríos sienten el orgullo de que los remos le proporcionen el placer de penetrar en sus aguas. Las flechas mismas en la batalla, matan humilde y respetuosamente. Ni la cólera, ni el odio, ni la prisa, disminuyen la rigidez de los ritos galantes”.

Enrique Gómez Carrillo: *El Japón heroico y galante*.

de poderes religiosos y políticos; no lo secundaba una burocracia civil, sino una aristocracia hereditaria. Pero en todas partes nos encontramos con igual conservadurismo e idéntico autoritarismo. Todas estas regiones estaban tan mal preparadas como China y Viet Nam para soportar las duras pruebas que se les avecinaban; Birmania estaba exhausta a causa de dilatadas

guerras a lo largo del siglo XVIII contra Siam; Cambodia no se había recuperado de la caída de la realeza de Angkor, y Laos había perdido su unidad y se disgregaba en diversos principados.

La única diferencia se percibe en Japón, donde varios factores se conjugaron contra el bakufu (el poder de los shogun): las tendencias protocapitalistas de los comerciantes de las ciudades y de algunos daimyo; las ambiciones políticas de estos últimos, deseosos de sacudirse de las ataduras del shogunato; el descontento de los samurai, empobrecidos y desocupados desde el final de las guerras entre los señores feudales; las aspiraciones modernistas de ciertos intelectuales, influidos por la ciencia occidental introducida desde el siglo XVII por los holandeses. Esta convergencia promovió un nuevo orden social, el Meiji, expresión de las profundas contradicciones de la sociedad japonesa, precipitado por la intervención extranjera. Resulta evidente que, hacia 1830, las relaciones entre los Estados de Asia Oriental y el Occidente se hallaban en un escalón perceptiblemente más bajo que en los siglos XVII y XVIII, cuando factorías francesas, inglesas y holandesas, funcionaban libremente en las costas de Tonkin y numerosos misioneros jesuitas se paseaban por en las cortes de Pekín, Hanoi y Hué. Los gobiernos restringieron de manera deliberada la actividad de los misioneros y comerciantes europeos, expresando con ello la inquietud que les ocasionaba lo sucedido en la India y la amenaza real a la existencia misma de esos Estados como formaciones políticas independientes.



Libros de la colección

**NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 1
HISTORIA ANTIGUA Y MEDIEVAL**

**NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 2
EL MUNDO EN LA ÉPOCA MODERNA
SIGLOS XVII-XVIII**

**NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 3
EL MUNDO EN LA ÉPOCA MODERNA
SIGLO XIX**

**NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 4
EL MUNDO EN EL SIGLO XX
1900-1945**

**NUEVA HISTORIA UNIVERSAL 5
EL MUNDO EN LOS SIGLOS XX Y XXI
1946-2012**

La *Nueva Historia Universal* en cinco volúmenes que publicamos, parte del enfoque de una historia comparada, en la cual se exponen los más relevantes hechos y problemas del devenir de la humanidad, desde sus orígenes hasta el accionar histórico del siglo xx. Sus autores, un colectivo de profesores universitarios, que se propusieron múltiples objetivos en integrales reflexiones desde basamentos económicos, sociopolíticos, culturales, de mentalidades, y de algunos aspectos de la vida cotidiana, bajo la idea de una historia mas global, con centro en el hombre. En ella se ofrece una visión distante de las concepciones eurocentristas y primermundista.

El decursar de los pueblos en el tiempo ha sido desigual, de ahí que las fases del progreso capitalista no constituyen un proceso generalizador, pues ha sido diferente para América Latina, Asia, Medio Oriente y África. No todas las regiones de Europa tuvieron un proceso uniforme; por ello, la difusión de los términos de capitalismo centro y periférico. La época moderna, que ocupa los volúmenes segundo y tercero de esta obra, superó de manera paulatina al mundo feudal europeo y posibilitó una mayor conexión con todos los territorios del planeta.

En lo económico se relaciona con transformaciones en modos de propiedad y producción; en los países de mayor desarrollo se transita del capital mercantil-manufacturero al capital industrial y, posteriormente, al capital financiero hasta llegar al capitalismo monopolista. Es la época del expansionismo europeo y la estructuración del sistema colonial. En lo social, se asiste en el viejo continente al inicio del tránsito de la sociedad estamental a una de clases y a la pujanza de la burguesía en lo económico. En lo político es la época de las monarquías absolutas que se afianzan en la Europa del siglo xvii. A fines del xviii y en el xix de las revoluciones burguesas, los movimientos liberales y nacionalistas, las primeras manifestaciones de luchas del proletariado, así como los procesos de liberación nacional en América, y de dominación colonial en Asia, Medio Oriente y África. Mientras, en la cultura prima la razón sobre la fe. Expresión de la nueva economía y de la composición de clases resultan las significativas transformaciones en la vida cotidiana y las mentalidades, no sólo en las sociedades europeas, sino también en el ámbito americano y, con menos trascendencia, en los contextos africano medio oriental y asiático, de fuerte resistencia cultural. Así, abordar las complejidades de las centurias xvii a inicios del xx, es la propuesta de estos dos libros de la *Nueva Historia Universal*.



CASA
de ALTOS
ESTUDIOS Don
Fernando Ortiz
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

ISBN 978-959-293-058-2



9 789592 930582